

Michel Ragon

LA MEMORIA DE LOS VENCIDOS



La memoria de esta novela es la memoria de la revolución. De la grande y de muchas pequeñas, de las que fueron y de las que no pudieron ser. Memoria de vencidos... porque vencidos sólo son quienes luchan.

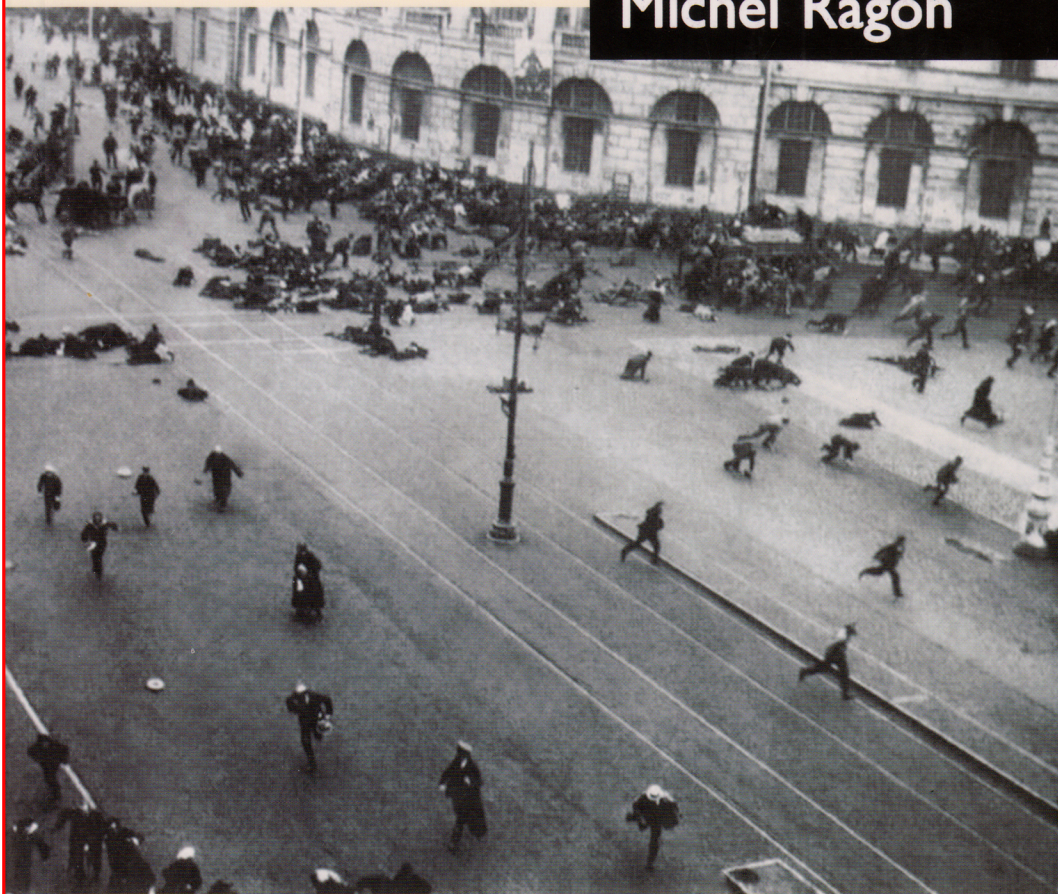
Alfred Barthélemy será nuestro hilo conductor. Un nombre de ficción inserto en una historia real, una historia de luchas populares, sueños e ideales que marcó la realidad europea durante casi un siglo. Desde el browning y las bombas hasta una lejana influencia en el 68. Y entre esos dos extremos:

Las calles de París, sus fábricas, las trincheras de la primera gran guerra, la Revolución de Octubre, las prisiones francesas, la prensa libertaria, la guerra civil española... Un río, en suma, alimentado por luchas, amores, amistades, muertes, nacimientos... Un río alimentado por miles de personajes anónimos y otros cuantos con nombres y apellidos. También ellos tomarán aquí la palabra: René Valet, Louis Lecoin, Paul Delesalle, Victor Serge, Alexandra Kollontái, Maria Spiridónova, Lenin, Trotsky, Volin, Majnó, Pestaña, Gorki, Mühsam, Durruti, Federica Montseny...

Luchas malditas cuyo olvido naturaliza el curso de las cosas despojándonos del horizonte de transformación que con ellos compartimos: igualdad, libertad, fraternidad... Vencidos a quienes queremos recordar, porque pese a la derrota, pese a sus errores... siguieron luchando.

LA MEMORIA DE LOS VENCIDOS

Michel Ragon



LA OVEJA ROJA

Michel Ragon

LA MEMORIA DE LOS VENCIDOS

Título original: *La mémoire des vaincus*

Traducción de Alfonso Serrano

Publicada por primera vez en Francia por Albín Michel en 1990

La Oveja Roja, www.laovejaroja.es

© 2010 de la presente edición, ALDEA

(Asociación Libre de Difusión, Edición y Acción)

Esta obra se benefició del P.A.P. García Lorca, Programa de Publicación del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores.

Obra publicada con la ayuda del Centro Nacional del Libro–ministerio francés encargado de la cultura.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

SUMARIO

Prólogo

1. La chiquilla de la carreta del pescado (1899–1917)

2. El basurero del camarada Trotsky (1917–1924)

3. El ogro de Billancourt (1924–1935)

4. La afrenta popular (1936–1938)

5. El librero (1939–1957)

Epílogo (1982–1985)

Acerca del autor

A Jean Malaurie

Un ideal es cuando puedes morir por tus ideas; la política, cuando puedes vivir de ellas.

Charles Péguy

PRÓLOGO

La vida es un curioso recorrido, lleno de emboscadas y de descubrimientos, de sorpresas y de decepciones. Venimos, vamos. Conocemos a gente, que olvidamos, que desaparece. A otros que se insinúan, que ya no te sueltan, que se te pegan como garrapatas y dejan muy claro que no te librarás de ellos salvo desapareciendo tú mismo, para siempre, sin esperanza de regreso. A veces cansan tanto que te entran ganas de adelantar tu hora. Por qué sucederá así con éstos y no con aquellos otros, perdidos por el camino y cuyo recuerdo te obsesiona. Algunos murieron, o al menos eso dicen, pero para ti no han muerto. Presuntos muertos que nos acompañan, que viven con nosotros, en nosotros, más que tantos vivos a los que frecuentamos cada día en medio de la indiferencia. En ocasiones enterramos demasiado rápido a quienes habíamos perdido de vista e imaginábamos en mejor vida a causa de su avanzada edad.

Pero a veces salen de las sombras, como fantasmas, y recuperan su lugar en nuestra existencia, un lugar que nunca debieran haber dejado.

Es el caso del hombre cuya vida voy a contaros.

Sin él, no sería lo que soy. Cuando me topé con él por primera vez yo tenía veintitrés años. Él contaba cuarenta y ocho. Cuarenta y ocho años no son muchos, pero para él ya lo eran. Me refiero a que había vivido tales aventuras, cruzado tanta gente ilustre y legendaria, había desempeñado un papel tal en la Historia que parecía ajeno al tiempo. El tiempo, los tiempos nuevos de la posguerra que, además, le rechazaban. Había pasado encarcelado desde 1939 hasta 1945 y parecía perfectamente anacrónico que no hubiera participado ni en la resistencia, ni en la colaboración, ni en la carrera por los poderes vacantes posterior a la guerra. La única forma de ganarse la vida que había encontrado aumentaba su anacronismo: tenía un puesto de libros viejos a orillas del Sena, en el Quai de la Tournelle, no muy lejos de lo que todavía se llamaba la Halle aux Vins.

Verlo así, acodado sobre el poyete junto a sus cajas de libros, con esa figura alta y casi rota, con un gesto siempre irónico, no me sorprendía demasiado. Comencé siendo uno de sus clientes, un cliente que ignoraba a qué singular librero se dirigía, un cliente que pasaba más tiempo hojeando libros bajo el tejadillo de zinc que comprando. Las

cajas de quien más tarde sería no sólo un amigo sino un padre espiritual, alguien cuya influencia iba a marcarme para siempre, eran diferentes del resto. No contenían revistas eróticas cubiertas con celofán ni novelas policíacas; no estaban llenas de falsos grabados antiguos ni de sobres con colecciones de sellos. Por contra, rebosaban con una multitud de folletos, revistas e incluso periódicos avejentados que representaban una extraordinaria colección para quien se interesara por la historia sindical, social y política de la primera mitad del siglo. Aun así, los libros de este singular librero, tan insólitos como él, algunos hasta dedicados, no costaban más que el resto; los cazadores de firmas todavía no buscaban los autógrafos de Gide, de Malraux, de Alain, de Giono. Pero a mí me fascinaban y, sin duda, fueron esos largos momentos de ensoñación ante rúbricas tan ilustres y, quizás en mayor medida, mi propensión a adquirir folletos políticos invendibles, lo que atrajo la atención del librero hacia su joven cliente. Como veía que andaba mal de dinero, me rebajaba los precios. Un día me dijo, con esa voz guasona, chulesca y un tanto hosca que reencontraría inalterada en su extrema vejez:

–Me dejas de piedra, chaval; con tu edad, interesarte por todos estos bártulos... Llevo mirándote varios meses y no te cansas. Pero, ¿qué te atrae de ahí dentro? De verdad, ¡me despiertas curiosidad! ¿De dónde has salido? ¿Qué esperas de la vida?

Balbuquí algo sin sentido. Me pedía demasiado.

Se encogió de hombros. De repente parecía molesto y me dijo con un tono poco amable:

–Si lo digo es por tu bien. No deberías perder el tiempo con todas estas antiguallas. No te llevarán a ningún sitio. Sólo he vuelto a sacarlas porque les interesan a algunos amigos que quieren seguir acordándose de mí.

Y luego, más suave:

–Tengo que ganarme el pan. Aunque... No sé por qué digo «tengo». Nadie me obliga. He encallado aquí, como esas viejas carracas que no vuelven a salir del fango del puerto. Estoy de saldo. Luego, ya veremos.

Su mal humor regresó:

–Venga, lárgate. Esto no es para ti. Mejor interésate por las chicas. Que no vuelva a verte. Me pones nervioso. Venga, vete de aquí.

Pasé varios meses sin volver por el Quai de la Tournelle. Más que asustarme, el librero me había ofendido. Lo evitaba. Al pasar por la otra acera, junto a los edificios, le veía casi siempre rodeado de hombres de su edad, o mayores. Mantenían largas asambleas. Algunos vestían de forma insólita, con esclavinas, pañuelos extravagantes y gorras de punto. Pensé entonces que esos hombres que

rodeaban a mi huraño quijote también salían de otro tiempo. La similitud entre los conocidos del librero y la anacrónica mercancía de sus cajas me hizo comprender algo mejor lo anómalo de mi intrusión en una época que no era la mía. Pero yo tenía todo el derecho de apasionarme por la historia política de principios de siglo. Esta convicción me infundió valor para volver a hurgar en unas cajas que, a fin de cuentas, no pertenecían a ningún club privado. De ellas saqué triunfalmente la Historia de la Comuna de 1871, de Lissagaray, en la edición Dentu, con fecha de 1897. Y, para no ir a la zaga de la agresividad del librero, pregunté con tono arisco:

–¿A cuánto está este libro? Me hará usted una rebaja, soy un viejo cliente...

Fingió no reconocerme, agarró el libro con sus delgadas manos, lo hojeó y sacudió la cabeza con un aire muy triste:

–Lissagaray... Esto no tiene precio. Pero bueno, como has tenido el valor de volver, te lo doy. No, no me lo discutas, es un regalo. ¡Un regalo que no tiene precio! ¿Eres anarca? Haberlo dicho antes.

–¿Anarca?

Yo acababa de llegar de una provincia en donde mi educación se había desarrollado bajo el manto de la Iglesia católica, apostólica y romana. Aun así, desde que tenía uso

de razón, mi atención se había dirigido hacia los heréticos, los proscritos de todo corte, los marginados, los fuera de la ley, los irreverentes, e incluso hacia los anormales y los locos. ¿Anarca? ¿A qué se refería? Yo conocía mejor la historia del socialismo, de los socialismos y de todos sus avatares, que la de la anarquía.

Viendo mi apuro, el librero retomó:

–No, claro, no eres anarca. Ya no está de moda. De hecho nunca lo ha estado. Pero bueno, tampoco serás comunista, ¿no? Porque entonces no sé qué buscarías en mis cajas... Habría que ser masoquista.

–¿Por qué quiere que esté metido en algo? –dije con brusquedad–. Me gusta la política, no los partidos.

–¿A qué te dedicas?

–A lo que puedo. Pero eso me da igual. Ahora estoy de peón en una fábrica. Siempre he hecho de peón –añadí con una especie de desafío–; peón, mozo, descargador. Soy pequeño, pero fuerte. Y trabajar con los músculos me deja el cerebro libre. Puedo leer, estudiar.

–¿Lees mucho?

–Lo he leído todo.

–Vamos, no te las des tanto.

–Sí, me he leído todos los clásicos de Larousse, por orden alfabético. Así estaba seguro de no dejarme ninguno.

El librero se pasó las manos por su cabellera gris, un gesto muy suyo, casi un tic. Me miró de una forma en la que adiviné al tiempo sorpresa y afecto. Estuvo a punto de decirme algo, pero se contentó con agarrarme del hombro, con su mano huesuda, y apretarlo hasta hacerme daño.

–Vuelve cuando quieras. Curioseas. Busca, chaval. A lo mejor acabas encontrando.

Así fue como empezó mi relación con aquél cuya biografía intento escribir ahora, cuarenta años después. Enseguida me di cuenta de que se repetía el mismo nombre tanto en las páginas de guarda de los libros dedicados que había en las cajas, como en las portadas de muchos de los folletos que compraba. Ese nombre era, por supuesto, el suyo. Estaba saldando su biblioteca, su único haber.

De joven, creemos que nos lo merecemos todo. No nos sorprendemos de nada. Y a mí, que este desconocido, ilustre entre las dos guerras mundiales y todavía rodeado de un buen número de incondicionales que venían a reunirse junto a sus cajas, empezara poco a poco a enseñarme cosas, a invitarme a su apartamento, a su mesa, a presentarme a sus hijos –que se convertirían luego en amigos–, que me introdujera en casa de los suyos... que, en resumidas cuentas, tuviera conmigo la actitud de un padre atento,

severo y posesivo, me parecía completamente natural y no manifesté por ello agradecimiento alguno.

Peor; como nuestra relación adoptó un toque filial, llegó inevitablemente el día en que no paré hasta liberarme de ese incómodo padre. Diez años después de nuestro encuentro, nuestra amistad tropezó con la guerra de Argelia. El se había decantado sin ambigüedades contra la insurrección argelina, considerando todo nacionalismo como pernicioso; el del FLN no podía escapar a lo que él llamaba la sífilis del poder. Una guerra anticolonial, pase (siempre había sido anticolonialista e incluso había sufrido la prisión por ello); pero no para echar un poder y sustituirlo por otro, que quizás fuera peor. Yo no estaba de acuerdo. Yo creía, como siempre cuando uno es joven, que él se estaba haciendo viejo y que sus ideas estaban anticuadas, que ahora las circunstancias eran diferentes de las que él había conocido en el pasado con tanta crueldad. Me dejaba llevar por una corriente muy fuerte, y generosa, pero no menos estúpida que la que le había conducido a él del ilegalismo de principios de siglo al totalitarismo estatal. Verme repetir sus errores le sacaba de quicio.

–¿Para qué habrán servido –se exaltaba– tantas miserias, tantos suplicios, tantas víctimas que todavía me gritan en los oídos, si tú, a quien he contado todo, a quien he mostrado todo, vuelves a caer en la misma mierda? ¿Para

qué sirve haber vivido todo eso? Joder, es demasiado estúpido. ¡Como para pegarse un tiro!

Ahora me parece claro, la guerra de Argelia tan sólo fue un pretexto. Esos diez años de paternidad celosa me pesaban. Tenía ganas de huir, de vivir mi propia vida. No nos volvimos a ver durante veinticinco años. Durante once incluso no supe nada de su existencia. Evitaba el Quai de la Tournelle. En 1968, resurgió bruscamente como un diablo guasón de una caja de sorpresas. Aunque sólo tenía sesenta y nueve años, los estudiantes de la Sorbona lo esgrimían como un tótem. Un día, lo vi aparecer en la pantalla de mi televisor, rodeado de una jauría juvenil, igual de alto que siempre, algo ajado, con los cabellos ya completamente canos. Me sentí muy incómodo al encontrarle algo ridículo. Cuando se puso en pie y habló ante el micro, emprendiendo un discurso que apenas se oía en medio del tumulto del anfiteatro, sentí como un nudo en la garganta por lo patético del espectáculo. Luego, de repente, su voz se hinchó. Recuperó el tono del tribuno que había sido durante los años 30, cuando conseguía acallar la poderosa voz de su contradictor Maurice Thorez. Como dicen en el lenguaje mediático, de repente conquistó la pantalla. Un silencio inconcebible se adueñó del auditorio. La cámara mostraba una masa de estudiantes aturcidos, a la escucha. Yo mismo estaba boquiabierto. Nunca lo había visto así porque tan sólo le había frecuentado durante sus años de retiro del mundo político activo. Esa forma de arrastrar al auditorio,

con toda su convicción, con toda su elocuencia, debía de ser la misma que cuando denunciaba la vileza de los procesos de Moscú ante multitudes hostiles; o que cuando se esforzaba en reclutar soldados para la brigada Durruti durante la guerra civil española. Mi querido anciano, mi querido y gran amigo perdido... Los ojos se me llenaban de lágrimas. Tendría que haber intentado reencontrarme con él enseguida. Pero ahí seguía yo, postrado ante mi tele, fascinado por esas imágenes en las que, tras un discurso muy ovacionado, lo vi a hombros de un grupo de chicos y chicas alzando el puño y cantando *La internacional* al tiempo. Me avergonzaba no estar junto a ellos. Y sentía rencor, hacia ellos, que me lo quitaban, que se lo apropiaban; sabía muy bien que se trataba de un malentendido, que una vez más sería manipulado.

Después de ese último destello, mi camarada, mi hermano (pues en sus debilidades, en su utopía, en su propensión a dejarse embaucar, no era ya un padre, sino un alter ego), desapareció de nuevo y tan completamente que lo creí muerto. Nadie hablaba de él, ni en la prensa ni en los libros de historia, donde el estrellato también hace la ley. En los años 50 su nombre todavía aparecía en numerosas obras y el Pequeño Larousse ilustrado incluso le dedicaba un artículo. Cuando su biografía desapareció en una nueva edición del diccionario, reemplazada por la de un personaje más actual, yo todavía lo frecuentaba y recuerdo que recibió la noticia con una risa sincera, como si se tratara de una

broma. Pero cuando se dio cuenta de que Trotsky ni siquiera le citaba en sus Memorias, cuando, en 1948, vio con estupor que en el entierro de Paul Delesalle ninguna delegación obrera acompañaba a quien había dedicado su vida a la emancipación de los trabajadores; cuando comprendió que su otro compañero de juventud, Pierre Monatte, caía como él y Delesalle en el olvido más total, cerró las puertas al mundo y se encerró en una soledad activa. Los hombres del poder, de todos esos poderes que él nunca había dejado de combatir, al final podían con él. Había pasado por la cárcel, algunos intentaron matarle, pero parecía tan infatigable como ese espíritu libertario que tan bien encarnaba. Ahora, en vez de degollarle, le escamoteaban. Le silenciaban, le borraban. Un hombre de acción, y de qué acciones, quedaba así completamente muerto. Asistía en vida a su propio entierro intelectual.

Lo que no significaba que las ideas por las que había luchado murieran con él. Muy al contrario, nunca habían estado tan en boga. Durante toda su vida se había expuesto a las persecuciones, había suscitado el escándalo, había sido castigado con la prisión por preconizar ideas como el pacifismo, el anti-estalinismo, la crítica moderna del marxismo, el aborto legal, el amor libre, el nudismo, la ecología y ahora todos esos temas se popularizaban. La sociedad los recuperaba, se los apropiaba sin preocuparse de aquellos que se habían sacrificado por verlos culminar. Nunca le citaban. Ni una línea en Glucksmann, en Foucault.

Sólo se presta a los ricos, es decir, a aquellos a quien la Historia tiene a bien recordar. El resto, los comparsas, los independientes, los vencidos, no interesan a nadie.

A principios de los años 80, mientras miraba sin demasiada atención el telediario de la noche y las imágenes de una manifestación ante una central nuclear, un poco harto de esos asaltos semanales entre contestatarios y antidisturbios que terminan siguiendo tantas reglas que cualquiera creería estar ante un partido de fútbol, de repente vi cómo se formaba una especie de procesión entre los ecologistas. Esa masa de hombres y mujeres, ese cortejo que coreaba consignas llevaba en brazos algo parecido a un maniquí. Cuando su vanguardia ocupó el primer plano de la cámara me di cuenta de que no se trataba de un maniquí, sino de un viejo tan arrugado como una momia peruana. Esa masa lo blandía frente a antidisturbios impasibles, atrincherados tras una barrera de escudos. Durante varios segundos la cámara se demoró ante el rostro del viejo y reconocí a aquél que había perdido hacía tantos años. Parecía mucho más bajo, menudo, con el rostro huesudo y la mandíbula hundida, sin duda por la ausencia de dientes (una boca como la del Voltaire de Houdon). Pero sus ojos seguían sorprendentemente vivos. Le identifiqué de inmediato gracias a esos ojos, unos ojos que miraban al telespectador con un desprecio, con una violencia, con una pasión insostenibles. Por supuesto, esa mirada apresada por la cámara se dirigía a las «fuerzas del orden». Las fuerzas del

orden... Esas palabras, fuerza y orden, representaban todo lo que él más odiaba. Tenía la impresión de que los manifestantes emplearan al viejo anarca como una bomba y fueran a tirarlo sobre ese compacto bloque de polis atrincherados; era como si mi gran amigo de la juventud fuera a terminar su vida a lo grande, dando el gran golpe (¡y nunca mejor dicho!) haciendo saltar por los aires tanto a la pasma, como la central nuclear y los puestos de televisión. Pero el telediario pasó a otro tema, un desfile de moda en Cardin, creo.

Esta vez se había colmado el vaso. No íbamos a poder seguir jugando al escondite durante demasiado tiempo, dada su edad y la mía. No me costó demasiado dar con él a través de los ecologistas. Vivía solo en un pequeño apartamento de protección social en Kremlin–Bicêtre¹. Terminar la vida en el Kremlin, como su viejo enemigo Stalin, ¡menudo plan! Pero el Kremlin de Stalin no era otro que el palacio de los zares, mientras que el de mi querido anciano pertenecía a la periferia obrera.

Ese reencuentro me inquietaba bastante. ¿Me pondría de patitas en la calle? ¿Me soltaría una abrumadora reprimenda? En realidad, si no le había buscado antes era porque temía el encuentro. Incluso ¿se acordaría de mí?

1 Ciudad dormitorio de las afueras parisinas [N. d. T.]

El edificio estaba completamente destartado: buzones de correos destrozados y atiborrados de publicidad; pasillos con paredes polvorientas y llenas de grafitis; la escalera en penumbras, con las bombillas rotas o hurtadas. Como era octogenario y el edificio no contaba con ascensor le habían adjudicado, evidentemente, la última vivienda, en el cuarto piso. Cuando llamé a su puerta mi corazón batía a toda prisa, y no tanto por la premura en la escalera como por la aprensión. Uno no regresa sin riesgos a las tierras de su juventud. La puerta se abrió. Parecía menos alto, pero seguía sacándome una cabeza. Su delgadez se había acentuado mucho y la ausencia de dientes (y de dentadura postiza) le deformaba toda la parte inferior del rostro. Me miró con una sorpresa evidente, me reconoció y me estrechó entre sus brazos. Un gesto tan inesperado que le di un beso. En el pasado, nunca nos habíamos dejado llevar por efusiones semejantes, que nos hubieran parecido grotescas. De hecho, mi viejo amigo se recompuso enseguida y me condujo a una habitación con tantos libros que costaba abrirse paso:

–¡Así que aquí estás! ¿Has venido a despedirte? Adiós y gracias. Llegas en buena hora, estaba a punto de irme.

–¿Irte adonde?

–¿Adonde? Pues a la nada, compañero, ¿adonde quieres que me vaya? Hace ya treinta años que me empujan a ella y yo me aferro como un idiota al borde de la tumba. Me

asusta caerme dentro. Si no fuera porque me empujan, seguro que ya me habría tirado al agujero yo mismo, hace mucho, con alivio; pero como me empujan, ya me conoces, me resisto. Por joderles.

El tú y el usted. Cuando tenía veinte años, él me tuteaba y yo le trataba de usted. Por aquellos tiempos los jóvenes no tuteaban a sus mayores. Pero entre un sexagenario y un octogenario emplear una diferencia de trato hubiera resultado ridículo. Adopté de entrada el tuteo; y le pareció natural. Seguro que los jóvenes ecologistas le tuteaban.

–Ya veo –dije– que no saldaste todos tus libros en las cajas del puesto. Esto se hunde bajo el papel impreso.

–No sé dónde meterlos. Un día las maderas van a reventar. Aunque claro, no hay madera. Sólo una capa de cemento. Algo sólido. Menos mal. Figúrate, todos mis amigos la palman uno tras otro y me van legando sus bibliotecas. Como si yo fuera la memoria del mundo. O bueno, de nuestro pequeño mundo.

«Como si yo fuera la memoria del mundo...» Esa frase enseguida me inspiró la idea de este libro. Mi viejo amigo guardaba consigo una memoria que iba a perderse. No sólo su propia memoria, sino la de los compañeros de lucha, la de toda una historia marginal, a veces secreta. A través de su vida podía rescatarse definitivamente del olvido casi un siglo de pensamientos y acciones malditas. Aunque no me

atreví a hablarle de esa idea durante nuestro primer encuentro, cuanto más pensaba en ello, más indispensable me parecía el libro.

Regresaba a Kremlin–Bicêtre cada semana. Mi viejo amigo me esperaba. En su extrema vejez seguía conservando un toque arisco y burlón, pero ya no escondía una ternura que antes ocultaba bajo la rudeza. Quise saber si tenía recursos, qué comía. El rechazaba mis preocupaciones terrenales y aseguraba que no le faltaba de nada, que se ocupaban de él y que además, como no le quedaban dientes, sólo tomaba sopas. Prefería hablarme de esa masa de documentos acumulados que clasificaba cuidadosamente en grandes sobres de papel de periódico. Un día acabé soltándolo:

–¿Qué vas a hacer con todo estos papeles? No son sólo tuyos, sino de tus camaradas. Restituye todo esto a quienes vengan detrás de nosotros. Que sepan que la historia que enseñan en las escuelas, en la universidad, no es toda la historia de nuestro tiempo. Deberías escribir tu vida.

–¡Chorradas! No le interesaría a nadie. No soy una estrella del cine. No soy nada, nada en absoluto. Lo sabes muy bien, ya no existo. Y todos estos papeles, los ordeno con cuidado porque necesito desentumecerme los dedos, y el cerebro, pero hablan de gente a la que ya nadie conoce. La historia ha sido acaparada por actores que son sólo impostores... O escrita por otros impostores. No podemos evitarlo.

–Mira, yo sé muchas cosas de tu vida. No he olvidado nada de lo que me contaste en el pasado, de lo que me contaron Delesalle, Monatte, Lecoin. Yo también he visto muchas cosas. Si quieres, escribamos el libro juntos. Pero tú lo firmas.

–Ah no, ¡ni hablar! Todas las autobiografías son falsas. Todos somos demasiado complacientes con nosotros mismos.

–Entonces déjame escribir tu biografía. Yo te hago preguntas. Y tú me ayudas.

–Una biografía, a estas alturas... Sólo me faltaba eso. De haber sabido que corría el riesgo de tener un biógrafo, hubiera renunciado a la vida.

–Pero tienes una vida. ¡Y menuda vida!

–Déjate ya de tonterías.

Poco a poco, recuperamos una gran intimidad. Nuestra confianza se reafirmó con la presencia esporádica de sus hijos. Todos aprobaban mi proyecto y el mayor, Germinal, puso a mi disposición sus recuerdos de la guerra civil española. Mi idea tomaba cuerpo. Mariette y Louis, los dos hijos de su primera mujer, también me animaron. Qué digo, «su primera mujer»... Y entonces ¿Flora?, ¡la única, la inolvidable! ¿Y Galina?, ¡la rusa! Su primera mujer legal,

digamos, si es que puede hablarse de legalidad con alguien que siempre alardeó de ilegalismo. Aunque, si empiezo a liarme ya con sus mujeres y sus hijos ¿qué sucederá cuando aborde los acontecimientos? Sí, los acontecimientos. Tantos acontecimientos, tantas mujeres y algunos hijos... Que no se pierda todo eso. Que no se pierda nada. Los libros también mueren, pero duran más que los hombres. Pasan de mano en mano. Como esa antorcha olímpica que los atletas llevan de una posta a otra. Amigo mío, padre, hermano mayor, no has caído completamente en la nada; el libro de tu vida existe. Aunque nadie sepa de quién se trata, pues sólo aceptaste ayudarme a redactar esta biografía con una condición: que tu verdadero nombre no apareciese en ningún sitio. Querías ayudarme a salvar una memoria, no un nombre. La memoria, decías, pertenece al pueblo, el nombre no es más que un simulacro. El nombre no es más que un título de propiedad irrisorio. Ahora que tus cenizas están encerradas en el columbario del Père-Lachaise, no muy lejos de las de algunos de tus más cercanos amigos, puedo publicar la biografía de quien llamaré Fred Barthélemy.

I. LA CHIQUILLA DE LA CARRETA DEL PESCADO

(1899–1917)

Nosotros, los pobres [...] los de nuestra clase somos tan desgraciados en este mundo como en el otro. Si fuéramos al cielo –que no lo veo muy claro dadas las circunstancias– lo que tendríamos que hacer allí es ayudar a tronar; peón de truenos y rayos o algo así.

Georg Büchner, *Woyzeck*

Siempre se despertaba con el frío del alba. Mucho antes de que se apagaran las farolas, el chico se sacudía bajo una pálida luz gris y dejaba la rinconera en donde había dormido, siempre la misma, en una calleja pegada a la iglesia de Saint-Eustache. Se estiraba como un gato, se quitaba las pulgas y como un gato partía en busca de algo

que comer, a tientas, husmeando. Como Les Halles² se despertaba al mismo tiempo que él, no tardaba en descubrir algo caliente. Los polleros no abrían sus puestos antes de charlar un poco en torno a un cuenco de caldo. Y el chico recibía su parte. Luego se alejaba saltando, jugando a la pata coja entre carretillas cargadas con un sinfín de vituallas. Cada viernes subía por la Rue des Petits-Carreux para encontrarse con las carretas de los pescaderos que llegaban de Dieppe. Le gustaba ese olor a algas y escamas que afluía hacia el centro de París. El mar, ese mar que nunca había visto y que imaginaba como una inundación terrible, se abría paso a través del campo y descendía desde las colinas de Montmartre. El estruendo de las carretas se oía desde muy lejos. Los aros de metal de las ruedas hacían un ruido endemoniado sobre los adoquines. A él se sumaba el resonar de las herraduras de los caballos. Adormecidos en los carros por el largo viaje, los pescaderos daban cabezadas bajo pesados gabanes mientras sostenían las riendas con gesto mecánico. Los caballos conocían el camino. En cuanto los primeros coches llegaban bajo los pabellones metálicos, el resto quedaba atascado. Sus frenos chirriaban provocando un agudo estrépito que subía hasta el Faubourg Poissonnière. Los carreteros se despertaban de

2 Les Halles centrales, de París acogieron durante siglos un mercado popular. Entre 1852 y 1870 se construyeron diez pabellones de acero y cristal para cubrirlo parcialmente y mejorar los problemas de circulación e higiene existentes. Esos mismos problemas condujeron al traslado del mercado a las afueras en 1965 y al inicio de una larga serie de reformas en la zona [N. d. T.]

golpe, se insultaban, de pie sobre los bancos. Había que esperar hasta que los primeros descargaran sus mercancías. Los caballos piafaban, pateaban. Casi todos los hombres bajaban de los coches e iban a tomar un carajillo a las tabernas que habían abierto.

Aquel viernes, en la parte trasera de una de las carretas había una chiquilla sentada. Sus piernas y pies desnudos se balanceaban... El muchacho no podía apartar los ojos de esa piel blanca. Se acercó. La niña, con la cabeza gacha, con el rostro oculto por una pelambreira rubia que le caía sobre los ojos, no le veía. El, de todas formas, no quitaba la mirada de aquellas piernas regordetas balanceándose. Cuando llegó a su lado, oyó que la niña tarareaba una canción infantil. Estiró la mano; tocó una pantorrilla.

–¡Quieto! Pero ¿qué te crees?

Entonces vio su rostro: una cara enfurruñada y ojos azules. Sabía que el mar era azul. La chiquilla venía del mar. Además olía mucho a pescado, aunque quizás el olor viniera de la carreta. Para saberlo puso la nariz sobre una de esas blancas piernas.

Ella se revolvió.

–Y dejar de olisquear así... Y además, ¿de dónde has salido?

El señaló calle abajo, con gesto vago.

–Ya estamos aquí –dijo ella–. Ya era hora.

Saltó de la carreta. El muchacho era mucho más alto que ella.

–Yo tengo doce años –dijo él– ¿y tú?

–Once.

–Eres muy bajita.

–Es que tú eres alto. ¡Menudo espárrago! Pareces un arenque ahumado.

La hilada de carros se iba parando. Todos los hombres y mujeres de la marea se habían bajado a las tabernas. Desde ellas llegaban sus ruidosas charlas. La chiquilla comprobó que no quedaba nadie en su carreta, se volvió hacia el muchacho, que seguía ahí plantado, mirándola, le agarró la mano y se lo llevó corriendo a toda prisa:

–Estoy harta de esos palurdos –dijo cuando se pararon cerca de la Rue de Richelieu–. Nosotros nos vamos a vivir la vida. ¿Cómo te llamas?

–Fred.

–Yo me llamo Flora. ¿Vives con tus padres?

–No. Me las apaño en la calle. Mis viejos están muertos y enterrados.

–Qué suerte. Los míos van a buscarme... A ver si eres lo suficientemente listo como para esconderme. Me hacen currar como una mula. Estoy harta. Y ten cuidado, son malos. Si ven que me has raptado, te lo harán pagar caro...

–¡Pero yo no te he raptado!

–Sí, me has olisqueado las piernas.

–Era para ver si olías a pescado.

–Así se empieza y luego a vivir la vida.

Giraron hacia los jardines del Palais–Royal. Flora se quedó maravillada ante los surtidores de las fuentes.

–Y el mar, ¿cómo es? –preguntó Fred.

–Un asco. Se mueve todo el rato. Agua llena de sal y de un montón de mierda. Está frío, es malo, hunde los barcos de los pobres pescadores... De vez en cuando abre una bocaza enorme y se pone a dar bocados a los diques. Parece que fuera a tragarse las casas del muelle. Pega fuerte. Grita. Ojalá no vuelva a ver nunca esa porquería.

–Aquí en la ciudad –dijo Fred–, a veces también sube el mar y se extiende por todos lados. El año pasado, París casi

se ahoga con todos los parisinos dentro, de verdad. El mar viene de muy lejos, entra en las bodegas, se desborda. Las ratas corren por las calles como locas, con la crecida del agua pegándoseles al culo. Las calles desaparecen. Sólo quedan ríos. La gente construye puentes con tablones. A veces se oyen como cañonazos; son las ventanas de los bajos, que revientan. El agua entra en tromba en las casas, levanta las tapas de hierro de las alcantarillas. París huele a barro, a cementerio, a bruma. Todas las zonas bajas desaparecen. Y luego el agua se desparrama, sólo se oye un chapoteo. Cualquiera diría que está contenta de haber montado ese jaleo. Eso es lo que yo he visto del mar. De pequeño me contaban historias que decían que en el fondo del océano hay ciudades sumergidas y que hasta se oyen sonar las campanas de las iglesias.

–Pues no, no es eso para nada. El mar es una buena mierda, te lo digo yo.

Se habían sentado en unas sillas de hierro, cerca del estanque mayor. Flora llevaba un vestido corto de lana, marrón, y balanceaba de nuevo sus piernas desnudas.

–Está claro, apestas a pescado. ¿No te persiguen los gatos?

Flora encogió sus pequeños hombros. Se puso a morderse las uñas.

En ese mismo instante se les echó encima un vigilante uniformado que resoplaba como un bulldog. Apenas les dio tiempo a saltar de sus sillas para evitar sus garras.

–¡Fuera de aquí andrajosos! ¡Sabandijas!

Corrieron hacia la Comédie–Française sujetándose de la mano. Al llegar a la Rue de Rivoli, sus harapos desentonaban con la elegancia del barrio. Fred llevaba una gorra y un viejo traje gris. Las botas remataban una pinta de aprendiz juerguista. Como era muy alto y parecía mayor, hubiera podido pasar desapercibido en los barrios buenos. Pero Flora, entre el vestido demasiado corto, las piernas descubiertas y, sobre todo, los pies descalzos, parecía una de las dos huérfanas³. Hasta tal punto que una señora acomodada se creyó en el deber de darle una limosna.

–¿Qué te ha dado?

Flora le enseñó una moneda en la palma de su mano.

–Genial, vamos a pagarnos unos bollos.

Fred vivía en la calle desde las grandes inundaciones de París de 1910. Su padre, excavador en las galerías del metro, había muerto de tuberculosis poco antes y la madre le había

3 Por el título de una obra de teatro escrita por Adolphe d' Ennery y Eugène Cormon en 1874 y adaptada tres años después a una novela. [N. d. T.]

seguido arrastrada por la enfermedad. El niño quedó a cargo de unos primos que llevaron mal la carga. Fred aprovechó la confusión posterior a la crecida para poner pies en polvorosa. Como sus padres adoptivos siempre estaban temiendo que «empezara también él con el pecho» y decían que «lo que necesita es aire libre», nunca había vuelto a dormir bajo un techo desde su fuga. En el barrio de Les Halles había muchos otros vagabundos. De todas las edades. Y de todos los tipos. Desde el pordiosero tradicional hasta el artista bohemio; desde la puta de la peor clase hasta la Loca de Chaillot⁴. En torno a los pabellones de Baltard hormigueaba una fauna nocturna que se nutría de los desechos del gran mercado de abastos. Cada cual se apropiaba de una zona y dormía en una esquina. Cada cual defendía con fuerza su territorio. Pero quien respetaba escrupulosamente las reglas tácitas de la calle no tenía problemas. El niño aprendió en esa cloaca todas las artimañas de la supervivencia. Aprendió a dormir sólo a duermevela, con la mente alerta, siempre ojo avizor. Aprendió a alimentarse de poca cosa, a beber sólo cuando la ocasión se presentaba. Aprendió a esquivar los golpes. Aprendió la desconfianza, el ardid. Todo lo que más tarde le permitiría esquivar numerosas trampas.

Fred y Flora se divirtieron correteando por las calles durante todo el día. Pero cuando llegó la noche, Fred quedó

4 Por el excéntrico y reivindicativo personaje de la comedia teatral de Jean Giraudoux *La Folle de Chaillot* (1945). [N. d. T.]

desamparado. Ella se negaba a acercarse al barrio de Les Halles por temor a que la reconocieran. Y fuera de Les Halles Fred se sentía perdido. Tenía la impresión de haber recorrido lugares fantásticos desde el alba, pero nunca hubiera imaginado no reencontrar por la noche su calleja de Saint-Eustache. Le parecía igual de imposible abandonar a Flora. Ese dilema le llevó a rodear el centro de la ciudad hasta los barrios populares del este. Allí les asombró toparse de repente con una zona casi rural. Casas pequeñas rodeadas de jardines, almacenes, talleres de artesanos. La noche les sorprendió en un entorno que les parecía hostil. Tenían hambre. Fred no se atrevía a confesarlo, pero empezaba a darse cuenta de que se había perdido.

–¿Qué, enamorados, pasando el rato?

Fred y Flora se dispusieron a huir nada más oír esa voz que salía de las sombras. Pero al distinguir la silueta de la persona que les hablaba, se calmaron. Se trataba de una mujer muy joven, de unos dieciséis años, vestida con una blusa negra de estudiante. Su pelo corto, peinado con raya en medio, y su carita vivaracha enseguida inspiraron confianza a los dos menores.

–Nunca os había visto en el barrio. ¿Dónde dormís?

Y como los dos niños no sabían qué responder, hizo un gesto, para disculparse.

–Pensaréis que soy muy curiosa y que eso no es cosa mía. Y tendréis mucha razón. Lo decía por hablar, sin más. ¡Para saludaros, vaya! Bueno, buenas noches.

–No se vaya –dijo Fred–. Creo que nos hemos perdido. ¿Esto es el campo o qué?

–Esto es Belleville, la «villa bella». Una villa no muy bella. Un campo no muy bello. Belleville no es nada. Por eso estamos bien aquí. Pero, qué tonta estoy, a lo mejor tenéis hambre.

–Sí –dijo Flora.

–Entonces, venid.

La joven empujó una verja metálica, les invitó a entrar al jardín y subieron, por una escalera de madera, a una pequeña vivienda en donde un hombre, de pie frente a una mesa, leía con atención grandes hojas de periódico. También él parecía muy joven; veinte años como mucho. Vestía una curiosa bata de franela blanca, bordada con seda malva. Sus ojos negros examinaron a los dos niños.

–Es Victor –dijo la joven–. Yo me llamo Rirette.

–Yo soy Fred; y ella, Flora.

–Pues bien Fred, Flora, vamos a daros un poco de pan y de queso. Victor y yo no os preguntaremos nada. Si no sabéis

dónde dormir, hay una cabaña al fondo del jardín. Si no os fiáis de nosotros, la verja nunca está cerrada con llave.

El destino de la gente depende de poca cosa. O mejor dicho, a veces se producen encadenamientos de circunstancias que conducen a los momentos clave de una vida. Así sucedió con las piernas blancas de Flora, balanceándose en el borde de una carreta, con la fascinación que ejercieron sobre Fred, con la posterior fuga de la chiquilla, con su imposibilidad de regresar a Les Halles y con el encuentro repentino que tuvieron en Belleville con Rirette Maitrejean y Victor Kibalchich. A partir de entonces comenzarían las aventuras de Alfred Barthélemy.

Evidentemente, Fred y Flora no se quedaron en la cabaña del fondo del jardín como niños buenos, a esperar que su destino se cumpliera. Cada día bajaban hacia el corazón de la ciudad, divirtiéndose con naderías, burlando justo lo necesario en los tenderetes e ingeniándose las para timar burgueses y burlarse de los municipales. Fred añoraba Les Halles, pero no se arrepentía de haberse ido con Flora.

Cuando pasaban unos cuantos días sin ver a Rirette y Victor, les echaban de menos y volvían a la casita de Belleville casi con ansia. El amor que se demostraban esos dos jóvenes seres les fascinaba. Había como un aroma de suave sensualidad parecido a lo que Fred y Flora sentían, pero más maduro, más cálido, más pleno. Antes de

encontrar a esta pareja, Fred y Flora ignoraban que pudiera existir la felicidad.

Mucha gente visitaba a Victor y a Rirette, sobre todo al caer la tarde, o incluso por la noche. Algunos inquietaban a los niños con sus aires conspiradores. Fred se fijó en algo extraño. Rirette y Victor se trataban de usted cuando estaban solos y se tuteaban en presencia de sus invitados. El tuteo general no sorprendía a Fred, era el usted de la intimidad lo que le intrigaba.

Aunque toda esa gente era bastante joven, algunos tenían pinta de burgueses, como ese Raymond-la-Science, con su rostro regordete y rosado, su bombín, sus anteojos y su gabán con martingala. Pese a su baja estatura, Raymond-la-Science daba un poco de miedo a los niños. Pero como nunca les dirigía la palabra, terminaron acostumbrándose a las visitas inesperadas del cuatro ojos, como le apodaban entre ellos muertos de risa. En cambio, les gustaba mucho un pelirrojo de ojos verdes, muy dulce, tímido, que les recitaba eso que llamaba poesías. Se las sabía de memoria. Decía:

Bonjour, c'est moi... moi, ta m'man

J'suis là, (Avant toi au cimetière...

Louis?

Mon petit... m'entends-tu seulement?

T'entends-t'y ta pauv'moman d'mére?
Ta Vieir comari tu disais dans l'temps.⁵

Al escuchar eso, Flora dejaba de hacerse la dura. Se ponía a llorar a moco tendido como la cría que era. Fred la miraba entonces, perplejo, sin reconocerla en ese abandono, a ella, siempre tan viva y con una disposición natural a manejarle a su antojo. Pero el pelirrojo de ojos verdes seguía con su lamento, que contaba la historia de una pobre vieja que venía al cementerio a buscar la tumba de su hijo condenado a muerte y guillotinado.

C'est pas vrai, est-c'pas? C'est pas vrai
Tout c'qu'on a dit d'toi au procès;
Su' lesjornaux, c'qu'y avait d'écrit
Qa c'était bien sur qu' des ment'ries...
Et a présent qu'te v'ld ici
Comme un chien crevé, eune ordure
Comme un fumier, eun'pourr iture,
Avec la creiri des criminéis
Qui c'est qui malgré tout vient t'voir?
Qui qui t'esscuse et qui t'pardonne?
Qui c'est qu'en est la puspunie?

5 «Hola, soy yo... yo, tu mamá / Aquí'stoy, delante tuya en el simenterio... / ¿Louis? / Mi niño... ¿al menos me oyes? / ¿Oyes ahí a tu pobre mamita mama? / Tu vieja como decías antes.» [N. d. T.]

C'est ta vieill', tu sais, tafidéle,
Ta pauv' viell loqu' de viell vois-tu! ⁶

Fred no lloraba. Nunca lloraba. Pero se sentía muy impresionado.

–¿Cómo haces para imaginarte cosas así? –preguntaba Fred–. Parecen de verdad.

–No soy yo, Fredy, es un poeta. Jehan Rictus, recuerda bien ese nombre. Conozco todas sus poesías de memoria. Tú también tendrías que aprenderte poesías. No vas a seguir viviendo como un salvaje. Fíjate en nuestro amigo Raymond, lo sabe todo. Por eso se llama Raymond-la-Science. Cuando uno lo sabe todo, lo puede todo. Para Raymond, nada es imposible. ¿Al menos has aprendido a leer?

–Sí.

–¿Victor te ha dado nuestro periódico para que lo leas?

–¿Qué periódico?

6 «No's verdad, ¿no? No's verdad / To' lo que han dicho de ti en el juicio / En los periódicos, lo qu'estaba escrito / Seguro que eran sólo mentiras... // Y ahora aquí'stás / Como un perro reventao, o una basura / Como un cabrón, o un desgrasiao, / Con los grandes criminales. // ¿Quién es quien viene a verte aun así? / ¿Quién quien te disculpa y te perdona? / ¿Quién es a la que más han castigao? / Es tu vieja, sabes, tu fiel, / Tu pobre vieja y chocha vieja, ya ves...» [N. d. T.]

–¿Cómo?, ¿no te ha dicho que publicamos un periódico?
¿No le has visto corregir grandes hojas de papel?

–Bah, los periódicos me importan un bledo.

–A nosotros también. Los periódicos mienten. Pero el nuestro no. Se titula *L'Anarchie*. Rirette y Victor se ocupan de los artículos. Yo soy el tipógrafo y, en el sótano, Octave maneja la prensa manual para imprimir.

¿Octave Garnier? Sí, Fred lo conocía. Era el más fuerte entre quienes venían por la noche, el más siniestro también. Normal que lo escondieran en el sótano.

–¿Y Raymond–la–Science? ¿El qué hace ahí dentro?
–preguntó Fred.

–¿Raymond? Es el tesorero. Se las apaña para encontrar dinero. Porque, sabes, hace falta dinero. Dinero no es que haya poco. Y saber agenciárselo sin que te cojan.... ¡es toda una ciencia!

–No me gusta La–Science –dijo Fred–, es un burgués, y no nos habla.

El pelirrojo de ojos verdes se echó a reír:

–Raymond ¡un burgués! ¡Si te oyera! Es verdad que parece un burgués. Pero es lo que hace falta para que se confíen los que acaparan la guita.

Al día siguiente, el pelirrojo, que se llamaba Valet (Valet, a secas) llevó a Fred y Flora al centro de París, al barrio del Odeon. Valet pensaba llevar sólo a Fred, pero éste se negó a separarse de Flora. A Valet le molestó:

–Pero vamos a ver, ya volverás a ver esta tarde a tu novia. No sé cómo te acostumbras, huele fatal. Va a apestar la tienda que quiero enseñarte.

–No es verdad –respondió Fred, enfadado–. No huele mal, huele a pescado.

–¿A pescado?

–Pues sí, llegó a París en una carreta de pescadores. Se le ha quedado pegado ese olor. También es el olor del mar, ¿no?

–Bueno, como quieras. Pero si a tu edad ya empiezas a correr detrás las faldas de las chicas, vas a pasarlas canutas, mi pobre Fredy. Aunque claro, eso es cosa tuya...

Valet, al llegar a la Rue Monsieur-le-Prince, condujo a los dos niños a una pequeña tienda atiborrada con una multitud de libros. Los había por todas partes. Las estanterías que cubrían las paredes rebosaban con libros y cuadernillos. En el suelo se amontaban en pilas. Había que abrirse paso bajo el riesgo de provocar el derrumbe de todos esos edificios de papel impreso. Fred y Flora nunca

habían visto tantos libros. En casa de Rirette y Victor se acumulaba un buen número, pero estaban cuidadosamente ordenados en estantes. Este desbordamiento de papel recordó a Fred las inundaciones del año pasado.

De ese batiburrillo emergía un hombre seco, con cabellos, perilla y bigotes de un hermoso color negro. Parecía un obrero industrial y su presencia en la librería parecía incongruente.

–Te traigo a Fred y a Flora –dijo Valet–. Rirette y Kibalchich los han acogido.

–¿Para qué sirven todos esos libros? –preguntó Flora con aire asqueado.

–Mirad, niños –dijo Valet–. A la derecha tenéis las novelas y la poesía. A la izquierda, lo social, lo político. De un lado el sueño, del otro la acción. Cuando poseáis ambos, podréis conquistar el mundo.

–Vamos, Valet, no te embales –dijo el librero–. Las cosas no son tan fáciles. Las novelas también son acción social y la política también es sueño. En cuanto a conquistar el mundo, ¿qué harías con él? Es la conquista de uno mismo lo que importa.

–No siempre has dicho eso, Paul. Sientas la cabeza porque te haces viejo. Pero antes eras tan ilegalista como nosotros.

Acuérdate de Ravachol y de la bomba de Vaillant en la Cámara de Diputados...

–A Vaillant le manipulaba la policía. Hicieron rodar su cabeza, pero el verdadero culpable era el prefecto de policía. No vuelvas a mencionarme a Vaillant. Y vosotros, igual; terminaréis cayendo en las provocaciones de la policía. Lo que cuenta ahora, ya no son las bombas, ya no es la moneda falsa, ya no es la apropiación individual, el futuro es el sindicalismo y es a través del sindicalismo como haremos la revolución, cuando sepamos tanto impregnar el sindicalismo de anarquismo como el anarquismo de sindicalismo. La regeneración de uno y otro depende de eso. Sólo de eso.

La discusión entre Valet y el librero se alargó bastante. Habían bajado la voz y Fred ya apenas oía un murmullo. De todas formas, lo que acababa de descubrir le había atrapado demasiado como para prestar atención a sus palabras. Había abierto un libro titulado *Los miserables...* y ese libro le cautivaba por completo. Se había olvidado de la tienda, de Valet, de Belleville e incluso de Flora. Leía a duras penas, pero con una concentración tal que los personajes de la novela se apoderaban de él. Se sentía por encima de la tierra, como levitando en una dulce beatitud. Nunca había sentido una impresión semejante. Cuando quiso irse, Valet tuvo que zarandearlo, como intentando despertarlo. Fred

sostenía el libro con ambas manos y lo apoyaba abierto contra su pecho.

Valet miró la portada. Se dirigió al librero, con una viva satisfacción:

–Mira, Paul, el pequeño ha sabido elegir bien. Lee a padre Hugo.

–Si le gusta el libro, que se lo lleve.

–No –dijo Valet–. Tenía una idea al traerle. Como ha mordido el anzuelo me gustaría que fueses tú quien pescase a este buen mozo. Resérvale *Los miserables*, marca la página y que vuelva aquí para continuar. A lo mejor terminará leyendo toda la tienda y se volverá tan sabio como Raymond.

–Raymond no tenía la cabeza lo suficientemente sólida. La ciencia le ha trastornado. Raymond es un pozo de ciencia, pero en el fondo del pozo el agua está contaminada. No la bebáis, os envenenará.

Valet se encogió de hombros.

–Mira, mira a la pequeña. Ella sí que no hace ni caso de la ciencia ni del sindicalismo.

Flora, a horcajadas sobre el enorme perro del librero, que, cómo no, se llamaba Libro, atravesaba la tienda riendo a

carcajadas, tirando a su paso pilas de libros polvorientos. Fred la miró con un aire de reprobación tal que ella lanzó, enfurruñada:

–¿Qué? Libro y yo no sabemos leer... Pero nuestra vida de perros nos divierte.

Rirette y Victor vivían en el 24 de la Rue Fessart. Fred y Flora pasaron mucho tiempo explorando el barrio. Primero lo que quedaba más cerca: la Place des Fêtes, con su quiosco de música. Siguiendo la Rue Fessart en el otro sentido llegaban a un lugar maravilloso: el parque des Buttes–Chaumont. Entraban allí corriendo, como si temieran que fueran a prohibirles el paso, parándose sin aliento sobre las pasarelas, por encima de los barrancos. Se maravillaban ante las cascadas, el gran río, el templito con columnas en la cima de un peñasco, las grutas, los túneles. Fue en las Buttes–Chaumont donde Fred descubrió la naturaleza, los sauces, los pinos, los arroyos, y su idea del campo quedó así falseada para toda la vida. Cuando más tarde encontrara el verdadero campo, ése le parecería aberrante y hostil.

Las laderas llenas de césped eran como una invitación a hacer cabriolas. Pero en cuanto vislumbraban el gran tejado de pizarra del Ayuntamiento del distrito XIX, del otro lado del parque, se ponían serios y efectuaban una solemne salida frente al edificio administrativo. Luego salían pitando hacia la Rue de Crimée y llegaban a su otro gran centro de

atracción, el estanque de La Villette, rodeado de almacenes. A veces se aventuraban hasta las orillas del canal de l'Ouereq y se entretenían observando a los pescadores que dormitaban con sus cañas sobre sillas plegables. La gente del lugar, los bares de marineros y de estibadores, la rotonda, los montículos de carbón, todo aquello les fascinaba. Fred reencontraba sobre los muelles un ambiente que le recordaba un poco a Les Halles.

Cada vez más a menudo, Valet pasaba la noche en la Rue Fessart y dormía en la cabaña del fondo del jardín, con Fred y Flora. A este joven tan suave y tímido le gustaba estar en compañía de los niños. Como el invierno llegaba con lluvia y frío, Rirette consiguió unos zapatos para Flora. Valet, aunque no apreciaba mucho a esa chiquilla demasiado movida y concentraba todo su afecto en Fred, le regaló ropa de invierno. Entre Valet y Victor, Fred prefería al primero; del segundo le molestaba su estilo afectado, que podía parecer algo despectivo. Además, durante esas reuniones nocturnas, Kibalchich siempre se quedaba algo apagado, como si la compañía de los tres hombres que le ayudaban con el periódico le pesara. A veces, era casi como si no se fiara de ellos. En todo caso, durante esas animadas discusiones cuyos argumentos escapaban a Fred casi nunca estaba de acuerdo con sus compañeros. El tono subía, hasta las amenazas. Pero Rirette sabía apaciguar los conflictos con su buen humor y su sonrisa.

Fred y Flora se sorprendían de que todo ese grupo fuera tan diferente de los adultos que habían conocido hasta entonces. Todos los hombres y mujeres que habían conocido adoraban la carne y bebían litros de tinto. Sin embargo, Rirette, Victor y sus compañeros ni bebían vino, ni comían carne, ni fumaban. Se alimentaban casi exclusivamente de verduras, no utilizaban ni sal, ni pimienta, ni vinagre y saciaban su sed con agua corriente. Sólo Victor manifestaba una debilidad burguesa que le valía las burlas de sus amigos: no podía evitar consumir té.

Una vieja complicidad ligaba a Victor y Raymond-la-Science. Durante la adolescencia, se habían conocido en Bruselas, donde el estudiante Kibalchich, descendiente de una familia de profesores de universidad rusos exiliados, había quedado fascinado por este pequeño proletario, hijo de un zapatero socialista. Aunque en realidad se llamaba Raymond Callemín, su sed de conocimientos le procuró en los ambientes revolucionarios el apodo de Raymond-la-Science. A la pasión intelectual Raymond sumaba una violencia que había inquietado hasta tal punto a los socialistas belgas que éstos terminaron prohibiéndole la entrada a la Casa del Pueblo de Bruselas. Transformado en vagabundo por las carreteras de Suiza y Francia, Callemín-la-Science, sucesivamente albañil y leñador, se reencontró con Kibalchich en París y se convirtió en el tesorero de *L'Anarchie*. Tesorero de una honestidad ejemplar. No sólo no cogía nunca ni un centavo de la caja,

sino que se las apañaba para cubrir los déficits. Era justo el origen de este dinero fresco lo que agriaba las discusiones con Victor.

Fred volvía a menudo a la librería de la Rue Monsieur-le-Prince. Hacía tiempo que había terminado entusiasmado la lectura de *Los miserables*, seguida de inmediato por *Los misterios de París* y luego por *Germinal*. Empezaba a comprender algo de lo que decían esos hombres exaltados que se lanzaban teorías a la cara cual puñetazos.

Con un tono algo tajante Victor afirmaba que el mismo Kropotkin había pronunciado su *mea culpa* reconociendo la esterilidad de la «propaganda por el hecho» y de la «apropiación individual».

–Hay que abandonar las bombas y convertir los sindicatos en una escuela práctica de anarquismo. Monatte y Delesalle no preconizan otra cosa.

Raymond-la-Science replicaba, con esa voz grandilocuente que le permitía ganarse siempre la atención en las reuniones, que a Kropotkin, como a todos los vejestorios, no le quedaban dientes para morder; que la sociedad capitalista estaba moribunda y que todo lo que pudiera adelantar su fin debía ser empleado.

–Ilegalismo, terrorismo, revuelta total. No hay punto medio. Somos los hombres del browning y la dinamita –clamaba Raymond Callemin–. Utilizaremos todos los progresos de la ciencia –ah, la ciencia, ¡se le llenaba la boca con esa palabra!–: el automóvil, el teléfono, todo lo que es rápido, lo que no deja rastro.

–Vamos –se enfadaba Victor–, piensa un poco...

–A fuerza de pensar demasiado nunca se intenta nada –replicaba Raymond–. ¡Viva el impulso!

Ante lo que Octave Garnier, salido de su sótano y de su prensa manual, añadía:

–¡Vivan los marginales, los miserables, los analfabetos! Kropotkin ha preconizado en *Le Revolte*, la revolución de la chusma y de los harapientos. ¡Y eso hacemos! Ten cuidado Victor, no eres más que un intelectual burgués, un revolucionario sentimental. Quienes no están con nosotros, están contra nosotros. ¡Ten cuidado!

Entrado el mes de diciembre, Callemin, Garnier y Valet desaparecieron de repente de la Rue Fessart. Victor y Rirette daban la impresión de sentirse aliviados. Para Fred, la cabaña del fondo del jardín, sin Valet, se quedaba bastante triste. Además, Flora estaba de morros con él. Sus ojos azules, al ensombrecerse, tomaban un curioso color verde marino. Acurrucada en un rincón de la cabaña,

enmarañada en sus lanas para protegerse del frío, parecía una gata encogida, lista a emprenderla a arañazos y mordiscos. Fred leía, a la luz de una vela. Oyó cómo Flora gruñía.

–¿Estás enferma? Estás rara.

–El enfermo eres tú, Fredy. Ya no me quieres.

Fred dejó el libro, se precipitó al lado de la chiquilla:

–Pero ¿estás de broma?

–No –gimoteó Flora–, preferías al pelirrojo. No le soltabas ni un momento. Y ahora que ya no está, pasas todo el rato leyendo. Yo ya no te importo.

–Tendrías que aprender a leer, Flora. Verías lo impresionante que es. Se descubren muchas cosas, mucha gente, y mucho mundo. Desde que Valet nos llevó donde ese buen hombre de la Rue Monsieur–le–Prince, es como si hubiera crecido diez años. Como si de repente viera todo lo que no sabía.

Voy a enseñarte a leer, Flora. Ya verás. Es muy fácil. Leeremos juntos.

–No, no me apetece. Si lo hubiera sabido, no habría bajado de la carreta.

–No digas eso.

Avanzó a cuatro patas hacia Flora, como un animal se acerca a su presa.

–El gato gordo huele algo bueno... ¿Qué será? Ah sí, huele a pescado. Pero, ¿de dónde vendrá ese olor?... ¿Qué es esto? ¿Una gata? ¡¿O un oso de peluche?!

Fred tiró de las gruesas medias de lana. Las piernas blancas de Flora reaparecieron y el chico las olió como el primer día, las chupó, las mordió.

–Me haces cosquillas.

–Todavía hueles a pescado. O a lo mejor es a mar.

Flora tomó la cabeza de Fred entre sus pequeñas manos.

–Júrame que me querrás siempre.

–Te lo juro. Sobre la cabeza de Valet si lo prefieres.

–¿Crees que nos querremos tanto como Rirette y Victor cuando seamos mayores?

–Tanto sí. Más no se puede.

Una tarde de febrero de 1912, al volver de uno de sus peregrinajes a lo largo del canal de la Villette, donde habían

estado admirando a los patinadores, se encontraron con Rirette sola y conmovida.

–Ay niños míos, se han llevado a Victor. Lo sabía.

–¿Quién? –preguntó Fred–. ¿Raymond–la–Science?

–No, agentes de policía. Raymond y Octave han hecho tonterías y como la policía sabe que vivieron aquí estamos metidos en un buen lío. Por si fuera poco, han encontrado dos revólveres en los cajones de la cómoda. No tenían nada contra Victor, menos eso.

–¿Y Valet?

–No sé nada de Valet. Espero que no se lo hayan llevado. El, con lo bueno que es, no haría daño ni a una mosca. El problema, niños, es que ya no os podéis quedar aquí. El barrio está lleno de polis. Vigilan todos mis pasos. Van detrás de mí. Si os ven, les parecerá raro. Son capaces de encerraros en un correccional, o en un orfanato, con la Asistencia Pública. Como conocéis a Paul, pedidle auxilio de mi parte. No os fallará.

–¿Qué Paul?

–Paul Delesalle, el librero de la Rue Monsieur–le–Prince.

–Ah no –dijo Flora–, ¡Fred no va a parar hasta leerse la tienda entera! Rirette les dio un beso rápido y les condujo hacia la puerta.

–Vamos, niños, salid sin correr. Caminad tranquilos. Como si volvierais de la escuela. Buena suerte.

Curioso librero, ese Paul Delesalle. Este ajustador–mecánico de precisión había construido el primer aparato cinematográfico para los hermanos Lumière. Al mismo tiempo, la policía le incluía entre «los ciento y poco militantes que tiene el partido anarquista en Francia». Ejecutor de la «propaganda por el hecho», es decir, del terrorismo, bajo influencia de Bakunin, durante toda su vida se sospechó que hubiera lanzado la bomba del restaurante Foyot, donde la única víctima fue desdichadamente el poeta anarquista Laurent Tailhade. Pero tras el congreso de Londres de la II Internacional, que marcó la escisión entre marxistas y anarquistas, Delesalle, como buen discípulo de Kropotkin, había renunciado al terrorismo en pos del anarcosindicalismo. Durante una decena de años fue delegado sindical y en 1908 su pasión por los libros le llevó a abrir, en el 16 de la Rue Monsieur–le–Prince, una singular librería dedicada esencialmente a las publicaciones revolucionarias y sindicales. Esa sería la escuela de Alfred Barthélemy.

Personaje seco, moreno, algo enclenque, tosco, Paul Delesalle no tenía nada para gustar a los dos niños huidos.

A Fred y Flora sus cuarenta años les daban la impresión de estar ante un viejo señor. Pero su compañera, Léona, supo domesticarlos. Aun así, resultaba imposible que se quedaran a vivir en la Rue Monsieur-le-Prince. El local tan sólo contaba con dos espacios, comunicados por un pasillo oscuro. El primero, junto a la calle, estaba acaparado por la librería y el segundo, que servía de dormitorio y de almacén, tan sólo se ventilaba por ese pasillo en el que uno tenía que escurrirse entre murallas de publicaciones que constituían un verdadero archivo de la vida obrera y sindical y que Delesalle compraba al precio del papel de segunda mano en las salas de subastas. En una esquina habían instalado una cocina, somera. Como todos los libertarios, los Delesalle comían poco, sólo bebían agua y otorgaban más importancia a llenarse la cabeza que el vientre.

Resultaba imposible acoger a Fred y Flora en esa jungla. El perro, Libro, ocupaba el lugar del niño que los Delesalle no habían tenido. ¿Quién podría ocuparse de ellos? Entre los asiduos de la librería, el poeta Charles Péguy, padre de familia, podía ser una buena posibilidad. Delesalle y Péguy, que habían entablado amistad durante el caso Dreyfus al coincidir en las luchas contra los antisemitas, no habían dejado de verse desde entonces e incluso se tuteaban. Varias veces por semana, Péguy llegaba a la Rue Monsieur-le-Prince envuelto en su esclavina negra. Su pelo corto, su larga barba y esos anteojos que escondían unos

pequeños ojos gris azulados le hacían parecer un monje con los hábitos colgados.

Charles Péguy se entusiasmó enseguida con la idea de sacar del aprieto a quienes bautizó de entrada Gavroche y Eponine.

–Gavroche me parece bien –refunfuñó Fred–. Pero Flora no es Eponine. Es Flora, y punto.

–¿Cómo? –se sorprendió Péguy–. ¿Este gorrión ha leído *Los miserables*?

–Lo ha leído aquí –contestó Delesalle–. Hasta se le ha metido en la cabeza la idea de no volver a salir del local antes de haber devorado el resto de libros.

–Con toda una vida no bastaría para ello, pequeño. Y no basta con leer, hay que obrar. ¿Qué edad tienes?

–Trece años.

–Hay que hacer que tus manos trabajen, y al mismo tiempo cultivar el espíritu. Una cabeza bien plantada y manos de obrero, ¿hay algo más hermoso? ¿Qué te gustaría aprender? ¿Qué oficio?

–Tipógrafo...

–Tipógrafo. ¡Pues sí!, hermoso trabajo. El que perpetúa la obra del pensador fijándola en caracteres de plomo, el que la multiplica y la esparce como un maná...

–Sí, tipógrafo –repitió Fred con aplomo–. Tipógrafo como Valet.

–¿Valet? ¿Quién es Valet? –preguntó Péguy.

Delesalle murmuró:

–Es uno de la banda de Bonnot.

Péguy alzó los brazos. Su esclavina, impulsada hacia atrás, recordaba el gesto de un abogado apelando al tribunal.

–¡Cuánta energía perdida! ¡Cuántos ideales fulminados!

Sus manos se reposaron sobre los hombros de Fred.

–Bueno, voy a ocuparme de este chico. Y la chica, podrías confiársela a Sorel.

–¿A monsieur Sorel? –farfulló Delesalle–. Pero no sabrá...

–Flora y yo no nos separaremos nunca –protestó Fred.

–Estaba bromeando –dijo Péguy.

Colocando su esclavina sobre los dos niños, les invitó a caminar delante de él y salió de la librería con un aire de pastor evangélico.

El episodio Péguy duró poco. El segundo día Flora ya estaba escapándose y Fred corrió en su busca. Terminó encontrándola cerca de la rotonda de La Villette. Se había peleado con unos rateros que querían llevársela a las afueras, así que la ropa nueva que le había regalado Valet pendía en jirones. Sólo le quedaba un zapato: se había servido del otro como arma para sacudir a sus agresores. Le habían arrancado un mechón de su pelo rubio y el labio inferior, roto, sangraba abundantemente.

Fred la tomó suavemente de la mano, la condujo hacia una fuente y le lavó la cara. No podía caminar con un solo zapato, así que lo tiró y se quedó descalza, como antes.

Se fueron de allí los dos juntos, sin decir nada, callejeando al azar y llegaron naturalmente a la Rue Fessart. Rirette les acogió, sin sorpresa y sin reproches. Igual de encantadora que siempre, pero triste y nerviosa.

–No me digáis nada. Sí, podéis volver a vuestra cabaña al fondo del jardín, pero no será por mucho tiempo. Me dejan libre porque me vigilan. Esperan pescar otros peces observando mis idas y venidas. Cuando les metan entre rejas, me llevarán adonde está Victor. Todo esto se ha vuelto muy malo para vosotros. Vuestra única salida es Delesalle.

El, él no está mojado. Recordadlo siempre... Delesalle...
Nadie más...

–¿Cuándo volverá Valet?

–¿Valet? Nunca. Ni él, ni Garnier, ni Callemin. Pero... ¿No lo sabes? Ya; no lees los periódicos. Toma; mira.

Sobre la mesa en la que Fred había visto tantas veces a Victor Kibalchich estudiar con detalle las pruebas de imprenta de *L'Anarchie*, Rirette puso varios números de *L'Excelsior*. Los titulares capturaron su mirada: Los bandidos en automóvil... Un cajero atacado, a las nueve de la mañana, en la Rue Ordener... En la portada, un dibujo representaba a un hombre con un sombrero con orejeras, blandiendo una pistola, mientras que un cajero con chaqueta y sombrero de dos picos se desplomaba.

–El de la pistola se parece mucho a Garnier –dijo Fred.

Rirette le señaló un párrafo, dentro del periódico. Leyó: «Un hombre de aspecto muy joven, no muy alto, ataviado con gabán con martingala y bombín, que emplea anteojos y con un rostro como el de un bebé rosado».

Fred se quedó atónito:

–Igualito que Raymond–la–Science.

–Ahora, mira esta portada del *Petit Journal*.

El dibujo del ataque a un banco ocupaba toda la página. Se veían sillas tiradas, empleados disparados a bocajarro por agresores que saltaban el mostrador. Una vez más, se distinguía bien a Octave Garnier con su sombrero con orejeras y a Raymond Callemin con su bombín y sus anteojos. Y ahí, llenando una bolsa con luises de oro...

Fred señaló en la imagen con el dedo:

–¿Valet?

–Quizás –dijo Rirette–. Pero si tú les reconoces tan bien, está claro que los polis les habrán identificado. Sólo les queda atraparles. ¡No les resultará fácil! Saben que la guillotina se halla al final de su aventura. Venderán su piel muy cara.

–Delesalle no quería que lo oyera. Pero recuerdo el nombre: «banda de Bonnot». ¿Son ellos?

–Un día, Raymond nos presentó a un hombre, bajito, achaparrado, con un bigote pelirrojo, que se llamaba Jules Bonnot. Mecánico, ladrón de coches, conductor temerario; se decía anarquista, pero no es más que un listo que utiliza la anarquía como pretexto. Victor y yo no paramos de prevenir a Callemin y Garnier contra este fanfarrón. Pero le han seguido. Conoces el resto...

–Si Victor no estaba de acuerdo con ellos, ¿por qué le han metido en chirona los polis?

–Para que denunciara a la banda. Pero Victor y yo no somos unos chivatos. No diremos nada. Aunque no estemos de acuerdo. No estamos de acuerdo con Bonnot, pero tampoco estamos de acuerdo con Lépine. Recuerda eso, pequeño mío, los rateros y los polis son pistoleros de la misma calaña. No hay que mezclarse con ellos. Nunca.

La Rue Fessart olía demasiado a madero como para que Fred y Flora pudieran quedarse tranquilos mucho tiempo en su refugio. Volvieron a emigrar entonces a la rive gauche. Fred propuso a Delesalle servirle como aprendiz, tan sólo a cambio de la sopa de Léona.

–Pero tu hermanita, ¿qué has hecho con ella? ¿Dónde la alojarás?

–Eso es problema mío –dijo Fred–. No se preocupe por ello.

Había localizado, en una plazoleta del Boulevard Saint–Germain, una caseta para obras, abandonada. Reemplazaría la de la Rue Fessart. Las verjas de la plazoleta, no muy altas, podían franquearse fácilmente de noche. Fred y Flora la adoptaron como vivienda. Flora encontró un restaurante en el que lavar los platos a cambio de que la

alimentaran. Provistos ambos de casa y comida, la primavera de 1912 comenzaba bajo felices auspicios.

Cada mañana, Fred acompañaba a Delesalle en busca de libros raros. Indagaba a lo largo de los muelles, rebuscando en las cajas de los libreros de ocasión, sacando ediciones originales todavía poco buscadas: las Historias naturales de Jules Renard, ilustradas por Lautrec; una primera edición de Sabiduría, de Verlaine.

–Tendrías que leer a Verlaine –decía a Fred–. Es nuestro gran poeta. Durante mi juventud, recorrimos juntos casi todas las callejuelas del barrio latino. Como yo no bebía, contaba con que le llevara a su casa cuando se emborrachaba hasta caer redondo.

–Valet me ha enseñado poesías de Rictus... El ruego de la vieja... ¿Verlaine es igual de bonito?

–Rictus, Couté, sí, están bien. Pero Verlaine es mejor.

Cada vez que Delesalle encontraba un libro que le gustaba especialmente, insistía en que Fred lo leyera sin falta. Pronto se instauró una gran complicidad entre el hombre maduro y el muchacho. Inteligente, de espíritu vivo y magnífica memoria, Fred localizaba panfletos que iban a enriquecer el fondo de la biblioteca. Todos los nombres de revolucionarios y militantes sindicales enseguida se grabaron en su memoria. Ninguno de esos autores se le

escapaba, ni donde los librereros de ocasión, ni en el batiburrillo del Hotel Drouot. Delesalle disfrutaba con su entusiasmo. Y con su bulimia de lecturas.

En realidad, Fred pasaba más tiempo leyendo, sentado en el suelo, con las piernas cruzadas en una esquina de la librería, que ayudando a quien nunca fue su patrón, sino más bien su iniciador o, como se decía en la alta sociedad, su mentor.

También le gustaba deambular por el barrio. La Rue Monsieur-le-Prince sube con una buena cuesta, desde el Odéon hasta el Boulevard Saint-Michel. La tienda de Delesalle se hallaba poco más o menos a medio camino, justo donde los caballos de tiro empezaban a resoplar. Los cocheros gritaban, hacían sonar el látigo. Fred a veces empujaba las carretas. Al otro lado de la calle se elevaba un edificio enorme, con altas y anchas ventanas con cristales opacos que despertaban su curiosidad. Lo rodeaba bajando por la escalera que da a la Rue de l'Ecole-de-Médecin. Sobre la fachada, curioso, leía: «Ecole Pratique». Escuela práctica. ¿Práctica de qué? Le hubiera gustado aprender todas las prácticas.

El 15 de mayo de 1912, el ejército francés, que no conseguía sobreponerse de la humillante derrota de 1870, conoció por fin su primera victoria, preludio de la gran carnicería que no tardaría en instalarse. Al alba, dos compañías de zuavos iluminadas por faros de acetileno se

lanzaron al asalto de una casita de Nogent-sur-Marne. Antes, tres cartuchos de dinamita colocados por los zapadores habían abierto brechas en sus paredes de piedra arenisca. Como esta modestísima casucha les seguía pareciendo temible, detonaron explosivos de melinita y las metralletas acribillaron los cristales de las ventanas. Cuando los soldados se decidieron a penetrar con infinitas precauciones en el interior de la casa, se encontraron cara a cara con un hombre ensangrentado, con el torso desnudo, que todavía tuvo tiempo de disparar cuatro veces con su revólver antes de ser abatido. Era Valet. Descubrieron a Garnier entre dos colchones, ya cadáver tras suicidarse de un balazo en la boca.

Esa mañana, cuando Fred llegó, como siempre, a eso de las ocho a la librería de la Rue Monsieur-le-Prince todos los periódicos repetían las peripecias de la noche y la valentía de las fuerzas de orden. Pero Fred no leía periódicos. Delesalle no sabía cómo decirle que Valet había muerto. Hasta tal punto que este hombre delicado, atento con los sentimientos del prójimo, a fuerza de dar vueltas a la forma menos penosa de exponer la situación, de repente se dejó llevar por la confesión más ruda:

–Fred, tengo que decirte algo: tenía que acabar así, la banda de Bonnot ha sido liquidada. Bonnot, Garnier y Valet han escapado a la guillotina, pero no al castigo. Todos han muerto.

Fred soltó un grito de dolor animal de tal calibre que Léona acudió allí y el perro se puso a aullar.

–¡Han matado a Valet!

–Valet había matado a inocentes, mi niño –dijo Léona con dulzura–. Todo el mundo sabe que era alguien plácido, un idealista, pero se ha dejado llevar por unos sinvergüenzas.

–¿Cómo lo han matado? –preguntó Fred cerrando los puños.

–Se ha defendido hasta el final –dijo Delesalle–. Ha plantado cara a una compañía de zuavos. En una «justa guerra», como diría nuestro amigo Péguy, se hubiera celebrado su «heroísmo». Pero no hay justas guerras.

Fred salió de la librería corriendo antes de que los Delesalle pudieran retenerle. Atrapando al vuelo los barrotes de una carreta que subía al trote el Boulevard Saint-Germain, se dejó transportar hasta el puente Sully, donde bajó para apresurarse hacia Bastille y Belleville. En la Rue Fessart se encontró con la casa de Rirette y Victor encadenada. Aun así empujó la verja, se sintió asido por los brazos y vio a dos enormes agentes de policía que le zarandearon como si quisieran que de él cayese una llave.

–¿Por qué quieres entrar en esta casa? –preguntó uno de ellos.

–Conozco a una señora que vive ahí. Quería saludarla.

–Una señora –se burló uno de los agentes– ¡cómo exageras! Una señora, mira lo que dice. Y ¿cómo se llama tu señora?

–Rirette.

–¿Rirette? Ese nombre no es de señora. Un nombre de ramera, como mucho...

El agente recibió tal patada en la tibia que lanzó un grito y soltó a su presa. El segundo, mordido en la mano, también chilló. Mientras, Fred se lanzaba calle abajo hacia la Place des Fêtes.

Bajando de nuevo hacia el centro de París, fue directo al tugurio en el que Flora lavaba los platos, entró en el local, se lanzó a las cocinas y silbó a su novieta, que enseguida se quitó el delantal y acudió hacia él.

–Ven Flora, nos largamos.

–Genial –dijo Flora–, a vivir la vida.

Dejaron juntos el restaurante, de la mano, sin precipitarse, ante la estupefacción del personal y de los clientes.

Fred y Flora volvieron a convertirse en niños salvajes. Fred pensaba que cortando los puentes con su trabajo honesto

con Delesalle, cortando todo vínculo con la sociedad, vengaba un poco la muerte de Valet. Hubiera querido más. Morder a un agente le desahogaba un poco, pero querría haberlos matado a todos. No obstante, era demasiado inteligente como para comprender que eso no estaba a su alcance. Robar, sin embargo, le acercaría a la cárcel, y por tanto a Rirette y a Victor. Se volvió ladrón. Ladronzuelo. Ratero de tiendas. Lo justo para afanar pan, embutidos, zapatos para Flora (desgraciadamente demasiado grandes), un cuchillo, latas de sardinas en aceite. Lo justo para sentir el miedo de ser sorprendido. Lo justo para estremecerse cuando un comerciante se daba cuenta del hurto y alborotaba a todo el barrio.

Fred y Flora le tomaron gusto al robo, juego peligroso que se refina con una habilidad siempre mayor. En realidad, por primera vez en su vida, se divertían. Vivían libres, como gatos errantes, no dormían nunca en el mismo sitio, conocían todas las plazoletas de París de memoria y, a veces, por la noche, se dejaban encerrar en las iglesias, o bien en el Jardín du Luxembourg, o incluso en el cementerio de Montmartre.

Una mañana, muy temprano, mientras se desperezaban tras haber dormido en uno de los barracones contiguos a la estación de Montparnasse, oyeron el galopar de varias suelas metálicas y vieron a dos agentes persiguiendo a un tipo barbudo, con una larga y rizada melena. Sin

premeditación alguna, se lanzaron instintivamente contra los policías. Fred tiró al primero con una zancadilla y Flora golpeó, con la cabeza gacha, el panzurrón del otro, que, intentando evitarla, tropezó y terminó de bruces sobre el suelo.

Los dos niños corrieron tras el de la melena, que enfiló la Rue de Vaugirard, torció por un callejón sin salida y desapareció como tragado por la tierra. Fred y Flora no tenían nada que ver con él, pero se sentían bastante ridículos ante esa extraña desaparición. De repente, oyeron un leve silbido que venía del respiradero de un sótano. Se acercaron. El melenas estaba allí, tras los barrotes, y les tendía una hermosa y brillante moneda de un franco.

Fred y Flora nunca habían poseído dinero. Así que no sabían qué podían comprar con un franco. Y además, ¿para qué comprar, cuando robar es tan excitante? Pero ya que por una vez se habían ganado este franco, más valía emplearlo. Entraron en una panadería, lo pusieron encima del mostrador y pidieron un buen pan. La panadera miró la moneda, la sopesó, se la llevó a los dientes como intentando comérsela, y volvió a sacarla de su boca, completamente torcida. Instantáneamente se puso a gritar «al ladrón» con una voz capaz de sublevar a todo un barrio.

Fred y Flora salieron corriendo, atónitos, preguntándose por qué les llamaban ladrones justo la primera vez que se decidían a ser honestos.

A fuerza de callejear, Fred se topó de improviso con Delesalle, encorvado bajo un enorme fardo.

–¿Qué lleva ahí?

–Pues libros, muchacho, no va a ser plata.

Delesalle volvía a la Rue Monsieur-le-Prince, terminadas ya sus compras de ocasión.

–Y tú, Fred, ¿qué es de ti?

–He estado a punto de que me pillaran por culpa de un tipo que me colocó un franco.

–¿Y eso?

–Una moneda falsa. ¿Es verdad que los anarcas fabrican moneda? Lo he leído en sus libros.

–Fue cierto en tiempos del ilegalismo. Hoy ya no tiene sentido. Como la banda de Bonnot. Conozco a un falsificador de moneda que en sus tiempos fue un buen obrero del cuero. Ganaba sesenta francos por semana. Ahora, le cuesta lo que no está escrito fundir unas monedas que no consigue colocar de lo falsas que parecen. Como mucho gana treinta francos, la mitad que cuando era honesto, y terminará sus días en Cayenne. Venga, Fredy, vente conmigo; vuelve. Haré de ti un buen obrero y un revolucionario útil. Comprenderás que la revuelta no

conduce a nada. El rebelde sólo es útil convertido en revolucionario. Habías empezado tan bien... ¿No echas de menos los libros?

–Sí...

–El 3 de febrero comenzará el juicio de Rirette y Víctor. Tienes que ser todo un hombre para entonces.

Fred volvió a sumergirse en el océano de los libros. Por las mañanas, salía con Delesalle en busca de libros de ocasión. A los dos les encantaba salir a esa caza de publicaciones con paños bajo el brazo en los que iban envolviendo lo descubierto y que devolvían a la librería llenos a rebosar, sobre los hombros, cual sacos de traperos. A veces había sorpresas al descargar y dentro de los lotes encontraban folletos sin ningún valor comercial, pero que Delesalle consideraba piezas de honor de su catálogo. Porque la minúscula y sombría tienda de la Rue Monsieur-le-Prince editaba cinco veces al año un catálogo titulado La Publication sociale y subtulado «selección bibliográfica de todos los documentos relativos al movimiento social en Francia y en el extranjero».

Por las tardes, Fred ordenaba, clasificaba y, sobre todo, leía por su propia cuenta. Delesalle le dejaba hacer. Le observaba. Tenía sus ideas para él. Pero no quería forzar las cosas. Léona y él sencillamente se las habían apañado para que los dos niños escaparan de su vida vagabunda y de

todas las peligrosas derivas que ésta implicaba. Al fin y al cabo, Péguy les había dado una buena idea. Flora podría servir en casa del «viejo Sorel», que vivía, ya viudo, con su sobrino. Así aprendería a cocinar, a limpiar, a hacer las compras. Y como contrapartida, el viejo Sorel alojaría a Fred y Flora en su casita de Boulogne.

A Flora no le gustaba mucho el acuerdo; se fugó varias veces, pero al final la bondad del viejo Sorel pudo más que su rebeldía.

Le llamaban el «viejo Sorel» no sólo porque tuviera setenta años, sino porque todos los elementos de su físico, de su comportamiento, daban una impresión patriarcal. Como Sorel ya no disponía del escaparate de los *Cahiers de la Quinzaine* desde que se peleara con Péguy, cada jueves mantenía una tertulia en la tienda de Delesalle. Mientras que las relaciones de Delesalle y Péguy se establecían sobre la igualdad y la familiaridad (al contrario de lo que decían sus enemigos de la Sorbona, Péguy no fantaseaba al afirmar que era pueblo «naturalmente»), las de Delesalle con Georges Sorel estaban marcadas por una extraña veneración y llevaban al militante revolucionario a llamar al filósofo «monsieur Sorel» o incluso, más sorprendente aún en boca de un libertario, «le maitre». Aunque, después de todo, la famosa divisa de la anarquía, «ni Dieu, ni Maitre», no era de Proudhon, sino de Blanqui.

Georges Sorel fascinaba a Fred con sus cabellos canos coronando una amplia frente, con su palabra entrecortada, con ese auditorio respetuoso que se amontonaba cada jueves por la tarde en la tienda de Delesalle, pero al mismo tiempo le irritaba. La religiosidad con la que le escuchaba su pequeño público, en el que se mezclaban obreros e intelectuales, sus interminables discursos y la seguridad con la que tomaba la pose de, precisamente, un maitre –un amo o maestro– irritaban al joven, que terminó considerándole un peñazo. Pero por encima de todo, le reprochaba que aceptase que Delesalle le llamase «maitre», le reprochaba ese desliz de Delesalle, ese error en el implacable rigor del librero. Tan sólo le divertía la forma en que, aquél a quien sus admiradores comparaban con Sócrates, se metía los pelos de la barba en la boca mientras reflexionaba.

En realidad, tenían que entrar en juego toda la seducción, la bondad y la autoridad de Delesalle para que Fred, pese a su pasión por los libros, se quedara encerrado en esta pequeña tienda, que contaba con el escritorio de Paul y el baúl de Léona por único mobiliario. La propia Rue Monsieur-le-Prince, casi nunca soleada, resultaba bastante triste. Nada que ver con la ruidosa animación de Les Halles, ni con el ambiente familiar y popular de Belleville.

Fred sentía que se anquilosaba en esa atmósfera polvorienta y tranquila (demasiado tranquila para un chaval de trece años acostumbrado al bullicio de la calle). Sin duda,

no hubiera aguantado demasiado tiempo confinado en la Rue Monsieur-le-Prince si la dramaturgia del juicio no hubiera venido a perturbarle tan oportunamente.

Con Bonnot, Garnier y Valet abatidos por la policía, de la «banda» inicial tan sólo quedaba Callemin, apodado Raymond-la-Science, el único que había sido capturado por sorpresa. Como la justicia quería dar ejemplo, había conseguido inculpar a una veintena de individuos bajo el pretexto de asociación de malhechores. En virtud de dicha acusación, Rirette y Victor ocupaban paradójicamente el primer rango; como los locales de *L'Anarchie* habían servido de abrigo a los «bandidos trágicos», los jueces les consideraban los jefes de la banda de Bonnot.

Aunque se admitió muy poco público en la sala del tribunal (la mayoría de los sitios estaban ocupados, como medida de precaución, por policías de paisano), Delesalle consiguió entrar en el Palacio de Justicia acompañado por Fred.

Tuvo que ampliarse el módulo de los acusados para que pudieran entrar los veinte inculpados y la pareja de gendarmes que custodiaba a cada uno. Todos eran jóvenes; la media de edad debía rondar los veinticinco años. La mirada de Fred buscó enseguida la de Rirette y Victor. Se quedó muy sorprendido al ver a Rirette igual de animada y sonriente que siempre, con su blusa negra y su cuello travieso y juvenil. Cerca de ella, Victor Kibalchich alzaba su

fina silueta, con ese curioso blusón de los campesinos rusos que constituía su vestimenta habitual; parecía el más elegante de la banda. También el más grave. Algo más lejos, Fred reconoció a Callemín, que, sin su gabán con martingala, su bombín y sus anteojos, parecía un joven estudiante.

Rirette, con voz jovial, sonriendo a los jueces y al jurado, demostró muy pronto que ni ella, ni Victor se habían implicado en cualquiera de los actos reprobables de la banda de Bonnot. Claramente, se ganó la simpatía de un tribunal que, pese a todo, reclamaba su manojito de culpables. Pero Victor torció algo las cosas con su elocuencia. Así, el presidente le soltó irritado:

–¿De qué se queja usted? Es usted extranjero, proscrito en su país, libre de palabra en el nuestro y encuentra usted la forma de acoger en su casa a unos asesinos. Se le detiene, como es normal, pero ¿le han maltratado? ¿Se ha intentado arrancarle una confesión por vías reprobables?

–No me quejo de la suavidad de su policía, señor Presidente –replicó Victor con su voz grave y mesurada–. Es, al contrario, su amabilidad para conmigo lo que me inquieta. Monsieur Jouin, jefe segundo de Seguridad, que me ha interrogado, no me ha tuteado ni tratado con rudeza. Tan sólo quería que me convirtiera en su cómplice.

–No se sirva de un muerto –exclamó el presidente–. Monsieur Jouin ha sido víctima de su deber, asesinado por su amigo Bonnot.

–Bonnot no era mi amigo.

–Pero Callemin, él, sí que lo era. Se alojaba en la Rue Fessart.

–Trabajaba en nuestra imprenta antes de los acontecimientos. Soy solidario con anarquistas, no con asesinos.

El presidente del tribunal, con su gorro redondo, su perilla y bigote enmarañados, sus cruces y su babero parecía uno de esos magistrados, medio jueces, medio payasos, que pintaba por entonces Georges Rouault.

–¿Qué diferencia ve usted entre un anarquista y un asesino? –preguntó–. ¿Bonnot no era anarquista?

–Repetiré que las ideas que he defendido toda mi vida no pueden engendrar ladrones o asesinos –respondió tranquilamente Victor–. Se nos acusa de ser el eje de una asociación de malhechores. Recuerde que nunca hemos dejado de ser pobres, que hemos tenido que imponernos una cotización para publicar nuestro periódico. No tenemos antecedentes judiciales. No hemos matado, ni robado, ni hecho nada de lo que se reprocha a la banda trágica.

El juez–payaso supremo se desinteresó de Victor, cuyos razonamientos, demasiado intelectuales, le exasperaban. Se dirigió a Raymond–la–Science, que desde el principio del proceso exhibía una sonrisa burlona.

–¿Se llama usted Callemin?

–Sí, no he cambiado de nombre desde ayer.

–¿Qué quería decir cuando espetó a un inspector: «mi cabeza vale cien mil francos, la suya poco más de siete céntimos»?

–Pues, cien mil francos es el precio en que ustedes han fijado mi cabeza y que, supongo, han pagado honestamente al desgraciado que me denunció. En cuanto a los siete céntimos es el precio de una bala de browning.

La sala estalló en carcajadas.

Con el pelo reluciente, más «bebé rosa» que nunca, Callemin se burlaba del tribunal, del jurado, del público. Mientras el presidente enunciaba sus crímenes, él le interrumpió:

–Quiero anunciarle que he estrangulado, con mis propias manos, a Luis XVI.

Poco después, cortando la palabra al procurador general Fabre, tan tieso con su armiño y su toga roja como la justicia misma, profirió:

–¡No hace usted más que monólogos! ¡Acapara usted toda la atención!

El criminólogo Emile Michon, que había visitado varias veces a los prisioneros durante los nueve meses de la instrucción, acudió a declarar. Su testimonio fue sorprendente, muy diferente de lo que se esperaba de un hombre semejante.

–Antes de conocer a los acusados –dijo el criminólogo–, me los imaginaba como bestias feroces o, cuando menos, como unos verdaderos brutos. Mi sorpresa fue total al hallar hombres capaces de analizar con detalle sus sensaciones y sus sentimientos. Como gustan del estudio, soportan con mucha mayor facilidad que el resto de prisioneros su detención. Pero lo que más me ha sorprendido, ha sido su insensibilidad a los rigores invernales. Cuando les llamaba a la sala de visitas, se presentaban con la camisa desabrochada y el pecho descubierto. En sus celdas, día y noche tenían el tragaluz abierto. Siempre aseados ejemplarmente, con las manos recién lavadas, las uñas cuidadas; también eso les distinguía del resto de detenidos, descuidados, frioleros, quejicosos. Estos hombres, vegetarianos y que no beben más que agua, se han entregado diariamente a la práctica de la gimnasia sueca.

Después de este curioso elogio higienista, el criminólogo Michon añadió que Callemín le había confesado sus deseos de volar en aeroplano, de navegar y de descender bajo tierra. Y concluyó con un gran arrebató oratorio:

–¡Con una mentalidad semejante podía preverse que este hombre terminara en alguna aventura alocada!

Durante las cuatro semanas que duró el proceso, Delesalle se forzó a asistir junto a Fred a la mayoría de las sesiones. Quería que las imágenes siniestras y teatrales de ese tribunal quedaran grabadas para siempre en la memoria del muchacho. Quería que escuchase el terrible discurso de acusación del procurador de la República. Quería que viese a Callemín condenado a muerte, a Rirette absuelta y a Victor cargando con cinco años de prisión por haberse negado a ser un chivato. Quería que esta tragicomedia sirviera de lección al chico y de preludio a lo que iba a decirle.

Flora, bien alimentada, mimada en casa del padre Sorel, engordaba. Crecía poco, pero se redondeaba. Tanto que Léona se preocupó y la llevó a la consulta de un doctor que exclamó jubiloso, como si tratara de una buena broma: –¡Pero si esta niña va a parir un niño!

–¡Vaya! –dijo Léona–. Aunque... más vale pronto que nunca. Vaya con los chiquillos...

Léona y Flora fueron de inmediato a la Rue Monsieur-le-Prince para anunciar la nueva.

–¿Cómo le llamarás? –preguntó Delesalle a Fred.

–Si es un niño, le llamaré Germinal.

Entre los habituales de la librería se hallaban varios rusos, exiliados tras su participación en la revolución frustrada de 1905. Uno de ellos, Vsevolod Eichenbaum, gozaba de un aura particular ya que, aunque apenas tuviera treinta años, había sido uno de los fundadores del soviet de Petersburgo. También él era anarquista, pero un tipo tan diferente al de los «ilegalistas» que parecía vivir en un siglo diferente al de la banda de Bonnot. Su preocupación principal, su obsesión, era la guerra que estaba por venir, que definía como ineluctable y que veía extenderse a escala mundial. La propaganda a la que se consagraba apuntaba dos objetivos: el antimilitarismo y el pacifismo. Hablaba mucho de Tolstói y de Kropotkin, cuyas obras figuraban en un lugar de honor en la Rue Monsieur-le-Prince, pero también de otros rusos desconocidos, o sólo conocidos por unos pocos militantes tan bien informados como él: Lenin, Trotsky...

Fred le escuchaba, con ese acento suyo que arrastraba las erres. También le oía conversar en ruso con otros emigrantes. Ese curioso personaje le intrigaba, sobre todo a causa de los libros que hinchaban los bolsillos de su pelliza. No conseguía leer sus títulos, impresos en cirílico. Este

descubrimiento, a la vez de otra lengua y de otra escritura, le dejó fascinado. La manera en la que el joven dependiente de la librería Delesalle escuchaba a Eichenbaum, la avidez con la que se volcaba sobre los libros que evocaba, las preguntas que no dudaba en plantear, no podían dejar de despertar la atención del proscrito sobre este chaval poco ordinario. Fred quería saberlo todo acerca de esa Rusia que estaba descubriendo, de esos revolucionarios con nombres extraños, de esos primeros soviets de 1905 de los que Delesalle decía que habían puesto en práctica el anarcosindicalismo. Eichenbaum le respondía encantado, le describía las extensiones nevadas de su país, las estepas, la tiranía del zar, los presidios siberianos. Tanto y tan bien que a Fred se le metió en la cabeza aprender ruso para leer a Dostoievski y a Tolstói en su lengua original. Eichenbaum, contento de encontrar un alumno tan motivado, aceptó. Cada tarde, después del cierre de la librería, deletreaba al niño las palabras de su lengua. Fred asimilaba sin dificultades el alfabeto cirílico. La sonoridad de las palabras eslavas, su musicalidad, terminaron de conquistarle. Con la cruel inconstancia con la que los adolescentes se entregan a sus pasiones y amistades nuevas, Fred descuidaba un poco a Flora, que pronto sería madre y se alejaba también de Delesalle. Eichenbaum le recordaba a Kibalchich. Pero era más impulsivo que Victor, más apasionado, más extrovertido.

Antes de que fuera demasiado tarde, Delesalle decidió tener una charla con Fred.

–No te reprocho nada –le dijo–. Nunca te reprocharé nada. No soy juez. Puedes hacer lo que quieras. Sólo te diré que desde que Rirette ha salido de la cárcel podrías haber ido a verla. Ella tampoco va a intentar recordarte su presencia. Sabe que ya no la necesitas. Así que se ocupa sólo de Flora, a quien también estás descuidando. Aprendes ruso. Bien. Te gusta aprender. Bien. Pero ¿de qué te servirá hablar ruso? La revolución ha fracasado en Rusia. Es un país pobre, poco propicio a la instauración de una sociedad nueva. La revolución se hará, sí, se hará, y tienes suficientes dones como para encontrar tu lugar en ella. En Alemania, sin duda, o en Inglaterra, ¿o quizás en Francia? En cualquier caso, en un país industrializado como el nuestro. Los obreros del metal ocuparán el primer rango en los combates que han de venir. Por eso te pido que aceptes formarte en un verdadero oficio. Ayudante de librería no es para ti. Yo, como ves, he sentado la cabeza. El futuro está en la industria. Cuando era joven, incluso cuando me perdí en el ilegalismo, me salvé porque, al mismo tiempo, era un buen obrero ajustador. Cuando uno es un buen obrero puede hacerlo todo, decirlo todo. Se te respeta. Tienes tu pasaporte, por así decirlo, para la vida en sociedad. Y entonces puedes discutir la forma en que vivimos en esta sociedad, puedes combatirla. Un buen obrero puede convertirse en un militante sindical ejemplar. Al contrario,

nunca. Me gustaría que llegaras a ser un buen obrero, Fred. No sólo por ti, sino por la causa. Tengo suficientes contactos en nuestros sindicatos como para que puedas seguir enseguida el mejor aprendizaje. Eres inteligente, habilidoso... Confía en mí, elige ser ajustador. Es un oficio hermoso. Un oficio en el que la mente trabaja tanto como la mano, en el que la agilidad de pensamiento debe responder a la rapidez del gesto. Recuerda lo que dijo ese criminólogo en el tribunal, cómo elogió la apariencia física de los de la banda de Bonnot, su higiene de vida, etc. ¡Los más sanos de entre los hombres! Al menos en apariencia. Pero podridos por dentro. Podrían haber llegado a ser militantes revolucionarios extraordinarios y se han dejado corromper. Sólo tienes catorce años, Fred, pero ya eres un hombre. Pronto serás padre de familia. Tienes que elegir. Has vivido hasta hoy como un niño. La infancia ha acabado. Se acaba muy rápido para nosotros. Demasiado, sin duda. Es así. No respondas, Fred, piénsatelo. No te guardaré en la librería. Eso no te ayudaría. Pese a todo, hemos pasado buenos tiempos juntos.

Como Fred permanecía en silencio, casi atónito ante ese inesperado discurso, Delesalle le alzó el mentón, le forzó a mirarle y le dijo, muy triste:

–No es que ya no quiera tu compañía, Fred. Me gusta mucho y a Léona también. Pero sería egoísta por nuestra parte.

Luego se dio media vuelta, muy rápido, y desapareció por el oscuro pasillo.

Pese a lo que imaginaba Fred, Vsevolod Eichenbaum aprobó la decisión de Delesalle. Fred entró así como aprendiz de ajustador en una fábrica de herramientas de precisión. Germinal ya había nacido. Como Flora se hallaba muy bien en compañía de Rirette, que tanto la había asistido durante el embarazo y en el parto, los dos niños (digamos ahora, más bien, padres) regresaron a Belleville. Rirette vivía sola, a la espera de la liberación de Víctor, así que no ocuparon la cabaña del fondo del jardín; Rirette les dejó disponer de una habitación de su vivienda.

Fred pasaba sus días en la fábrica. Por la noche, seguía estudiando ruso. Eichenbaum venía a veces hasta la Rue Fessart. De hecho, Rirette le conocía y le tuteaba, algo que resultaba chocante para Fred, acostumbrado a oírla tratar de usted a Víctor. Eichenbaum traía consigo noticias del mundo entero, o incluso pequeñas noticias de París, del París de los barrios buenos, tan lejanos, pero en los que siempre sucedían cosas muy curiosas. Como ese día de febrero de 1914 en que, desde la Gare de Lyon hasta la iglesia Saint-Agustin, cien mil personas siguieron las exequias del presidente de la Liga de los Patriotas, Paul Dérouléde.

–En la Place de la Concorde –dijo Eichenbaum–, la estatua de Estrasburgo estaba cubierta con velos negros. La

muchedumbre se ha parado delante de esa viuda. Entonces, desde el cortejo ha surgido un murmullo, que ha ido subiendo y ha rugido como un trueno. Es la voz de la guerra, amigos míos. Este desfile es la vanguardia de los ejércitos en movimiento.

Era el 3 de febrero. El 31 de julio, Raoul Villain asesinaba a Jaurés. El 1 de agosto quedaba decretada la movilización general.

Desde el principio de la guerra, tanto entre los anarquistas como entre los socialistas se produjo un viraje que dejó estupefacto a Eichenbaum: todos, o casi todos, se volvieron belicistas abandonando su pacifismo visceral.

El ruso no terminaba de creérselo.

–El contagio patriotero –decía– ha alcanzado hasta a Delesalle. Cree que se desencadena la batalla entre el espíritu libertario latino y el autoritarismo germánico. Proudhon contra Marx. ¡Habrase oído semejante tontería! ¡Como si Poincaré quisiera combatir el marxismo al declarar la guerra al Káiser! Lo peor es que, desde Londres, el mismo Kropotkin apela al combate. El patriarca se ha colado en la piel de Danton. «La valentía de los ejércitos belga y francés es adorable», sí, es la palabra exacta, ha osado decir «adorable». Es de locos. Y Jean Grave, el dulce Jean Grave, que hasta el momento no había dejado de dar lecciones de sabiduría desde su buhardilla de la Rue Mouffetard, se

vuelve ahora jacobino. Quiere salvar lo que llama «la tradición democrática y revolucionaria francesa». ¡Y si sólo fuera por ellos...! Mis compatriotas, todos los refugiados rusos de la Rue de la Reine-Blanche, y también los mencheviques, y los socialistas revolucionarios, todos predicán la cruzada contra los hunos. ¡Qué deshonra!

También a Fred le costó mucho no ceder a la histeria patrioterá que había puesto a París de fiesta. Los soldados partían de la Gare de l'Est cantando y con una flor plantada en el cañón de sus fusiles. Las mujeres, todas las mujeres, desde las burguesas hasta la obreras, extendían los brazos ofreciendo sus hijos a la patria. Los obreros se alegraban de que Léon Jouhaux, líder de la CGT, se encontrase en la Unión Sagrada al lado del prefecto de policía Lépine y de Charles Maurras, de L'Action française. Fred llegaba a preguntarse si Eichenbaum no se estaba equivocando él solo. ¡Si hasta Delesalle aprobaba la guerra!... Y Kropotkin... ¿Qué pensaría Victor Kibalchich desde su prisión? Rirette, que no era su mujer legal, no conseguía derechos de visita. Sin embargo, lograba comunicarse con él. Su respuesta fue contundente: «Eichenbaum tiene razón. ¡Los belicistas están locos!».

–Y Valet –preguntó Fred–, ¿qué habría hecho?

–Valet y sus amigos –respondió Rirette– eran hombres de guerra que se equivocaron de época. En esta guerra quizás hubieran llegado a ser capitanes o algo por el estilo. Actuaron demasiado pronto.

–Yo estoy hasta el gorro de tu guerra, de tu Badabum, de tu Rusia, de tus libros –farfulló Flora–. Sólo hay un Libro que valga y es el buen perro de los Delesalle.

Igual de pequeña que siempre, igual de rubia, acunaba en sus delgados brazos al bebé, al enorme Germinal. ¿Cómo una mujer tan menuda había podido traer al mundo un hijo tan grande? De momento, Germinal se preocupaba más de mamar que de la situación internacional. En eso se parecía a su madre, que se exasperaba de la deriva política de Fred. Salvaje, instintiva, despreocupada y con una sensualidad más asentada desde el embarazo, Flora se sentía cada vez más cerca de Rirette. Ambas eran gráciles, bonitas y coquetas (incluso en los peores momentos de su existencia, harapienta y con los pies desnudos, Flora había conservado un encanto indómito). Parecían ahora dos hermanas y se divertían vistiéndose de idéntica manera. Aun así, Rirette seguía siendo una militante libertaria convencida, mientras que Flora permanecía impermeable a toda reflexión política. Esta divergencia, que habría podido separarlas, no afectaba a su relación. Para Rirette, Flora era una hermana, una hermana muy pequeña, con la que se divertía, pero a la que también había que proteger.

En cuanto a Fred, le costaba admitir el analfabetismo de Flora. Estaba empeñado en enseñarla a leer. Ella se negaba con violencia:

-Tus libros puedes metértelos donde ya sabes. Te alejan de mí. Desde el día en que entraste en esa maldita tienda de los Delesalle no has vuelto a ser el mismo. ¡Sí que te han atrapado bien con sus libros!

-¿Quién me ha atrapado?

-Pues Valet, Delesalle, el padre Sorel, Badabum...

-No se llama Badabum.

-Lo digo para enfadarte.

-¿Por qué, Flora? Todos han sido muy buenos con nosotros.

-¿Sabes en lo que me haces pensar a veces?

-No.

-En un cura. En el pueblucho de mis padres había un cura. Hablaba como tú, como Badabum, como el padre Sorel.

-No digas tonterías.

-No. Sí que te han atrapado bien. Hemos sido libres juntos, libres como los pájaros. Y ahora te encierras todo el día en una fábrica. Clac. Te han puesto las esposas y no has hecho nada. Hasta pareces contento contigo mismo, con ellos... En el fondo, eres como Víctor. Rirette me dice que no le molesta tanto la cárcel, que le enorgullece estar preso;

que pasa todo el tiempo leyendo, estudiando no sé qué. Como tú... «Los hombres», no hay quien os comprenda... ¡Y pensar que he parido uno!

El 5 de septiembre de 1914, a 22 kilómetros de París y a la cabeza de su compañía de infantería replegada en la Lorena, Charles Péguy, siguiendo la expresión consagrada, «caía en el campo de honor». En su juventud había escrito: «Sí, atacamos universalmente todo ejército en cuanto instrumento de guerra ofensivo, es decir en cuanto útil de violencia colectiva injusta». Luego, como el resto, se dejó llevar por la locura revanchista:

Dichosos los que han muerto en inmensa batalla

Tendidos sobre el suelo ante la faz de Dios...

Su deseo se había cumplido:

Dichosos los que han muerto en justa guerra

Dichosas las espigas maduras y los trigos segados...

¿Era una justa guerra? Kropotkin lo decía. Gustave Hervé, que todavía ayer predicaba el antimilitarismo entre los reclutas y la desertión en tiempos de guerra, recibía ahora los elogios de Charles Maurras por su conversión al patriotismo.

Cuando Eichenbaum venía a pasar una velada a la Rue Fessart, se retorció de indignación. La tetera de Victor Kibalchich volvía a estar permanentemente sobre el fuego y Fred no alcanzaba a comprender cómo unos hombres tan activos podían disfrutar con una infusión tan insípida. Eichenbaum, que ahogaba su revuelta en tazas de té, desapareció de repente sin dar noticia alguna. Rirette terminó enterándose de que, alertado de su inminente detención por «derrotismo», había huido a Burdeos para embarcarse como palero en las calderas de un transatlántico con destino a Estados Unidos.

La ausencia de Eichenbaum provocó un gran vacío en la Rue Fessart. Sobre todo porque Rirette empezaba a llevar mal la interminable detención de Kibalchich. Se enfadaba, contagiaba su agitación a Flora. Fred, que tenía ahora 16 años, se retrasaba junto a sus colegas al salir de la fábrica. Se reunían en una taberna en donde las discusiones sobre la guerra viraban a veces en pelea. La unanimidad patriótica de 1914 se iba apagando. Demasiados muertos llevaban el duelo a las familias, demasiados heridos volvían desfigurados, mutilados. La guerra ya no era fresca y alegre, sino cenagosa y sórdida. En el taller todos los adultos se habían ido al frente y sólo quedaban viejos y adolescentes. Estos últimos, que veían acercarse la hora del consejo que les pasaría revista, se mostraban en su práctica totalidad hostiles a continuar con el conflicto. Y no dudaban en encararse a los mayores que les trataban de cobardes.

Al llegar a la Rue Fessart, Fred encontró en el bolsillo de su chaqueta de paño un papel, doblado en cuatro, que no recordaba haber puesto allí. Se trataba de una octavilla, mal impresa, titulada *El auténtico emboscado*. El autor, que tan sólo firmaba con su nombre, Armand, se decía «el sin patria, el sin bandera, el sin frontera, el sin religión, el sin ideal».

Fred encajó esta declaración como una bofetada. Enseguida pensó que se estaba acomodando demasiado. Se había contentado con escuchar a Eichenbaum sin actuar por sí mismo. Como deseaba Delesalle, todos sus esfuerzos se concentraban en convertirse en un buen obrero. Y también en aprender ruso, que ya descifraba casi con soltura. La lengua rusa, Eichenbaum y Kibalchich, todo tenía su lógica. Y mientras tanto, Europa se degollaba.

–¿Qué lees? –preguntó Rirette.

Le tendió el panfleto.

–Por fin; se despiertan. Armand, su nombre me suena. Es un pacifista integral, un discípulo de Stirner. ¿Has leído *El único y su propiedad*?

–Sí, Delesalle pensaba que no llevaba a nada, salvo quizás a la banda de Bonnot.

Algunos días después, Fred volvió a encontrar una octavilla en su chaqueta. Esta, firmada por Louis Lecoin,

terminaba por esas palabras que nadie osaba pronunciar por entonces: «Reclamemos la paz. Impongamos la paz».

¿Quién podía estar metiéndole esas octavillas sin que se diera cuenta? Uno de los obreros que veía en la taberna, sin duda, pero ¿cuál? En esos tiempos en los que pacifismo se identificaba a derrotismo, cuestionar la validez de la guerra equivalía a una traición y se castigaba como tal. Esos dos panfletos demostraban sin embargo que el cándido optimismo de 1914 comenzaba a oler a chamusquina.

–Lecoin –dijo Rirette–. Es nuevo. Debe de tener unos veintiséis años, como mucho. Y ya en la cárcel, claro. Pero después de todo, más vale eso que dejarse agujerear la piel.

Algunos días después, al salir de la fábrica Fred se fijó en un joven obrero que leía ostensiblemente un periódico titulado *Le Bonnet rouge*.

–Y este periódico tuyo, ¿qué es?

–La hoja de Almereyda, la única que critica la guerra.

–¿Y les dejan tranquilos?

–Almereyda tiene muchos contactos. No tiene miedo de nada. Casi es él quien asusta a los politicastros.

–¿Eres tú quien distribuye octavillas pacifistas?

–Nadie distribuye octavillas. Está prohibido. Pero si quieres mi periódico, te lo doy.

De vuelta a la Rue Fessart, a Fred le sorprendió descubrir en *Le Bonnet rouge* llamamientos a la paz firmados por Romain Rolland. Otros artículos pedían que se negociara la paz con Alemania. El periódico sacaba a la palestra a personalidades de las que nunca había oído hablar, como esos socialistas de los que decían que representaban al ala izquierda minoritaria: Marcel Cachin y Jean Longuet.

Fred preguntó a Rirette por ellos. No sabía nada de Cachin, pero de Longuet dijo que era el hijo de Jenny Marx.

–¿Qué Max?

–No Max, Marx. Un socialista alemán. Nuestro adversario de siempre. El enemigo de Proudhon, de Bakunin, de Kropotkin.

–Un monstruo, vaya –dijo Fred riendo.

Le enseñó *Le Bonnet rouge*. Rirette ya conocía ese periódico, y puso mala cara.

–¿Cómo puede pedir la paz sin que la censura se meta de por medio? –preguntó Fred–. ¿Y quién es el Almereyda éste que exhibe su nombre en primera página?

–Un tipejo especial. Por una parte, sus referencias son loables. El acercamiento a Alemania lo pidió mucho antes de la guerra. Ha pasado por la cárcel una infinidad de veces durante más de diez años: por hacer apología del regimiento 17, amotinado en Narbona cuando la huelga de viñadores; por un artículo contra la guerra colonial en Marruecos; por injuriar a Clemenceau; por incitar a los ferroviarios en huelga al sabotaje; y por no sé cuántas cosas más... Victor le ayudó a esconderse cuando vivía en Bruselas. Pero le consideraba, pese a todo su valor, como un arribista. Desde entonces desconfiamos de Almereyda. Frecuenta a gente muy poco recomendable. El ministro del Interior, Malvy, financia su periódico.

–¿El ministro de la pasma estaría haciendo doble juego? ¿En favor de la guerra con Poincaré y contra la guerra con Almereyda? No... Me tomas el pelo.

–Detrás de Malvy está Caillaux, el ex presidente del Consejo, y Caillaux quiere negociar la paz con Alemania.

–Tanto mejor si lo logran.

–Uf... sois un peñazo –intervino Flora–. ¿Y qué nos importa todo eso? Dejadles que se las apañen solos. De todas formas no nos pedirán nuestra opinión.

–Si la guerra se eterniza, en dos años me declaran apto para convertirme en soldado –lanzó Fred–. ¡Así que sí que me concierne algo!

–Fredy... No seas tonto. Te tomaré de la mano y nos escaparemos juntos. Recuerda, ya te lo dije: a vivir la vida.

–¿Y Germinal?

–Se lo dejamos a Rirette.

–Vaya, muchas gracias –objetó Rirette haciéndose la seria–. Pero si os vais os lleváis vuestras cosas.

El tornero que leía *Le Bonnet rouge* trabajaba en el mismo taller que Fred. Este le miraba con tanta envidia desbistar las toscas piezas que salían de la fundición y refinarlas luego quitando la rebaba de metal, que el tornero le invitó a acercarse y presenciar la delicada operación del afilado de las brocas sobre la cara plana de las muelas circulares. Le explicó cómo se conservaba la simetría perfecta entre los dos bordes respecto al eje del instrumento.

–¿Por qué te aplicas tanto?

–Si no, la broca pierde su eje y se desgasta enseguida.

Le enseñó sus herramientas como quien presenta a sus amigos:

–Esta es para roscar, esta para mandrilar. Y ése es el calibre de profundidad.

–¿Qué es roscar?

–Vaya, todavía te queda mucho que aprender. ¿De dónde sales? Mira, en esta pieza lisa tengo que hacer un taladro con la herramienta de roscar. Cada vez que pase, la herramienta tiene que caer exactamente en el surco que ya se ha trazado. Hay que tener tino y pulso.

–Me llamo Fred. ¿Y tú?

–Hubert.

–No sé nada de todo esto. ¿Me ayudarás?

–Me caes simpático. ¿Sabes algo de trigonometría?

–¿De qué?

–Bueno. Te pasaré unos manuales. Vendrás a verme trabajar. Si eres listo, lo pillarás rápido.

Hubert debía de tener un par de años más que Fred. Pero Fred, por su estatura, parecía mayor. Se estableció entre ambos jóvenes una cierta familiaridad y luego una verdadera simpatía. Fred se percató de que, hasta entonces, nunca había conocido a gente de su generación, de que siempre había estado con mayores, o al menos mayores que

él. La disciplina de su aprendizaje, junto a la suma de lecturas, le hizo madurar considerablemente. Ya no se identificaba con Gavroche, sino con un obrero grave, demasiado serio según sus compañeros de taller. Fred y Hubert vestían de la misma forma (traje de paño beige, gorra calada de medio lado, zuecos) y su parecido terminó acercándoles inevitablemente. Les diferenciaba todo lo que Hubert sacaba de un pasado de militancia social, mientras que Fred había llegado a las esferas de la vanguardia revolucionaria de su tiempo por una sucesión de azares y de encuentros. Hubert leía mucho menos que Fred, pero sus lecturas, mejor orientadas, le daban una superioridad intelectual evidente sobre su joven colega. Unos pocos años antes, Hubert se había metido en las Jóvenes Guardias Revolucionarias creadas por Vigo de Almereyda, que tenían como una de sus ocupaciones principales el emprenderla a puñetazos con los matones de Acción Francesa. No era exactamente anarquista, se sentía más bien inclinado hacia la extrema izquierda socialista, que lideraba Vincent Auriol, un joven político con el acento ronco de la Garona.

Hasta entonces, los amigos de Fred habían sido más bien protectores. Ellos hablaban, él escuchaba. Además, su infancia salvaje le había hecho poco charlatán. Y, sin duda, las atenciones que le prestaban sus mayores se debían a la facultad de escucharlos tranquilamente. Con Hubert descubría una verdadera amistad, compuesta de igualdad y de un mismo impulso hacia un futuro incierto. La facilidad

con la que de repente empezó a expresarse le sorprendía, y también le asustaba ligeramente. Intentaba contenerse, pero las réplicas le llegaban solas y veía que Hubert disfrutaba con esas discusiones interminables.

A partir de entonces, como a ninguno de los dos le gustaba beber, cada tarde recorrían las calles charlando en vez de presentarse en la taberna. Hubert vivía cerca de la Gare d'Austerlitz, en el extremo opuesto del domicilio de Fred, así que se acompañaban sucesivamente durante parte del camino para desandar luego sus pasos y recomenzar diez veces el mismo circo, hasta que se les hacía demasiado tarde y tenían que separarse a su pesar.

En la Rue Fessart a Fred le esperaba una ración de reproches. Flora no quería aceptar que perdiese así el tiempo en su camino de vuelta.

–Acabamos de librarnos hace nada de Badabum –se quejaba– y vas y encuentras otro. No soy suficiente para ti. Y con Germinal... nunca se te ocurre cogerlo en los brazos.

Fred, hundiendo la cara en su plato, no respondía. Comprendía los reproches de Flora, sabía que estaban justificados, pero, aunque sentía que todo su ser estaba ligado a Flora, aunque se alegraba cada noche al volver a verla, aunque la vida sin Flora le parecía imposible, inverosímil, en algún rincón de su cerebro sonaba una pequeña campana que le llamaba a otro sitio.

¿Por qué necesitan héroes los jóvenes? ¿Por qué se entregan con tanta confianza a grandes personajes, o a personajes supuestamente grandes? ¿Por qué la adolescencia se apega en su ocaso a unos últimos padres? De poco sirve deplorarlo o alegrarse por ello. Es así. El gran personaje de Hubert era Almereyda. Ese hombre en realidad extraordinario fascinaba a numerosos jóvenes obreros. Y por supuesto, Hubert no dejaría escapar la ocasión de presentárselo a Fred.

Miguel Almereyda, oriundo del principado de Andorra, se llamaba en realidad Eugène–Bonaventure de Vigo. Después de unos primeros pasos en la vida parisina dentro de los círculos del terrorismo anarquista, Almereyda encontró su voz en el periodismo político. Había fundado dos periódicos: *La Guerre sociale*, junto a Gustave Hervé, a quien había conocido en la prisión de Clairvaux, y, ya en solitario, *Le Bonnet rouge*, adversario encarnizado de *L'Action française*. Durante mucho tiempo se ignoró por qué una publicación tan izquierdista como *Le Bonnet rouge* se había enardecido con la defensa de Madame Caillaux, quien, para proteger el honor político de su marido, había asesinado a Calmette, el director de *Le Figaro*. Se supo más tarde que Joseph Caillaux financiaba *Le Bonnet rouge*. Se supo también que si tras la declaración de guerra no se persiguió a los miles de sospechosos fichados en el carnet B, que se suponía debían ser detenidos en caso de movilización, fue porque Almereyda había negociado con Malvy, ministro de Interior

y amigo de Caillaux, la no aplicación del carnet a cambio de la garantía de que socialistas y anarquistas no causarían ningún problema. Y si la casi totalidad de los anarquistas y socialistas se sumaron entonces a la Unión Sagrada, en parte se explica por el ascendiente que Almereyda había conseguido sobre la izquierda francesa. Sin duda, Caillaux y Malvy utilizaron luego a Almereyda para expresar a través de él su pacifismo y su deseo de una paz negociada con Alemania. En realidad, Almereyda creía haber alcanzado tanto poder como para meterse a Caillaux y Malvy en el bolsillo. Pero si él los utilizaba, ellos también le utilizaban a él.

Hubert llevó a Fred a una reunión organizada por Almereyda. La sala estaba llena a rebosar, con un público variopinto en el que mezclaban burgueses y obreros. Muchos bombines también, con un cierto tufo a policía. De repente, resonaron aplausos y apareció sobre el estrado un hombre delgado, muy guapo, de una belleza meridional, con una abundante cabellera negra ondulada, con un bigote de Donjuán de opereta. Fred quedó decepcionado. Esperaba encontrar a alguien como Valet. Sí, de todos los que había conocido, Valet era a quién más seguía apreciando. No podía dejar de imaginarse a Valet tal y como lo describían los periódicos, a pecho descubierto, ensangrentado, con un browning en la mano, haciéndose matar antes que rendirse. La bondad de Delesalle, la afectuosa educación recibida en la librería, las lecciones de

ruso de Eichenbaum, la hospitalidad de Victor y Rirette, todo aquello seguía muy vivo para Fred, pero se eclipsaba en cuanto pensaba en ese pobre maleante de Valet. No obstante, bien pensado, algunos gestos de Almereyda recordaban a Valet, una expresión nerviosa, algo depravada, no carente de encanto. Sí, de Almereyda emanaba un encanto que fascinaba a sus auditorios, que había debido de fascinar a Malvy y, mucho antes, a Gustave Hervé. El disoluto encanto de ricachón ordinario, como decía *L'Action française*. Sus dotes como orador estaban a la altura de las que tenía en los negocios. Hablaba tan bien, con una voz tan hermosa, con una voz tan seductora, que Fred perdió el hilo del discurso. Lo escuchaba distraído, aunque se reenganchaba en los momentos más sorprendentes, como cuando evocaba al «pueblo» alemán, que él defendía, que no quería confundir con el Káiser y con su estado mayor (¡algo increíble en unos tiempos en los que no se hablaba sino de la crueldad de los germanos!), o como cuando alababa a Romain Rolland, que acababa de publicar en Suiza *Por encima de la contienda*, o cuando clamaba contra el «traidor» Leon Daudet. Un niño de unos diez años se acercó a la tribuna y Almereyda le alzó sobre sus hombros sin interrumpir su discurso. El niño, flacucho, abrazó el cuello del orador y la muchedumbre aplaudió.

–Es Nono –le sopló Hubert–, el hijo de Almereyda. Está con él en todas sus reuniones. Al parecer, cuando era un pequeñajo, Almereyda lo enrollaba en un manto y lo llevaba

a los debates de los bares. De vez en cuando, los llantos del niño cortaban las discusiones políticas y Almereyda sacaba de su pelliza un biberón que metía en la boca de Nono. ¡Valiente Nono, será todo un capo!

La amistad entre Fred y Hubert quedó rápidamente interrumpida por el llamamiento del reemplazo de 1915. Todos esperaban que la guerra terminase antes del momento fatídico en que les llegara el turno de echarse a las trincheras. Pero la guerra continuaba. Hasta parecía que no tuviera por qué acabar. Los obuses abrían cráteres. Los soldados abrían trincheras. Los ejércitos franceses y alemanes se enterraban, se anquilosaban en el cieno. El suelo estaba minado. Las galerías de tierra serpenteaban bajo campos desiertos. El soldado se volvía topo, se volvía gusano. Se agarraba a la tierra, labrada por los proyectiles de acero. Se mezclaba a una tierra que, antes o después, le absorbería, le revestiría con su mortaja de barro. Cada vez que salía una remesa de soldados el taller se lo tomaba como un duelo, como una condena a muerte. Para Fred, el estado mayor, el gobierno, se igualaba a ese tribunal que había enviado a Raymond-la-Science al cadalso. No veía ninguna diferencia entre uno y otro. La marcha de Hubert le desgarró como le había desgarrado la muerte de Valet.

Delesalle le había llevado tiempo atrás a la ejecución de Raymond-la-Science, excusándose por conducirlo a un espectáculo tan repugnante, pero con el objetivo de que

recordase para siempre la tragedia de los amigos de Rirette y de Victor. La muchedumbre, amontonada desde medianoche en el Boulevard Arago, quería estar lo más cerca posible de la guillotina. Al alba apareció un furgón tirado por dos caballos blancos. Callemin bajó de él, caminando difícilmente con sus pies trabados por cuerdas. Su camisa abierta mostraba la piel blanca de su pecho. Fue hacia el cadalso cantando:

Nous n'irons plus au bois
Les lauriers sont coupe's.⁷

Cerca del verdugo, se estiró, escudriñó la muchedumbre y gritó:

–¡Qué bonita es la muerte de un hombre!

Fred se quedó para siempre con su última mirada de desprecio.

Antes de la marcha de Hubert, éste le había dicho:

–Tienes que apoyar la acción de Almereyda. Es nuestra única salvación posible. Iré a la carnicería antes que tú, pero pronto llegará tu turno. Ayudemos a Caillaux a hacer la paz.

7 «Ya no iremos al bosque / Los laureles están cortados». Versos de *Les stalactites*, Theodore de Banville, 1846. [N. d. T.]

¿Apoyar la acción de Almereyda? Fred decidió visitar a Delesalle primero. Se esperaba reproches, pero Paul y Léona le recibieron como si se hubieran visto un día antes. Hasta el perro, Libro, festejó su visita. Aun así, Fred sintió bastante pena en la librería de la Rue Monsieur-le-Prince. No sólo le pareció mucho más pequeña, sino que olía a encerrado, a polvo. Tras haber caído en la pasión patriótica, como todo el mundo, Paul Delesalle había regresado a su pacifismo natural. Fred le habló de Almereyda, de Hubert, del taller de mecánica y del buen ambiente en ese trabajo de ajustador que le gustaba.

–Dios mío, qué difícil es no tropezar –dijo Delesalle–. Ibas por buen camino en la vida y ahora este crápula de Vigo se halla en tu camino.

–¿Cómo que crápula? –dijo Fred molesto–. Es el único que se ha opuesto a la guerra, eso se merece un poco de consideración.

–Almereyda se ha vendido a una banda de financieros. El prefecto de policía se lo ha metido en el bolsillo.

–Es él quien manipula a Malvy y Caillaux para empujarles a negociar la paz.

–Mi pobre Fred, ¡qué inocencia! Ya verás cómo ese trío va a acabar un día de estos en un berenjenal. Sí, Vigo, alias Almereyda, fue uno de los nuestros. También era de los que

bebía sólo agua y ahora ¿no te has fijado en que *Le Bonnet rouge* tiene publicidad para una marca de licor de ajeno? Almereyda alaba a quienes le financian. Era un compañero audaz. Se ha malogrado y ya no da la cara. Le pagan. ¿Sabes que tiene un palacete, una casa en Saint-Cloud, cinco o seis coches, dos familias, tres amantes, un chófer negro, un sirviente español...?

–¿Y qué pasa? –bromeó Fred–. Por lo que dice usted parece un pachá. Prefiero un pachá que trabaja por la paz que un anarca patriota, como Jean Grave.

Delesalle sonrió:

–Me parece que me acaban de dar un buen zarpazo en los morros. Es cierto, me equivoqué. Jean Grave se equivoca. Kropotkin también. Toma, mira...

Delesalle sacó de una pila de impresos una revista: *Ce qu'il faut dire*. Señaló con el dedo una lista de suscripciones abierta por Sébastien Faure. Fred leyó: «Para que Grave reviente, cincuenta céntimos».

–Los hay más serios que tu Almereyda –continuó Delesalle–, Sébastien Faure acaba de publicar un panfleto: *La huelga de los pueblos*. Armand ha empezado con una nueva revista: *Par-delà la mêlée*. Nuestros amigos se han recompuesto. Treinta y cinco libertarios han firmado un manifiesto, *La internacional anarquista y la guerra*. Ahí

están Emma Goldman, Alexander Berkman, Malatesta. En Alemania, Rosa Luxemburgo y Liebknecht también han publicado un panfleto contra la guerra. No sólo hay «anarquistas de trinchera», como les llama Malatesta. Sí, nos hemos recompuesto, ya era hora. Somos pocos, pero existimos. Y además, también están Monatte, Rosmer, Merrheim, Trotsky y sus amigos Guilbeaux y Martinet.

¿Trotsky? A Fred le sonaba ese nombre de algo. ¡Ah!, sí, otro ruso del que había hablado Eichenbaum.

Con Hubert ausente, la vida en el taller se volvía pesada y el ambiente, muy triste; aparte de unos pocos jóvenes amargados ante la perspectiva de marchar pronto al frente, con su reemplazo, casi todo el resto eran obreros viejos y cansados, o enfermos. La inteligencia maliciosa de Hubert, su pasado militante, sus largas conversaciones... Fred añoraba todo aquello. Sin duda, Fred había vivido más episodios dramáticos que su amigo, y conocido más gente impactante, pero Hubert había participado en la vida política de su tiempo, mientras que él se había contentado con un puesto de espectador. De repente le embargaba una impresión de vacío. Volvía a la Rue Fessart sin ánimos, reencontraba a Flora crispada por las exigencias de Germinal, que no dejaba de ganar kilos, y por la voz nerviosa de Rirette. Tras dos años de guerra, tras más de dos años de ausencia de casi todos los hombres válidos, en la retaguardia la población femenina sentía una inmensa

frustración que se comunicaba de mujer a mujer; una sensación de abandono colectivo. Les ganaba una febrilidad que se traducían en agitación nocturna en los bailes y cabarets, en unas ganas de disfrutar de inmediato de la vida más mundana. Parecía que al romper así sus ataduras, esas mujeres quisieran ofrecer una especie de paralelo, o de respuesta obscena, a esos hombres que se lanzaban al asalto a través de alambres de espinos y en medio de metralla. También ellas se lanzaban al asalto, con una copa de espumoso malo en la mano. También ellas corrían directas hacia la nada. También ellas aceptaban el envilecimiento, el avasallamiento. Ya que los hombres uniformizados con sus capotes azules no reaccionaban, aceptaban su suerte, galopaban en grupo al matadero, ya que obedecían las órdenes de jefecillos que obedecían a su vez a jefazos, ya que no eran ya varones sino despojos, esclavos, y ya que se los devolvían mutilados, enfermos o muertos, ellas se entregaban a la ignominia con un frenesí que parodiaba los absurdos combates. Y a aquellas, como Rirette y Flora, que no se dejaban llevar por ese abandono, pero que veían alrededor suyo a sus semejantes vacilar y deslizarse hacia el abismo, les ganaba no obstante una angustia, una inquietud vaga, una insatisfacción latente. Fred tenía la impresión de que en la Rue Fessart le recibían con mala cara. En realidad, las dos mujeres andaban enfadadas con el mundo tal y como era.

Por fidelidad a Hubert, Fred quiso conocer a Almereyda, ofrecerle sus servicios. En las oficinas de *Le Bonnet rouge*, le preguntaron qué quería exactamente y le despidieron diciendo que no podían molestar al patrón por cualquiera. Rondó varias tardes ante la entrada del periódico hasta que por fin apareció Almereyda. Fred, aunque tan sólo le había visto una vez sobre un estrado, le reconoció sin problemas. Vestía con una rica pelliza de nutria y con un sombrero de fieltro echado hacia atrás, como los proxenetas. De la mano llevaba a un chavalín, embutido en ropas demasiado nuevas. Nono, el Nono de los biberones y los mantos roídos de cuando estaban sin blanca, vestido ahora como un niño rico. Esta exhibición de lujo asqueó a Fred. Dos perros, dos perros guardianes, escoltaban al hombre y al niño. Almereyda vio a ese obrero que le miraba. Se paró, intranquilo, se atrajo a Nono más cerca y silbó a los perros, que avanzaron hacia Fred gruñendo.

Fred saludó a Almereyda levantándose la gorra, escupió al suelo y se fue.

En 1916 Victor Kibalchich, liberado tras una reducción de condena, no volvió a la Rue Fessart. Un breve encuentro con Rirette bastó para que se dieran cuenta de que esos años de separación les habían cambiado. Esta ruptura dejó a Fred y Flora llenos de espanto. No podían olvidar a esa joven pareja, dinámica, sensual, rebotante de ánimo y amabilidad, que había sido para ellos la encarnación del

amor. Fred corrió en busca de Victor. Le encontró a la vez abatido y decidido a luchar.

–No me quedaré en París –dijo–. Demasiados recuerdos con Rirette. Y está el fardo de la banda de Bonnot. Todo eso es historia. Rirette me ha dicho que seguías a Vigo. He ido a verle a *Le Bonnet rouge*. Tampoco a él hay quien lo reconozca. Está enfermo. Se droga. Ha creído manejar al poder y el contacto con el poder le ha corrompido. Me ha dicho que tenía que librarme del sentimentalismo de mis autores rusos y que la revolución necesita dinero. En realidad, no lo creo, es él quien necesita dinero. El dinero le envilece. Huye de Almereyda, Fred, huye de él como de la peste.

–No sigo a Almereyda. Un amigo creía en él y quería que le conociese. Yo ya no sé qué creer.

–Me voy a Barcelona. A lo mejor, al final la esperanza viene de por allí. Quizás no volvamos a vernos nunca, Fred. El mundo es tan grande... Sé un buen obrero, como te pidió Delesalle.

Entre febrero y noviembre de 1916, mientras las terribles batallas de Verdún diezmaban las tropas, la retaguardia, presa de una histeria patrioterica, veía espías por doquier. En *L'Action française*, Léon Daudet afirmaba que toda complacencia para con Alemania, toda simpatía hacia los alemanes equivalía a una traición. «Todo alemán

naturalizado debe ser considerado sospechoso», escribía. «Todo alemán que viva en Francia es necesariamente un espía». En septiembre, Charles Maurras comenzó una campaña contra Almereyda–Vigo, que no dudaba en censurar como un agente de Alemania. En realidad, a través de Vigo–Almereyda, *L'Action française* apuntaba al ala socializante del partido radical, es decir, a Caillaux y a Malvy, del «partido de la paz».

Por esa misma época, Fred vio en Belleville a un hombre muy bajo, de cuerpo y cabeza muy redondos, distribuyendo unos panfletos titulados «Impongamos la paz». Le llevó uno a Rirette. Como única firma: «El libertario».

–Vaya valor tiene éste –dijo Rirette–. Tendré que ir a verle la cara.

Fred y Rirette encontraron al hombre en la Place des Fêtes, justo cuando dos agentes municipales se lo llevaban.

–Es Louis Lecoin –exclamó Rirette.

Lecoin la vio. Gritó:

–He devuelto mi orden de movilización a quien corresponda. ¡Abajo la guerra!

–Valiente Lecoin –dijo Rirette–. Acaba de salir de la cárcel y ya vuelve. Ese no dará mucho de qué hablar. En cuanto abre la boca, se la cierran.

El 1 de abril de 1917, Fred participó en la manifestación en honor de la revolución rusa organizada por la Liga de los Derechos del Hombre. El 2 de mayo, leyó en *Le Bonnet rouge* un artículo entusiasta sobre esta revolución y se enteró al tiempo de que ese Lenin evocado por Eichenbaum acababa de llegar a San Petersburgo. Por aquellos mismos días, agotados por tres años de combates inútiles, los soldados se amotinaban en el frente francés.

L'Action française proporcionó enseguida la explicación que la retaguardia esperaba. Una trama que implicaba al estado mayor alemán y a varios judíos habría conducido a la revolución rusa. La prueba: ese vagón blindado con el que Lenin había viajado a través de una Alemania en guerra con la complicidad de los *schupos*⁸. Daudet y Maurras destacaban que en Francia existía un plan idéntico, urdido por Malvy y Almereyda. Los motines en el frente constituían a su parecer el signo anunciador de esa insurrección inminente cuyos hilos movía Caillaux.

En la Cámara de los Diputados Maurice Barres increpó a Malvy: «¿cuándo detendrá a la gentuza de *Le Bonnet rouge*?».

En junio, las predicciones de *L'Action française* parecían cumplirse. De hecho, por primera vez desde que se declarara la guerra, un sindicato, la Unión de Metales,

8 Policía alemana. [N. d. T.]

publicó un panfleto pacifista y varios miles de mujeres en huelga recorrieron los Campos Elíseos reclamando la paz. En Saint-Ouen, soldados de Annam dispersaron las manifestaciones tirando sobre la muchedumbre. En Chálons, un regimiento recorrió las calles reclamando: «¡Viva la paz!». En el frente, en primera línea, se multiplicaron los motines.

Fred recibió todas esas noticias con exaltación. En el taller todos hablaban de esa revolución rusa de la que no se sabía gran cosa (salvo que el zar había abdicado) y, sobre todo, de los soldados franceses que se negaban a continuar con los combates. Las discusiones a veces tomaban un cariz violento alrededor de las máquinas. Los viejos, que no estaban amenazados por la movilización, trataban a los amotinados de cobardes, mientras que los jóvenes, en edad de ser reclutados, canturreaban las estrofas de la Chanson de Craonne–.

Adieu la vie, adieu l'amour
Adieu toutes les femmes
C'est bien fini, c'est pour toujours
De cette guerre infame
C'est a Craonne, sur le plateau
Qu'on doit laisser sa peau

Car nous sommes tous condamnés
Nous sommes les sacrifiés. ⁹

El 22 de julio, en el Senado, Clemenceau acusó a Malvy de traición. El 6 de agosto, Almereyda era arrestado. Tan sólo una semana después, en la noche del 13 al 14 de agosto, Eugène–Bonaventure de Vigo, apodado Miguel Almereyda, fue descubierto inanimado en la célula 14 de la prisión de Fresnes, justo la víspera del día en que debía recibir a su abogado. La policía concluyó primero que se trataba de una muerte por hemoptisis, que se convirtió pocos días después en un suicidio; el acusado se había ahorcado de los barrotes de su cama con los cordones de sus zapatos. Colgarse a sí mismo, tumbado, por mera tracción sobre los barrotes de su cama, ya que ésa era la posición en la que fue encontrado, requiere dotes para la acrobacia. Lo que llevó a un periódico de la tarde a escribir: «Tenía cordones en sus zapatos y murió prematuramente». Nunca se supo si el «suicidio» de Almereyda–Vigo se debió a agentes de Malvy y de Caillaux, para impedirle hablar, o si sencillamente fue liquidado por policías que se vengaban de la época en la que el anarquista Vigo se las hizo ver de todos los colores. ¿A quién se castigaba? ¿Al anarquista idealista de antes de la guerra o al político oportunista?

9 «Adiós, vida; adiós, amor / Adiós a todas las mujeres / Se acabó, es para siempre / En esta guerra infame / Es en Craonne, en la meseta / Donde debemos perder el pellejo / Pues estamos todos condenados / Somos los sacrificados.». [N. d. T.]

Los falsos agitadores y los cabezas de turco siempre sirven de pretexto para la represión. A la supresión de Almereyda, sucedió el proceso de Armand, condenado a cinco años de prisión por complicidad con la desertión; luego el de Lecoin, condenado igualmente a cinco años de prisión, más 18 meses por proclamas subversivas a la audiencia; y por último, el de Sébastien Faure, que tan sólo cargó con seis meses porque no encontraron nada que reprocharle aparte del hecho de ser Sébastien Faure. En realidad, encarcelando a los pacifistas, el gobierno creía cortar la raíz del derrotismo que afectaba a los regimientos de primera línea. Lo que significaba otorgar mucho crédito a militantes minoritarios en sus propias organizaciones, desconocidos por las masas y sin influencia alguna en las trincheras. Significaba sacarlos del anonimato al mismo tiempo, convertirlos en héroes, incluso en mártires. Así funciona la maquinaria del poder que, al designar ella misma a sus enemigos, al suscitarlos si hace falta, les asegura la fama. Así, aquellos que no ejercen ningún poder, lo reciben del poder central, del poder oficial. El poder secreta sus contrapoderes. Pero sin esta oposición, ¿no se marchitaría? ¿No moriría desecado?

En agosto de 1917, en Barcelona se proclamaba la huelga general revolucionaria. Fred vio en ello la mano de Victor Kibalchich. La insurrección de Barcelona, conducida por consejos de obreros y agricultores como la de San Petersburgo, era sin embargo más radical que esta última, porque se saltaba la etapa transitoria del gobierno burgués

de Kerenski instalado en Rusia. Pero dos meses después, Lenin y Trotsky echaban a su vez a Kerenski del trono de los zares y anunciaban la ocupación del Estado.

¡Cuántos sucesos increíbles! ¿Cómo era posible que hombres tan ordinarios, tan anónimos, tan aislados, tan pobres, tan desamparados pudieran arrancar de repente sus privilegios a los amos del mundo?

Rirette en la Rue Fessart y Delesalle en la Rue Monsieur-le-Prince desbordaban de entusiasmo, de alegría. Cuando todo parecía perdido, la utopía se hacía realidad. Fred iba de un sitio a otro movido por esa exaltación que también a él le embriagaba. Por contra, el ambiente en el taller, cada vez más sombrío, se cargaba. Barcelona y San Petersburgo estaban muy lejos y aquí la guerra se eternizaba. Los motines de soldados permitieron imaginar durante un momento que los combatientes, tanto franceses como alemanes, iban a abandonar las armas y confraternizar. No sabían que, entre las filas de los amotinados, un soldado de cada diez, elegido al azar, era fusilado y que Pétain insistía ante el gobierno para que no se indultara a los condenados a muerte en consejo de guerra. «El terror es necesario», decretaba quien los soldados apodaban «el carnicero de Verdún». Fred no había recibido noticias de Hubert y se preocupaba. Pero ni durante ese trágico año de 1917 ni cuando llegó el llamamiento de su reemplazo, ni durante todo el resto de su

vida, en la que conocería a tantos militantes, volvería a encontrar rastro de su primer amigo. La guerra se lo había tragado. ¿Había desaparecido, como tantos otros, volatilizado con la explosión de un obús? ¿Había caído prisionero? ¿Le habían echado a la fosa común de esos condenados a muerte? ¿Había regresado tras el conflicto a un anonimato voluntario, demasiado asqueado de tantas miserias, quebrado para siempre por el sufrimiento? Fred siempre se lo preguntaría, e indagaría entre quienes podrían haber sido testigos. En vano.

II. EL BASURERO DEL CAMARADA TROTSKY

(1917–1924)

Todas las artes han producido sus maravillas, el arte de gobernar no ha producido más que monstruos.

Saint–Just

A partir del momento en que Alfred Barthélemy pasó el reconocimiento y fue declarado apto para el servicio militar, despachado a la infantería, revestido con casco y uniforme pronto de color barro, armado con un fusil con bayoneta, sumado, adscrito a una cohorte de pobres diablillos atolondrados que apelotonaron en camiones para enviarlos hacia el Este, le pareció entrar en el túnel de una pesadilla. Todo había pasado tan rápido... La convocatoria, romper con el taller, la desgarradora separación con Flora. Flora, que

no comprendía, que se negaba a comprender, que se tiraba al suelo agarrándose a sus piernas, que le insultaba y le trataba de cobarde porque aceptaba obedecer las órdenes de la policía (sí, para ella eran todos policías, Joffre, Foch y Clemenceau, todos los que llevaban uniforme, sin tan siquiera hablar de los civiles de la secreta). Fred, con su capote, sus bandas para las pantorrillas y su gorra se convertía él mismo en policía, es decir, en la negación absoluta de su infancia salvaje. Flora se mantenía en sus trece y durante toda su vida seguiría creyendo que Fred empezó a abdicar a partir del momento en que entró en la librería de Delesalle y se hizo prisionero de los libros. Esos malditos libros le alejaron de ella. Y después se había puesto una correa al cuello: el taller. No había nada sorprendente en que luego se dejara llevar al matadero sin protestar. Ella le suplicaba que no fuera, que se escondiera. Sí, ella le escondería. Encontraría un trabajo que les alimentase a los tres. ¿Acaso no habían vivido durante mucho tiempo sin preocuparse por el futuro? ¿No habían salido siempre adelante? ¿Por qué inclinarse ante la convocatoria? ¿Por qué renegar de su vida libre?

Incluso subido ya al camión que le llevaba hacia aquellos que llamaban el enemigo, con las cubiertas de lona cerradas, apretado contra desconocidos que olían a sudor, Flora le perseguía con sus invectivas. Veía también a Rirette, muda, con la boca cerrada. Rirette no había dicho nada. ¿Por qué aceptaba la marcha? ¿Por qué no rechazaba el

uniforme, como Lecoin? Pues sencillamente porque tenía miedo. El mundo, de repente, le aterraba. Los poderosos de este mundo le asustaban. Almereyda, estrangulado en su calabozo; Hubert, desaparecido; Callemin, guillotinado; Valet, abatido como un perro sarnoso... Todas esas imágenes, esos recuerdos, se acumulaban en él con tanta fuerza que desde el momento en que el camión se paró en la noche y saltaron todos juntos a tierra, a una tierra blanda –tan blanda que asustaba por su inconsistencia, tan blanda que algunos escurrieron y cayeron, embadurnándose ya de lodo–, el miedo no volvería a abandonarle... Un miedo a esa tierra insaciable que devoraba cada día tantísimos soldados. Durante los seis meses que iba a permanecer en el frente, su obsesión sería escapar del mordisco de la tierra. Desde las líneas enemigas, los artilleros no tenían otro objetivo que hundirle, a él, Fred, en ella. Los obuses abrían cráteres. Labraban el suelo, hacían saltar por los aires géiseres de pedruscos y arena que recubrían a hombres encogidos en las trincheras, o incluso llegaban a sepultar vivos a algunos de sus vigías. Fred vivirá esos largos meses congelado por las brumas y las lluvias de Flandes, en un estado de estupor. Junto a la vida en rebaño descubrirá un campo del que, como chico de ciudad que nunca había salido de París, lo ignoraba todo. Pero era un campo arrasado, incendiado. Un campo horrible con sus árboles calcinados, con sus pueblos en ruinas, con sus animales reventados, con sus praderas destrozadas por las ruedas de los vehículos y la lluvia de obuses. De esa primera visión campestre conservaría

durante toda su vida una aversión a un mundo rural absurdo.

Al igual que sus compañeros de infortunio, se contentaba con obedecer. Saltaban todos juntos de la trinchera cuando los oficiales gritaban la orden de salida. Corrían lo más rápido posible, con la bayoneta al frente, reptaban por agujeros de obuses, reptaban bajo alambres de espinos, reptaban bajo el fuego de las metralletas. No sabían lo que hacían, ni por qué les pedían hacerlo. Obraban como robots. Cada tarde, una décima parte de entre ellos ya no estaban al pasar revista. A veces, los días de gran ofensiva, esa cantidad subía hasta más de la mitad. Todos se creían condenados a muerte a la espera de su ejecución; ya no esperaban nada, ya no creían en nada. Iban. Camina o revienta, como dicen. Cuando no les ponían en movimiento, dormían con un sueño pesado del que no deseaban despertar. Fred, que nunca había bebido alcohol, esperaba ahora con impaciencia, como el resto, su ración de aguardiente. El líquido le quemaba la garganta, pero calentaba el pecho. Ya no leía, ni pensaba. Belleville, Flora, Rirette, Delesalle, todo eso le parecía tan lejano que se preguntaba si ese pasado había existido realmente, si no se trataba de un sueño que se hubiera deslizado subrepticamente en su pesadilla cotidiana.

La apatía era tal que en los momentos de descanso pocos hombres hablaban. Dormitaban. Algunos escribían a sus

familias. Otros se mostraban fotos de la mujer, de la prometida, ya intercambiadas mil veces. Circulaban las mismas noticias, siempre las mismas: los alemanes retrocedían un día, lanzaban un ataque al día siguiente y recuperaban el terreno perdido, se retiraban unos pocos días después... Fred prestaba poca atención a todos esos rumores. Una vez, sin embargo, oyó una palabra que le hizo aguzar el oído: ruso. La palabra «ruso». Un sargento decía que los oficiales buscaban a alguien que hablara ruso. ¡Por qué no chino ya que estaban! Fred dudó. Pesaba tanto arrastrar las botas. Levantarse para avanzar unos cuantos pasos hasta el sargento, preguntarle por qué necesitaban un intérprete... Pero ¿sería una trampa? Pese a todo, se decidió, con una especie de provocación que le dio la impresión de volver a vivir. Ciertamente es que acaba de ingerir su dosis de alcohol.

–Yo, sargento, yo hablo ruso.

–¿En serio? ¿Y eso?

Fred creyó oportuno mentir.

–Mi madre era de Moscú. Ya murió. Me enseñó su lengua cuando era pequeño.

–Ven, vamos a ver al capitán.

En efecto, estaban buscando en los regimientos a soldados bilingües que aceptaran presentarse voluntarios para una delegación militar enviada ante el gobierno revolucionario soviético. Fred primero pensó que el capitán había descubierto sus antecedentes anarquistas y que intentaba crear la ocasión de desenmascararle. Pero no; se limitó a registrar la petición, la referencia de la madre rusa y la del oficio de ajustador.

Sucedió lo inimaginable. Una investigación no halló más rastro de la madre eslava de Alfred Barthélemy que de sus conexiones libertarias. Los elogios del taller de mecánica sobre el excelente obrero ajustador se consideraron largamente suficientes. Le sacaron de su trinchera y le devolvieron a París, donde pasó con éxito el examen lingüístico requerido. Flora ya no estaba en Belleville; ni Rirette. Delesalle ignoraba qué había sido de ellas. Sin embargo, manifestaba un gran entusiasmo por la Revolución de Octubre. ¡Qué suerte tenía Fred de encaminarse a ella!

Durante los días que pasó a la espera de su traslado a Moscú, Fred corrió en busca de Flora. En el frente, se había acostumbrado a correr, correr hacia el enemigo invisible, correr para evitar los obuses y las balas, correr para escapar de la muerte. En París, corría detrás de la vida, de su vida; de su mujer y su hijo. Pero esta carrera loca era tan vana como la otra. ¿Quién conocía a Flora? ¿Quién podía

informarle? Ni en la Rue Fessart, ni en la Rue Monsieur-le-Prince, ni en la fábrica se sabía nada. Ya no quería marcharse, intentaba anular su compromiso para Rusia. Pero la máquina militar no admitía más modificaciones aquí que en el frente. No le habían desmovilizado, sino destinado a otro lugar, en donde serviría a las difíciles relaciones entre los aliados y ese misterioso gobierno del señor Lenin. Llegó el día, inevitable, en que volvió a encontrarse en un camión que circulaba hacia Le Havre, en compañía de varios soldados taciturnos, de un sargento y de un teniente. Visiblemente, todos se espiaban, cada uno de ellos estaba convencido de que algún bolchevique oculto les acompañaba.

Rusia había hecho la revolución, había abolido el Estado, los anarquistas erigían un mundo nuevo junto a socialistas de todas las corrientes en el país de Kibalchich y de Eichenbaum; en consecuencia, Fred esperaba inocentemente entrar en una sociedad eufórica, igualitaria y libertaria. Todo lo que había leído en Proudhon, en Fourier, en Blanqui, en Bakunin, en Louise Michel, lo creía realizado en la tierra de Tolstói y de Kropotkin. No llegaba a creer la suerte de haber sido elegido para ir a vivir allí. Escapando al mismo tiempo a las trincheras. ¿Por qué esa alegría tenía que quedar unida a la pena, a la angustia de haber perdido a Flora? Perdido, no; extraviado. Se había extraviado. Pero ¿dónde? En Moscú encontraría camaradas. La II Internacional tenía mucha influencia. Pediría que se

organizaran búsquedas en los barrios populares de París. Sí, la II Internacional tenía ramificaciones por doquier y Moscú estaba convirtiéndose en su epicentro. A partir de ahí resultaría más fácil organizar la búsqueda.

En ese mes de marzo de 1918 la única vía posible para llegar a Rusia era rodear Europa central por el mar del Norte, desembarcar en Finlandia y, desde ahí, alcanzar la frontera rusa en las cercanías de lago Ladoga. La primera visión que Fred recibió del país de los soviets fue glacial. No sólo por una temperatura que, pese a la primavera, seguía siendo invernal; no sólo a causa de esa inmensa extensión de nieve que pasaba de Finlandia a Rusia ignorando la línea de demarcación, sino por la poco amable acogida de los centinelas rusos, temblorosos dentro de ropas demasiado ligeras, suspicaces, hostiles.

–Nuestros uniformes no les gustan nada –dijo el teniente que acompañaba la pequeña delegación de soldados franceses–. Hay que comprenderlo. Éramos aliados del zar. Todo conduce a creer que Clemenceau será un enemigo de Lenin. Así que seamos aliados o enemigos, desconfían.

Esta explicación tranquilizó a Fred. Pero cuando llegó a Moscú, el ambiente siniestro de las calles le dejó pasmado. Parecía que la ciudad sólo fuera habitada por soldados con capotes deslucidos y civiles con pinta de mendigos. Ancianas y niños harapientos intentaban ganarse la atención de los viandantes para proponerles cuencos de

sopa, de patatas. Fred se acercó. La sopa olía a carne podrida. No cabía duda de que las patatas se habían helado. Mujeres cubiertas con albornoces, o hasta con alfombras cosidas de mala manera, regateaban por esos alimentos en tan mal estado. Fred se fijó en una de ellas, que calzaba sandalias de paja y vestía un abrigo de piel de cebellina que debía de valer una fortuna.

–Compre, *barinya*, por amor de Dios.

¡«Por amor de Dios»! Qué larga es la vida de las expresiones.

De repente, un alud de gente, gritos, una desbandada. Unos hombres que no podían sino pertenecer a la policía tiraron las marmitas de sopa y confiscaron los productos de quienes no habían conseguido huir. Las mujeres lloraban alzando los brazos al cielo, gemían como perros enfermos. Los niños, conducidos brutalmente a unos camiones, pataleaban. Fred no comprendía nada. Esa miseria patente, esa policía...

–¿Ve cómo reprimen a los especuladores?

Fred se giró. El joven teniente, el mismo que había intentado excusar la frialdad de los centinelas de la frontera, estaba a su lado, sonriendo. Llevaba la gorra en la mano, sin duda para disimular un poco el uniforme francés, y Fred descubrió así que llevaba el cráneo afeitado. Sus ojos, muy

suaves, contrastaban con unos poblados bigotes de cosaco. Se presentó:

–Teniente Prunier. Vamos a pasar bastante tiempo juntos. Incomunicados, me temo. Así que más vale familiarizar enseguida, ¿no cree soldado Barthélemy?

Fred se sorprendió de que recordara su nombre.

–No se lo esperaba, ¿no es cierto? –retomó el teniente Prunier.

Fred desconfiaba. Tan sólo dijo:

–¡Cómo se puede hablar de especuladores! Esas pobres mujeres, esos chavales...

–El país está arruinado. Todo el mundo tiene hambre y frío. La población de Petersburgo ha sido evacuada a causa de la hambruna. Las fábricas cierran por falta de combustible. Todos los productos alimenticios escasean. Lo primero es castigar con fuerza el mercado negro, que favorece a los ricos. Con la cartilla el pan cuesta poco más de un rublo. Y se vende a quince o veinte en el mercado negro. El azúcar cuesta doce rublos por libra, cincuenta en el mercado negro.

–¿La revolución no ha repartido los bienes? –preguntó Fred– ¿Los ricos no han sido expropiados?

–Sí. Pero al contar a los ricos y a los pobres, resulta que los segundos eran mucho más numerosos que los primeros. Y los muy ricos, los príncipes, los duques, los grandes burgueses, se escaparon a tiempo con sus tesoros.

Fred acompañó al teniente Prunier por las calles de Moscú. Circulaban tranvías conducidos por mujeres con pañoletas rojas a la cabeza. También se veían algunos coches de punto tirados por unos caballos esqueléticos que se abrían difícilmente paso entre la compacta muchedumbre apelotonada en las avenidas a la espera de quién sabe qué.

–Mire, son los últimos coches de punto –dijo el teniente Prunier–. Todos los caballos acaban descuartizados, en la sopa. Pronto hasta los cosacos irán a pie.

Lo que sorprendía a Fred era el contraste entre el tono gris de las casas, la ruina de las tiendas vacías y el esplendor de las cúpulas de las iglesias brillando con sus cubiertas de cobre dorado. Las cruces se alzaban muy alto en el cielo, como un desafío a la revolución, que parecía estancada ahí abajo, a ras de suelo.

El teniente Prunier, que decididamente observaba todas las reacciones de Fred, dijo, irónico:

–Demasiado orgullosas, esas cruces. Me temo que un día las tirarán. La iglesia devuelta a la altura del suelo, a la altura de sus fieles; puede defenderse, ¿no?

¿Qué pretendía el oficial? ¿Qué esperaba que dijera? Fred callaba prudentemente. Llegaron ante una enorme estatua. Un hombretón barbudo, enhiesto, sujetaba entre sus manos un sombrero de copa. Una escultura que visiblemente se había realizado hacía poco. Como el bronce escaseaba, se había erigido en cemento y pintado con el verde de los vagones.

–¿Qué hace ahí un burgués? –soltó Fred.

El teniente Prunier estalló en carcajadas.

–¿No reconoce a Karl Marx? ¡Un burgués! Controle sus palabras, jovencito. Karl Marx, pero bueno... Es el padre de esta revolución. Un hombre respetable, con su chaqueta y su sombrero. No querrá usted que los soviets tomen por modelo a un maleante. Ese señor Lenin, que tanto asusta a Clemenceau, es un burgués como él. Gente del mismo mundo. Soldado Barthélemy, nos han enviado aquí para que establezcamos un diálogo, para que evitemos malentendidos. Por ejemplo, usted podrá contar que la revolución eleva en las plazas públicas estatuas a la burguesía ilustrada. Que no es poca cosa. Eso tranquilizará a monsieur Poincaré.

Fred no se chupaba el dedo. El teniente Prunier ironizaba, pero ¿por qué? ¿Qué quería? Sabía mucho de la revolución de los soviets. ¿Venía a Rusia como amigo o como enemigo de esa revolución? ¿Como espía? ¿Intentaba arrastrarle a una aventura o a tirarle sencillamente de la lengua?

–No es usted muy hablador, soldado Barthélemy.

–Un soldado debe escuchar a sus superiores –dijo Fred–, y no contradecirlos nunca.

–Exacto, soldado Barthélemy. Le pondré buena nota.

Los primeros meses que Fred pasó en Moscú apenas le proporcionaron una impresión muy somera de los sucesos rusos. En realidad, se mantenía bastante enclaustrado en los límites de acción de la delegación francesa, que era en sí misma perfectamente marginal en relación con la efervescencia de la revolución. La delegación, comandada por un general con quien el soldado Barthélemy no tenía, claro está, ninguna relación, contaba con un grupo de hombres dirigidos por unos pocos oficiales que desempeñaban un trabajo eminentemente burocrático. Fred podía ver que las autoridades militares habían renunciado en Francia a limitarse a soldados que hablaran ruso. La mayoría, tanto entre los soldados como entre los oficiales, no sabían nada de esa lengua. Así que recurrieron a Fred para innumerables traducciones.

El personaje principal de la delegación militar no era el general, sino un capitán, el capitán Sandoz. El ministro del Armamento, el socialista Albert Thomas (el primer político occidental que visitó a Kerenski en Rusia, en abril de 1917, para conocer sus intenciones), había encomendado a Sandoz, antiguo abogado parisino, la misión de enviarle detallados informes. El capitán se entregaba con esmero a esta labor, para mayor disgusto del general, que veía con malos ojos la correspondencia entre un militar a la escucha de los soviets y un socialista francés, por mucho que fuera ministro de Poincaré. Fred enseguida se percató del deplorable clima reinante. Todo el mundo se espiaba. Todos sospechaban de todos. Sólo el capitán Sandoz y el teniente Prunier parecían divertirse con esa discordia. Como el capitán no sabía nada de ruso, como Fred le había desentrañado ya un buen número de informes y como al parecer el teniente Prunier le había recomendado a este soldado, le destinaron a su oficina, donde Fred enseguida se volvería indispensable para el capitán.

El destino de Fred era tal que suscitaba grandes afectos sin pretenderlo y, en ocasiones, muy a pesar suyo. Fred sentía curiosidad por el teniente Prunier, pero el capitán Sandoz, en cambio, le desagradaba con esa pretensión de cautivar siempre a sus interlocutores. Este oficial le hacía pensar lo mismo que le había oído decir en una conversación con el teniente Prunier respecto a algunos miembros del Soviet Supremo («Por primera vez desde que entré en los círculos

de la extrema izquierda, tengo la sensación de estar frente a gente algo repulsiva y poco franca»). Sí, repulsivo y poco franco. Aun así, se hallaba lo suficientemente cerca del capitán Sandoz y del teniente Prunier como para darse cuenta de que ambos simpatizaban con los bolcheviques y de que situaban, por encima de todo el resto, a Lenin y a Trotsky. También podía ver que ambos sabían más sobre él que quienes le habían reclutado.

La opinión de Fred sobre los logros de la revolución fue basculando de una primera impresión desfavorable a sus efectos positivos. La revolución no había traído la felicidad, de acuerdo, pero todavía era frágil y estaba rodeada de enemigos: los alemanes en la frontera oeste y los militares zaristas sublevados en el interior. Los enemigos de la revolución resultaban ser tan numerosos y endiablados que un sabotaje general torpedeaba la economía. Pese a todo, Lenin y Trotsky, esos dos compañeros, esos gemelos en palabras del capitán Sandoz, conducían la revolución como un carro lanzado al galope. ¿Acaso no exigían la abolición del ejército, de la policía, de la burocracia? ¿Acaso no abolían el Estado al darle todo el poder a los soviets: «la tierra a los campesinos, la fábrica a los obreros»? ¿Acaso no habían suprimido la pena de muerte?

La mañana del 12 abril el teniente Prunier entró en el despacho del capitán precipitadamente, con el rostro descompuesto.

-Ha sucedido algo increíble esta noche. Los veinte palacetes que los anarquistas ocupaban en Moscú han sido atacados con metralletas y cañones.

-¿Quién ha dado el golpe, los cadetes ?

-No.

-¿Los mencheviques?

-No. Es la checa de Dzerjinski.

-Estará de broma, teniente Prunier.

-Sabe usted muy bien que no bromearía con un tema semejante.

-¡Qué van a pensar de mí! Tome, lea mi informe al ministro, el de la semana pasada.

Fred, que asistía a este diálogo, palideció. El capitán Sandoz se percató de su desconcierto.

-Prunier, el soldado Barthélemy tiene derecho de escuchar. Lea en voz alta.

-No querría ridiculizarle, capitán.

-Lea.

«El partido anarquista es el más activo, el más combativo de los grupos de oposición y probablemente el más popular.»

Fred sabía que no debía manifestar ninguna reacción ante los dos oficiales, pero se sentía asfixiado.

–Barthélemy –dijo el teniente Prunier–, tanto el capitán como yo no ignoramos que es usted anarquista. Esta noche se ha producido algo extraño, un tropiezo en el camino de la revolución. No olvidamos que en Francia el primer manifiesto público de apoyo a los bolcheviques lo lanzaron en el verano de 1917 los prisioneros libertarios al grito de «¡soviets en todas partes!» desde sus celdas de la cárcel de La Santé. No olvidamos que, en la fosa común de la Plaza Roja, varias decenas de obreros anarquistas cruzan sus huesos con los combatientes bolcheviques. La Revolución de Octubre se ha hecho mano a mano: bolcheviques, social–revolucionarios de izquierda, anarquistas. Sólo contaba el objetivo, no el partido.

–Pediré explicaciones a Trotsky –dijo Sandoz–. No me sorprendería que fuese un golpe de mano de Zinóviev.

Fred no comprendía muy bien por qué los dos oficiales le introducían en sus confidencias. Y ¿cómo habían llegado a descubrir su pasado libertario, cuando en Francia nunca había sido aireado por las autoridades militares? La simpatía

que le manifestaba el teniente Prunier le incitó a pedirle que lanzara la búsqueda de Flora y Germinal en Francia.

–Sin duda, sería más fácil empezar siguiendo la pista de Rirette Maitrejean –dijo el teniente, sonriendo tras su bigote.

Fred se quedó atónito.

–Vamos a ver, Barthélemy, es de lo más normal. El capitán y yo estamos con los bolcheviques. Necesitábamos un colaborador seguro. Creemos haberlo encontrado en usted. Pero antes nos hemos informado. Por cierto, el capitán se ha reunido con Trotsky y éste le ha tranquilizado. Los bolcheviques no se enemistarán con sus camaradas bajo ningún concepto. El periódico *La anarquía* acaba de reaparecer esta mañana con un enorme titular: «¡Abajo el absolutismo!». Lo que prueba que la prensa sigue siendo libre. En cuanto a las veintiséis casas ocupadas por la guardia roja, se habían convertido en la guarida de malhechores comunes que deshonraban la anarquía. Se trata de una operación de limpieza. Trotsky ha insistido bastante a Sandoz en que advirtamos a nuestros amigos franceses de que los bolcheviques nunca causarán perjuicio a los anarquistas idealistas, que la colaboración entre anarquistas y bolcheviques sigue siendo la base de la revolución. No olvida que en el Comité Militar Revolucionario del soviét de Petrogrado, que él dirigió y que cayó por culpa del gobierno provisional, había cuatro

anarquistas; ni que durante los combates más duros de Octubre, se confi6 la misi6n de mayor peligro al regimiento de Dvinsk, que avanzaba guiado por dos viejos libertarios: Gratchoff y Fedotoff; ni que Matiushenko, el l6der de la insurrecci6n del Potemkin, era anarcosindicalista; ni que el piloto Akachev, que ha organizado de cabo a rabo toda la flota a6rea, es anarquista. El mismo Trotsky es un bolchevique de nuevo cu6o.

–Se lo ruego –dijo Fred–, encuentre a mi mujer y a mi hijo.

Hab6a dicho «mi mujer». Nunca se hab6a imaginado a Flora como «su mujer». Se hab6an conocido tan j6venes. Una pareja de ni6os que, poco a poco, hab6a madurado naturalmente. Una pareja de amigos, de c6mplices. Flora era su compa6era, como dec6an los libertarios, quien le acompa6aba y a quien 6l acompa6aba. En cuanto a Germinal, fruto de su amor, Fred se esforzaba por pensar en 6l como en un hijo, pero no lo consegu6a. No se ve6a en calidad de padre. No recordaba que 6l mismo hubiera tenido un padre. Hu6rfano desde tan pronto, en lo m6s remoto de su infancia tan s6lo vislumbraba un personaje borroso; una sombra sin consistencia. En quien sol6a pensar como se piensa en un padre era en Paul Delesalle. Valet o Kibalchich se asemejaban m6s a hermanos mayores y Eichenbaum a un t6o, a un profesor algo aburrido. «Menuda familia», pensaba Fred divertido, «¡menuda familia numerosa para un hu6rfano! Atraigo la parentela como la

carne a las moscas. Y ahora vuelve a suceder en Rusia con este teniente y este capitán que rondan alrededor mío, que quieren ayudarme». Ciertamente es que Fred había venido a Rusia para reunirse con una familia, pero no la del ejército francés. La sentía alrededor de él, alrededor de ese pequeño gueto de la delegación militar: se trataba de la gran familia de la revolución. Hormigueaba en las calles, en la Plaza Roja, en los mítines improvisados frente a iglesias abandonadas. La veía bullir. De la masa que formaba ese pueblo aturdido y con las mejillas marcadas por el hambre, de esa masa de hombres y mujeres que se había echado a la calle y no se iba de ella, de esa masa de pobres con andrajos agujereados, de esos grupos de niños que parecían todos Gavroche, el mismo Gavroche que él había sido (como apostrofaba ese pobre Péguy, muerto por error en cruzada equivocada), de toda esa masa brotaba un gruñido, como un redoble de tambores. Su uniforme de soldado francés le dejaba al margen. Había tenido la suerte de disfrutar de un traslado increíble que le había sacado de la guerra para llevarle al corazón de la revolución mundial, y no obstante, permanecía aislado en un islote francés y rodeado de compatriotas que, en su casi totalidad, a excepción del teniente Prunier y el capitán Sandoz, se mostraban hostiles a la Revolución de Octubre y tan sólo aspiraban a regresar cuanto antes a Francia para volver a enfundarse sus pantuflas.

–Se lo ruego –repitió Fred–, encuentre a mi mujer y a mi hijo.

Durante los últimos días de agosto de 1918 una noticia inaudita cayó como un relámpago sobre la delegación militar francesa. Una mujer acababa de intentar asesinar a Lenin. Se llamaba Fanny Kaplan. Las dos balas de revolver disparadas a quemarropa sólo hirieron a Lenin levemente en el cuello. Pero esas dos balas perdidas ya no dejarían de silbar en los oídos de los dirigentes bolcheviques. Todas sus angustias, todos sus miedos, todo el terror que ese miedo engendraría, nacieron de esos rasguños.

Cuando Fred se presentó en la oficina del capitán Sandoz, a la hora de costumbre, éste se levantó con solemnidad y exclamó, teatral: «¡Viva la República de los Soviets!». Luego se acercó a Fred, le puso la mano sobre el hombro:

–Camarada soldado Berthélemy, ha llegado la hora de la verdad. La revolución está en peligro. Nuestro lugar ya no está en esta delegación de un país reaccionario que, antes o después, tomará las armas contra los soviets. El teniente Prunier y yo hemos decidido sumarnos al partido comunista. A partir de esta noche, habremos tirado nuestros uniformes a la basura y ya nada nos diferenciará del pueblo que nos espera. ¿Querrá usted venir con nosotros?

La fraseología del capitán seguía irritando a Fred. Parecía interpretar un papel, desfilarse sobre un estrado, recitar los diálogos de una obra aprendida de memoria.

Fred le agradeció su confianza, pero dilató su respuesta, prefiriendo conocer antes la actitud del teniente Prunier.

Este último le confirmó que tanto él como el capitán iban a dar ese paso y que deseaban arrastrarle en su aventura.

–No vaya a decirme que ha venido aquí por una razón diferente de sumarse a la revolución de los soviets. Sin duda no sabía usted muy bien cómo hacerlo. Ahora tenemos la oportunidad. Lenin y Trotsky están creando una federación de grupos comunistas extranjeros que será el esbozo de la III Internacional. Cuando acabe esta horrible guerra, cada uno de nosotros regresará a su país de origen, pero con una misión muy precisa. Vamos a formar aquí a los líderes de la revolución mundial.

–Yo no soy comunista –dijo Fred.

–Ya sabe que Kropotkin ha regresado a Rusia por voluntad propia y que, a proposición de Lenin, su nombre figura en el frontispicio de varias escuelas. ¿Por qué? Marx y Bakunin se separaron en Ginebra en 1867, pero se reencontraron el 17 de octubre de 1917 en Petrogrado, reconciliados sobre el zócalo de la revolución rusa. Barthélemy, querido Barthélemy, veo en usted, veo en ti, camarada, muchas

promesas. Sí, la idea del anarquismo es la mejor, la más hermosa y pura de las ideas, pero sencillamente, todavía no ha llegado la hora en que se realice. Consolidemos primero la revolución existente. Estoy convencido de que el anarquismo llegará y triunfará tras la indispensable fase socialista.

Fred recordó el entusiasmo del viejo militante anarcosindicalista Delesalle cuando le hizo saber que se iba a Rusia. En realidad, Fred no buscaba otra cosa que sumarse a la revolución. Si ahora dudaba era porque el capitán Sandoz se ponía como intermediario y porque ante la tragedia que se interpretaba a las puertas de la delegación militar francesa él interponía su imagen de taimado comediante.

–Me parece bien –dijo Fred–, pero lo que me interesa es trabajar directamente con los rusos. No seguir de traductor del capitán.

–Hay que ser astuto, camarada. No digas nada. Sigue colaborando con Sandoz durante un tiempo. Gracias a él conocerás todos los engranajes del partido. Nada te impedirá trabajar al tiempo por cuenta propia, hacer tus propios amigos. Tienes una gran ventaja sobre Sandoz, hablas ruso. En unas cuantas semanas, estarás como pez en el agua. El te necesitará más de lo que tú le necesites.

Desde el momento en que Alfred Barthélemy se quitó el uniforme, tuvo la impresión de recobrar una libertad perdida hacía mucho tiempo, mucho antes de su incorporación a filas, en el momento mismo en que aceptó entrar como aprendiz en el taller de mecánica. Flora tenía razón. Vestido con un traje de lana dura y gorra de fieltro no se diferenciaba en nada de la masa moscovita. Siguió el consejo del teniente Prunier. Aparentemente, tan sólo cambiaba de oficina: pasaba de la de la misión francesa a la del grupo comunista francés; grupo todavía bastante quimérico, ya que bajo la dirección de Sandoz y la coordinación de Prunier y Fred apenas contaban con cinco o seis emigrados rusos que habían vivido en Francia, Bélgica o Suiza. Aparentemente, porque el burócrata de día se convertía en cazador de noche. Cazador de noticias sacadas de ese mismo pueblo con el que se mezclaba en tabernas y agrupaciones. Reencontraba su aptitud para el vagabundeo, husmeaba, se inmiscuía en todo. Como Prunier le había predicho, se movía como pez en el agua. La mayoría de los noctámbulos que encontraba llevaban una vida semisalvaje similar a la de su infancia. Lo único que le sorprendía era la capacidad de esos hombres y mujeres para beber litros de alcohol. Se morían de hambre, pero el vodka, misteriosamente, parecía inagotable. Fred se había acostumbrado a beber durante la guerra y participaba en esas borracheras, que por otra parte contribuían mucho a hacerle penetrar en los medios populares más inaccesibles.

Así fue como llegó hasta esa guardia negra que los anarquistas habían organizado para protegerse de la guardia roja. El «estado mayor negro», si puede emplearse un término tan poco apropiado, se había instalado en la vivienda destartada de un especulador huido. La adhesión de Fred al partido comunista no constituía ningún obstáculo a la fraternal acogida de los anarquistas. Al igual que él mismo, tenían muy claro que dicha adhesión era sólo circunstancial. Oponerse a los bolcheviques en esos momentos hubiera significado hacerle el juego a los blancos. Muchos anarquistas combatían junto a los bolcheviques contra las tropas zaristas comandadas por los generales rebeldes Denikin, Wrangel y Koltchak. ¿Acaso Lenin no había enviado un anarquista al Turkestán para dirigir la propaganda soviética? Pese a todo, desde la batida de Dzerjinski, los anarquistas desconfiaban de que se repitiesen «malentendidos» semejantes. La guardia negra ofrecía una red de protección contra la checa.

A Fred le encantaba verse con este comando en ese apartamento saqueado en donde nada había vuelto a su lugar. Los muebles reventados todavía tenían los cajones abiertos y de ellos salían tejidos y papeles. Las cortinas, hechas jirones, caían sobre las ventanas. Buena parte de los cristales estaban rotos y habían sido reparados de prisa y corriendo con trozos de cartón. Fred tenía la impresión de regresar a Les Halles, en tiempos de su primera infancia, un día cualquiera después del mercado, ya idos los

comerciantes y con todo abandonado bajo los pabellones de hierro a la espera de los barrenderos. Aquí, visiblemente, los barrenderos nunca llegarían. Todos se acostumbraban a ese desorden y a esa suciedad. Incluso esa hermosa joven que acababa de regresar de Ucrania, una mujer de pelo corto y con el cuerpo ceñido por una túnica de cuero negro. Fred nunca había visto a ninguna mujer llevar el pelo tan corto. Ese peinado le daba un cierto aspecto masculino. Vestía como un hombre, fumaba cigarrillos, bebía mucho... Sorprendía y fascinaba a Fred como una aparición extraña, como una especie de andrógino exaltado que narraba masacres de campesinos ante el telón rojo de un horizonte de trigo en llamas, de llanos incendiados.

Sin duda, la atracción que sentía por ese tugurio se ligaba por encima de todo a la presencia de aquella misteriosa mujer. Al verla, le embargaba una agitación que nunca antes había conocido. Desde mediada su infancia hasta sus veinte años nunca había experimentado deseo sino por el cuerpo de Flora, por esas regordetas piernas blancas cuyo recuerdo todavía le enternecía. La feminidad era Flora, y punto. Ni siquiera imaginaba que otras mujeres pudieran tentarle. Y de repente, en esa vivienda desvencijada, en esas habitaciones que olían a sudor, a tabaco y alcohol, esa militante con el pelo casi al rape, ojos grises, voz sonora, le turbaba. Achacaba esas emociones a la fraternidad que le ofrecía ese pequeño grupo y a la alegría por penetrar en el seno del movimiento revolucionario. La imagen de la joven

le perseguía hasta la oficina de Sandoz y sentía en todo su cuerpo un malestar que le apesadumbraba.

Fred no se sorprendió por la rapidez con la que le aceptó la guardia negra; cada noche llegaban muchos desconocidos al amplio local. Las agrupaciones se multiplicaban tanto en Moscú como en Petrogrado. Mencheviques, socialrevolucionarios de derecha, socialrevolucionarios de izquierda, liberales, bolcheviques, anarcosindicalistas, anarcoindividualistas, comunistas libertarios, todos los componentes de la revolución se expresaban en esos círculos improvisados. Allí debatían sin fin sobre la forma más adecuada de transformar a los hombres y al mundo. Allí discutían. Y a veces llegaban hasta las manos. Y olvidaban en el vodka. De la masa locuaz a veces emergía un orador que conseguía hacerse oír. La fuerza de sus palabras le granjeaba un nombre entre las agrupaciones y los líderes terminaban localizándolo y ofreciéndole una oportunidad. Las noches transcurrían en la algarabía, en un confuso amasijo de gritos y empujones. Una noche, sin embargo, en la sede del estado mayor de la guardia negra, el alboroto degeneró en un conato de reyerta. Los compañeros de Fred agarraron a dos individuos que acabaron arrastrados y con las piernas colgando sobre el suelo de madera.

–¡Cabrones! ¡Han entrado aquí con granadas!

–Han confesado que son del KD.

–Han estado a punto de hacernos saltar por los aires.

–Vamos a meterles en la habitación ciega.

Una vez encerrados los dos «cadetes», el tumulto cesó de golpe. Un silencio opresor embargó a los guardias negros, que se miraban incómodos.

–¿Qué vais a hacer? –preguntó Fred.

Nadie respondió.

Una botella de vodka pasó de mano en mano. Cada uno dio un trago a morro. Algunos escupieron en el suelo, más por amargura que por necesidad. El silencio persistió un buen rato y Fred no se atrevió a preguntar nada más. Al final, Igor, que hacía las veces de jefe (aunque los anarquistas rechazaran la idea misma de rango resultaba inevitable que uno de ellos fuera responsable de algo), dijo lentamente, como hablando para sí mismo:

–En el VII Congreso del partido bolchevique, el pasado mes de marzo, Lenin preconizó la abolición de los funcionarios de oficio, de la policía, del ejército, la igualdad de salarios, la desaparición de la moneda, la supresión progresiva y completa del Estado. Aprobamos las decisiones de Lenin porque responden a nuestros deseos. Siempre hemos reclamado la demolición de las prisiones. En consecuencia, no podemos hacer prisioneros.

–Es lo que repite el camarada Majnó –exclamó la joven con el pelo corto–. Majnó nunca hace prisioneros. Como él, ¡fusilémoslos!

–¿Qué? –protestó Igor–. ¡Te atreves a hablar como los de la checa que, pese a la abolición de la pena de muerte por los soviets, asesinan en sus sótanos de un tiro en la nuca!

–Entonces les llevamos a la fortaleza –sugirió un guardia negra.

–¿Tú te encargas de hacerlo?

–Sí, vamos, tenemos que quitárnoslos de encima.

Bajaron a los dos cadetes a la calle con las manos atadas en la espalda, les metieron en un automóvil y tres guardias negras les acompañaron en la oscuridad. Las farolas, sin combustible, estaban todas apagadas y la ciudad desaparecía totalmente en medio de una noche opaca. Pudo oírse durante largo rato el motor del coche alejándose. El abatimiento dejó un silencio insólito en el local. Algunos se enrollaron en mantas y se echaron a dormir directamente sobre el suelo. Fred sólo tenía oídos para el crujido del cuero de la joven de pelo corto. La miraba, tumbada cerca de un guardia, los dos muy juntos, casi boca contra boca, hablándose en voz baja. Su intimidad, sus cuerpos en contacto, turbaban a Fred. Sentía una mordedura en su costado izquierdo, cerca del corazón. Cuando súbitamente

decidió irse se dio de bruces con los tres guardias negros que regresaban.

–¿Y bien? –preguntó Igor.

–No he podido entregarles –dijo uno de ellos–. Había hecho ese mismo trayecto hace muy poco tiempo, entre dos policías del zar. Miraba a los dos prisioneros y me veía en su mismo lugar. Les he cortado las sogas. Los camaradas han abierto las puertas y les hemos gritado «¡corred desgraciados! ¡Id con el diablo!»

–El diablo no existe –dijo con severidad Igor.

–¿Crees que he sido un idiota? –preguntó el guardia negra.

–Más vale idiota que verdugo –replicó Igor.

Fred sonreía pensando que, al pasar junto a Sandoz de la delegación militar a la delegación política, no se había producido ninguna modificación en sus relaciones con su «superior». Sencillamente habían cambiado de dirección, de traje y Sandoz ya no le llamaba «soldado Barthélemy» sino «camarada Barthélemy». Proseguía su trabajo de traductor, de secretario con Sandoz. Una vez, sólo una vez, le vio desconcertado, casi hundido. Pero unos cuantos días después, recuperó toda su seguridad y superioridad. El ex

teniente Prunier le dio la clave de esos cambios. Se mofaba de ello como si fuera una broma:

–Sabes, Lenin y Trotsky han convocado a Sandoz en el Kremlin para ofrecerle la dirección de todos los departamentos económicos de Rusia. La hambruna, las fábricas paradas, los transportes en ruina, todo eso pone a Lenin y Trotsky en tales aprietos que no han visto otro salvador que Sandoz. ¡De risa!, ¿no? Imagina su pinta, cómo debía de sacar pecho. Pero se deshinchó como un globo cuando Lenin le dijo: «Camarada Sandoz, su condición de ingeniero va a permitirle ser el gran organizador que necesitamos». ¿Ingeniero? Y eso que Sandoz no se las había dado nunca de ingeniero. ¿Cómo han podido equivocarse así Lenin y Trotsky? Sandoz no se ha atrevido a aceptar. Les ha sacado de su error, confesando su función de abogado antes de la guerra. Lenin y Trotsky estaban tan decepcionados como él. Ha sido por entonces cuando le has visto tan abatido. Pero como la iniciativa de Lenin le ha inspirado sueños de grandeza, ha vuelto al Kremlin y se ha propuesto como inspector general del ejército. «¿Por qué del ejército?» le ha preguntado Lenin, circunspecto. Trotsky ha acudido a socorrer a su protegido: «El camarada Sandoz es capitán». «Bueno», dijo Lenin, «como no podemos fiarnos de los ex generales zaristas, ¡tomemos generales franceses!». Y se ha echado a reír, con esa risa ladina que tanto desquicia a Trotsky. Al nombrar a Sandoz inspector general del ejército Lenin cree estar tomando el pelo a

Trotsky. Sandoz, por su parte, sólo ve el título. No es más militar que yo, que soy profesor de filosofía. La guerra nos ha dado un grado, pero un grado de militar burócrata. ¡Sandoz inspector general del ejército! ¡Ver para creer! Y no es todo. Sandoz te llevará sin duda junto a él. ¿Cómo va a arengar a las tropas sin ti? ¿En francés? Vas a convertirte en intérprete subinspector, o algo parecido. Un anarquista inspector del ejército, ¿no tiene gracia?

–No aceptaré.

–Sí, acepta. Quizás conozcas a Trotsky. En todo caso viajarás en su tren.

Cuando Fred regresó al estado mayor de la guardia negra, la joven del pelo corto ya no se encontraba allí. Igor le informó de que había vuelto a Ucrania, para unirse a Majnó.

–¿Quién es Majnó?

–Un campesino ucraniano, la revolución le liberó de la prisión de Butyrki, donde llevaba encerrado seis años. Es él quien conduce Ucrania hacia la construcción de una sociedad campesina libertaria. Tiene que rechazar a los alemanes en el oeste y a los blancos en el sur. Este hijo de siervos ha heredado el genio guerrero de los cosacos zaporogos. Es invencible. Todos le temen, hasta el ejército rojo de Trotsky.

–¿Era él el que fusila a sus prisioneros?

–Tiene un defecto. Bebe demasiado. Todos bebemos demasiado. Cuando empina el codo se vuelve cruel. Pero hay que comprender la miseria de esos campesinos, su odio; Ucrania explota con Majnó. Majnó es un antiguo anarquista terrorista. Conserva malas costumbres.

Fred pensó en Valet. De nacer unos cuantos años después, ¿Valet hubiera podido convertirse en un Majnó francés? Valet que, como todos los compañeros de la banda de Bonnot, tan sólo bebía agua.

–En París –murmuró Fred–, nosotros nunca bebíamos alcohol. Ni vino, ni tabaco, ni carne. Me han intoxicado en la guerra con su maldito aguardiente. Pero vosotros, vaya, cómo le dais al codo, ¡es increíble!

–Voy a contarte una historia –dijo Igor–. Una historia que he vivido. Una historia que no conservarán los historiadores de la revolución porque les parecerá inmoral, absurda, antihistórica o lo que sea... Justo después de Octubre, en los días inmediatamente posteriores, la revolución estuvo a punto de naufragar. Sí, estuvo a punto de naufragar, ahogada en el alcohol. Yo estaba allí. Por entonces no bebía, así que lo vi todo, lo observé todo. Junto a otros pocos camaradas intentamos evitar que el navío de la revolución se hundiera con todos sus pertrechos. Puedo incluso jurar que si la revolución no murió ahogada en la última semana

de octubre de 1917 es porque unos cuantos anarquistas sobrios y virtuosos mantuvieron el farol de la revolución por encima de las aguas crecientes de la borrachera universal.

»Era de lo más normal que los insurgentes festejasen su victoria, que relajasen los nervios tomando un buen trago. Pero el resto de la población siguió el ejemplo. En una revolución, siempre hay más mirones que combatientes, pero cuando se trata de celebrarla todo el mundo quiere participar. Una orgía salvaje estalló sobre Petrogrado. Como te gusta Tolstói, habrás leído en Guerra y paz cómo una marea de agitadores sale de las ratoneras de un Moscú en llamas cuando Napoleón y sus ejércitos dejan la ciudad. Pues bien, sucedió lo mismo. Expulsado Kerenski, huidos los últimos vestigios del zarismo, toda la pobreza de la ciudad se reveló. Todos los pobres, todos los enfermos, todos los vagabundos cayeron sobre las ruinas como insectos, se lanzaron a por las bodegas del Palacio de Invierno, se hicieron con las botellas, pero en vez de destruirlas, les pareció más fácil vaciárselas en el gaznate. Fue el comienzo de una embriaguez general que ganó a todo el ejército. Enviaron al regimiento Preobrajenski, el más disciplinado, para mantener el orden, pero no resistió al contagio. Las bodegas del Palacio de Invierno acumulaban tantos vinos y licores que los soldados no conseguían secarlo. El regimiento Pavlovski, sostén revolucionario donde los hubiera, vino en su ayuda y cayó también en el mismo charco. Bueno, ¿charco? Un río, el alcohol se volvía río.

Incluso la guardia roja se escurría en la orgía. Mandaron brigadas blindadas para dispersar el gentío. Entraron en medio del tumulto, rompieron varios botellones y, al final, los blindados empezaron a zigzaguar y a embestir con las mirillas cerradas contra las paredes de bodegas y cafés. Luego enviaron cuadrillas de bomberos para inundar las bodegas y también se emborracharon. Yo asistía, aterrado, a este hundimiento de la revolución. Si Kerenski hubiera osado volver en esos momentos, si los generales blancos hubieran sabido en qué estado se encontraban los insurgentes en las semanas posteriores a la toma del Palacio de Invierno, habrían barrido la revolución de un solo golpe. Pero también ellos, quizás, o sin duda, ahogaban su derrota en el vodka. Éramos apenas unos pocos camaradas para intentar colmatar una y otra vez las brechas. Pusimos barricadas ante tabernas y bodegas. Los soldados escalaban hasta las ventanas. Markin, antiguo marinero del Báltico, emprendió él solo la destrucción de todos los almacenes del Palacio de Invierno, sin tomar ni un trago de alcohol. Calzando botas altas, se hundió en un mar de vino hasta las rodillas. Al reventar, los toneles vertían arroyos de vino que corrían fuera del palacio, impregnando la nieve hacia el Neva. Los borrachos se tiraban sobre esos rastros rojos, sorbiendo hasta en los desagües. En medio de esa enorme borrachera no sólo se desintegró y desapareció la guarnición de Petrogrado, que había desempeñado un papel tan importante en las revoluciones de febrero y octubre, sino que el contagio étílico se propagó luego por la

provincia. Algunos soldados tomaron al asalto trenes que transportaban vino y licores. El viejo ejército ruso no se hundió bajo la avalancha de austríacos y prusianos; se desmoronó bajo los efluvios de alcohol. Si Trotsky se obstinó en firmar la paz de Brest-Litovsk es porque sabía que el ejército ruso había dejado de existir. El ejército ruso estaba borracho. El ejército ruso se había ahogado en una orgía inimaginable. Trotsky se tiró un farol al proponer a los alemanes en Brest-Litovsk desmovilizar las tropas rusas. Ya se habían desmovilizado ellas solas.

–Entonces ¿qué va a inspeccionar Sandoz si no queda ejército?

–El nuevo, el que Trotsky está formando con militantes fiables, el ejército rojo.

–Me dijiste que Lenin se había manifestado en favor de la abolición del potencial militar.

–Sí. También se había manifestado en favor de la supresión de la policía. Y luego ha dejado a ese maldito polaco de Dzerjinski crear la checa. Ahora Trotsky, el bolchevique más antimilitarista, es nuestro nuevo Kutúzov. ¿Qué hacer? Los ejércitos blancos atacan desde el sur y desde el este, los alemanes penetran por Ucrania. Como Majnó, tenemos que aprender a luchar contra nuestros enemigos. Cuando les hayamos vencido, destruiremos la

guerra para siempre y disolveremos todos los ejércitos. Ahora mismo no podemos.

A principios de 1919, Fred acompañó a Sandoz en el famoso tren blindado de Trotsky. La idea del tren blindado participaba de ese gusto por el teatro, de ese gusto por los toques dramáticos inherente a Trotsky. Trotsky tenía el don de crear mitos, principalmente su propio mito. No cabe duda de que entre todos los grandes actores que reveló la Revolución de Octubre, fue el mejor actor trágico y también el director de escena con mayor sentido del espectáculo. En un momento en el que el poderoso ejército zarista, resquebrajado, se escamoteaba a sí mismo, el tren blindado aparecía como la inolvidable representación de una nueva fuerza. Resucitaba también viejos miedos, el del dragón invencible que escupe fuego, el de la serpiente gigante o el de todos los monstruos salidos del infierno. Mientras la revolución emprendía la destrucción del Estado, del ejército, de la burocracia, el tren blindado reintroducía en todo el país una representación del poder, figurativa, es cierto, pero aún más inquietante por su forma de llegar de improviso, juzgar in situ y volver a partir hacia destinos desconocidos. Era una especie de gobierno volante y escurridizo que se paraba en pleno campo y desembarcaba automóviles armados de metralletas para inspeccionar los alrededores. El tren parecía desdoblarse así. Paría monstruos mecánicos que llegaban a los poblados y ciudades como ángeles del Apocalipsis. Se necesitaban dos

locomotoras para tirar de un convoy de tal peso. Vomitando humo negro, chorros de agua hirviente y centellas de carbón, esas locomotoras asustaban tanto como las torres giratorias que coronaban los vagones con los cañones de sus armas automáticas.

Fred y Sandoz tomaron sitio en el vagón de los secretarios, inmediatamente posterior al empleado por Trotsky para encerrarse durante cada trayecto. Se sucedían luego los vagones que albergaban la imprenta, la biblioteca, la sala de juegos, el restaurante, el almacén de ropa y víveres, la enfermería, la cochera para los automóviles... Varias estaciones telegráficas y radiofónicas permitían al tren conservar el contacto con Moscú y enviar órdenes a los comisarios políticos aislados en la inmensidad del territorio.

–Acompáñame –dijo Sandoz a Fred–, Trotsky va a recibirnos.

El vagón del comisario del pueblo para la guerra (Trotsky, siempre atento a su imagen ante la Historia, había rechazado la cartera de ministro del Interior ofrecida por Lenin para evitar mostrarse como el jefe de los policías bolcheviques) había pertenecido al ministro zarista de los Ferrocarriles. Desde la pequeña mesa de un salón transformado en oficina y biblioteca, Trotsky revisaba las hojas dactilografiadas de los artículos que acababan de escribir para el periódico diario, impreso en el tren y distribuido en las paradas de su recorrido. Cuando se

levantó para estrechar las manos de Sandoz y de Fred, a este último le sorprendió su rostro delgado, seco, sus pómulos hundidos y su barba pelirroja inclinada hacia delante. De considerable estatura, aunque menor que la de Fred, vestía una chaqueta de cuero demasiado estrecha para su ancho pecho, un pantalón militar, medias calzas y un gorro de piel con la insignia del ejército rojo. Parecía que se hubiera disfrazado. Sin duda alguna, esa impresión es la responsable de que Fred conservara ya por siempre el sentimiento de que Trotsky era un hombre de teatro. Los dos años que había pasado en Francia le habían proporcionado un buen dominio de ese idioma, que aun así hablaba con énfasis, forzando el tono de la voz. Se empeñaba en disertar ante sus dos auditores como si se encontrara frente a una muchedumbre, a caminar de un lado a otro, ejecutando movimientos de persuasión con brazos y manos. Un enorme mapa de Rusia fijado sobre una de las paredes del vagón le servía de referencia constante para indicar a Sandoz el trayecto del tren y los puntos clave en donde la inspección de las tropas sería más necesaria. Lo menos que podría decirse es que Trotsky no ocultaba que estuviera seducido por sí mismo. Sandoz estaba en el séptimo cielo hablando con Trotsky. Fred, por su parte, cuanto más les escuchaba y miraba, más les consideraba como taimados actores. De repente, se percató de que la falsedad que siempre había percibido en Sandoz, tan sólo era una voluntad de imitar a Trotsky. Pero Sandoz no era más que un doble, una mala réplica. Trotsky actuaba, sí, pero con cuánta inteligencia y

con cuánta maliciosa ironía. Su aspecto altivo, desagradable, quedaba compensado por la energía que emanaba de toda su persona. No obstante, no podía evitar entregarse a las ocurrencias que una vez pronunciadas hasta él mismo tomaba en serio. A Sandoz, que le comentaba su pesar por haber abandonado el comisariado de Asuntos Extranjeros, Trotsky respondió con soltura: «La revolución ya no necesita diplomáticos. Me he contentado con lanzar unas cuantas proclamas revolucionarias y luego he cerrado el chiringuito».

Lo que Fred oía en el vagón de Trotsky era casi inconcebible. Trotsky transmitía a Sandoz instrucciones para las inspecciones en vehículo armado. Decía: «Los comités de soldados deben centralizarse y disciplinarse. No pueden seguir eligiendo a sus oficiales. Debe usted esforzarse en combatir las derivas antimilitaristas. Son todavía muchos los bolcheviques que ven en todo ejército un instrumento contrarrevolucionario. En consecuencia, tenemos que recurrir al servicio de los antiguos oficiales zaristas para encuadrar nuestro incipiente ejército rojo». Sorprendido, Sandoz objetó: «¿El camarada Lenin no propone lo contrario?, ¿expulsar del ejército a todos los oficiales zaristas?».

—Exacto —confirmó Trotsky—, pero he contestado al camarada Lenin si sabía cuántos oficiales zaristas he aceptado en el ejército rojo. No lo sé, me respondió Lenin.

Diga una cifra, cualquiera. No lo sé. Al menos treinta mil, camarada Lenin. Y como el camarada Lenin se ha asustado de las posibles traiciones, le he asegurado que, por cada traidor, podría contar con cien oficiales leales. A diferencia de Zinóviev, yo no creo que debamos estrujar a los oficiales zaristas como limones para luego tirarlos. Esos oficiales, aunque sean de espíritu conservador, valen más que esos pseudo-socialistas que pasan todo el tiempo intrigando.

Fred estaba atónito oyendo que había que reintegrar a los siervos del zar en sus funciones.

–El trabajo, la disciplina y el orden salvarán a la República Soviética –añadió Trotsky.

Era demasiado. Fred intervino:

–Camarada comisario, el texto de su decreto fundador del ejército rojo comienza por: «Una de las tareas fundamentales del socialismo es liberar a la humanidad del militarismo. El objetivo del socialismo es el desarme general».

Sandoz palideció, miró a Fred con gesto afligido y de inmediato se preparó para una de las crisis de furia que acostumbraba Trotsky cuando un contradictor interrumpía sus discursos.

–Nuestro camarada Barthélemy, que me sirve, nos sirve con abnegación, es no obstante anarquista. Bueno, lo era antes de adherirse a la sección francesa del partido.

Trotsky, primero despreciativo, se recompuso en seguida. Cuando quería convencer sabía pasar sin transición del desprecio al encanto. Y le encantaba convencer.

–En París –dijo– los anarcosindicalistas eran mis mejores amigos: Monatte, Rosmer... En Francia hay una tradición anarquista, pero no en Rusia. Bakunin y Kropotkin sólo han cobrado importancia en el exilio. En el 17, los anarquistas tan sólo sumaban en Rusia unos pocos miles de individualistas. Pero reconozco que pese a todo su papel fue capital en Octubre. Incluso fue el grupo anarquista de Anatol Gelezniakoff el que dispersó la Asamblea Constituyente. Desde entonces, todos los anarquistas serios se unen a nosotros, como usted mismo ha hecho. Ello no quita para que a menudo nos creen ustedes problemas. No pueden impedir que su espíritu pequeño burgués les forme un nudo en la garganta. También nosotros hemos denunciado el militarismo, animado a los soldados a rebelarse contra la disciplina. Nosotros cantamos las estrofas de *L'internationale*:

Nos balles seront pour nos propres généraux...

Para gran sorpresa de Fred y Sandoz, Trotsky cantó a voz en grito:

*Appliquons la greve aux armées
Crosse en Pair, et rompons les rangs!
S'ils s'obstinent, ces cannibales,
A faire de nous des héros,
Ils sauront bientôt que nos balles
Sont pour nos propres généraux.*¹⁰

¡Resultaba increíble oír en ese tren blindado erizado de metralletas las más blasfemas palabras de un comunard francés!

Trotsky rió sarcásticamente y prosiguió luego bruscamente:

—¿Qué he proclamado ante los plenipotenciarios alemanes y austríacos en Brest–Litovsk? Que nos retiráramos del conflicto, que lanzáramos la orden de desmovilización general. ¿Dónde encontraría usted en la historia un ejemplo de desmovilización unilateral semejante? Yo esperaba que, tras un acto pacifista de ese calibre, los obreros alemanes, austríacos, franceses, ingleses, italianos, decretasen la huelga general y

10 «Nuestras balas serán para nuestros propios generales... / Apliquemos la huelga a los ejércitos / ¡Culata al aire y rompamos rangos! / Si esos caníbales se obstinan / En convertirnos en héroes / Pronto sabrán que nuestras balas / Son para nuestros propios generales.» Versos de la versión original de *La internacional*, escrita por Eugène Pottier en 1871 en honor de un miembro de la Comuna de París. La letra de la canción ha sufrido varias modificaciones en las versiones que luego realizaron y adoptaron las diferentes tendencias políticas. [N. d. T.]

despacharan ellos mismos sus ejércitos. ¿Y qué sucedió? Nada. El proletariado occidental no movió un dedo. Y los ejércitos alemanes se arrojaron sobre una Rusia desarmada. Como el mundo entero quería estrangular nuestra revolución, me vi obligado a organizar tropas de partisanos. La guardia roja ha sido el embrión del nuevo ejército. Nuestra propaganda antimilitarista todavía perjudica al reclutamiento. Así llegamos a tener que combatir el estado de ánimo que nosotros mismos hemos creado. ¿Qué edad tiene usted, camarada Barthélemy?

–Veinte años.

Trotsky se dirigió a Sandoz:

–Un crío.

Luego añadió, con esa risa seca (esa risa mefistofélica, como decía su enemigo Zinóviev):

–Un crío parisino... Tengo casi el doble de su edad. Quien no es anarquista a los veinte, es que es un cabrón. Quien lo sigue siendo a los cuarenta, es que es un imbécil.

Tras esa subida de tono, que no era suya, se sentó en su mesa de trabajo, se quitó su gorro de piel descubriendo un cabello pelirrojo e hirsuto y despidió a sus dos invitados con un gesto exasperado.

El tren blindado circulaba hacia un sur interminable, semana tras semana. Su masa gris hendía la inmensidad blanca de las llanuras nevadas y desiertas. Fred miraba por la ventanilla de su vagón ese paisaje monótono. De vez en cuando, bosques de abedules cubiertos de escarcha rompían la monotonía del recorrido. Los ríos, helados, se fundían con la inmensidad blanca. Tan sólo se oía el chirrido de las ruedas metálicas y el jadeo de los pistones de las locomotoras. En ocasiones, el tren quedaba bloqueado ante ventisqueros llenos de nieve. Los soldados bajaban a las vías con palas y despejaban los raíles.

El frío era tan vivo en el exterior que los vagones parecían caldeados. Sin embargo, la única fuente de calor de los compartimentos procedía de los hornillos sobre los que hervía, de sol a sol, el agua de los samovares. Un té ardiente, una pequeña porción de pan de salvado, pescado seco y unas pocas galletas rancias constituían el día a día de los ocupantes del tren de Trotsky. Menú frugal, pero privilegiado si se comparaba con el estado de hambruna que seguía azotando a la población rusa. El té, que Fred había terminado apreciando, le recordaba cómo no a Victor y Eichenbaum, los dos amigos rusos de su adolescencia. ¿Victor seguiría en Barcelona y Eichenbaum en América? En todo caso, sus nombres no aparecían por ninguna parte en las proclamas, decretos y artículos que Fred traducía para Sandoz. Aunque hubiera preferido quedarse en Moscú con Igor y sus compañeros, era consciente de la situación

excepcional que le otorgaba su papel de colaborador de Sandoz, aunque sólo fuera por la masa de escritos que leía, y que le revelaban toda la complejidad y las contradicciones de la revolución rusa. En realidad, el destino de la revolución oscilaba entre la utopía marxista y la utopía libertaria. Los bolcheviques se declaraban marxistas, pero todos seguían impregnados de ideas anarquizantes. Empezando por Lenin, que repetía perpetuamente en sus textos la necesidad de destruir no sólo el Estado zarista, sino cualquier Estado, cualquier Estado en sí. Fred, pensando en sí mismo, en su propia educación política, en la propaganda que tendría que realizar cuando los soviets le otorgasen una misión en Francia, copiaba esas frases de Lenin: «Mientras existe el Estado, no existe libertad.... Nosotros no discrepamos en modo alguno con los anarquistas en cuanto al problema de la abolición del Estado, como meta final... La expresión el Estado se extingue está muy bien elegida, pues señala el carácter gradual del proceso y su espontaneidad».

La «lentitud del proceso», eso es lo que separaba a los anarquistas y a los marxistas. Los anarquistas exigían la inmediata supresión del Estado y los marxistas la posponían a una fecha indeterminada. De esa indeterminación derivaba la desconfianza de los libertarios hacia los bolcheviques.

Pero cuando, en el III Congreso de los Soviets, hacía ya un año, Lenin exclamaba: «las ideas anarquistas se revisten

ahora de formas vivas»; cuando Trotsky escribía: «la actividad del soviét significa la organización de la anarquía», cómo no adherir al gran movimiento que empujaba a Rusia hacia un destino ejemplar, preludio de una revolución mundial en la que Fred tenía ya su sitio.

Una mancha negra le sacó de sus sueños. Iba aumentando desde lo lejos. La mancha se acercaba, parecía zigzaguear, tomó cuerpo de repente y enseguida Fred distinguió por la ventana una tropa de jinetes que arremetía contra el tren.

Sandoz miraba por el mismo vano, nervioso. Los jinetes se acercaban al galope. El estrépito continuo, provocado por la carcasa metálica de los furgones, en donde no cesaba el choque de piezas entre sí, no permitía oír del redoble de los cascos de los caballos, amortiguado además por la nieve.

–¡Los cosacos! –exclamó Sandoz.

Los caballos avanzaron hasta cerca del tren, a toda velocidad, hasta rozarlo, y bifurcaron en paralelo a los vagones. Los jinetes, de pie sobre sus estribos, blandiendo sus fusiles por encima de sus cabezas, gritaban algo incomprensible. El tren continuó su marcha, derecho, sin que los conductores de las locomotoras parecieran haberse percatado de la ruidosa escolta. Y luego, tan bruscamente como habían aparecido, los cosacos torcieron las bridas y se alejaron por la estepa.

–¿Amigos o enemigos? –preguntó Fred.

Sandoz enjugó el sudor que corría sobre su rostro.

–¿Quién sabe? Nuestra misión es ésa, hacernos amigos.

El tren se paró cerca de un bosque. A las locomotoras les faltaba un poco de leña para las calderas. Un camión descendió del convoy y fue en busca de un pueblo del que regresó con leñadores. Como la parada iba a ser larga, se desembarcó un segundo camión. Sandoz y Fred se instalaron en él, en compañía de una metralleta y varios soldados que se apelotonaron como pudieron, con sus granadas, sus rstras de balas y sus fusiles. Desligados del tren, los camiones avanzaron hacia las líneas del frente. Los comisarios allí asignados tenían que reorganizar el ejército bajo el fuego enemigo. Fred, Sandoz y su escolta atravesaron varios pueblos absolutamente desiertos. Un abandono sorprendente a la vista del humo que salía de algunas chimeneas. Uno de los soldados comentó a Fred que, sin duda, los campesinos habían oído el tren y se escondían en la taiga.

–Pero, ¿qué les asusta?

–Se han dividido las propiedades de los boyardos creyendo que la revolución ha terminado. Cuando el tren llega, se dicen que quizás sea el diablo, que han pecado

contra Dios al apropiarse de tierras que no les pertenecen y que el diablo trae nuevos señores.

–¿Qué dice? –preguntó Sandoz.

–Parece una tontería. Habla del diablo.

–Claro, el diablo y su tren –se mofó Sandoz–. ¿Dónde se esconden los campesinos? ¿Han desertado?

–Todos los campesinos han desertado. Menos los que siguen a Majnó.

Fred preguntó quién era Majnó, aunque recordó al tiempo a la joven de pelo corto que había regresado a Ucrania. Sintió una impresión de ahogo, una opresión tal que se mareó y creyó desvanecerse.

–¿Qué dice? –preguntó Sandoz.

Fred respiraba jadeando. Una patada en el vientre no le hubiera dolido más.

–¿Qué dice? –repitió Sandoz.

–Que todos los campesinos han desertado.

–Había unos quince mil desertores cuando Trotsky llegó al comisariado de guerra de Riazán. Él supo arengarlos y ahora todos son soldados del ejército rojo.

El conductor del camión señaló con la mano una masa negra a lo lejos.

–Dice que es una ciudad. ¿Tenemos que ir?

–Sí –respondió Sandoz.

Entraron por un arrabal en el que la nieve se transformaba en paredes de hielo. El camión se abría difícilmente paso siguiendo el rastro de los trineos. A su alrededor: casas derrumbadas y vigas calcinadas que agujereaban una mortaja blanca cual muñones negros. Era una ciudad pequeña. La iglesia también había sido incendiada. Se acercaron unas mujeres harapientas. Uno de los soldados les ofreció montones de periódicos; el periódico que Trotsky redactaba en el tren. Ellas miraron esos papeles con sorpresa, sin embargo, los atraparon ávidas, se los metieron bajo sus chales al tiempo que farfullaban una especie de salmodia.

–Piden pan –dijo Fred.

–Pan, pan –protestó Sandoz–. ¡Que se lo hagan ellas el pan! Nosotros les traemos el pan del espíritu.

–Creen que esos paquetes de periódicos son ladrillos de carbón –dijo un soldado–. Van a utilizarlos para calentarse.

Luego salieron unos niños de las casas en ruinas; estaban tan flacos y tiritaban tanto que parecían agonizantes. Las

madres les empujaban delante de ellas, abriéndoles las bocas desdentadas, mostrando sus heridas en las piernas, piernas desnudas en un frío de treinta grados bajo cero.

Sandoz les apartó brutalmente, gritando:

–¡Es a los hombres a quien quiero ver!

El camión avanzó hasta la plaza central. Una mujer salió titubeando de una casa. Llevaba en sus brazos un pequeño ataúd de madera plateada que ofreció a Sandoz.

–Tovarich, te ofrezco a mi hijo. ¡Para salvar a la santa Rusia! Toma, tovarich...

Fred tradujo.

–Está loca –gritó Sandoz–. Quiero ver a los hombres. ¿Dónde están los hombres? Di a los reclutas que vayan a buscarme a los hombres.

Los soldados saltaron del camión, salvo el encargado de la ametralladora, que siguió en su puesto observando atentamente los alrededores. Regresaron enseguida arrastrando a un individuo en bata al que habían arrancado de su isba sin dejarle tiempo para cubrirse con un abrigo.

–Interrógale. ¿Quién es? ¿Qué hace aquí? ¿Dónde está el resto?

Fred tradujo las preguntas de Sandoz y las respuestas del desconocido.

–Dice que antes era herrero, pero que le han robado todas sus herramientas; que se ha hecho agricultor; que todas las vacas, todos los cerdos, han sido devorados por los bandidos; que las madres ya no tienen leche y que todos los bebés han muerto de varicela.

–¿Y los hombres? Es a los hombres a quien necesito.

–Dice que todos han muerto de tifus.

–¡No serán todos! Él no ha muerto.

–Los que no han muerto se los han llevado los bandidos.

–¿Qué bandidos?

–Los blancos, los rojos, los negros, todos se han servido de entre los vivos. Todos se han ido, menos él, que se esconde.

–Los rojos no son bandidos. Dice majaderías.

–Dice que todos tienen hambre y frío.

–Lo sabemos. Pero ésa no es la cuestión. Cuando los rebeldes zaristas caigan vencidos, la revolución aportará bienestar para todos.

Fred escuchaba al antiguo herrero, pero no traducía sus cada vez más preocupantes palabras. El agricultor ruso decía que no era más que un siervo recién liberado, perezoso, mugriento, blasfemo, y que esos señores de Moscú y de Petrogrado querían que fuera un héroe; que buscaban héroes cuando tan sólo estaban hablando con siervos marcados por todos los estigmas de su pasado; que él mismo no era más que un esclavo dispuesto a besar las manos de sus nuevos amos... El antiguo herrero contaba todo eso con un tono quejicoso, como un lamento.

–¿Qué dice? –se exasperó Sandoz.

Fred dudó.

–Dice que no es un héroe, sino un siervo; que hay un malentendido.

–¡Imbécil!

Sandoz dio orden al conductor de irse. Los soldados soltaron al antiguo herrero, que se arrodilló y se prosternó ante el coche mientras arrancaba.

El vehículo armado continuó su ruta, todavía más allá en el hielo y la nieve. Ese paisaje siniestro recordaba a Fred el horror que le inspirara la llanura flamenca bajo los obuses. También ahora se sentía en un país hostil, incomprensible. Ese mundo rural le seguía siendo totalmente extraño.

Desgraciadamente, no era el único revolucionario que sentía una antipatía visceral por el campesinado. Todos los revolucionarios, rusos u occidentales, a excepción de Majnó, eran urbanitas a quienes el campo, *terra incógnita*, parecía un universo antagónico. Fred compartía los mismos prejuicios que Sandoz, Trotsky o Lenin. Sólo un partido revolucionario ruso defendía a los campesinos, era el de los socialistas revolucionarios de izquierdas, a quienes los bolcheviques consideraban como unos tarados.

En la taiga, el coche de Sandoz acabó encontrando retazos de tropas despavoridas, conducidas por suboficiales ascendidos de entre la soldadesca, que erraban en busca de un mando. Reunidos, se ganaron un bonito discurso de Sandoz, traducido sucesivamente por Fred. Sandoz se esforzó en persuadirles de que ya no tenía sentido seguir con partidas de guerrilleros aislados, que debían incorporarse a un ejército regular y halagó al mismo tiempo a los cabos y sargentos diciendo que, al igual que sucediera con los de la Revolución Francesa, llevaban todos un bastón de mariscal en el petate. Les invitó luego a subir al camión y venir a prestar fidelidad a Trotsky.

Y así se hizo.

El tren partió de nuevo en medio de su estruendo de chatarra. Se llevaba como rehenes a la mujer y los hijos de un oficial traidor que había huido al bando de Wrangel. A

Sandoz le chocó esa forma de proceder y se lo confesó a Trotsky.

–He decidido –dijo Trotsky– condenar a muerte a los oficiales sospechosos.

Sandoz mostró su sorpresa:

–¡Pero se ha abolido la pena de muerte!

–No podemos alzar un ejército sin represión. No se puede conducir al sacrificio a masas de hombres si el mando no dispone, en su arsenal, de la pena de muerte.

Añadió:

–La revolución es una enorme devastadora de hombres y temperamentos. Empuja a los más valerosos a su exterminación y vacía a los menos resistentes.

Sandoz guardó un silencio lleno de reparos.

Trotsky se lanzó entonces en una de sus brillantes peroratas, en las que la Historia le abrazaba por entero, en las que quedaba incorporado a la historia de la revolución, de las revoluciones, que citaba como ejemplo para su propia acción. Se introducía en la piel de personajes del pasado, apoyándose siempre en esa Revolución Francesa a la que dedicaba un culto exaltado. Distribuía los papeles de esa función improvisada atribuyendo a Lenin el de Robespierre

y a sí mismo el de Danton. Por supuesto, Zinóviev, su pesadilla, era Marat. «La Revolución Francesa erigió catorce ejércitos», decía, «yo estacionaré dieciséis en los frentes revolucionarios de la República Soviética».

De momento, todo el poder de los bolcheviques cabía en ese tren blindado que Trotsky paseaba de norte a sur, de oeste a este, y en los pocos regimientos comandados por antiguos oficiales del zar, como ese Tujachevski que se había convertido en el general de mayor prestigio del ejército rojo. De un ejército rojo todavía vacilante y que, de hecho, tan sólo existía en el pensamiento de Trotsky, quien, imitando una vez más a la Revolución Francesa, había agregado comisarios políticos a todos los escalafones de la jerarquía militar, desde el grado de comandante hasta el de general. Le angustiaba un eventual Bonaparte, o incluso una Charlotte Corday. Pero para Lenin, ¿Fanny Kaplan no interpretaba el papel frustrado de Charlotte Corday? Trotsky, por su parte, veía a Charlotte Corday, a su propia Charlotte, bajo la persona de su detestada Spiridónova. Extraña, dolorosa y fascinante criatura esa María Spiridónova, miembro del partido socialista revolucionario al que Trotsky había lanzado su famoso anatema: «vuestro papel ya está jugado, dirigíos allí donde vuestra clase está ahora: ¡al basurero de la historia!»

Sandoz interrumpió el monólogo de Trotsky para narrarle su encuentro con el antiguo herrero que se decía no un héroe, sino un siervo.

–Esta apatía del mundo campesino ante la revolución, ¿no resulta preocupante?

Trotsky replicó:

–Sucede todo lo contrario con los obreros, camarada Sandoz. Todo lo contrario. Los obreros forman el núcleo duro del ejército rojo y son todos héroes dispuestos al sacrificio de su vida. Sólo tengo un reproche para ellos: que estén más dispuestos a sacrificarse por la causa revolucionaria que a aceptar limpiar su fusil o encerarse los zapatos.

Y se echó a reír, con su risa sardónica, que no era nunca una risa alegre.

El bullicio que Fred reencontró en Moscú contrastaba hasta tal punto con el rigor y la disciplina impuestos por Trotsky a los pasajeros del tren blindado que enseguida recordó una frase de Kropotkin: «La verdadera revolución será la de la chusma y la de los harapientos». Kropotkin recuperaba así lo que Marx llamaba con desdén el lumpemproletariado, el «proletariado andrajoso». Ese proletariado andrajoso colmaba las calles de Moscú... La élite obrera combatía en el ejército rojo. Con todos los

militantes movilizados, en la capital tan sólo quedaban ilotas errando como gatos abandonados. Esa población vagabunda, ladronzuela, pendenciera, se agarraba a las faldas de los revolucionarios, que debían tirar de ellos como el presidiario tira de su grillete.

En medio del tumulto de un Moscú en perpetua efervescencia, de un Moscú que se asfixiaba bajo la creciente indigencia de su población, en medio de esa barahúnda, de esa tensión entre ideologías antagónicas, Fred pensaba en el tren blindado. Sin duda, nunca se había producido una identificación tal, tan intensa, con un Estado, con un poder, como en ese palacio ambulante. El tanque del Estado, sí, ¡qué imagen tan apropiada! El tanque del Estado coronado de cañones, metralletas y fusiles deslizándose sobre raíles, implacablemente, asegurando su invulnerabilidad, esparciendo a su llegada el temor, por no decir el terror. Fred tenía la impresión de haberse introducido en el corazón de ese monstruo, tan odiado, que Valet y sus amigos intentaran destruir en el pasado con inocencia, con sus pequeños brownings. El Estado en su carcasa blindada, tirado por dragones que escupen vapor por todos sus ollares. El Estado que Lenin y Trotsky afirmaban querer abolir y que tenía en ese tren al más absoluto de sus símbolos.

Los dirigentes soviéticos no se percataban en absoluto del aislamiento de su acción. Si alguien les hubiera señalado

que su único poder real cabía en ese tren blindado itinerante, hubieran tomado la afirmación por una broma. No sólo no se veían aislados, sino que se persuadían de que el mundo entero les miraba. Todos pensaban que Berlín, Viena, Varsovia, se disponían a derrocar sus gobiernos burgueses y a instaurar repúblicas soviéticas que se unirían acto seguido a la de Rusia; y que luego, con toda naturalidad, seguiría el resto de Europa. Por ello Lenin creyó urgente proclamar el fracaso de la II Internacional Socialista, que desdeñaba la revolución rusa, e instaurar una III Internacional Comunista que reuniera en Moscú a delegados de tantas naciones como fuera posible. Proclamar el fracaso de la II Internacional era una cosa, pero concretar su ocaso era otra. El hecho de que en todos los países europeos los anarquistas y anarcosindicalistas fueran prácticamente los únicos en sostener la revolución rusa no contribuía a conseguir la adhesión de los socialistas, por entonces marxistas ortodoxos. En Alemania, la misma Rosa Luxemburgo consideraba prematura la adhesión a la III Internacional, mientras que el líder anarquista Erich Mühsam exhortaba a sus camaradas a apoyar los soviets a causa de las tesis de Lenin sobre el fin del Estado. El bloqueo que cercaba a Rusia volvía difícil y peligroso el viaje de los delegados occidentales. Aun así, a la conferencia del 2 de marzo de 1919 llegaron un alemán espartaquista, Hugo Eberlein, y un austríaco, Gruber. Tres delegados representaban a Francia con un cierto descaro: Sandoz, Prunier y Barthélemy. Casi todo el resto de naciones

figuraban en esta reunión a través de componendas con la órbita bolchevique, ya que, como en la sección francesa, las delegaciones se personificaban en representantes que vivían en Rusia, o incluso en ciudadanos rusos antes exiliados en Occidente.

La III Internacional tan sólo contó en su creación con veinte partícipes. Comparada con la II Internacional, se trataba como mucho de una secta cismática con ambiciones irrisorias. Sandoz, jefe de la sección francesa, se creía al menos semejante a Clemenceau. En cuanto a Prunier, desde que abandonara el uniforme militar, se había transformado de una forma curiosa, vistiendo una camisola de campesino para fundirse mejor con la población rusa. Su cráneo afeitado y su gran bigote recordaban a Taras Bulba. Llevaba una vida ascética y hablaba poco (no tomaría la palabra durante la fundación de la III Internacional). Fred le había perdido un tanto de vista, aunque sólo fuera a causa de su larga ausencia durante el invierno. Pero sentía curiosidad por el antiguo teniente y seguía sintiendo una simpatía hacia él que, por otra parte, no se explicaba demasiado bien. Trotsky había dejado su tren blindado para presentarse a la reunión vestido de uniforme, algo que no cayó en gracia del pacifista Hugo Eberlein, cuya intervención a punto estuvo de hacer fracasar la conferencia desde el primer momento. Durante los debates se produjo un golpe de efecto. Lenin anunció con gran entusiasmo que el camarada francés Henri Guilbeaux había conseguido evitar

el bloqueo y que llegaba con un mandato muy favorable. Fred vio a Sandoz a punto de desvanecerse. A media voz, preguntó a Prunier quién era Guilbeaux.

–Un amigo de Lenin y de Trotsky; se conocieron en Suiza durante la guerra. Un amigo también de Romain Rolland. Mal asunto para Sandoz, que ya no será el número uno.

Durante una interrupción de la sesión, Sandoz, que se había recompuesto, requirió a Fred:

–Ven conmigo a ver al camarada Lenin.

–¿Para qué?

–Ese cabrón de Guilbeaux va a destrozar todo nuestro trabajo.

–No le conozco.

–No te pierdes nada. Lo importante es que Lenin te conozca y que tú te opongas a Guilbeaux.

¿Qué estaba maquinando Sandoz de nuevo? Lenin les recibió con su habitual cordialidad. Fred se quedó sorprendido por su baja estatura. Lenin desprendía simplicidad, trato fácil, y lo único que podía inspirar era simpatía. No tenía el aspecto de un intelectual petulante, como Trotsky, sino que, para sorpresa de Fred, parecía casi un notario de provincias. A diferencia de Trotsky, Lenin

desconfiaba de la extravagancia y su figura de fauno siempre conservaba una expresión burlona. Cuando Sandoz le presentó a Fred, con grandes elogios, éste le estudió, divertido, moviendo su cabeza calva y su perilla de abajo a arriba y de arriba a abajo. Escuchaba a Sandoz, atento, como si esta presentación de un delegado subalterno le importase tanto como la reunión interrumpida.

–Bien, bien, camarada Barthélemy –dijo Lenin.

Y como Sandoz le dijo que Fred era un discípulo de Paul Delesalle, añadió:

–Yo también frecuenté la librería de Delesalle. Es una buena referencia, camarada Barthélemy. Lo recordaré.

En ese momento, Sandoz creyó oportuno deslizar sus acerbas frases contra Guilbeaux, condenado en Francia, aseguró, por haber aceptado dinero alemán. Lenin cambió de gesto. Sus pequeños ojos se rasgaron y su fisionomía se estiró como hace el hocico de una rata. Sin responder nada, se levantó, dio media vuelta y regresó a la sala de reuniones.

Sandoz olvidaba que toda alusión a una estratagema con Alemania seguía siendo tabú para el propio Lenin, a quien los países occidentales acusaban una y otra vez de ser un agente del kaiser disfrazado de revolucionario. Lenin arrastraba consigo el episodio de su travesía por Alemania en vagón blindado. Cada cual tenía su tren. El de Lenin era

menos glorioso que el de Trotsky. Esta desafortunada intervención de Sandoz iba a marcar a un tiempo la decadencia del antiguo capitán y la ascensión espectacular de Alfred Barthélemy.

Sobre la fotografía que recuerda la fundación de la III Internacional, vemos en primer rango a Guilbeaux, al lado de Lenin, y a Sandoz en el segundo, cerca de Trotsky. A partir de entonces el odio de Sandoz hacia Guilbeaux se volvió patológico. A esta desgracia para Sandoz se sumó una segunda. A propuesta de Lenin, Zinóviev fue elegido presidente de la III Internacional. Zinóviev, el enemigo de su amigo Trotsky. La estrella de Sandoz se apagó.

Las oficinas de la Internacional se instalaron en el palacete de la antigua embajada de Alemania. En el parqué, una amplia mancha parda marcaba el lugar en donde se había derramado pocos meses antes la sangre del embajador, el conde Mirbach, asesinado por dos chequistas, social-revolucionarios de izquierdas. Frente a la oficina de Zinóviev se encontraba el servicio que publicaba en cuatro lenguas (ruso, inglés, alemán y francés) una revista titulada Internacional comunista. Fred quedó encargado de la edición francesa, en colaboración con un redactor técnico, un nuevo miembro del grupo comunista francés de Moscú llamado Victor Serge.

Cuando Victor Serge llegó por primera vez a las oficinas de la Internacional, tanto él como Fred creyeron sufrir una

alucinación. Victor Serge era en realidad el nuevo nombre que Victor Kibalchich había adoptado durante la insurrección de Barcelona. Que Victor y Fred hubieran seguido el mismo recorrido político les parecía tan inaudito al uno como al otro.

–¡Tú! –repetía Victor–, ¡mi chavalín de París, aquí, en mi patria rusa! ¡Hecho un hombre, un militante revolucionario consciente y organizado! ¡Esto bastaría para probar la validez de nuestro combate! De la banda de Bonnot a Lenin... ¡menudo trayecto hemos realizado!

–¿Y Rirette?

–Ah... Rirette es parte del pasado. La vida despreocupada. ¡Eramos tan jóvenes! ¿Y tu pequeña Flora?

–Desaparecida. Hemos emprendido búsquedas que no han conducido a nada. Si supieras la dirección de Rirette a lo mejor...

–Mira hacia delante, Fred, nunca hacia atrás.

Canturreó:

*Du passé, faisons table rase
Foule esclave, debout, debout!*

*Le monde va changer de base:
Nous ne sommes rien, soyons tout.* ¹¹

–Estoy deseando volver a Francia –dijo Fred–, no por el pasado, sino por el futuro. Espero que pronto me envíen allí. Y allí encontraré a Flora.

Fred compartió enseguida la antipatía de Sandoz por Henri Guilbeaux, aunque sólo fuera porque inundaba a la checa con notas confidenciales. Con sus camisas verdes, sus trajes verdosos, sus corbatas aceitunadas, Guilbeaux parecía una verdura ajada. Su amistad con Romain Rolland, a quien sin embargo todavía no había convencido de unirse al bando soviético, le procuraba una reputación de hombre ilustrado. Además, incluso componía versos que recitaba y que Lenin prefería a los de Marinetti, autor muy apreciado por la vanguardia literaria rusa. Ciertamente es que Guilbeaux tenía en su haber la organización del paso de los bolcheviques por Alemania, cuyo protocolo había firmado él mismo en Suiza. La confianza de Lenin le consolidaba en el empeño de arrebatarse a Sandoz la condición de representante del «proletariado francés» ante el partido bolchevique. Para desbaratar esta ambición, Sandoz proyectó, de común acuerdo con Prunier, que se eligiese a Alfred Barthélemy presidente de la agrupación comunista

11 Versos de *La internacional*. Traducción literal: «Hagamos tabla rasa del pasado / ¡Muchedumbre esclava, en pie, en pie! / El mundo va a cambiar de base: / no somos nada, seámoslo todo». [N. d. T.]

francesa de Moscú. Era bastante ambicioso, pero Sandoz recurrió a su amistad con Trotsky y Victor Serge intercedió ante Lenin. La maniobra salió adelante. Fred se veía de repente proyectado desde el último rango hasta el primero. Esto originó una lucha de influencias por la que Sandoz tuvo que abandonar casi por completo Moscú para ocuparse de sus misiones como inspector general del ejército. Por su parte, Guilbeaux agasajaba a Fred, que se había vuelto tan interesante como peligroso a causa de su repentina ascensión.

Durante aquel segundo año de la revolución soviética todos los cargos eran más o menos falaces. Todos se jactaban de poderes exagerados. Tanto Lenin, que se creía al mando de la revolución mundial y no comprendía por qué Inglaterra tardaba en decapitar a su rey; como Trotsky, soberano incontestado, pero sólo en un tren fantasma; o Zinóviev, convencido de ser el único delfín de Lenin; o Sandoz, que se tomaba por general cuando no era más que inspector; o Guilbeaux, que ya se veía poeta oficial del nuevo régimen... Fred no fantaseaba con sus propios poderes, pero otros lo hacían por él. A fuerza de exagerar, de inflar sus efectivos, de dar al presidente de la agrupación francesa de Moscú una dimensión exagerada, ésta terminaría existiendo y tomando un peso imponente. Incluso llegaría a resultar temible al convertirse en una de las ramas del Komintern.

Por ello, en la primavera de 1919 Alfred Barthélemy fue invitado con grandes atenciones a asistir al congreso del partido bolchevique en una sala del Kremlin. Sentado en la tribuna, muy cerca de Lenin y de Trotsky, enseguida se apercibió de que los fundadores de la República Soviética estaban lejos de alcanzar la unanimidad. A excepción de Lenin, que exhibía una fuerza tranquila y no dejaba de sonreír mientras acariciaba su perilla, todos mantenían un gesto nervioso, garabateaban notas con prisas, miraban al orador de turno con inquietud, como si de sus palabras pudiera resultar una catástrofe desconocida.

Fred les observaba, uno tras otro, con una intensa curiosidad.

Bujarin, jefe de los comunistas de izquierda, era un hombrecillo apagado, discreto, de fisionomía muy amable, vestido con modestas ropas pardas y con una voz que tendía a romperse. Kámenev, representando el ala derecha, le parecía frío, flemático. Igual de frío y de flemático que ese Stalin, que no decía nada, que conservaba un rostro impasible; ese Stalin acusado por Trotsky de ser la más eminente mediocridad del partido. A pesar de ello, el Politburó tan sólo contaba con cinco hombres y Stalin se hallaba entre ellos. Lenin, Trotsky, Stalin, Kámenev, Bujarin; ellos cinco dirigían el destino de la nueva Rusia, quizás incluso el destino del mundo. Pero a ojos de Fred, qué frágiles y dubitativos parecían, espiándose unos a otros.

Qué indecisos, ansiosos y sombríos se mostraban... a excepción de Lenin.

Lenin interrumpía pocas veces a los oradores. Sólo su mímica, tan expresiva, manifestaba su acuerdo, o el deleite que pronto experimentaría poniendo orden en el desorden de opiniones. Lenin nunca iba a ocupar el estrado, prefería levantarse y caminar de un lado a otro de la tribuna para dar más peso a sus palabras. Siempre daba la impresión de estar corrigiendo con benevolencia los controles orales de sus alumnos. Su posición en la sala y la forma en que reaccionaba a las palabras de quienes consideraba (o se consideraban) sus discípulos, le mantenían por encima de la contienda. Un Júpiter amable, un Júpiter laico disfrazado de hombre de leyes.

Con los pulgares escondidos en su pequeño chaleco, hablaba despacio, con una voz algo ronca. Cuando un viejo bolchevique como Zinóviev, que soportaba a duras penas la predominancia de Trotsky, criticaba la acción del ejército rojo y, sobre todo, la cada vez mayor apertura con los oficiales zaristas, Lenin acudía al socorro del atacado. Se inclinaba hacia el vacío, con el brazo tendido, prolongando así su cuerpo desmesuradamente. Su voz se hacía más clara, más vibrante, más fuerte. Dominaba el arte de defender a sus colaboradores en horas bajas; no aceptaba que uno de ellos saliera desacreditado de una reunión pública. Y lo hacía tan bien que, a fuerza de querer que todos sus

discípulos tuvieran razón, ya que eran sus discípulos, cada uno de ellos se creía el favorito de Lenin, cuando, como probaría el futuro, Lenin no prefería a ninguno.

La ascensión de Alfred Barthélemy en la jerarquía soviética sucedió casi a pesar suya. Fue el resultado de un conjunto de circunstancias favorables. Se podría decir que él no forzó su destino, sino que, al contrario, tuvo la impresión de deber correr para alcanzar su vida, de huir hacia adelante con un empuje continuo. A medida que avanzaba, experimentaba la sensación de colmar un vacío. Ese vacío le daba a veces vértigo, pero no saltar los obstáculos hubiera significado caer.

El vacío se produjo primero por la ausencia de Sandoz y por la indiferencia de Prunier. Fred ocupaba su lugar. Que fuera elegido en lugar de Sandoz, hombre de Trotsky, alegraba a Zinóviev, que amparó por ello a Fred.

Después de Lenin y de Trotsky, Zinóviev era el hombre más popular del partido. El haber pasado diez años en el exilio suizo en compañía de Lenin hacía que se le considerase como su más fiel discípulo y, en los momentos difíciles, como su portavoz. La idea de la III Internacional había sido suya y siempre conservaría como objetivo primero la agitación en Occidente a través de los partidos comunistas occidentales. Como prefería residir en Petrogrado en vez de en Moscú, necesitaba a alguien en la ciudad, alguien fiable, y desconfiaba de todos sus conocidos. Alfred Barthélemy

gozó del beneficio de llegar de las sombras. Gozó también del apoyo de Victor Serge, a quien Zinóviev tenía en alta estima, ya que había participado en lo que hubiera podido suponer la instauración de una república soviética en Barcelona.

Alfred Barthélemy se dio enseguida cuenta de que, independientemente de lo que hiciera, en esta corte de intrigas, de rencores y de ambiciones que rodeaba a Lenin, uno siempre parecía ser el hombre de alguien. Sandoz era el hombre de Trotsky y Fred había sido el hombre de Sandoz. Al contrario de la tendencia natural, éste no siguió el declive de un Sandoz caído en desgracia. Victor Serge se hallaba ahí en el momento oportuno para propulsarlo al lado de Zinóviev.

Trotsky, que no dejaba pasar ninguna ocasión de rebajar a Zinóviev, decía que, cuando éste partía a Petrogrado, la III Internacional desaparecía porque se la llevaba consigo. Exacto. Sin embargo, esta anomalía desapareció a partir del momento en que Zinóviev se desdobló eligiendo como representante en Moscú a aquél que le complacía imaginar como su alter ego: Alfred Barthélemy.

Que Fred tuviera por entonces apenas veintiún años no levantaba objeción alguna en periodo revolucionario. ¿Acaso Tujachevski no tenía veintiséis cuando alcanzó el más alto grado de la jerarquía militar? Sin embargo, sus ideas libertarias, el contacto que mantenía con la guardia

negra, podrían haber representado un considerable lastre para su carrera si Zinóviev, evidentemente informado de las tendencias de su subordinado por la checa, no hubiera decidido servirse de ellas. ¿Acaso no se le consideraba a él, Zinóviev, como un bolchevique puro y duro, la encarnación misma de la virtud bolchevique? Una colaboración estrecha con el joven militar francés le permitiría insinuarse en esos ámbitos anarquistas todavía poderosos y ganarle la mano a Bujarin, que mostraba una inquietante indulgencia con los libertarios.

Ese nido de víboras debería haber preocupado a Fred desde el momento en que se acercó a él. Su juventud, su inexperiencia y su utopía contribuyeron a que se adaptara a él.

Zinóviev sólo venía a Moscú de vez en cuando; en su ausencia, Fred conducía el barco de la Internacional auxiliado por los consejos de Victor Serge. En cuanto Zinóviev anunciaba su llegada, en todos los engranajes de la administración (porque la revolución comenzaba a deslizarse insidiosamente desde la ideología hacia la burocracia) se producía un increíble ajetreo. Todos se sentían como si hubieran cometido algún error. Sin duda, era cierto con la mayoría, al menos si se comparaba su mediocridad con la efervescente energía de Zinóviev. Sólo Fred conservaba la calma y esa calma le valía la instintiva simpatía de ese «gigante de la revolución», como a algunos

les gustaba llamarle. La paciencia de Fred apaciguaba la agitación de Zinóviev, que pasaba fácilmente del entusiasmo delirante a la reprimenda más absoluta. El fracaso de la revolución húngara liderada por Bela Kun le afectó hasta tal punto que pasó varios días quejumbroso, encogido sobre un diván. Fred le vería así a menudo, en su oficina, extendido sobre ese sofá, enfermo de rabia impotente, de miedo, de irresolución.

Al igual que Lenin y que Trotsky, Zinóviev hablaba francés perfectamente. Sin embargo, al expresarse en esa lengua adoptaba un tono más agudo, una extraña voz de falsete. Fred hubiera preferido conversar con él en ruso y evitar así esa entonación, pero Zinóviev se empeñaba en que todas sus conversaciones fueran en francés para paliar eventuales indiscreciones de los secretarios.

La voz de Zinóviev no le impedía ser un gran orador. Circunstancia que se reforzaba al tener el prototipo físico del tribuno. Espalda sólida, cabeza amplia y abundante cabellera rizada. Suplía sus carencias oratorias por una extrema habilidad cuando respondía a sus opositores. Fred asistía estupefacto a sus astucias demagógicas y a todas las intrigas que no dejaba de maquinar, movido por una extrema ambición. Su influencia sobre sus colaboradores tenía tintes demoníacos. Fred, que iba a conocer poco a poco a todos los dirigentes del partido, siempre consideraría

a Zinóviev como el más peligroso, el único que, en ocasiones, le asustaba.

Paradójicamente, Zinóviev sentía una simpatía cada vez mayor por Alfred Barthélemy. Bien es cierto que Fred se lanzaba en iniciativas que no podían sino agradaarle: estaba tejiendo una red europea de interlocutores que le permitiría alcanzar los ámbitos libertarios, y proyectaba también invitar a Moscú, para el II Congreso de la III Internacional, a militantes anarcosindicalistas tan conocidos como Delesalle, Monatte o Rosmer.

La información que Fred difundía en Francia subrayaba que aunque la revolución rusa no fuera anarquista, no dejaba de operar por ello una verdadera mutación social, y que, pese a la toma del poder por el partido bolchevique, la revolución seguía siendo incuestionablemente de tendencia libertaria. Además, como la intervención extranjera representaba un peligro para la República Soviética, los anarquistas se negaban a hacer coro con el enemigo.

Ello condujo a que en París se celebraran mítines anarquistas «contra la intervención», aparecieran octavillas «una vez desmovilizados ¡no soltéis las armas!» y se condenara la «paz imperialista», el tratado de Versalles («tratado de odio, de violencia y de guerra») y la Sociedad de Naciones («asamblea de rufianes»).

Zinóviev estaba exultante. Con el entusiasmo su voz tomaba inflexiones estridentes que dejaban los nervios de Fred a flor de piel.

–¡Bravo, camarada Barthélemy, bravissimo –canturreaba Zinóviev–. ¡Continúe! Avergüence a ese imbécil de Radek que no consigue nada en Alemania.

Y luego, cambiando bruscamente de tono y adoptando ese aire socarrón que Fred odiaba:

–A usted le interesa más que a nadie, camarada Barthélemy, que la revolución no tarde mucho en estallar en Francia. Si no, jamás volverá a ver a su mujer y a su hijo...

–¿Por qué? –exclamó Fred, sorprendido de que Zinóviev estuviera al tanto de su vida privada, algo de lo que no hablaba con nadie, salvo con Víctor–. ¿Por qué, camarada Zinóviev?

–Usted, Sandoz, Prunier, los tres son desertores, ¿no es cierto? Los tres están condenados a muerte por su gobierno... Están condenados a convertirse en rusos y soviéticos a perpetuidad.

Zinóviev reía a carcajadas. Continuó:

–Salvo, claro está, si consiguen prender la revolución en Francia. Entonces será usted, mi joven Barthélemy, el Zinóviev francés. Y también tendrá usted su Trotsky a sus

espaldas: el comisario del ejército Sandoz. ¡Oh, desgracia! Uno nunca se libra de las pulgas, pero tampoco se queda nunca sin pulgares.

Revolvió su pelambreira con sus manos regordetas.

–Rásquese, mi joven camarada. Y ¡recuerde cómo se aplastan las pulgas! Zinóviev hizo rechinar las uñas de su pulgar y del índice. Luego se puso a suspirar y se tumbó sobre el diván.

Es cierto que los tres estaban condenados a muerte por rebeldía, al igual que Guilbeaux. Fred sabía muy bien que regresar a Francia era arriesgado, que le rechazarían y que aunque quizás no fuera así para siempre, sí lo sería durante muchos años (era consciente de que la revolución mundial no estaba al caer, que ni Francia, ni Italia, ni Inglaterra se preparaban para ella, pese a lo que se obstinaba en imaginar Lenin). Y esto le provocaba un enorme dolor. No se encontraba mal en Moscú, pero echaba de menos a Flora y a Germinal. La información de Zinóviev cayó como un veredicto, o incluso como el filo de una guillotina. De repente tuvo la impresión de que acababan de amputarle su pasado y de que Zinóviev había accionado la máquina.

Así pues, ya nada se oponía a que emprendiera una relación con Galina.

Galina Anastasia Fedoroff, hija de burgueses mencheviques desaparecidos en el exilio, trabajaba en estrecha colaboración con Kámenev, el primer presidente del ejecutivo central de los soviets, función equivalente a la de un presidente republicano. La oposición de Kámenev a las negociaciones de Lenin y Trotsky en Brest-Litovsk le había hecho caer de su pedestal. Hecho que compensaba con el verdadero poder que detentaba junto a Zinóviev y Stalin, al representar los tres el ala derecha del partido bolchevique. Kámenev, menos popular que Zinóviev, era en cambio más respetado. Aun así, los dos líderes se completaban, hasta tal punto que les apodaban los «Cástor y Pólux de la revolución». Zinóviev era la pasión y la imaginación; Kámenev, la negociación y la conciliación.

La relación de Galina y Fred se había consumado de una forma completamente natural, como una especie de prolongación de su vida militante. Esta mujer bajita y nerviosa, morena, de cabellos y ojos muy negros, siempre ataviada con una pañoleta roja en la cabeza, botas y cinturones de cuero que parecían el cinto de una espada, había participado en la insurrección de Octubre en Petrogrado. La tarde del 25, mientras sus padres huían en el coche de Kerenski, ella se hallaba en la gran sala del Instituto Smolny y distribuía té caliente a unos Lenin y Trotsky tan agotados que incluso dormitaban sobre el suelo. Al día siguiente, la única máquina de escribir del Instituto le sirvió para copiar las proclamas que dictaban los nuevos amos de

Rusia. Durante los primeros días de la revolución de los soviets, Lenin, Trotsky, Zinóviev, Kámenev, Bujarin y Stalin, trabajaban y dormían en las minúsculas oficinas del Instituto Smolny, transformado en sede del gobierno. Galina y algunas otras chicas almorzaban y cenaban con ellos en el comedor una simple sopa de repollo con pan de centeno. La excitación de los vencedores ante una toma del poder tan osada y repentina se traducían en un ajetreo perpetuo, en idas y venidas de mensajeros que suplían la falta de teléfonos en ese antiguo edificio todavía dedicado un día antes a la educación de las jovencitas de la nobleza. Para evitar el ridículo que hubiera significado llamarse ministros, título especialmente despreciado, los vencedores se nombraron comisarios del pueblo, imitando así, desde el principio, la Revolución Francesa. Entre el primer saludo de la mañana y el resonar de las botas de la guardia roja en su ronda de noche, el antiguo Instituto Smolny zumbaba como una fábrica. Galina conservaba el insigne prestigio de haber sido la primera dactilógrafa de Lenin. Título incontestable, ya que, el 26 de octubre y durante los días siguientes no habría ninguna otra dactilógrafa en el Instituto Smolny, por la simple razón de que nadie sabía dónde encontrar otra.

Galina, al contar a Fred sus recuerdos de Petrogrado, seguía sorprendiéndose de que Lenin y Trotsky hubieran situado sus despachos en los extremos opuestos del edificio, cuando tenían cosas que decirse continuamente. El pasillo que unía sus despachos era tan largo que Lenin, el

único que tenía humor entre tanto plomizo, propuso establecer la comunicación a través de un ciclista. A falta de ciclista, Galina corría de un despacho a otro. Lenin, instigador de la insurrección de Octubre, y Trotsky, su ejemplar ejecutor, eran por entonces los dos verdaderos depositarios de la revolución y no dejaban de enviarse mensajes. Galina llevaba preguntas y volvía con respuestas. El contacto permanente con esos dos hombres en un momento tan crucial, le proporcionaba todavía dos años después una reputación tal que todo el Politburó envidiaba a Kámenev por haber conseguido su colaboración.

En realidad, que los despachos de Lenin y Trotsky estuvieran en los dos extremos del Instituto Smolny era una maniobra de Zinóviev y Kámenev, que se precipitaron antes que nadie a por las salas intermedias para separar lo más posible a los dos líderes de la insurrección. A partir de entonces, Zinóviev siempre se las apañaría para situarse a la diestra de Lenin en las reuniones. Se instalaba en la silla apropiada mucho antes que los miembros del gobierno y el propio Lenin penetraran en la sala. Todos se resignaron a encontrarle siempre ahí, el primero en sentarse por mucho que se esforzasen en llegar antes de la hora. Les señalaba así que era el más cercano a Vladímir Ilich, el sucesor ya designado.

Sin embargo, Zinóviev y Kámenev tendrían que acarrear durante toda su vida una vergüenza común: haberse

opuesto a la insurrección de Octubre, juzgándola prematura. Cuando Lenin quería bajarles los humos los llamaba directamente «esquiroles de la revolución». Este error catastrófico les obsesionaba hasta tal punto que intentaban compensarlo con un odio infatigable hacia el vencedor de Octubre del 17, es decir, hacia Trotsky.

El azar que hizo de Galina la colaboradora de Kámenev y de Fred el colaborador de Zinóviev contribuía sin duda alguna a acercarlos. Cástor y Pólux veían en esos dos jóvenes su réplica.

Fred y Galina estaban animados por un mismo entusiasmo, una misma fe. Se sentían transportados por su misión. Decir que ésta les daba alas, retomando la expresión convencional, no resultaría exagerado. Sólo el recuerdo de Flora impidió durante mucho tiempo que Fred diera el paso. Su relación fue primero más cerebral que sensual. Esas botas de soldado, bajo una falda larga y áspera, no podían sino evocar las piernas blancas y los pies desnudos de Flora. En su memoria, sobrecargada de tantos sucesos desde que dejara París, Flora, curiosamente, siempre le aparecía bajo los rasgos de una niña. No conseguía recordarla como la madre de Germinal. ¿Cómo viviría hoy? ¿Dónde? ¿Con quién? ¿Era ya una mujer, como Galina? Sin duda, pero con otro estilo. Flora era un pequeño animal de las calles, como él mismo lo había sido. Esa vida parisina parecía muy lejana, tan lejana que a Fred a veces le costaba concebir que ese

Gavroche que vislumbraba en un horizonte brumoso pudiera ser el mismo que el hombre que discutía hoy con los líderes de la revolución mundial. El camarada de Galina, ¿qué tenía en común con ese chaval que callejeaba por Belleville llevando de la mano una chiquilla con olor a pescado?

El olor a pescado, el mar: qué lejos se situaba ahora todo eso. En Moscú nunca olía a pescado. El único pescado que podía servirse en ocasiones, muy pocas, en los comedores, era pescado seco, marinado, salado; un alimento duro como la madera. Y el olor del mar ya no estaba amarrado a él.

A partir del momento en que Fred y Galina empezaron a vivir juntos, en una habitación de un palacio reocupado, su relación tomó otro cariz. Sólo residían allí por la noche. En lugar de la cocina colectiva del edificio, preferían el ambiente distendido de esas cantinas en donde se encontraban con otros militantes. Pero la habitación, su habitación, les reveló a uno y otro diferentes de como eran durante el día. Caídas sus ropas, caían también sus cargos y sus ideologías. Su desnudez les devolvía la juventud. Tenían poco más de veinte años. Se abandonaban a la impetuosidad de sus cuerpos. La sexualidad, rechazada muchas veces como una traba a sus acciones, como una desviación burguesa, se apoderaba de ellos. Se dejaban caer en ese placer con la voluptuosidad suprema de creerse en pecado. Esa vieja idea del pecado que la revolución decía

haber eliminado junto al prejuicio religioso... y que aun así ahora les provocaba un nudo en la garganta.

Fred, que no había recibido educación religiosa alguna, no podía pensar en esa noción de falta moral. Sentía apenas un punto de culpabilidad, como si toda esa energía nocturna dedicada a las cosas del amor fuese voltaje hurtado a la revolución. Galina, por su parte, se levantaba por las mañanas con un sentimiento de vergüenza. Su cuerpo le había engañado, se había desligado de los rigores de su mente. Recordaba al pope que había venido hacía tan poco tiempo al colegio de jovencitas en donde estudiaba historia y literatura y que tanto las había asustado evocando los horrores de la lujuria. Una estupidez, se decía. Sin embargo, el placer que experimentaba con Fred le parecía casi un pecado en un momento en el que Rusia sangraba por doquier, en el que el pueblo moría de hambre, en el que los soldados del ejército rojo eran diezmados en Ucrania por los regimientos de Denikin. Y aun así, cada noche, sucumbía. ¡Nichevo! ¡Kámenev no sabría nada!

Alfred Barthélemy evitaba a Henri Guilbeaux. El color verde de su ropa parecía casi más una capa de moho que una muestra de coquetería. Arrastraba consigo un cierto tufo a descomposición. Su sonrisa, sus gestos, su exagerada cortesía, todo parecía falso. Cuando vino a decirle a Fred que le acompañase ante Lenin, que éste le convocaba, Fred

tuvo el desagradable sentimiento de ver surgir un pájaro de mal agüero.

Lenin residía en el Kremlin, en un modesto alojamiento instalado en la planta baja, en el ala de los aposentos de los caballeros.

En medio del ruinoso estado de Moscú, sólo el Kremlin conservaba su esplendor.

Sus grandes murallas rojas y su masa de cúpulas dominaban el Moskova. A Fred no dejaba de sorprenderle y de chocarle la cantidad de iglesias y palacios que se conservaban intactos mientras el resto de la ciudad caía en ruinas. No comprendía que la revolución preservara con tanto esmero un lujo inútil. ¿Por qué Lenin se obstinaba en salvar el pasado artístico al tiempo que se esforzaba en destruir la sociedad tradicional? Si la religión era nefasta y debía ser proscrita, ¿por qué proteger esta increíble concentración de edificios de ostensible riqueza? Fred había visitado la catedral de la Asunción, escenario de coronación de los zares, y la catedral del Arcángel, que albergaba las tumbas de los grandes duques... ¿Por qué esa devoción por la dinastía cuando se había masacrado a los últimos Romanov? Ante esos relicarios, candelabros, lámparas, iconostasios, ángeles alados, vírgenes madre, santos con aureolas, ante toda esa orgía de oro, de plata, de pedrerías, Fred quedaba estupefacto. Estaba ante el umbral de una religión desconocida y todo le parecía misterio y fábula.

Guilbeaux se movía por el interior de los edificios del Kremlin como si fuera su propietario, o su conserje. Todos los centinelas lo saludaban. Guilbeaux, salvoconducto personificado, guiaba a Fred con aires protectores. Esperaron un momento en una gran habitación rectangular, la del secretario, con una veintena de mujeres atareadas. Guilbeaux iba de una a otra, bromeando, susurrándoles al oído palabras que les provocaban sonrisas. Fred pensó en Galina, la única dactilógrafa durante la primera noche de la toma del poder, hace tan sólo dos años. La burocracia soviética todavía era algo aproximativa, pero ¡cuánto camino habían recorrido Lenin y su equipo desde el Instituto Smolny de Petrogrado! Por otra parte, esta apropiación del Kremlin incomodaba a Fred. La imagen de Trotsky en su tren blindado le parecía más progresista, por muy aterradora que fuese, que esta recuperación del palacio de los Romanov. No podía evitar pensar que Lenin, al ocupar el palacio imperial, se convertía en una réplica del zar, réplica democrática, es cierto, pero aun así...

Esperaron bastante antes de poder entrar en el despacho de Lenin. Fred se quedó sorprendido al ver ese cuarto, bastante pequeño, lleno de gente que no conocía. Delante de un gran mapa, Vladímir Ilich comentaba los movimientos del ejército rojo. Interrumpió su discurso al ver a Guilbeaux y Fred y se dirigió hacia ellos, afable:

-Voy a pedirles que esperen todavía un poco más, perdonen. No acostumbro hacerlo.

Dirigiéndose más particularmente a Fred:

-No soy como Zinóviev, que debe de haberle acostumbrado a no tener horarios.

Regresó ante el mapa, dio algunas precisiones a los miembros de la comisión presente y les preguntó varios detalles. Sin abandonar nunca la cortesía, escuchaba atentamente a todos; no obstante, a veces cortaba la palabra a los más locuaces, aunque siempre con una afable malicia. Su tacto, su forma de cuidar la susceptibilidad de cada cual, su interés por todas las sugerencias, hacían de Lenin un personaje casi anacrónico en medio de comparsas tan apasionados, brutales y coléricos. No, pensaba Fred, Lenin no ha ocupado el lugar del zar. Puede que Trotsky parezca un duque, pero Lenin no, es muy sencillo y modesto. Lenin parece un burgués honesto, el monsieur Madeleine de *Los miserables*. Fred se sentía muy emocionado de poder acercarse a un personaje de tanta bondad y que entregaba su vida al bienestar de la gente.

La reunión duró más de lo previsto. Cada cuarto de hora, el carillón de la torre Spassky hacía sonar algunas notas de *La internacional*. Que ese canto estuviera escrito por un francés, defensor además de la Comuna, llenaba a Fred de esperanza.

Cuando Guilbeaux y Fred se quedaron por fin solos con Lenin, éste se miró el reloj, y con aire sorprendido exclamó:

–¡Son casi las dos! Vamos a comer. Hablaremos durante el almuerzo.

Tomaron mesa en un comedor inmenso que conservaba todo el mobiliario de la época imperial. Nada había cambiado, ni las pesadas cortinas carmesí de las ventanas ni las magníficas alfombras del suelo. Y para aún mayor sorpresa, los sirvientes del palacio tampoco habían cambiado. Aunque en las oficinas circundantes la mayor parte del personal estaba compuesta por militantes, y aunque todos los guardias provenían del ejército rojo, en el comedor los sirvientes de los Romanov seguían en su sitio, obsequiosos, haciendo reverencias y hablando sólo con rodeos. Ese lujo dejó atónito a Fred. Luego estuvo a punto de estallar en carcajadas cuando vio a los criados servir cuidadosamente la habitual sopa de repollo de las cantinas en platos de la corte marcados con el águila imperial. Sólo la vajilla era majestuosa. La comida, tan mala como para el resto: mijo, siempre mijo en un caldo salado... Y en las copas de fino cristal tan sólo se servía té frío.

Lenin no parecía darse cuenta de ese contraste. Manifiestamente, no otorgaba mayor importancia ni a lo que comía ni a los suntuosos vestigios del pasado que le rodeaban. En cuanto a los sirvientes, como seguían ahí y consideraban natural continuar con sus servicios, ¿qué

podía objetarse? Lenin no perdía tiempo ocupándose con esos detalles. El perseguía su idea central: acelerar el proceso revolucionario en los países occidentales ricos para que esas futuras repúblicas soviéticas sacaran a la vieja Rusia de su miseria. La revolución mundial permitiría un reparto justo de los recursos. Estaba persuadido de que, sin insurrección triunfante en Alemania, en Francia, en Inglaterra, la revolución rusa no sobreviviría.

–¿Ha conseguido que Delesalle y Monatte se decidan?
–preguntó a Fred–. ¿Cuándo vendrán a ver lo que hacemos?

–Ya están con nosotros. Es sólo que Delesalle, fuera de su librería, se siente perdido. Pero si no pueden desplazarse enviarán a camaradas de confianza.

–Lo sé. Su trabajo es excelente. Zinóviev me tiene al corriente. Pero lo que nos gustaría es contar con algunos idiotas útiles más.

Estupefacto, Fred miró a Lenin, que intentaba en vano masticar un pedazo de carne salada más dura que una astilla de roble. Lenin continuó:

–Ya tenemos a Romain Rolland.

–Yo me encargo de Romain Rolland –intervino Guilbeaux–. Terminará uniéndose a nosotros completamente. No le llame idiota, camarada Lenin. Útil, sí. Completamente útil.

Lenin frunció el ceño, irónico.

–Esos intelectuales progresistas de Occidente son idiotas que pueden sernos útiles. Esperamos el apoyo de Anatole France y de Bernard Shaw. Y necesitaríamos también el de Lawrence, Wells, Sorel...

–¿Qué Sorel? –preguntó Fred.

–Georges Sorel, claro.

Añadió riendo:

–No va a ser Julien, a ése le guillotinaron.

–Georges Sorel, ¿el amigo de Delesalle?

–El mismo, jovencito, ¿llegó a conocerle?

–Cuando tenía catorce años. Me resultaba cargante, pero sobre todo, me molestaba ver a Delesalle llamándole monsieur.

–Es un monsieur –dijo Lenin–, todo un señor. Acción Francesa le empuja hacia la derecha; tire entonces de él un poco hacia nuestra izquierda. Delesalle le ayudará. Delesalle, Monate... Nuestros amigos anarquistas van ocupando la mayor parte de los puestos de los partidos comunistas occidentales, mientras los socialistas se empeñan en no interesarse por nosotros. Longuet, el nieto

de Marx, arrastra a los socialistas franceses a oponerse a la III Internacional. ¡Ver para creer! ¡No nos libramos de nada! ¡De nada! Nadie nos ayuda, salvo vosotros, los anarquistas. Aquí ¡y allí! Serge y usted están haciendo un buen trabajo. Y Mühsam en Alemania. Y Pestaña en España. ¿Pestaña vendrá al próximo congreso?

–Lo ha prometido –dijo Fred.

–En Francia, Jouhaux y la CGT han capitulado ante los primeros gruñidos de Clemenceau, cuando esperábamos que declararan la huelga general para protestar contra la intervención de los Aliados en apoyo a Denikin y Wrangel. Tendríamos que haber lanzado el ejército rojo hasta Varsovia. Los obreros y campesinos polacos nos habrían recibido con los brazos abiertos. Atravesando Polonia sin problemas, llegaríamos a Alemania para sostener la revolución. Tujachevski estaba de acuerdo, pero Trotsky no ha querido.

–Exagera la fuerza del comunismo polaco –dijo Guilbeaux– y subestima la xenofobia antirrusa de la población.

Lenin se irritó:

–Polonia no existe. Rosa Luxemburgo, Radek, Dzerjinski nacieron en Polonia y se niegan a sostener la idea de una nación polaca. Marchar sobre Varsovia habría sacado a

Rusia del aislamiento y a Polonia de su servidumbre. Así habríamos sondeado Europa con la bayoneta del ejército ruso.

Fred no daba crédito a lo que oía. ¿Cómo? ¿Lenin preconizaba la revolución a través de la conquista militar? La guerra sobre el territorio ruso quedaba justificada por la defensa de los soviets contra la intervención extranjera y contra los grupos de tropas zaristas, pero en cambio, hacer que el ejército rojo franquease las fronteras de Rusia, ¿no significaba caer en una práctica imperialista? No pudo evitar decir:

–Camarada Lenin, el pueblo salvaguarda la revolución en su propio país, pero no puede imponerla a otros pueblos si éstos no lo desean. Nos corresponde convencerles de adherirse a nuestras ideas, no imponérselas a cañonazos.

Lenin se levantó bruscamente, furioso. Su exquisita cortesía se eclipsaba. El notario provincial dejaba de repente paso a un tártaro. Con los pómulos marcados, los ojos rasgados, Lenin gesticulaba con rabia.

–Los deseos y anhelos del pueblo son una cosa –gritó–. Si cree usted que las bases de una revolución se basan sólo sobre ellos, está cediendo a un mezquino prejuicio burgués.

Se alejó raudo del comedor, seguido por sirvientes inclinados hacia delante, que le cepillaban sus ropas a toda prisa y le susurraban palabras tan dulces como la miel.

Fred relató a Galina, claro está, el almuerzo con Lenin, que tan bien había comenzado y tan mal terminado.

–No tendrías que haberle molestado. ¿Quiénes somos nosotros para plantearle objeciones? Fred, corazón, está visto que nunca te librarás de tu sentimentalidad libertaria. Siempre tienes que dudar, que aferrarte a tus principios. Lenin sabe qué principios son buenos para la revolución porque él mismo los formula.

Tanta seguridad desconcertaba a Fred. Tanta seguridad derivada de tanta confianza en las decisiones del partido bolchevique. Un partido minoritario en 1917 que veía cómo sus efectivos aumentaban con una rapidez muy poco razonable. Como si la certidumbre de sus jefes de poseer la verdad terminara fascinando a un pueblo pese a todo muy indisciplinado. La base, esa base movediza, indecisa, huidiza; esa base indefinida, pero que debía formar necesariamente el zócalo; esa base durante mucho tiempo blanda, se endurecía, se convertía en soporte. Al alba de su tercer año de existencia, la revolución, que hasta entonces apenas dominaba su destino en poco más que el imaginario de unos cuantos utopistas, se convertía en una realidad social.

Galina representaba bien esa realidad social; hija de la revolución, feliz y orgullosa de serlo. La revolución era como esos albergues en los que cada cual puede aportar su comida. Cada cual buscaba en ella el momento de escapar a su propia alienación. La revolución aportaba libertad, pero ¿qué libertad? Libertad de apropiarse tierras, para los campesinos. Libertad de apropiarse industrias, para los obreros. Para Galina, la revolución aportaba a las mujeres libertad sobre sus cuerpos e igualdad entre los sexos. ¿Acaso el gobierno bolchevique no contaba entre sus ministros (sus comisarios del pueblo) con una mujer? Y qué mujer, esa Alexandra Kollontái de la que Galina hablaba a Fred continuamente y con tanta admiración.

Hija de un general del zar, Alexandra Kollontái había sido menchevique antes de la revolución y luego, a partir de 1917, miembro del Comité Central del partido bolchevique. Había publicado varias obras en las que anunciaba la descomposición de la familia tradicional en la sociedad comunista, denunciando el matrimonio como instrumento de opresión de la mujer y preconizando una «escuela del amor» en la que se enseñaran «el amor juego» y «la amistad erótica». Un programa semejante no le impedía ser comisario del pueblo para la Asistencia Pública, por mucho que despertara el machismo de más de un colega suyo. Las ideas de Alexandra quizás también chocaran algo a Fred, que no mostraba ningún entusiasmo ante la insistencia de Galina en que fuese a conocerla.

No obstante, cuando se vio en presencia de la comisaria del pueblo para la Asistencia Pública, quedó inmediatamente conquistado por esta mujer que unía dos cualidades a menudo antagonistas: energía y encanto. Alexandra Kollontái tenía por entonces casi cincuenta años y conservaba una gran belleza. Su rostro oval, sus ojos claros y su pequeña boca le hacían parecer más joven. Con el pelo corto y el pecho enfundado en un elegante jersey de punto malva, contemplaba a Fred y Galina con diversión y simpatía. Diversión ante su juventud y ante su amor.

Este «ministro» no se parecía a ningún otro de los dirigentes bolcheviques. Su elegancia y la soltura de sus gestos podrían haber dado una impresión anacrónica, ligada al Antiguo Régimen. Pero muy al contrario, cuanto más la contemplaba Fred durante sus charlas con Galina, más la veía como una mujer del futuro. Al mismo tiempo, la familiaridad entre Galina y esta mujer a quien ella consideraba un modelo, le turbaba. Galina, a la vez posesiva y rebelde, ocupaba un papel dominante en la vida de Fred; tendía a acapararle por entero, a hacer de él algo suyo al tiempo que ella se zafaba de él. Comparada con Flora, tan natural, impulsiva y poco complicada, Galina solía parecerle incomprensible. Fred emprendió la lectura de las obras de Alexandra Kollontái: *La nueva moral y la clase obrera. La familia y el Estado comunista*. ¡«El Estado comunista»! ¿Cómo se permitía emplear un término tan absurdo?

¿Acaso el comunismo se proponía otro objetivo que destruir el Estado?

La carrera política de Alfred Barthélemy alcanzó su cumbre en Rusia el mes de julio de 1920, durante el II Congreso de la III Internacional. No había conseguido que se desplazaran Monatte y Delesalle, pero la tendencia anarcosindicalista estaba representada por Alfred Rosmer y el partido socialista por Cachin y Frossard. Trotsky manifestaba su alegría ante la presencia de Rosmer, uno de sus amigos franceses de tiempos del exilio. En cuanto a Lenin, dejando de lado su arrebatado de mal humor, felicitó a Fred por haber conseguido un primer acto de fidelidad entre los «tontos útiles»: Georges Sorel acababa de publicar una vibrante Defensa de Lenin.

La organización de este II Congreso de la III Internacional no se había logrado sin dificultades. Los partidos socialistas occidentales, que se consideraban los únicos herederos del pensamiento marxista, se mofaban diciendo que Lenin se limitaba a interpretar a Blanqui al estilo tártaro y se mostraban muy reticentes a emprender el viaje a Moscú. Bujarin, furioso por la ausencia de Longuet (Jean Longuet que, como nieto de Marx y amigo de Jaurés, hubiera constituido un símbolo tan hermoso), la tomó desde el principio de las sesiones con Cachin y Frossard. Frossard era por entonces secretario general de la SFIO y Marcel Cachin director de *L'Humanité*. Como los dos habían sido

partidarios de la Unión Sagrada en 1914, Bujarin les recordó violentamente su chovinismo y su traición al pacifismo. Singular forma de acoger a los dos representantes de uno de los partidos marxistas más prestigiosos. Pero como Alfred Barthélemy, hombre de Zinóviev, había invitado a esos dos, Bujarin se empeñaba en mortificarlos. Fred, que se hallaba cerca de Rosmer, le tomó por el brazo y le susurró:

–¡Eh, mira! Cachin llora.

–Es de lágrima fácil –respondió Rosmer–. En 1918 lloraba de emoción ante Poincaré celebrando en Estrasburgo que Alsacia volvía a ser francesa. Bujarin tiene mucha razón al provocarle, a él, que condenó la insurrección de Octubre y odia a los bolcheviques.

Frossard intentaba esconderse por detrás de Cachin. Durante todo el congreso, Frossard permanecería así, oculto tras Cachin, dejándole tomar la responsabilidad de las intervenciones y exponiéndole a los desaires.

–Fíjate bien en Frossard –dijo Rosmer a Fred–. Es el campeón de la finta y la evasiva.

Quizás por influencia de Rosmer, Fred subestimó a Cachin y Frossard, a quienes juzgó un tanto rápido como personajes mediocres y anticuados. Su atención se dirigió más bien hacia otros delegados franceses: Lefebvre, Vergeat y

Lepetit. Raymond Lepetit, un periodista convertido al comunismo, se ganó su simpatía con su entusiasmo y su exaltación de visionario. Su apariencia física no le impedía pasar desapercibido. Con su cabeza estrecha y su larga nariz recordaba a un predicador al estilo Savonarola. Al contrario que Frossard, hizo preguntas y participó activamente en las discusiones de la asamblea. Vergeat, obrero mecánico, manifestaba una mayor reserva. En cuanto a Lepetit, anarquista del sindicato de excavadores, quería enterarse de todo, y su espíritu crítico irritaba ligeramente a Fred.

Algo que le irritó aún más, y que le sorprendió al mismo tiempo, es que mientras hacía de guía para estos tres franceses en Moscú, de pronto veía la ciudad diferente. La veía en cierta forma a través de los ojos de sus acompañantes y se daba así cuenta de que se había rusificado e incluso bolchevizado un poco. Por ejemplo, se había acostumbrado a esos grandes retratos de Lenin, de Trotsky o de Zinóviev colgados en los frontones de los edificios, en cada cruce, como a algo natural. Los tres franceses, por su parte, se quedaron atónitos ante ellos. Consideraban ese culto de la personalidad, como se diría más tarde, ridículo y, osemos confesarlo, burgués. La enorme presencia de soldados en las calles, las susceptibles patrullas, los salvoconductos exigidos continuamente, todo eso les chocaba. Que la guerra civil impuesta por los antiguos generales del zar obligara, como reacción, a constituir una milicia popular era algo que admitían de

buena gana, pero por qué había ahí, en Moscú, tantos centinelas, qué sentido tenía esa policía obsesiva que llegaba a pedirte los papeles en la puerta del hotel: Propusk, tovarich... Propusk, tovarich... ¿Qué temían en Moscú? ¿No se había proscrito a los contrarrevolucionarios? Y esas colas, esas colas interminables para todo, para conseguir las cartillas que te permiten hacer la cola para conseguir el pan. Diez días para un billete de tranvía.

–Creíamos que el ejército estaba desmovilizado y la burocracia, suprimida –decían los tres franceses–, y vemos más gente de uniforme en Moscú que en París, más chupatintas irresponsables que en cualquier otro sitio.

Durante una sesión del congreso, Raymond Lefebvre no dudó (¿y por qué lo hubiera hecho?) en manifestar su sorpresa ante la proliferación de la burocracia. Trotsky le respondió enseguida:

–Si pudiera, llenaría barcos enteros con burócratas y los hundiría en el mar sin mayor dilación.

A lo que Lefebvre respondió que los burócratas en tanto que individuos no eran responsables de la incuria burocrática. Había que destruir la burocracia, no a los desgraciados oficinistas.

A nadie le gusta que le contradigan. Pero cuando a Trotsky le sucedía, palidecía e intentaba luego sonreír, sonreír con

conmiseración por la estupidez de su contradictor. La emoción, la cólera, transformaban pronto esa sonrisa en una mueca que daba a su rostro un toque espantoso, como una máscara de un diablillo japonés.

Una noche, Jules Lepetit agarró a Fred del hombro.

–Quería ver a un amigo, bueno, a un amigo ruso de un amigo francés. Me han respondido que no estaba autorizado a recibirme. ¿Quién lo impide? ¿Quién ordena? ¿Sabías que la víspera de la aplicación del decreto que ha abolido la pena de muerte se ejecutaron quinientos prisioneros? Sí... lo sabías, pero no has dicho nada.

–Hasta en los mejores bosques crecen champiñones venenosos. Aparecen ahí, espontáneamente. Con la checa sucede lo mismo. Es una pústula en el cuerpo de la revolución. Comienza como un pequeño absceso de nada y luego empieza a crecer, a reproducirse. Yo me alejo de esa gente. Todos nos alejamos de ellos. Un día Zinóviev me presentó a Dzerjinski y le eché en cara algunos métodos de la checa. Su respuesta fue que «sólo los santos y los canallas pueden servir a la checa. Hoy los santos se alejan de mí y me quedo junto a los canallas. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?».

–Ese Dzerjinski tuyo –replicó Lepetit– no es más que un mafioso por haber ideado la checa. Y ya verás, terminará como un mafioso, liquidado en cualquier esquina.

Fred pensaba que Lepetit exageraba. Ese excavador le hacía pensar en su padre y le recordaba al mismo tiempo Belleville, e incluso un poco a Valet. Por ello acordaba indulgencia a ese simpático protestón.

Marcel Vergeat manifestó el deseo de conocer a Gorki. El más célebre de los escritores populares rusos se mantenía al margen de la revolución. El privilegio de haber sido amigo íntimo de Lenin le permitía dedicar la mayor parte de sus esfuerzos a salvar a hombres que consideraba injustamente perseguidos. Fred aceptó con gusto el deseo de Vergeat. El mismo nunca había visto a Gorki, retirado fuera de Moscú, y recordaba con emoción la lectura de sus novelas en la librería de Delesalle. Vergeat le hacía pensar que casi se había olvidado del autor de *Los bajos fondos*. De pronto, todo ese mundo de braceros, vagabundos, trabajadores del metal y de la tierra, regresó a su memoria. Sintió la desagradable impresión de una falta de contacto con ese pueblo ruso tan admirablemente descrito por Gorki, ese pueblo en nombre del cual se había librado la revolución y que se difuminaba ahora detrás de una abstracción, de una hipotética idea «proletaria» creada en realidad por burgueses bienintencionados como Lenin, como Trotsky, como Kollontái, como todos aquellos que frecuentaba cada día y que «representaban» a las masas. ¿Esa representación era una impostura? Decididamente, el contacto con esos tres franceses ingenuos le ponía en un estado excepcional.

Para ir al pueblo en donde vivía Gorki, Fred y Vergeat tomaron, con no pocas dificultades, un tren repleto de gente. En el andén, una horda de gente harapienta con bártulos en la espalda, paquetes en ambas manos, se empujaba, gritaba, se aferraba a los estribos. Algunos se subían al techo, otros se instalaban sobre los topes de los vagones. Cualquiera hubiera dicho que se trataba de un éxodo provocado por el tifus o por el anuncio del avance los ejércitos blancos de Denikin, pero tan sólo se trataba de la afluencia habitual de los pocos trenes que circulaban. Fred sintió algo de vergüenza, pero consiguió acceder a un vagón de forma preferente, en compañía de Vergeat, al mostrar su carné de funcionario del partido. Ese carné abría todas las puertas. Vergeat sacudió la cabeza, como diciendo no y sin embargo se lanzó junto a Fred al compartimento, siguiendo a un guardia rojo que les despejó unos sitios a voz en grito.

Gorki les esperaba en un albergue de su pueblo. Alto, de anchas espaldas, tenía una estampa de mujik surcada por profundas arrugas. Desde el momento en que Fred y Vergeat le dieron la mano, se hundió sobre su asiento, rendido de cansancio. Delgado, lúgubre y tosiendo sin parar, aparentaba mucho más que sus cincuenta años. Su corpachón huesudo se plegaba sobre la mesa en donde se había instalado. Todo en él era gris: el pelo al rape, las pobladas cejas, el enorme bigote, incluso la piel. Ese físico de Gorki recordaba inevitablemente la imagen de un viejo

oso famélico separado a su pesar del bosque y que quisiera regresar a él cuanto antes.

Fred habló de sus lecturas de adolescente y de cuánto le había conmovido *La madre*. Vergeat asintió subrayando el carácter revolucionario de esa obra y encadenó luego enseguida con la sorpresa que se habían llevado la mayoría de los delegados de la III Internacional ante el lamentable estado de la revolución.

Gorki, ni sorprendido ni impresionado, se contentó con responder con tono hastiado:

–Pobre Rusia, tan inculta, tan rústica, anclada durante siglos en la ignorancia y las tinieblas. Amigos franceses, ya veis a este pueblo ruso, el más perezoso y brutal que haya en el mundo.

Fred y Vergeat quedaron desconcertados, estupefactos. Todos los dirigentes santificaban al pueblo ruso y achacaban todos los problemas de la nación al bloqueo, a la guerra civil, al éxodo de los ricos que habían partido con sus tesoros. El pueblo ruso, tabú y mito a la vez, se convertía en un nuevo icono. ¿Cómo podía Gorki afirmar algo semejante?

Gorki sorbió con calma su té y continuó, como si hablase a solas:

–Tolstói y todos los escritores románticos ponen a nuestros mujiks en una burbuja de bondad e inocencia. La revolución ha hecho explotar la burbuja y los mujiks se revelan tal y como son: vagos, avaros, arteros, salvajes, sádicos. Todo el mal viene del arcaísmo del pueblo eslavo.

–Camarada Gorki –contestó Fred–, el pueblo ha hecho posible el resultado de la insurrección de Octubre. Sin él, no hubiera sido más que una revuelta.

Gorki miró durante un buen rato a Fred, con sus pequeños y vivos ojos, se sorprendió al darse cuenta de su extrema juventud, puso mala cara con gesto resabido y dijo, casi con pena:

–El pueblo no participó en la insurrección por consciencia revolucionaria, sino por odio. Si ese odio no hubiera sido guiado por Lenin, hubiera destruido los objetivos de la revolución.

–Me han comunicado –interrumpió Vergeat– que los panaderos en huelga que protestaban contra las entregas de harina en mal estado han sido encerrados en prisión; que en el campo se procede a requisiciones forzadas e incluso a expediciones punitivas; que se está planeando encerrar en campos de concentración a niños vagabundos. La pena de muerte ha sido abolida y, sin embargo, la checa...

Gorki se levantó brutalmente. Su largo cuerpo se desplegó con tan poca gracia que sus miembros parecieron desarticulados. Interrumpió a Vergeat tendiendo el brazo hacia él, con la mano abierta, como cuando se quiere cortar el paso:

–Rusia es un país atrasado. En un país atrasado la revolución sólo puede realizarse con métodos autoritarios. Podemos lamentarlo, pero así es. No hay nada más que hacer. Nada. Ante nosotros tenemos una tarea grandiosa: dominar la anarquía del campo, cultivar la voluntad del mujik, subordinar los instintos del campesinado a la razón organizada de las ciudades. He pasado toda mi vida abrumado por el aplastante predominio del analfabetismo en el campo, del individualismo zoológico del campesino y de su falta casi total de sentimientos sociales.

El diálogo entre Vergeat y Gorki se dificultaba por la necesaria y continua traducción de Fred. Porque, pese a sus numerosas estancias en el extranjero, Gorki tan sólo comprendía la lengua rusa.

–Habla usted de métodos autoritarios –continuó Vergeat–. Cómo puede usted, el portavoz de los marginales, de los gitanos del Mar Negro, de los pescadores y jornaleros vagabundos, de los estibadores del puerto de Odessa, cómo puede aprobar todas esas trabas a la libertad, esta dictadura...

–El camarada Gorki protesta ante Lenin –corrigió Fred.

Gorki mantenía el brazo tendido ante Vergeat. Ahora parecía señalarle con el dedo, incluso acusarle:

–Lenin siempre me reprocha que me ocupo de tonterías, que me comprometo a ojos de otros camaradas. Y yo le respondo que los camaradas tratan a la ligera y de una forma demasiado simplista la libertad y la vida de personas preciosas. Le pido que evite una crueldad inútil y a menudo absurda, que empaña la obra noble y difícil de la revolución. Una crueldad que le es, objetivamente, nefasta. Lenin se burla de mi sensiblería, pero siempre reacciona favorablemente a mis peticiones. No hable mal de los bolcheviques. Quizás a veces sean crueles, pero creen actuar por el bien de todos. No son como esa gente que conocí en el pasado cuya única ambición consistía en chupar toda la sangre de otros hombres para transmutarla en kopecks.

Gorki dejó caer su brazo. Fred se fijó entonces en lo largos que eran los miembros de Aleksei Maksimovich, brazos de burlac, esos remolcadores de barcazas del Volga con los que en otros tiempos había compartido el pan de centeno y el cansancio de los músculos.

El escritor de *Los bajos fondos*, el único escritor ruso célebre que había apoyado la Revolución de Octubre en los peores momentos del bloqueo y de la guerra civil, miró

durante un buen rato a sus dos invitados franceses. ¿En qué pensaba entonces? ¿En la dificultad de convencer? ¿Estaba él mismo tan convencido como quería parecer? Se fue bruscamente hacia su casa, con grandes zancadas, sin haberles dado la mano.

De vuelta a Moscú, Victor Serge les invitó a cenar en su compañía. Fred y Vergeat pasaron por el hotel Lux a recoger a Lefebvre y Lepetit.

Por supuesto, Fred y Vergeat comentaron enseguida su visita a Gorki. Victor no se mostró demasiado sorprendido por las inauditas reflexiones del escritor. Les dijo que todos sabían que Gorki, genial en literatura, en política no era más que un niño inocente, además de poco modesto y orgulloso de sí mismo, «como todo *self-made man* que haya alcanzado la fama».

Fred, Vergeat y Lepetit rebatieron este punto de vista que consideraban propio de un intelectual de origen burgués. Los tres reencontraban su solidaridad obrera, su solidaridad de autodidactas. Olvidaban algo que podía haberles chocado de las palabras de Gorki. En realidad, Gorki, un hombre del pueblo como ellos, representaba un fenómeno raro en la intelligentsia bolchevique y su descripción de la plebe eslava debía de corresponder a alguna realidad, aunque ésta fuera desagradable. Se creían más cercanos a Serge y Serge les acercaba a Gorki con ese desprecio del *self-made man* que le venía de repente a la boca.

–Las formas autoritarias –dijo Lepetit–, la dictadura del proletariado, o más bien de los comisarios del pueblo... el socialismo es tal y como siempre lo habíamos descrito. El socialismo bolchevique comienza a engendrar un nuevo Estado. Los anarquistas fueron los primeros en responder a la llamada de Lenin. Algún día tendremos que saldar nuestras cuentas. Pero todavía es pronto. Rusia está débil y la atacan por todos los frentes; tiene que dedicar todas sus fuerzas a salvar la revolución de sus amenazas. No nos arrepentimos de nada. Lo único que cuenta es el futuro de la revolución y ese futuro se labra aquí, no en Francia. Así que tenemos que sostenerla. Gorki tiene razón. Pero también nosotros la tenemos al mostrarnos críticos y vigilantes.

Cuando Ángel Pestaña tomó la palabra en el congreso de la III Internacional, las cosas empezaron a torcerse. Este obrero relojero, representante de la muy poderosa Confederación Nacional del Trabajo (CNT) declaró que la adhesión de los camaradas españoles a la III Internacional era sólo provisional y que insistían en recalcar a todos los delegados reunidos en Moscú que la CNT no abandonaba su vínculo a los principios defendidos por Bakunin en la I Internacional.

Este preámbulo suscitó un cierto rumor; nada comparado con lo que luego vino. Pestaña afirmó que el objetivo de la CNT seguía siendo la implantación del comunismo

libertario, que el principio de autonomía sindical permanecía intacto y que la CNT se mostraría hostil a la apropiación del poder y a la dictadura del proletariado.

En medio de un opresivo silencio Pestaña alzó la voz para concluir:

–Un partido no hace una revolución; un partido no va más allá de organizar un golpe de Estado y un golpe de Estado no es una revolución....

Desde los dos balazos tirados por Fanny Kaplán, no había vuelto a oírse una detonación tan grave como ésta entre los muros de una reunión bolchevique. Cuando Pestaña se sentó, el silencio se prolongó durante varios minutos con una intensidad insostenible. Zinóviev y Trotsky se miraban, parecían espiarse. ¿Quién iba a responder? Trotsky, más decidido, se lanzó hacia la tribuna. Trotsky tenía, dicho sea de paso, una forma de tomar la palabra que parecía un salto a la palestra, un soldado corriendo al asalto. De hecho, tomaba la tribuna realmente al asalto, se la apropiaba, señalaba impetuosamente con sus golpes sobre la baranda que ahora era suya y que no le sacarían de ella. Cada delegado sólo disponía de diez minutos de intervención y Pestaña había respetado la regla. Para responderle, Trotsky soltó un discurso de hora y media.

Como siempre, Trotsky preparaba a su público con una sesión de encanto. Minimizaba los ataques de sus adversarios situándose cordialmente a su lado.

–¿Estaba yo preparado para el oficio de las armas?

Esta pregunta no respondía en absoluto a las objeciones de Pestaña. Sin embargo, Trotsky, intuyendo que la mayoría de los delegados, militantes pacifistas durante la guerra mundial, al igual que él, admitían de mal gusto el verle desfilar en uniforme de generalísimo, salía al paso de las críticas.

–¿Estaba yo preparado para el oficio de las armas?
–repitió con su nítida voz.

Miró a los asistentes, siempre con ese deje de superioridad que le granjeaba tantas enemistades, en busca de una respuesta que sabía nadie formularía. Y luego, como el silencio persistía, pronunció lentamente, y con un tono cansado:

–Claro que no... Pasé mis años de servicio militar en la cárcel, deportado, en el exilio....

Se justificó así durante al menos media hora, como si estuviera rememorando sus recuerdos en una reunión entre amigos; y luego su discurso cogió impulso, levantó el vuelo. Pero sus dotes de actor eran tales que uno enseguida perdía

el hilo, tan sólo quedaba la belleza de las frases. Algunas afirmaciones suscitaron no obstante cierta agitación en las delegaciones extranjeras. Como cuando Trotsky preconizó la subordinación de los sindicatos al Estado proletario:

–Los sindicatos pretenden defender los intereses de la clase obrera contra el Estado, pero cuando el Estado en sí es obrero esta defensa no tiene ningún sentido. Del mismo modo que ustedes tienen que servirse, en los países capitalistas, de los sindicatos como punta de lanza que desorganice el proceso de acumulación de la riqueza, en nuestro país, en donde la revolución se ha realizado, nosotros pedimos a los sindicatos disciplinar a los trabajadores y enseñarles a situar el interés de la producción por encima de sus necesidades.

Cuando Pestaña quiso responder a los ataques personales que Trotsky le había dirigido, el presidente de la sesión declaró cerrado el debate y levantó la asamblea.

Fred intentó convencer a Pestaña de que se equivocaba al atacar frontalmente a los bolcheviques y al lanzarles Bakunin a la cara.

–En realidad, los bolcheviques están desgarrados entre una tendencia anarquista libertaria, que corresponde mejor al espíritu ruso, y una tendencia autoritaria heredada del marxismo germánico. Antes reprochaban al zar que era germanófilo y ellos han heredado el mismo complejo. Lenin

siempre ha estado fascinado por dos máquinas: el capitalismo de Estado alemán y el monopolio al estilo del servicio de correos y telégrafos francés. Sabe muy bien que el Estado debe declinar, pero no se atreve a delimitar el periodo transitorio, el de esta pseudo-dictadura del proletariado que aprecia particularmente. En realidad, no te hagas ilusiones, para Lenin el mejor Estado es una gran oficina, una bonita fábrica. Sin embargo, Lenin sólo representa una tendencia. Bujarin o Kollontái nos comprenden, nos aprueban a menudo e incluso defienden nuestras ideas.

–Me gustaría discutir en privado con Bujarin –dijo Pestaña.

–¿En privado?

–Los tres juntos, si puedes organizarlo.

Por aquél entonces, Alfred Barthélemy podía organizarlo todo.

Bujarin era muy diferente de Trotsky, que sólo apreciaba ponerse a disertar. Bujarin prefería conversar. Hombre de vasta cultura, brillante en el debate, se mostraba siempre dispuesto a discutir sobre cualquier tema. Aunque Fred lo veía poco, ya que él estaba sobre todo vinculado a Zinóviev, hubiera elegido de buena gana trabajar con Bujarin, que tan

sólo tenía treinta y dos años y que le despertaba una simpatía instintiva.

Nikolái Ivánovich Bujarin, por entonces redactor en jefe de *Pravda*, de formación economista, tenía en realidad una amplitud de miras mucho mayor que Lenin. Aun así, Bujarin, a quien Lenin consideraba el teórico del partido, se refería incesantemente a éste, por quien sentía una admiración ilimitada. Tanto era así que este hombre de vanguardia, que podría haber hecho progresar la Revolución de Octubre hacia una verdadera democratización, se volvía una y otra vez hacia atrás para no perder de vista a su viejo maestro. Trotsky se divertía diciendo: «Más o menos sucede así: Bujarin siempre sale hacia adelante, pero suele volver la cabeza para mirar hacia atrás y comprobar que Lenin no anda lejos». Este fenómeno se reproducía curiosamente en el comportamiento físico de los dos hombres. En las asambleas, Lenin avanzaba firme, indestructible, con paso regular, y delante de él corría, se agitaba, menudo, ligero, un Bujarin que sin cesar se volvía para comprobar si Lenin le seguía. Las malas lenguas le llamaban perro faldero de Lenin. Vladímir Ilich reñía a veces a Bujarin como si se tratara de un niño, exclamando entre risas: «Pero ¿dónde está Bujarin? Vamos, siéntese usted a mi lado y no se mueva más».

Bujarin recibió a Fred y Pestaña con su habitual cortesía. Como siempre, llevaba una chaqueta de cuero y una gorra

que le hacían parecer un mecánico de trenes. Un mecánico de trenes que no subiera mucho a las máquinas, visto el estado de sus ropas, siempre muy cuidadas. Bujarin despertaba inmediatamente simpatías por su aspecto juvenil y afable. «Bujarin es nuestro cristal», había dicho a Rosmer un militante ruso de base.

Ángel Pestaña le confesó sus inquietudes tras el discurso de Trotsky:

–Voy a regresar a España con la impresión de escapar de un naufragio. ¿Qué voy a contar a los camaradas españoles sobre lo que me parece el naufragio de la revolución?

Bujarin tenía una gran sensibilidad y todas sus emociones se reflejaban enseguida en su rostro. Enrojeció como un adolescente.

–Yo tengo numerosos desacuerdos con Trotsky. Sin embargo, siento un gran afecto por él. Incluso me atrevería a decir que soy su único amigo en el Politburó. Trotsky no tiene paciencia y usted le ha impacientado. Él lucha por que la revolución triunfe en este país, pero está convencido de que si no se extiende a las principales naciones europeas, la revolución rusa perecerá. En suma, cuenta con ustedes. No puede no contar con ustedes. Si se enfrentan a él, es a la revolución mundial a lo que se enfrentan; es a la revolución rusa a quien condenan en última instancia. ¿Cómo quiere que no les increpe?

–Trotsky se ha dejado llevar por el espíritu bélico. Se ha visto obligado a hacer la guerra, lo acepto, pero no ha domado la guerra. Es la guerra quien lo contamina. Trotsky es un antiguo menchevique que sólo se sumó al partido dos meses antes de la Revolución de Octubre y quiere dar pruebas de fe a los bolcheviques. Tiene la intolerancia y el furor de los conversos. Tengo la impresión de que será nuestro principal enemigo.

–No, no... –dijo Bujarin, consternado–. Sus enemigos se hallan más bien entre los social–demócratas. Yo mismo me he alzado contra un panfletucho antianarquista de Plejánov resaltando los burdos razonamientos que tendían a insinuar que nada separaba a un anarquista de un bandido. Desde Octubre, son muchos los anarquistas que se han sumado a la dictadura del proletariado; son muchos los que se acercan a nosotros y se integran en los soviets. Fíjese en nuestro camarada Barthélemy, o en Victor Serge... o en tantos otros... No combatimos a los anarquistas; discutimos cordial y francamente con ellos, estudiamos si es posible trabajar juntos y no renunciamos a ello salvo si nos topamos con una oposición irreductible.

Ángel Pestaña dejó Rusia sin estar convencido.

«¿Qué voy a contarles?» Esa era la pregunta que se planteaban numerosos delegados de la III Internacional.

«¿Qué voy a contarles a los camaradas libertarios que me han enviado al país de Jauja? ¿Qué voy a contarles de esta revolución que exalta el ejército, que cuenta con una policía política terrorífica, que amordaza a los sindicatos, que deroga la desigualdad instituyendo la pobreza universal? ¿Qué voy a contarles?», musitaba Lepetit. «Nos invitan a un congreso y asistimos a un concilio en el que tan sólo tenemos que aprobar las órdenes del Papa».

Vergeat, más reservado, dudaba aun así si afiliarse al partido comunista.

Lefebvre, Vergeat y Lepetit todavía seguían en Moscú, mientras que Cachin y Frossard ya habían regresado a París hacía mucho. Sorprendentemente, sus salvoconductos eran retenidos bajo pretexto de que se negaban a comunicar sus informes a los funcionarios soviéticos. Fred se ocupó de ello, pero percibía una preocupante reserva en las oficinas concernidas. Al final, les notificaron que su itinerario pasaría por Murmansk y Suecia.

–No aceptes –le dijo Fred a Lepetit–. El norte está glacial. No tenéis suficiente ropa de invierno. Has cometido la imprudencia de publicar en *Le Libertaire* unas críticas que no han sentado bien. No comprendo por qué os desvían por Murmansk. Percibo una cierta animosidad contra vosotros.

–Lefebvre es un comunista entusiasta. Si quisieran hacernos algo, nos habrían separado. Lefebvre habría

tomado el tren de Cachin y Frossard. Pestaña es tan crítico como yo y ya está en España. La presencia de Lefebvre basta para protegernos. No exageremos la maldad de los bolcheviques. Vas a terminar asustándome.

Lefebvre, Vergeat y Lepetit salieron así hacia Murmansk. En octubre, mientras el partido socialista alemán votaba su adhesión a la III Internacional, ellos seguían allí esperando el prometido barco hacia Suecia. En diciembre, Cachin y Frossard conducían al partido socialista francés a la escisión de la que iba a nacer el partido comunista francés, del que serían sus primeros dirigentes. Al mismo tiempo, Lefebvre, Vergeat y Lepetit desaparecían para siempre en los hielos de la península de Kola.

La duda empezaba a ganar a Fred, la duda y la desazón. ¿Y si se había equivocado? ¿Si Sandoz, Prunier, Victor le equivocaban mientras se equivocaban ellos mismos? ¿Y si Delesalle, Monatte, Rosmer se equivocaban creyendo que la revolución rusa concretaba su ideal? ¿Y si Zinóviev y Trotsky, y el mismo Lenin se equivocaban? Uno podía enloquecer con tantas preguntas. Por ello, en el entorno de Fred nadie se atrevía a plantearlas.

De todas formas, cuando se reencontraba por la noche con Galina, en su pequeño cuarto, sus angustias desaparecían de inmediato. Los dos tiraban sus ropas sobre el suelo y, al mismo tiempo, se sacaba de encima sus responsabilidades políticas. La desnudez los reconstituía,

volvían a ser nuevos, volvían a ser jóvenes y entusiastas, se liberaban de la placenta viscosa de una revolución que no conseguía nacer. En realidad, a la revolución le faltaba la sensualidad que las noches le hurtaban. Todo era frío en esta Rusia que, desde la lejanía de los países occidentales, parecía una estrella. Todo era frío: la tierra, el hielo, la nieve, la escarcha, el tren de Trotsky, el acero de las armas automáticas, la mirada de la checa, la decisión de quienes tomaban decisiones. Todo era frío en este nuevo invierno, este tercer invierno de la revolución. Todo era frío, menos Galina y Fred bajo sus mantas. Galina que, una mañana, anunció como una noticia más su embarazo y que iba a tener el niño. No lo consultaba. Decidía. Fred tuvo la dolorosa sensación de que le quitaran prematuramente ese hijo, como el destino le había quitado a Germinal. No reaccionó. ¿Galina no era libre de su cuerpo? Aun así, sentía que le robaban algo y se reprochaba a sí mismo ese sentimiento de propiedad. A Lenin no le faltaba razón al tratarle de pequeño burgués.

Galina, por su parte, lejos de la cama volvía a convertirse en una combatiente impermeable a la duda. Se volvía fría como la revolución en marcha. Se llevaba consigo, dentro de sí, ese feto que iba a tener casi, con tres años de diferencia, la misma edad que la revolución. Fred la miraba caminar por la calle, con su paso decidido, alejarse hacia las oficinas de Kámenev. Seguía con la mirada su larga falda oscilando en torno a sus botas de cuero. Y la imagen nostálgica de las

piernas blancas de Flora le volvía, esas piernas desnudas de chiquilla, balanceándose detrás de la carreta del pescado.

Alfred Barthélemy tenía el defecto, o la calidad, de no dejar nunca cuestiones pendientes. Como Zinóviev parecía abrumado cuando le preguntaba por Lefebvre, Vergeat y Lepetit, fue a hablar con Dzerjinski.

–La checa –le dijo éste– está demasiado ocupada persiguiendo a los contrarrevolucionarios rusos como para preocuparse de extranjeros que son, por encima de todo, nuestros huéspedes. Sólo les vigilamos para protegerles. Sus compatriotas han desaparecido en el norte, es cierto, sin duda víctimas de bandidos sedicentes anarquistas. ¿Qué podemos hacer? Lo sentimos mucho. Se comportaban con demasiada imprudencia. También usted, camarada Barthélemy, resulta a veces bastante imprudente.

Dzerjinski, dedujo Fred, al igual que todos los polis, lo sabe todo, sólo confiesa lo que le conviene y miente si la causa lo requiere. ¿Cómo es posible que la revolución, que tuvo siempre como adversario principal a la policía, haya engendrado tan rápido esa checa marcada por los mismos vicios que la *ojrana*?¹² Ahí se revela el error. Tenemos razón: ni policía, ni ejército, ni Estado. Entonces, ¿qué hacía él mismo en la organización, en el engranaje del nuevo Estado? En el pasado, para intentar disuadirle de aprender

12 Policía secreta zarista, instaurada a finales del siglo XIX. [N. d. T.]

ruso, Delesalle le había dicho que la revolución nunca se produciría en un país tan atrasado. La revolución se realizaba en Rusia a pesar de todo, y conocer la lengua de Tolstói había cambiado la vida de Fred... Pero sí, parecía que la revolución se equivocara de escenario. Y quizás también de hombres... De haber vencido en Barcelona con Victor Serge, la ideología libertaria hubiera triunfado inevitablemente. Francia se habría visto contagiada y sin duda Italia. La revolución habría sido latina y anarquista. Sólo puede haber comunismo viable en el reparto de la abundancia. Y Rusia sólo reparte penuria.

Fred se libraba a esas sombrías reflexiones, tropezando con los mil baches de la calzada. Había pocos automóviles en esas calles todavía transitadas por viejos coches de caballos dirigidos por cocheros que parecían haberse escapado de una novela de Gogol. Esos carruajes vacíos, ¿qué ánimas muertas llevaban y hacia qué más allá? Los caballos, tan delgados que sus costillas parecían formar arcos bajo los enganches del tiro, quedaban a menudo bloqueados ante concentraciones de gente. Masas de gente ruidosa, bulliciosa, siempre agitada. Masas que se precipitaban a tiendas en las que se formaban colas interminables. Fred entró en el inmenso edificio del hotel Lux, en donde se celebraban casi todos los congresos. Poco quedaba en su interior del lujo que había dado nombre al hotel: dorados, pesadas cortinas sucias y ajadas, muebles enormes con pies curvados... Como en cualquier otro sitio,

un olor a repollo agri dulce y a sopa de pescado lo apeataba todo.

Fred inspeccionó los antiguos salones, dio alguna indicación al equipo de mujeres que intentaba limpiar antes del próximo congreso y se fue consternado. Con su pañoleta en la cabeza y sus faldas de color recordaban a ese pueblo miserable tan elocuentemente descrito por Gorki. ¿Por qué no había evolucionado ese pueblo anterior a la revolución, ese pueblo sometido, hoy liberado? Recordaba las crueles palabras de Gorki: «Pobre Rusia, tan inculta, tan rústica, anclada durante siglos en la ignorancia y las tinieblas». Por su físico de oso famélico, Gorki pertenecía a esa vieja Rusia que Fred deploraba seguir viendo ahí, todavía igual, esa vieja Rusia que desempolvaba, con escobas de ramas de abedul, los viejos salones deslucidos del hotel Lux.

Fred remontó el bulevar hasta la estatua de Pushkin. Muchas de las casas abandonadas por propietarios exiliados servían de oficinas. Las paredes estaban sucias y las conducciones del agua reventadas. Los agujeros de las fachadas dejaban entrever suelos destrozados. El estado de abandono de los edificios se agravaba. Nadie reparaba nada. Hasta las tarimas eran robadas para cortarlas como leña, ya que Moscú, aun rodeada de bosques, se moría de frío. En cuanto caía el día la ciudad se sumía en la más profunda oscuridad. De nada servía reemplazar las

bombillas eléctricas, porque se fundían en el minuto siguiente a instalarlas.

Fred se dio cuenta de que estaba llegando al edificio del local de las guardias negras. Hacía mucho que no venía a verles. Las ganas de hablar con Igor le hicieron subir enseguida la escalera. También ahí se había arrancado la barandilla.

Por fortuna, Igor estaba con una decena de camaradas en la sala del segundo piso liando paquetes de octavillas y periódicos. Con un gesto involuntario, Fred buscó a la joven del pelo corto y el traje de cuero. Nunca la había olvidado. Sus ojos grises aparecían a menudo en sus sueños.

–Vaya, aquí está nuestro amigo bolchevique –dijo Igor.

–No bromees con eso. Ya sabes que estoy con vosotros.

–Estás con ellos. Todavía te crees con nosotros, pero para ellos eres un *ideiny*. Para los bolcheviques sólo hay dos tipos de anarquistas, los *ideiny*, como tú, que son los anarquistas razonables, a los que se pueden confiar responsabilidades, y los *majnovitsy*, que no son más que bandidos destinados a la cárcel.

–Y tú, ¿qué eres?

–Un *majnovvitsy*, claro. Por cierto, uno de nuestros camaradas quiere hablar contigo. Os conocisteis hace tiempo. Volin, ¿le recuerdas?

–¿Volin? No.

–Dice que te conoció en Francia. Bueno, cree que se trata de ti. Es un camarada importante, el consejero de Majnó.

–¿Qué ha sido de esa mujer que siempre vestía de cuero, con el pelo corto, que se había ido a sumarse a Majnó?

–La atraparon los cosacos de Denikin; la violó todo el regimiento, la despedazaron y la dieron a comer a los perros.

Fred sintió que se asfixiaba. Esa angustia que de vez en cuando le estrangulaba y le comprimía el pecho como una prensa. La cabeza le daba vueltas. Aun así, se recompuso muy pronto maldiciendo esa debilidad; tomó entre sus manos un paquete de periódicos que miró durante largo rato, sin verlos realmente.

–Escucha Igor, sabes que conmigo trabaja Victor Serge y que él también es un *ideiny*. Estos paquetes de periódicos me recuerdan a Victor y a Rirette, su compañera; me recuerdan cuando a los trece años miraba cómo imprimían *L'Anarchie*. Victor pasó tres años de cárcel por eso. Ha participado en la insurrección de Barcelona. Si él es *ideiny*.

¿por qué no iba a serlo yo? Hemos invitado a tantos delegados extranjeros anarcosindicalistas como ha sido posible. Pueden examinar in situ la realidad de la revolución.

–Lo sé. Ángel Pestaña se ha puesto en contacto conmigo varias veces. Quería contarles todo a los camaradas españoles, pedirles que no se sumaran a la III Internacional. Pero nada más llegar a España la policía burguesa le ha metido en la cárcel. Le han tapado la boca a Pestaña, ¿no es curioso?

–¿Vas a decirme que la policía del rey de España protege la revolución rusa?

–No, pero la policía de Dzerjinski no quería que hablase. La mejor forma de impedirle hablar, si no se atreven a liquidarle como a Lepetit y a sus colegas, porque se le conoce demasiado, es advertir discretamente a la policía de que un peligroso revolucionario desembarca de Rusia para prender la llama en Cataluña, ¿no?

–¡Si nos ponemos a sospechar que todo el mundo es maquiavélico la revolución va a convertirse en una mala novela!

–No se convierte en una novela, Fred; es ya una tragedia. Volin te explicará todo eso.

–Dile que venga a verme cuando quiera.

–No. Es demasiado peligroso. Tienes que ser tú quien vaya a verle.

–¿Cuándo?

–Esta noche.

¿Esta noche? La noche era para Galina. La noche estaba hecha para el amor, para el sueño, para la dulzura, para el calor del cuerpo, para entrelazar los cuerpos.

–Tienes que encontrarte con Volin esta noche –prosiguió Igor–. Mañana se va para reunirse con Majnó en Ucrania.

¿Esta noche? La noche estaba hecha para la sensualidad, para la desnudez, para los ensueños, para el olvido, para el olvido de la luz hiriente del día, hiriente como las esquiras de un obús.

–¿Tan importante es que me vea con ese Volin? ¿No puedes contarme tú lo que quiere decirme?

–Él te conoce bien. Es él quien te enseñó a hablar ruso.

–En absoluto. Era un emigrante que se llamaba Eichenbaum. Se ha confundido.

–Sí, es cierto, en el exilio Volin se llamaba Eichenbaum. Se ha buscado un nombre más fácil de recordar. Como Victor

Kibalchich. Como Lev Davidovich Bronstein, alias Trotsky. Como el mismo Vladímir Ilich Uliánov, nuestro apreciado Lenin.

–¡Eichenbaum! Me he preguntado mil veces qué habría sido de él.

–Volverás a verle esta noche.

Fred nunca ocultaba nada a Galina. Los dos militaban en tendencias diferentes, pero no por ello dejaban de luchar por un mismo ideal. Así, cuando le comentó que iba a encontrarse esa noche con sus camaradas de la guardia negra, se sorprendió a sí mismo por la desconfianza que le hizo no pronunciar el nombre de Volin. Se arrepentía, pero al mismo tiempo las desventuras de Pestaña y de los tres delegados franceses le imponían precaución. La checa tenía muy buen oído.

Eichenbaum, transformado en Volin, seguía siendo el mismo. Seguía pareciendo un profesor y a Fred le sorprendió no ver los bolsillos de su abrigo llenos de libros. Se sorprendió aún más al enterarse de que Volin, elegido presidente de su Consejo Militar por los insurgentes de Ucrania, era en cierta forma el principal colaborador de Majnó.

Volin agarró con ambas manos las espaldas de Fred y le estrechó entre sus brazos, como si quisiera asegurarse de su presencia física.

–Da! Da! Sí que es mi pequeño Fred. ¡Y habla ruso mejor que un mujik!

Le besó en la boca y le apretó contra su pecho.

–Mi joven alumno... que no ha comprendido que se deja tomar el pelo por ese renegado de Kibalchich.

–Majno –preguntó Fred–, ¿quién es exactamente? Unos le alaban por combatir a los blancos junto al ejército rojo y otros le consideran un *ataman*, un líder de cosacos sanguinarios, el jefe de una hueste sin ideología...

–Majno acaba de aplastar a Wrangel. Sin Majno, Trotsky nunca hubiera conseguido terminar con él. Porque los campesinos huyen ante el ejército rojo. Para ellos, es el ejército del diablo. Identifican la revolución con un nuevo mesías que reparte la tierra como se reparte el pan. Y en lugar del mesías, la checa se lanza sobre el campo, una nube de buitres que les arrebatan hasta sus últimas semillas. Un campesino, como ellos, se alzó contra los nuevos amos, tanto contra los nuevos como contra los antiguos. Es Majno. Cristo ha resucitado de nuevo.

–Te veo muy místico.

–Para que te comprendan los campesinos hay que emplear su lengua. Todo eso son sólo metáforas. Los campesinos llaman a Majnó «el resucitado de entre los muertos» y no sin razón: Majnó fue condenado a la horca en su juventud, pero le conmutaron la pena por una perpetua a trabajos forzados. La revolución le abrió la puerta de salida de Butyrki. Organizó un soviet de campesinos en su Ucrania natal ya en agosto del 17. Ese soviet creció y se convirtió en la comuna libertaria de Ucrania. Majnó ha conseguido rechazar con su caballería de campesinos a las tropas austríacas y alemanas que intentaban hacerse con Ucrania. Ha rechazado al ejército blanco de Wrangel. Ahora se halla cara a cara con el ejército rojo de Trotsky. ¿Y Trotsky va a respetar nuestras banderas negras? ¿Va a respetar nuestros tratados de asistencia mutua? Ya sabes que cuando se quiere matar un perro, se dice que tiene la rabia. Trotsky acusa a Majnó de estar rabioso, de pretender separar Ucrania de la Gran Rusia. Es falso. Majnó no reclama la independencia para Ucrania, exige la independencia de los campesinos, de todos los campesinos. No es un nacionalista ucraniano, sino un internacionalista libertario. En Rusia, a día de hoy, la supervivencia de la anarquía depende de la majnovchina...

–He hablado con Gorki. Cree que los mujiks están demasiado atrasados como para comprender la revolución.

–Conozco bien a Gorki. Está convencido de que tanto el campesinado como todo el pueblo ruso son espontáneamente anarquistas. Un día se alegra de ello y al siguiente le horroriza. Has caído en un mal día. Lenin, por su parte, al menos es categórico. Ha escrito que «los campesinos, por su esencia misma, sólo existen socialmente bajo la dirección de la burguesía o la del proletariado».

Fred no sabía nada sobre el campesinado. Lo que había visto de él mientras acompañaba a Trotsky en su tren, le dejaba el recuerdo de un mundo abandonado y casi repugnante.

–Lenin quizás extermine a los campesinos –continuó Volin–, pero nunca podrá conquistarlos.

–No sé mucho de esas cuestiones –dijo Fred–. Lo que me interesa es la revolución mundial. La espontaneidad anarquizante del pueblo ruso ha obligado a los bolcheviques a transigir con nosotros. ¿Nos traicionarán? Caminamos juntos. No me ha llegado demasiada información sobre Majnó, salvo que los primeros cañones, los primeros fusiles, los primeros cartuchos de sus partidarios se los proporcionó el ejército rojo. ¿Es falso?

–No, es cierto. También es cierto que a menudo hemos combatido con una coordinación perfecta y que esta coordinación es la causa de la derrota de Wrangel. Pero cuando los bolcheviques nos aseguran que en cuanto su

poder esté bien establecido harán triunfar nuestras aspiraciones con mayor facilidad, desconfiamos. Tú, Fred, has acumulado suficiente poder como para estar ya contaminado. No, no protestes. Me aseguran que todavía tienes fe. Por eso quería verte antes de regresar a Ucrania. No sé qué me esperará allí. Ahora, con Wrangel vencido, Trotsky ya no nos necesita. Vamos a tener que negociar duro para salvar la majnovchina. Escúchame. Algunos soldados del ejército rojo vinieron a Járkov en nombre de sus regimientos a pedirme la autorización de acabar con sus generales y comisarios políticos para proclamar junto a nosotros un gobierno anarquista. Durante más de dos horas les he explicado que se estaban equivocando, que la revolución anarquista no aspira a formar un gobierno sino, al contrario, a derribar todos los gobiernos. Se han ido decepcionados. No lo han comprendido demasiado bien. Pero puedes estar seguro de que Trotsky, al corriente de estas vacilaciones en su ejército, pondrá orden. Este malentendido entre esos soldados del ejército rojo y nosotros también se ha dado, desde octubre del 17, entre los anarquistas sovietski, como tú, y los bolcheviques. Cuando los bolcheviques tomaron el poder, confundisteis este nuevo gobierno que dominaba la revolución para frenarla y dirigirla hacia un solo partido con la revolución en sí misma. Sólo las tendencias anarquizantes de las masas obligan a los bolcheviques a transigir con nosotros. Pero los bolcheviques son socialistas apegados al juego político y al Estado, hombres de acción centralistas y autoritarios, así

que consolidan y legalizan su poder. Organizan la vida del país y del pueblo con métodos dictatoriales. Los soviets populares ya sólo son simples órganos ejecutivos de la voluntad del ministerio central. Asistimos hoy a la implantación de un aparato autoritario que actuará desde arriba y lo aplastará todo con su puño de hierro. Salvo si conseguimos salvar la majnovchina. Es nuestra única oportunidad. Si no, desapareceremos todos. Tú también, Fred; cuando nos hayan liquidado, no os perdonarán la vida. Ya no les serviréis para nada. ¿No te das cuenta de que eres un rehén, de que sirves de anzuelo para tus camaradas occidentales?

En el apartamento, todavía igual de sucio y desordenado, Igor y varios miembros de la guardia negra escuchaban en silencio. No subía ningún ruido desde la calle. Parecía que el tiempo se hubiera detenido, suspendido en las palabras de Volin. Fred le miraba, incrédulo. No porque lo que decía fuese totalmente falso. Estaba demasiado metido en la máquina bolchevique como para ignorar su complejidad o sus antagonismos. Lo más sorprendente e increíble es que el pequeño profesor exiliado con el que había aprendido ruso en la minúscula vivienda de Rirette pudiera ser ahora el brazo derecho de Majnó y el principal adversario de Lenin. Sorprendente e increíble, sí, que de la miserable casa de la Rue Fessart hubieran podido salir y llegar hasta Moscú tanto Volin, como Víctor, como él mismo, y que los tres fueran actores de una obra fantástica en la que

improvisaban los diálogos, sabiendo muy bien que todo estaba escrito, incluso el final de la obra, que sólo les sería desvelado unos pocos minutos antes de la caída del telón.

Volin atrajo a Fred hacia sí, le abrazó frenéticamente.

–Permanece atento, mi joven camarada. Nos esperan momentos dolorosos. ¿Puedo contar contigo?

–Sí, camarada profesor.

Fred sonreía, algo irónico ante el rostro trágico de Volin.

–Quizás –concluyó éste, todavía con la misma gravedad– no volvamos a vernos nunca.

–¡Venga! –dijo Fred–, Victor salió con las mismas cuando nos despedimos en París y ahora trabajamos en las mismas oficinas de Moscú. ¡La Internacional también significa eso!

Fred apoyaba su oreja sobre el vientre de Galina y escuchaba batir el corazón del niño. Nunca había tenido este gesto con Flora. ¿Por qué? ¿Por qué Flora, la imagen de Flora, le volvía sólo bajo los trazos de la chiquilla que saltó de la carreta de los pescaderos? ¿Por qué no conseguía imaginarse a Germinal tal y como debía de ser, como un niño de ocho años? Ocho años ya... ¿Cómo vivirían Flora y Germinal? ¿Con quién? Nadie había vuelto a dar con su rastro. Y mientras tanto, él, tan lejos de Belleville, reencontraba a Kibalchich y Eichenbaum... Él en Rusia y

Delesalle en París, todavía en su tienda de la Rue Monsieur-le-Prince; le parecía que las cartas estaban mal dadas. Es Delesalle quien tendría que haber vivido en Moscú; él, que conocía a Lenin, a Trotsky, a Volin, a todo el mundo. Pero Delesalle seguía rebuscando entre libros, clasificando, volviendo a clasificar, catalogando opúsculos revolucionarios. Y sin embargo la revolución estaba ahí. No esperaba a la teoría. Se realizaba en la sangre, en las lágrimas, en el sudor, en el frío y en el hambre. A Fred le sacaban de quicio los artículos de la prensa occidental, incluso los mejor intencionados. Casi diez millones de muertos, en Rusia, para que la revolución perdurase. Diez millones de rusos muertos de hambre, de frío, de desaliento, de miseria moral y física. Por muy desagradables, por muy mezquinos que pudieran ser en ocasiones Lenin, Trotsky, Zinóviev y el resto, ¿no se sacrificaban en persona por eso que todos nombraban con una palabra sagrada: «la causa»? Ninguno de ellos pretendía enriquecerse, ninguno de ellos vivía como un kulak. Incluso si se apropiaban del Kremlin, vivían en él con la mayor sencillez del mundo, sin ostentación, sin lujo alguno. Así que las críticas que llegaban de Occidente, las burlas sobre los orígenes judíos de Trotsky y Zinóviev, las mofas sobre las torpezas de los bolcheviques en Brest-Litovsk, sobre su incompetencia diplomática, sobre su desconocimiento de la economía, sobre las contradicciones del comunismo, todo eso le reforzaba en la convicción de que debía asumir lealmente su tarea de compañero de viaje.

Había conseguido que el novelista inglés H. G. Wells viniera, tal y como deseaba Lenin. Invitado personal de Kámenev, Wells se quedó impresionado por lo que llamaba la «impreparación» del régimen y la ignorancia de sus dirigentes. Bombardeó de preguntas a un Lenin afable, pero decepcionado. A todas sus objeciones, Lenin respondía «vuelva en diez años, ¡ya verá!».

En diez años...

El encuentro con Volin había perturbado a Fred. Le pidió a Galina que expusiera sus temores y sus dudas a Kámenev. Este le citó enseguida en su despacho y le hizo una serie de ofertas que debía transmitir inmediatamente a Volin, a Igor y a todos los responsables anarquistas. Kámenev iba al grano, proponía la legalización completa de sus tendencias, de sus locales, de su prensa, de sus librerías, a condición, no obstante, de que depuraran esos círculos, en donde, según decía, «se refugian todos los incontrolables, todos los amargados, los resentidos, los alienados y algún que otro verdadero contrarrevolucionario».

Fred se apresuró en comunicar el mensaje. No pudo localizar a Volin, que había salido hacia Jarkov, pero Igor tomó su automóvil mil veces reparado y le condujo a ver a los responsables de las diferentes familias libertarias de Moscú. Todos rechazaron esa idea de organización y sobre todo de control. Todos dijeron que preferían desaparecer antes que organizarse en un partido. Uno de ellos les retuvo

bastante rato, explicándoles el mecanismo de la lengua universal que estaba preparando para el día en que la revolución se mundializara. Llamaba a esa lengua el Ao. ¡Cuánta ligereza! Bizancio discutiendo todavía sobre el sexo de los ángeles mientras los turcos acampan junto a sus murallas.

–Primero ayudemos a los bolcheviques y a los socialistas revolucionarios de izquierda a instaurar la revolución aquí –prorrumpió Fred–. Entre los tres seguro que llegamos a un acuerdo. Nuestras tres tendencias formarán un nuevo tipo de sociedad. Los bolcheviques son demasiado autoritarios, es cierto. Pero nosotros, ¿no somos demasiado laxistas y los socialistas revolucionarios no son demasiado románticos? Cada cual corregirá sus defectos gracias al resto. Tenemos todo lo necesario para alcanzar el éxito, para unir a Marx y Bakunin, como dice Radek.

Igor escuchaba; escuchaba, asintiendo con la cabeza, y respondió con un tono apenado:

–Estás contaminado, mi pobre Fred. Estás irremediablemente contaminado.

–Pero bueno –exclamaba Fred–, el último de nuestros grandes teóricos, el único que todavía está en vida, Piotr Kropotkin, sí que ha regresado a vivir en Rusia para apoyar, con su presencia, la revolución. Nunca ha publicado una sola línea contra los bolcheviques. Seguro que no lo aprueba

todo. ¿Cómo iba a hacerlo? Pero en todo caso, no se opone a lo que hacemos.

–Piotr está muy viejo, muy solo. Si quieres, te llevaré a verlo. Sí, estaría bien. Tienes que hablar un poco con Piotr.

Pocos días después, Fred acompañó a Igor en su viejo coche desvencijado. En esos principios del mes de diciembre, la nieve recubría hasta tal punto el campo que, fuera de Moscú, ya no se distinguían las carreteras. La nieve que caía era poco espesa, pero nevaba sin interrupción desde hacía más de un mes, copos que se arremolinaban interminablemente como si fueran plumas. Sólo algunos trineos, con hombres y mujeres andrajosos cargando leña caída, daban un toque de vida al paisaje. Una vida precaria, algo fantasmagórica. De las chimeneas de las isbas salían finos hilos de humo. Al oír el motor del coche los perros tiraban de sus cadenas y ladraban furiosamente. Como cada vez que Fred se aventuraba lejos del mundo trepidante de las ciudades, experimentaba un cierto malestar, una especie de carencia. Las extensiones desiertas; las cabañas de madera, escasas y cerradas; las iglesias de cúpulas verdáceas; esos trabajadores de la tierra, pordioseros entre los pordioseros; la impresión de pueblo abandonado en un clima hostil... todo aquello le oprimía.

Kropotkin, desde que regresara a Rusia con el establecimiento del gobierno provisional de Kerenski, se

había instalado en Dimitrov, un pueblo cercano a Moscú del que nunca salía.

Con su gran barba blanca y sus pequeñas gafas con montura de hierro, Kropotkin correspondía exactamente con la imagen del patriarca tolstoiano que Alfred Barthélemy imaginaba. Iba a pasar por su septuagésimo noveno cumpleaños y seguía pareciendo robusto. No obstante, a Fred le sorprendió encontrarlo tiritando en un cuarto mal calentado. Su mujer y su hija se apresuraron a recibir la visita, disculpándose por recibirles en esa única estancia en donde vivían los tres, porque la falta de calefacción dejaba el resto de la casa inhabitable. Kropotkin se levantó para besar a Igor. Este presentó a Fred como un anarquista *ideiny* aquejado de problemas de conciencia. Kropotkin miró con atención al joven, ese francés perdido en las estepas.

–Se ha equivocado usted de camino –le dijo con una picara sonrisa de abuelo–. Es en su Francia, en la Francia de Proudhon, donde la revolución tendría que haberse realizado. O en nuestra querida Inglaterra. No en Rusia. ¡Qué desgracia! El káiser ha urdido todo esto. Al facilitar el viaje de Lenin a través de una Alemania en guerra ese Ludendorff, ese bismarckófilo le ha utilizado como ariete para dar un golpe mortal al tambaleante zarismo. Así, desde el principio, la política bolchevique ha estado marcada por las influencias bismarckianas.

–Camarada Kropotkin –objetó Fred–, ¿la tesis de la complicidad de Lenin y el gobierno alemán no es una leyenda que pretende descalificar a la revolución?

–Desgraciadamente no. Conozco bien a Lenin, le aprecio, pero cayó en una trampa tendida por Alemania y sigue preso de ella desde entonces. ¿Qué podría haber llevado a la checa destruir todos los locales anarquistas de Moscú aquella noche de mayo de 1918?

–Sí. No es fácil comprenderlo... porque aun así la actividad anarquista no paró.

–Sucedió sencillamente porque Alemania llamó a Lenin al orden enviándole al conde Von Mirbach. Este le comunicó que un Estado que se precie no puede colaborar bajo ningún concepto con la chusma anarquista. Lenin tuvo que aceptarlo. Y luego llegó el momento en que ese embajador alemán pagó su insistencia con la vida. Aunque sus asesinos fueran dos socialistas revolucionarios de izquierda no por ello dejaban de ser altos funcionarios de la checa.

–Entonces, camarada Kropotkin, ahora ya estamos a salvo de esa influencia alemana –continuó Fred con mucho tiento.

Kropotkin se sentó en un viejo sillón de mimbre. Como muchos viejos, más que responder a las preguntas hablaba

consigo mismo. Consigo mismo o para la posteridad.
Murmuró:

–El bismarckismo marxista... Esperemos que un día nuestros descendientes no bauticen Estado knuto–bismarckiano al que Lenin está fundando.

Obstinado, Fred continuó.

–Lenin siempre ha tomado partido contra la construcción de un nuevo Estado. Nosotros elaboramos entre todos un nuevo tipo de sociedad en la que el Estado ya no tendrá razón de ser.

–Lenin lo creía así. ¿Todavía lo cree? Sea como fuere, se equivoca al establecer un gobierno para destruir el principio del Estado. El mal, a nuestro parecer, no reside más en una forma de gobierno que en otra, sino en la idea gubernamental en sí misma. En el principio de autoridad. El pueblo comienza a aprender a vivir sin Dios, también sabrá vivir sin gobierno. El drama de Lenin es que es un revolucionario burgués y para un revolucionario burgués acabar con el gobierno para formar otro es hacer la revolución. Si están contra el gobierno de turno es sólo para ocupar su lugar. Y sin embargo, está claro que revolución y gobierno son incompatibles; el uno debe acabar con el otro.

Fred miraba a este gran anciano, este revolucionario incorruptible que recordaba a los mujiks descritos por

Tolstói. Ese «mujik», no lo ignoraba, era un príncipe de la vieja Rusia, un sabio, un geógrafo de fama mundial. Fred, impresionado por encontrarse en presencia de uno de los fundadores de la filosofía anarquista, se sentía al mismo tiempo turbado por un torrente de objeciones. ¿El aristócrata que hay en Kropotkin no parece despreciar un poco al burgués Lenin? ¿Y esa acusación de colusión entre Lenin y el bismarckismo no era una forma de rehabilitar ese patriotismo antialemán en el que Kropotkin había caído en 1914 arrastrando consigo a Jean Grave e incluso a Delesalle? Le venía a la mente la burla de Lenin sobre los «anarquistas de trinchera».

Controlándose, le preguntó con voz grave:

–¿Qué debo hacer?

Kropotkin le escudriñó durante un buen rato, en silencio, le pidió que se acercara a su sillón y le tomó ambas manos.

–¿Qué debo hacer? Es la pregunta que todos nos hacemos. Pese a sus errores, la revolución rusa es más importante y universal que la Revolución Francesa. Oponerse hoy a Lenin ayudaría a la contrarrevolución. La dictadura bolchevique no puede sino estar provisional y naturalmente condenada por lo económico. Siga entonces con lo que está haciendo, pero manténgase muy atento. Recuerde siempre que los bolcheviques son los jesuitas del socialismo.

Mientras regresaban a Moscú, despacio, en ese viejo coche que se abría difícilmente paso en la llanura nevada, Fred dijo a Igor:

–Ves, Volin exagera. Kropotkin me da la razón.

–Son Volin y Majnó quienes permiten que Kropotkin sobreviva enviándole provisiones desde Ucrania. Piotr no quiere aceptar nada de los bolcheviques. El gobierno le ofrece doscientos cincuenta mil rublos por publicar sus obras. Y él se niega. También ha rechazado la «ración académica» que Lunacharski concede a los escritores. Pero está tan debilitado por la edad que su mujer, que piensa que exagera con sus escrúpulos, recibe las «raciones académicas» a sus espaldas. Escribe su *Ética*, descansa un poco tocando el piano. Cuando Majnó le visita y le pregunta «¿cuál es la vía, cómo hacerse con la tierra?» manifiesta su sorpresa: ya respondió a eso hace mucho en *La conquista del pan*. No imagina que haya algún campesino, y aún menos Majnó, que no haya leído su libro. La revolución ha llegado demasiado pronto, el pueblo ruso no estaba listo. Por eso es por lo que los intelectuales bolcheviques van a apoderarse de la revolución.

El 8 de febrero de 1921, a las cuatro de la madrugada de una mañana helada, en su dacha cubierta de escarcha, moría el príncipe Piotr Kropotkin. Desde hacía varios días, los mejores médicos, enviados de urgencia por Lenin, velaban por el ilustre anciano. Su cuerpo fue trasladado y

expuesto en Moscú, en la Sala de Columnas de la Casa de los Sindicatos. En cuanto se corrió la voz de la muerte de Kropotkin, una inmensa muchedumbre se puso en marcha. De todas las colas que se habían formado desde la Revolución de Octubre, ninguna había alcanzado la amplitud de ésta. Todo el pueblo de la ciudad y de los alrededores acudía hacia ese féretro en el que el viejo revolucionario parecía ahora un pope en su relicario, una reliquia presentada a la veneración de las masas. Puede que incluso se diera alguna confusión entre la gente que acudió, pese al frío glacial, vistas las numerosas mujeres que al pasar ante el catafalco se arrodillaban y hacían grandes cruces con las manos. Lenin quería organizar unas exequias nacionales. La viuda y la hija de Kropotkin se opusieron pidiendo en su lugar que los anarquistas encarcelados disfrutaran de una libertad condicional para asistir al funeral. Así fue como Alfred Barthélemy se enteró de que Volin y Aaron Baron habían sido detenidos en Ucrania y transferidos a la cárcel de Butyrki. Furioso, intentó localizar a Zinóviev sin éxito y se precipitó luego a ver a Kámenev, ante quien Galina le presentó enseguida. Kámenev le tranquilizó, asegurándole que seguramente había algún malentendido, una confusión de la checa entre verdaderos anarquistas y bandidos contrarrevolucionarios, y que los primeros serían liberados de inmediato, empezando por Volin y Aaron Baron.

La inhumación se fijó para el domingo. En la entrada a los jardines del Kremlin, un obelisco portaba la inscripción del nombre de Kropotkin, pero también los de Fourier, Cabet y todos aquellos precursores del comunismo que Marx llamaba con desdén «utopistas». Cien mil personas se concentraron en los alrededores de la Casa de los Sindicatos esperando la salida del cortejo. Fred estaba allí en compañía de Victor Serge. Las banderas negras se mezclaban con las banderas rojas. En algunos estandartes podía leerse: «Donde hay autoridad, no hay libertad». La gente agitaba las piernas, intentaba moverse para escapar al entumecimiento del frío. No se sabía a qué esperaban. Corrían rumores. De vez en cuando se producían movimientos de pánico, enseguida reabsorbidos por la muy densa multitud. Fred y Victor terminaron llegando cerca de la familia y los amigos de Kropotkin. Igor y sus guardias negras les rodeaban. Fred se acercó a Igor y le preguntó por qué permanecía inmóvil el cortejo fúnebre.

–La Comisión de los Funerales se niega a dar la señal de salida hacia el cementerio mientras no lleguen los camaradas encerrados en Butyrki.

–¿Cómo? ¿Volin y Baron no han sido liberados?

–La checa exige que la Comisión responda de su regreso a la cárcel esta misma noche.

–¿Qué ha respondido la Comisión?

–Ha aceptado, pero nuestros camaradas siguen sin llegar.

Al cabo de una hora, una especie de rumor sordo recorrió la asistencia. Aparecieron los siniestros uniformes de la checa. La multitud se abrió para dejar paso a los sirvientes del terror y de la muerte. Les dejaban paso a regañadientes, apartándose de mala gana. Los oficiales chequistas saludaron con el puño alzado a la Comisión de los Funerales. Fred no conseguía oír lo que decían. Sólo vio que la mujer y la hija de Kropotkin hacían grandes gestos de protesta. Los chequistas se fueron. La Comisión de los Funerales, con la ayuda de los guardias negros, se puso a retirar algunas coronas de flores del catafalco. Desde las cercanías de la Casa de los Sindicatos llegaba un cierto tumulto, incluso gritos. Varias avalanchas empujaron a la gente hacia los lados, alejándola por las calles de Moscú.

–¿Qué es este jaleo? –gritó Fred a Igor.

–La checa dice que no ha podido encontrar ni un solo anarquista en Butyrki. Las mismas mentiras que siempre.

–¿Por qué retiráis las flores?

–Quitamos sólo las coronas enviadas por los bolcheviques. Nunca deberíamos haber aceptado esta mascarada, esos escupitajos sobre el cuerpo de Piotr.

De nuevo, un estremecimiento recorrió la muchedumbre. Se ondulaba como trigo maduro. Estallaron gritos, pero éstos parecían alegres. Los anarquistas encarcelados por fin llegaban. Eran sólo siete.

–No es posible –exclamó Fred–. Mira Víctor, Volin no está entre ellos.

Los detenidos avanzaban con torpeza, viejos lobos delgados, la mayoría barbudos, vestidos con ropas demasiado amplias.

–¿Quién es ese? –preguntó a Fred señalando a un hombre ascético.

–Lázaro resucitado –gritó una vieja juntando las manos.

Ese hombre estaba tan gris y demacrado que parecía salir realmente de una tumba. Cegado por la viva luz que se reflejaba en la nieve, entornaba los ojos.

–Aaron Baron –respondió Victor Serge–. Aaron Baron, también él consejero de Majnó.

La Comisión de los Funerales dudó sobre si dar la salida en ausencia de Volin. Como habían pasado mucho tiempo agitándose, se extendía una cierta lasitud tanto entre los organizadores, presa de una tensión febril, como entre la gente, que privada del espectáculo del entierro de un héroe se volvía cada vez más turbulenta. Los siete detenidos se

acercaron así al féretro y lo alzaron sobre sus hombros. El largo cortejo los siguió hasta el cementerio de los Novodievichi, en la otra punta de la ciudad. Esta masa en movimiento zumbaba como un enjambre de avispas. Salía de ella una especie de clamor. Los cánticos restallaban como banderas al viento. Para contener el desorden, algunos estudiantes formaron una cadena sujetándose de la mano. Cuando el cortejo pasó delante de Butyrki, se paró bruscamente y las banderas negras se inclinaron. Detrás de los barrotes se agitaban manos. Fred creyó reconocer a Volin. Le gritó que no iba a olvidarle. Pero los cánticos retornaron y las banderas que saludaban a los presos volvieron a levantarse. El grito de Fred se perdió en el tumulto.

Tras descender el cuerpo de Kropotkin a una fosa, bajo abedules argentados, la muchedumbre se dispersó. Fred y Victor se acercaron a Aaron Baron:

–¿Qué va a hacer?

–Regresaré a Butyrki esta noche, como hemos prometido. Volin me espera allí.

Aaron Baron tenía un rostro demacrado, barbudo, con los ojos casi cerrados tras sus gafas con monturas doradas.

–Asesinan en los sótanos de la prisión –dijo asqueado–. Los bolcheviques deshonoran al socialismo.

Fred le suplicó que no regresase a Butyrki, asegurándole que Kámenev, muy receptivo ante su primera petición, consideraría que ese encarcelamiento era un error y, en consecuencia, le protegería de la checa. Aaron Baron no quiso hacerle caso. Había salido de la cárcel bajo la promesa de regresar a ella, no podía perjurar. Si nosotros, decía, también nos ponemos a mentir como los bolcheviques, el mundo estará perdido.

Fred le acompañó por la noche junto a sus seis compañeros, esperando poder hablar con algún alto funcionario que pudiera diferir el encarcelamiento. Butyrki estaba cerrada, ningún guardia les esperaba. Tuvieron que golpear la puerta de hierro repetidas veces. Los guardias que terminaron acudiendo les miraron como si fueran fantasmas.

Cuando Aaron Baron explicó que le habían liberado por la mañana a condición de regresar a su celda al acabar el día, el suboficial que comandaba la patrulla creyó primero que le estaban gastando una broma. Pero ¿quién se hubiera atrevido a bromear con la checa? Enseguida comprendió que ese alto y seco judío era uno de esos intelectuales locos que custodiaba. Realmente loco, de hecho, si volvía a meterse en la boca del lobo. Por sorpresa, le llamó «camarada prisionero» y le abrió la puerta con una cierta deferencia.

Aaron Baron abrazó a Victor y a Fred.

–Antes o después todo el mundo se aloja en Butyrki –dijo forzando la alegría–. Majnó y Trotsky me han precedido. ¡Menudas referencias! Sería todo un error quejarse.

La puerta se cerró tras Aaron Baron. Fred y Victor se quedaron largo rato ante la cárcel como si esperasen verle salir de nuevo junto a Volin; como si esperasen que esa jornada no fuese más que una pesadilla de la que fueran a despertar... despertar incluso en otro tiempo.

Aquella muchedumbre recogida, aquella muchedumbre en duelo, la muchedumbre grave que acudió a rendir un último homenaje a Kropotkin no sabía que asistía a las exequias de la anarquía. No sólo a las exequias del último de los grandes teóricos libertarios, sino a las exequias de la anarquía misma. A partir del momento en que Kropotkin fue sepultado bajo la tierra del cementerio Novodievichi, la represión contra los anarquistas, hasta entonces no reconocida en Rusia, hasta entonces casi clandestina, se aceleró, volviéndose prácticamente oficial. En realidad, la anarquía fue tolerada por los bolcheviques mientras se quedó en lo teórico. Pero en cuanto el pueblo ruso, cansado por las privaciones, desconcertado por la lentitud del proceso revolucionario, exasperado por una burocracia tan corrupta e ineficaz como la del Antiguo Régimen, diezmado por la guerra civil, asustado por la omnipotencia de la policía política, en cuanto ese pueblo, esa base, se puso en marcha, primero detrás del féretro de Kropotkin y luego

desembarcando en amenazadoras oleadas en las fábricas, en los campos, decidiendo aplicar la anarquía en la vida cotidiana, el pánico se propagó por los despachos del Kremlin. El 1 de marzo de 1921, una noticia increíble llegó a la mesa de Lenin: dieciséis mil marinos, soldados y obreros de Kronstadt declaraban la guerra al gobierno bolchevique y ello en nombre de la autenticidad soviética. Kronstadt, cuyo primer soviet había presidido Trotsky en 1917; Kronstadt, cuyos marinos habían bombardeado el palacio de Invierno y asegurado la victoria de la insurrección de Octubre; Kronstadt, que Trotsky llamaba «el honor y la gloria de la revolución»... y ahora esa isla fortaleza del golfo de Finlandia pedía cuentas a quienes ella había alzado al poder. La radio de Kronstadt difundía resoluciones increíbles.

El 1 de marzo:

–En vista de que los soviet actuales no expresan la voluntad de los obreros y los campesinos, procedemos inmediatamente a la reelección de los soviet por medio del voto secreto y no del voto a mano alzada. Nos damos la libertad de palabra y de prensa para todos los obreros y campesinos, para los anarquistas y los partidos socialistas de izquierdas.

El 6 de marzo:

–Nuestra causa es justa. Estamos en favor del poder de los soviets y no de los partidos. Los soviets falsificados, acaparados y manipulados por el partido comunista han hecho siempre oídos sordos a nuestras necesidades y a nuestros deseos.

Superada la sorpresa, el Kremlin respondió a Kronstadt. Antaño, eran las treinta y una campanas de la torre de Iván el Grande quienes anunciaban desgracias. Ahora una radio nasal revelaba al pueblo ruso que en el Kremlin un zar rojo reemplazaba al zar blanco. Igual de pérfido e implacable. La perfidia primero. La radio de los nuevos amos denunciaba una insurrección militar encabezada por el «ex general» Kozlovski. En realidad, este general de artillería, destinado a la fortaleza por los bolcheviques, era general del ejército rojo, igual que el enviado de Trotsky contra él: Tujachevski. Kozlovski, por fidelidad a sus soldados, se convertiría en general de la Comuna de Kronstadt siguiendo el ejemplo de Louis Rossel, oficial de carrera y general de la Comuna de París. La radio de Kronstadt respondía a la radio del Kremlin:

–Camaradas obreros, soldados rojos y marinos. Estamos a favor del poder de los soviets y no por el de los partidos, estamos a favor de la representación libre de los trabajadores. Camaradas, os mienten. En Kronstadt todo el poder está exclusivamente en manos de marinos revolucionarios, de soldados rojos y de obreros.

En esta isla estrecha, frente a Petrogrado, en donde la tierra había sido dividida por sus habitantes en pequeños lotes que luego sortearon, en donde el cultivo quedaba a cargo de grupos de diez a sesenta personas que transformaban el antiguo material militar en guadañas y en carretas, resplandecía la consigna «soviets sin bolcheviques». La resistencia al inevitable asalto del ejército rojo se organizaba en medio de la confianza pese a que los navíos de guerra se encontraban bloqueados en el hielo.

Trotsky dio la orden de aplastar el motín. La radio de los amotinados replicó a la amenaza tratando a Trotsky de «genio malo de Rusia». El golfo de Finlandia, helado, había dejado de asegurar la inviolabilidad de la isla. Sobre los bancos de hielo avanzaban las tropas de Tujachevski. Antes del asalto, crepitó un ultimátum por la radio:

–¿Veis ahora a dónde os han llevado esos canallas? En unas pocas horas os veréis forzados a rendiros. Si persistís, os dispararemos como a perdices.

Los amotinados atribuyeron esta voz deformada a su antiguo ídolo, ese «sanguinario mariscal» que les traicionaba, el fiel servidor de Lenin, el antiguo libertario pacifista hoy embutido en uniforme de oficial, aquél a quien en adelante siempre llamarían mariscal de campo Trotsky.

El 7 de marzo los cañones del ejército rojo martillaron Kronstadt. Durante diez días y diez noches, Kronstadt,

sitiada, resistió al fuego continuo de la artillería, a las bombas de los aviones, y su radio no dejó de hablar, la última radio libre de la Rusia comunista.

El 9 de marzo:

–¡Escucha Trotsky! Mientras consigas escapar al juicio del pueblo, podrás fusilar a los inocentes por cientos. Pero es imposible fusilar la verdad. Terminará abriéndose camino.

El 11 de marzo:

–Kronstadt ha comenzado una lucha heroica contra el poder odioso de los bolcheviques, por la emancipación de obreros y campesinos.

El 15 de marzo:

–Sí que ha funcionado bien la casa de comercio Lenin, Trotsky y Compañía... La criminal política del partido bolchevique en el poder ha conducido a Rusia al abismo de la miseria y de la ruina. El camino del paraíso comunista es hermoso, pero ¿podemos recorrerlo sin suelas?

El 16 de marzo:

–Hemos alcanzado el socialismo de Estado, con soviets de funcionarios que votan dócilmente lo que la autoridad y sus infalibles comisarios dictan. La Kronstadt revolucionaria ha roto, por primera vez, las cadenas y enterrado las rejas de la

prisión. Ella lucha por la verdadera república soviética de trabajadores en la que el propio productor se convertirá en dueño de los productos de su trabajo.

El 17 de marzo la radio de Kronstadt se apagó. Por la noche, los soldados de Tujachevski, vestidos con ropas blancas, cual sudarios, que se confundían con el hielo, se adueñaron de la ciudadela. Callaron los cañones. Pronto, sólo rompería el silencio el repiqueteo de las balas con las que fusilaron a los insurgentes en las calles de una ciudad en ruinas.

El 18 de marzo el ejército rojo celebró el aniversario de la Comuna de París desfilando solemnemente por las calles de Moscú, mientras todos los supervivientes de Kronstadt emprendían camino hacia el gulag.

Alfred Barthélemy vivió esos sucesos en Moscú, en un estado de estupor, abatimiento y rabia. Era imposible localizar a Trotsky. Zinóviev estaba tirado en su diván mordisqueando un pañuelo. Cuando Fred le rogaba que interviniese ante Trotsky, empezaba a gimotear:

–Pero ¿qué puedo hacer yo contra ese judío? Nos aplastará a todos. Es Bonaparte. Nos prepara un nuevo Brumario.

Fred, sorprendido, respondió con osadía:

–Camarada Zinóviev, creía que también usted era de origen judío...

–Sí, sí –admitió Zinóviev a regañadientes–. Pero Trotsky, él, es un perro judío.

Kámenev, interpelado por Galina, se declaró impotente. Bujarin lloraba. En todos los despachos del Kremlin se leía la desolación sobre los rostros.

La nueva victoria de Tujachevski era una victoria triste, sin gloria, sórdida, llena de amargura. Cuando uno ha ensalzado tanto la Comuna de París y, sobre todo, cuando se celebra su aniversario mandando desfilar al ejército rojo, no es nada grato sentirse versallés.

Como el peligro venía de Trotsky, como Trotsky tenía entre sus manos todos los látigos de la represión –a decir de sus colegas y según todas las apariencias–, como lanzaba su ejército rojo a la vez contra los motines de Kronstadt y contra los campesinos de Majnó, Alfred Barthélemy decidió presentarse en la guarida del monstruo. Corría el mes de marzo, así que Trotsky estaba descansando en el campo. Fred rogó a Victor Serge que le acompañara. Víctor, que tenía un vínculo privilegiado con Trotsky, siempre justificaba sus actos.

Justo antes de que el ejército rojo aplastara Kronstadt, había invadido Georgia, que hasta entonces conservaba un

gobierno menchevique. Esta propagación del comunismo por la conquista, inaugurada desde el principio de la revolución con la marcha de Tujachevski sobre Polonia contradecía evidentemente todos los principios del socialismo. La revolución por la conquista territorial, ¡qué aberración!

–No es Trotsky quien ha dado la orden de invadir Georgia –dijo Víctor–. Le hacen cargar con todo y él, con su alocado orgullo, traga. Cuando Trotsky no está en Moscú, y el ejército ruso le aleja de allí a menudo, sus colegas del Politburó se vuelcan en torno a Lenin. Urden intrigas. Intentan descalificar por todos los medios a quien no gusta a nadie por ser el más brillante. Lo de Georgia es obra del georgiano Stalin, el hombre en la sombra, el burócrata modelo. No sólo ha sabido manipular a Lenin dejando a Trotsky de lado sino que además condena a Trotsky a cargar con las culpas.

Victor consiguió un coche de servicio. El chófer conducía a una velocidad disparatada por carreteras en pésimo estado. El suelo, ya descongelado, se había fisurado y agrietado. Parecía que el paisaje guardase todavía trazas de la guerra civil, pero era sólo a causa de la inclemencia del tiempo. Por otro lado, el renacimiento de la naturaleza daba al campo un cierto toque de alegría que sorprendió a Fred. Sólo conocía una naturaleza siniestra. Los campos verdeaban bajo un sol mate. Hombres, mujeres y niños tiraban de las

carretas, uncían caballos, conducían rebaños a sus pastos, araban la tierra. Fred miraba toda esta animación sorprendido. Victor se apercibió de su sorpresa:

–Ves, la vida retoma su cauce. No todo está perdido. En unos pocos meses estas planicies estarán cubiertas de espigas de trigo. La vida es más fuerte que todos nuestros discursos, que todas nuestras resoluciones, más fuerte que los ejércitos blancos, más fuerte que el ejército rojo, más fuerte que todas nuestras prohibiciones, que todas sus resoluciones. Estos campesinos ya no comprenden nada. Les entregan la tierra de sus antiguos amos y luego se la quitan. Sus campos y sus cosechas fueron pisoteados por los caballos de Denikin y aplastados por los camiones del ejército rojo; han cambiado veinte veces de dueño. Se imaginan que Dios les ha abandonado y entregado a los judíos. Pero aun así siguen sembrando.

Fred pensaba en los campesinos de Ucrania que se habían sumado a la insurrección de Majnó y a los que la revolución atacaba desde que ya no los necesitaba. Pensaba en Volin y en Aaron Baron, encarcelados en Butyrki, Volin y Baron, ambos judíos, como Trotsky, como Zinóviev, como Kámenev, como Radek... Recordaba aquella noche que había prolongado junto a Victor en una taberna repleta de obreros que bebían en tazas melladas un agua coloreada que llamaban té; habían simpatizado con unos agitados noctámbulos que cantaban puntuando sus canciones con

puñetazos sobre las mesas. En un momento dado, uno de ellos les preguntó quiénes eran y cometieron el error (aunque no se vanagloriaban, creían que les haría dar una buena imagen) de especificar que pertenecían al Kommunisticheski Internatsional (Komintern). Acto seguido, los alegres bebedores de té se alejaron con desprecio. Uno de ellos escupió en el suelo:

–Entonces, ¿sois judíos?

–No, ¿por qué?

–Todos los jefes comunistas son judíos.

–No es cierto –dijo Victor–, y si lo fueran, ¿cuál sería el problema?

–Los judíos son el problema –exclamó un gran tipo barbudo que recordaba a las imágenes de Rasputín–. Han crucificado nuestra Santa Rusia. ¡Fuera de aquí, cabrones!

Tuvieron que huir para librarse de los golpes. «Se imaginan que Dios les ha abandonado y entregado a los judíos», le decía Victor. Y Zinóviev tratando a Trotsky de «perro judío»... ¿No era todo absurdo? Desde que los bolcheviques tomaran el poder ya no había progroms, menos en Ucrania, según decían, donde los cosacos de Majnó... Pero se decía de todo para descalificar a Majnó. Cuánto racismo subsiste

aún en el pueblo, ¡qué abominación! Y ¿por qué? Fred no lo comprendía.

Cuando el coche se paró ante la casa de Trotsky, Fred tuvo un momento de estupor. Estaban ante una especie de palacio con un parque. La asociación Trotsky–Rothschild le vino enseguida a la mente. Se preparó a que salieran varios sirvientes de la morada, como había visto en el Kremlin, en el comedor de Lenin, pero Trotsky y su hermosa mujer, llegaron solos, afables, tendiéndoles la mano.

Trotsky, con su cabellera pelirroja algo cana al aire, había cambiado su uniforme militar por una camisola y un pantalón amplio. Aun así, no parecía un campesino, como Gorki, sino más bien un artista bohemio.

Fred se quedó sorprendido por su acogida, muy hospitalaria, y se reprochó esa reacción superficial, que también en su caso exhalaba racismo, al haber asociado Rothschild a Trotsky bajo pretexto de que éste descansaba en una residencia grandiosa. Además, esa dacha, antigua propiedad de un duque, no le pertenecía; la planta baja incluso se había convertido en un museo público y Trotsky y su esposa tan sólo ocupaban dos habitaciones del primer piso. Trotsky pidió disculpas a sus huéspedes por tener que pedirles que accedieran al apartamento por una escalera. La residencia tenía todas las cañerías destruidas por el hielo y la escalera de honor hundida, así que sólo resultaba habitable con el buen tiempo. Quedaban pocos muebles,

todos deslucidos, o incluso destrozados. Los mujiks de los alrededores se habían servido.

–Justo lo necesario para los nuevos amos –dijo Trotsky, mostrando con un gesto, siempre teatral, los vestigios de un antiguo esplendor que todavía se vislumbraba en las carpinterías con molduras doradas y en algunos cuadros de Canaletto con cuidados marcos, sin duda protegidos del vandalismo porque representaban iglesias venecianas.

Fred había llegado ante Trotsky lleno de furia y, desde el primer contacto con este seductor, su cólera se vino abajo. Trotsky les habló de Sandoz, destinado a Odessa, y del partido comunista francés, que absorbía poco a poco los ámbitos anarco–sindicalistas gracias a Delesalle y a Rosmer. Felicitó a Fred y a Victor por su excelente trabajo.

Fred se dejaba cautivar por ese discurso, por ese discursista que tan bien sabía engatusar a amigos y enemigos. De repente, se recompuso y lanzó bruscamente:

–Camarada Trotsky, cuando el 23 de septiembre de 1917 el soviet de Petrogrado le eligió como presidente, en su declaración de investidura se comprometió usted a respetar la legalidad y la entera libertad de todos los partidos. La dirección del Presidium, proclamó usted, nunca cederá a la tentación de suprimir a las minorías. Sin embargo, después de los mencheviques, se ha eliminado a los socialistas revolucionarios, y ahora persigue a los anarquistas. ¿Hasta

dónde llegará con la supresión de las minorías? ¿Recuerda usted su promesa de 1917?

Trotsky permaneció durante un buen momento en silencio. No se enfadó como solía suceder casi siempre que le contradecían. Pareció entregarse a una especie de sueño. Sin duda, rememoraba aquel exaltante año de 1917, que Fred le recordaba con rudeza. Simplemente murmuró, con tono pensativo:

–¡Eran los buenos tiempos!

–¿Por qué ha sido tan cruel con Kronstadt? –preguntó Victor–. ¿Por qué ese ultimátum por la radio que trataba a los amotinados de canallas?

Trotsky hizo una mueca de verdadero dolor.

–No fui yo quien lanzó ese ultimátum. No podíamos aceptar que Kronstadt se extendiese. Había que apagar ese incendio de inmediato antes de que ardiera todo lo que intentamos erigir. Pero yo nunca hubiera dicho que había que disparar a esos desgraciados como a perdices.

–Y si no fue usted, ¿quién ha injuriado a los amotinados por la radio? –soltó Fred, irritado.

Trotsky le miró con conmisericordia, como si se apiadara de su caso.

–Su jefe, Zinóviev, claro. ¿No ha reconocido su voz de castrado? Nadie ha reconocido su voz. La ha camuflado el muy cabrón. Es Zinóviev quien ha desencadenado el asalto contra Kronstadt y proclamado a todo el mundo que había sido yo. Yo cargaré con la cruz ante la historia. Me odian porque no soy un viejo bolchevique, como ellos, y porque Lenin me aprecia. Esos viejos bolcheviques, ¡qué plaga para el partido! Empujan el comunismo hacia la degeneración burocrática. Se les llena la boca con el proletariado. Sin embargo, en las fábricas, sólo el quince por ciento de los obreros se suman al partido. Un partido de funcionarios, ¡ése es su ideal! Yo, yo he levantado a la nación en armas, como Danton, la nación armada, victoriosa. El ejército rojo es la flor de la revolución.

–¿Qué hace Volin en prisión? –preguntó Fred–. ¿Por qué la flor de la revolución siembra muerte en Ucrania?

–Volin es cómplice de Majnó, que no es más que un bandido.

–A Majnó no le conozco, pero conozco bien a Volin. Fue él quien me enseñó ruso en París. Participó en la revolución de 1905, como vosotros. Estuvo en el exilio, como vosotros. Ha vuelto para participar en la Revolución de Octubre, como vosotros. Lo sabéis muy bien. ¿Por qué excluir de la construcción de la Rusia soviética a hombres que sólo viven por ella, con ella? ¿Por qué ellos y por qué no Victor, por qué no yo?

–En Butyrki encerramos a bandidos y *majnovitsy*, no a anarquistas *ideiny*.

–Siempre la misma excusa –dijo Fred–. Me llamáis *ideiny*, pero soy hermano de Volin.

La graciosa mujer de Trotsky sirvió el té en la vajilla de porcelana del duque, milagrosamente salvaguardada del pillaje. Hacía mucho que había desaparecido el azúcar de Rusia. Trotsky tendió ceremoniosamente a sus invitados una copa de cristal llena de pastillas de sacarina.

–No sé si Marx y Engels tomaban tanto té en Inglaterra. No sé si el marxismo viene de todo este té... Si así fuera, ¡menudo empacho!

La evocación de Marx y Engels condujo a Trotsky a una larga ensoñación. Se acercó a la ventana y contempló el campo. Al cabo de un rato se plantó ante sus visitas, con los brazos cruzados.

–Pienso en la frase de Marx y Engels sobre el trágico destino de esos revolucionarios que llegan antes de su hora. Sí, la checa, Butyrki e incluso mi glorioso ejército rojo, quizás todo eso existe porque hemos llegado demasiado pronto... El pueblo no estaba listo. Las naciones occidentales no estaban listas a sumarse a nosotros. Nos encontramos solos, con nuestras contradicciones, con prisiones que deberían ser destruidas, con una policía que no debería tener razón

de existir, con un ejército que debería ser tan sólo una legión del trabajo...

Trotsky se tambaleaba en el sentido literal de la palabra. Se sujetó al respaldo de un sillón y su mujer le tomó del brazo para ayudarlo a sentarse. Fascinados, Fred y Victor miraban a este héroe de tragedia shakespeariana, llegado a la cumbre de su poder, y cuyas piernas flaqueaban. Se daban perfecta cuenta de que Trotsky, en un momento de debilidad, les consideraba unos inquisidores, unos fantasmas de su juventud libertaria.

Trotsky no dejaba de actuar en contra de sus principios, de pasar por encima de sus compromisos morales. Siempre evocaba las circunstancias, la obligación de defender la república amenazada. En realidad, si se detenía a pensar un momento, veía bien que él no dirigía los acontecimientos, sino que éstos le conducían, le empujaban a toda velocidad, como en esas troikas endiabladas de los cuentos de su infancia. Entonces el vértigo se apoderaba de él. Tenía miedo del abismo al final del camino. Luego, su inmenso orgullo volvía a levantarlo.

–Lev Davidovich está cansado –susurró la mujer de Trotsky, muy triste–. Discúlpenle. Discúlpennos.

Fred y Victor regresaron a su coche.

–Ha estado sublime –dijo Víctor.

–Un par de pasos más –respondió Fred– y se volverá tético.

A principios de año nació el segundo hijo de Alfred Barthélemy, el hijo que esperaba Galina, a quien bautizaron Alexis, en homenaje a Alexandra Kollontái.

Fred miraba a ese pequeño ser rojizo, congestionado, crispado, que gritaba como si fueran a despellejarlo. Miraba a Galina cubriéndole con lanas. Galina radiante, feliz como nunca la había visto. Galina siempre cerrada en sus certitudes, siempre obstinada con sus principios, se había abierto, había abierto su cuerpo, todo su ser, para dar a luz este hijo que se agarraba a su blusa con sus pequeños dedos como garras de ave. Galina desabrochaba su camisa y le daba el pecho. Era muy difícil conseguir leche en las tiendas de Moscú. Afortunadamente, ella podía darle el pecho. Fred miraba a una Galina abierta, abierta hacia el futuro de ese niño que coincidía con el futuro de la revolución. Una vez más, su pensamiento se dirigió hacia el Oeste, hacia Flora, que no se había transformado de esa manera con el nacimiento de Germinal. En la pareja que formaron, Germinal vino a sumarse a ellos. Se los unió. Con Galina, tenía la impresión de que él, Fred, estaba ahora de más, que la madre y el niño constituían la verdadera pareja.

No tuvo tiempo de dejarse contaminar por tales digresiones sentimentales que amenazaban desembocar en una sensiblería perjudicial a su acción. De hecho, debía

preparar el Krasnyí Internatzional Profsoyuz (Profinterm) y su labor a la hora de reclutar se revelaba mucho menos fácil que los años precedentes. Los anarquistas occidentales empezaban a desconfiar. Armand, Armand el stirneriano, del que le hablara antaño Rirette, le respondió con una larga carta en la que confirmaba su admiración por la revolución rusa al tiempo que se oponía absolutamente a esa dictadura del proletariado que Lenin y Trotsky blandían como una nueva consigna. «Terrorismo blanco, terrorismo rojo, sigue siendo terrorismo», concluía Armand. «Dictadura del clero, dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado, sigue siendo dictadura». Aún peor, el Congreso anarquista francés del mes de enero condenó al Estado bolchevique y se distanció al tiempo de Majnó, cuyo heroísmo guerrero les parecía sospechoso. *Le Libertaire* tituló: «Abajo la burguesía y el Estado, incluido el Estado proletario».

Algunos anarquistas, y no de los menos relevantes, se sumaron pese a todo al nuevo partido comunista francés: Monatte, Delesalle, Monmousseau. Pero instalaron en él unos inusuales procedimientos de discusión que condujeron al partido a quejarse de las directivas y advertencias de Moscú. Habida cuenta de sus convicciones, que no ocultaba a nadie, y de sus protestas incluso ante los bolcheviques más eminentes, Fred debería haber sufrido más desaires en la propia Rusia, pero sin embargo éstos le llegaban desde Francia, Italia o España y de militantes con los que sentía una total afinidad. La delegación de la

poderosa CNT española esta vez no estaba conducida por Pestaña, aunque estuviera ya fuera de la cárcel, sino por Joaquín Maurín y Andreu Nin. Nada más llegar, Nin pidió explicaciones a Fred, que no le ocultó nada. Le contó cómo se habían desarrollado las exequias de Kropotkin y que Volin y Baron todavía seguían en prisión.

–¿Y la economía?

–La renta nacional ha caído a un tercio de su nivel de 1913. Este invierno se han quemado los últimos muebles de la burguesía. Sesenta gramos de pan por persona, patatas heladas, pero aguantamos. Lenin y Trotsky no dejan de hablar de la dictadura del proletariado, pero el proletariado no existe. Rusia es un país de campesinos.

Fred pensó en lo que Gorki le había dicho de los mujiks, pero le pareció inútil oscurecer el relato. Añadió:

–Los soviets ya no existen. El último murió en Kronstadt. Los miembros actuales de los soviets no son delegados, son funcionarios como yo.

–¿Por qué te quedas en Moscú si ya no crees en la revolución rusa?

–¿Dónde ir? Estoy condenado a muerte por rebeldía en Francia. Aquí tengo una compañera, un hijo, camaradas. No todo está perdido. Zinóviev y Kámenev no se niegan a

escucharme y gracias a ellos puedo ayudar a opositores en dificultades. El espíritu libertario sigue muy vivo en Rusia. ¡No es momento de abandonar! Tenéis que ayudarme a reforzar la izquierda del partido bolchevique. Los comunistas rusos derivan cada vez más hacia la derecha, eso está claro.

El 4 de julio una noticia cayó en pleno congreso como una bomba: en la prisión Taganka de Moscú, trece anarquistas habían comenzado una huelga de hambre exigiendo un auto de procesamiento o su puesta en libertad. Ente ellos, Volin y Baron. Los delegados occidentales acogieron esta información con un jaleo semejante que Trotsky, en la tribuna (¡cómo conseguía Trotsky agarrarse siempre a la tribuna, a todas las tribunas, como si compareciese eternamente ante el tribunal de la historia!), volvió a oír el silbido de las balas de Fanny Kaplan. Y espetó, con un arranque de convicción tal que llegaba a convencerse a sí mismo de las mentiras que improvisaba:

–Nosotros no encarcelamos a los verdaderos anarquistas. No detenemos más que a criminales que se encubren con el nombre de anarquistas.

Siempre el mismo argumento, que además comenzaba a extenderse por el pueblo ruso, tan cansado de bandolerismo, de exacciones, de ejecuciones sumarias, y al que terminaban imponiéndole ese chivo expiatorio: el

anarquista. Y como a menudo el anarquista era también judío, la asociación de ideas quedaba servida.

Los delegados extranjeros, por su parte, se indignaron, exigieron reunirse con los huelguistas. Trotsky pidió a Fred que les llevara a visitar los locales libertarios, el recién inaugurado museo Kropotkin, que les ensañara los periódicos anarquistas que todavía se publicaban... A otros militantes, de más confianza que Fred, se les encargó que encontrasen en Moscú a los extravagantes, a los bufones, a todos los que constituían una caricatura de la anarquía y que permitirían ridiculizar su imagen.

–Miradles –exclamaba Trotsky–, no son más que protestones, charlatanes, soñadores irrecuperables. Los verdaderos anarquistas conscientes y organizados están con nosotros.

Alfred Barthélemy y Victor Serge se hallaban en una situación incómoda. También ellos rechazaban a los anarquistas folclóricos, pero no por ello dejaban de ser conscientes de que los huelguistas de Taganka no eran criminales de derecho común, como Trotsky quería hacer creer, sino prisioneros políticos a los que estaban mezclando con delincuentes comunes, pérfida maniobra que la policía zarista nunca había osado hacer.

Acosado por Fred, por Victor, por Andreu Nin, Trotsky acabó cediendo. El undécimo día de su huelga de hambre,

los prisioneros fueron informados de su expulsión de Rusia, acompañada por un destierro perpetuo.

Esa huelga de hambre y las revelaciones de Fred Barthélemy a Andreu Nin desembocarían en el golpe de efecto que se produjo en España. La CNT anuló su adhesión a la III Internacional al resultar imposible cualquier colaboración franca con los bolcheviques. Pestaña se decidió entonces a publicar el informe que guardaba en secreto y que anticipaba el de Maurín y Nin. La CNT no sólo iba a constituir el sindicato anarquista más poderoso de Europa, sino que Maurín y Nin, exasperados por lo que habían visto en Moscú, fundarían pocos años después un partido comunista autónomo, sin ningún lazo con el de Moscú. La España revolucionaria se plantaba así como adversario de la revolución rusa y abría su propio camino.

Moscú respondió a la defección española con una venganza atroz. La joven mujer de Aaron Baron, Fanny, arrestada en Odessa bajo pretexto de complicidad con una banda de falsificadores de moneda, fue asesinada de un tiro en la nuca.

En todas las ciudades la checa desarmaba a los guardias negros y cerraba sus locales. Además, en Ucrania el ejército rojo liquidaba definitivamente las comunas libres de Majnó. Fred intervino ante Zinóviev para conseguir noticias de Igor, desaparecido. Zinóviev le aseguró (con esa insoportable voz aguda que ponía cuando algo le inquietaba, una voz como

de niño enrabiado) que todo eso era responsabilidad de Trotsky, que si dejaban actuar a ese Bonaparte, el terror se abatiría sobre Rusia, «sobre ti, camarada Barthélemy, sobre mí, sobre Kámenev. Terminará incluso asustando al camarada Lenin. Ya verás... el mariscal de campo».

Se puso a reír, históricamente:

–¡Mariscal de campo! ¡Qué bien lo bautizaron los de Kronstadt!

Fred pensó en la falsedad del ultimátum de Zinóviev atribuido a Trotsky. ¿Era cierto? ¿Trotsky mentía? ¿Por qué se odiaban todos? Victor Serge, preocupado por esta rivalidad pueril entre miembros del Politburó, le preguntó una vez a Lenin: «¿Por qué se odian todos?». Y Lenin respondió, sonriente, afable: «la ambición, amigo mío, la ambición».

–Camarada Zinóviev –dijo Fred con un tono que quiso muy firme–, Trotsky había prometido exiliar a los trece anarquistas de Taganka y todavía siguen en la cárcel. Se lo ha prometido a los delegados extranjeros. Yo di fe ante ellos.

Zinóviev vociferó:

–Ya ves cómo es el mariscal de campo. Promete lo que sea para darse aires. Pero es la checa quien decide, no él.

–Entonces tú, camarada Zinóviev, tú eres lo suficientemente poderoso para hacer que salgan mis amigos de Taganka.

–¡Tus amigos! Sabes muy bien que no son tus amigos. Yo soy tu amigo. Y también Kámenev. Sentimos mucha afinidad por ti y por Galina. Te has convertido en un verdadero ruso y padre de un futuro constructor de la nueva Rusia. Olvida a tus anarquistas. Mira dónde estamos, dónde está el país, ¡en qué miseria! Todo lo que han elaborado vuestros teóricos, nuestro buen maestro Kropotkin, sólo será posible en siglos futuros. No en nuestra Rusia amenazada de aniquilamiento. Lo único que importa es transmitir todo el poder a la vanguardia proletaria de las masas, es decir, al partido comunista.

Como cada vez que no conseguía nada de Zinóviev, Fred se dirigió a Kámenev. Este no le soltó ningún discurso, pero obró de forma que en septiembre Volin, Maximov, Gorelik y algunos otros dejaran Rusia para siempre. Aaron Baron no estaba entre ellos. Fred regresó a ver a Kámenev quien, de nuevo, intervino ante la checa. Dzerjinski respondió que el procedimiento llegaba demasiado tarde, que una vez expulsados todo el resto, no se podía hacer una excepción para un elemento aislado. Para Fred, sólo la liberación de Volin era primordial... Aaron Baron se quedó en prisión. Todavía debe de seguir allí, porque nadie volvió a verle nunca.

Fue en esta siniestra coyuntura en la que Alfred Barthélemy pasó a la oposición interna. Y en esta oposición conoció mejor a dos mujeres extraordinarias que nunca olvidaría: Alexandra Kollontái, el gran modelo de Galina, y Maria Spiridónova, el enemigo irreductible de Trotsky.

Esas dos mujeres representaban dos corrientes, dos críticas a la política bolchevique: la oposición obrera con Kollontái, la oposición campesina con Spiridónova. Las dos, por tanto, fundaban sus principios sobre el pueblo real.

En realidad, Alexandra Kollontái no era únicamente una teórica de la emancipación femenina. En el Comité Central del Partido Comunista sólo ella emitía dudas sobre la autenticidad de la identificación de la clase obrera y del partido. Espantado por la carrera hacia el abismo de Trotsky, por la falsificación de votos de Zinóviev y por la pérdida de influencia de Kámenev y de Bujarin, Alfred Barthélemy se volvía hacia esa Alexandra Kollontái cuyo encanto y autoridad le subyugaban. A partir del nacimiento de Alexis, Galina frecuentó aún más a menudo a Alexandra. Aunque esta última rechazase completamente cualquier forma de continuidad de la célula familiar en la sociedad comunista a venir, Galina sentía por Alexandra algo muy parecido al amor filial. Cosa que ésta le reprochó varias veces diciendo que perdía el tiempo con sentimientos anticuados, que para ella Galina sólo era una joven camarada de trato agradable. Todo confluía en eso, en una cuestión de placer. Sacar todo

el placer posible de la vida a condición de que ello no perjudicase la edificación de la sociedad nueva. Y lo que pudiera llegar a frenar ese placer, placer de los cuerpos, principalmente, sería analizado y corregido. Acabar con las barreras entre los sexos. Acabar con el matrimonio y la cerrazón que representa, el encierro de dos seres que escapan así de la vida colectiva integral. La fecundidad misma no debería ser una finalidad del amor si se opone a la libre elección del compañero sexual. Alexandra había tenido un hijo con un primer marido, pero casi se excusaba por ello: «Aunque haya educado a mi hijo con mucha atención, la maternidad nunca estuvo en el centro de mi existencia».

Cuando Kollontái pasaba de la vida familiar a la organización del trabajo, pidiendo que se diese a los sindicatos la libertad y la autoridad que los bolcheviques les habían confiscado, Fred la veía como la única capaz de salvar a Rusia de esa dictadura del partido único hacia la que se deslizaba la revolución, como escurriéndose sobre un lago helado.

Porque durante ese año de 1921, año de protestas en los partidos comunistas occidentales, año de ruptura en el partido comunista español, si se hubieran autorizado elecciones libres en Rusia, los bolcheviques habrían sido barridos en beneficio de los socialistas revolucionarios de izquierdas y de los anarquistas. Los sabotajes y las huelgas

se multiplicaban en las fábricas. Nunca el descontento de la población había sido tan grande y expresado tan violentamente. Incluso Lenin, respetado por todos los que, por diferentes razones, odiaban a Trotsky o Zinóviev, era contestado. El comunismo de guerra, que conllevaba tantas privaciones, había sido soportado por la población como un mal necesario, pero ahora que los ejércitos extranjeros se retiraban y que los blancos estaban vencidos, ¿por qué mantener la dictadura de un partido? Todos los miembros del Politburó corrían de una fábrica a otra, de un taller a otro para arengar a los trabajadores que se cruzaban de brazos. El marxismo había previsto todo lo concerniente a la toma del poder, salvo la eventualidad de que el partido comunista perdiera la confianza de ese proletariado cuyo derecho a representar se adjudicaba; eventualidad inimaginable, ya que los bolcheviques se persuadían de que socialismo y proletariado eran todo uno, que el comunismo concretaba al proletariado. Y sin embargo, resulta que la estrecha capa obrera del pueblo se rebelaba. En cuanto a los campesinos, ellos no podían alejarse porque nunca se habían acercado. El ejército rojo, dispensado de sus enemigos, se dedicaba a perseguir los últimos grupos rebeldes de mujiks. El ejército rojo y la checa, he ahí los dos éxitos de la Revolución de Octubre. ¡Siniestra broma!

Ante esta inesperada cólera proletaria, Lenin aparecía de improviso en los mítines de los trabajadores. No le recibían tan mal como a sus comisarios, pero aun así en ocasiones

recibía protestas. Como ante los obreros del metal moscovitas a los que, al quedar sin argumentos, lanzó:

–¿Prefieren que vuelvan los blancos?

Un viejo obrero con las manos y el rostro ennegrecidos por el aceite usado avanzó hacia Lenin, hasta tan cerca que éste reuló unos pasos.

–Que vuelva quien quiera –exclamó el hombre con tono amenazador–, ¡que vuelva quien quiera! Los blancos, los negros ¡o el diablo en persona si así nos libramos de vosotros!

Otra vez el desagradable silbido de las balas de Fanny Kaplán.

Esos pasos reculados, Lenin no iba a perdonárselos ni a sí mismo, ni a la clase obrera. Ya que ésta era inmadura, no había razón alguna de tener en cuenta sus dudas momentáneas. Trotsky tenía razón: los sindicatos serían privados de toda autonomía e integrados en el aparato gubernamental, los militantes sindicalistas defenderían en adelante al Estado de los obreros y no a los obreros del Estado. Impondrían disciplina y rendimiento, se convertirían en una especie de comisarios políticos como los del ejército rojo. Durante mucho tiempo, Lenin había desconfiado de ese ejército profesional organizado por Trotsky. Ahora aprobaba completamente a Trotsky. En todo. No sólo no iba

a abolirse el ejército, sino que la clase obrera iba a organizarse siguiendo su modelo.

Incluso Bujarin se declaró de acuerdo con esa militarización de los sindicatos, incluso Bujarin ratificó la supresión de todos los partidos de oposición con el pretexto de que habían aprobado Kronstadt.

Cuando Alfred Barthélemy intentó una última gestión ante Bujarin, que siempre le había provocado simpatía, éste lo descartó todo con una pirueta:

–Un sistema bipartidista, sí, podríamos hacerlo, podríamos. Pero cuando uno estuviera en el poder, el otro estaría en la cárcel.

Bujarin rió al soltar la ocurrencia. Reía igual de travieso que siempre, igual de afable. Acompañó a Fred hasta la puerta de su despacho, sujetándole amigablemente el brazo, muy flaco, débil, cerca de la alta silueta de Fred, que se retiraba algo tenso, casi demasiado rápido.

Alfred Barthélemy percibía un miedo en aumento entre todos los líderes del partido. Zinóviev pasaba más tiempo tumbado en su canapé, presa de sus quejumbrosas crisis de depresión, que en su sillón presidencial. Como siempre, cuando un gobierno siente miedo, se emponzoña. Confrontada a su propia debilidad, la revolución no veía otra alternativa que el totalitarismo. Aniquilación del soviét de

Kronstadt, aniquilación de la república menchevique en Georgia, aniquilación de la república libertaria de Ucrania, arrestos masivos de socialistas revolucionarios de izquierdas y de anarquistas, la máquina totalitaria, lanzada, ya no iba a pararse. Los bolcheviques, faltos de teoría, volvieron a sacar la vieja idea jacobina de la minoría virtuosa e ilustrada que reemplaza a un pueblo infante para aportarle la razón y la felicidad.

Lenin llegó a proponer la exclusión de toda facción en el interior del partido. No obstante, Alexandra Kollontái siguió representando en él lo que podría llamarse la oposición obrera; mientras que, fuera del partido y ahora tan rechazada como los anarquistas, María Spiridónova se obstinaba en defender a quienes constituían la mayoría absoluta de la población rusa: los campesinos.

Fue también en 1921 cuando, no contentos con eliminar a todos sus adversarios, los bolcheviques decidieron extirpar las ovejas negras del partido mismo. La primera purga decapitó doscientos mil miembros, esto es, el tercio de sus efectivos. Ni Alfred Barthélemy ni Victor Serge estaban entre ellos.

–Ay Fredy... –exclamaba Victor– Esta magnanimidad con nosotros me sorprende. Si no estamos excluidos, ni encarcelados, ni muertos, es que nos están guardando como rehenes. Casi tengo la impresión de que estuviésemos los dos en esa vieja casucha de la Rue Fessart. Con un

ejército de polis merodeando alrededor nuestro... No les veíamos, pero podíamos olerles. Aquí huelen igual. ¿Piensas alguna vez en Belleville, Fredy?

–Sí, lo sigo haciendo. Echo de menos a Flora, sabes.

–Flora, Rirette... *Mais il est bien court, le temps des cerises...*¹³

Flora, Rirette... Ahora Galina y Alexandra... Fred nunca había asociado a Flora y Rirette con las Galina y Alexandra de su presente. Sin duda porque esas dos parisinas poseían un temperamento tal, una personalidad tal, que Flora, por muy chiquilla que fuera nunca estuvo a la sombra de la compañera de Victor. Sin embargo, Galina, comparada con Alexandra, carecía de relieve.

Cuando Kollontái entraba en una reunión se interrumpían todas las discusiones. Su belleza y su presencia nobiliaria atraían todas las miradas. Esos hombres que no podían evitar bromear entre sí del feminismo de Kollontái y que apenas creían en sus teorías de liberación sexual, se quedaban mudos de admiración en cuanto ella aparecía y tomaba la palabra. En apenas un momento, los volvía del revés. Aunque representara la oposición más contestable, al ser una oposición obrera en principio inimaginable para los bolcheviques, nunca la contradecían. Incluso cuando

13 Pero es muy corto, el tiempo de las cerezas.

denunciaba la nueva burocracia y sus privilegios con su voz ardiente, una voz profunda y turbadora.

–La burocracia –afirmaba– es una peste que penetra hasta el tuétano de nuestro partido y de las instituciones soviéticas.

Los burócratas privilegiados que la escuchaban se declaraban dispuestos a sacrificar sus privilegios. Darían luego marcha atrás al regresar a sus despachos, pero ante ella quedaban conquistados. Lo más extraordinario, es que nunca la tomaran con Alexandra por subyugarles así.

Sabían muy bien que Kollontái pasaba con habilidad de la teoría a los actos. ¿Acaso no había promulgado toda una serie de decretos que revolucionaron el código habitual de la familia con mayor velocidad que la desplegada por sus colegas masculinos para transformar el de la condición obrera? La comisaria del pueblo para Asuntos Sociales legisló el divorcio y el aborto, inauguró redes de guarderías y jardines de infancia, e impuso la unificación de los salarios. Una revolución semejante dentro de la revolución le proporcionaba una inmensa popularidad entre las mujeres más desfavorecidas por su condición sexual. Ella era prácticamente la única que había ofrecido esa *perestrika byta*, esa reconstrucción de los modos de vida que obreros y obreras esperaban de la revolución. Para liberar a las esposas de las obligaciones domésticas, Alexandra Kollontái propuso tanto la educación colectiva de los niños como una

especie de unanimismo para adultos en casas comunes. Alfred Barthélemy creía hallar en las ideas de Alexandra las teorías de Charles Fourier y de los socialistas utópicos franceses, que tanto deslumbraron sus lecturas de adolescencia.

Alexandra Kollontái era la personificación del encanto. A ojos de Fred, su encanto tendía a eclipsar el de Galina. La admiración que ésta sentía por Alexandra y sus esfuerzos por parecerse a ella contribuían a que así fuera. La mujer de veinte años se eclipsaba, incluso físicamente, ante la mujer de cincuenta. Galina se convertía en un doble.

En cuanto a Alexis, Germinal nunca le había conmovido tanto. Sin duda, Fred había vivido demasiado joven el nacimiento de Germinal, que apareció entre sus juegos de niño como un juguete lanzado por un Papá Noel bromista. Con Alexis sentía una paternidad carnal. Le gustaba tomarle en brazos, llevarle a la ventana y enseñarle la calle con su ajetreo de gente y coches. Le gustaba hablarle en francés. Ya apenas hablaba en francés, salvo esporádicamente con Víctor. Las palabras que murmuraba a oídos de Alexis se asemejaban a una nana. Y en cada ocasión, esas palabras le devolvían a Belleville, a Flora... y se escandalizaba al confundir a Alexis con Germinal y al excluir a Galina, que le interrogaba con su negra mirada.

El ascenso de Trotsky estaba alcanzando el cénit. En fin, no completamente, ya que en el cénit se situaba Lenin. Trotsky, no obstante, estaba sentado a la derecha del padre.

Sorprendía y desconcertaba a Lenin. Las peroratas llenas de patetismo de este teatral orador suscitaban en Vladímir Ilich admiración y malestar a un tiempo; e incluso a menudo la desagradable impresión de ser un mujik que escuchara, pasmado, a un intelectual grandilocuente. Pese a todo, durante ese año de 1921 Trotsky parecía su favorito. Por una especie de mecánica pendular, cuanto más subía Trotsky, más bajaba Zinóviev. Y Zinóviev, cuando bajaba, caía hasta el fondo del pozo. Fred pasaba casi todo el tiempo intentando reanimarle. Lo hacía con aún más convicción por el rechazo que le producía personalmente el éxito de Trotsky, en quien veía insinuarse la silueta de un dictador militar. Nunca se había sentido tan cerca de Zinóviev, pese a los aspectos turbios del personaje. Pero ¿quién no era turbio en esa corte llena de reyes? ¿Bujarin? Decepcionaba a Fred con su aprobación de la militarización de los sindicatos. Bujarin giraba hacia la derecha. ¿Kámenev? Kámenev, la honestidad personificada, la rectitud, también se volvía contra Trotsky alarmado por su personalidad dominante. De todas formas, Kámenev y Zinóviev se mantenían siempre en el mismo frente. Cástor y Pólux... Zinóviev se quejaba:

–Todas las atenciones son para el mariscal de campo. El partido ya no es leninista, ¡se está convirtiendo en trotskista!

¡Trotskista! Le encantó la ocurrencia. El término, una vez lanzado, sería retomado por todos los adversarios del creador del ejército rojo. Incluso por Fred, que sacaba de quicio a Victor usando abusivamente ese adjetivo. Pese la tendencia al totalitarismo de Trotsky, Victor Serge seguía depositando su confianza en él. Hasta tal punto que la amistad entre Fred y Victor se resintió por ello. Intentaban evitar hablar de política, pero resultaba complicado dadas sus funciones. Belleville volvía así cada vez más a sus charlas. Ante el futuro incierto, les gustaba entregarse al pasado. ¡La República siempre es más hermosa bajo el Imperio!

En medio de su desasosiego, Alfred Barthélemy se fijaba cada vez más en los rivales de los bolcheviques. Como esos socialistas revolucionarios de izquierdas, partido mayoritario durante el primer gobierno de los soviets y proscrito desde que Trotsky lo condenara al «basurero de la historia». Al contrario que los anarquistas *ideiny*, los socialistas revolucionarios de izquierda no aceptaron nunca compromiso alguno con los bolcheviques, a quienes siempre acusaron de traicionar los principios socialistas. El 7 de julio de 1918 incluso llegaron a encarcelar a Dzerjinski, lo que casi significó el éxito de una insurrección contra el

gobierno de Lenin. El alma de aquella revuelta y de sus complots era una mujer frágil y pequeña, Maria Spiridónova, cuya popularidad casi igualaba la de Lenin.

Maria Spiridónova despertaba la curiosidad de Alfred Barthélemy. Al igual que todos, Fred sabía que Spiridónova había ejecutado con sus propias manos al inspector general de la policía en tiempos del zarismo; que había sido detenida, torturada, condenada al presidio y liberada junto al resto de prisioneros políticos en febrero del 17. Sabía que Trotsky, antes de adherir tardíamente al partido de Lenin, había estado muy cerca de los socialistas revolucionarios de izquierda. Sin duda, de ahí procedía el odio que ahora les dedicaba, y a Spiridónova muy especialmente, como si esperase que este exceso hiciera olvidar las malas compañías. Los socialistas revolucionarios de izquierda reprochaban a los bolcheviques su alejamiento de los mujiks, esos campesinos que seguían siendo un misterio para Alfred Barthélemy.

Misterio doble para Fred; y tentación doble: la personalidad de Spiridónova y acercarse a esos enigmáticos campesinos que también Volin defendía. A un colaborador de Zinóviev no iba a resultarle fácil encontrarse con los socialistas revolucionarios de izquierdas. Fred pensó que Alexandra Kollontái quizás pudiese ayudarle. Pero ella compartía la aversión de todos los bolcheviques hacia Spiridónova.

-Es una histérica, ¡una loca!

-Es una heroína.

-Ya no necesitamos héroes, Fred. Lo que nos falta son obreros bien preparados.

-Me gustaría conocerla, quiero que me hable de esos campesinos rusos que no llego a comprender.

-¿Quién los comprende? No hay nada que comprender. Es el pueblo en estado bruto, debemos desbastarlo. Spiridónova está tan lejos de los campesinos como tú y como yo. Lo que le gusta de ellos es justo lo más despreciable: la insubordinación, el caos, la barbarie. Rusia tiene demasiados campesinos e insuficientes obreros. El futuro pertenece al proletariado de las ciudades, no a los mujiks. Tendremos que reducir el campesinado al mínimo. Tendremos que lograr que esos campesinos groseros se transformen en obreros urbanos, instruidos y conscientes de la vida en sociedad. ¡Es una tarea formidable, Fred! ¡Mira hacia ese futuro radiante! ¡Míralo! Spiridónova está trasnochada. Se cree revolucionaria y sus valores no son más que moneda caduca, moneda del zar, moneda de Tolstói. Almas muertas... Eso es ese supuesto partido de los campesinos: ¡un partido de almas muertas!

Cuando a Alfred Barthélemy se le metía una idea en la cabeza, no había quien pudiera sacársela. Ni siquiera él

mismo. La seguía y alcanzaba siempre a su objetivo, fuesen cuales fuesen las consecuencias. Así terminó llegando hasta Maria Spiridónova.

El contraste entre Alexandra y Maria era tal que paralizó a Fred. Maria Spiridónova, muy pequeña, delgada, parecía un gato callejero con el pelo erizado y las garras sacadas. Una primera impresión que repelía. Bien es cierto que Maria Spiridónova surgía de un lejano pasado, de aquellos tiempos en que los intelectuales lanzaban bombas y parecía salir de una novela de Dostoievski.

–¿Qué quiere usted? –masculló con desdén–. No tenemos nada más que declarar a los gendarmes de la burguesía.

–Los bolcheviques son gendarmes, pero no de la burguesía.

–Los *ideiny* son peores. ¡Unos soplones!

–Maria, lo que usted preconiza se asemeja a la anarquía. Fue mi amigo Volin quien me enseñó ruso. Si vivo aquí es a causa suya. Quizás me haya equivocado al aceptar convertirme en un *ideiny*, pero también los suyos, los socialistas revolucionarios de izquierdas, se habían equivocado porque, como los bolcheviques, se perdieron en el fetichismo del poder...

–Queríamos tomar el poder y reducirlo al mínimo. Del mínimo a un mínimo absoluto.

–Se equivocaban. Recuerdo lo que decía Volin sobre eso: «El poder no es nunca como una bola de arena que, a fuerza de rodar, se disgrega; es siempre una bola de nieve que al rodar no deja de aumentar su volumen». Rusia no es un país de arena, es un país de nieve. La bola que empujaron junto a los bolcheviques al principio de la revolución es ahora enorme. Tanto que amenaza con aplastarnos a todos... He venido a verla por esos campesinos, no los comprendo. Y también por usted misma, Maria... Su valor...

–Odio que vengan a verme. Soy fea.

–Hábleme de los campesinos, Maria.

–El astuto Lenin se apropia de las masas revolucionarias. Pero nunca conseguirá la confianza de los mujiks.

–¿Por qué?

–Al campesino le gusta la tierra, los productos de la tierra. Le gusta la libertad. Y los bolcheviques desconfían de ella. Sólo creen en la ciudad, en las máquinas, en la electricidad. Su supuesto proletariado no tiene consistencia, es sólo espuma. El campesino es el bosque, el río, la tundra, la estepa, la inmensidad del mundo ruso. Los bolcheviques se

marchitarán en su espuma. Nosotros somos el partido de la Rusia profunda. Nosotros ganaremos.

Fred pensaba en las duras palabras de Alexandra Kollontái: una histérica, una loca. Contemplaba con incredulidad a Maria Spiridónova y sus locas esperanzas. ¿Cómo apostar por el futuro de su partido cuando los bolcheviques habían conseguido tal primacía? Los campesinos no estaban con ellos, es cierto, pero el escenario del poder siempre ha sido la ciudad. Tarde o temprano, por las buenas o por las malas, los campesinos se verían obligados a obedecer a sus nuevos amos.

La energía desordenada que animaba a esta minúscula mujer provocaba pena. Sus ojos parecían desproporcionados con su demacrado rostro. Las pupilas, dilatadas, resplandecían con un brillo insostenible. Fred tenía la penosa impresión de estar frente ante una suicida. No sabía qué más decir.

–Maria, a usted le gustan los campesinos y no hace nada por salvarlos, ni por salvarse. ¿Espera que se subleven? Ni siquiera la insurrección de Majnó ha triunfado... Camina inevitablemente hacia su perdición. ¿Por qué no ha apoyado a la majnovchina?

–Majnó ha ayudado al ejército ruso, como vosotros, los *ideiny*, ayudáis a los bolcheviques. Sin vosotros, ¿qué habría sido de ellos? No, nunca hemos dudado de nuestras ideas.

No renunciamos a nada. Si los bolcheviques siguen en el poder es culpa de los anarquistas. Lo habéis estropeado todo... Vete... ¡Vete de aquí, *ideiny!*

–Tenga cuidado Maria; han liquidado a los anarquistas. También llegará su turno.

–Volveré a empuñar el revólver y la bomba, no será la primera vez. No tengo miedo de nadie.

Resopló como una gata mientras soltaba:

–¡Vete maldito *ideiny!*

Mientras subía la escalera llena de escombros que llevaba a la vivienda en donde reencontraba a Galina cada noche, Alfred Barthélemy se sorprendió por el bullicio de este antiguo edificio burgués. Compartido por un centenar de funcionarios del partido, dividido y fraccionado hasta el extremo, el edificio se convertía en una especie de cuartel. Con las grandes salas habían hecho cuatro habitaciones levantando apresuradamente tabiques de madera. Todas las cocinas y los cuartos de baño eran colectivos, servían a cuatro o hasta a ocho familias... y esto originaba perpetuas riñas y disputas. Así se explicaban esas voces que Fred percibía con mayor intensidad y desagrado esa tarde en que la visita a Maria Spiridónova le deprimía. Si los funcionarios comunistas llevaban tan mal la vida en comunidad, que aprendían a la fuerza en ese edificio, ¿qué sucedería cuando

se impusiera a los obreros, o peor, a los campesinos? El desasosiego se apoderaba de Fred paso a paso en la escalera. El desasosiego del viajero encerrado en la bodega de un barco a la deriva, dirigido por un capitán cada vez más ciego y sordo. Loca, Spiridónova, sí, sin duda, pero ¿y Trotsky? ¿No caía en la demencia al confundir con su orgullo trágico el arte y la vida? Trotsky utilizaba a millones de hombres como actores de una escenografía grandiosa. Interpretaba la revolución sobre la tarima de un teatro que tenía las dimensiones del mayor país de todos los países de Europa. Escribía su tragedia con la sangre de sus conciudadanos. Esteta alucinado, intelectual paranoico... El resentimiento contra Trotsky crecía en Alfred Barthélemy avivado por los comentarios diarios de Zinóviev.

En su pequeña habitación, en donde los rumores del edificio se introducían como el silbido de una tormenta, Fred se encontró con Galina tumbada, doblada en dos sobre una silla, jadeante de dolor. Se precipitó hacia ella.

–¿Estás enferma?

–¡Alexis!

–¿Qué le pasa a Alexis? ¿Dónde está?

–Han venido a por él.

–¿Qué? ¿Quién?

–El partido.

–¿El partido? ¿Por qué?

Se arrodilló ante Galina, le irguió el rostro y la besó sobre sus ojos húmedos.

–¿Qué le ha pasado a Alexis?

–No te había dicho nada, pero Alexandra me reprochaba que lo estuviese educando yo misma. Me repetía que me aferraba a ideas burguesas, que nuestros hijos tenían que ser hijos de la revolución y quedar a cargo del Estado, que no tenía derecho a confiscar para mí sola un hijo de la revolución. Tiene razón, claro. Pero es que no soy lo bastante fuerte. Alexis estará mejor en una casa especializada que con nosotros. Lo convertirán en un pionero, un hombre del futuro.

Fred se dejó ganar por la cólera:

–¿Por qué les has dado a Alexis? ¿Por qué no me has dicho nada? También es mi hijo. No tenías derecho...

Galina lo rechazó con brutalidad y se levantó muy firme, enjugándose los ojos.

–Sí, Alexandra tiene razón. Es que yo soy demasiado débil, estoy demasiado sometida al pasado. Y tú, mi pobre Fred, escucha un poco lo que acabas de decir y te pondrás rojo de

vergüenza. «¿Por qué les has dado a Alexis?» ¡Como si Alexis nos perteneciera! Sí, Lenin tiene mucha razón cuando dice que los anarquistas son un atajo de pequeño burgueses. «¡También es mi hijo!» ¡Qué espíritu de propietario! Los hijos dejarán de pertenecernos, pertenecerán a la nación. Lo sabes muy bien. O acaso...

–¿Acaso qué?

–Si no lo sabes es que te estás convirtiendo en un contrarrevolucionario.

–Iré a ver a Alexandra; ella me devolverá a Alexis.

–No lo hará. Lo comprenderás cuando leas el libro que está preparando: El amor de las abejas obreras. La abeja soy yo. Tú no eres más que un zángano.

Fred huyó del apartamento, bajó la escalera y a punto estuvo de atropellar en la oscuridad a un chaval que dormitaba en un escalón. Este se levantó de un brinco, miró a Fred y le tendió un trozo de papel sobre el que había una cruz negra trazada con tinta de imprenta. Sobre ella, una dirección, una cita cerca de la plaza del Picadero.

El chaval esperaba. Debía de tener unos doce años. Cabeza rapada, pómulos marcados por el frío, vestido con una especie de gabán confeccionado con una vieja manta y cosido con hilos. En guisa de zapatos, varios paños

enrollados le cubrían los pies y las piernas. En Moscú, y en todas las grandes ciudades de Rusia, los niños vagabundos se contaban por miles. Esos chavales abandonados, cuyos padres habían muerto en la guerra civil, de hambre o de tifus, o incluso a causa de las encarcelaciones y asesinatos de la checa, formaban peligrosas bandas perseguidas por la policía. Acababan de abrir varios campos para encerrar a los que capturaban con las redadas nocturnas. Campos de reeducación, escuelas de civismo. El Estado se proponía nada menos que convertir a esos vagabundos en héroes, en héroes del ejército rojo o del ejército del trabajo. El Estado también quería convertir a Alexis en héroe. ¡El Estado Moloch! Sí, se decía Fred, el enemigo del ser humano no es otro que el Estado. Lo inhumano es el Estado. ¿Por qué he aceptado colaborar con ese monstruo? Creía combatirlo al quedarme en Rusia. Ese Estado sedicente proletario que los bolcheviques instauran es aún peor que el Estado burgués, es aún más despiadado, carcelario y asfixiante.

El chaval señaló con el dedo la cruz negra del papel. Luego le tiró de su chaqueta forrada.

–Da, da, voy contigo. ¿Cómo te llamas?

No respondió.

Fred miró de nuevo el signo que identificaba a la Cruz Negra, la única de las numerosas organizaciones anarquistas de antaño cuya existencia seguía autorizada, limitada a la

tarea de ayudar a los libertarios encarcelados y a sus familias. Como desde Kronstadt cualquier propaganda anarquista era reprimida, los propios militantes de la Cruz Negra vivían en la semiclandestinidad.

Fred siguió al chaval, que galopaba como un perro en medio de la noche; corría delante, se paraba, llamaba a Fred con gestos. Llegados cerca del Picadero, desapareció. Fred sabía que desde hacía un tiempo la checa no le quitaba los ojos de encima, que corría el riesgo de caer en un complot imprevisible. Era sospechoso para la checa y también para los militantes de extrema izquierda. Su encuentro con la Spiridónova se lo había recordado claramente. La provocación policial, las emboscadas de amigos que se creyeran traicionados, todo era posible. El chaval volvió a aparecer, le tiró de nuevo de la ropa y le llevó hacia una calle. Un hombre agazapado le mostró una cruz negra en un cartón.

–La Ucrania libertaria ha muerto –dijo–. El ejército rojo acaba de aplastar la majnovchina. Majnó ha conseguido escapar. No nos queda fuerza alguna que oponer a los bolcheviques. Dentro de poco llegará vuestro turno, el de los *ideiny*. Prepárate a huir al extranjero, como Majnó. Y proclama allí todo lo que sabes. Antes de que sea demasiado tarde. Salva tu memoria. Contamos contigo. Toma, toma el relato, día a día, del fin de los nuestros.

El hombre ofreció un rollo de papel a Fred.

–Majno está en Rumania. ¡Quizás no salga de allí nunca! Quizás el recuerdo de la gran majnovchina vaya a morir con él. Ha recibido demasiadas heridas. Tienes que preservar la memoria de la majnovchina. Toma...

Fred hizo un gesto para señalar al chaval, que permanecía cerca de los dos hombres y les miraba.

–No temas nada –dijo el desconocido–. Es mudo. Te llevará de vuelta.

Fred veía en ese Gavroche un espejo de sí mismo, se veía en la época en que erraba por Les Halles de París; ese Gavroche que pronto sería perseguido y encerrado en un campo. Encerrado como Alexis. Un dolor intenso le ganó el vientre, subiéndole hacia el pecho. Quiso dar unos cuantos kopecks a ese pobre chaval, pero éste desapareció. Fred se hallaba muy cerca de su casa. No tenía ninguna gana de estar con Galina, así que se dirigió hacia el Kremlin. Las oficinas de los líderes permanecían abiertas toda la noche. Se trabajaba ininterrumpidamente a la luz de unas lámparas eléctricas tan débiles que cansaban la vista. Era en el Kremlin, en el despacho contiguo al de Zinóviev, donde Fred estaría más tranquilo para leer la memoria de la majnovchina.

La memoria era larguísima y estaba escrita de una forma inocente y declamatoria. Alfred Barthélemy la releyó varias veces, esforzándose por retener lo esencial y quemó a

continuación todo en la estufa, con esmero, para que no perdurase ningún resto de los papeles carbonizados. Se sentó luego en su mesa, se agarró la cabeza con las manos, cerró los ojos y se repitió el relato de memoria.

Todo comenzó en noviembre de 1920; el ejército majnovista y el rojo habían aplastado juntos al ejército blanco de Wrangel en Crimea. La guerra civil contra los últimos escombros del zarismo terminaba así. Fue entonces cuando el ejército rojo se giró bruscamente contra su aliado «negro».

El «general» anarquista Simón Karetnik y todo su estado mayor fueron invitados por Trotsky. Esperaban descorchar el champán de un sablazo, pero todos esos líderes partisanos fueron detenidos e inmediatamente fusilados. Gran parte de sus soldados, que no esperaban un giro semejante, cayeron ante las metralletas «proletarias». Sólo Marchenko, comandante de la caballería, consiguió escapar y conducir a sus cosacos al istmo de Peretop.

Majnó, que se hallaba en su cuartel general de Gulai-Pole, también rodeado por los bolcheviques, consiguió romper el cerco del enemigo con un escuadrón de doscientos jinetes. Formó una nueva tropa de partisanos tan rápido como tenía por costumbre y derrotó con ella a la 42a división del ejército rojo. Su movilidad no le permitía cargar con prisioneros: fusiló a los oficiales y dio a los soldados a elegir entre desertar o sumarse a la majnovchina, De seis mil

prisioneros, dos mil aceptaron. Desde el principio de la insurrección ucraniana, los campesinos de Majnó siempre se habían nutrido de trásfugas del ejército rojo.

Majnó sabía que Marchenko había escapado a la encerrona de Crimea y que esperaba impacientemente su llegada. El 7 de diciembre, un jinete llegó al galope después de vislumbrar las tropas de Marchenko. Majnó se precipitó enseguida al encuentro de quienes constituían la punta de lanza de su caballería. El entusiasmo cedió paso a la desolación: a lo lejos, en vez de los mil quinientos caballos que habían salido de Ucrania, vio aparecer un puñado de hombres agotados sobre doscientas monturas. Marchenko, a su cabeza, condujo su caballo hacia Majnó y le gritó, con voz solemne e irónica:

–Tengo el honor de anunciaros la vuelta del ejército de Crimea.

Viendo los restos lamentables de su magnífica caballería, Majnó, aturdido, no articuló palabra; estaba demasiado emocionado como para pronunciar la bienvenida que se imponía.

–Sí, hermano –continuó Marchenko–. Sólo ahora sabemos quiénes son los comunistas.

Desde noviembre de 1920, fecha en la que el ejército rojo había roto los acuerdos que le ligaban al ejército negro,

hasta agosto de 1921 se libró una última lucha a muerte entre el nuevo Estado centralizador y la Ucrania libertaria. Los insurgentes progresaban difícilmente a través del desierto helado de la estepa. Se veían desbordados por los continuos asaltos de un ejército rojo que ya no tenía más enemigo que éste, un enemigo que se habían inventado. Trotsky ocupaba todos los cruces de caminos. Cada vez estaba más claro que Majnó no podía contemplar una victoria, sino tan sólo evitar la debacle total de sus tres mil partisanos acosados por ciento cincuenta mil hombres. Durante ocho meses de combates perpetuos, Majnó recorrió toda Ucrania haciendo a veces más prisioneros que soldados dirigía. Evitando los caminos principales, los majnovitsky atravesaban campos cubiertos de nieve. Llegaron al departamento de Kiev, región accidentada y rocosa. Toda la artillería, los víveres, las municiones y la práctica totalidad de las carretas del convoy tuvieron que ser abandonados en medio del hielo. En enero Marchenko murió durante una carga de su caballería. Los *majnovitsy* avanzaron hasta los confines de la Galitzia, retrocedieron hasta Kiev, volvieron a atravesar el Dniéper, descendieron al departamento de Poltava, luego al de Jarkov, subieron al fin hacia Kursk. El cerco se cerraba sobre Majnó. Al mismo tiempo, en el norte, el ejército rojo aplastaba a los amotinados de Kronstadt, que se batían por una causa semejante. Los *majnovitsy* se lanzaron al ataque gritando: «¡Vivir libres o morir combatiendo!». ¡Las palabras de los

insurgentes de la Comuna de París cercados por los versalleses de monsieur Thiers!

Majnó cayó de su caballo durante una ofensiva. Una bala había impactado en su muslo y penetrado hasta el bajo vientre. Le colocaron sobre una carreta en la que perdió una enorme cantidad de sangre durante una hora, esperando a que pudieran hacerle un vendaje. El grito «han matado a Batko» propagó el pánico entre las tropas. Batko, el padre. Era el 14 de marzo. El deshielo estaba comenzando. Los caballos progresaban sobre el barro. El hielo de los lagos se resquebrajaba. El 17, la caballería del ejército rojo arremetió contra estos fugitivos exangües.

Ahí, Alfred Barthélemy aprendió de memoria las propias palabras Majnó al relatar sus recuerdos. Majnó decía:

«¿Qué podía hacer? Yo ni siquiera podía, no ya montar, sino incorporarme; estaba tumbado en el fondo de una carreta y veía cómo se emprendía un cuerpo a cuerpo aterrador, una carnicería, a unos doscientos metros de mí. Nuestros hombres morían por mí, por no abandonarme. Aunque, al fin y al cabo, no había ninguna salvación posible... ni para ellos ni para mí. El enemigo era cinco o seis veces mayor y le llegaban continuos refuerzos. De repente, los soldados apostados con nuestras ametralladoras Lewis se acercaron a mi carreta y oí cómo me decían: “Batko, su vida es indispensable para la causa de nuestra organización campesina, causa que amamos, y por la que pronto hemos

de morir. Pero nuestra muerte le salvará, junto con los fieles camaradas que se encarguen de cuidarlo. No se olvide de repetir estas palabras a nuestras familias”. Uno me abrazó, y ya no volví a ver a ninguno de ellos cerca. Me pusieron en el carro de un campesino; oí el traqueteo de nuestras metralletas y bombas estallando a lo lejos. Nuestros lewistas les cerraban el paso a los bolcheviques... Tuvimos tiempo de ganar tres o cuatro verstas de distancia y de vadear un río. Estaba salvado. En cuanto a los soldados de las ametralladoras, murieron todos allí. En el mes de mayo las unidades de Kojin y de Kurilenko se unieron y formaron un cuerpo de dos mil jinetes y varios regimientos de infantería. Se decidió marchar sobre Jarkov para expulsar a los grandes amos. Pero les habían prevenido. Enviaron a mi encuentro más de sesenta autos blindados, varias divisiones de caballería y una horda de soldados de infantería. La lucha contra esas tropas duró semanas. Kurilenko murió. Kojin, gravemente herido, cayó en manos del enemigo».

El repentino sonido de unos pasos acompasados en la corte del Kremlin y el resonar de armas chocando entre sí sobresaltaron a Alfred Barthélemy. Abrió los ojos y se sorprendió de hallarse en ese despacho desierto y mal ventilado. El informe sobre Majnó le había cautivado hasta tal punto que se creía entre los últimos cosacos zaporogos intentando romper el asedio de sus perseguidores y empujados hacia el oeste en una desesperanzada cabalgada. La tranquilidad del Kremlin de noche le permitía

abstraerse completamente de su lugar habitual de trabajo. El ruido de esas botas y armas procedía del cambio de guardia. Un teléfono sonó, lejos. De repente, Fred vio lo anómalo de la situación. Se hallaba en las fauces del monstruo, en el centro mismo de ese poder supremo que había lanzado su ejército exterminador sobre los campesinos de Ucrania. Y él memorizaba, grababa para siempre en su mente la agonía de una revolución desde el lugar en que fuera excomulgada.

Alfred Barthélemy se saltaba todas las peripecias de las batallas entre la caballería roja de Budennyi y la caballería negra de Majnó, que continuaron hasta finales del mes de agosto. Majnó, pese a sus heridas, volvió a montar a caballo y participó en las cargas. El 22 de agosto, una bala le impactó en el cuello y salió por la mejilla derecha. De nuevo tumbado en el fondo de una carreta, acompañado por un centenar de jinetes, se dirigió hacia el Dniéster. Sólo setenta y siete jinetes lo atravesaron aprovechando sus aguas bajas para refugiarse en Besarabia. Entre ellos: Majnó, acompañado por su mujer. Setenta y siete jinetes, ¡ése era el último vestigio de un ejército que había sumado hasta cincuenta mil hombres!

Fred seguía con el pensamiento a esos exiliados en Besarabia. Les envidiaba. Comprendía que la derrota de Majnó, como la de Kronstadt, significaba también su propia derrota. El horror de haberse equivocado le asfixiaba. ¿Se

había dejado embaucar junto a todos aquellos anarquistas rusos que también habían creído que el futuro de la revolución requería la alianza con los bolcheviques? ¿Se había equivocado junto a Víctor, Delesalle, Monatte, Rosmer, que aprobaban toda esa colaboración? ¿O acaso era esa anarquía quien se equivocaba, quien permanecía como una utopía? Una sola certidumbre: se había desmoronado todo un mundo. Y de esas ruinas, no había nacido un mundo nuevo. Los bolcheviques querían abolir la policía y el ejército. En lugar de ello, la policía y el ejército representaban la única concreción del poder revolucionario. Trotsky se pavoneaba con el uniforme blanco de mariscal. En el 17, los soldados habían arrancado las charreteras de los oficiales. Cuatro años después, las órdenes de caballería del Antiguo Régimen, que todos los bolcheviques consideraban ridículas, se insinuaban bajo las insignias de la Orden de la Bandera Roja. Trotsky entregaba solemnemente esos trastos en el Gran Teatro, engalanado con banderas. La pena de muerte había sido abolida, pero nunca se había ejecutado a tantos prisioneros políticos. Rastrellyat (fusilado), ésa era la palabra de moda. En realidad, no se fusilaba, eso hubiera sido demasiado honorable. Se asesinaba en los sótanos de la checa. Cada noche, detenidos que en su mayoría no sabían qué se les reprochaba, eran sacados a rastras de sus celdas y, tras bajar los últimos escalones, un chequista les daba un tiro en la nuca. Los cuerpos, inhumados clandestinamente, nunca se entregaban a sus familiares. A éstos tan sólo les quedaba

imaginar la ejecución cuando la administración se negaba a aceptar los alimentos que llevaban a la cárcel. «Ya no está en los registros.» «¿Por qué? ¿Adonde lo han llevado?» «Ya no está en los registros.» El registro se convertía en las nuevas Santas Escrituras de esta generación de burócratas y policías nacida de la Revolución de Octubre. No figurar en el registro podía significar tanto la muerte como el traslado a otra cárcel o la deportación a Siberia. En cualquier caso, quien no figuraba en los registros desaparecía. Dejaba de existir. Ya no era contabilizado; le tiraban a ese famoso basurero de la Historia tan apreciado por el camarada Trotsky.

¿Huir? Pero ¿cómo y adonde? Las fronteras estaban ahora bien custodiadas. Majnó tan sólo había conseguido abrir una brecha con las armas en la mano y al precio de una hecatombe. Y en caso de que la suerte le permitiese pasar al bando de los países capitalistas, ¿cómo tratarían a Alfred Barthélemy? ¿Como a un traidor, condenado además a muerte por rebeldía? Raztrelyat! Regresó junto a Galina.

Galina sin Alexis. ¡Inconcebible! Se fue a buscar a Alexandra Kollontái. De camino a ese encuentro, iba formulando cuidadosamente las acusaciones, jurándose no volver sin la promesa de recuperar a su hijo. Quería ser cruel, aunque ofendiera a Kollontái. Ella abusaba de su influencia sobre Galina. Le haría sentir vergüenza, le mostraría que sus teorías, que su literatura sobre el amor de

las abejas, que todo eso conducía a una sociedad monstruosa muy alejada del encanto de esa grande dame. Era una aberración de intelectual, se repetía Fred. Ella lo comprenderá.

La mayoría de las militantes bolcheviques vestían abrigos de cuero y calzaban botas, como queriendo masculinizarse con la idea, sin duda, de que mostrar una virilidad agresiva les haría parecer más revolucionarias. Al contrario que ellas, Alexandra tan sólo empleaba vestidos largos muy femeninos, se cubría los hombros con manteletas de piel e incluso dejaba que aflorasen encajes de sus puños. Parecía siempre recién salida de un salón de la antigua sociedad, afable, sonriente, un pelín traviesa.

El peso de las quejas en su boca era tal que Fred, más que acercarse, se precipitó sobre ella.

–¡Alexis!

–Bien, ¿qué te pasa con Alexis?

–¡Devuélveme a mi hijo!

Alexandra se dejó caer sobre un sillón. Reía. Sus labios entreabiertos descubrían hermosos dientes blancos.

–Devuélveme a mi hijo... ¡Qué bien lo ha dicho! Parece sacado de una obra de Chéjov. Pero jovencito mío, ¡yo no te he cogido nada! ¿Qué podría cogerte? No tienes nada... Eres

un hombre libre. ¿Vas a hablarme de tu mujer? ¿De tu Zinóviev? ¿De tu III Internacional? ¿O he comprendido algo mal? ¿Qué significan esos títulos de propiedad? ¡Mi hijo! Pero... eres un monstruo, jovencito.

En medio del frotar de sus telas, ella seguía riendo y frotándose las manos. Sus hermosos ojos miraban a Fred con ironía. ¿Cómo conservar su agresividad? Alexandra daba la vuelta a la situación desde el principio. Ahora era a él a quien se acusaba de ser un monstruo, y no a ella. Era él quien se veía acusado de emplear abusivamente los posesivos.

–No te rías, Alexandra. Galina sufre como una bestia. Lo acepta porque eres tú quien así lo quiere. Pero yo no quiero. No lo acepto.

–¡El rebelde! Me gusta verte así de subversivo. Como un zángano que volase enfurecido alrededor de la colmena. Dentro, los huevos hacen eclosión. Cientos de pequeños Alexis crecen y son educados por la comunidad de abejas. El zángano ya no sirve para nada. Revolotea en vano alrededor de la colmena. Morirá cuando se acerque el invierno.

–Siempre con tus abejas. No somos ni zánganos, ni abejas, sino hombres y mujeres...

–La sociedad de las abejas es una sociedad ideal hacia la que tendemos con todas nuestras fuerzas.

–¡Devuélveme a Alexis!

–Pero si yo no te lo he cogido... Alexis no es más mío que tuyo. Pertenece a la colectividad que edificamos. Le habrías maleducado con tus ideas anarquistas. Imagina un poco lo que habría sido de él, de ese pobre Alexis, con un padre tan cabezota como mi pequeño Fred. Tienes mejores cosas que hacer que perder el tiempo cuidando bebés. Y Galina también. Amaos, dad una fiesta a vuestros cuerpos.

Se levantó, avanzó derecha hacia Fred, con su andar altivo, tomó su mentón y le besó en la boca, suavemente, con gesto tan maternal como ambiguo.

–Ve, jovencito, ve a amar a Galina.

En marzo de 1921, Lenin detonó la bomba de la Novaia Ekenomicheskaia Politika (más comúnmente: la NEP). Después de haber diezmado toda su oposición de derechas, desde los KD hasta los mencheviques; toda su oposición de izquierdas, desde los socialistas revolucionarios hasta los anarquistas, Lenin declaró con la más calma hipocresía, en el XI Congreso del partido comunista: «La idea de construir una sociedad comunista sólo con el apoyo de los comunistas, es un infantilismo, un puro infantilismo. Hay que confiar la construcción económica a otros, a la burguesía, que es mucho más cultivada, o a los intelectuales del campo de la burguesía. Nosotros mismos no estamos aún lo bastante cultivados para eso».

Fred se esperaba cualquier cosa menos ese giro, un giro que se alejaba definitivamente de todas las concepciones libertarias. Pero Lenin, viejo lobo de mar, conducía su barco sin brújula, siguiendo su olfato, dando ora un golpe de timón a la derecha, ora un golpe de timón a la izquierda. Lo importante era no perder el norte. En la catastrófica situación económica de Rusia, Lenin proclamaba que el capitalismo de Estado sería un gran progreso para la revolución.

Fred no era el único que quedó desamparado. Desde el séptimo cielo, Zinóviev caía una vez más hasta su diván, donde quedaba postrado, mordisqueando su pañuelo, lamentándose con su insoportable voz de falsete. Su sufrimiento era tanto mayor porque solía considerar todo lo que salía de la boca de Lenin como palabras de evangelio. La influencia de Lenin impregnaba a Zinóviev con tanta fuerza que llegaba hasta a imitar inconscientemente su escritura. Zinóviev gimoteaba:

–Así tiene que ser. Así tiene que ser. Camarada Barthélemy, diga en el Oeste que la NEP es indispensable, pero provisional. Hágaselo comprender. En interés del partido. Así tiene que ser. Así tiene que ser.

Repetía ese «así tiene que ser» como una letanía para convencerse bien a sí mismo. Interrogaba a Fred desde la duda para verificar si su colaborador estaba convencido del obligatorio viraje leninista. La aprobación de Fred le hubiera

parecido un buen augurio. Por desgracia para las quebrantadas convicciones de Zinóviev, Fred resoplaba y evitaba responder. Para alegrar un poco a su «patrón», le entregó un artículo muy reciente que acababa de llegarles de Francia. *Le Populaire*, el periódico del partido socialista, el partido de Jean Longuet y de Léon Blum, que había rechazado la adhesión a la III Internacional, publicaba un artículo titulado: «Trotsky excomulgado por su padre». Zinóviev saltó del diván, agarró el periódico. El artículo terminaba con estas palabras: «Trotsky ha renunciado a la religión judía al casarse con una rusa».

Ese estúpido artículo despertó por completo a Zinóviev, de repente de buen humor:

–Así –exclamó– que Trotsky tiene un padre... Nunca lo hubiera creído. Pero, ¿qué hace ese padre? ¿No será el Padre eterno, por casualidad? En cualquier caso, Trotsky se imagina ser el mesías, eso está claro. Hay que estar atento con esta conspiración judía, camarada Barthélemy. El partido socialista francés es un partido de judíos. Blum es judío. Longuet, medio judío. Demasiados judíos. ¡Demasiados judíos! A los mujiks no les gusta eso. Matan a nuestros comisarios políticos a bastonazos porque creen que son judíos. Trotsky es un judío que no pasa nada desapercibido, se lo he dicho mil veces a Vladímir Ilich. Con Kámenev y conmigo ya basta.

Zinóviev seguía exasperando a Fred con su absurdo antisemitismo. Pero esta memez humorística de los socialistas franceses a propósito de Trotsky en un momento en que la situación de la revolución rusa se volvía dramática, le exasperaba aún más. ¿Cómo podía regresar a Francia en esas condiciones? ¿No se sentiría aún más extranjero que en Rusia? Además, si la voluntad de huir comenzaba a carcomerle, no por ello dejaba de recibir cada vez a más extranjeros que huían de sus propios países. Como ese joven francés que se había precipitado a Moscú; estaba en la veintena y le habían perseguido y condenado por rebeldía a una pena de cárcel a causa de un artículo antimilitarista. A Fred le gustó su rebeldía. Aun así, le avisó sobre la situación. En Rusia, el antimilitarismo también te llevaba a chirona.

–No se puede ser antimilitarista en Rusia –replicó el francés–, ya que el ejército ruso defiende la revolución.

–Veo que te has aprendido bien la lección –respondió Fred.

Como la educación política del jovenzuelo era pese a todo bastante sucinta, Fred le envió a una de las escuelas para los mandos del partido. Ese joven, lleno de buena voluntad, modesto y aplicado, se llamaba Jacques Doriot.

Llegaban nuevos franceses que confundían Moscú con La Meca. Otros desaparecían. Así sucedió con Guilbeaux y Sandoz, fusionados con el crisol del bolchevismo.

Convertidos en burócratas del partido, como Alfred Barthélemy. En minúsculas ruedas dentadas del inmenso engranaje de la máquina estatal. El ex teniente Prunier seguía trabajando, en teoría, con Fred y Víctor. En teoría porque no solía estar mucho. Ni Víctor, ni Fred se preocupaban por ello. La checa era ya lo bastante omnipresente como para que los responsables de los diferentes servicios se sintieran obligados a vigilar la vida privada de sus colaboradores. Aun así, la conducta de Prunier, no sólo sus ausencias, sino también su forma de vestir o de hablar, sus mutismos y sus arrebatos, les intrigaban. Fred se había acostumbrado a su cabeza rapada, a su gran bigote al estilo cosaco y a su blusa de campesino. Otros bolcheviques extranjeros se exhibían con la misma extravagancia. No obstante, el día en que Fred vio que Prunier caminaba descalzo, no sólo en las oficinas, sino también en la calle, comenzó a preocuparse por el estado mental de su antiguo protector. Una tarde le siguió. Aunque le movía sólo la curiosidad, sentía remordimientos por espiarle. Prunier caminaba con paso rápido y con los pies desnudos sobre un suelo que, pese a la primavera, debía de estar todavía helado. Se alejó poco a poco del centro. Cada vez había menos viandantes. Fred dejó una mayor distancia entre ellos para evitar que lo viera. Visiblemente, Prunier se dirigía a un lugar u objetivo preciso. Ese camino moría en una pequeña iglesia dominada por su bulbo dorado. Fred dudó, empujó la puerta y, estupefacto, oyó un coro de hombres entonando a pleno pulmón un cántico religioso. Se

deslizó tras una columna y vio que Prunier se acercaba al iconostasio. Fred se vio sorprendido por un espectáculo inesperado: un raudal de oro, luces de cirios, una masa en pie apelotonándose bajo las bóvedas, y la potencia de unos cantos en donde los bajos salmodiaban como campanas. Casi todas las iglesias habían sido cerradas por la revolución. Fred nunca se había preocupado por la persecución religiosa, que sin embargo había sido tan fuerte como la que pendía sobre los anarquistas. Le había parecido natural. Y de repente, esa extraña ceremonia en uno de los pocos lugares de culto que subsistían, la presencia de Prunier en esa asamblea y el fervor manifestado por los fieles le llevaron a constatar que la revolución secretaba nuevas comunidades marginales. Llegado su turno, la revolución se convertía en Estado, en el Poder y, en la base de ese monstruo, abajo del todo, se escapaban los finos arroyos de todas las contestaciones. Las fugas de ese enorme edificio amenazaban con resquebrajar un día sus cimientos. Fred, que no había recibido educación religiosa alguna, sentía una verdadera repulsión por esos cristianos ortodoxos que practicaban ritos incomprensibles, cual gestos bárbaros sacados de la noche de los tiempos. Descubrir a Prunier entre ellos le horrorizaba.

Al regresar hacia el centro de Moscú, solo, recordó que Prunier le había confesado hacía tiempo que era católico, lo que les había llevado a hablar de Péguy, ese Péguy con larga esclavina negra y barba de monje que frecuentaba la librería

de Delesalle y con quien habían vivido, él y Flora, cuarenta y ocho horas llenas de sorpresas. Su charla sobre Péguy y sobre el socialismo le había hecho olvidar la confesión del catolicismo de Prunier. Otro día, ante una réplica de Fred sobre las contradicciones entre bolchevismo y cristianismo, Prunier había contestado con una larga argumentación que justificaba su aceptación de la Suma de Santo Tomás de Aquino. Fred no sabía nada de Santo Tomás de Aquino. No insistió. El catolicismo de Prunier le parecía una broma. Y ahora le veía, algunos años después, en una iglesia bizantina. Curioso personaje ese Prunier, mucho más simpático que Sandoz, pero sin lugar a dudas, igual de loco, aunque en otro sentido.

Alexis había transformado a Galina. Y la pérdida de Alexis la transformaba ahora de nuevo. Volvía a estar nerviosa e irritable. La presencia de Fred le resultaba molesta. Su osado comportamiento ante Alexandra Kollontái le había sacado de quicio. ¿Por qué se metía en eso? Siempre buscando la paja en el ojo ajeno. ¡Insoportable entrometido! Una noche, no regresó a su pequeño apartamento. Fred la esperó lleno de angustia. Las desapariciones eran cada vez más frecuentes entre los funcionarios del partido. Nunca se sabía muy bien por qué alguien desaparecía. Por qué lo transferían de su despacho a Butyrki. Por qué ése o ésa y no aquél, mucho más sospechoso. Por qué ellos y no yo. ¿Por qué Galina? El propio Lenin la apreciaba, y Kámenev también,

evidentemente... ¿Habría caído Kámenev en desgracia? No, imposible. Si Kámenev estuviera en dificultades Zinóviev se vería automáticamente arrastrado. Y a Zinóviev acababa de verlo. Con un humor excelente. Ya no estaba en el diván sino en el séptimo cielo. Zinóviev comprendía al fin la NEP. La aprobaba sin reservas. Todo iba lo mejor posible en el mejor de los mundos, un mundo que Wells, uno de esos «tontos útiles» tan apreciados por Lenin, describía como el porvenir racional de la humanidad. Entonces, ¿qué provocaba la ausencia de Galina? ¿Un accidente? ¿Una repentina enfermedad? Fred miró cien veces por la ventana intentado vislumbrar algo en la oscuridad de la calle. Bajó varias veces a la puerta del edificio. El alba tampoco trajo consigo a Galina.

Nada más llegar a su despacho Fred pidió que la buscaran. Galina estaba trabajando con toda normalidad en la secretaría de Kámenev. La llamó por teléfono:

–¿Dónde estabas? Te he estado esperando muy preocupado.

–¿Por qué preocupado? No somos un par de bueyes uncidos al mismo yugo.

Fred encajó el golpe. Galina tenía razón. Ambos eran libres. Libres de pensamiento no, pero sí libres con sus cuerpos.

–La próxima vez, avísame. No he dormido.

–Esta noche tampoco estaré contigo. No te preocupes. Duerme bien.

Y colgó.

Como Fred podía perder toda la noche, decidió observar de nuevo a Prunier. Este cambió de dirección. Alejándose del centro, entró en un arrabal particularmente embarrado y nauseabundo. Fred le siguió hasta una especie de granja en la que al principio no vio más que el débil resplandor de unas velas colocadas sobre una gran mesa. Alrededor se dibujaban siluetas de hombres, la mayoría barbudos, como los mujiks, con el pelo muy largo. No parecieron sorprendidos y, en cualquier caso, en absoluto asustados por la inesperada aparición de Fred. Prunier, sentado entre ellos, reconoció a Barthélemy y le invitó con un gran gesto.

–Ven, hermano, ven a sentarte cerca de mí. Eres bienvenido.

Fred tomó sitio en la mesa.

–Ves –dijo Prunier–, somos unos cuantos creyentes, nos reunimos para discutir de Cristo y de la revolución.

–Cristo no tiene nada que ver con la revolución –respondió Fred.

Un anciano con aires de pope afirmó:

–Cristo operó antaño la mayor de las revoluciones al liberar al hombre del poder de la sociedad y del Estado.

–Si Marx proclamó «la religión es el opio del pueblo» –dijo Fred– es justo porque los creyentes son los hombres menos libres. Están dormidos, drogados.

–En su destino histórico –retomó el anciano–, el cristianismo se deformó al adaptarse al reino del César. Al inclinarse ante la fuerza del Estado, se empeñó en sacralizar esa fuerza.

–San Pablo –dijo Prunier– temía que el cristianismo se convirtiese en una secta anarquista y revolucionaria. Rehabilitó la Autoridad al proclamar que toda Autoridad emanaba de Dios.

–San Pablo es el Trotsky de Cristo.

Acababa de hablar otro de esos personajes extravagantes.

–Si Trotsky es San Pablo, ¿quién es Cristo? –preguntó Fred.

El hombre respondió:

–Ni Marx, ni Lenin. Mordí el anzuelo de Marx antes de la revolución. Todo nos demuestra que la perfección del reino

del César, en la que creían Marx o Fourier, es un error. La única perfección reside en el reino del Espíritu.

Fred miraba con atención a este desconocido, de unos cincuenta años y con un fino rostro triangular, acentuado por una perilla puntiaguda. Tenía una melena larga, cana, que se ensanchaba tras los límites de una amplia boina de terciopelo negro. Esa extraña asamblea en torno a una mesa iluminada con velas, todas esas barbas de popes, esa atmósfera religiosa... Fred tenía la impresión de comparecer ante un tribunal en el que el desconocido del rostro triangular era sin duda alguna el gran juez. Fred no se había fijado en él al principio, en medio de la penumbra. Ahora distinguía todos esos rostros atentos girados hacia ese hombre que declaró lleno de solemnidad:

–El orden armónico en el seno del reino del César significará siempre la aniquilación de la libertad.

–Todas las revoluciones se han realizado en nombre de la libertad –dijo Fred.

El desconocido le miraba con sus ojos oscuros, aún más oscurecidos por unas largas cejas negras, muy espesas. Con su grave voz, soltó, como una cruel evidencia:

–Las revoluciones aportan grandes experiencias en la vida de los pueblos y marcan con señas indelebles su vida social. Pero ellas no corresponden en absoluto con nuestros

sueños. Las revoluciones, incluso las coronadas con el éxito, terminan fracasando. Al igual, todas las revoluciones religiosas de la historia han fracasado, sobre todo, desgraciadamente, el cristianismo.

–Y entonces, ¿qué se puede hacer? –preguntó Fred.

–Afirmar la primacía de la persona sobre la sociedad. Rechazar todos los totalitarismos. Cuando la persona se identifica con el Estado, ya no hay salvación para nadie. No sólo el Estado, sino la sociedad, se convierten entonces, en palabras de Nietzsche, en monstruos fríos.

«Monstruos fríos»... Esa expresión, que Fred no conocía, le pareció enseguida una evidencia. Trotsky, Zinóviev y Dzerjinski eran monstruos fríos. La sociedad implacable que organizaban era una sociedad de hielo. Tendía a la perfección helada de esas máquinas, de esos sistemas burocráticos que admiraba Lenin. Todos los dirigentes bolcheviques, todos sus subalternos, aspiraban a esa perfección fría. Fría como el acero del cañón de un revolver que se posa sobre la nuca del prisionero que baja la escalera del sótano. Fría como la muerte.

Prunier tomó a Fred por el brazo y le invitó a levantarse. Salieron juntos en medio de la noche. Fred hubiera sido incapaz de reencontrar su camino en ese dédalo de callejuelas desiertas. Prunier no le soltaba. Le agarraba despacio, sin apretar demasiado, sólo una presión amigable.

–¿Quién es ese hombre que ha hablado de los monstruos fríos? –preguntó Fred.

–Un gran filósofo, deportado durante tres años en tiempos del zar; hoy profesor en la universidad de Moscú.

–¿Allí enseña lo que nos ha dicho?

–Sí, demuestra el significado místico de la revolución. Pero no puede llevar sus ideas hasta sus últimas consecuencias delante de sus estudiantes. Así que unos pocos disfrutamos de cursos nocturnos. Se llama Nikolái Berdiaev.

El frío y el calor. El calor era Galina. La única impresión de calor en esa glaciación de la revolución. Pero la propia Galina se enfriaba.

No obstante, cuando se reencontraban en su pequeño apartamento, a Fred le parecía que éste se iluminaba. Con Galina ausente de ese dormitorio siniestro, Fred no utilizaba la cama, cubierta con sus edredones. Prefería dormir en el único sillón, algo desvencijado, de la vivienda. Cuando Galina volvía, se precipitaba sobre la cama, retiraba las mantas como se abre un cofre. Galina reía con toda su juventud, con toda la impetuosidad de su juventud. Se quitaba rápidamente las botas, se libraba de su caparazón de cuero, de su ropa interior y se lanzaba desnuda sobre Fred, que también se había desvestido a toda prisa. A ella no le gustaba que intentara desnudarla. También en eso se

rebelaba contra lo que llamaba una prerrogativa de macho. Era una mujer liberada, luego libre de sus gestos y de su comportamiento, y no quería obedecer. Con ambos desnudos, se establecía la igualdad. Ella abandonaba así todo complejo, se dejaba llevar por su sensualidad y aprovechaba al máximo todo el placer que la sexualidad puede aportar. Galina se entregaba con ardiente convicción a esta fiesta de los cuerpos que Alexandra Kollontái recomendaba, una especie de recompensa a los seres liberados de los prejuicios burgueses.

Agotados sus abrazos, cuando se dormían ensamblados uno contra otro, en el dulce calor de sus cuerpos satisfechos, justo antes de bascular en el sueño, el recuerdo de los «monstruos fríos» obsesionaba todavía a Fred insidiosamente. Pero abrazaba un poco más fuerte a Galina contra sí. La húmeda tibieza de su piel alejaba las pesadillas.

El 23 de mayo se inició en Moscú el primero de esos procesos políticos que en adelante jalonaría toda la historia de la URSS. Hasta entonces, los bolcheviques habían eliminado a sus adversarios sin más ceremonias. ¿Por qué decidieron acordar a los socialistas revolucionarios de izquierdas un juicio espectacular que negaban a otros contestatarios? Sin duda porque la popularidad de María Spiridónova seguía siendo muy elevada, sobre todo entre esa clase campesina excluida. Sin duda porque los socialistas revolucionarios de izquierda habían sido

protagonistas indiscutibles de la revolución, en un plano de igualdad con los bolcheviques. Se necesitaba pues que un veredicto les desautorizara ante la historia, que salieran de él descalificados para siempre.

Mientras que antes de 1917 Lenin, Zinóviev, Kámenev, Trotsky y Bujarin se hallaban muy confortablemente exiliados en Occidente, los socialistas revolucionarios esgrimían la bomba en una Rusia zarista en la que vivían una clandestinidad que les conducía fatalmente al presidio. Spiridónova, Gotz, Kamkov, por citar sólo algunos, fueron de esa generación terrorista que anticipó la Revolución de Octubre. Todos fueron encarcelados, torturados o condenados a trabajos forzados. No sólo transformaron a campesinos pasivos en insurgentes, sino que supieron arrastrar a los estudiantes a la actividad política.

Las revoluciones, como las religiones, tienen primero sus héroes y sus mártires. Luego llegan los burócratas y el clero. Los socialistas revolucionarios de izquierda rechazaron siempre burocratizarse, rechazaron que la revolución se convirtiera en Iglesia. Se condenaron así ellos mismos a pudrirse en ese famoso «basurero de la historia» que el camarada Trotsky ofrecía generosamente a todos sus contradictores.

Apenas iniciado el proceso de los socialistas revolucionarios de izquierda, se filtró de un comité a otro una noticia inesperada, imprevisible: Lenin estaba

gravemente enfermo. Lenin lejos de Moscú, en un pueblo de las afueras... Lenin aquejado de dolores de cabeza y de una fatiga extrema... Lenin abatido por un ataque de parálisis...

En cualquier caso, un ambiente de verdadera catástrofe paralizó el Kremlin. Del despacho vacío de Lenin ya no salían mensajeros al galope portando sobres. En medio de esa atmósfera de desastre a Alfred Barthélemy le impactó aún más que antes la imagen de poder omnipotente. Parecía que el despacho de Vladímir Ilich fuese la cabeza de un pulpo del que salieran numerosos brazos, catalépticos ahora como su cabeza. La mayor parte de los despachos de los dirigentes quedaron tan abandonados como el del jefe supremo. Esperaban con toda su voluntad unas palabras de Lenin. Pero el rostro de Lenin, crispado por la arteriosclerosis, perdía toda su expresividad y ningún sonido salía de su boca. Sólo tenía cincuenta y dos años. Sus colaboradores, que se vigilaban mutuamente y estaban siempre listos a encajar los golpes de efecto provocados por sus disensiones, se habían preparado a cualquier eventualidad menos a ésta. La salud de Lenin constituía una de las bases inquebrantables de la revolución. Robusto, activo, de humor constante, alegre, parecía imposible que Lenin cayera enfermo como el común de los mortales y, menos aún, que desapareciera antes de haber culminado el edificio revolucionario. ¡Cincuenta y dos años! Lenin disponía al menos de tres decenios por delante. En 1950

sería el venerado abuelo de una revolución culminada y podría entonces morir en paz. ¡Pero no ahora! ¡No con sólo cinco años de trabajo constructivo! ¡No en medio de tantas dudas, de tantas contradicciones, de tantos conflictos internos!

Alfred Barthélemy quedó al margen tanto de la enfermedad de Lenin como del proceso de los socialistas revolucionarios de izquierdas. Por mucho que hubiera subido en la jerarquía, estaba demasiado lejos del poder real. Zinóviev y Kámenev no se alejaban del lecho de Lenin. En cuanto a Trotsky, durante todo el mes de junio se concentró en el tribunal, donde interpretó ese papel de gran inquisidor que tan bien le iba. Spiridónova y Gotz se defendieron con todas sus fuerzas, con todo su valor, pero su suerte había sido escrita por Trotsky y Dzerjinski mucho antes de la sentencia. Tras la condena a muerte de los catorce acusados, el único que hubiera podido salvarles era Bujarin, sólo él podía seguir escuchando sus razonamientos. Fred consiguió contactar con él y enseguida se vio arrastrado por el buen humor de este hombre pequeño y trepidante. Pese a la pena real que le causaba la enfermedad de Lenin, Bujarin conservaba su empuje juvenil. Alfred Barthélemy no tuvo ningún problema para convencerle de que intercediera en favor de los socialistas revolucionarios. Para mayor furia de Trotsky, los catorce condenados a muerte disfrutaron de una remisión condicional de la pena. Fred no se daba cuenta de que la

clemencia de Bujarin era mucho más perniciosa que la crueldad de Trotsky. Ejecutados, Maria Spiridónova y sus colegas se habrían convertido en mártires. Indultados, se convertían en muertos vivientes, anónimos, destinados irrevocablemente al olvido.

Fred no se acostumbraba a las ausencias de Galina. Ahora desaparecía durante semanas enteras. Luego, una noche, o algún día al alba, Fred oía llegar por el pasillo ese ruido de roces del cuero tan característico de su decidido andar. Rascaba la puerta, como un animal. Fred corría a abrirle.

El se reprochaba la complacencia y sentimentalidad que le inducían a esperar ansiosamente a su compañera. No comprendía que ella nunca le hablara de Alexis. La había visto rota, desesperada por la idea de perder a su hijo y ahora, aparentemente, ya no se preocupaba por él. Si Fred evocaba a Alexis, ella se encogía de hombros.

Fred no se atrevía a confesarlo, pero le carcomían los celos. No podía evitar imaginar a esos otros hombres que estrechaban a Galina entre sus brazos, que se reconfortaban con el calor de su cuerpo, que le hacían el amor. Se imaginaba a Galina en todas las posiciones posibles del coito y esas escenas lascivas se volvían pesadillas. Dormía poco y mal, pasaba las noches leyendo, buscaba en los libros una forma de esclarecer el enigma del mundo, cada vez más indescifrable.

Durante el verano, las cosechas quedaron arruinadas por una inusual sequía. La hambruna azotó regiones enteras de Rusia. En medio de esa catástrofe, Fred pensaba en los incomprensibles mujiks, eternas víctimas de todos los desastres: la guerra, la sequía, las inundaciones, el tifus, las hambrunas. Pensaba en Gorki, delgado, encorvado, lleno de nudos, como un árbol viejo que hubiera crecido sobre un suelo infértil; Gorki, que tanto se parecía a esos campesinos descritos complacientemente por numerosos novelistas rusos y a quienes, sin embargo, no conseguía apreciar. Pensaba en María Spiridónova, tan diferente de las pasmadas pueblerinas, tan menuda, y devorada por una gran pasión intelectual; y aun así era ella quien defendía encarnizadamente a esos mujiks que se inmolan por causas perdidas. Entre Gorki y Maria Spiridónova se había producido un intercambio de papeles. Pero en esa inmensa tragedia de la revolución ¿acaso había alguien que interpretara el bueno?, ¿que interpretara el papel que le correspondía?

A finales de otoño, un segundo ataque de parálisis se abatió sobre Lenin. Alfred Barthélemy no le había visto desde ese almuerzo en el Kremlin, junto a Guilbeaux, en el que Vladímir Ilich le había pedido que extendiese el círculo de acción de los «tontos útiles». Zinóviev no le ocultaba hasta qué punto el primer ataque había disminuido al jefe supremo. Sus rasgos permanecían congelados. Sólo conseguía caminar con un paso de autómatas. Sus frases

sufrían una cadencia vacilante, entrecortada. No le salían las palabras.

Todo el mundo era consciente de la catástrofe que representaba la enfermedad de Lenin. Además, en su ausencia el Kremlin se volvía absolutamente siniestro. Lenin era el único dirigente que daba una impresión alegre. Reía con facilidad. Incluso en ocasiones tenía que reprimir la risa floja mientras presidía una grave asamblea, como si esa situación burocrática le pareciera de lo más cómica. Fred recordaba la extraña figura faunesca de Vladímir Ilich, tantas veces burlón. Recordaba también su forma de mirar a su interlocutor a través de los dedos, colocando ante sus ojos su mano diestra en abanico; su forma de escuchar a sus visitas apoyando la mejilla sobre su mano y quedando absorto en la contemplación del techo hasta que su invitado, incómodo, terminaba abreviando o interrumpiéndose; su irritante forma de columpiarse en la silla, partiéndose de risa por cualquier nadería y soltando opiniones a menudo aderezadas con un humor que dejaba atónitos a sus interlocutores. La facultad de Lenin para la risa dejaba estupefactos a todos los plumizos que le rodeaban. En los primeros tiempos de la revolución, cuando debía afrontar en las asambleas a sus adversarios mencheviques o socialistas revolucionarios, reía incluso bajo los insultos, con el rostro alegre, divirtiéndose con todos esos obstáculos en su camino. Esa hilaridad

exasperaba a Trotsky, que rezongaba contra lo que a media voz llamaba los «pueriles rasgos de carácter» de Lenin.

Enfermo, Lenin ya no reía. Desde su soledad campestre, lejos del Kremlin, el poder que había erigido le parecía cada vez más una máquina enorme que aplastara su sueño. Veía ahora cómo esa máquina monstruosa, cuyas piezas había montado con tanta paciencia y que manejaba con destreza, se le escapaba, giraba sola, trituraba el ideal de su juventud. Se asustaba de esa burocracia que roía los músculos de la revolución. Tanta era su emoción que llegó a decir a Zinóviev (y éste se lo contó imprudentemente a Fred): «Todo me disgusta hasta tal punto que, independientemente de mi enfermedad, querría dejarlo todo y huir».

En medio de ese desaliento, Lenin se aferraba a su colaborador más tranquilo, más discreto, ése que Zinóviev había propuesto como secretario general del partido comunista para oponerse a Trotsky: Iósif Stalin.

Alfred Barthélemy nunca había hablado con Stalin. Todo lo que de él decían los otros miembros del Politburó le había disuadido de hacerlo. Bujarin se mofaba de él afirmando que «su principal cualidad, es la flema». Trotsky le trataba con una suficiencia despectiva y se atrevía a soltar, encogiéndose de hombros: «En la pantalla de la burocracia, la sombra de un hombre inexistente puede hacerse pasar por alguien». Y más inspirado añadía: «Es un mal hombre, tiene ojos amarillos».

Stalin devolvía a Trotsky la ofensa cuando ridiculizaba ante Lenin a esos «caballeros de la frase romántica», a esos «soñadores ultra revolucionarios». Para él, Trotsky no era más que un redicho grandilocuente, un atleta de músculos falsos. Lenin asentía, poco proclive a disfrutar de ese romanticismo y ese esteticismo de la revolución que gustaban a Trotsky. El sentido común de Stalin le tranquilizaba, al igual que sus incuestionables cualidades administrativas.

Así, a partir del segundo ataque de parálisis de Lenin, Stalin se convirtió en su invitado más asiduo y esperado. Ni Zinóviev, ni Kámenev se preocupaban por ello. Muy al contrario, esa familiaridad entre Stalin y Lenin les tranquilizaba. Alejaba al hombre enfermo de quien consideraban más peligroso, el «mariscal de campo» de uniforme blanco, el maquinador de un eventual 18 de Brumario.

Galina se reía de los celos de Fred. ¡Vaya problemilla burgués! Nunca había estado tan hermosa como desde que le era inconstante. Su cuerpo, sus andares, sus ojos negros, sus labios carnosos desprendían una sensualidad radiante. Desde que la perdía periódicamente, Fred no dejaba de pensar en ella, de aspirar a poseerla para sí solo. Durante sus fugas, añoraba a Galina con tanta intensidad que se mordía los puños de rabia. Al mismo tiempo, se apesadumbraba por sentirse tan ligado a las normas del

mundo antiguo. Alexandra Kollontái y Galina, mujeres del futuro, tenían razón. Él, miserable, permanecía postrado en un sentimentalismo anticuado.

Afortunadamente, le asignaron una misión importante. La Internacional Sindical Comunista iba a celebrar un nuevo congreso en Moscú a finales de año. Como con las asambleas precedentes, Zinóviev encargó a Alfred Barthélemy invitar a los delegados más eficaces y, en especial, a los de la CGT francesa. Una vez más, Fred tiró de sus relaciones con los anarquistas extranjeros para contrarrestar a los sindicatos autónomos que rechazaban vincularse a Moscú. Pero su acción se iba convirtiendo más en la de un burócrata que ejecuta las consignas de sus jefes que en una labor de proselitismo. Incluso le resultó repulsivo confesar al libertario Monmousseau la necesidad de romper la vieja CGT si se negaba a sumarse en bloque al Profintern; pero Monmousseau puso tal empeño en que las diferentes secciones votasen en favor de la adhesión que Fred hubiera quedado en entredicho de frenarle. Por 779 votos contra 391, la mayoría decidió ligarse a los dictados de Moscú. Una vez más, Alfred Barthélemy recibía la felicitación de Zinóviev.

Cada uno de los congresos internacionales aportaba su viento de revuelta, de rebeliones, de escándalos. Pese a ser simpatizantes, o incluso militantes de la Internacional Comunista, todavía no todos los delegados eran sumisos y

sus regresos a los países de origen marcaba a veces cambios espectaculares, como el de la CNT española. Esta vez, todo se habría desarrollado en la calma más total si, en la delegación francesa no se hubiera hallado una curiosa mujercita, secretaria de la Federación del Metal, llamada May Picqueray.

Todos los invitados se alojaban en el hotel Lux. Fred organizó una recepción en su honor en el Kremlin, un día después de su llegada. Hacía mucho que las salas de aparato habían superado el estado de abandono de principios de la revolución. Las carpinterías cubiertas de dorados, los lustres, los inmensos espejos, revivían el mismo decorado que en tiempos del zar. Caviar, blinis, pescados ahumados, carnes a la brasa, todo servido con profusión sobre mesas cubiertas con manteles blancos; en general, los delegados extranjeros salían sorprendidos por esta hospitalidad principesca que les daba la impresión de un régimen soviético en muy buena salud. Sin embargo, para mayor sorpresa general, una mujer se subió a una mesa y arengó a los comensales, recordándoles que el hambre se abatía sobre el campo y que le parecía escandaloso que los militantes obreros estuvieran cebándose en una juerga en detrimento de los proletarios rusos, para quienes escaseaba lo más necesario. Era May Picqueray. Recibió un considerable abucheo, pero no se achicó y se negó a permanecer más tiempo entre acaparadores y vividores.

Esta rebelde no carecía de feminidad. Tenía la edad de Fred, un rostro hermoso y unos cándidos ojos azules. Como Rirette, May pasaba sin transición de la ingenuidad a la exaltación. Bastaba con que viese una injusticia, una contradicción entre la teoría política y la práctica social (¡en Rusia estaba bien servida!) para que explotara. Su voz dulce se convertía entonces en un trueno. Uno se preguntaba cómo podían salir semejantes arengas de una boca tan encantadora. Durante toda su estancia en Moscú, May no dejó de indignarse. La delegación francesa se decía avergonzada de tener entre sus miembros a alguien tan pesado. Por contra, Fred enseguida se apercibió de que Zinóviev y Trotsky no sólo la dejaban hacer sino que buscaban pretextos para enfadarla. Con sus exageraciones, representaba demasiado bien el estilo de anarquista folclórica al que los bolcheviques todavía permitían todas sus fantasías como para privarse del espectáculo. Fred quiso advertirla de los efectos de su comportamiento. Ella le mandó a paseo sin más miramientos:

–Tú y Victor Serge estáis muy bien colocados para darme lecciones; sí, vosotros, los encubridores, los aliados. Los que encubrís, amigo, no valéis más que los encubiertos.

–Vas siempre dando lecciones a los compañeros, May. Y sin embargo, viajas con Monmousseau, que también sería un encubridor, por seguir con tu expresión. Y Monatte ¿qué sería?, ¿y Delesalle?

–Te los dejo. Los que a mí me interesan se llaman Lecoin, Armand.

–¿Qué es de ellos?

–Los dos acaban de salir de la cárcel, y los dos por antimilitarismo. Armand ha cargado con cuatro años y Lecoin con ocho.

–¿Conoces a Rirette Maitrejean, la compañera de Víctor?

–Sí, un poco.

Una inmensa esperanza se apoderó de Fred. Por fin había dado con el hilo que conducía a Flora y Germinal. Una inmensa esperanza pronto apagada, pues May musitó, disgustada:

–Esa ha desaparecido de la circulación.

Y luego continuó, hostil:

–Dime, encubridor, yo no cierro los ojos y estiro bien las orejas. No he venido hasta aquí para cebarme como todos esos cerdos que se dicen delegados. ¡Delegados y una mierda! Tengo la suerte de poder observar el paraíso de los soviets. Es peor de lo que imaginábamos. He visto a un profesor de filosofía y letras arreglando zapatos, a un ingeniero que me pedía que no le acompañara a su casa porque temía que sus hijos le denunciaran si se enteraban

de que acogía a una anarco-sindicalista. He asistido a una elección de delegados en la fábrica Dynamo. Todos los votos a mano alzada, por unanimidad. Las huelgas, prohibidas. La paga, calculada en función del rendimiento. Al obrero despedido le expulsan de su vivienda... ¡Todo eso es el sueño de los patronos capitalistas, no el sueño de los obreros!

–Tienes razón, May. Pero no acuses a los camaradas rusos. Les han seguido la corriente, igual que yo, porque durante los primeros años de la revolución los bolcheviques tomaron solos todas las iniciativas, todas las responsabilidades. Como nuestros camaradas rechazaban el poder, ellos lo tomaron. La desgracia es que, insidiosamente, el poder les ha contaminado. Ejército, policía, burocracia, todo vuelve a empezar.

–Y tú, ¿crees que no te has contaminado?

–Seguro que algo, pero lucho contra el sistema a mi manera.

–¿Por qué no te vuelves con nosotros?

–Me meterían una docena de balas en el cuerpo.

May miró a Fred sorprendida.

–Los bolcheviques son más ahorrativos –continuó con una encantadora sonrisa–. Bastaría con una bala en la nuca si te

empeñas en seguir entre esos caníbales. O terminas volviéndote como ellos o te liquidarán. Es el destino de los encubridores, amigo. O se pacta con la pasma o acabas tieso.

Antes de que se fuera la delegación francesa se organizó una cena en el Kremlin para celebrar su adhesión a la Internacional Comunista. Zinóviev quiso colocar a su derecha a May Picqueray y durante toda la cena le dirigió comentarios divertidos y galantes. Durante los canapés, Trotsky pidió que alguien cantara una canción como, según dijo, es costumbre en Francia después de una buena comida. Se produjo entonces un momento de duda. Nadie osaba lanzarse a una improvisación semejante delante de Zinóviev y Trotsky. Monmousseau se levantó, se acercó a May y le pidió que cantara una romanza. Para mayor sorpresa general, y sobre todo de Monmousseau, que a poco estuvo de ahogarse con su vodka, May Picqueray entonó con estruendosa voz *Le Triomphe de l'anarchie* de Charles d'Avray:

*Debozit, debout, compagnon de misère
L'heure est venue, il faut nous révolter.
Que le sang coule et rougisse la terre
Mais que ce soit pour notre liberté
C'est reculen que d'être stationnaire
On le devient de trop philosopher*

*Debout, debout, vieux révolutionnaire
Et l'anarchie, enfin, va triompher.*¹⁴

Trotsky no se dejó impresionar. Sonreía, con esa conmisericordia que se dedica a un niño maleducado.

–Ves, camarada May, como todavía hay libertad en Rusia: puedes cantar la anarquía en el Kremlin.

–Libertad para quienes aceptan, para quienes se adaptan –replicó May Picqueray–. El resto está en Butyrki. El año pasado, mis camaradas Lepetit y Vergeat desaparecieron. ¿Se reproducirá la hazaña?

Para hacer callar a May, los delegados corearon *La Jeune Garde*. El incidente quedaba cerrado.

No obstante, May Picqueray se situó involuntariamente en el origen de la ruptura entre Trotsky y Alfred Barthélemy y del odio que el creador del ejército rojo no dejaría de dirigir a quien había sido uno de sus colaboradores. Después de la cena, mientras los invitados se dispersaban por los salones del Kremlin admirando su magnificencia, Trotsky se acercó a May y le tendió la mano deseándole un buen regreso a Francia. May Picqueray metió precipitadamente sus manos

14 Traducción literal: «En pie, en pie, compañero de miserias / Ha llegado la hora, tenemos que rebelarnos. / Que corra la sangre y enrojezca la tierra / Pero que sea por nuestra libertad / Permanecer inmóvil es retroceder / Así quedamos filosofando demasiado / En pie, en pie, viejo revolucionario / Y la anarquía, al fin, va a triunfar» (Charles d'Avray, 1912). [N. d. T.]

en los bolsillos de su chaqueta y Trotsky se quedó con el brazo en el aire.

–Te niegas a darme la mano, camarada May, ¿por qué?

–Soy anarquista. Entre nosotros están Kronstadt y Majnó.

Trotsky se inclinó para tocar afectuosamente el hombro de la mujer y le pidió que se sentara a su lado en uno de esos inmensos sillones que debían de haber servido a los jugueteos de la Corte. Se esforzaba en ser amable. ¿Por qué estaba tan empeñado en convencer a un personaje tan poco influyente como May? ¿Qué reminiscencia evocaban esos inocentes ojos azules al «mariscal de campo»?

–Yo también –dijo, casi con dulzura en la voz–, yo también soy anarquista. Pero el pueblo ruso, inculto, tiene que evolucionar. Por eso atravesamos un periodo transitorio en el que la dictadura del proletariado es indispensable.

La hipocresía de Trotsky indignó a Fred hasta tal punto que no pudo evitar aproximarse y gritar:

–No es la dictadura del proletariado lo que han instituido, es la dictadura sobre el proletariado.

Trotsky miró a Fred con prepotencia. A su rostro impertérrito de costumbre sólo le faltaba un monóculo para identificarse totalmente con el de un oficial zarista.

–¿Quién es usted para hablarme con ese tono?

Zinóviev se precipitó.

–Es mi excelente colaborador, camarada Trotsky. ¿No le recuerda? Alfred Barthélemy, trabajó antes para usted junto a Sandoz.

–Se declara anarquista –continuó Fred–, pero usted es el verdugo de los anarquistas. May le ha hablado de Kronstadt y Majnó. Hoy mismo he sabido que noventa y dos anarquistas tolstoianos han sido fusilados por haberse negado a servir en su ejército. ¿Qué pasa con la objeción de conciencia instituida por la revolución? Usted no duda en pisotear las decisiones de los soviets. La pena de muerte está abolida y usted asesina en las prisiones.

Trotsky se giró hacia Zinóviev.

–No le recuerdo, pero no se preocupe, le recordaré.

–Recuerde también que es mi protegido, camarada Trotsky; mi colaborador y mi protegido.

Trotsky encogió los hombros y se fue a grandes pasos.

May miró a Fred, estupefacta.

–¡Así que eres tan insolente como yo!

–Estoy harto...

Como Fred era muy alto, la pequeña May se subió a uno de esos venerables sillones y se echó a sus hombros, besándole en las mejillas.

1923 fue un año terrible para Fred. De no haber aprendido desde la infancia todas las claves de la supervivencia, no hubiera conseguido escurrirse entre las mallas de esa red de acero que se abatió sobre él. La desconfianza, la astucia, el sueño ligero, la costumbre de mantenerse alerta... Recuperaba los reflejos de su época de vagabundeo por Les Halles de París. Poco después de su algarada con Trotsky tuvo la sensación de que le seguían mientras regresaba a su domicilio. En medio de la noche, un automóvil negro avanzaba despacio. De repente, se dio cuenta de que cogía velocidad. Un volantazo y el coche se subió a la acera, rozándole. Fred lo esquivó saltando hacia atrás, se apartó de él y salió corriendo a toda velocidad mientras el coche desembragaba y retrocedía. El automóvil se lanzó de nuevo en su dirección. No cabía duda. Le habían enviado un coche asesino. Sentía pánico y alivio al mismo tiempo. Este coche asesino significaba que no sería encarcelado, que la checa no iba a torturarlo. Había que suprimirlo con un accidente para que Zinóviev no pudiera intervenir y liberarlo. Fred huyó zigzagueando, como una liebre, forzando al automóvil a dar bandazos. El coche que le seguía le hubiera atropellado mortalmente de no ser por la barra de hierro que vio cerca de la puerta de una cochera. La recogió con presteza, dio media vuelta para mirar al automóvil que se le

abalanzaba y lanzó el objeto sobre el parabrisas, que estalló en mil pedazos. El coche se estrelló contra el poste de una señal. Fred regresó a casa, agotado.

Galina no estaba. Galina ya no estaba casi nunca.

Se sucedían las malas nuevas. Prunier le informó del encarcelamiento primero y de la expulsión después de Berdiaev. Prunier, que tenía vocación de mártir, protestaba por el exilio de Berdiaev. Para aumentar las posibilidades de que le persiguieran, no contento con caminar descalzo y exhibir una barba que parecía de pope, se colgó una gran cruz de madera en el pecho. Con lo que se ganaba los insultos, a veces hasta los golpes. Con un ojo morado y cubierto de escupitajos sonreía:

–Los bolcheviques traicionan el mesianismo del que son portadores –le decía a Fred–. La revolución está desfigurada, tenemos que volver a los orígenes. Tenemos que convertirnos en cristos sufrientes.

Abría las manos, como esperando recibir inmediatamente los estigmas.

Más tarde, Fred supo que María Spiridónova había sido internada en un asilo psiquiátrico. Le pidió explicaciones a Zinóviev, que, quién sabe por qué aberración, seguía tratándole como a un amigo. Sin duda el odio que Trotsky sentía por Fred, le revalorizaba a ojos de Zinóviev. Aun así,

Trotsky había conseguido alejar a Alfred Barthélemy de todas sus responsabilidades en la organización del Komintern. Ya no era más que una especie de secretario de Zinóviev, un cargo sin demasiada importancia.

–Spiridónova va a entrar en una clínica –exclamó Zinóviev con alegría–. Podrá leer, escribir, mientras espera recobrar su estado normal.

–Sabe muy bien que María Spiridónova no está loca –dijo Fred.

–Si no está loca, entonces somos nosotros quienes lo estamos.

Y añadió, con su voz nasal que tendía siempre a los agudos cuando se divertía:

–No ignora usted, camarada Barthélemy, las enormes dificultades que tenemos para decidir quién está loco y quién no lo está. La solución más sencilla es considerar que quienes encierran a los otros en asilos no son los más locos. Los verdaderos enfermos mentales son quienes tienen la debilidad de sufrir la encarcelación.

En marzo, un tercer ataque desplomó a Lenin sumiéndole en la impotencia. A partir de entonces, toda la política del Politburó giró en torno a lo que podría llamarse con algo de empaque una guerra de sucesión, aunque todavía no se

tratara más que de una maraña de intrigas. Zinóviev, el compañero más antiguo de Lenin y su confidente en el exilio suizo, interpretaba el papel de príncipe heredero. Pese a ello, Trotsky le preocupaba. El «mariscal de campo», siempre sospechoso de bonapartismo, ¿daría un golpe de estado? Llegaba la hora de oponerle una barrera segura. Para ello, y con la ayuda de Kámenev, por supuesto, propuso a Stalin, en tan buena sintonía con Lenin, que formase junto a ellos un triunvirato secreto. Tan poco secreto que Bujarin pronto se sumó a la troica. Además, Zinóviev discurría sobre ello ante Alfred Barthélemy como si quisiera que su secretario no se perdiera ninguna de sus maniobras.

–A Stalin –le decía–, el más modesto y abnegado de todos, no le gusta ni el dinero, ni los placeres, ni el deporte, ni las mujeres (menos la suya). Es amable con todo el mundo, incluso con Trotsky.

Fred no tenía opinión alguna sobre Stalin, el hombre menos visible del Politburó y, por ese mismo motivo, el que menos intrigante parecía.

Lenin luchó contra la muerte hasta el 21 de enero de 1924. A Alfred Barthélemy apenas le llegaron algunos ecos del pánico que ésta produjo entre los dirigentes. Tan sólo sabía gracias a Zinóviev que existía un testamento y que Lenin designaba en él a su o sus sucesores. Así, el partido, que se había vuelto monárquico, reconstruía su propia aristocracia; los soviets de obreros y campesinos quedaban excluidos del

poder electivo. Lenin erraba su despedida. Con su muerte, se cerraba la fase idealista de la revolución rusa. Fred tenía absoluta conciencia de ello. Había vivido con demasiada intensidad, de demasiado cerca, todos esos acontecimientos extraordinarios que habían sucedido desde que llegara a Moscú como para no estar convencido de que ya no tenía nada que hacer en una aventura que renegaba un poco más cada día de la maravillosa utopía de 1917, la que le había conducido, a él, a Alfred Barthélemy, a ese país de hielo y nieve para participar en el nacimiento de un nuevo mundo. Lenin erraba su despedida. Y Fred buscaba una vía para efectuar la suya. Ya nada le retenía en Moscú, salvo Galina, pero sus sentimientos por Galina se transformaban en un sufrimiento insoportable.

Antes de irse a Oslo en misión diplomática, Alexandra Kollontái había intentado hacerle entrar en razón, explicarle que los celos, enfermedad bastante repulsiva, tan sólo manifestaban una impronta del conformismo burgués. Los celos y la libertad son antinómicos. ¿Cómo él, el libertario Alfred Barthélemy, podía estar celoso? Un revolucionario debe superar sus contradicciones; más aún, debe hacerlas desaparecer.

–Mírame –le dijo la hermosa Alexandra, girando sobre si misma como una magnífica noria–, mírame. ¿Acaso siento celos de las compañeras de mis amantes? ¿Estoy celosa de la situación dictada por el camarada Lenin, ese gran

chinovnik? ¿Me has visto quejarme del exilio al que me empujan? Debería estar celosa de Galina, que aprieta tan fuerte tu corazoncito. Pero me encanta Galina, y me encanta mi pequeño Fred. Yo soy una abeja obrera. Me embriago con la miel.

Fred bajó la mirada y ella tomó su mentón entre sus dos manos, obligándole a mirarla. Le besó en la boca con apetito. Y luego se alejó riendo.

–¡Podrías ser mi hijo! ¿Incesto? ¿Qué es el incesto? Una invención de los popes. Además, no eres mi hijo. Pero no tengo ganas de acostarme contigo. O al menos no hoy. Dejemos pasar el tiempo. Eres demasiado triste, querido camarada. Sólo me gusta acostarme con hombres felices. Vuelve cuando seas feliz.

Alexandra le condujo fuera, amablemente, amenazándole con un dedo, como una profesora a un niño distraído.

«Eres demasiado triste»... Es lo que también le decía Galina. «¿Cómo quieres que me quede contigo? Eres demasiado triste.» Estaba demasiado triste porque ella le dejaba y ella le dejaba porque estaba demasiado triste. ¿Cómo escapar del círculo? Escapar... Alfred Barthélemy estaba obsesionado por escapar de Rusia, escapar de ese callejón sin salida en el que la revolución iba a hundirse. Se sabía vigilado. Si se alejaba de Moscú por sus propios

medios no llegaría muy lejos. Buen pretexto para liquidarle, en delito de fuga.

Se filtraron rumores sobre el contenido del testamento de Lenin, leído en el Comité Central y desde entonces conservado en secreto. ¿Por qué? ¿A quién desautorizaba? ¿A quién cuestionaba? Zinóviev parecía preocupado, amargo. Sin embargo, en las exequias de Lenin, la troica ocupaba los primeros puestos y se comentó mucho la ausencia de Trotsky. Poco después de esta ceremonia, que recordó desagradablemente a Fred los fastos necrológicos de las instituciones burguesas, Zinóviev le confió una misión. El ex capitán Sandoz seguía trabajando en Odessa a cuenta de Trotsky. Zinóviev estaba preocupado por lo dilatado de su misión. Encargó a Alfred Barthélemy que esclareciese el papel de Sandoz y, en caso de ser necesario, que lo contrarrestase.

Así Fred volvía a su punto de partida, cerca de aquél con quien había trabajado. Se reencontró con Sandoz en Odessa sin demasiado entusiasmo. Una falta de entusiasmo recíproca, ya que Sandoz no ignoraba que Fred, agente de Zinóviev, le hacía una visita carente de cortesía. En ese decorado, un hermoso palacete a orillas del mar, sobre una ensenada en donde patrullaban navíos de guerra, Sandoz posaba como un alto magistrado.

Odessa ofrecía la suavidad de una bonita ciudad meridional y la tranquilidad de una ciudad media de

provincias. Después de sus cuatro años de vida turbulenta en Moscú, Fred tuvo la impresión, por primera vez en su existencia, de descubrir las vacaciones. Como su misión no era en absoluto urgente y Zinóviev le pedía principalmente escuchar tras todas las puertas, pasaba la mayor parte del día paseándose, fascinado por esas inmensas escaleras en las que, durante el motín del acorazado Potemkin, la población desarmada había sido fusilada por los soldados del zar. ¡Qué hermosa parecía la revolución en 1905!

Alfred Barthélemy se dio cuenta de que una de las principales funciones de Sandoz consistía en hacer llegar al extranjero tanto escritos de propaganda destinados a los partidos comunistas como hombres encargados de discretas misiones. Para ello recurría a contrabandistas búlgaros y rumanos. De repente, la puerta de salida se hallaba al alcance de su mano. La única dificultad, ya que no podía utilizar las redes de Sandoz, sería engañar por sus propios medios a uno de esos barqueros.

Descubrió que, aunque Sandoz pagaba muy caro a esos mensajeros nocturnos, no con los devaluados rublos, sino con monedas de oro estampadas con la efigie del zar, algunos contrabandistas aprovechaban ese tráfico para introducir en Rusia panfletos contra los comunistas, o incluso armas destinadas a grupos ilegales. Una complicada investigación le reveló que en la URSS todavía había grupos anarquizantes que no habían perdido toda esperanza de

abatir la dictadura bolchevique con simples brownings. Acechar una entrega, en uno de esos discretos parajes de la costa, entre Odessa y la frontera rumana; precipitarse sobre el contrabandista, solo en su frágil embarcación cargada hasta los topes, mostrando su carné de funcionario del Kremlin; hacerle pensar que la checa estaba lista a intervenir, oculta en los matorrales; negociar su silencio a cambio de llevarle a Rumania... La operación funcionó con mayor facilidad de la que Fred esperaba.

La noche siguiente, Fred se encontró con el barquero rumano en los meandros del delta del Danubio. La barca estaba llena de fardos de libros y panfletos entregados por Sandoz. Fred se instaló como pudo, frente al remero, que miraba con hostilidad a este inquietante clandestino. Fred tocaba el bolsillo de su abrigo para comprobar que no había perdido ese misterioso documento que iba, o eso creía él, a revolucionar las bases de la política occidental: una copia del famoso testamento de Lenin, escamoteada a Zinóviev.

III. EL OGRO DE BILLANCOURT

(1924–1935)

La realmente asombrosa inconsciencia de esos cobardes termina igualando a los más valientes: mientras puedan disfrazar a uno de sus perros de gendarme, a otro de juez y al tercero de agente del fisco, vivirán de galletas y de conservas en el centro de la ciudad en llamas esperando tranquilamente de hora en hora la victoria del partido del Orden.

Georges Bernanos,
La Grande Peur des bien-pensants, 1931

Alfred Barthélemy no alcanzó París hasta noviembre de 1924. En mayo, la Coalición de Izquierdas había formado un nuevo gobierno en Francia en el que primaban los radicales.

Gastón Doumergue, nuevo presidente de la República, se había apresurado a reconocer a la URSS y amnistiar a los tráfugas franceses de Moscú para afirmar el nuevo viraje de la política francesa. Fred quedaba así exculpado. Por una curiosa coincidencia, tras llegar a la Gare de l'Est lo primero que vio en el Boulevard Magenta fue un desfile de hombres endomingados detrás de banderas rojas. Decenas y decenas de grandes banderas rojas, enarboladas con orgullo sin que la policía interviniera. Nada que ver con las tumultuosas manifestaciones que Fred había conocido antes de la guerra, siempre dispersadas por los asaltos de la guardia republicana a caballo. Uno casi podía creerse en Moscú, en alguna conmemoración oficial.

Fred preguntó a alguien. Le dijeron que era el entierro de Jaurés. ¿Jaurés, asesinado en 1914? El mismo. La Coalición de Izquierdas trasladaba sus cenizas al Panteón. Las delegaciones se dirigían al Palais-Bourbon, donde se había expuesto el féretro tras llegar de Albi. Aunque Fred esperaba todo tipo de sorpresas en su vuelta a Francia, nunca hubiera imaginado aquello; acompañó a sus interlocutores bajando hacia la Place de la Concorde para no perderse nada del espectáculo.

En cuanto llegaron cerca de La Madeleine se toparon con calles bloqueadas por una muchedumbre impaciente que se apiñaba entre empujones, exigiendo verlo todo. Un chaval con una gorra a cuadros, que le recordaba un poco a Hubert,

le tiró de la manga y le propuso dar un rodeo. Salieron hacia las Tullerías y enseguida llegaron a la terraza de L'Orangerie que domina el Sena. Delante de la Cámara de los Diputados, sobre un estrado y a la sombra de un pórtico, se veía un catafalco entre dos inmensos pebeteros de los que brotaban llamas. Los altavoces emitían una música pomposa.

–Gustave Charpentier la ha compuesto para el acto –dijo el chaval de la gorra.

–¿Gustave Charpentier?

–Sí, el de Louise.

Y como Fred manifestaba tanta sorpresa ante la evocación de esa Louise como ante la de Charpentier, su compañero añadió:

–Louise, hombre, la ópera... Pero ¿de dónde sales?

Debajo, delante del Palais–Bourbon, una veintena de mineros reconocibles por sus ropas de trabajo y sus cascos avanzaron para alzar el féretro sobre sus hombros. El cortejo se movió lentamente, tomando el Boulevard Saint–Germain. Se sucedieron los estudiantes, las delegaciones de las ligas republicanas, los francmasones y los representantes de las cooperativas. Y luego miles de comunistas, en filas prietas, enarbolando cientos de banderas rojas.

–Mira –dijo el chaval de la gorra–, el entierro de la burguesía deja paso a las banderas rojas.

Fred tenía más bien la desagradable impresión de que esta ceremonia oficializaba el estandarte de los bolcheviques. El pobre Jaurés no era más que un pretexto. Le metían en el Panteón igual que en Moscú se canonizaba a Lenin, convertido en santa momia en su relicario de cristal. Jaurés y Lenin, muertos; con ellos moría la utopía revolucionaria. Desfilaban ahora las congregaciones.

Hacía años que Fred esperaba volver a París y, desde el primer día, tuvo la desagradable impresión de que París no era el mismo, de que también la gente había cambiado. Nunca se había sentido realmente extranjero en Moscú. Era ahora, de regreso en Francia, cuando se sentía fuera de lugar. Los parisinos vestían de una forma diferente. Las mujeres llevaban unas faldas tan cortas que le dejaban atónito. Comparado con la penuria rusa, el relativo bienestar que se exhibía en las tiendas rebosantes de mercancías, en los vestidos nuevos de los joviales pasantes, le revelaba que la guerra no le había soltado desde que le atrapara en la adolescencia; que su estancia en Rusia no había hecho sino continuar ese estado de guerra; que no era más que un prisionero liberado, un prisionero olvidado al que nadie esperaba.

Durante nueve meses había vivido como un fugitivo, unas veces encarcelado como supuesto agente del Komintern,

otras expulsado como anarquista. Había recorrido toda Europa central en zigzag, escapando sólo gracias a una suerte increíble a dos atentados perpetrados por esbirros de Dzerjinski. En Alemania, Erich Mühsam le aseguró protección y amistad, aunque la reciente derrota de la revolución alemana había sumido en la consternación a la extrema izquierda. Mühsam, un anarquista al que habían engatusado como a Fred, había empujado a sus camaradas libertarios a sumarse a la III Internacional bolchevique. Ahora, se atormentaba al descubrir el penoso resultado de su acción. Lo que Fred le reveló era aún peor de lo que imaginaba.

¿A quién visitar en París? A Delesalle, por supuesto. Era lo más fácil. Su librería de la Rue Monsieur-le-Prince permanecía inmutable. Paul y Léona todavía se hallaban en medio de su batiburrillo de libros. Sólo faltaba el perro, el grandote Libro, muerto de viejo. Los Delesalle recibieron a Fred como a un hijo pródigo. Querían saberlo todo de su vida, de lo sucedido en Rusia. Fred hablaba. Por fin podía hablar a corazón abierto. Habló de Majnó. Transmitió el mensaje de Majnó, como había hecho con Erich Mühsam. Les enseñó la copia del testamento de Lenin. Paul Delesalle leyó atentamente ese talismán, sorprendido sólo de que Lenin situara en un plano de igualdad a Trotsky y a ese tenebroso Stalin. La incredulidad que Fred adivinó en los ojos de Delesalle le descompuso. Si Delesalle no creía en la autenticidad de ese documento, ¿quién le creería?

-¿Qué piensas hacer con él?

-Transmitírselo a todos los partidos de izquierdas. Incluso a los comunistas que ignoran su existencia.

-Lo tomarán por una falsificación.

-¿Habría tomado todos esos riesgos para traer una falsificación?

-¿Quién te garantiza que Zinóviev no te haya engañado, o que el mismo Zinóviev haya sido engañado? Con todo lo que me cuentas de las rivalidades del Kremlin, uno puede esperarse de todo. Aunque las rivalidades del Kremlin, los franceses las miran desde lejos. La victoria de la izquierda en las elecciones les parece mucho más importante. El gobierno ha reconocido la legalidad de la revolución soviética...

-Ya no se trata de una revolución soviética sino de un gobierno bolchevique.

-¡Para el pueblo francés es una inmensa esperanza! La estrella roja de la bandera rusa reemplaza a la estrella de Belén que guiaba a los magos en la vieja cultura. Nuestra nueva cultura, por muy racional que sea, también necesita una estrella. Por mucho que hagas, no llegarás a apagar ese resplandor que brilla por encima del Kremlin. Y tanto mejor que así sea, porque de apagarla, apagarías toda esperanza.

–Conocí a Rosmer en Moscú. El me creerá.

–Seguro que te cree, pero te dirá que el partido comunista arrastra a masas entusiastas; que despierta a la clase obrera francesa; que no es el momento de decepcionarla.

–No ha reaccionado cuando le he hablado del final de Majnó. Ya que usted publica libros, tiene que difundir este testimonio. La memoria de los vencidos se pierde. Usted es el mejor situado para salvarla.

Delesalle, envejecido, muy cansado, algo hundido, sacudió la cabeza en signo de negación.

–¿Por qué te preocupas por Majnó, Fred? No es buen caballo. Tan sospechoso como la banda de Bonnot. Se cuentan horrores sobre él. Su final es triste, como todas las agonías. Pero eso no borra sus orgías, sus pogromos. Trotsky me parece más sano. Fred, me preocupa esa tendencia tuya a deslizarte del lado de los maleantes. Valet, Almereyda, Majnó, todos son de la misma calaña.

–Mira usted a Rusia desde demasiado lejos y lo mezcla todo. Majnó fue alzado por la Ucrania libertaria. Quizás se haya dejado llevar hasta las orgías embriagado por sus victorias, no lo sé, pero masacres de judíos, no. Sus dos consejeros más influyentes eran judíos: Volin y Baron.

Como Delesalle se obstinaba en no querer perder sus ilusiones, Fred le preguntó por Flora y por Rirette. Pero no había vuelto a ver a las dos mujeres. Se despidieron, con un sentimiento amargo. Léona, que se había quedado sorda, no había oído nada de su conversación. Besó a Fred en las mejillas, con tres sonoros besos, invitándole a cenar alguna de las próximas noches.

Al cruzar el Carrefour de l'Odéon, la estatua de Danton le detuvo, como antaño. El bronce todavía goteaba por un reciente chaparrón. Danton, ese Danton que Trotsky creía encarnar y que parecía tan diferente por su enorme corpulencia. La incomprensión de Delesalle dejaba en Fred una sensación de derrota. Se daba cuenta de que nadie le esperaba; ni Flora, ni ningún camarada. Durante esos seis años, todos habían seguido su camino.

¿Cómo vivir ahora? ¿De qué? ¿Qué haría? En Rusia, el partido había cubierto todas sus necesidades. Durante su fuga había sido acogido y amparado por libertarios o por grupos decepcionados con el bolchevismo. Unas veces su aval había sido ser un «hombre de la Organización» y otras «tránsfuga de la Organización». Iría a ver a Rosmer y Monatte, todavía miembros del partido comunista, pero sólo para desvelarles los últimos avatares de la revolución rusa y para enseñarles el testamento de Lenin. Se aferraba a la insensata idea de que Rosmer y Monatte aún podían desviar la política del partido y de que trabajaría con ellos.

Los dos hombres le acogieron sin agrado, abrumados a fuerza de recibir una y otra vez en pleno rostro, y de parte de antiguos amigos, el fango de Kronstadt. Y ahora Majnó, no, ya basta... Y ese turbio testamento de Lenin... Lenin criticando a todos sus colaboradores para terminar sin designar a ninguno digno de sucederle... Ese papel olía demasiado a invención reaccionaria. Lenin chocho, todo el Politburó con pinta de indeseables... No, era una caricatura demasiado grosera.

Las reticencias de Rosmer y Monatte para escucharle le parecieron extrañas. Todavía no comprendía que, para los miembros del partido, se había convertido en un traidor. Él tan sólo se creía un opositor, un contradictor.

Alguien le habló de un nuevo diputado comunista, elegido recientemente mientras purgaba una pena de prisión por antimilitarismo. Se trataba de Jacques Doriot, a quien había conocido en Moscú. Fred se precipitó a su oficina. Doriot recordaba, por supuesto, al colaborador de Zinóviev. Sin embargo, del análisis realizado por Barthélemy, más que del oscuro testamento, deducía que Zinóviev se convertía en el hombre fuerte de Rusia. Desde la muerte de Lenin, el partido comunista francés no sabía a qué santo encomendarse y, gracias a Fred, Doriot fue el primero en apostar por Zinóviev. No obstante, tuvo la precaución de no colocar a Barthélemy bajo su protección. Sus amistades libertarias, durante mucho tiempo útiles al partido, hoy le

descalificaban. Fred ignoraba que por orden de Moscú el partido comunista francés había roto brutalmente con las organizaciones anarquistas a principios de año. Hasta entonces, comunistas y anarquistas habían realizado acciones comunes: contra el tratado de Versalles, contra Mussolini, contra Primo de Rivera, en defensa de Sacco y Vanzetti. Esa asociación puntual, que respondía a la colaboración de comunistas y libertarios en los primeros soviets, ya no existía. Incluso se había producido un pequeño Kronstadt durante un mitin en la Grange-aux-Belles, en el que los comunistas habían tirado a quemarropa sobre los anarquistas, matando a dos de ellos.

May Picqueray, a quien consiguió encontrar sin demasiados problemas, subsanó sus lagunas al contarle que la FCRA (Federación Comunista Revolucionaria Anarquista), transformada en UA (Unión Anarquista), rechazaba ahora el término comunista desnaturalizado por los bolcheviques; que hasta sus camaradas sospechaban de Majnó, aunque ella conservaba admiración y afecto por él; que, de todas formas, ella defendería siempre a los proscritos; y que ninguno de los líderes de la Unión había viajado a Moscú, rechazando así toda colaboración con los comunistas.

–Me gustaría conocer a alguno de esos líderes.

–Entonces, visita primero a Lecoin.

Alfred Barthélemy se encontró con Lecoin en la sede de *Le Libertaire*. Recordaba haberle visto en el pasado, en Belleville, distribuyendo panfletos; e incluso aquel comentario de Rirette sobre que apenas daría de qué hablar porque le encerraban en cuanto abría la boca. Lecoin contaba ya con seis años de cárcel en su haber, pero la prisión, en vez de aniquilarle, le había propulsado como líder. Mientras que la mayor parte de los «viejos» anarcas se habían devaluado por su participación en la Unión Sagrada, mientras que Delesalle, Rosmer, Monatte o Monmousseau se sumaban al partido comunista, Lecoin seguía siendo un libertario puro, ineludible. Fred se quedó sorprendido de lo bajo que era. Fred se había sentido muchas veces incómodo por su propia estatura, como aquella vez, en el Kremlin, en que se apercibió avergonzado de que estaba una cabeza por encima de Lenin. Lecoin, por muy bajito que fuera, había adquirido un poderío tal que ese mismo año había conseguido que liberaran a Emile Cottin, «el asesino de Clemenceau». No mostraba complejo alguno por su corta estatura. No malgastaba ni un milímetro de ella: se estiraba bien sobre sus talones, con el mentón alzado y miraba a su interlocutor con sus ojos redondeados.

Lecoin, después de haber hojeado el testamento de Lenin, exclamó:

–¡Un testamento! ¿Te das cuenta de lo que traes? Lenin, como todo buen burgués, redacta un testamento de padre

de familia, deshereda a unos, bendice a otros. ¡Ja! Sí que es un digno sucesor del supremo burgués Karl Marx, que tanto velaba por la virtud de sus hijas y se acostaba luego con la criada. ¡Un testamento! Pero ¿por qué iban a importarnos las últimas voluntades de Lenin?

May se interpuso, recalcando que en Moscú Fred siempre había sostenido a los libertarios.

Lecoin se encogió de hombros.

–No cabe duda alguna de que los partidarios de la dictadura que se dice del proletariado nunca habrían causado tanto daño entre nosotros si revolucionarios íntegros como Monatte no les hubieran echado una mano. Monatte, Delesalle, Rosmer, han aclimatado el bolchevismo en Francia. Ahora el mal está hecho. Ya se arrepentirán. Mientras tanto, somos todos nosotros quienes vamos a degustarlo. Tú, Barthélemy, tú has hecho algo peor. Has utilizado a los libertarios para asentar la autoridad del Komintern.

–No –protestó Fred–, he empleado el Komintern para infiltrar a nuestros camaradas libertarios.

–¿De verdad lo piensas? ¿Es inocencia? ¿O es que eres un cabrón?

Tras esa subida de tono, Fred dejó *Le Libertaire* junto a May, que intentaba calmarle:

–No te martirices. Louis tiene mal carácter, pero es un buen tipo. Y recuerda que también a mí me parecías algo sospechoso en Rusia. Hasta el día en que, delante de mí, mandaste a paseo a Trotsky. Ellos no se dan cuenta desde aquí; creen que Trotsky es alguien como Cachin.

¿Cachin, Frossard? Recordaba a esos lamentables delegados franceses durante la creación de la III Internacional. Cachin amonestado por Bujarin y llorando como un chiquillo.

–¿Qué ha sido de Frossard? –preguntó Fred a May.

–Abandonó a los comunistas el año pasado para regresar al partido socialista.

Fred se presentó en casa de Frossard. Éste leyó atentamente la copia del testamento y se la devolvió a su invitado sin decir una palabra.

–¿Me habría arriesgado tanto para traer un documento falso?

–Imagino que es cierto. Refleja exactamente las disensiones en el seno del partido. Por eso lo he abandonado. Pero si es cierto, mayor razón de no hablar de él. Esperemos el próximo acto. De todas formas, ¿qué

podemos hacer? ¡Qué tontería! Trotsky, el más listo, se llevará el gato al agua... Le aconsejo guardar silencio. Además, a usted no le escucharán. Francia, que por fin tiene un gobierno de izquierdas, no tiene interés alguno en ponerse a mal con los bolcheviques. Tendría que haberse quedado en Rusia, monsieur Barthélemy, allí disfrutaba de una buena posición.

A Frossard le traía sin cuidado. Fred, de vuelta en Francia, se quedaba desnudo. Ya no era nadie, no poseía nada, no representaba a nadie. Ahora comprendía mejor la fuerza con la que los funcionarios soviéticos se aferraban a sus privilegios, cometiendo todo tipo de bajezas en cuanto se sentían en desgracia. Comprendía el miedo de los delegados extranjeros a los que Moscú acusaba, el miedo de todos los cargos de ser degradados a las bases. La dictadura sobre el proletariado resultaba de esa angustia de perder un sillón confortable. ¡Aquí estoy y aquí me quedo pase lo que pase!

Fred nunca se había librado a tales cálculos. Por eso se hallaba ahora tan desguarnecido. Ese testamento de Lenin, transportado con tanto celo durante un año, como si fuera una bomba, no interesaba a nadie. Él mismo, un tráfuga de esa Rusia bolchevique que fascinaba al mundo entero, no interesaba a nadie. Desprovisto de su función, de su poder, de sus protectores, iba a la deriva, como un pecio, recorría las calles de París como un sonámbulo.

Por supuesto, buscó desesperadamente el rastro de Flora. En la Rue Fessart un edificio nuevo reemplazaba la vieja casucha en donde vivían Rirette y Víctor. París había cambiado mucho. Sólo Les Halles permanecían inmutables, con su exuberancia de productos, carros y mozos; con multitud de tenderos y clientes; con sus gritos y sus voces resonando bajo los toldos de hierro. Aun así, había un elemento que por sí solo modificaba singularmente el entorno del mercado: la casi total sustitución de los caballos por camiones automóviles. Los coches de los pescadores seguían bajando al alba por la Rue Poissonnière, pero ya no se trataba de carretas. Iban cubiertos con lonas, cerrados. Las piernas de Flora no hubieran podido balancearse en ellos.

Carente de todo recurso, Fred solucionó lo más urgente haciéndose mozo descargador. Durante los descansos, se adormecía sin problemas en un rincón de las paredes de Saint-Eustache.

De vuelta a su punto de partida, Alfred Barthélemy se quitaba de encima su vida política. Cuanto más pasaban los días, más lejana le parecía, más inverosímil, absurda. Se dejaba sumergir en una especie de somnolencia. Los bultos que cargaba mantenían su estado físico, pero su mente se anquilosaba. Al dormirse, a veces sentía la desagradable impresión de resbalar en un pozo, interminablemente.

Una noche, Fred se despertó sobresaltado, empapado de sudor, con la angustia apretándole el costado. Esta vez había resbalado hasta el fondo del pozo y se debatía en el agua para no ahogarse. Se asfixiaba. Un regusto salado en la boca le daba realmente la impresión de haber tragado agua. En cuanto se levantó el día, se precipitó a la Rue Monsieur-le-Prince. La librería de los Delesalle todavía no estaba abierta. En el Carrefour de l'Odéon el gran Danton de bronce seguía con el brazo tendido, llamando al auditorio, siempre igual de audaz. Unas irrespetuosas palomas manchaban la estatua con sus guanos, que parecían lágrimas que se escurrieran por el rostro del tribuno. Cuando Paul Delesalle quiso abrir las contraventanas de madera, se topó sorprendido con Fred durmiendo como un vagabundo.

Despertarle, prepararle agua para que se lavara, hacerle un café caliente; Paul y Léona se desvivían. Su paternidad y maternidad reprimidas se volcaban en mimos hacia este hijo que regresaba a ellos. Fred desplegaba su largo cuerpo, se estiraba, se desentumecía. La bondad de los Delesalle le reconfortaba más que el café caliente.

–Hablemos de cosas serias –dijo Delesalle–. ¿Y si retomaras tu oficio de ajustador?

–Es muy probable que haya perdido la mano. Y no tengo certificados.

-Ya te apañaré eso con la Federación del Metal. Te colocaremos en alguna fábrica donde tengas tiempo de practicar. Y por supuesto, nunca has estado en Rusia. Sales de una enfermedad. Además, con esa pinta de muerto redivivo no le extrañará a nadie.

Una vez más los Delesalle se las apañaron para conseguirle hospedaje y comida. En cuanto al puesto de mecánico ajustador, se lo encontraron enseguida; por entonces la oferta de empleo era abundante.

Al comenzar su primera jornada laboral, Fred colocó mecánicamente sobre el banco: a la derecha sus herramientas de trabajo; y a la izquierda los instrumentos de medida, protegidos con un trapo. Le pareció entonces que por algún tipo de operación mágica volvía a la casilla de partida de un absurdo juego de sociedad. La víspera de su ingreso en el ejército había confiado sus herramientas a Delesalle. El librero se las devolvió como un viático. Su hermoso calibrador de aprendiz, sus escuadras, un pequeño martillo, una lima, Fred los tomó con emoción y con temor. Temor de no saber cómo utilizarlos con eficacia. Pero enseguida, con las primeras pruebas, recuperó la práctica. La sentía en sus dedos, en la precisión con la que apoyaba el mango de la lima en la palma de su mano derecha, con el pulgar por encima. Mantenía su cuerpo muy recto, el pie izquierdo dirigido hacia la base del tornillo de banco, tocándolo casi, la pierna derecha retrasada. Durante toda la

mañana se limitó a hacer pruebas a mano: cincelado, serrado, limado, desbastado. Se sorprendió al ponerse a silbar una cancioncita. Cuánta razón había tenido Delesalle al hacerle entrar como aprendiz en el pasado. Su oficio regresaba a todos sus músculos, a su cabeza. Temía el momento en que tendría que realizar operaciones de trazado. Podría leer el dibujo, claro, pero ¿traduciría rigurosamente con el compás las indicaciones cotadas? No le preocupaba su vista, ni su cerebro, sino su mano, que desde hacía seis años ya no asía herramientas. Poco antes de acabar la mañana, un joven obrero, que debía de tener más o menos su misma edad, examinó su trabajo; no hizo ningún comentario, se preocupó sólo de si tenía todos los instrumentos necesarios. Como Fred no tenía gafas de protección, se quitó las que llevaba en la frente y se las ofreció.

–Ya me las devolverás cuando me ponga a desbastar.

Se había tomado la molestia por simple compañerismo. Algo más tarde, volvió a pasar para ver la calidad del ajustado y le prestó una pinza con pasador. Este detalle le infundió ánimos. Se sentía adoptado por el taller. El desconocido regresó a su puesto. Fred le miraba cincelar, con el hombro inmóvil, imprimiendo sólo movimiento al martillo con el antebrazo y la muñeca. Ese obrero le recordaba a Hubert. Hubert, desaparecido; como Flora, como Rirette. ¿Cómo se podía desaparecer así, en una

ciudad como París, en un barrio como Belleville, mientras que a Victor y a Volin, empujados a una vida errante y peligrosa, se los habían encontrado sin más en Moscú?

El taller en donde trabajaba Fred, de tamaño medio, agrupaba a unos cuarenta obreros. Todas las máquinas estaban instaladas en un gran hangar, alto como la nave de una iglesia. Las correas, tornos y puentes giratorios ocupaban todo ese espacio. Pulidoras, mortajadoras y muelas llenaban el local con un concierto de ruidos estridentes. Fred sonreía recordando la tranquilidad de las oficinas del Kremlin, tranquilidad que ocultaba tantas tormentas en la mente de los miembros del Politburó. Qué lejos quedaba todo eso, tan lejos que, de nuevo en un entorno proletario, Fred tenía casi la impresión de haber soñado ese viaje fabuloso al país de los soviets. Sí, había regresado a la casilla de partida. Quizás incluso nunca hubiera partido de ella.

Curioso: ese joven obrero que se interesaba por su trabajo también se llamaba Hubert. Había estado en la guerra y había vuelto maltrecho, amargo. Al igual que el otro Hubert, el desaparecido, se ponía la gorra de lado, dándose así un toque de picardía. Fred se alegraba de haber encontrado tan pronto un buen amigo. Pero, aunque tenían la misma edad, aunque los dos portaban sobre su piel la mordedura de la abominación de las trincheras, aunque practicaban el mismo oficio de ajustador, sobre la consciencia de Fred

pesaban sus seis años en Rusia, pesaban tanto que a veces le hacían tambalearse. Ese peso aumentaba por el silencio que se imponía. Estaba amnistiado, sí, de su desertión junto a Sandoz y Prunier, pero la prudencia le recomendaba no evocarlo. Al regresar, sus primeros contactos le habían mostrado claramente que todos desconfiaban de él, salvo quizás su viejo amigo Delesalle. El propio Fred había enviado a Occidente emisarios del Komintern minuciosamente camuflados y sabía muy bien que nunca conseguiría probar que no era uno de ellos. Además, el auge del comunismo entre la clase obrera francesa le haría la vida imposible en la fábrica si le convertían en «el traidor». Más valía desaparecer, entrar en vereda, hacerse olvidar. Había comenzado ese proceso vagabundeando en Les Halles. Ahora, tan solo deseaba convertirse en un obrero anónimo, como Hubert.

Hubert le ayudó. Como Fred achacaba su falta de maña y de práctica en el oficio a una larga enfermedad que le había forzado al descanso, Hubert le tomó bajo su protección. Fred alquiló una habitación en una casa de huéspedes de Vincennes, no muy lejos de la fábrica. Hubert vivía muy cerca. Enseguida se volvieron inseparables; salían juntos del taller y pasaban juntos las tardes, cenando parcamente en pequeñas tabernas.

Hubert, asqueado por la guerra y por todos los políticos, no tenía fibra política. Sólo apreciaba a Doriot, que rompía

las corteses costumbres del Palais–Bourbon insultando a la derecha y tuteando a todo el mundo. Parecía un proletario brutal al que hubieran elegido a causa de un malentendido en una asamblea cuyas reglas ni siquiera seguía. Su estatura y su fogosidad como orador recordaban a ese Danton de bronce que había cerca de la librería de Delesalle. En medio de la gris monotonía de los representantes del partido comunista francés había adquirido una notoriedad tal que la prensa le apodaba «el Karl Liebknecht francés». Fred veía a su nuevo amigo entusiasmarse por Doriot, como el otro Hubert se había dejado fascinar por Vigo de Almereyda. El fingía indiferencia. ¡Qué sorpresa se hubiera llevado Hubert de saber que Fred había aupado a Doriot al sistema moscovita! De un solo golpe se habría roto el frágil vínculo que les unía. No tanto porque el pasado de Fred pudiera resultar chocante, sino porque le alejaba del taller; en caso de conocerlo, le habrían considerado como a un extraño. Hubiera dejado de estar al mismo plano.

Fred escuchaba a su amigo alabar la independencia y la franqueza de Doriot. Recordaba las frases de ese artículo del II Congreso de la Internacional que tantas veces había copiado para enviarlo a los partidos comunistas extranjeros: «Todo diputado comunista al parlamento está obligado a recordar que no es un “legislador” que busca un lenguaje común con otros legisladores, sino un agitador del partido enviado a actuar junto al enemigo para aplicar las

decisiones del partido». Sin duda alguna, Doriot aplicaba esas consignas a la letra.

Fred alejaba esos fantasmas. Su único deseo era convertirse en un obrero ejemplar, como ya lo fuera antes de la guerra. La guerra y la burocracia le habían hecho perder la maña, pero la recobraría. Sólo leía obras técnicas, disfrutaba con los tratados de geometría, los cálculos aritméticos y trigonométricos. Un domingo, Hubert quedó con él en un merendero a orillas del Marne para tomar unos pescaditos. Había allí un gran gentío popular, abierto y feliz. Hacía buen tiempo. Fred vio a Hubert del brazo de una joven tocada con un sombrero campana. El cortísimo vestido que llevaba, como dictaba la moda, descubría unas hermosas piernas. Como tantas otras veces, Fred pensó en las piernas de Flora. Hubert empujó a la jovencita hacia Fred, con un aire burlón.

–Te presento a mi hermana, Claudine.

–No me habías dicho...

Hubert estaba encantado.

–No le presento mi hermana a cualquiera.

Claudine, algo molesta, se colocaba el vestido, que descubría demasiado sus rodillas.

–Entonces... hola Claudine –dijo Fred–, una buena sorpresa.

Se sentaron en una mesa a orillas del río, en unos bancos de madera de equilibrio inestable. La fritura de pescaditos estaba bien dorada, crujiente; y el vino, fresco. Las jarras, servidas a voluntad, pasaban de mesa en mesa. Con ellos se transmitía un sentimiento de familiaridad. Uno podría haber pensado que todos esos obreros y obreras de merendola formaban una misma familia. Hablaban unos con otros. Se tiraban migas de pan. Se gastaban bromas.

Después de la comida Fred propuso alquilar una barca para dar un paseo por el Marne. Claudine se sentó en la parte de atrás mientras Fred remaba frente a ella. Este observaba cómo la joven contemplaba el río. Se parecía a su hermano, tenía el mismo toque de simpatía y sencillez. Sus cabellos castaños se escapaban del sombrero en dos pequeñas matas. Sus ojos...

¿De qué color eran sus ojos? Retiraba la mirada demasiado rápido. Fred dijo:

–Me gustaría saber de qué color son sus ojos.

–Tiene los ojos castaños –dijo Hubert.

Claudine sonreía. Sonreía a las olas, mirando el agua del río escurrirse entre sus dedos. Su rostro, aunque era bonito,

no tenía demasiada expresividad. Ni la travesura del de Flora ni la insolencia del de Galina. Esa banalidad de sus rasgos era el equivalente de una naturaleza tranquila. Hablaba poco. Y cuando su hermano lo hacía por ella, escuchaba con gesto sorprendido, admirativo y afectuoso. Hubert precisó que era embobinadora en una fábrica textil y que vivía con sus padres, en Pantin.

Es curioso cómo una imagen desplaza a otra, o se superpone a la precedente. La de Claudine no borraba la de Galina, que no había borrado la de Flora. Pero sí predominaba, se volvía una obsesión. Mientras afilaba las puntas de sus compases Fred recordaba el Marne, la barca, la sonrisa de Claudine. No decía nada a Hubert, como si esta dulce emoción pudiera desmoronarse en caso de compartirla. Tan sólo le preguntó por el lugar en donde trabajaba su hermana. Algunos días después se presentó en la puerta de esa fábrica de hilados antes de que salieran las obreras. Al sonar la sirena, las puertas se abrieron y una multitud de mujeres se precipitó hacia la calle, apretujadas, empujándose, como si se tratara de prisioneras recién liberadas. Fred tuvo que retroceder ante ese gentío, intentando apercibir desesperadamente a aquella que buscaba, una sola mujer inmersa en semejante ola. En unos pocos minutos, la marea bajó, absorbida por la boca del metro. Los guardias cerraron la puerta de la fábrica mirando a Fred con gesto desconfiado.

Al día siguiente lo intentó de otra forma. Como las obreras se precipitaban hacia el metro, se situó muy cerca de la escalera que llevaba a la estación subterránea. Al igual que cada tarde, el estrépito de la sirena dio paso a la chirriante apertura de las puertas de hierros y a un gentío de mujeres. ¿Cómo encontrar a Claudine en un tropel en el que todas, salvo las viejas, llevaban sombreros, peinados y vestidos más o menos similares? Le vino a la mente aquella comparación con las abejas obreras tan manida por Alexandra Kollontái. Querida, turbadora y terrible Alexandra...

–Buenas tardes, monsieur Fred, ¿qué hace aquí?

Claudine le había reconocido. Cabe decir que un hombre solo en la boca del metro concentraba sobre sí las miradas de todas esas mujeres.

–Tenía ganas de volver a verla.

La tomó por el brazo y la llevó hacia La Rotonde de La Villette, donde tantas veces había paseado con Flora. Los agentes de aduanas que vigilaban las orillas de la dársena les miraban de reojo bromeando. Pero ellos no se daban cuenta de nada. Caminaban lentamente por el Quai de la Loire, atiborrado de mercancías desembarcadas de las chalanas. Tras la Rue de Crimée recorrieron jovialmente el canal de l'Oureq.

Ese paseo hacia unas afueras grises, casi siniestras, adoptaba ahora los tintes rosáceos de esas viejas postales con enamorados peripuestos intercambiándose pomposas palabras de amor. El estrépito de la fábrica, las leprosas fachadas de los edificios, la muchedumbre agotada que regresaba a sus madrigueras, todo desaparecía a ojos de Claudine y Fred. Iban por la acera del bulevar, uno junto al otro, nublados por ese calor que se comunica entre los cuerpos. Cada tarde volvían a repetir el mismo cortejo. Salvo que Fred ya no necesitaba buscar a Claudine: ella se dirigía directamente a la reja del metro alejándose de sus compañeras. Salvo que la presión de los dedos entrelazados dio paso a los besos y las caricias. Salvo que un día Hubert sujetó a Fred por el brazo.

–Oye, amigo, si quieres a mi hermana habrá que pasar ante el señor alcalde. Si te animas, el domingo que viene vamos a comer en familia. Les he hablado de ti a mis padres.

¿Una familia? Fred nunca había tenido una. Imaginaba la familia como algo cerrado, cálido; también como algo un tanto patriarcal y caduco. Temía quedar en ridículo. Pero Claudine bien valía la misa.

Los padres de Claudine y de Hubert vivían en el primer piso de una pequeña casa, en una calle de Pantin algo retirada que serpenteaba como un camino rural. Tres habitaciones repletas de muebles, figurillas, cojines y encajes. Un espacio exiguo en el que Fred no sabía dónde

plantar su cuerpo. Apenas vio a la madre, que se afanaba en la cocina junto a Claudine. El padre, un obrero calderero de unos cincuenta años, dijo a Fred, afable:

–Nos dejamos de formalidades, nos tuteamos... Así que eres un buen amigo de Hubert. Me ha dicho que has estado enfermo. ¿Qué tal estás ahora con la salud?

–Bien, sin problemas. Esa maldita guerra me dejó hecho polvo. Pero me he recuperado.

–Y así que tú eres como Hubert, no te importa la política...

–¿Para qué me sirve la política?

–¿Que para qué te sirve? ¡Qué juventud más egoísta! ¿Crees que la ley de las ocho horas se hubiera conseguido si la Coalición de Izquierdas no hubiera ganado? ¿Y los seguros sociales?, ¿o la construcción de casas baratas? Si el partido comunista no empujase el trasero de la Coalición de Izquierdas no se hubiera conseguido.

–Padre es comunista –dijo Hubert–. No hay que contrariarle con eso. Si las hubiera pasado como nosotros delante de los boches se tragaría menos las patrañas de los politicastros.

–¿Es una patraña cuando el gran Jacques se pone a gritar en la cámara contra la guerra del Rif o cuando pide a los soldados franceses confraternizar con los marroquíes? Ya

que odiáis las carnicerías, tendríais que militar con nosotros contra esta guerra.

–Déjalo –dijo Hubert–. Padre se calienta. No le harás entrar en razón. Fred no tenía ninguna intención de contradecir al padre de Claudine. Sólo le preguntó, por un deje de curiosidad.

–¿El gran Jacques? ¿Qué gran Jacques?

–Doriot, hombre –respondió Hubert–. Ah, eres aún peor que yo. No sabes realmente nada de política.

–El gran Jacques es el futuro del partido –retomó el padre–. Acaba de quitarse de encima a Monatte y a Rosmer. ¡Excluidos! Mejor así. Esos dos siempre andaban remoloneando.

Moscú, el Kremlin y el Politburó desfilaron de repente en tromba por la pequeña casa de Pantin; en tromba por el cerebro de Fred, que descifraba el significado de la exclusión de Monatte y Rosmer, que comprendía ahora sus reticencias a recibirle, a dar por bueno el testamento de Lenin. Esta exclusión significaba que en la lucha por la sucesión entre Zinóviev y Trotsky, Zinóviev marcaba un tanto.

Claudine y su madre entraron en el salón con platos humeantes. Moscú, el Kremlin, el Politburó, Zinóviev y

Trotsky desaparecieron bruscamente, borrados por el delicioso olor del guiso.

Fred y Claudine se casaron en otoño. Una boda por lo civil, muy sencilla, a la que los Delesalle fueron invitados en el papel de padres de Fred. La exigüidad de la casa de Pantin apenas les permitía invitar a nadie. Aun así, un puñado de tíos, tías, primos y primas de Claudine se apretujaron en las tres habitaciones. Hubo algo de fiesta, cantos durante los postres e incluso, al caer el día, llegaron a bailar entre los muebles. Claudine dejó a sus padres por la noche, con alguna lágrima, y siguió a Fred a su casa de huéspedes de Vincennes, donde vivieron al principio de su unión.

Por primera vez, Fred entraba en lo que podría llamarse normalidad. Vivía como la gran mayoría de sus contemporáneos. Asumía las obligaciones y recibía los placeres de esa existencia proletaria que, en sus tiempos de cargo político, había constituido un mito. Desde su infancia se había acostumbrado a los caprichos del azar y a las angustias de la inseguridad, así que ahora todo aquello, en vez de parecerle natural, le resultaba extraño: la gratitud de un repentino destino, una mujer dulce y tranquila, un amable cuñado y compañero de trabajo... Tenía la impresión de colarse en la piel de otro y de haber conseguido esa agradable vida mintiendo. Bien es cierto que ocultaba su pasado y que vivía en el continuo temor de que su suegro, tan politizado, llegara a conocer sus

antecedentes. Pasado el invierno, esa inquietud se fue disipando poco a poco. Ya que no le habían descubierto, no lo harían en el futuro. Se fundía en la masa anónima. Sólo los Delesalle sabían, pero no decían nada, estaban encantados de verle de nuevo como un buen obrero. Seis meses después de su boda, Fred tan sólo se preocupaba de tejer junto a Claudine el amor perfecto. Como a Claudine le gustaba bailar, los domingos frecuentaban los bailes de barrio. A veces Hubert se sumaba a ellos con una amiga. Cuando instalaban los tirovivos, los puestos de puntería y las loterías por debajo de Montmartre, en la Place Pigalle y en los bulevares, paseaban por allí, encandilados como niños ante las casetas iluminadas. Fred quedaba también fascinado ante esas pequeñas casas de fieras en las que leones con pelaje ralo hacían como si fueran a comerse al domador. Otros presos le volvían entonces a la memoria: Spiridónova, Aaron Baron... Esa Rusia que se encerraba en una jaula, esa Rusia en la que Zinóviev, su antiguo jefe, iba a ser el nuevo amo... No decía nada; sujetaba más fuerte el brazo de Claudine y miraba con tristeza a ese león que le vigilaba insistente relamiéndose los bigotes.

También iban, por la mañana, al circo Médrano. Se divertían como enanos con las ocurrencias de los payasos, temblaban ante las piruetas de los trapevistas y admiraban las proezas de caballos y amazonas. Fred se entregaba a todos esos placeres amables, a la dulzura de las relaciones de amor, a las visitas de los domingos a la familia, a sus

constantes progresos en su oficio de ajustador... Ya había adquirido esa sensibilidad en el tacto que le permitía conseguir mejores reglajes. Su habilidad le permitió conseguir un puesto de ajustador cualificado. Quería llegar a ser calibrador. Esos ajustadores, que realizaban los instrumentos de precisión empleados para controlar formas y dimensiones, representaban la flor y nata de la profesión. Aunque no se les pagara mucho más que a los ajustadores cualificados, la prima era como para no hacerle ascos. Claudine seguía trabajando como embobinadora. Entre los dos sueldos tenían la ilusión de no privarse de nada.

Fred, que no había dejado de devorar libros desde aquél primer encuentro con *Los miserables* en la tienda de Delesalle, ya no leía nada. Ni siquiera los periódicos. Huía de la actualidad para que ésta no le estropeará su felicidad. Y como los Delesalle eran las únicas personas que le ligaban a su pasado, los evitaba. De todas formas, ver la librería le daba náuseas. No comprendía cómo los libros podían haberle aprisionado tanto tiempo. Flora tenía razón: los libros le habían contaminado. Sólo ellos tenían la responsabilidad de sus errancias por Rusia. Trotsky, el mismo Lenin y todos los bolcheviques emprendían una tarea monstruosa intoxicados por las lecturas: domar el pueblo ruso como a una fiera rebelde para volverle conforme a una utopía libresca. Los anarquistas también estaban locos. Majnó había incendiado Ucrania para que Ucrania se volviese conforme al sueño de Kropotkin. La vida

de verdad estaba en otros sitios, en esas preocupaciones y placeres cotidianos que descubría con Claudine, con Hubert, con todo ese pequeño pueblo de París (al que llamaba pequeño porque no aspiraba a la grandeza, a esa funesta búsqueda de grandeza, a ese heroísmo que conducía a la hecatombe).

El único problema eran esos domingos en casa de los padres de Claudine, cuando el padre se empeñaba en hablar de política. También Hubert pensaba que su padre era un plomizo.

Un año más tarde, Claudine dio a luz una hija que llamaron Mariette. Como no podían seguir viviendo en la casa de huéspedes, se mudaron a Billancourt. Fred, que contaba con un excelente certificado de trabajo, no tuvo problemas para encontrar un puesto en Renault.

Renault representaba un poderío industrial automovilístico único en Europa. Fred se alegraba de entrar en una industria con la que creía poder progresar dentro de su oficio. El taylorismo aplicado por Renault daba, de cara al exterior, una imagen de limpieza, orden y seguridad. Imagen falsa. En cuanto penetró en la inmensa fábrica recibió de lleno el estrépito de las máquinas. Desde los talleres llegaban silbidos, zumbidos, mazazos, el chirrido de las amoladoras, los castañetazos de las correas. Puentes grúa, tuberías y cinchas ocupaban todo el espacio, desde el suelo hasta el techo. A orillas del Sena, los gasómetros dejaban

paso a las fundiciones, las fraguas y la central del vapor. Cerca de la nacional 10, del otro lado del puente de Sévres, el taller de las cajas de cambios parecía menos ruidoso. Bien es cierto que no muy lejos quedaba la chapistería con sus más de mil obreros, y allí el ruido alcanzaba proporciones demenciales.

El trabajo de ajustador requiere reflexión. Pero una vez entrado en Renault, el jaleo no te soltaba. Delante de su mesa, Fred intentaba concentrarse. Miraba con una cierta incredulidad a esos trazadores que manejaban el gramil como si no sucediese nada, leyendo tranquilamente en grandes pliegos azules las cotas de los dibujos que les servían de modelo. Si ellos lo conseguían, él también se adaptaría a este ambiente infernal; lo olvidaría. Las carretillas eléctricas que se abrían paso a fuerza de pitar en los estrechos pasajes terminaban de crear un clima extremadamente cargado.

La primera reacción de Fred fue, cómo no, echar de menos el tranquilo taller en el que había vivido unos momentos tan buenos con su cuñado. No lo había abandonado irreflexivamente: Claudine, ocupada con Mariette, ya no trabajaba y él debía suplir el salario perdido con un puesto mejor. Alexandra Kollontái, que preconizaba la multiplicación de guarderías, resolvería el problema. Pero quitar los hijos a las madres para entregarlos al Estado, no, eso era demasiado. Fred prefería romperse los tímpanos en

Renault y reencontrar a Claudine por las tardes, tranquila, con Mariette balbuceando.

Terminó acostumbrándose al ruido. Le pareció más duro el aislamiento de los obreros, que no hablaban entre sí y se miraban con hostilidad. No comprendía por qué. Aunque estaba prohibido charlar donde las máquinas, o moverse entre ellas, podía haber contacto en los vestuarios y con cada cambio de turno. Sin embargo, al acabar sus horarios todos dejaban el trabajo como si huyeran de él. Aunque no dejaban su puesto hasta la señal que marcaba el final de las ocho horas, cuando lo hacían, lo hacían corriendo. Aun así, Fred vio que algunos obreros hablaban entre sí y que, por las miradas que le lanzaban, desconfiaban de los nuevos. Sobre ellos planeaba un miedo latente. Miedo de los controladores que circulaban entre las mesas profiriendo continuos reproches o amenazas. Miedo de ser despedido. Miedo de ser sorprendido con un cigarrillo escondido en la palma de la mano. Miedo de llegar dos minutos tarde que te llevarían de vuelta a las oficinas de contratación. Miedo de unas máquinas demasiado viejas y peligrosas que había que utilizar hasta su extrema usura. La misma semana en que Fred llegó a Renault, el volante de una gran prensa mató a un obrero. Un tornillo se rompió mientras troquelaba y el volante, que giraba a seiscientas revoluciones por minuto, cayó desde sus tres metros de altura segando al hombre que estaba al lado. Ello provocó un momento de protesta que pasó de un taller a otro y Fred vislumbró que la CGTU

coordinaba el movimiento de revuelta, enseguida reprimido por los encargados. Una tarde se dio cuenta de que habían registrado su mono en los vestuarios. No pudo evitar manifestar su cólera abiertamente. Los obreros que estaban vistiéndose al mismo tiempo dijeron que todos habían pasado por lo mismo, que los jefes sospechaban de cada trabajador y que también ellos mantenían en cuarentena a los nuevos, para probarles. Que le hubieran controlado dejaba claro que no era un chivato. Por primera vez, continuaron la conversación a la salida, le preguntaron de dónde venía. Uno de ellos le dijo:

–Trabajas bien. Te he observado. Tienes buena mano.

El cumplido le hizo recuperar algo de ánimo. El taller, ahora, le aceptaba.

La frustración de Alexis y el arrepentimiento por la casi indiferencia dedicada a Germinal, contribuían a que Mariette recibiera un raudal de amor paterno que Fred no había sabido expresar hasta entonces. Al salir del taller, se apresuraba por llegar a la hora de darle el pecho. Ver a Claudine desabrochar su corsé y sacar un amplio pecho atrapado por la voraz boca de Mariette le llenaba de gozo. La niña se dormía enseguida, lo que privaba a Fred de jugar más tiempo con sus manitas, de hacerle ricitos en el pelo y cosquillas bajo el mentón. La miraba dormir en su cuna, abrigada con sus mantas blancas, y no le quitaba el ojo de encima. Tanto que Claudine bromeaba y decía que se ponía

celosa. Aparte de su vida conyugal, a Fred ya no le importaba nada, excepción hecha de su oficio. La tradicional visita dominical a la familia constituía una especie de anexo a ese apacible día a día. Aun así, la repetición de esas comidas de familia, con sus comentarios anodinos, terminaba pesando a Fred. Cada domingo por la mañana sentía una especie de molestia que no llegaba a explicarse demasiado bien. El padre y la madre de Claudine eran afables. También le gustaba encontrarse con su cuñado, a quien ya no veía durante la semana por falta de tiempo.

Ese guiso, siempre el mismo día, por muy delicioso que fuera, le exasperaba. Y esos tres cuartos tan limpios, con muebles llenos de mantelitos, de ridículas figurillas... Cuánta estrechez de miras, cuánto conformismo... Conformismo que también se reflejaba en la ortodoxia política del padre de Claudine. Fred y Hubert sufrían sus sermones. Fred fingía un agobio divertido, como el de Hubert, que soltaba exagerados suspiros. Recordar cada domingo la vida política, una vida política reducida al terreno de los juegos electorales, le deprimía. No le agradaban esas visitas familiares; cada vez hablaba menos y pasaba casi toda la tarde con Mariette sobre el regazo, jugando con ella. Tanto que una vez, mientras se alejaban de Pantin, Hubert le dijo a solas:

–Tú vas a acabar mal. Despiértate un poco o vas a quedarte chocho. Sí, sabemos que estás en la gloria con

Claudine, pero no es razón para andar con cara de muerto. Ya no salís nunca. Os estáis volviendo unos erizos. Un día vais a descubrir que os aburrís. Venga, no digas nada. Sé de qué va el cuento. «Dos tortolitos que se querían con un tierno amor; uno de ellos se aburría en casa...» Y cuando uno de los dos se aburre, es demasiado tarde...

–Qué labia.

–Una noche de éstas os llevaré al baile de La Coupole, en Montparnasse. A Claudine y a ti os gustaba mucho bailar, ¿no lo echáis de menos?

–¿Y Mariette?

–Ya encontraréis una vecina para guardarla de vez en cuando. Y de todas formas ¡no pensaréis empollarla hasta que se case!

–Estamos muy bien en casa los tres juntos –dijo Fred–, no necesitamos salir.

Aun así, unos diez días más tarde quedaron con Hubert en Montparnasse. A Fred no le apetecía nada, pero Claudine se había dejado convencer fácilmente por su hermano. En cuanto salieron de la estación del metro, Claudine se quedó maravillada ante ese París nocturno de juerguistas, tan diferente de la triste monotonía de Billancourt. Todo relucía en el Boulevard Montparnasse, como si fuera el escaparate

de una juguetería. Luces de farolas y letreros, tiendas iluminadas... De los taxis salían elegantes mujeres vestidas de largo y, agarrándolas de la cintura, hombres demasiado engominados como para inspirar confianza. Fred descubría un mundo que ignoraba. Hubert les esperaba delante de La Coupole. Bajaron juntos a la pista de baile mientras recibían una oleada de atronadora música jazz. Había un enorme gentío ahí abajo, una muchedumbre de bailarines de todas las condiciones sociales. Obreros y obreras, pero también burgueses de fiesta, proxenetas y artistas; a los proxenetas se les diferenciaba por su exceso de elegancia y a los artistas por su exagerado desaliño. Claudine se había puesto su sombrero campana, al igual que otras muchas mujeres. Sus ojos brillaban de alegría. Fred estaba contento de verlo, y de ver cómo la esbeltez de su mujer atraía miradas. Hubert, que cambiaba de compañera con cada canción, los saludaba con grandes gestos cuando bailaba cerca.

El calor de ese local abarrotado, la música demasiado alta, las jarras de cerveza, el ambiente enclaustrado, el olor a almizcle y a transpiración, todo contribuía a la embriaguez y amortiguaba la noción del tiempo y del espacio. Fred, que nunca había participado en esas diversiones antes de conocer a Hubert, miraba algo sorprendido a esas parejas que no dejaban de bailar. Pensó en la fábrica, en todas esas ruedas que tampoco dejaban de pivotar, en todo su jaleo, en todo su sudor. Con una especie de fagonazo creyó reconocer, muy cerca de él, a una rubia bajita, apoyada

sobre el pecho de su pareja, a una mujer menuda con un vestido muy corto, medias negras y talones altos. Se acercó, intentó mirar su rostro. Su corazón batía muy rápido. No sabía muy bien lo que hacía. Se escurrió hasta llegar a su lado, tropezó con su pareja y la mujer giró la cabeza. Sus ojos azules le miraron y en su rostro pudo leerse una impresión de sorpresa, casi de espanto. Fred dejó a Claudine que, llevada por el impulso, tuvo que agarrarse a una mesa para no caer. Fred y la pequeña mujer rubia no se apartaban la mirada, incrédulos. También ella, separada ahora de su compañero, se había quedado atónita; inerte. Era Flora.

Inmóviles, uno frente a otro, en medio de parejas que seguían bailando. Petrificados. El mundo giraba alrededor de ellos y ellos olvidaban ese mundo. Nada más importaba. El tiempo se paró. Sin duda apenas se mantuvieron así, paralizados, unos instantes. Pero esos segundos les parecieron interminables. Les parecía que, de esbozar un gesto, caerían derrumbados, fulminados. ¿Habían sido fulminados, transformados en estatuas de bronce? No oían nada, ni la orquesta, ni los pasos de fox-trot sobre el parqué encerado. Nada. Sólo el latir de sus corazones.

Como antaño cuando saltara de la carreta de los pescadores, fue Flora quien osó romper el encantamiento. Tomó a Fred por la mano, se lo llevó hacia el bar, muy rápido, empujando a bailarines que protestaban con risas. Muchos la saludaban divertidos al pasar. Claudine y Hubert llegaron

al bar casi al tiempo que ellos. Fred y Flora todavía no habían pronunciado una palabra cuando Hubert preguntó:

–¿Qué hacéis? ¿De dónde sale ésta?

Igual de pequeña, igual de menuda que siempre, Flora conservaba un aspecto juvenil. Pero su vestido, muy ajustado, moldeaba un hermoso cuerpo de mujer. Llevaba su rubio pelo muy lacio, y corto, a lo *garçonne*, como se decía desde el éxito de la novela de Victor Margueritte. Miró a Hubert y Claudine con una provocadora ironía.

–Nos conocimos de pequeños –confesó Fred–. Nos separamos cuando me fui a la guerra. No la había vuelto a ver hasta ahora.

–Sí, éramos pequeños –replicó Flora–. Dos pequeñajos perdidos. Y como si no hubiera bastantes piojosos en el mundo hasta tuvimos un niño juntos, por si quieren saberlo.

–No lo sabías Claudine, pero tengo un hijo de Flora. Los busqué muchísimo. Y luego sólo quería pensar en ti; intenté olvidarlo todo... Sí, Flora, estoy casado con Claudine... Hubert es su hermano. Un buen amigo. ¿Y tú?

–A mí no me echarán nunca el lazo. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos en Les Halles? Te dije «ven, vamos a vivir la vida». Nos divertimos mucho, como los dos chavales que éramos. Pero de vez en cuando te ponías tan serio como un

cura y me abandonabas. Cuando te dejaste atrapar para ir a la guerra volví a decirte: «ven, vamos a vivir la vida». No aceptaste. Tenías miedo. Y así nos perdimos de vista.

–¿Y Germinal?

–Tiene trece años. Y te saca una cabeza. Tú eres alto, pero él será un gigante.

–Bueno, ¿qué hacemos? –soltó Hubert algo incómodo.

–Vamos a celebrarlo –respondió Flora–. Pero no aquí. Conozco un buen sitio muy cerca. Vamos, vamos los cuatro.

Claudine conservaba la sangre fría, como siempre. Observaba con sorpresa a esa pequeña Flora, tan minúscula a su lado, una pulga, una pulga algo inquietante por la energía que emanaba de toda su persona.

Claudine salió de la sala de baile sujetando a Fred del brazo y éste se sintió algo molesto. ¿Su mujer afirmaba así sus derechos de propiedad? En realidad, ella sólo le tomaba del brazo para tranquilizarse a sí misma. Flora abría el paso. Varias personas la pararon en el Boulevard Montparnasse para saludarla. Parecía estar como en casa en ese barrio, o al menos muy cómoda, incluso algo conquistadora. Delante de un local con llamativos colores Flora señaló un rótulo en el que luchaban vaqueros y pieles rojas.

–Este es mi cuartel general. Aquí estaréis en mi casa. Venid.

Le Jockey era por entonces el cabaret de moda de Montparnasse. Hubert, Claudine y Fred se sintieron enseguida fuera de lugar en medio de ese lujo de postín. Flora se dirigió hacia un hombre de unos cuarenta años, vestido de negro y con bombín, con un indolente rostro graso, de trasnochador, sentado en un taburete en medio de chicas algo bebidas y llenas de collares dorados.

–Vengo con unos amigos. Y mis amigos son los tuyos.

–Sí, sí –gruñó el hombre levantando apenas la mirada, mirando a los recién llegados con los ojos entreabiertos–. Cuídales bien, ésta la pago yo.

Los cuatro se sentaron en los altos taburetes del bar.

–¿A qué te dedicas, Flora? –preguntó Fred–. Todo el mundo te conoce por aquí. Te invitan...

–Lo único que tenía era mi cuerpo. No es grande, ni fuerte, pero lo encuentran bonito. Podría haberlo vendido, pero repito que no tengo ganas de que me echen un lazo al cuello. Así que lo alquilo. Se lo alquilo a pintores. Soy modelo. Sobre todo de ese señor que ves allí; se llama Baskine. Sólo pinta mujeres bajitas, como yo.

–Modelo –dijo Claudine– pero no desnuda, ¿no?

–Y por qué no madame, no tengo nada feo que esconder.

–Vaya –dijo Hubert–, no me importaría hacerme artista, no debe de ser demasiado aburrido.

Flora se limitó a sonreír. No había perdido nada de su petulancia. Pero su rostro fruncido de adolescente se había transformado, suavizado; quizás demasiado bajo ese hábil maquillaje que resaltaba sus ojos azules y una boca que se cerraba como una pequeña rosa.

Fred quería contarle tantas cosas a Flora... pero se limitó a decir:

–Claudine y yo tenemos una hija; Mariette. ¿Cuándo vas a enseñarme a Germinal?

–Germinal, vaya nombre –exclamó Hubert.

Flora no contestó. Sospechaba que Fred no quería contar nada de su pasado. Fred, que aparentemente apenas había cambiado: seguía siendo obrero ajustador, como cuando se separaron. Pero Flora se cuidó mucho de no preguntarle sobre su desaparición.

–Germinal está en un pensionado –dijo ella–. Aunque no le gustan los estudios, como a mí. Es fuerte. Quiere trabajar con sus manos.

Fred recordó que Flora no sabía leer. ¿Habría aprendido? Le tendió insidiosamente la carta con las consumiciones. Flora, adivinando su gesto, la cogió riendo, igual de avispada que siempre, igual de viva que siempre:

–El truco no funciona, Freddy. Me conozco la carta de memoria. Pero tranquilo, me aprendí el alfabeto con Rirette. Quería poder leer tus cartas cuando me escribieras. Y no escribiste nunca. Así que decidí que nunca leería nada. Te perdí por tus malditos libros. Sé leer, claro, pero no leo nada. Sólo los números. Me gustan los números. Los números son el dinero que ganamos, el dinero que gastamos. Los números son la vida deslizándose entre nuestros dedos.

Flora miró a Claudine, a quien le temblaba la boca.

–No se asuste, madame, Fred es suyo. Nunca intentaré recuperarlo. Y aunque él quisiera volver, yo no le aceptaría. Cada uno ha tomado caminos nuevos. Está Germinal, que hasta ahora ha pasado de tener un padre. Pero no puedo negar a su marido el derecho de visita.

En Billancourt la vida continuó con el ritmo regular de una máquina. Fred se había quedado con una desastrosa impresión de la salida nocturna por Montparnasse. Creía que Claudine tampoco había regresado indemne. Los dos retrasaban el momento en el que se verían forzados a hablar de ello, aunque sólo fuera por Germinal, que acababa de situarse tan inoportunamente al mismo nivel que Mariette.

En Renault, la meticulosidad de su trabajo le ocupaba la mente. Se esforzaba en localizar las líneas y ejes con los punzones; usaba el gramil para trazar sobre las piezas de metal líneas paralelas a las referencias del mármol. Ese mármol era en realidad una mesa de hierro colado que le gustaba tener cepillada con esmero; Fred pasaba la palma de la mano para asegurarse de que estuviera bien pulida. La calidad de su trabajo le aportaba la estima del resto de obreros. Ya no le dejaban aparte. Ahora estaba perfectamente integrado en el taller.

¿Por qué, justo entonces, la turbadora imagen de Flora tenía que venir a inmiscuirse en su tranquila vida? Flora, tan cambiada y siempre la misma. Tan cambiada de aspecto, de entorno, pero igual de burlona que siempre, igual de lista y aún más seductora.

Cuando Fred salía de la fábrica se apresuraba por regresar junto a Claudine y Mariette. El calor, la suavidad del nido. Sí, así era como él veía su pequeña vivienda. Pero desde la escapada a Montparnasse, no conseguía desembarazarse de unas irrefrenables ganas de desviarse por La Coupole. Si Montparnasse hubiera quedado más cerca de Billancourt se hubiera lanzado allí al día siguiente de la salida. Le atormentaba que Flora estuviese a un tiempo fuera de su alcance y tan cerca. ¿Y Germinal? Flora le había dejado una dirección, la de la escuela en donde estaba internado. También lejos, por la zona de Montmartre. A fin de cuentas,

en Moscú la Flora desaparecida le había parecido menos lejana que esta Flora reencontrada en un contexto imposible.

Un domingo abordó con Claudine el problema de su hijo. Ella contestó enseguida:

–Vamos. Llevaremos a Mariette. Le gustará tener un hermano mayor.

Claudine, siempre perfecta, imperturbable.

Los tres fueron hasta Montmartre. Germinal jugaba a la pelota en el patio. Solo. El resto de niños había regresado con sus familias para pasar el domingo. Tenía el pelo rubio y ojos azules, como su madre, pero su estatura era en efecto inhabitual para su edad. Flora le había informado de la vuelta de Fred, así que la visita no le sorprendió. Ni le sorprendió ni encantó. Miraba a esa pareja y a su bebé con una especie de indiferencia educada. Como había dicho Flora, se había acostumbrado a no tener padre y no comprendía por qué ahora tendría que acostumbrarse a soportar uno. A la conversación entre Fred y Germinal le faltaba sal. Ni uno ni el otro sabían qué decir. Claudine, con algo más de tacto, comenzó por arreglar el cuello de la chaqueta de Germinal, se preocupó por el estado de sus zapatos, sugirió a Fred las compras de ropa más importantes. Y sacó de su bolso una tableta de chocolate Menier que ofreció al chico, preguntándole qué le gustaría.

El respondió que no necesitaba nada, y mucho menos las visitas, que se iría de la escuela al terminar el año para trabajar. Y como Fred le preguntó qué oficio quería elegir, replicó, mirando a su padre directo a los ojos, que no tenía intención de dejarse echar un lazo al cuello y que sería siempre libre como un pájaro.

El lazo al cuello... Fred volvía a oír la expresión predilecta de Flora. Esta réplica implicaba además una especie de condena. Germinal, como Flora, le rechazaba. Con más brutalidad.

Claudine se interpuso:

–Pequeño, ¿nunca has visto a esos pájaros que cantan encantados en sus jaulas?

–Sí –respondió Germinal–, son los chorlitos, ¿no?

Fred sintió una punzada de orgullo. De tal palo, tal astilla. Claudine, impermeable al exabrupto, encadenó con poco tino:

–Pues son muy bonitos.

Pasaron las semanas, lentas, como el invierno. El recuerdo de Montparnasse obsesionaba a Fred. Un domingo, no pudo resistir más. Pretextando que tenía que verse a solas con Germinal, esquivó el tradicional guiso de los suegros y,

en vez de seguir la línea de metro en dirección de Saint-Lazare, se bajó en la estación Vavin.

El Montparnasse dominical estaba adormecido, perdía algo de su brillo y de su ambigüedad. Fred encontró Le Jockey cerrado. En las terrazas del Dome y de La Coupole había gente corriendo tomando café o jarras de cerveza. Ese Montparnasse nocturno que tanto había turbado a Fred, ¿era sólo un sueño? El día disipaba las brumas, echaba a los artistas y a los proxenetas, a los excéntricos y a las modelos. La pequeña burguesía recuperaba el lugar.

Fred buscaba a Flora con la mirada, esperando verla aparecer. Miraba todo el entorno de ese extraño barrio, los escaparates de las tiendas, las mesas de tabernas y restaurantes, con una intensidad tal que de repente la vio. Sí, vio a Flora. Flora desnuda, impúdica, multiplicada por diez detrás de los cristales de una galería de pintura. El cuerpo de Flora así expuesto a la concupiscencia de todos. Ese pequeño cuerpo carnoso, más carnoso de lo que recordaba; más redondo; con mayores pechos, y más trasero. El se había separado de una adolescente algo flacucha y ahora contemplaba una mujer en flor, con formas bien moldeadas. Pero no había duda: era ella. El pintor quizás exagerara las curvas, pero Fred reconocía la mirada de Flora; veinte ojos azules de Flora mirándole con mofa. Cuando Flora se enfadaba sus ojos tomaban el color del agua de ese mar del Norte que ella odiaba. El pintor

conseguía perfectamente ese color en ciertos retratos en los que, además, acentuaba el mohín de los labios. No sólo había desnudos. Flora también aparecía en camisa, muy corta, de una forma más equívoca. Ah... Esas piernas blancas, rollizas, que se parecían tanto a las de aquella chiquilla sentada al borde de la carreta del pescado. Fred puso la mano sobre el picaporte de la puerta, pero la galería estaba cerrada. Intentaba distinguir el resto de cuadros que había dentro de la tienda. En medio de la penumbra destacaban otras Floras. Flora con los brazos levantados por encima de la cabeza. Flora tumbada con las piernas colgando al borde de la cama. Flora tumbada sobre el vientre, con los glúteos redondeados, mirando de lado con un gesto pícaro. Todas esas poses eran sensuales, lascivas. En las actitudes de Flora había una especie de cándido impudor que sorprendía a Fred. Sin duda alguna, Flora había posado para este artista, pero la Flora de los cuadros no era la misma que la inolvidable compañera de Les Halles y de Belleville. El animalito salvaje parecía cubierto de sofisticación; la amante instintiva, de perversión; ¡qué horrible metamorfosis! Fred se exaltaba ante la contemplación de ese cuerpo de Flora reflejado en veinte espejos y, al mismo tiempo, se entristecía. Además, los colores empleados eran tristes. Pálidos, diluidos, como acuarelas. Los rosas mates y los azules grisáceos predominaban. De ello resultaba una especie de atmósfera nocturna, como la de ese sótano de La Coupole en el que Flora había regresado.

Cuando iba a alejarse, a separarse de esa fascinación del cuerpo de Flora multiplicado, tuvo la curiosidad de leer la firma del pintor. Baskine... ¿Baskine? Sí, recordaba ese nombre eslavo, pronunciado por Flora en el Jockey al mostrarle a ese hombre de negro, encallado ante su copa de aguafuerte, con un bombín caído sobre los ojos. Baskine se interpuso cruelmente entre él y Flora. Recordaba su mirada turbia, esa mirada viciosa de mujeriego, de juerguista. ¡Esos eran los ojos que desnudaban a Flora!

Fred volvió a tomar el camino de Billancourt, encorvado, abrumado por todas esas derrotas que se acumulaban desde que saliera de Rusia. Billancourt, donde reencontraría la paz de Claudine y las risas de Mariette. Mariette; ella sí era una victoria.

Fred intentó no volver a pensar en Montparnasse, pensar menos en Flora, olvidar a Germinal. Pero Montparnasse, el Montparnasse nocturno conservaba el atractivo de las calles en cuesta. Las había recorrido tanto con Flora, esas calles de la despreocupación y de la indolencia; esas calles en las que los coches de la banda de Bonnot huían de la sociedad rentista sembrando el terror con sus pequeños brownings. ¿Por qué recordar de repente a Bonnot y Raymond-la-Science? Sin duda por el bombín de Baskine. Algo anacrónico en 1926, pero que cubría todas las cabezas de burgueses en 1912. De burgueses y maleantes. Baskine tenía cara de maleante, como Bonnot. Fred había escapado

de los maleantes y Flora caía entre sus garras. Escapar de los maleantes... era mucho decir. En Vincennes, con Hubert; en Billancourt, con Claudine y Mariette; y en Pantin, con sus suegros, sí, ahí sí que escapaba completamente de los maleantes. Pero en Moscú, ¿acaso no había caído en algo vil? En una vileza hipócrita que le había engatusado durante tantos años como sin duda todavía seguía engatusando a Victor Serge.

Un calentamiento anormal en la rotación de su taladro le sacó bruscamente de sus pensamientos. La broca, mal afilada, provocaba pliegues en el borde de ataque del agujero y rebabas en la salida. ¡Cómo había podido olvidar afilar la broca! Miró de reojo alrededor suyo, temiendo que alguien viera su error. Pero nadie le vigilaba. Estaban demasiado acostumbrados a que sus piezas fueran perfectas. Sin embargo, vio un hombre maltratado por un contraamaestre y toda una agitación entre los obreros que interpelaban de lejos a ese desgraciado que parecía sordo y mudo.

Su vecino de taller le gritó que se trataba de un peón ruso que no sabía ni una palabra de francés. Fred dudó. La mirada desesperada del peón le volvió imprudente. Enseguida se acercó ofreciendo ayuda al contraamaestre.

–Quédese en su sitio. No pierda tiempo con este imbécil que ni siquiera es capaz de barrer la viruta. ¿Quién será el

inútil que le ha contratado? Siempre con favores a estos jodidos metecos. ¡Siempre con ellos!

El hombre, pequeño, enclenque, tenía el rostro marcado por profundas cicatrices. Su mirada ardía, llena de odio, concentrándose en Fred y el contraamaestre. Había tirado la escoba al suelo y se cruzaba de brazos.

Fred le dijo en ruso:

–¿Necesitas ayuda? Van a echarte si sigues poniendo esa cara. ¿No comprendes nada de francés?

–No. Aprenderé. No he tenido tiempo. Primero, comer... Oyes eso, comer... Dar de comer a mi mujer y a mi hija... Estoy aquí para eso. Acepto todo. Menos los golpes. Ese tártaro me ha golpeado.

–¿Eres refugiado político?

–He sido vencido, pero volveré a luchar.

–¿Cómo te llamas?

–Néstor... Néstor Majnó.

Incluso si el mismísimo Trotsky hubiera salido al mismo tiempo de entre las máquinas con su uniforme blanco de mariscal de campo, la sorpresa de Fred no hubiera sido mayor. ¿Majnó? No, imposible... Sin duda un homónimo.

Majnó, el todopoderoso Majnó, el vencedor de Denikin y de Wrangel no podía ser ese desgraciado y canijo peón.

–¿Qué dice? –preguntó el contraamaestre.

–Pide perdón. Está enfermo. Pero va a trabajar. Un poco de paciencia y aprenderá algo de francés.

–Vamos, burro, ¡barre!

–Venga, recoge la escoba, te ayudaré –insistió Fred–. Cuando no comprendas algo, avísame.

Al regresar a su mesa, sus colegas le rodearon.

–¿Hablas ruso? ¿Y eso?

Fred retomó su vieja mentira:

–Mi madre era rusa. Me lo enseñó de pequeño.

–Entonces ¿nos darás noticias de la patria de los trabajadores?

–Si yo chapurreara el ruso –soltó otro– hace mucho que habría ido allí.

–Lo mío no es la política –dijo Fred–. Pero si veo a un pobre tipo en la mierda, le echo una mano.

Algunos días después, como el peón ruso pasaba cerca, Fred le llamó para que limpiara las limaduras de abrasivos y los despojos de acero alrededor de las máquinas.

–¿De dónde eres?

–De Ucrania.

–¿Has oído hablar del batko?

–El batko, soy yo.

–¿Cómo que tú? El batko era un bogatyr.

En efecto, en tiempos de la majnovchina se consideraba a Majnó como un bogatyr, uno de esos héroes épicos rusos que resurgen en ocasiones, un nuevo Pugachev, ese zar de mujiks y de cosacos que a punto estuvo de derrotar a Catalina II.

–Ya no quedan bogatyr –respondió el peón–. Te repito: el batko soy yo. Y estoy orgulloso de ello. Néstor Majnó ya no es nada sin su caballo, sin su Ucrania. Nada. Un perro insultado por los chequistas de esta maldita fábrica.

–¿Cómo has salido de Ucrania?

–En mi caballo, ¡vaya pregunta! Con setenta y siete jinetes. Todo lo que me quedaba de mi ejército, que llegó a sumar

hasta cincuenta mil hombres. Vadeamos el Dniéster y nos dieron refugio en Besarabia.

Las mismas palabras que en esas memorias que Fred conservaba preciosamente en su mente y que no habían interesado a nadie en París. Por muy inverosímil que pudiera parecer, sí, se trataba del legendario Majnó. Todavía dudando, insistió:

–Volin. ¿Recuerdas a Volin?

–Y tú... ¿Quién eres tú para conocer mi nombre y el de Volin?

El hombre se estiró. En sus ojos brillaba de repente una llamarada de orgullo y esperanza; Fred comprendió que Néstor Majnó estaba realmente frente a él.

Fred había huido de Rusia y Rusia le alcanzaba. Otros escombros a la deriva de la revolución traicionada. Otros pecios. Todas esas resoluciones de vivir en adelante en una familia tranquila se esfumaban. Flora, Germinal, Majnó y Volin. El pasado regresaba de repente como esas aguas de la inundación de París de 1910 que tanto le habían impresionado. El pasado, su pasado, regresaba como una crecida, se desbordaba. Se sentía arrastrado, sacudido, arrollado. Muy a pesar suyo dijo:

–¿Dónde podría volver a ver a Volin?

-En mi casa, cada tarde.

-¿Dónde vives?

-En Vincennes, Rue Diderot. Un gran edificio de ladrillo rojo. En el cuarto piso.

Para ir a Vincennes desde Billancourt hay que atravesar todo París de oeste a este. Resultaba imposible ir en una tarde. Fred esperó una semana, dos, refrenando la tentación de volver a ver a Volin. La irrupción de Majnó era tan inverosímil que Fred se empeñaba en fingir un gesto de desprecio. Además, ese peón ya no aparecía por el taller. ¿Le habrían trasladado? ¿Fred había sufrido una alucinación? Preguntó al contraamaestre, que le respondió que si tuviera que preocuparse por toda esa gentuza que se desgastaba más rápido que las fregonas, no daría abasto, que el ruso en cuestión había desaparecido, como tantos otros. Y tanto mejor.

El domingo siguiente Fred se valió de nuevo del pretexto de una visita a Germinal, convenció a Claudine de no acompañarle (a sus padres y a su hermano no les gustaría que se ausentase de la fiesta dominical) y tomó el metro hacia Vincennes. El edificio se hallaba en una calle gris, siniestra, bordeada de chalets enclaustrados tras sus rejas y de talleres de artesanos en un penoso estado. Muy cerca del edificio de ladrillo, insólito en medio de ese escenario periurbano, se extendía un solar en el que unos niños

corrían detrás de sus aros. Fred subió al cuarto piso, llamó al azar a una de las puertas. Abrió una mujer joven y hermosa. Fred preguntó por Majnó. Ella no reaccionó. Fred la identificó como esclava a causa de sus altos pómulos y sus ojos vivos y alegres. Volvió a preguntar por Majnó, esta vez en ruso. La joven permanecía igual de indecisa. Una voz ronca se hizo oír desde el interior de la vivienda. Una voz ronca con acento ucraniano.

–¡Que entre! Si tienen que matarme, cuanto antes mejor.

Majnó, con un viejo traje remendado, calzando unas pantuflas, avanzó cojeando hacia él.

–A ti ya te he visto. ¿Dónde? Dime. ¿Te envía la checa o los esbirros de Wrangel?

–Nos hemos visto en Renault.

Majnó le miró, giró alrededor de él, le tocó con la punta de los dedos.

–Es verdad. Eres el obrero que me habló. ¿Por qué conoces mi lengua? Eres el único humano. Todo el resto: unos brutos, bolcheviques en potencia. Sabes que he reconocido a un antiguo coronel de Wrangel; es uno de los jefes de seguridad. Sí. Estoy seguro. No he vuelto a meter los pies en tu fábrica. Si me localiza, estoy muerto. Ya han intentado asesinarme varias veces. Tanto los blancos como

los rojos. Desde que franqueara el Dniéster me persiguen. Soy un animal acorralado.

–¿Tienes una herida en el pie?

–Me han herido en el pie. Una bala expansiva me ha roto los huesos. Y la herida no se cierra.

En su rostro, marcado por las picaduras de la viruela, una enorme cicatriz trazaba un surco de la boca a la oreja. Fred preguntó si era el recuerdo de un sablazo.

Majnó se echó a reír. Una risa compulsiva.

–Bast! Esto es Galina.

¿Galina? Otro despertador más en la apaciguada memoria de Fred. Pero se trataba de la compañera de Majnó, que también se llamaba Galina. Esta nueva Galina reía jovialmente.

–Sí, sí, fui yo –dijo ella–. En Polonia. Con una navaja de afeitar. Estaba celosa. Y además, no sabes lo que molesta a veces este mujik.

Desconcertado, y cada vez más incómodo, Fred preguntó por Volin. ¿Vendría este domingo?

–Volin –replicó Majnó, irritado–, ¿por qué quieres ver a Volin? La majnovchina no era cosa de Volin, era cosa mía.

–Volin es un viejo amigo. Fue él quien me enseñó ruso.

–Volin nunca viene los domingos. Los domingos ese señor descansa. Trabaja mucho durante la semana. Porque le damos mucho trabajo. Y yo me muero de hambre. Menos mal que Galina hace la limpieza para burgueses de Vincennes.

Fred miró el apartamento. Una sola habitación, con una cocina. Una niña se agarraba a las faldas de Galina.

–¿Cómo se llama?

–Lucía.

–Yo también tengo una niña. Mariette...

Pensó en Alexis, desaparecido en la educación forzosa de niños comunistas modelo; en Germinal, que no quería cantar en una jaula de chorlitos. El misterio de esos hijos que te son dados, que te retiran... Sintió una punzada en el costado izquierdo al imaginar de repente que también podría perder a Mariette, que perdería a Mariette si perdía a Claudine; que empezaba a mentir a Claudine; que regresaba a sus antiguos amigos, a su antigua vida política, a Flora. Anotó la dirección de Volin y se fue, como huyendo.

Ver de nuevo a Volin significaba volver a meter los dedos en el engranaje político. Desconfiaba tanto de sus impulsos que no había vuelto a la librería de Delesalle desde su boda.

Al cabo de unas pocas semanas no pudo más y escribió a Volin, que tuvo la amabilidad de acercarse a la salida de la fábrica.

El contraste entre Volin y Majnó era sobrecogedor. Después del lobo magro, el ternero cebado. ¿Cómo había adquirido Volin una apariencia tan próspera? Vestido con elegancia, con la barba y el bigote bien recortados, rubicundo, se precipitó hacia Fred con jovialidad y le invitó a tomar una copa en una taberna. Fred, para evitar que le oyeran hablar con un ruso tan cerca de Renault, le propuso caminar a orillas del Sena, lejos de oídos indiscretos.

Volin le contó cómo se había instalado en París, con su mujer y sus cuatro hijos, invitados por Sébastien Faure. Colaboraba con La enciclopedia anarquista de Faure y la CNT le había puesto a cargo del periódico, en lengua francesa, *L'Espagne antifasciste*. Y también hacía traducciones.

–¿Quién lleva ahora la Unión Anarquista? –preguntó Fred.

–Sébastien Faure, Armand o Lecoïn me han acogido fraternalmente en ella. El resto, o se desacreditaron en el 14 al unirse a la Unión Sagrada o se aliaron con los comunistas. De esos, muchos ya han sido vomitados por el ogro. Monatte, Rosmer o Souvarine reclaman claridad en los asuntos rusos. El partido ha expulsado a esos impertinentes. De todas formas, Zinóviev exigía la bolchevización acelerada

de los partidos hermanos y la aprobación unánime de la línea del Komintern. La peste nos sigue hasta aquí. ¿Sabes que en Bobigny se ha abierto una Escuela de Bolchevismo que dirige un tal Paul Marion?

–No sé nada. Tras llegar de Rusia fui por todos sitios para hablar de la exterminación de la Ucrania libertaria, del fin de Majnó, para enseñar una copia del testamento de Lenin que había hurtado a Zinóviev. Ni lo uno ni lo otro interesaban a nadie. Me dijeron que me callara. Y me he callado.

–El universo se calla y mientras tanto, en Rusia, desaparecen todas las libertades. El Politburó es como un teatro de Shakespeare. Los periódicos o están mudos o tartamudean. Occidente ahora trata bien a Rusia, que se ha convertido en una potencia considerable. Yo recibo noticias clandestinas de Moscú. Desde la muerte de Lenin todas las facciones se descuartizan. Zinóviev y Kámenev primero se aliaron con Stalin para contrarrestar a Trotsky. Pero Zinóviev, con más deseo que cabeza, persuadido desde siempre de que sería el sucesor de Lenin, ha querido quedarse con todo. Como el testamento, que inocentemente creíste tan precioso y que no es sino un secreto de polichinela, no designaba a nadie, sino que más bien descalificaba a todos, se adjudica el papel de líder *über alles* (sobre todos). Stalin, claro, codicia ese papel y apoya a Trotsky contra Zinóviev y Kámenev. Pero Trotsky, muy nervioso entre tanto diablo,

creyó astuto abandonar a Stalin y aliarse a sus viejos enemigos Zinóviev y Kámenev. Quedaba el educado Bujarin, y Stalin se apresuró a metérselo en el bolsillo. Y los dos, esos buenos rusos de la Rusia profunda, emplean el viejo antisemitismo que nunca duerme demasiado profundo en el alma eslava. Stalin y Bujarin han proclamado que los judíos Trotsky, Zinóviev, Kámenev y Radek son enemigos de los mujiks, unos cosmopolitas sin raíces. Trotsky, que nunca consigue pronunciar un discurso sin evocar la Revolución Francesa, gritó que Rusia entraba en su periodo termidoriano, que Stalin, un jacobino como Barras, se deslizaba hacia la derecha. Mientras sus colegas le acusaban de ser Bonaparte en la víspera del 18 de Brumario, él se decía Robespierre en las vísperas de Termidor. En realidad, la segunda comparación era más acertada. Desde que abandonara su tren blindado, Trotsky ha sido un hombre acabado, enfermo, ha abandonado la lucha y se ha dejado desplazar por todos los clanes. Yoffé, su amigo íntimo, se suicidó. Dzerjinski ha muerto de forma extraña. Al final, Stalin ha recogido todos los frutos, excluyendo no sólo del Comité Central, sino del partido, tanto a Trotsky como a Zinóviev. Y también a Radek para redondear. Y a tu amigo Victor Serge. Los hermanos enemigos, convertidos en cómplices, se han visto en la misma carreta. Se dice que son unos cuatro mil los opositores expulsados de su puesto...

–¡Trotsky expulsado del partido! ¿Te estás riendo de mí?

–¿Ves? ¡Menudas noticias! ¡Quién hubiera podido imaginarse a Trotsky deportado en Siberia! Y sin embargo ha ido a sumarse allí a los amotinados de Kronstadt todavía en vida. Si aún quedan...

–Trotsky conseguirá apañárselas. Y Zinóviev también. Me preocupa más ese desdichado de Majnó...

–Sí, ya le has visto. Demasiado enfermo, demasiado inválido para conseguir empleo. Además, lo único que sabe hacer es la guerra. Pero aquí está desarmado y rodeado de enemigos que sueñan todos con acabar con él. Los blancos, los rojos, los judíos...

–¿Por qué los judíos?

–Pero ¿de dónde sales camarada Barthélemy? Ya no lees nada, no vas a ver a tus amigos... Todo el mundo habla de una novela, *La estepa roja*, publicada el año pasado por un periodista medio ruso: Joseph Kessel. Ese imbécil se ha tragado las pamplinas del coronel blanco Guerasimenko, refugiado en Berlín. La prensa comunista ha encontrado así un precioso aliado para hundir el anarquismo ucraniano. Como Kessel describe en su libro unos supuestos pogromos perpetrados por Majnó, muchos judíos quieren su cabeza. ¡Majnó antisemita! Cabrones... Pero ¿qué vas a probar contra la calumnia?

Fred y Volin caminaban despacio, a orillas del río. Pasaron el puente de Sévres siguiendo el Quai de Boulogne. Fred pensaba en el Moskova, en Galina... En Victor Serge, a quien los bolcheviques acababan de expulsar. Galina le llevó a la otra Galina, la de Majnó.

–¿Qué significa esa historia de la herida en la cara de Majnó? Su mujer se enorgullece...

–¡Ah! Ya has visto a Galina. ¡Qué hermosa es! ¡Qué leona!

Volin perdió de repente su tono docente y se echó a reír:

–Sí, sí; ella intentó cortarle el pescuezo mientras dormía. Pero él se movió y el cuchillo le cortó sólo la cara. Está perdidamente enamorado de Galina y ella, qué decir...

–¿Qué decir de qué?

–Cuando conoció a Majnó era una simple profesora y él el hombre más poderoso de Ucrania. Un ataman. Taras Bulba en persona. Ahora se han invertido los papeles. Galina no sólo es hermosa; es inteligente y tiene educación, mientras que Majnó, casi analfabeto, ya parece un vejestorio. Es un hombre acabado y ella, tan hermosa, respira vida y amor.

Fred miró a Volin, sorprendido por ese desparpajo con quien había encarnado en Rusia la revolución libertaria. Y dijo:

–Me gustaría ayudar a Majnó. Pero no sé cómo.

–Ve a verle. Haz de intérprete, de guardaespaldas, de secretario. Está muy solo. Pero ten cuidado con Galina.

Fred empezó por comprar la novela de Kessel. Desde su vuelta a Francia no había leído un solo libro. La alegría que sintió al tener uno entre sus manos le sorprendió y asustó. Su pasado retomaba insidiosamente posesión de su espíritu; lo sentía como se siente una enfermedad que, poco a poco, penetra en el cuerpo provocando una especie de embriaguez.

En el prólogo el autor descartaba cualquier propósito novelesco: «La historia que vamos a leer es verídica. Puedo garantizar que en lo concerniente a Majnó nada se debe a mi imaginación». Fred leía, estupefacto ante lo que Kessel contaba con la mayor tranquilidad del mundo, sin preocuparse por el hombre acechado en París, sin recursos, incapaz de defenderse: «Un personaje tan bárbaro, tan sanguinario como Majnó... un bandido semejante... a Majnó no le gustaban los judíos. Mientras que matar ortodoxos era un simple placer para él, masacrar judíos le parecía un verdadero deber...». Kessel describía las supuestas orgías de la majnovchina, los prisioneros descuartizados, la danza de los cosacos sobre los cadáveres: «Majnó masacra judíos, burgueses, oficiales, comisarios, en suma, durante dos años aterroriza Ucrania entera». Kessel evocaba también a Volin. El papel que le atribuía estaba

curiosamente exagerado. No es sólo que Volin no hubiera dirigido los estudios del Majnó adolescente, sino que hacer de él el jefe del gobierno de la majnovchina daba demasiada cancha a quien sólo había participado en la guerra civil en Ucrania durante seis meses. Kessel elevaba al intelectual Volin en detrimento del campesino Majnó. Sólo respetan a la gente de su propio mundo, pensaba Fred con rabia. Volin, que hablaba perfectamente francés, que podía expresarse tanto sobre una tribuna como en la prensa, o con un libro, retomaba en París su papel de teórico. Pero Majnó, vencido, mudo, ya no tenía función alguna. Fred se sentía cerca, muy cerca de Majnó. Al mismo tiempo, Volin le servía de ejemplo. Gracias a este último, se daba cuenta de que sólo la escritura salva la memoria. Antes, nunca le había interesado la idea de redactar sus impresiones o sus recuerdos. Fue la indignación, la aversión que se le subió a la garganta con el libro de Kessel, lo que le condujo a decidir contarlo todo, a escribir todo lo que había vivido en Rusia, a defender a Majnó y hablar de todos aquellos a los que la checa estrangulaba en los sótanos de la Lubianka, a hablar de Aaron Baron confinado en Butyrki, de Igor y sus guardias negros desaparecidos, de Victor Serge, de Alexis...

Claudine era muy consciente de la evolución de Fred. Ella achacaba dicha transformación al reencuentro con Flora y Germinal. No obstante, Fred no había vuelto a ver a Flora, salvo en las numerosas pinturas de Baskine. Esas pinturas se interponían por otra parte entre su Flora y la Flora de

Baskine. La Flora de sus recuerdos, tan diferente de la que surgió del sótano de La Coupole. Pero la fuerza de la pintura es tal que aquella Flora desnuda, aquella Flora ligera de ropa, aquella Flora impúdica le perseguía. Esas matas rubias de las axilas y del pubis en las que el artista se había detenido, le obsesionaban.

Que Fred se preocupara de su primera compañera y de su hijo le parecía perfectamente normal a Claudine. Por contra, le afectaba la indiferencia que veía, cada vez más marcada, con respecto a sus padres y a su hermano. En su casa de Billancourt, Fred seguía siendo el mismo, con la misma apasionada solicitud que siempre ante el menor capricho de Mariette; pero los domingos, en Pantin, escondía mal el aburrimiento. Respondía a menudo de mala manera a las preguntas de su suegro y ya no tenía ganas de bromear con Hubert, que le observaba con la atención que se dedica a los enfermos. Pasaban las tardes jugando a las cartas, unas partidas interminables, y tomando jarras de cerveza. Fred, distraído, ensimismado en cómo conseguir frecuentar a Majnó y retomar contacto con los entornos libertarios, perdía por falta de atención; lo que le valía los agrios reproches de su compañero de partida. Para evitar esos incidentes, Claudine tomó la costumbre de formar equipo con él. Al regresar hacia Billancourt bromeaba:

–¿Cómo has podido confundir la dama de picas con la dama de tréboles? ¿En qué estabas pensando?

Y como suele suceder cuando uno está rumiando algo concreto, Fred respondía:

–En nada. ¿En qué quieres que piense?

Alfred Barthélemy empezó a leer de nuevo la prensa, sobre todo *Le Libertaire* y *L'Humanité*. Aunque cada número de *L'Humanité* le proporcionaba algo que le indignaba, un artículo firmado por Henri Barbusse superó todos los límites. Fred leyó una y otra vez este párrafo sin dar crédito a sus ojos: «El cabecilla armado Majnó, ladrón y asesino de tranquilas gentes que cometió los más abominables atentados con un sadismo enloquecido, parece que descansa en estos momentos entre nosotros».

Fred estaba acostumbrado a que se asimilara a un anarquista con un bandido. Era la jugada habitual de los bolcheviques. Pero decir de ese desdichado Majnó «parece que descansa en estos momentos entre nosotros», revelaba la más perfecta ignominia. Fred se precipitó a ver a los Delesalle, preguntándoles quién era ese Barbusse.

–Un comunista –precisó Paul–. Buen escritor también. ¿No has leído *El fuego*? Acaba de fundar la Asociación de Amigos de la Unión Soviética junto a Francis Jourdain. Es un tipo honesto, quizás mal informado sobre Majnó. Es cosa de esa novela de Kessel que pulula por todas las estanterías.

Fred decidió ir a verle en persona. Resultó fácil: Barbusse recibió de buena gana a ese obrero del metal. De igual estatura que Fred, rostro seco y boca fina, su delgadez era tal que a sus huesos les costaba soportarla. Se curvaba bajo quién sabe qué peso. Que ese proletario intercediera por Majnó le molestó. Llevó la conversación hacia Renault, hacia la opresión patronal.

–Louis Renault es un explotador y su empresa, un presidio... ¿No es cierto?

–Un presidio del que podemos salir cada noche; cosa que no sucede en los presidios siberianos.

–¿Qué sabe usted de eso?

Fred todavía no se había decidido a desenmascararse. Habló de Majnó con énfasis, de su miseria, de sus heridas, del papel que desempeñó en la aniquilación de los ejércitos blancos.

Barbusse se fajaba. Cada vez que Fred intentó que se decidiera a restablecer la verdad a propósito de Majnó, él tomaba la tangente. Fred nunca consiguió capturar su mirada. Sus afiladas manos hacían aspavientos. Fred evocó la represión que, después de caer sobre anarquistas y socialistas revolucionarios, alcanzaba ahora a todos los compañeros de Lenin. Ya que él, Barbusse, se decía amigo de la Unión Soviética, su primer deber era alertar a Stalin y

Bujarin contra este espíritu de destrucción que parecía conquistarles.

–Las revoluciones tienen un destino trágico –suspiró Barbusse.

–Los hombres también. Piense en Zinóviev, o en Trotsky, monumentos caídos de su pedestal. Como Majnó.

Barbusse pretextó una migraña, pidió a Fred que saludara a los trabajadores de su taller y se retiró, casi partido en dos, con el busto hacia delante, como si fuera a romperse.

De repente, cambiaron los vientos de la política; del este hacia el oeste. La gente sólo se había estado preocupando por Rusia. Y entonces entró en escena América. Por la puerta de la recesión.

Desde 1921, dos anarquistas italianos emigrados a Estados Unidos, Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, condenados a muerte por el supuesto asesinato de un funcionario del tesoro público y de un vigilante de una fábrica, esperaban su ejecución, retrasada constantemente. A principios de 1927 un telegrama de América informó a la Unión Anarquista de que se estaba preparando la silla eléctrica de Sacco y Vanzetti. Durante todo el primer semestre Fred siguió en *Le Libertaire* las peripecias de la defensa que organizó en Francia de nuevo aquél hombre no más alto que Flora: Louis Lecoin. Le costaba concentrarse

delante de su mesa; le costaba limitarse a hablar de banalidades con Claudine. Tenía la impresión de que ese caso de Sacco y Vanzetti era algo que se le escapaba, que él debería haber estado en el sitio de Lecoin. ¿Permanecería como espectador para siempre? Le hubiera gustado gritar que esos dos anarquistas condenados a muerte en América, y cuya culpabilidad nunca había sido probada, pesaban tanto como los miles de anarquistas rusos asesinados de una balazo en la nuca mientras bajaban los escalones de los sótanos de la checa. Y era así porque América había simbolizado hasta entonces la libertad, mientras Rusia se atribuía el emblema de la igualdad. Para forzar al pueblo ruso a la igualdad, los bolcheviques le quebraban el espinazo a la libertad. Pero si la América de la desigualdad también se ponía a perseguir a los libertarios, ¿qué tierra de asilo quedaría? ¿No había sido en América el lugar en que tantos proscritos se refugiaron antaño: Trotsky, Volin, Emma Goldman...?

Lecoin se desvivía en su defensa. Cada semana, *Le Liberaire* daba cuenta de sus acciones. Había convencido a Jouhaux de poner en movimiento a la CGT; a Victor Basch de hacer intervenir a la Liga de los Derechos del Hombre; a Joseph Caillaux (pues sí, el Caillaux de Vigo de Almereyda) de telegrafiar a la Casa Blanca; a Mme. Curie de interceder en favor suyo entre los científicos del otro lado del canal. Lecoin organizaba conferencias, recogía firmas (tres millones de firmas para su petición). Cuando, el 23 de

agosto, llegó a París la noticia de la ejecución de Sacco y Vanzetti, Fred se precipitó hacia el centro de la capital. Un gentío enorme se manifestaba, intentando, pese a las cargas de la policía, tomar al asalto la embajada americana. Esos hombres y mujeres, sublevados por la indignación ante la injusticia, habían bajado espontáneamente a la calle por una causa estrictamente humanitaria y demostraban a Fred que no todo estaba perdido, que Lecoin tenía razón, que el silencio y el retiro, que su silencio y su retiro, si persistían, serían cobardía.

A finales de año Alfred Barthélemy fue a ver a Louis Lecoin. Toda esa publicidad dada a Majnó con el libro de Kessel provocó que la prefectura decidiera la expulsión del ucraniano. Fred intervino entonces ante Lecoin para que éste intentase obtener la anulación de la medida.

Lecoin compartía la desconfianza de los anarquistas pacifistas ante ese fulgor guerrero que había representado Majnó. Bastó con que Fred describiera la decadencia del hombre, sus angustias y su soledad para inflamar a Lecoin:

–He conseguido evitar la extradición de Durruti, que quiso asesinar al rey de España. La violencia de Durruti o la de Majnó me repugnan y no les seguiré nunca por esa vía. Pero si les convierten en víctimas, si sufren la violencia, estoy dispuesto a batirme por ellos.

–Durruti –preguntó Fred–, ¿Durruti el de la CNT?

–¿Lo conoces?

–No, pero conocí a Pestaña y a Nin... ¿Cómo va la anarquía en España?

–Magníficamente. La persiguen. A los anarquistas les envían al garrote vil. Pero, aun así, somos la organización revolucionaria más fuerte de Cataluña.

–Me gustaría conocer a Durruti.

–Le diré que vaya a verte. Y tú, ¿por qué has dejado la militancia? Que el comunismo te haya asqueado de la política es lo más normal del mundo. Pero, ahora ya estás vacunado. Bueno... Haz lo que quieras. Con lo de Majnó no te atormentes. Iré a ver a Chiappe.

Lecoin era capaz de acudir al mismísimo Papa si creía que la visita podía ayudar en alguna de sus causas. Tenía un don de convicción tal que nunca le rechazaban nada.

Gracias a la intromisión de Lecoin, Majnó no fue expulsado. Y como se aburría en su edificio de Vincennes, Fred le hizo de guía y de intérprete en las reuniones anarquistas. Majnó no sabía nada de la situación política francesa, que no le despertaba ningún interés. Fred enseguida se dio cuenta de que Majnó detestaba a los intelectuales con un complejo de plebeyo inculto y que se aferraba a él porque era obrero, porque hablaba ruso y

porque había vivido en Rusia y conocido a Igor y los guardias negros. Se vinculó tanto a Fred que éste enseguida le resultó imprescindible. Al igual que todo el que es abandonado, Majnó se iba volviendo tiránico; se quejaba una y otra vez de que Fred no le dedicara suficiente tiempo. En cuanto llegaba a su pequeño apartamento, Majnó le tomaba por el brazo y se iba con él a la calle. No le gustaba que Fred hablase con Galina. Aunque cabe decir que Galina experimentaba un placer sádico en criticar a Majnó, en devaluarle. No sabemos cómo se comportaba en la intimidad, pero en público, cuando llegaba alguna de sus pocas visitas, Galina se encarnizaba con él, le dedicaba palabras hirientes y, al tiempo, desplegaba sus encantos ante los desconocidos. En una ocasión en la que Fred aludió a Tujachevski, ella exclamó:

–Ese sí que es un general de verdad, ¡no como Néstor!

Esas perpetuas alusiones a los generales del ejército rojo, Tujachevski, Budennyi, Vorochilov, sulfuraban al vencido. A Fred le molestó ver que Majnó tenía una cierta estima por esos generales, que envidiaba su carrera y que bosquejaba en su cabeza estratagemas para regresar a Rusia.

–Comprenderán que puedo serles útil –decía–. Han echado a Trotsky, es él quien me traicionó. Voy a pedir al embajador un visado para volver.

–Estás loco. Te fusilarán en cuanto llegues.

–Aquí me fusilan todos los días. Todos. Con la mirada. Los blancos, los rojos, los negros. ¡Todos!

Los rusos blancos, es cierto, consideraban a Majnó como alguien aún peor que Lenin. En cuanto a los rojos, para ellos Majnó representaba la aberración revolucionaria, la más nefasta, la del izquierdismo. Y los negros sospechaban que había perpetrado violencias gratuitas.

Fred, que no apreciaba a los violentos, se topaba siempre con ellos en su camino. La banda de Bonnot en su infancia y ahora Majnó.

¿Por qué deseaba encontrarse con Durruti? ¿Por el recuerdo de Pestaña? Durruti, un excelente obrero del metal, como Fred, vivía desde hacía años en la clandestinidad, lidiando con los pistoleros contratados por gobernantes, patronos y obispos para asesinar militantes cenetistas. El mismo Durruti había recurrido al terrorismo en defensa propia; pero todo parecía manifestar que ese papel le agradaba. Había atracado bancos y secuestrado jueces. Aunque le hubieran condenado a muerte por rebeldía en España, en Chile y en Argentina, y expulsado de siete países, su sueño seguía siendo muy pacífico: abrir librerías anarquistas en todas las grandes ciudades del mundo.

La situación de los refugiados políticos en Francia nunca había dejado de ser precaria. Bajo el reinado de Poincaré, a

quien Léon Daudet llamaba con desenvoltura «el enano Raymond, ese siniestro petimetre», persistía no obstante una cierta tolerancia hacia los libertarios. Exterminados en Rusia (en donde hasta la Cruz Negra, réplica de la Cruz Roja, estaba prohibida), condenados al garrote en España y electrocutados en América, los anarquistas rusos, búlgaros, húngaros, españoles e italianos llegaban a París, escenario privilegiado por entonces de la Internacional negra. Llegaban allí, pero no nos confundamos, no en una proporción lo suficientemente densa como para inquietar a un gobierno. La policía no les perdía de vista, vigilaba sus actividades y blandía la amenaza de la proscripción. Había sido necesaria toda la energía de Louis Lecoïn para que Durruti no fuera enviado a España, en donde le esperaba el garrote vil, o embarcado hacia Argentina, que le condenaría al presidio. En Francia, durante esos años 20, Lecoïn portaba sobre sus espaldas una teoría revolucionaria que parecía anacrónica. Octubre del 17 eclipsaba la Comuna de París. Peor aún; el comunismo se apropiaba de los comuneros. A la anarquía sólo le quedaban víctimas, excluidos, fugitivos. Y como no podía ser menos, Fred terminó moviéndose entre ellos.

Lecoïn no le puso en contacto con Durruti. Fred veía claramente que, para los libertarios puros y duros como Lecoïn, seguía siendo sospechoso. Un tráfuga del Komintern no huele a santo para nadie. Sólo Majnó confiaba en él. Fue a través de Majnó como conoció a Durruti.

El atlético y sólido Buenaventura Durruti parecía tallado a hachazos en la madera. Desde su primer encuentro en aquella alameda desierta del bosque de Vincennes en donde Majnó les había reunido, estos dos hombres sintieron una simpatía y una confianza mutua que las vicisitudes de su existencia nunca alterarían.

Antes de conocer a Alfred Barthélemy, Durruti tan sólo frecuentaba, además de a Lecoin, a quien situaba al margen (en una especie de capilla piadosa, si es que cabe emplear esa expresión con un anticlerical tan virulento... aunque la redonda cabeza de Lecoin tomara la aureola de, podría decirse, una especie de santidad laica), a Majnó y Emile Cottin. Cottin y Durruti compartían el haber adquirido su notoriedad el primero disparando contra Clemenceau y el segundo organizando un atentado frustrado contra el rey de España.

Fred desaprobaba totalmente esos atentados individuales que engendran una represión colectiva. Así se lo dijo a Durruti, que aceptó sus razones. Por eso mismo no sentía deseo alguno de frecuentar a Cottin, a quien Lecoin (¡de nuevo él!) había conseguido liberar tras cinco años de detención interviniendo ante la Coalición de Izquierdas.

–¿Sabes –dijo Durruti a Fred– que al mismo tiempo que el consejo de guerra condenaba a Cottin a muerte, que sólo había herido a Clemenceau, Raoul Villain, el asesino de Jaurés, era amnistiado?

Fred, silencioso, pensaba que en Rusia ni Villain ni Cottin hubieran sobrevivido a sus condenas. Pero si lo decía, hay quien lo tomaría por un elogio a esa sociedad capitalista que execraban tanto como la sociedad bolchevique...

Resultaba imposible seguir ocultando a Claudine que retomaba una actividad política. Para su joven mujer, la sorpresa fue enorme; ella ignoraba el pasado político de Fred y no conseguía comprender ese repentino arrebató. Claudine se había dado perfecta cuenta de su cambio de actitud, las numerosas ausencias, su aspecto ausente... pero lo achacaba todo a esa Flora y a su hijo. Fred ya no era el mismo, pero ¿acaso no era desde esa noche en Montparnasse? ¿Esa militancia no sería un pretexto que ocultaba la verdadera razón?

–¿Por qué –le preguntó– te interesa ahora así la política? Decías que mi padre era un pesado con sus grandes principios. Al menos, ahora podréis hablar juntos. Se nos van a alegrar los domingos.

Fred sabía muy bien que el día en que su verdadera vida política le absorbiera, el día en que publicara el libro que empezaba a escribir, estallaría un drama en la familia de Claudine y que le mirarían como un impostor, además de un renegado.

–¿Por qué no me hablas nunca de la madre de tu hijo?
–insinuó Claudine, que no quería la tomasen por una

inocente—. Deberíamos invitar a Germinal aquí de vez en cuando.

—¿La madre de mi hijo? Hace tanto de todo eso que es como si hubiera tenido dos vidas. Y Germinal, no le gusto demasiado. Piensa que abandoné a su madre.

—Sí, ¿por qué la abandonaste?

—Yo no la abandoné. La guerra me llevó consigo. No tuve elección. Luego, perdí el contacto con ella. Y lo que más me importa ahora es que te he encontrado a ti, Claudine.

Fred era sincero. No había vuelto a ver a Flora sino multiplicada por las pinturas de Baskine, sino enquistada en sus sueños. ¿Somos responsables del vagabundeo del espíritu? ¿De la mutabilidad de los deseos? Deseaba a Flora, la Flora desnuda de Baskine, como nunca la había deseado cuando fue suya y, precisamente, al ser consciente de la violencia de esa pasión por Flora, huía de ella. No había regresado a Montparnasse después de haber contemplado las pinturas de Baskine. En varias ocasiones, en Renault, concentrado delante de su mesa, las brocas planas, las muelas, los buriles redondeados, se habían transformado en labios, en senos, en nalgas. Toda una fantasmagoría erótica en la que el cuerpo de Flora desfilaba entre piezas de acero, las empujaba y ocupaba su lugar. Fred, hipnotizado, no se atrevía a utilizar sus herramientas. Dejaba de oír el estrépito de las máquinas. Se perdía por Les

Halles, por la Rue Poissonnière y Flora surgía, balanceando sus piernecitas blancas en la parte de atrás de una carreta de pescadero.

Amaba demasiado a Claudine y a Mariette como para arriesgar esa felicidad. La militancia ya era suficiente amenaza. Suponía con razón que Claudine, confrontada a Flora, no aguantaría demasiado tiempo. De Flora brotaba una fuerza salvaje y una sensualidad radiosa; algo que le había parecido tan natural cuando vivieron juntos que no le había otorgado demasiado valor. Había bastado con ver durante una sola noche cómo se comportaba en Montparnasse, con mirarla como a una extraña, para que esas particularidades explotaran delante de sus ojos. Había descubierto a Flora en las miradas concupiscentes de los hombres que la abordaban. Flora radiante, provocativa, soberana.

Fred repitió:

–Lo que más me importa es que te he encontrado a ti.

Claudine lo miró tranquilizada. Luego, dudó un instante, y confesó con su habitual calma:

–No estoy segura, pero... A lo mejor Mariette va a tener un hermanito. Tendré que ir a ver al doctor.

Ahora, cada noche, una vez acostada Mariette, Fred ponía un cuaderno en un rincón de la mesa de la cocina y escribía; describía todo lo que había vivido en Rusia, el entusiasmo de los primeros años de la revolución, el desencanto que le sucedió, la instalación del habitual aparato de Estado, la burocratización, la militarización, el universo carcelario, las rivalidades entre los jefes del Politburó, la marginación de la oposición... Recordaba lo que Vergniaud, el líder de los girondinos, había dicho de la Revolución Francesa cuando llegó el Terror: «Saturno devorando a sus hijos». Quería titular así su libro. La revolución rusa también era como *Saturno devorando a sus hijos*. El ogro bolchevique, después de haber engullido voraz a todos sus adversarios, devoraba ahora a quienes le habían hecho ogro. El ogro se devoraba a sí mismo.

Claudine, perpleja, miraba cómo Fred escribía. El le había dicho que preparaba una especie de informe que serviría para tomar ciertas decisiones políticas. Claudine replicó que no comprendía qué informe podía hacer él, que no tenía contactos con nadie. Fred contestó que precisamente, se iba a ausentar unos días y que no tenía que preocuparse. Durruti y él pensaban encontrarse con Erich Mühsam en Alemania.

¿Por qué esa Alemania, que debería ser el eje de la revolución mundial, no reaccionaba? Durruti sabía que Mühsam conservaba la confianza de los anarquistas

alemanes y quería establecer contacto con ellos. Como Fred Barthélemy conocía bien a Mühsam, resultaba indispensable que participara en el viaje.

Durruti y Fred prepararon su escapada con una gran exaltación. Fred hallaba en Durruti un camarada de más o menos su edad. Al contrario de Majnó, a quien por otra parte ambos admiraban, pero en quien constataban un declive ineluctable, ellos se sentían como sobre un trampolín, dispuestos a saltar. Ni uno ni otro sabían adonde, pero presentían que un día darían un gran salto.

Erich Mühsam disfrutaba en Alemania de un prestigio excepcional, tanto por sus responsabilidades en calidad de miembro del Consejo Obrero de la primera República de Baviera, en 1918, como por su éxito como escritor. Su estilo acerbo y su humor habían granjeado la celebridad de este poeta, ensayista y dramaturgo recién entrado en la cincuentena, veinte años mayor que Barthélemy y Durruti.

Mühsam comprendía bien que los bolcheviques le habían manipulado. Al mismo tiempo, detestaba la perspectiva de desligarse totalmente del partido comunista alemán, que seguía siendo muy fuerte y le parecía la única defensa contra la ascensión de una nueva liga proletaria que le preocupaba mucho más que la expulsión, en Rusia, de Trotsky y de Zinóviev.

Ni Durruti ni Alfred Barthélemy habían oído hablar de ese partido nacional-socialista de los obreros alemanes; ni tampoco de su líder, Adolf Hitler.

–Hitler –dijo Mühsam–, no impresiona demasiado con su viejo impermeable y su sombrero de tela, pero no nos engañemos: viste el uniforme de los parados. Hitler se identifica con ellos y ellos creen que les representa. Ese Hitler es un actor y un director de escena que no deja nada al azar. Lleva diez años preparando en la sombra su representación. Ya ha creado su bandera (roja, por supuesto), con una cruz gamada negra; sus tropas de choque, las SA, llevan camisas pardas que imitan las camisas negras de Mussolini.

–Trotsky también era un gran director de escena y un actor prodigioso –dijo Fred–. Y aun así su obra ha fracasado y el telón se le ha caído encima.

–No... Su obra no ha fracasado –replicó Mühsam–. Stalin la interpreta ahora en salones privados. Lo reutiliza todo: el ejército rojo, la checa convertida en GPU, la burocracia, el partido único... Stalin entra con sus botas en la cama que le ha bordado Trotsky.

–Stalin –dijo Durruti– representa la victoria de los burócratas sobre los ideólogos.

–No es tan fácil –continuó Fred–. En tiempos de Lenin, Stalin se burlaba del burócrata Trotsky. Son Trotsky y Zinóviev quienes han burocratizado el bolchevismo. Stalin es sólo un heredero. Y tu Hitler me parece una mala imitación de Mussolini, que es por su parte un matón patético. El peligro no está ahí. Soy uno de los más indicados para saber que el pulpo del Komintern extiende sus tentáculos por toda Europa. Si no reaccionamos, acabaremos estrangulados. Tenemos que proclamar en todos sitios que el futuro de la revolución no está en Rusia, que Rusia se mofa de la revolución. El futuro de la revolución está en España, con Pestaña.

–Sí –secundó Durruti–. Venimos para dejarte eso muy claro, para que abandones la idea de que Rusia todavía representa una esperanza. En España los anarquistas son mayoritarios y allí sólo hay un partido comunista importante, opuesto al de Moscú y con el que, por tanto, podremos trabajar.

Durruti conservaba unas formas plebeyas que desconcertaban al intelectual Mühsam. Hablaba muy alto y, para acentuar sus palabras, daba golpes con sus enormes puños en la mesa.

Mühsam se puso a caminar de un lado a otro, con los brazos detrás de la espalda. De repente se paró, dio media vuelta y miró a sus dos invitados con una cierta sorpresa, como si les descubriera.

–El drama es que cada uno de nosotros se regodea en su pequeño mundo. Cuando estabas en Moscú, Barthélemy, no veías más allá de los anteojos de Zinóviev. Ahora, tu mirada no cruza el Rin. Y tú, Durruti, ya no vives en España y aun así dibujas las fronteras de España en torno a ti como un círculo de tiza. Me diréis que tampoco yo miro lo bastante lejos. Pero hay que tener una vista muy aguda para distinguir lo que trama ese hombrecillo del impermeable arrugado. Los socialistas se ríen de él. Los comunistas se destornillan. Yo mantengo que este hombre es el diablo en persona. Ha escrito un libro, *Mi lucha*, en el que revela toda su doctrina, todos sus planes. Nadie lo lee. Nadie lo toma en serio.

–¿Pero qué propone ese Hitler tuyo?

–Recupera para sí todas las ideas de la extrema izquierda: abolición de las rentas que no resulten directamente del trabajo, nacionalización de los cárteles, compartir con el Estado los beneficios de la industria pesada, expropiación de los grandes almacenes para alquilarlos a precios reducidos a los pequeños comerciantes, abrogación del tratado de Versalles...

–Hombre... ¡No está tan mal!

–Promete la luna, pero al mismo tiempo agita viejos demonios: la raza, el odio a los judíos. No os habéis cruzado con sus SA. Verdaderos maleantes. Ahora no da mucho de

lo que hablar. Pero tengo la impresión de que se está preparando. Os lo vuelvo a decir, camaradas, ese nuevo partido que se proclama obrero es una banda de maleantes. Hitler emplea el molde de Mussolini, pero también el de Stalin. Está lejos del poder, pero si lo consigue, será terrible.

Durruti y Barthélemy regresaron de Alemania decepcionados con Mühsam. Habían ido a presentarle la vanguardia que se gestaba en España y éste apenas les había hablado de las payasadas de un actor de segunda que sólo él tomaba en serio.

A finales de 1928 Claudine dio a luz un segundo hijo, bautizado Louis. Mariette ahora tenía dos años. La pequeña disfrutaba con su muñeco; pasaba mucho tiempo mirando al bebé en su cuna, hablaba poco y observaba con atención su entorno, los muebles, los objetos y esos dos seres verticales y enigmáticos, sus padres. A veces Fred se la ponía a hombros y paseaban así por las orillas del Sena. La ribera temblaba bajo los mazazos. Miles de estacas hundidas en la isla Seguin iban formando los futuros soportes del basamento de la fábrica Renault que allí se construía como extensión de los talleres de Billancourt. A Fred le sorprendía permanecer tanto tiempo ligado a esa empresa, regresar cada día al mismo taller, ver en las mesas vecinas las mismas caras. No le sorprendía menos estar casado con Claudine y ser padre de dos hijos. Esa vida tranquila contrastaba hasta tal punto con la tormenta que encontraba los domingos

junto a Majnó y Durruti que ya no sabía muy bien quién era, qué papel interpretaba. Sólo le reequilibraba la escritura. Seguía escribiendo cada tarde, a lápiz (el taller le había dejado la costumbre del lápiz de madera con mina de grafito) en cuadernillos cuadriculados. Cada vez acompañaba menos a Claudine a casa de sus padres, ya que sólo los domingos podía encontrarse con Majnó y Durruti, asistir a reuniones y conocer a otros militantes.

En enero apareció un resucitado por *Le Libertaire*. Un verdadero resucitado. Lázaro en persona. Un anciano con el rostro blanquecino y cabellos blancos como el yeso. Un resucitado de la anarquía terrorista de tiempos de la banda de Bonnot. Fred no había oído hablar nunca de este hombre, pero los militantes le recibieron con simpatía y atención. May Picqueray le dijo que se trataba de Marius Jacob, condenado al presidio a perpetuidad en 1905. Marius Jacob había pasado nueve años en un calabozo de la Guyana con los pies encadenados. Había sufrido quince años de celda e intentado diecinueve evasiones. Ese anciano entraba en su quincuagésimo año. Durante más de veinticinco no había caminado en una calle y había hablado sólo con otros detenidos. Liberado tras una reducción de pena, descubría un París que había dejado de ser el suyo. Los tranvías reemplazaban a los coches de caballos. Ya no conocía a nadie y nadie le conocía. Su único lazo con el pasado era *Le Libertaire*. Allí supo que todos sus amigos estaban muertos, que la CGT marxista cortaba con el

anarcosindicalismo y que en Rusia los bolcheviques diezmaban a los anarquistas. Estaba sentado, anonadado, con sus ojos negros, aún más negros en la palidez de su rostro cincelado, clavados con intensidad en los hombres y mujeres que le rodeaban. Nadie se le había acercado desde el tiempo en que sus robos rocamboleros le convirtieron en la inspiración de las aventuras de Arséne Lupin, personaje de ficción hoy más célebre que su modelo. Marius Jacob, pegado a su silla, mostraba una estupefacción infantil. El mundo que descubría era un mundo loco, tan loco como el de los carceleros de Cayenne. En el presidio había estudiado derecho. ¿Derecho? Como si existiera otro derecho que el del más fuerte, el más rico, el más hermoso... Marius Jacob permaneció atornillado en su silla hasta bien entrada la noche. No quería irse. Ya no quería ir a ningún sitio. Al final, le prepararon una cama improvisada entre pilas de periódicos y se quedó a dormir solo en el local desierto.

En febrero de 1929 Trotsky fue expulsado de la URSS. ¿Por qué Stalin, que le había tirado a ese basurero de la historia en el que al mismo Trotsky le gustaba hundir a sus adversarios, le sacaba de repente para exponerlo al universo? Misterio. ¿Pensaba que no conseguiría superar la afrenta? ¿Pensaba que Occidente perseguiría al creador del ejército rojo y que el exilio sería un infierno para él? Stalin, que nunca había salido de Rusia y que no saldría jamás de ella, conocía muy mal Occidente. A Occidente le encantan

los mártires. Para los occidentales, Trotsky en el poder había sido un monstruo; Trotsky expulsado del paraíso soviético, se convertía en una víctima a quien se debía amar.

Que Zinóviev pronunciara su autocrítica, fuera reintegrado en el partido y proclamara fidelidad a Stalin no sorprendió demasiado a Fred. Doriot, que en Rusia se había mostrado como celoso discípulo de Trotsky, se erigía ahora en Francia como su más cruel acusador... Doriot y el partido comunista francés apostaban con fuerza por Stalin. Por contra, Fred estaba estupefacto con que el trotskismo (así bautizado por Zinóviev con una curiosa clarividencia) reivindicara el estatuto de religión. Apenas quedaba establecida la catolicidad del comunismo, aparecía un cisma que dividía la izquierda. ¿Cómo superaría la Unión Anarquista, moribunda, este nuevo terremoto? Fred se preguntaba si militar en ella. En España se hubiera adherido hace mucho. Pero en Francia, ¿qué representaban ahora los anarquistas más allá de la fidelidad a un ideal que apenas les interesaba a ellos solos? En Renault, los colegas con quien hablaba a la salida, tras sonar la sirena, mientras escapaban en una compacta masa por la verja de la fábrica, estaban todos fascinados con lo que sucedía en Rusia. Fred veía muy bien que la libertad (preocupación primera de los anarquistas) les importaba menos que la igualdad. En los mítines libertarios intervenía a menudo, y muy a pesar suya, como opositor. A quienes sostenían que la revolución soviética se pudría desde la cabeza, Fred respondía que

todos los compañeros de Lenin, y el mismo Lenin, eran personas llenas de virtud y que quien había sido considerado como el más virtuoso de todos en su época, era Stalin. La virtud, decía Alfred Barthélemy, conduce al terror. Pensad en Torquemada, pensad en Robespierre. En otros tiempos conocí a la gente de la banda de Bonnot, ¡estaban todos repletos de virtud! No creáis que las masas rusas se han decantado por el comunismo sólo por el terror. El terror sólo existe porque las masas rusas aprueban el terror. Esas masas, subyugadas por el bolchevismo, no escucharon a nuestros camaradas, que predicaban sólo para unos pocos convertidos. El bolchevismo no habría llegado al poder sin el apoyo de las masas. El bolchevismo, es el orden y la igualdad en la mediocridad. A las masas no le gustan ni el desorden, ni la libertad; no saben qué hacer con ellas. Sólo los mujiks eran unos libertarios natos y por eso Stalin acaba de decretar la nacionalización total de la agricultura. Pero ahora bien, aquí, entre nosotros, ¿quién se ha preocupado nunca por los campesinos? En España sí lo hacen. Sólo España es realmente anarquista.

Como trabajaba en una inmensa fábrica, Fred se daba cuenta de que el desarrollo de la industria pesada conducía a una nueva disciplina social. A principios de siglo, la mayoría de los militantes libertarios pertenecían al mundo del artesanado. El artesanado caía en desgracia y la anarquía con él. Había que reaccionar. Fred se alzaba en las reuniones contra las ideas demasiado confusas, contra la

machaconería de fórmulas repetidas, contra métodos de propaganda anacrónicos. Mal difundidas, mal impresas y poco leídas, las publicaciones anarquistas no alcanzaban su objetivo. Mientras los intelectuales influyentes flirteaban con el partido comunista o comenzaban a entusiasmarse por el trotskismo, la Unión Anarquista no conseguía atraer más que a uno solo de ellos, al filósofo Alain, colaborador regular de *Le Libertaire*, el único profesor universitario francés que denunciara la represión contra los anarquistas rusos.

Alfred Barthélemy se entregaba de nuevo a su pasión lectora y leía tanto los periódicos que venían de Rusia como los de los rusos emigrados. Estaba así más al corriente que nadie de lo que sucedía en la URSS. Todos hablaban del trotskismo y del exilio de Trotsky. Sin embargo, Fred observaba que se estaba operando una terrorífica transformación en la URSS. Mientras vivía en Moscú, los opositores acusados por los bolcheviques protestaban, luchaban hasta la muerte, gritaban su indignación ante la revolución traicionada. La represión tomaba ahora formas más sutiles. Los viejos bolcheviques, deportados a Siberia o a Asia Central, partían sin rechistar, diciendo solamente que la salvación de la revolución demandaba su exclusión. Aprobaban a sus jueces. Las células comunistas organizaban mítines para exigir condenas más duras y los procuradores accedían a la voz de las masas. De veras parecía que el terror que se extendía sobre toda Rusia recogía la voz de las masas,

que el mismo Stalin no era sino la encarnación de esas masas ciegas (o cegadas).

Durruti había terminado imponiendo a Fred la presencia de Cottin. Todas sus reticencias desaparecieron nada más conocer a este hombre rubio y bajo, de bigote corto y larga melena. Quedó conquistado a la vez por la extrema dulzura que emanaba de toda su persona y por la vasta cultura de este autodidacta, gran lector de Montaigne, de Voltaire, de Rousseau, de Marx y de Bakunin. Fred le narró su visita a Kropotkin y el entierro del príncipe anarquista. Louis-Emile Cottin tenía exactamente la misma edad que Durruti, tres años más que Fred. Su dieta vegetariana y su rechazo al vino y demás alcoholes, le recordaban a Valet. ¿Cómo este ebanista tímido y tranquilo había podido disparar sobre Clemenceau el 19 de febrero de 1919? ¿Y por qué?

Cottin respondía a Fred lo mismo que al procurador durante el juicio: que no comprendía la sociedad actual, autoritaria, que no engendraba sino una riada de desgracias y que maldecía a los gobiernos responsables de todas las guerras.

Entre los tres no sumaban mucha gente para ocuparse de Néstor Majnó, que decaía de una forma inquietante. La tuberculosis contraída en Butyrki minaba de nuevo sus pulmones. Se ponía a toser en cuanto subía las escaleras de su edificio de ladrillo. Su herida del pie no se cerraba y sufría un poco más cada día. Y además, su pierna derecha,

inválida, se ligaba a su cuerpo por un solo tendón. Su mirada se había suavizado en un rostro lleno de arrugas. Escuchaba a sus invitados con una atención que quizás fuera sueño o ausencia. Sólo las intervenciones de Galina le hacían reaccionar. Ella le humillaba perpetuamente, como si quisiera vengarse de la caída en la que le había arrastrado. Ella, la hermosa profesora encerrada en el papel de asistente de un enfermo y condenada a ganarse miserablemente la vida, la de ambos, unas veces como señora de la limpieza, otras como cocinera. Un domingo, les reveló que Majnó había escrito a Stalin para ofrecerle sus servicios. Todavía se creía capaz de dirigir un regimiento de cosacos.

–Pero –le dijo a Fred– ni siquiera Stalin quiere a tu amigo. Niet! Niet! Nadie me libraré nunca de él. ¡Nadie! Salvo Trotsky, quizás, que terminará llegando para matarle.

–Soy yo quien matará a Trotsky –protestó Majnó.

En colaboración con *Le Libertaire*, Fred organizó un comité de solidaridad que aseguró una pensión de mil francos por mes para Majnó. Con esos mil francos se creyó rico; se perdía en las tabernas de Vincennes hasta que los bodegueros le echaban fuera esparciendo su serrín. Dada la fragilidad de su estado, enseguida se emborrachaba. Remontaba luego trabajosamente los pisos de aquello que llamaba su cuartel. Galina le colmaba con reproches acusándole con razón de dilapidar el dinero que tanto le

había costado reunir a los militantes. Una tarde encontró la puerta abierta. Galina se había ido llevando consigo a Lucía.

Una vez terminado, releído y cuidadosamente corregido su manuscrito, Fred emprendió la búsqueda de un editor. Sólo con enunciar el tema algunos rechazaban ojearlo. Otros conservaron durante varios meses los cuadernos y se los devolvieron con un deje de superioridad, diciendo que fantaseaba, que la exageración nunca resulta creíble. Otros se asustaron de las consecuencias de semejantes revelaciones. Le exponían que iba contra el curso de la historia y que no serviría de nada remar a contracorriente. Lo intentó con los editores más politizados y éstos le soltaron un sermón, sosteniendo que su libro constituía una acción errónea, que los reaccionarios lo recuperarían inevitablemente; que en un momento en el que Trotsky se convertía en víctima no convenía rematarle; que la revolución que se operaba en Rusia no era sólo política, sino tecnológica. Stalin alumbraba un nuevo mundo. ¿Qué interés había en perder el tiempo con detalles, con guerras de clanes, con el pasado del bolchevismo, con pretender rehabilitar a unas víctimas que no eran más que vencidos?

Fred compartió sus sinsabores con Paul Delesalle. Descuidaba mucho a su viejo amigo. Este, que se acercaba a los sesenta, soñaba con retirarse. Léona, cada vez más sorda, apenas conseguía oír a los clientes. Aunque se había

desilusionado con el partido comunista, Delesalle no se decidía a romper con él. Leyó los cuadernillos de Fred y se alarmó también de las consecuencias de una publicación semejante, que consideraba completamente inoportuna. No ponía en duda sus revelaciones, pero le aconsejaba, de momento, guardarlas en secreto. Al verle tan desconcertado, añadió:

–Si crees que es tu deber publicarlas, voy a darte la dirección de un librero que las editará en fascículos. Ponte en contacto con él de mi parte. Pero no esperes recibir derechos de autor. Siéntete afortunado si no te pide pagar la impresión, como un burgués.

–Sería imposible pagarla –dijo Fred–. Claudine y los dos niños se comen un salario de metalúrgico.

–¿Por qué no nos traes un día a tu pequeña familia? Descuidas a tus mayores, Fred. Seguro que Léona estaría encantada de hacer alguna carantoña a tus pequeños.

Fred lo prometió aun sabiendo que no vendría.

El librero y editor en cuestión tenía su local en Montparnasse, en la Rue Delambre. Fred se encontró con un gentío alegre y animado en la terraza del Dome: bohemios de larga melena fumando cigarros, mujeres muy maquilladas y con faldas ajustadas... Pasó muy rápido para no correr el riesgo de encontrarse con Flora. Oyó su nombre.

Como una puñalada en la espalda; un «Fredy» lanzado con una voz clara, algo guasona. Tuvo la impresión de tambalearse. Las piernas le temblaban. Se giró lentamente y se topó de frente con las miradas de toda esa gente ociosa sentada en la terraza, miradas casi burlonas para escrutar al obrero con gorra al que Flora llamaba. Para sorprenderle aún más, para dejarle aún más asombrado, ella se había puesto de pie sobre una silla. Su falda roja, abusivamente corta, descubría sus piernas y muslos, moldeados por unas medias negras. Con la cabeza desnuda y el pelo rubio pegado a la cabeza, casi como un casco, tendía el brazo hacia Fred.

–¡Venga, ven aquí! Si me estabas buscando, ¡aquí estoy!

Fred descubrió entonces, muy cerca de la silla en la que Flora seguía encaramada, al hombre de traje negro y bombín. Clavaba sus ojos saltones en Fred y le invitó con un indolente gesto de la mano a sentarse con ellos. Fred avanzó hacia Flora. Ella era tan pequeña que, de pie sobre su silla, su rostro apenas llegaba al de Fred. El maquillaje azul resaltaba sus ojos; sus labios rojos seguían pareciendo una rosa cerrada. Desde la silla, Flora saltó a hombros de Fred. El la estrechó entre sus brazos, llena de calor, de emoción. Sintió un violento deseo de llevársela, de correr a toda prisa, lejos de Montparnasse, lejos de todo. Flora suspendida de su busto, como un hijo. Pero antes de consumir su impulso Baskine se levantó y, separando a Flora, la sentó sobre sus

rodillas. Pedía perdón por ese gesto desenvuelto, perdón también por la impertinencia de Flora. Muy seductor, ese Baskine, pese a su traje de comerciante de ganado y su mohín hastiado. Muy educado; demasiado educado... Echó a una chica que parecía una prostituta para que dejara su silla a Fred. Sujetaba las manos de Fred entre las suyas, declarándole su amistad y sujetando al mismo tiempo con sus brazos robustos la cintura de Flora, prisionera sobre sus rodillas. Silbó al camarero, que acudió presto, obsequioso, llamándole maître, tan obsequioso, recordó Fred, como los antiguos lacayos del zar que servían a Lenin en el Kremlin. Baskine insistió bastante en que Fred tomara un aperitivo y aceptara un cigarro. Flora no decía nada. Observaba a Fred, que, molesto con la falsedad de la situación, tan sólo pensaba en irse. Baskine pagó al camarero con un buen billete diciéndole que se quedara con las vueltas.

Una enorme cantidad de libros y folletos hacía casi imposible entrar en la librería de la Rue Delambre. Comparada a ésta, la tienda de los Delesalle parecía ordenada y armoniosa. De hecho, se trataba menos de una librería que de un editor de opúsculos políticos marginales que vendía por catálogo. No se sabía muy bien dónde podían encontrarse sus textos, pero poseía una lista de contactos que le permitía dar salida a su mercancía. Presentía que en el manuscrito de Alfred Barthélemy había materia para un escándalo y le propuso editar gratuitamente su obra, en cuatro entregas; una por

trimestre, titulando el conjunto, como quería Fred, *Saturno devorando a sus hijos*.

El primer cuadernillo apareció en febrero de 1930. Gris, mal encuadernado, con una tipografía demasiado pálida, apenas animaba a la lectura. Fred reconocía ahí esa desidia de las publicaciones anarquistas que tanto contribuía, en su opinión, a su escasa repercusión. En cuanto tuvo ese fascículo entre sus manos supo que no convencería. Hubiera necesitado más brío, más esplendor. Lamentaba que no fuera un libro como los de Barbusse o Romain Rolland, con el sello de un editor conocido. Su texto tenía los hábitos del pobre. Era gris como la periferia, gris como las fábricas, gris como la vida cotidiana en Billancourt. Publicar con un editor marginal le marginalizaba.

Sin embargo, había revelaciones enormes en ese relato de seis años en Rusia, de seis años determinantes en los que la revolución había pasado de la utopía a la burocracia, de Lenin a Stalin, de la paz a toda costa en Brest-Litovsk a la militarización de la clase obrera; de la supresión de la pena de muerte a las ejecuciones masivas en los sótanos, primero de la checa, luego de la GPU; de la voluntad de suprimir el Estado a la edificación de un poder más sólido que el del zar; de los soviets de obreros y campesinos a la dictadura de un partido único. Alfred Barthélemy no sólo describía y mostraba a los protagonistas de esta formidable mutación sino que analizaba el auge y decadencia de un ideal,

intentando determinar sus causas, designando a los culpables de la traición.

El texto de Alfred Barthélemy, aunque enseguida quedó avejentado ante obras más espectaculares de escritores conocidos, como André Gide, que sencillamente retomaban sus afirmaciones, había llegado demasiado pronto. La obcecación de la izquierda, de toda la izquierda ante lo que iba a llamarse comúnmente, y de forma abusiva, la Unión Soviética (cuando ya no existía ningún soviét en la Rusia bolchevizada) volvía invisible a un libro semejante. Dar hoy con algún ejemplar suyo, incluso en las bibliotecas, es todo un logro. La escritura conserva no obstante una frescura que el papel de mala calidad y la tinta demasiado pálida no reflejan. La primera entrega comienza con estas palabras:

«Si me presenté voluntariamente en Rusia, no fue para obtener un bienestar material superior al de los países capitalistas. Incluso habría aceptado la miseria que allí encontré como algo casi natural si, a cambio, hubiera descubierto la igualdad, la libertad y la fraternidad. Resulta difícil proporcionar alimentación y prosperidad para todos, pero nada impide que todos reciban justicia».

Una introducción semejante debería haber intrigado a los lectores. Sin embargo, les desanimó. Muchos, esperando un sermón, dejaron el cuadernillo. Tenían curiosidad por conocer mejor a Stalin y este supuesto testigo sólo hablaba

de Zinóviev, de Bujarin, de Kámenev, de todos esos ángeles caídos que ya no interesaban a nadie. En cuanto a su visión de las maquinaciones de Trotsky, parecía inconveniente desde que éste había perdido todo poder.

La tesis de la confiscación de la revolución por los bolcheviques, tras un movimiento inicial libertario en el 17, fue considerada absurda y de mala fe. Alfred Barthélemy demostraba que la autoridad de los soviets tan sólo duró de octubre de 1917 a la primavera de 1918. Enseguida desposeídos de su autonomía, los soviets de obreros y campesinos habían luchado aun así contra la promoción de un nuevo Estado, constituyendo una oposición obrera de la que Kronstadt fue el último estertor, y una oposición campesina que persistió hasta la agonía de la majnovchina. Alfred Barthélemy no negaba que el partido bolchevique fuera la punta de la lanza de la revolución, que poseyera un sentido de la organización mayor que ninguna otra formación política. Pero ese espíritu metódico condujo a los bolcheviques a identificar la revolución sólo con su partido, que, siguiendo esa lógica, debía estructurar el nuevo Estado proletario. Todos los desastres de la revolución en Rusia, concluía Barthélemy, no tienen otro origen que un mismo error: la identificación del partido con el Estado. Todo deriva de ello naturalmente: el partido, desvirtuado en clan, substituye a la colectividad de sus miembros; un Comité Central acapara luego el poder de los miembros del aparato; finalmente, un dictador solitario suplanta al Comité Central.

La tiranía del jefe supremo se propaga entonces por todos los cuerpos del Estado. Cada presidente de comisión, de asociación, se convierte él mismo en un tirano y esa tiranía se extiende de subalterno en subalterno. La sociedad entera se burocratiza y cada burócrata, provisto de una delegación, por pequeña que sea, asume su despotismo. La maldición del poder se extiende por toda la sociedad. Expulsado por el partido único, el ideólogo es reemplazado por el funcionario. El hombre de comité elimina al idealista. Llega el tiempo de Stalin.

Barthélemy concluía en su última entrega que los resultados actuales de la acción bolchevique confirmaban la validez de la perspectiva anarquista, sobre todo en su crítica al socialismo autoritario. Dichos resultados mostraban también cómo no debe dirigirse una revolución.

Quienes leyeron los cuatro fascículos de Barthélemy hasta el final sonrieron ante tanta inocencia. El resto, furiosos, escandalizados, los tiraron a la basura mucho antes de terminarlos.

Aparte de *Le Libertaire*, que no sólo alabó el texto de Barthélemy sino que publicó largos fragmentos, ni la prensa de derechas ni la de izquierdas dijo ni una palabra. Sólo prestaban atención al libro que acababa de publicar Barbusse, *Rusia*, una obra que exaltaba la economía y la actividad social del país de Stalin. Una firma semejante a propósito de ese tema (pero tratado de una forma tan

diferente), eclipsó totalmente los pobres impresos de quien había visto, de quien sabía, de quien se atrevía a decir la verdad.

El escaso éxito de la publicación de Alfred Barthélemy presentó en todo caso la ventaja de no volverle la vida imposible en Renault, algo que habría sucedido si sus colegas hubieran llegado a conocer «su delito». Sin duda, algunos oyeron hablar de un renegado del Komintern pagado por la burguesía para huir de la patria de los trabajadores, pero Barthélemy no es un apellido inusual y no imaginaron que aquél «desgraciado» y su amable colega ajustador pudieran ser la misma persona. Sin embargo, Fred tuvo que desvelarse ante la familia de Claudine. Claudine llevó los cuadernos a su padre, que los leyó y se los devolvió a su hija.

–¡Llévate tus panfletos! Tu marido parecía un poco raro, pero no me imaginaba que fuera un cabrón semejante. Es mejor que vuelvas a casa con nosotros. Enseguida. De todas formas, vete considerando una viuda. No escapará a los balazos que castigan a los traidores de la clase obrera.

Claudine lloró un poco en brazos de su madre, que sollozaba brutalmente, besó a padre en la frente y regresó a Billancourt, conmovida.

No comprendía a Fred. ¿Por qué le había ocultado esa vida en Rusia? ¿Por qué había disimulado sus ideas? Su adhesión

al movimiento anarquista le provocaba escalofríos. Anarquista y bandido habían sido siempre sinónimos para ella. Y sin embargo, Fred, obrero modelo, buen padre de familia, marido atento, no tenía nada de un bandido. Estaba esa Flora, que parecía una puta, y esos rebeldes con los que sin duda se veía durante sus ausencias, cada vez más repetidas, ese viaje a Alemania tan misterioso...

El primer reflejo de Claudine no fue increpar a Fred sino preocuparse por su seguridad. Lo que decía su padre era cierto. Los periódicos hablaban a menudo de traidores abatidos por asesinos infiltrados desde Rusia. Y la policía francesa ¿no acosaba también a los anarquistas? ¿Qué podía hacer ella por proteger a Fred, por salvar su felicidad, su amor? No concebía que pudiese cambiar y renegar de sí mismo. Ahora se mostraba tal y como era realmente y ella estaba decidida a afrontar esa nueva vida, más dura, a privarse de los cómodos domingos en familia, a no volver a ver ni a sus padres ni a su hermano (también él maldecía a Fred), estaba dispuesta a todo para que nada cambiase entre ellos, para que Fred le acordase esa confianza que no se había atrevido a entregarle. Claudine, en el pasado, se había asombrado varias veces de su madre, esposa de un militante revolucionario. Admiraba su entrega. Ahora, al lado de Fred, su padre le parecía un revolucionario de medio pelo. Sus padres comunistas eran muy pequeño-burgueses. Era ella quien iba a quitarse todo el óxido de encima con un marginal como Fred. Era ella la esposa del verdadero

revolucionario. Se inflamaba con esa idea. No porque tuviera vocación de mártir, sino porque lo extraño de la nueva situación le sorprendía tantísimo que terminaba riéndose de ella.

Aunque los folletos de Fred no tuvieron ninguna influencia sobre la clase política de entonces, le condujeron a establecer un sólido vínculo con la Unión Anarquista. Sus revelaciones y sus tomas de partido carentes de toda ambigüedad levantaron las sospechas que seguían pesando sobre él. Las columnas de *Le Libertaire* se le abrieron de par en par. En los años siguientes, aprovechó cada vez más esa vía de expresión convirtiéndose progresivamente en uno de los hombres más visibles del movimiento.

Ya fuese por casualidad o por cachondeo, durante los años 30 las reuniones anarquistas se celebraban en el Hotel de Russie, cerca de la Porte de Clichy. Fred iba a menudo. Asistía también a las fiestas y a los mítines del Moulin de la Galette. Su principal objetivo era desempolvar la vieja organización libertaria, que se adormecía en el culto a sus ancestros. Había que evitar el error de los comunistas, decía, para ellos la palabra de Marx es sagrada. Hay que desacralizar a nuestros precursores, contextualizarlos, recordar que sus teorías son lo que son, es decir, valores relativos, buscar entre nuestros contemporáneos a libertarios que ignoran serlo. Mencionaba aquella expresión de Lenin: «los tontos útiles». Encontremos también

nuestros compañeros de viaje, concluía, y no les consideremos idiotas. Abrámonos al mundo de los vivos. Nosotros también necesitamos apoyarnos en intelectuales conocidos, encontrar entre ellos referencias que apoyen nuestras ideas, que nos ayuden a difundirlas en ámbitos inaccesibles a nuestra escasa capacidad mediática. No momifiquemos a Proudhon, a Bakunin o a Kropotkin como a su Lenin expuesto a la veneración de las masas en un féretro de cristal.

Pasando de la teoría al acto, dedicó un gran artículo a D. H. Lawrence, que acababa de fallecer. La prensa burguesa apenas se interesaba por el escandaloso autor de *El amante de Lady Chatterley*. Barthélemy destacaba el pacifismo de Lawrence durante la Gran Guerra, que asociaba al de otros ingleses eminentes: Lord Russell (destituido en 1916 de su puesto en Cambridge), Bernard Shaw, Wells... La guerra había impuesto a D. H. Lawrence sus inquietudes políticas. Y dichas inquietudes, afirmaba Barthélemy, le condujeron a luchar contra todas las tiranías de la colectividad y adoptar así verdaderas posiciones anarquistas. ¿Acaso no consideraba al ejército como un monstruo-máquina y al Estado como una «institución vulgar»? ¿No había escrito: «La gran serpiente que debemos destruir es la voluntad de poder: el deseo que un hombre tiene de dominar a sus semejantes»?

Con esos artículos Fred Barthélemy se ganó una audiencia que desbordaba ampliamente el pequeño círculo libertario e incluso el de los partidos políticos.

Fred envió, por supuesto, sus folletos antibolcheviques a los intelectuales que creía podían comprenderlos. De unos cien, sólo tres respondieron, felicitándole por su valor y agradeciéndoles sus revelaciones: Alain, Victor Margueritte y Romain Rolland.

No apreciaba demasiado a Alain, un asiduo de la redacción de *Le Libertaire*. Su cuidado peinado con raya en medio, su corbata, su camisa blanca, su traje negro, sus gafas y sus aires de canónigo hacían que Alain, aunque fuera señalado como el gran filósofo del partido radical socialista, pareciese más bien un profesor menesteroso dedicado a redactar banalidades. En sus columnas semanales parloteaba interminablemente sobre el honor, la cobardía, el sacrificio, la justicia, la violencia y la ambición con un tono cercano al gracejo pretencioso... ¿Humanismo?, quizás, pero un humanismo profesoral, por no decir propio del bar de la esquina. ¿Filosofía? Pero bueno, protestaba Fred ante sus camaradas del periódico, ¿estáis de broma? ¿Cómo una banalidad semejante ha podido alzar a ese pobre tipo al nivel de los filósofos? Aun así, Fred no quería atacar a Alain, que, cada vez que le veía en los pasillos de *Le Libertaire*, le manifestaba una admiración tan exagerada que llegaba a irritarle.

En cambio, Victor Margueritte le intrigaba. Había leído *La garçonne*, la novela más célebre de los años 20, con mucha decepción. Ese libro folletinesco, carente de estilo y lleno de diálogos de una lamentable mediocridad, había conducido a que a Victor Margueritte le retiraran la Legión de Honor bajo acusaciones de pornografía. Peor aún, le acusaban de «calumniar a la mujer francesa»... A Fred le molestaba el casi total desconocimiento de las obras de Alexandra Kollontái, cuyas opiniones sobre la liberación sexual femenina eran mucho más audaces. ¡Kollontái! Pensaba a menudo en la hermosa Alexandra. Cabe decirse que los periódicos parisinos utilizaban a esta embajadora de los bolcheviques, elegante y envuelta siempre en un perfume de escándalo erótico, para criticar una revolución proletaria que Occidente pretendía identificar con una imagen frívola y mundana. Alexandra Kollontái, la primera mujer nombrada «embajador» del mundo, había representado a la URSS primero en Noruega y luego en Méjico y en Suecia. Esta acérrima enemiga de Trotsky, en nombre de la oposición obrera, acababa de anunciar su fidelidad a Stalin. Fred se repetía que debía lanzarse a traducir los escritos de Kollontái y enviárselos a Victor Margueritte. Pero ¿cómo encontrar los originales en Francia?

Aunque Victor Margueritte decepcionara a Fred como novelista, le interesaba mucho el pacifismo del *Llamamiento a las conciencias* y del *Llamamiento a la cordura*. Victor Margueritte había publicado esos

manifiestos contra el tratado de Versalles, en favor del desarme, en pos de una declaración de paz universal, reuniendo a su lado a Alain, Barbusse y Romain Rolland.

Fred deseaba conocer algún día en persona a Victor Margueritte, si éste aceptaba recibirle. Pero de momento, era Romain Rolland a quien le hubiera gustado visitar. Por desgracia, Romain Rolland vivía en Suiza. Como no podía encontrarse con él, le escribió y este último respondió con mucha claridad a todas sus preguntas. Fue tras este intercambio cuando a Fred se le ocurrió publicar un folleto dedicado a Romain Rolland. Mientras que su libro, dividido en cuatro fascículos, no había alcanzado su objetivo, este pequeño opúsculo le volvió si no célebre, al menos conocido. Pero no por ello se leyó más *Saturno devorando a sus hijos*. La desdicha de los malos títulos... Saturno ya no estaba de actualidad; Romain Rolland sí. En realidad, el nombre de Romain Rolland sobre la portada de la obra sacaba el de Fred Barthélemy de la oscuridad.

Cabe decirse que el retrato que Fred pintaba del autor de *Jean-Christophe* difería totalmente de la imagen piadosa y aterciopelada sin cesar repetida por los hagiógrafos del partido comunista. Fred contaba cómo Henri Guilbeaux había maniobrado para que Romain Rolland se declarara en favor de la revolución bolchevique y que, al contrario de lo que siempre se repetía, el famoso texto de Rolland, *Saludo a Rusia* por ser libre y liberadora, no aprobaba en absoluto

a los bolcheviques ya que era anterior a la toma del poder de octubre de 1917. El manifiesto de Romain Rolland databa del 1 de mayo de 1917 y no saludaba sino al gobierno provisional, menchevique, de Kerenski. Aunque Romand Rolland se había asociado a Henri Barbusse para fundar un Comité Antifascista Internacional, no por ello dejaba de señalar al comunismo como responsable del fascismo. En una carta dirigida a Fred, que éste citaba con la autorización de Rolland, el famoso escritor manifestaba: «Portador de elevadas ideas (o en parte, porque el pensamiento nunca ha sido su fuerte) que representan una gran causa, el bolchevismo las ha arruinado con su sectarismo estrecho, con su inepta intransigencia y con su culto a la violencia. El bolchevismo ha engendrado al fascismo, que es un bolchevismo al revés».

La prensa de derechas pescó una declaración semejante. A la de izquierdas se le llenó la boca de rabia y lo acusaron de fraude. Sin embargo, Romain Rolland no opuso desmentido alguno. Pero ¿quién era ese Fred Barthélemy? Algunos periodistas comenzaron a indagar. Enseguida dieron con sus antecedentes políticos, su estancia en Moscú, su connivencia con el Komintern... Intentaron engatusarle. Le ofrecieron colaborar con periódicos anticomunistas. Lo rechazó. Sólo colaboraba con *Le Libertaire*. Y también se expresaba a través de esos pequeños panfletos que el librero editor de la Rue Delambre terminaba vendiendo aceptablemente.

Fred mostraba que Romain Rolland condenaba la violencia al servicio de cualquier causa, que no aprobaba a Lenin, sino a Gandhi. Para permanecer «por encima de la contienda» evitaba no sólo adherir a un partido sino incluso apoyar *Clarté*, la revista de Barbusse. A unas preguntas de Fred acerca de la dictadura del proletariado, Romain Rolland respondió: «Reemplaza una injusticia con otra injusticia. Es una sustitución, entre dos abusos de poder. Terror blanco o terror rojo, ambos merecen mi mismo desprecio; deshonran igualmente a quienes se sirven de ellos».

L'Humanité salió al paso afirmando que ese Fred Barthélemy era un impostor y un farsante, que Romain Rolland no le conocía y que se indignaba de que pusieran en su boca semejantes afirmaciones.

Algunos días después, en Renault, al pasar bajo un puente grúa, una polea se soltó y cayó a pocos decímetros de Fred. Los obreros, aferrados a sus mesas, no movieron un dedo. Fred comprendió que acababan de declararle la guerra en la fábrica.

Por la tarde, cuando se quitaba el mono de trabajo, a Fred le gustaba comprarle *L'Intransigeant* a un vendedor ambulante. «L'Intran», periódico de gran tirada, le hacía descansar de sus lecturas políticas. Los artículos se regodeaban en sucesos, crímenes, accidentes y una retahíla de catástrofes que a Fred le parecían mucho menos graves que el advenimiento de Stalin. Esta vez quedó atrapado por

un titular: la muerte de un pintor, en Montparnasse, que se había abierto las venas escribiendo veinte veces sobre las paredes de su taller un mismo nombre: Flora... Flora... La muerte de Baskine, el suicidio de Baskine... Y Flora expuesta en el periódico... Fred no lo dudó. Sin medir las consecuencias, tomó el metro hacia Montparnasse y merodeó en torno a La Coupole y Le Dome. Oyó hablar de Baskine, se mezcló a un grupo de gente bastante agitada y preguntó si conocían a Flora. Le dijeron que Flora vivía en Montmartre, con otro artista cuyo nombre no llegaba a comprender, que Baskine se había matado porque no podía superar la separación.

Yo tampoco, pensó Fred, podría sobrevivir a separarme de Flora. Aunque en realidad hacía más de diez años que no sobrevivía tan mal. Galina, Claudine, Mariette, que seguía enterneciéndolo tanto, Louis... Flora nunca había dejado de estar presente, pero se situaba por encima, más allá, en una especie de firmamento borroso. Los dos seguían vías diferentes, casi antagónicas. A menudo recordaba esa divertida y decidida expresión de Flora: «vamos a vivir la vida». Y pensaba que uno y otro no vivían la vida que deberían haber vivido.

Ese melodrama no entretuvo demasiado a la prensa. Baskine era conocido desde Montparnasse hasta Montmartre, desde Berlín hasta Nueva York, pero desconocido en Billancourt y Pantin. Fred evitó informar a

Claudine del horrible final de Baskine. La agonía del pintor, solo en su taller, entre todas esas imágenes de Flora decorando sus paredes acaparó un lugar enorme en la imaginación de Fred. Intentaba alejar esa pesadilla que le obsesionaba sin descanso, en la fábrica, en su pequeño apartamento, en la calle, en todas partes... Nunca había visitado el taller de un artista y lo imaginaba como el de un artesano, con una gran cantidad de botes de pintura, diferentes pinceles... con un gran ventanal ante el que Baskine permanecía solo, como prisionero en una jaula. Le veía con una camisa, algo barrigón, mirando con sus ojos saltones los retratos de Flora, esas Floras colgadas en su pared como si fueran mariposas y que, pese a todo, habían volado. Le veía abrirse las venas con una cuchilla y, mojando los dedos en la sangre, arrastrarse hasta la pared desnuda, la única pared desnuda, para escribir, para gritar: «Flora... Flora...». Le veía hundirse, volverse rojo, rojo de los pies a la cabeza, lleno de sangre, como esa falda roja con la que un día vistiera a Flora para un cuadro siniestro, siniestramente hermoso, hermoso como un incendio. Envidiaba a Baskine porque Baskine había amado tanto a Flora que había muerto por ello.

Trabajar ocho horas al día con gente que te da la espalda carece de encanto. Sobre todo si, por si lo anterior fuera poco, hay objetos suspendidos que podrían caerte en cualquier momento sobre la cabeza. En consecuencia, Fred solicitó un traslado de sector.

Una vez más, se alegraba de haber seguido el consejo de Paul Delesalle: un militante revolucionario debe ser primero un obrero ejemplar. La calidad de su trabajo le protegía.

El taller de mecánica de precisión al que le trasladaron exigía una ejecución irreprochable tanto en el ajustado como en el acabado (con muelas abrasivas) de los instrumentos de medida, estudio y control. Le gustaba que de su mesa salieran objetos brillantes, limpios, que se escurrían por la mano como un encendedor. Los equipos rotaban en turnos de ocho horas. Cuando Fred comenzaba el día al alba, a las seis, todo iba bien. A medio día se tomaba un tentempié rápido respirando el aire de la calle y volvía a trabajar hasta las dos y media de la tarde. Cuando sonaban las sirenas, todo el turno de la mañana corría a los vestuarios, se limpiaba con jabón negro mezclado con serrín, colgaba los monos en sus armarios y volvían a ponerse la ropa de paseo. Hablaban poco, todos intentaban huir del estruendo de muelas, taladros, martillos y calderas. Las ocho horas transcurrían de pie, inclinados sobre las piezas que debían ajustar; rivalizaban en una carrera por llegar los primeros al metro y conseguir un asiento. Sus nuevos compañeros de trabajo no le parecían, a priori, hostiles. ¿Sabían quién era? El boca a boca, tan rápido en las fábricas, ¿no había funcionado?

Cuando tenía ese turno, nada más salir de la fábrica Fred se dirigía a *Le Libertaire*, a veces hasta a casa de Majnó, o

bien se veía con Durruti. Estaba libre hasta la hora de la cena.

La situación de Majnó se volvía cada vez más lamentable. La crisis mundial de superproducción desatada en Nueva York dos años antes alcanzaba Francia. Los patronos echaban a parte de su personal y entre los que conservaban su empleo muchos veían disminuir su salario. De mil francos de pensión mensual, Majnó ya sólo recibía trescientos. Resultaba complicado vivir con esa limosna. Tuberculoso, enfermo, impermeable al francés, le era imposible encontrar trabajo. Galina, sin duda cansada de reñir a su cabeza de turco, aparecía y desaparecía, como la otra Galina. Dependienta en una tienda, su coquetería y su hermosa carita le facilitaban las aventuras. Seguidas de reapariciones piadosas y llorosas cuando sus amantes la dejaban. Aquello destrozaba a Majnó. Él temía por encima de todo perder a Lucía, su hija. Cuando la reencontraba, la tomaba de la mano y daban interminables paseos juntos, a solas, por las alamedas de castaños de indias. Con la ropa desgastada, que él mismo remendaba, parecía un vagabundo; algunos viandantes miraban sorprendidos a una chiquilla tan arreglada en compañía de ese viejo miserable. Sólo regresaba cuando se encendía el gas de las farolas.

Majnó se quejaba a Fred de que *Le Libertaire* no le pagaba la totalidad de su pensión. Como si se tratara de una

obligación. Aparte de Fred, Durruti y Cottin, no frecuentaba a ningún otro anarquista. Había intentado hacerse un hueco entre ellos, sin éxito. Sus formas demasiado graves le hacían parecer algo ridículo. Sólo Fred, que comprendía el ruso, podía apreciar que sus dotes oratorias seguían siendo excepcionales. La traducción quitaba brío a sus palabras.

Los anarquistas franceses preferían a Volin sobre Majnó, se sentían instintivamente más cerca del intelectual que del héroe guerrero. Fred, no sin estupor, veía cómo éste ocupaba poco a poco el lugar de Majnó, incluso le sustituía completamente. Memorialista, testigo y teórico de la majnovchina, Volin se identificaba hasta tal punto con la revolución campesina de Ucrania que terminaba eclipsando al verdadero creador y actor de dicha insurrección. El traductor se volvía autor de la novela.

Majnó sufría tanto por esta substitución como por la infidelidad de Galina. Envidiaba tanto a Volin que en ocasiones llegaba a odiarlo. Majnó, un campesino perdido en una ciudad que abominaba, no era más que un hombrecillo enfermizo, amargo, desengañado. Insurrecto contra los urbanitas, había terminado siendo vencido por ellos, lejos, muy lejos de su Ucrania.

El 13 de junio de 1931 Fred organizó una «gran fiesta de solidaridad con Majnó». Pero sin la ayuda de los anarquistas españoles, puestos al corriente de su miseria gracias a Durruti, esa «gala» no hubiera aportado nada.

Fred seguía atentamente los eventos de España, donde acababa de proclamarse la República. Durruti regresó a Barcelona. El exilio y su vida en la clandestinidad le conferían un prestigio enorme. Aun siendo un mediocre orador, subyugaba a las masas. ¿Durruti triunfaría en donde Majnó había fracasado? La república española parecía muy frágil.

Los domingos, una vez al mes, Fred, Claudine y los niños reencontraban una vida familiar; pero en la familia que Fred había hallado en su infancia. Paul y Léona Delesalle habían dejado la Rue Monsieur-le-Prince por una casita con jardín en Palaiseau. La sordera total de Léona y la edad de Paul habían forzado su jubilación. Esas comidas dominicales con los Delesalle constituían un remanso de paz en la vida de Fred. Claudine apreció desde el primer momento a esos dos viejos afables y afectuosos, tan afectuosos con Mariette y con Louis.

Se llegaba a la casita por un sendero que parecía conducir al campo. La cocina, el comedor y el dormitorio estaban en la planta baja y Paul se había reservado el piso de arriba, abuhardillado, para instalar su biblioteca. Después de la comida, Claudine y los niños se quedaban con Léona mientras Fred acompañaba a Delesalle a su guarida. La presencia de todas esas obras y el recuerdo del primer libro leído en el local la Rue Monsieur-le-Prince, que siempre representó un refugio para aquellos dos niños huidizos, le

provocaban un pequeño nudo en la garganta. Sentía vergüenza por la ingratitud y el descuido con el que a menudo trataba a sus amigos Delesalle, cuando ellos siempre habían estado ahí para él; habían sido testigos de su boda con Claudine, como lo fueron de su amor juvenil con Flora.

En los estantes de la biblioteca, los autores revolucionarios lindaban todos entre sí, sin preocuparse por el partido. Sindicalistas, anarquistas, socialistas y comunistas compartían el espacio en paz, con el más perfecto ecumenismo. Sólo estaban separados, en unos estantes de madera pintados de rojo, los títulos sobre la Comuna de París. Ese «granero» custodiaba no sólo obras raras, algunas dedicadas, sino también cajas de cartón con colecciones de periódicos con títulos espantosos: *L'Hydre anarchiste*, *L'Emeute*, *La Misere*. Paul Delesalle dedicaba su jubilación a ordenar sus tesoros: los impresos y las cartas de «monsieur Sorel», de Louise Michel, de Pelloutier.

Fred no se cansaba de descubrir y ojear obras. Tenía todavía tantos libros por leer... Cerca de Sorel y de Péguy (¡qué elogio!) Delesalle había colocado los cuatro folletos de Fred Barthélemy: *Saturno devorando a sus hijos*, encuadernados en un solo volumen y convertidos así en libro, en libro de verdad. Fred se mordía los labios para no emocionarse ante tanta atención y afecto.

Los dos hombres también charlaban, claro está, de los sucesos políticos, de la esperanza que se alzaba en España, de Trotsky exiliado y del Stalin triunfante que retomaba a su cuenta todas las ideas de su rival después de haberlas condenado: sindicatos instrumentalizados por el Estado, emulación socialista en las fábricas y en las minas, instauración del taylorismo, etc.

–Stalin –decía Fred– aplica en Francia la estrategia de Lenin, que no paraba de utilizar a Trotsky contra Stalin y a la inversa. Creíamos que iba a apostar por Doriot contra Thorez y al final nombra en su lugar a un tercero para la dirección del partido, a alguien que nadie esperaba.

–Es un peón provisional –contestaba Delesalle–. Thorez ganará la partida.

–La fábrica le queda muy lejos, Paul. Doriot tiene una popularidad enorme entre los obreros. Si ha conseguido ganar el ayuntamiento de Saint–Denis es por algo. Lo convertirá en su feudo.

Fred, Claudine y los pequeños regresaban a Billancourt desintoxicados. Habían respirado una buena bocanada de aire fresco, como decía Claudine. Ella reencontraba con los Delesalle una atmósfera familiar, algo que añoraba desde que dejara de ver a sus padres. Pese a su edad, la enfermedad de Léona y el alejamiento de la capital, que en ocasiones molestaba a esos dos parisinos, la pareja

Delesalle transmitía una impresión de vida bien ocupada, de vida colmada, de felicidad, en suma.

Fue durante una de esas tardes dominicales cuando Paul Delesalle habló a Fred de Jean Vigo, ese cineasta que se había hecho notar con un cortometraje insolente: *A propósito de Niza*. Acababa de dirigir una película que la censura había prohibido al considerarla irreverente con la república de los profesores. Delesalle estaba invitado a una proyección privada. Como le daba pereza acercarse a París sólo para ello, le dio su invitación a Fred.

Fred no iba nunca al cine. La militancia, la lectura y desde hacía poco la escritura le absorbían demasiado como para perder tiempo delante de una sábana blanca en la que unas imágenes bamboleantes te daban dolor de cabeza. Delesalle insistió:

–Vigo, ¿no te recuerda nada? Ayy... la tabarra que pudiste darme durante un tiempo con tu Vigo de Almereyda...

Vigo de Almereyda... Hubert (el primer Hubert, el desaparecido en aquella guerra que llamaron la última)... Vigo de Almereyda, el protegido de Caillaux y de Malvy, el pacifista descarriado, el suicidado por razón de Estado.

–Jean Vigo –continuó Delesalle– es el hijo de Almereyda.

–¿Nono?

Fred recordaba bien al niño que Almereyda llevaba a los mítines, arrebuñado en una manta y, más tarde, al niño rico custodiado por dos enormes perros; pero tan pálido, tan asustadizo.

–Sí, Nono. Nono abandonado por su madre y rechazado por el liceo de Montpellier por ser un «hijo de traidor». Unos camaradas se ocuparon del pobre chaval. Sobre todo Francis Jourdain. Él es cineasta, pero un cineasta anticonformista muy digno de Almereyda. Ve a ver *Cero en conducta*. Ya me dirás qué te parece.

Fred se presentó solo, al caer el día, en la proyección privada; Claudine no podía dejar a Mariette y Louis. Llegó un poco tarde y encontró la sala a oscuras, a excepción de ese recuadro blanco en donde se agitaban imágenes grises. La película le dejó indiferente al principio; todas esas peripecias de colegiales le concernían muy poco. Luego observó poco a poco que esos chavales adiestrados, esos profesores dictatoriales, todo eso reconstruía un microcosmos de la sociedad. Los jaleos y las revueltas de los niños se convertían en parábolas del espíritu insurreccional que Nono había heredado de su padre. Cuando vio que Tabard gritaba «Je vous dis merde!» desaparecieron todas las dudas; Jean Vigo rendía homenaje a Victor de Almereyda, que había impreso en grandes caracteres, como titular de *La Guerre sociale* y a la atención del gobierno, un similar «Je vous dis merde!».

Si existe un paraíso, Almereyda será salvado, porque en medio de tanta infamia y tanta fechoría nunca flaqueó en la pasión, en el inmenso amor que sentía por su hijo. Y ese hijo negaba su culpabilidad. ¿Germinal sería tan indulgente con él? Fred se maldecía por abandonar a ese chaval, que le rechazaba, es cierto, aunque él debería haber insistido, haberle sacado de vez en cuando de su pensión.

La luz regresó a la sala. Los espectadores se levantaron con el murmullo de las conversaciones. Todo el mundo, ese beau monde ahí reunido, se conocía. Fred se sintió perdido con sus ropas de obrero ente tanta señora con vestido largo y señores con traje oscuro. El mundo del Vigo traicionero, del Vigo magnate de la prensa, el Vigo de los despachos de ministerios. Fred tenía la impresión de ser el único que representara la juventud de Vigo, la juventud insurrecta de Vigo, retomada por su hijo, aplaudida por burgueses que se congratulaban en esa angosta sala. Entre ellos, de repente, la vio. Como siempre, aparecía cuando menos lo esperaba. Vestía un vestido de seda ceñido al cuerpo y un sombrero negro con plumas que realzaba su pelo rubio. Flora lo miraba, también ella sorprendida. Se deslizaron entre las filas de asientos y se encontraron en el vestíbulo del cine.

–Pobre Fred mío –murmuró Flora–. Siempre igual. Siempre prisionero de tus quimeras. ¿Cómo has llegado aquí, con ese traje viejo?

Fred contemplaba a Flora. Era ella y no era ella. Demasiado elegante, demasiado maquillada, demasiado sofisticada. Dijo:

–Germinal... Esos chicos me han hecho pensar en Germinal. Me reprocho...

–No tienes nada que reprocharte. Al menos no con Germinal, que se las apaña muy bien solo. Tiene diecinueve años. Es fuerte como un león. Se me parece: rechaza cualquier atadura. Desgraciadamente también se parece a ti en su absoluta carencia de ambición. Hasta tal punto que trabaja de excavador. El pico y la pala van bien con sus manos fuertes.

¿Excavador? Como el padre de Fred, su abuelo, del que sin duda nunca había oído hablar... Como Lepetit... Un trabajador manual... No sería eso lo que disgustara a Barthélemy. En aquel mismo momento decidió retomar el contacto, conducirlo al militantismo.

–He dicho que no tienes nada que reprocharte con Germinal –continuó Flora–. Pero sí que tienes mucho que reprocharte conmigo. Me abandonaste por esa guerra de la que nunca has vuelto. Continúas la guerra junto a todos esos locos que sueñan con prenderle fuego al mundo. ¿Por qué, Fred? ¿Por qué? No consigo olvidar nuestras correrías. Belleville... Si me hubieses querido tanto como yo quería, no te habrías ido.

–Sabes perfectamente que no me fui voluntariamente. Me obligaron a alistarme, como al resto. Y hoy no lucho por prenderle fuego al mundo, sino por que no vuelva a haber más carnicerías.

–Es mentira, Fredy, estás contaminado. Y lo sabes. Dices que eres pacifista, pero eres un hombre de guerra.

Los espectadores salían despacio del cine, en pequeños grupos, y miraban con curiosidad a esa mujer de mundo y a ese obrero que discutían con tanta intensidad. Muchos conocían a Flora, le hacían al pasar un pequeño gesto con la mano; no se atrevían a interponerse.

–Baskine ha muerto –lanzó Fred.

–Baskine, qué cielo... Le quería mucho, sabes. Pero se volvió celoso. Odio eso. Nunca dejaré que me echen el lazo, ni aunque el lazo sea de oro. Ya has leído los periódicos, la historia de mi nombre escrito con su sangre. ¡Vaya escena! ¡Vaya comediante! Una forma, claro, de recuperarme, de proclamar a los cuatro vientos que yo era suya. Y para que nadie lo dude me ha legado su taller, todos sus cuadros. ¡Una fortuna, Fred! Soy rica. No quería ser la mujer de Baskine, la madame, y se las ha apañado para que sea su viuda. Me la ha jugado.

Flora rió, con la aguda risita de adolescente que todavía conservaba junto a un cierto toque de inocencia tras su rostro maquillado.

–¿Qué haces, Fred? ¿Qué es de tu vida?

–Estoy casado. Ya viste a Claudine. Tenemos dos hijos. Trabajo en Renault. Veo a menudo a los Delesalle, que se han ido a Palaiseau.

–¿Eso es todo, Fred? ¿No olvidas nada? ¿Tienes una vida tan tranquila?

–He conocido a nuevos camaradas libertarios. Milito junto a ellos. Escribo artículos políticos.

–¡Ah! Ya sospechaba yo que la enfermedad te había vuelto a atrapar. No es a Claudine a quien odio, aunque sea culpa suya que no vuelva a tocar tu cuerpo, sino a esa política que te ha alejado de mí, a esos libros que te han llenado de espejismos. Delesalle, Eichenbaum, Víctor, sí... ¡Los aborrezco a todos!

–Te he buscado tanto, esperado tanto, Flora, ¡si tú supieras! Preguntaba a todos los militantes por Rirette, esperaba encontrarte a través de ella. ¿Y Rirette? ¿La sigues viendo?

–Desapareció. Nos separamos una mañana en Belleville. Ella se fue hacia la derecha, yo hacia la izquierda y nuestros

caminos nunca han vuelto a cruzarse. Quizás haya recuperado a Victor.

–Victor está en Rusia. Trabajábamos juntos. Desde entonces nosotros también seguimos caminos distintos.

–Bueno –dijo Flora–, basta ya de sentimentalismo. Me vengaré de tu política, Fred, me haré aún más rica, tan rica que me odiarás. Seré un enemigo de clase.

–No digas tonterías. Dime dónde puedo encontrar a Germinal.

Se separaron, sin darse un beso, sin darse siquiera la mano. Fred apretujaba nervioso, en el bolsillo de su traje, un papel en el que estaba inscrita la dirección de Germinal.

1932 fue un año sombrío. En febrero, Fred supo que Durruti había sido arrestado y deportado a las islas Canarias. La república española se deslizaba hacia la derecha. ¡Tan pronto! Más triste que la encarcelación de Durruti, que una vez más saldría de ella engrandecido, fue el inimaginable viraje de Romain Rolland.

¿Cómo Romain Rolland, hostil a un partido que, según decía, situaba «la dictadura y la violencia a la orden del día», optaba de repente por una defensa incondicional de la URSS? «Si la URSS es amenazada», declaró, «sean quienes sean sus enemigos, me sitúo a su lado». Entre Gandhi y

Stalin, Romain Rolland desechaba a Gandhi y se quedaba con Stalin. ¿Cómo Barbusse había conseguido provocar un viraje semejante en Rolland? ¿Acertaba Majnó cuando le repetía que no se podía confiar en ningún intelectual burgués? Aun así, Fred achacaba esa antipatía al rencor que Majnó sentía contra Volin, que le usurpaba aquello que denominaba, con un énfasis que molestaba al primero, «su gloria».

De Rusia llegaban noticias desoladoras. La mecanización forzada y el sacrificio del campesinado medio en favor de la colectivización traían hambre a los campos. La peste diezmaba la población del Cáucaso. La joven mujer de Stalin, Nadezhda Alliluyeva, que ya no soportaba la atmósfera de intrigas y crímenes que rodeaba a su marido, se había suicidado de un tiro en el pecho. Pero los intelectuales occidentales, toda la izquierda, tan sólo veían los éxitos de obras espectaculares: el complejo de Magnitogorsk elevándose en la estepa, los doce mil kilómetros de canales abiertos, la presa del Dniéper (la más alta del mundo)... El Dniéper que Majnó y sus agotados jinetes atravesaran huyendo hacia Rumania en barcas de pescadores. ¡Qué transformación!, es cierto. Lenin había aportado a Rusia el marxismo; Stalin, respondiendo al deseo más íntimo de Lenin, sumaba la electricidad al marxismo. Qué metamorfosis en ese país arruinado, pero ¡a qué precio! Y para demostrar ¿qué? ¿Que los bolcheviques podían administrar una nación, industrializarla, militarizarla

igual que los capitalistas? ¡Qué ironía! La Rusia de Stalin construía sus pirámides, sus templos, sus catedrales, más altos, más hermosos, más dinámicos que los logros de los países capitalistas y eso confirmaba que Stalin era más moderno que el zar. ¿Alguien lo dudaba? Y ¿quién se preocupaba por lo que ocultaba esa magnífica fachada?: los campos de concentración de Siberia, la exterminación en los sótanos de la GPU, el terror erigido como sistema de gobierno. De todos los nombres inscritos sobre el testamento de Lenin sólo uno triunfaba: el de Stalin, pseudónimo que se traducía como el Acero. Sólo el Acero sobrevivía a Lenin, el Acero trituraba al resto de compañeros del «viejo», que aunque siguieran en la órbita del poder (a excepción de Trotsky, fugitivo, víctima a su vez, como todas aquellas víctimas errantes suyas) callaban, no osaban mover ya ni un dedo, se apresuraban por asentir las decisiones del nuevo Iván el Terrible.

Así era aquello que fascinaba a Romain Rolland. También él se dejaba ganar por la infección. La Rusia miserable y utopista que Fred Barthélemy conociera les había asustado. La nueva Rusia, poderosa y realista, les inspiraba confianza. Sería imposible negar que (salvo en la España libertaria) toda la clase obrera de Occidente concentraba sus miradas en lo que sucedía en Moscú, en los éxitos de los planes quinquenales, y que ya no cabía hablarles de fracasos, de opositores o de sacrificios. No hay nada que facilite tanto la vida como creer en una tierra prometida. El proletariado

occidental acariciaba la suya. Ya no aspiraba sino al gran día en que pasaría a estar entre los elegidos.

Mientras tanto, la crisis económica acarrearba paro. En Renault, el salario horario, calculado sobre una base de doscientas ocho horas por mes, reemplazaba al salario mensual. Fred participó en su primera huelga. Gracias a ella, sus contactos con otros obreros escaparon a los imperativos habituales de los horarios ligados a la producción. Los militantes cegetistas luchaban duro por conseguir afiliados. Fred, en perfecto acuerdo con sus reivindicaciones, se presentó para hacerse el carnet. Entrar en la CGT no era mala idea. Así podría desempeñar una labor de topo. Asentir, cuando las reivindicaciones fueran puramente sindicales, como ahora; e influir quizás en la línea, en todo caso en Renault, si éstas se politizaban. El delegado de taller con el que contactó le tomó del brazo, sin animosidad, le llevó a un lugar tranquilo y le dijo sonriendo:

–No, tú no.

Era más delicado que una polea cayéndote encima. Pero el mensaje seguía siendo el mismo. Sabían quién era. No le quitaban ojo de encima. No obstante, durante los paros, aparte de esa negativa del delegado, comunicada con la mayor discreción, no le dejaron de lado. Hallaba por fin esa solidaridad obrera, esa familiaridad de clase que era lo único que permitía soportar la tristeza de la vida proletaria. La repetición de los horarios, la repetición de los gestos, los

ridículos salarios, todo eso pesaría demasiado si de vez en cuando no se abriera el claro de la huelga. La huelga es la utopía. El tiempo libre. La fraternidad con los colegas. El salario queda amputado y llegan dificultades al hogar, pero durante unos cuantos días o semanas, es fiesta en el taller ocupado. Las máquinas ya no producen su estruendo, los contramaestres ya no gritan sus órdenes, las cintas transportadoras ya no marcan el ritmo trayendo una pieza mientras la siguiente acecha, siempre la siguiente; la fábrica se humaniza. Como uno ya no está remachado a su puesto, se acerca a los compañeros. Por fin se conocen. Se hablan. Cantan. Organizan entre sí los horarios de los piquetes de huelga. Participan en mítines. Se expresan. Por fin hablan. Un torrente de palabras que sale de todas las bocas. Algunos preguntaban a Fred acerca de Rusia, por qué había ido, por qué le habían expulsado. Se esforzaba por centrar sus respuestas en cosas simples, exponiendo su admiración por los primeros soviets, su oposición a la burocratización del partido, al militarismo de Trotsky, a la eliminación de los opositores... Decía: «Formemos un soviet en Renault, pero no dejemos que la CGT lo recupere. Dirijamos nuestra revolución nosotros mismos. No nos pongamos nuevos amos». Algunos le daban la espalda. Otros le llamaron trotskista, ¡el colmo! Pero también vinieron libertarios. Había pocos en la industria pesada, pero que éstos se manifestaran alegró a Fred. Decidieron fundar un pequeño grupo y continuar con sus reuniones cuando se retomara el trabajo. Les llamaban idealistas, pero ellos sabían que lo

más difícil no es decidir una huelga sino preparar lo que se realizará luego, una vez enfriado el entusiasmo y obtenidos unos mínimos aumentos de sueldo, cuando la fealdad de la fábrica y la monotonía del trabajo en cadena vuelvan a aletargar los ánimos. Es en ese momento cuando se debe actuar, tomar la pelota al vuelo y lanzarla lo más lejos, lo más lejos posible, hacia un devenir mayor.

Fred quedó con Germinal. Es cierto que era enorme. Tan alto como su padre, pero con unas espaldas, un torso, toda una musculatura de atleta. Parecía inverosímil que ese gigante tuviera un pelo rubio tan dulce y tanta candidez en la mirada, en unos ojos azules calcados a los de Flora... Germinal volvió a ver a su padre, sin animosidad, pero sin gusto. No tenían mucho que decirse. Acostumbrado a apoyarse sobre el mango de su pala, Germinal buscaba dónde posar sus enormes manos. Como Fred le había pedido que viniera a verle a *Le Libertaire*, observaba con ironía la actividad de los redactores, de los mozos, de los repartidores, todos militantes, todos apresurados, todos alegres entre bromas y silbidos. Esa gente parecía bastante frívola. Se fue de allí sin querer aceptar el último número del periódico, que acababa de salir de la imprenta.

Fred se quedó decepcionado, evidentemente. Le hubiera gustado que Germinal leyera el periódico, que hablaba de las huelgas y de cómo superarlas para llegar a un verdadero sindicalismo activo. Además, como había una página suya

sobre *Le Père Peinard*, un pellizco de vanidad le hacía lamentar que no viera el lugar que su padre ocupaba.

Emile Pouget, muerto hacía un año, había publicado a principios de siglo unas crónicas corrosivas bajo el pseudónimo y cabecera «le Père Peinard». ¿Quién recordaba que ese Emile Pouget había sido secretario general de la CGT representando la tendencia anarcosindicalista a principios de siglo? Este amigo de Delesalle y de Monatte se había retirado después de la guerra de 1914. Fred recordaba haberlo conocido un día gracias a Delesalle, en la librería de Rue Monsieur-le-Prince. Le había sorprendido encontrarse con un señor de avanzada edad que volvía del mercado con una buena bolsa de provisiones en la mano. Pouget tenía un caminar algo vacilante, con la mirada perdida en no se sabe qué sueños. Había muchos aparecidos, muchos fantasmas que circulaban así entre los anarquistas; muchos militantes abatidos, decepcionados, amargos. Un domingo, tras la muerte de Pouget (que Paul Delesalle había hecho enterrar en el cementerio de Palaiseau para disponer al fin de un camarada no muy lejos de su casa), Fred pidió a Paul que le buscara la colección del *Père Peinard*.

Por su estilo y por su espíritu, Emile Pouget le recordó la novela de un nuevo autor que acababa de aparecer y que había leído con mucho entusiasmo: el *Viaje al fin de la noche* de Louis-Ferdinand Céline.

Copió este pasaje, que le parecía tan cercano al tono de Céline:

«¡Pero qué suerte tienen los esquimales!

»¡Pues sí, por Dios, sí que tienen suerte los esquimales! Dense cuenta de que no tienen ni sargentos, ni maderos, ni pasma de ningún tipo, ¡ni siquiera gentuza de la secreta! No tienen ni juramenteros, ni abogados carceleros, ni chicanous, ni embargadores, ni representantes, ni abogados y aún menos prisiones o guillotinas... No se pasan el día destrozándose los morros, como podrían suponer los comodones apantuflados de Francia a los que les entra el canguelo en cuanto dejan de sentirse protegidos por el tricornio del gendarme. Los esquimales se las apañan en armonía y son tan felices como el clima glacial permite. E incluso es precisamente porque entre esa gente no hay ni gobernantes, ni juzgadores, ni acaparadores por lo que se puede vivir allí y soportar los fríos.»

Con Pouget ya olvidado y enterrado, Fred decidió visitar a Céline. Si ese nuevo escritor, del que tanto se hablaba, pudiera reemplazar la defección de Romain Rolland... ¡ojalá! En la modernidad de Céline, en su delirio encantatorio, en su lengua parisina y en su juego de masacre de todos los valores burgueses, Fred veía un escritor con futuro.

Mientras tanto, seguía escribiéndose con Victor Margueritte, cuya escritura no apreciaba demasiado, pero

que era, incontestablemente, el escritor del momento. Por muy espectacular que fuera la aparición de Céline, su influencia, comparada a la del autor de *La garçonne*, parecía irrisoria. Victor Margueritte, el novelista más leído de los años 30, vendió más de un millón de ejemplares de la trilogía *Mujer en camino*. Su nueva novela, *Tu cuerpo es tuyo*, iba disparada a batir todos los récords de librería.

Victor Margueritte interesaba a Fred por tres motivos: como portavoz del pacifismo integral; porque sus teorías feministas coincidían con las de Alexandra Kollontái; y porque todas las ligas patrióticas, todas las ligas de virtud, todos los burócratas, jueces y hombres de poder le detestaban.

Los probelicistas no perdonaban a este hijo de general (y por si fuera poco con muerte heroica en la guerra de 1870) el haber escrito: «La muerte no es el honor, sino la descalificación de las patrias». O incluso algo que parecía lindar con el parricidio: «La muerte guerrera no es piadosa, ni dulce». Victor Margueritte ridiculizaba todas las sandeces de Victor Hugo, que la III República mandaba recitar a los escolares: «Morir por la patria es la suerte más hermosa», etc. Hasta en Suiza habían prohibido la conferencia que debía pronunciar en febrero de 1932 sobre «Las mujeres y el desarme». Fred Barthélemy publicó ese texto en la «Biblioteca de la Aristocracia» del libertario Lacaze–Duthiers. Ese Lacaze–Duthiers era un hombrecillo

encantador, aunque a Fred le parecía algo ridículo que se empeñara en vestirse «como un artista», como esos pintorzuelos de principios de siglo, con gran sombrero, chalina y ropas negras; quizás para justificar el título de su editorial, muy útil, dicho sea de paso.

Como los hombres persistían en vibrar ante el sonido de los tambores, esos tambores que volvían a redoblar siniestramente en Alemania e Italia, Victor Margueritte exhortaba a las mujeres a observar «la huelga de vientres», negándose a concebir hijos «mientras los partidos tengan el derecho de asesinarlos».

Todos los hombres, desde el ministro hasta el mozo barrendero sonreían ante tales declaraciones. La técnica de la huelga, de apariencia tan viril, o en cualquier caso aplicada casi exclusivamente por los hombres, se volvía a sus ojos ridícula al aplicarla a la sexualidad. Intentaban convertir esa forma de contrapoder femenino en chiste verde. Fred y sus camaradas libertarios de Renault distribuían unas octavillas con las frases esenciales de Victor Margueritte, aunque desde que sus colegas masculinos les mandaran a paseo ya sólo se las entregaban a las obreras, que leían esos textos con aire incómodo o burlón. Una de las octavillas se titulaba: «A todas las mujeres que no tienen corazón de loba, o de perra». Los maridos, hermanos y amantes pronto amenazaron a Fred y a sus amigos con

partirles la cara si seguían distribuyendo cerdadas semejantes.

Sin embargo, el tambor, esos tambores desde la otra orilla del Rin... Erich Mühsam tenía razón. Ese Hitler que había señalado ante Fred y Durruti como la gran amenaza, como el gran peligro, conquistaba el poder en Alemania. Ese partido nazi, caricatura del socialismo y, como todos los fascismos, engendrado por el bolchevismo (tal y como tan bien decía Romain Rolland antes de su conversión), anunciaba también una era de terror. Ante esas águilas blandidas, esas banderas con cruces gamadas, esos desfiles con paso marcial, el partido comunista alemán, el partido comunista más poderoso de Europa, el partido con el que habían soñado Lenin y Trotsky identificándolo con el futuro de la revolución mundial, se hundía. Las masas, esas famosas masas sobre las que se apoyaban los ideólogos, lo abandonaban para escuchar a ese Hitler y sus discursos histéricos. Sin su sostén popular, el partido comunista alemán ya no representaba nada. Un puñado de irreductibles, de convencidos, de sacrificados, que iba a mezclarse en los campos de concentración abiertos por el nuevo amo de Alemania con los anarquistas, como ese Erich Mühsam a quien no habían querido tomar en serio; Mühsam, detenido por los nazis el 28 de febrero.

Mühsam detenido por los nazis, Durruti encarcelado en España por la República. Todo volvía a comenzar. Aún peor que antes.

En su pequeño apartamento de Billancourt, en el ambiente hogareño que Claudine sabía crear, Fred Barthélemy a veces tenía la impresión de que no sólo asumía dos existencias sino que su ser se desdoblaba en un horrible desgarró. Hacía ocho años que disfrutaba de esa vida conyugal sin complicaciones que le proporcionaba tranquilidad y felicidad. La fábrica le parecía una prolongación de su hogar. Su oficio le gustaba. Seguía experimentando la misma satisfacción en perfeccionar y ensamblar las piezas de metal, en guiar las varillas de acero cilíndricas de los trazadores, en evaluar con precisión, empleando el calibrador, medidas a veces inferiores al milímetro. El impulso que arrastraba a la clase obrera hacia el comunismo le traía alguna que otra algarada; su militancia anarquista y pacifista también le procuraba algún desaire, pero en general, la fábrica era una gran familia en la que podía haber disputas sin que por ello dejaran de soportarse todos bastante bien.

Como Mariette tenía ahora siete años y Louis cinco, las noches más agradables del verano llevaba a sus hijos a pasear a orillas del Sena. Sobre los pilares plantados en la isla Seguin se levantaba una amplia plataforma de cemento en la que se construían los futuros talleres. A Fred le gustaba

esa actividad, esa imagen del mundo en marcha, ese poderío de la industria. Deseaba que fuese de provecho para los obreros y no sólo para los patronos, como ese Louis Renault al que nunca había visto, al que ningún obrero veía nunca y que, a causa de ese papel de dirigente oculto, de manitú intocable, de señor, parecía una especie de ogro o vampiro. La prensa de izquierdas jamás escribía la palabra seigneur sin modificar su segunda letra: saigneur, sangrador. Un sangrador que explotaba a sus siervos en su feudo. Es cierto que la isla Seguin, ya cimentada, se cerraba como el casco de un navío y tomaba el amenazador aspecto de una máquina de guerra.

Fred miraba a Mariette, que caminaba tan seria dándole su mano regordeta. Mariette, la hija de la tranquilidad y de la vida dulce, cuyos ojos marrones tanto se parecían a los de su madre. Louis iba algo rezagado y remolón. Fred se decía que debía quererlo tanto como a Mariette, pero apenas lo conseguía. No sabía por qué le conmovía tanto esa chiquilla. ¿Acaso sería porque en el pasado se había ocupado muy poco de Alexis y de Germinal? Quizás. Alexis tendría... ¿cuántos? ¡Doce años! Sin duda un perfecto komsomol con pañuelo rojo formado desde la cuna para un futuro de bolchevique modelo. ¿Y Galina? ¿Kámenev sería también sacrificado un día u otro? ¿Galina se habría alejado de un jefe tan embarazoso? ¿Se habría hecho estalinista?

¿Dos vidas? Esa existencia apacible en Billancourt y todas esas tragedias que remontaban hasta su infancia: Flora, Victor Serge y el Komintern, Volin y el anarquismo... Todas esas figuras en la lejanía; amenazas para su felicidad, para la felicidad de Claudine y de los niños. Todas esas siluetas que le llamaban con grandes gestos y que a veces parecían desgañitarse con gritos análogos a los de Majnó, gritos que se oían desde la escalera del siniestro edificio de ladrillo de Vincennes cuando éste gemía por sus heridas de nuevo abiertas.

Fred creyó que iba a sorprenderle cuando le informó de que Trotsky llegaba a Francia, fugitivo como él, perseguido por la GPU; de que Trotsky ya no era nadie, un simple refugiado político al que la policía francesa no quitaba la vista de encima. Majnó replicó que Trotsky había sido siempre un inútil, un simple intelectual loco y arrogante; que la victoria sobre la majnovchina no era de Trotsky, sino de Budennyi y Vorochilov; que entre generales se comprendían; y que como Rusia expulsaba a Trotsky, Stalin iba a llamarlo, a él, para volver a situarlo al mando de la caballería de Ucrania.

Majnó soñando convertirse en general de cosacos del ejército rojo, ¡qué miseria! No obstante, era la única esperanza que le hacía vivir, o sobrevivir más bien: sus heridas no se curaban y la tuberculosis había alcanzado al segundo pulmón. Fred encontraba a veces a Majnó en

compañía de una mujer, también ella refugiada, Ida Mett, que le ayudaba a redactar sus memorias. Con esas memorias esperaba recuperar la gloria que Volin le robaba. Pero Majnó se topaba con enormes dificultades a la hora de escribir. Se perdía en un maremágnum de detalles sin importancia porque no quería omitir nada de esa fabulosa aventura de la majnovchina, digna sucesora, digna réplica de la pugachevichina. El problema es que los franceses tampoco conocían a Pugachev y que toda la izquierda no bolchevizada ahora sólo clamaba por Trotsky. Trotsky, el anti Stalin, Trotsky víctima, cubriéndose con todas las virtudes.

En torno al Trotsky exiliado se formaba una «oposición comunista de izquierdas». Ver a ese carnicero, a ese exterminador de todas las oposiciones, al verdugo de Kronstadt y de Majnó transformarse en Francia en héroe libertario, dejaba a Fred estupefacto. Rosmer se volvía a granjear un nombre en calidad de «dirigente trotskista». Trotsky resucitaba también a Sandoz, que había retomado en París su profesión de abogado. Pero al contrario que Rosmer, Sandoz se manifestaba en contra de Trotsky y en favor de Stalin. Sin duda se vengaba de haber sido en Rusia una sombra de Trotsky, una muy débil sombra.

Sólo Romain Rolland recordaba el carácter tiránico y despiadado de Trotsky:

–He apelado varias veces a la clemencia y al sentido común de los gobernantes soviéticos –decía– cuando

perseguían, encarcelaban, enviaban a presido a las islas Solovetsky a sus antiguos camaradas de combate, anarquistas y socialistas revolucionarios. Los más despiadados fueron entonces Zinóviev y, sobre todo, Trotsky.

Romain Rolland todavía recordaba, y osaba decirlo, a los anarquistas y a los socialistas revolucionarios. Pero si resaltaba la poca humanidad de Zinóviev y de Trotsky era sólo para excusar la de Stalin. Aun así, devolvía a Trotsky a su verdadero sitio. Fred Barthélemy le escribió para agradecersele y para prevenirle una vez más del posible aprovechamiento estalinista de su discurso. Romain Rolland no le contestó.

El año 1934 comenzó con un suicido que recordaba mucho al de Vigo de Almereyda. Un estafador llamado Stavisky, de cuerda con la camarilla política en el poder y durante mucho tiempo intocable, murió misteriosamente en una casa aislada. «Stavisky se ha suicidado con un disparo de revolver tirado a bocajarro» titulaba *Le Canard enchainé*. Al igual que el disparo de Fanny Kaplán contra Lenin había desencadenado el proceso del terror, la bala que mató a Stavisky iba a asesinar a la III República. Tampoco dejaría de silbar en las orejas de los inquilinos del Palais-Bourbon. A partir del 6 de febrero, cuando un gentío atronador ocupó la Cámara de los Diputados, el miedo se instaló sobre los escaños de los representantes del pueblo. En la plaza de la

Concorde el pueblo gritaba que ya sólo tenía un objetivo: tirar al Sena a los mentados representantes. El espectáculo hubiera sido divertido si la manifestación no hubiera acusado una inquietante alianza: la de los Croix-de-Feu, la Alianza Francesa y el partido comunista.

Alfred Barthélemy no sentía afección alguna por la III República, ni tan siquiera por la primera, que servía de modelo catastrófico para la revolución bolchevique. Sin embargo, esa marcha común de todas las facciones que aspiraban a la dictadura contra un poder pervertido, pero fácil de soportar, le angustiaba. Por muy detestables que fueran, personajes como Chiappe, Herriot, Doumergue, no dejaban de ser hombres de diálogo. No resultaba inconcebible negociar con ellos, obtener la liberación de militantes, arrancarles a través de la huelga mejores condiciones de trabajo. Lecoin no se abstenía de atacarles con saña. Si Majnó todavía sobrevivía en París, si Durruti no había sido expulsado, si el mismo Trotsky gozaba de un refugio en Francia, ¿no era a causa de esa clemencia?

Fred veía con horror cómo se extendían por Europa dos ríos de lava: uno rojo, otro pardo. El rojo suscitaba al pardo, como una especie de cortafuegos. Hitler, en Alemania, plebiscitado Reichsführer con el 90% de los votos, pretendía cerrar el paso a Stalin. Pero Fred tenía muy claro que esos dos hombres, que esos dos dictadores, tenían la misma

naturaleza. ¿Tanto diferían? Pronto se parecerían singularmente.

Alfred Barthélemy seguía todos esos eventos alejado de donde se toman las decisiones. Pero había estado lo suficientemente cerca de esos lugares durante su estancia en Rusia como para analizar sus móviles con mayor velocidad que otros «gobernados», móviles a veces tan oscuros que ni siquiera los comprendían demasiado bien quienes los desencadenaban. ¿Por qué habían rebajado a Doriot, el hombre fuerte del partido comunista francés? Su rival, Maurice Thorez, volvía a Francia después de haber jurado fidelidad a Stalin para acusar a Doriot durante una hora (ante miles de comunistas reunidos en la Grange-aux-Belles) de romper con los principios del leninismo, de desorganizar el PCF, de evolucionar como Trotsky, en un sentido hostil al proletariado, de intentar formar un frente común con los socialistas. Doriot excluido del PC, como Trotsky, ¡menuda farsa! La amalgama, pensaba Fred, es sólo aparente y pretende nublar el juego. En realidad, Doriot y Stalin se parecen demasiado. Stalin no tolera ningún rival, ni siquiera a miles de kilómetros del Kremlin. Si apuesta por Thorez es porque éste ha quedado perfectamente condicionado en las oficinas de la GPU y del Komintern. A partir de ahora el partido comunista francés estará a sus órdenes. No cabía duda.

Fred escribió una serie de artículos sobre ese tema en *Le Libertaire*. Desgraciadamente, no salieron del círculo de influencia de los militantes fácilmente convencidos. Si los políticos franceses hubieran dedicado un poco de tiempo a leer esos artículos perfectamente informados y del todo prospectivos, habrían esquivado pasos en falso catastróficos. Pero ni en el Elíseo ni en Palais-Bourbon se leía *Le Libertaire*.

Fred se sorprendió al ver varias veces a Germinal en los locales del periódico. En cada ocasión su hijo se escondía. Aunque no comprendía por qué le evitaba, su presencia en los locales del periódico le era muy agradable. Preguntó por él a los camaradas y éstos le comentaron que Germinal llevaba paquetes de forma voluntaria, que quería ayudar. Se quedaron muy sorprendidos al saber que Germinal fuese hijo de Fred; nunca había hecho alusión alguna a ese parentesco.

Fred no pudo dedicarse a resolver el enigma. El estado de salud de Majnó se había agravado e iba aún más a menudo a Vincennes. A veces Galina volvía junto a su marido, sacándole algo del dinero procedente de las colectas españolas y dejándole a su hija durante unos cuantos días.

Daba entonces interminables paseos en compañía de la pequeña bajo los castaños. Sus pasos le conducían inevitablemente hacia el cuartel en que pasaba horas mirando las maniobras de los soldados. Lucía le tiraba del

brazo, lloraba de aburrimiento. Luego regresaba hacia casa con su hija, despacio, parándose en cada bar del camino. A menudo, Lucía tenía que pedir ayuda a la gente para conseguir que su padre, completamente ebrio, subiera las escaleras del edificio de ladrillo rojo.

Fred se lo encontraba a veces en ese lamentable estado. A sus cuarenta años, Majnó parecía un anciano. Sus pómulos altos, exageradamente prominentes por su delgadez, le daban un aspecto cada vez más mongólico. Tosía continuamente, hablaba cada vez menos y se contentaba con clavar su triste mirada en Fred. Su mirada le daba las gracias. Prácticamente, no veía a nadie más; había cansado a todos sus allegados con su mal humor y con la imposibilidad de establecer diálogo, ya que no conseguía aprender francés. En su habitación, ataviado con un abrigo roído y una boina, se mantenía dispuesto a partir, hacia allá, hacia el Este. Su obsesión.

Un día Majnó, con un gran esfuerzo, se levantó de su silla y caminando con una ligera cojera, girando sobre sí mismo, se agarró a las solapas de la chaqueta de Fred:

–Voy a decirte... Sabes, la revolución...

El esfuerzo de Majnó por formular su pensamiento hinchaba las venas de su tímpano.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Fred–. ¿Qué pasa con la revolución?

–La revolución nunca, nunca podrá ser la verificación de una ideología dada. Ni siquiera la anarquista. La revolución no puede ser sino la destrucción de todas las ideologías.

Esa máxima, la última que escucharía de boca de Majnó, perseguiría a Fred durante toda su vida. Más que el relato de las últimas horas de la majnovchina, memorizado en las oficinas del Kremlin, el verdadero talismán de Majnó para no perecer en el recuerdo sería, en opinión de Fred, esa máxima; que le traería más de una vejación.

Las obras en la isla Seguin se estaban terminando. Un enorme acorazado parecía ahora anclado al Sena, ligado a la fábrica por tan solo un puente de hierro. Para los obreros de Renault, la isla Seguin parecía una provocación, como un navío de guerra, o incluso un centinela inmóvil guardián del presidio. Las huelgas se multiplicaron, de sobra justificadas por la degradación de las condiciones laborales y la disminución de los salarios. La creciente mecanización se operaba en detrimento de la mano de obra cualificada. Fred se preguntaba si su especialización profesional no sería pronto un obstáculo en la metalurgia. Las herramientas escaseaban. Había que pelearse entre ocho para conseguir un micrómetro, entre diez para emplear un diamante. Las máquinas reemplazaban progresivamente el trabajo manual. Con tres movimientos, el martillo de caída de

cincuenta toneladas forjaba cigüeñas. De una sola pasada, una plancha de chapa obtenía formas contorneadas. Las máquinas de Ingersoll, de Lees–Bradner o de Ajax formaban un equipamiento titánico, fascinante y espeluznante, en el que el hombre ya no contaba. El taller de alta precisión de Fred permanecía aún al margen de esa total deshumanización. Sin embargo, en la isla Seguin, que se dividía en central eléctrica, zona de modelado, de carrocería y de montaje de autorraíles, la explotación se volvía tan feroz que siempre la llamaban la «isla del diablo».

La amenaza del despido pendía sobre los descontentos. Ya habían echado a los extranjeros. El miedo latente creaba una atmósfera malsana. Los controladores, verdaderos carceleros, no dejaban de gritar: «¡Si alguien se queja, fuera! ¡Hay muchos sustitutos en la oficina de contratación!». Algunos días, anunciaban a las ocho y media que la falta de piezas en el taller forzaba un paro de la cadena: «Volved después de la comida». No había más solución que esperar a la una y media de la tarde, en el bar. E incluso entonces, los controladores soltaban a veces: «Seguimos sin nada, volved mañana». Perdían así el salario del día. Otras veces, sin embargo, debían recuperar el tiempo atrasado. A las seis de la mañana te decían: «Tenéis que quedaros hasta las ocho de la tarde, tenemos retraso».

Algunas semanas, Fred sólo trabajaba veinte horas. Suplió los ingresos perdidos haciendo traducciones del ruso. Él

conseguía salir adelante, pero otros muchos no tenían más solución que apretarse el cinturón.

Durante una de sus visitas a Vincennes, Fred no encontró a Majnó. Los vecinos le dijeron que el *ruskof* tuberculoso estaba en el hospital Tenon.

Fred volvió a encaminarse así hacia Belleville, aunque esta vez era para detenerse antes, en Ménilmontant, ante el gran complejo del hospital. Majnó dormitaba en la sala de tuberculosos, entre tantos otros indigentes acumulados en camillas. Le habían operado de nuevo de su herida en el pie. Sin éxito. Fred y Majnó se miraron con intensidad, en silencio, sin saber qué más decirse.

Fue Germinal quien le habló de Wells. El inglés Herbert George Wells, el famoso autor de *La máquina del tiempo*, uno de aquellos a quienes Lenin había llamado «tontos útiles». Fred le había visto en Moscú, en 1920, menos dócil de lo que Lenin esperaba. Germinal le anunció, al cruzárselo delante de *Le Libertaire*, como si retomara una conversación interrumpida:

–Sabes, Wells se ha entrevistado con Stalin. Y el georgiano le ha impresionado mucho más que Lenin.

Fred miró a su hijo, estupefacto. ¿Cómo sabía esas cosas?

–¿Wells? ¿Por qué te interesas por Wells?

Germinal sonrió. Esa mirada cándida de Flora reaparecía en el redondo rostro del gigantón.

–Vaya... ¡Quién me hubiera dicho que un día ibas a echarme en cara a Lenin! ¡Creía que todo eso no te importaba nada!

–No me importaba nada. Ahora me importa algo más. Trabajar con el pico y la pala tiene la ventaja de dejarte la cabeza tranquila.

–Durante el pensionado rechazaste mis visitas. No quería incomodarte, ni forzarte. Tenías derecho a estar enfadado conmigo.

Germinal lanzó una palmada amistosa a su padre, que se tambaleó.

–¡Bruto!... Controla tus fuerzas.

–Yo no estoy enfadado con nadie. Tú tienes tu vida, y Flora la suya. Yo intento hacer la mía.

Llamaba a su madre por su nombre, algo por entonces poco corriente. ¿La veía a menudo? Y si Flora era tan rica como decía, ¿cómo podía permitir que su único hijo fuera excavador, que trabajara expuesto a todas las intemperies?

–¿Qué tal está Flora? ¿Sueles verla?

–Sí, sí, bastante. Vive en Montmartre con un tipo que no puedo tragar, que le roba su pasta. Y vende cuadros.

–¿Los cuadros de Baskine?

–No. Esos se los guarda. Es su montaña de oro. Sólo entrega una pepita de vez en cuando, lo suficiente para mantener el mercado. Lo que vende es de otros pintores. Es rica. Y está muy guapa.

–¡Es rica y te deja chapotear en el barro!

–¿Por qué no? A mí me gusta trabajar al aire. Tú también eres obrero.

–Excavador no es una profesión.

–¿Cómo que no? Y una buena. Intenta abrir una zanja para encontrar una canalización de gas rota. Hacen falta músculos. Y yo los tengo. Así que los aprovecho. Pero Wells, ¿no te sorprende lo de Wells? Lenin, como no conseguía convencerle le dijo: «Vuelva en diez años, ¡ya verá!» Y ha vuelto y lo único que le ha gustado es Stalin.

Fred miraba a Germinal incrédulo, a ese Germinal ayer mudo y hostil que de repente le hablaba como a un buen amigo.

Germinal le lanzó una nueva palmada, que Fred esquivó.

–Me pones nervioso con esos gestos de... iba a decir de excavador; de adolescente. Me haces daño con tus manazas.

–Os he observado aquí, a vosotros, los anarcas. Leo vuestras cosas, vuestros libros, todo. ¡Hasta *Saturno devorando a sus hijos!* Así he sabido lo que habías visto en Rusia, por qué estabas por allí. He pensado, he sopesado lo bueno y lo malo y al final me he inscrito en la Unión.

–Vaya, si lo hubiera sabido...

Germinal sacó un matojo de papeles que tendió a su padre.

–Toma, lee esto, está traducido del inglés. Un amigo me los ha pasado.

Tenía que suceder. Alguien, en Occidente, terminaría admirando la burocracia soviética. Era H. G. Wells. Alguien que no era comunista, que hasta consideraba a Marx como «un pesado de la peor especie», elogiaba a Stalin: «Nunca he conocido a un hombre más sincero, justo y honesto que Stalin. Nadie le teme y todo el mundo confía en él».

–¡Increíble! ¡Es de locos! Y tú, ¿qué piensas de todo esto?
–preguntó Fred.

–Me da risa.

–A mí no. Les he visto a todos, sabes –dijo Fred con énfasis–. A todos. De tan cerca como ahora a ti. No puedo reír de ello. Tienen las manos llenas de sangre. La bandera roja es un trapo empapado de sangre.

En julio, una serie de lúgubres noticias cayó sobre Alfred Barthélemy. Primero, la muerte de Néstor Majnó en el hospital Tenon después de una torocoplastia. Cuando Fred lo supo, Majnó ya había sido incinerado y sus cenizas instaladas en el columbario de Père–Lachaise, el cementerio vecino. Luego, una noticia filtrada desde Alemania a través de una red clandestina: Erich Mühsam, estigmatizado por Goebbels como «cerdo judío rojo», había sido torturado y ahorcado por las SS en el campo de concentración donde estaba detenido.

La única esperanza venía del sur, de esa España en la que, al contrario que en el centro y este de Europa, el movimiento libertario no dejaba de ganar terreno. Se produjeron levantamientos anarquistas en Cataluña y en Aragón. Los mineros de Asturias desencadenaron una huelga general. Fred adivinaba en todos sitios la huella de Durruti. En octubre, Durruti, de nuevo detenido, era condenado a una pena de cárcel.

Francia, Inglaterra, Austria, todos los países que todavía escapaban a la dictadura, se adormecían en su declive. Sus dirigentes no veían nada, no comprendían nada. O bien, como el conejo fascinado por la serpiente que va a

devorarlo, se dejaban embrujar por las sirenas de Moscú, de Berlín, de Roma. Pierre Laval, el nuevo hombre fuerte del gobierno francés, fraternizaba con Mussolini y también, convirtiéndose así en el primer ministro de una república capitalista recibido en Moscú, se sentaba a la mesa de Stalin. Al igual que H. G. Wells, salió de allí encantado. «Stalin es un buen tipo», proclamó. Ese Laval, tan popular, casi tan popular como Doriot, no inspiraba ninguna confianza a Alfred Barthélemy. Le recordaba demasiado a Vigo de Almereyda. Como Almereyda, Laval sabía jugar con su influencia sobre los magnates de la prensa para asegurarse su publicidad. Al igual que Almereyda, este antiguo socialista, este plebeyo, se había obsesionado con la grandeza, con su castillo y su hija casada con un aristócrata. La única diferencia residía en que Almereyda era hermoso y caballeresco; Laval, feo y vulgar. Pero esa vulgaridad le daba un toque populachero que caía simpático a los más catetos.

El 14 de julio de 1935 Fred asistió al desfile del Frente Popular, desde La Bastille hasta Nation, con medio millón de personas siguiendo fielmente las banderas rojas y las tricolores conducidas por el radical Daladier, el socialista Blum y el comunista Thorez, todos con el puño en alto. La indignación le llevó entonces a escribir su artículo más memorable. *Le Libertaire* incluso hizo una impresión aparte que se distribuyó ampliamente y se envió a todos los diputados y senadores, a todos los periódicos. La violencia

del tono y la originalidad de sus afirmaciones favorecieron la publicación de fragmentos en toda la prensa, incluso en *L'Humanité* y *Le Populaire* (que se indignaban).

¿Qué decía Fred Barthélemy que resultara tan singular?

El artículo comenzaba con una frase blasfema: «Francia ya no es la hermana mayor de la Iglesia, sino la hermana menor de la Unión Soviética».

Denunciaba las maniobras de Laval, que establecía acuerdos con el fascismo mussoliniano y con el fascismo estaliniano. Subrayaba que en ambos casos se trataba de un fascismo y recordaba a ese propósito esa frase de Romain Rolland, de cuando todavía no se había cegado. Y ¿por qué Romain Rolland renegaba hoy sutilmente de Gandhi en favor de Stalin? Porque, según Barthélemy, el Komintern, que nunca había conseguido recuperar a Romain Rolland a través de la mente, le sujetaba ahora por los sentidos. Extraña coincidencia que Romain Rolland se convirtiera al estalinismo justo en el momento en que una rusa, Maria Pavlovna, se había introducido en su vida para no volver a dejarle. ¿Quién había acompañado el mes anterior a Romain Rolland a la URSS y le había servido de intérprete, sino su Maria Pavlovna, convertida para entonces en su mujer legítima? Ya verán, concluía Fred Barthélemy, cómo los submarinos femeninos rusos intentarán lograr nuevos virajes entre nuestros intelectuales. Detrás de Maria Pavlovna galopan ya numerosas amazonas Elsa.

Fred pensaba en Galina. Nunca se había planteado eso que ahora le parecía evidente: él también había sido capturado por una belleza. ¿Acaso Kámenev y Zinóviev no consiguieron mantenerle durante tanto tiempo mudo y dócil, demasiado dócil, gracias a Galina?

Esta incursión en la vida privada de Romain Rolland levantó un escándalo. La prensa de derechas, que publicó muy largos fragmentos del texto, se regocijaba de la forma en que Fred acusaba al partido radical, antigua extrema izquierda parlamentaria a principios de la III República y ahora tan ligada a las fuentes del poder económico que, hasta ese 14 de julio, había olvidado su pertenencia a la izquierda; se regocijaba también de la forma en que ridiculizaba al partido socialista por dejarse engañar por su enemigo irreductible, ese partido comunista que hoy le abrazaba para asfixiarle mejor. Thorez, a órdenes de Moscú, escribía Fred, reniega de todo lo que proclamó ayer porque la política de Rusia se lo encarga. Su giro a la derecha es la consecuencia del pacto de asistencia franco-soviético firmado por Laval. Como Francia es ahora su aliado militar, Stalin no puede sino aprobar su política de rearme y Thorez debe persuadir a sus militantes de que la defensa de la patria de los trabajadores fuerza el apoyo al ejército francés. Por eso cantan a coro La Marseillaise con los radicales, por eso llevan la bandera tricolor entrelazada con la bandera roja, por eso llaman «hija del pueblo» a Juana de Arco. También entonces Alfred Barthélemy dio con una fórmula

que sería retomada incluso por los músicos: Stalin y Laval habían tricolorizado al proletariado francés. Ahora, ya verán ustedes, decía, como los comunistas terminarán superando en patriotismo a los Croix-de-Feu.

Por último, criticaba a la AEAR (Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios), que había celebrado su congreso en junio y que veía cómo a Alain, Barbusse, Romain Rolland y Victor Margueritte, se sumaban nuevos nombres: André Malraux, Aragon, Gide, Elie Faure. En realidad, afirmaba Fred Barthélemy, la iniciativa emana de oficinas comunistas especializadas en la organización de asambleas y congresos para suscitar movimientos pro-estalinistas en la intelligentsia francesa. Puedo afirmarlo con tanta seguridad, subrayaba Barthélemy, puedo estar tan seguro de ello por haber preparado yo mismo un buen número de maniobras semejantes desde Moscú.

A partir de julio de 1935 Fred Barthélemy cobró una celebridad que conservaría hasta principios de la II Guerra Mundial. El primer resultado de que saliera de la oscuridad fue su inmediato despido de las fábricas Renault. Fred, súbitamente en paro en una época en la que encontrar un nuevo empleo resultaba imposible, pudo sacar partido de su conocimiento de la lengua rusa. Aunque le pagaban mal, como había pocos traductores y Rusia estaba cada vez más de actualidad, obtuvo suficientes encargos como para compensar así el salario perdido. Durante todos sus años en

Renault, en los que había participado junto a sus colegas en varias reivindicaciones salariales, nunca había pensado tanto en lo escaso de su paga como desde que la comparaba con lo que ganaba con las traducciones. Los obreros soñaban con el paraíso soviético, y los patronos les estimulaban apretando las tuercas. Fred recordaba los epítetos que florecían en *L'Humanité* para calificar a Louis Renault: malhechor público, gran explotador, gran tiburón, sangrador... Recordaba las fotos de ese autócrata para el que había trabajado durante diez años sin nunca verle, sin ni siquiera vislumbrarle. Un rostro mal afeitado, con grandes cejas, nariz curvada de rapaz, hocicos y crinera. Un pequeño Stalin, en suma, otro dictador más en su principado.

Un mes después de las festividades del Frente Popular, llegó desde Rusia el cuerpo de Barbusse, Barbusse muerto tontamente en Rusia por un «resfriado». Para que los trabajadores pudieran participar en las exequias, el partido comunista depositó el cuerpo en la Grange-aux-Belles y esperó al sábado para organizar entonces una gran concentración en la Porte de la Chapelle. Fred sentía curiosidad y acudió al acto. Salió del metro, a cielo abierto en ese tramo, con no pocas dificultades: racimos de hombres se encaramaban a las escaleras de las vías.

Fred siguió un largo cortejo encabezado por un gran retrato de Barbusse blandido por encima del gentío. Unas jovencitas llevaban ejemplares de cada uno de los libros del

escritor sobre cojines. Una carroza negra, decorada con la bandera roja, era escoltada por mutilados de guerra que empujaban ellos mismos las ruedas de sus sillas. Barbusse se reencontraba con Majnó en el Père-Lachaise. Pero mientras que el anarquista desaparecía en el anonimato del columbario, el comunista iba a ser situado cerca del Muro de los Federados.

Hasta entonces, Fred no había vuelto a ver a Cachin, ahora con un largo bigote caído que recordaba a Vercingetórix. Cachin, que en 1919 tanto había odiado a los bolcheviques, pretendía ser hoy el director de orquesta del estalinismo francés. En su discurso fúnebre, Cachin recordó que Barbusse había rendido culto a Stalin y a su política, que le había llamado «el hombre con cabeza de sabio, rostro de obrero y ropa de simple soldado». «Nadie fue más estalinista que Henri Barbusse», concluyó Cachin con trémolos en la voz.

Algunos días después, Fred vio en *Le Libertaire* a Ida Mett, esa mujer que alguna vez había cruzado en el pequeño apartamento de Majnó. Emocionada, le dijo que había escrito un texto sobre «el crepúsculo sangriento de los soviets» (es decir, Kronstadt) y que, al mostrarle el manuscrito a Monatte para que éste lo publicara en su revista, *La Revolution proletarienne*, éste se lo había rechazado. Demasiado negativo con Trotsky.

Trotsky en el exilio gozaba siempre de indulgencia. Su caída le absolvía de todos sus pecados. El trotskismo invadía la izquierda no estalinista. Incluso Monatte impedía que se dijera la verdad...

–¿Y las memorias de Majnó? –preguntó Fred–. ¿Has terminado de darles forma?

–He salvado las memorias de la majnovchina. ¿Quién querría publicarlas? Majnó escribía también un diario íntimo. Me pidió que lo leyera. Lo corregí. Y ha desaparecido.

–Quizás Galina...

–Sí, Galina y Volin.

–¿Cómo que Galina y Volin?

–Galina es ahora la mujer de Volin. Encontraron el manuscrito bajo la almohada del difunto y lo han quemado.

–¿Estás segura de lo que me dices?

–¡Pongo las manos en el fuego! Galina y Volin son como dos buitres sobre el cadáver de nuestro amigo.

Fred miraba a Ida, estupefacto, incrédulo. Volin no sólo robaba a Majnó su gloria, sino que ahora también tomaba su mujer.

–El mismo Majnó ha sido quemado –dije–. De nuestro amigo sólo queda una pequeña urna llena de cenizas. Pero no lo olvidaremos. No olvidaremos la majnovchina. No olvidaremos Kronstadt. Te lo juro, Ida...

Basta con unos pocos para que la memoria de los vencidos no se hunda en la nada.

Alfred Barthélemy volvió a ver a Flora a causa de Germinal. Con su brutalidad de costumbre y algo de torpeza, Germinal contó un día a su padre que Flora se había librado de su chulo y que el gran taller de Montmartre ahora le pertenecía.

–Deberías ir a verla. No se quedará mucho tiempo sola. Aprovecha.

Fred desechó la proposición con un revés de la mano.

–Yo sólo lo digo –continuó Germinal–. A ti te toca decidir. Yo sólo me encargo de pasar el recado. A ella le gustaría ver qué pinta tienes desde que eres famoso. No, no... no es lo que crees. Famosos tiene para dar y tomar. Y nunca mejor dicho. Tiene el taller lleno de cuadros de famosos. Pero bueno, a mí me hicisteis entre los dos, eso se merece un reencuentro.

Entre Germinal y su padre se había establecido una extraña familiaridad. Como ni uno ni otro habían tenido en

su momento lazos paternales o filiales, como sólo les unía la militancia, se comportaban más como amigos que como padre e hijo. Al fin y al cabo, sólo tenían catorce años de diferencia y si Germinal manifestaba una cierta consideración para con Fred, era más por admiración hacia el hermano mayor lleno de experiencia que no hacia un padre a quien prácticamente no había conocido.

Fred no se hizo mucho de rogar. Si Flora lo hubiera llamado desde la otra punta del mundo, se las habría apañado para presentarse. Montmartre no estaba tan lejos de Billancourt.

El taller en donde vivía Flora ocupaba la última planta de un edificio. Las ventanas se abrían así sobre una vista panorámica de París. Flora se entretuvo mostrándole los lugares más conocidos, señalando a Fred las estaciones, la cúpula del Panteón y de Les Invalides, las torres de Notre-Dame y, delante, la flecha de la Sainte-Chapelle. Fred nunca había visto París así, a plano, como un mapa geográfico en relieve, todo gris, con volutas de humo blanco saliendo de los edificios. Las fábricas marcaban su presencia con sus altas chimeneas, de donde se escapaban unas feas manchas negruzcas deshilacladas por el viento. Su mirada iba hacia el oeste, hacia Billancourt, demasiado alejada como para que pudiera distinguirse el bastión de Renault. Sintió un cierto malestar al pensar que Claudine y los niños se perdían detrás de esa neblina que cubría el Sena.

Desde que Flora le abriera la puerta del taller y apareciera con ese vestido de seda blanca que desnudaba sus hombros, con su rubio pelo todavía cortado a lo *garçonne* y las piernas cubiertas con unas medias color carne, tuvo la impresión de bascular en otro mundo, ese mundo turbio y pervertido en el que ella parecía moverse con tanta facilidad. Fred se precipitó hacia el gran ventanal que dominaba París como para tirarse al vacío y escapar de Flora. La adivinaba detrás de él. Percibía su olor, que ya no era el de la chiquilla de los pescados, sino un aroma a mujer rica, a perfumes fuertes. Cuando oyó su voz guasona fue sólo a través de un sordo murmullo amortiguado. La oyó pronunciar Belleville. Como no reaccionaba, le tomó por el brazo, le mostró hacia el este un amasijo caótico de casas y los árboles de las cimas de las Buttes–Chaumont.

–¿Has vuelto por Belleville?

–Cuando llegué de Rusia te busqué allí. La casa de Victor y Rirette ya no existía. Luego, no; siempre me quedo de camino, en el cementerio de Pére–Lachaise.

Quiso hablar de Majnó, de Barbusse, pero seguro que Flora no sabía quiénes eran. ¿Para qué? Se giró hacia Flora. La miró fijamente. Cada vez que volvía a verla se sorprendía de su corta estatura. Su cabeza apenas llegaba a la mitad del pecho de Fred. Ella levantó hacia él sus ojos azules. Su maquillaje era más discreto que en Montparnasse, más suave.

–Mira –dijo Flora girando–, lo he comprado todo, todo, el taller y todo lo que contiene: los cuadros, yo misma. Era la única forma de librarme de mi hombre. ¡Qué pesado podía llegar a ser ése! Pero follaba como un dios. Eso merece algo de consideración.

Fred examinaba las pinturas. Identificaba las de Baskine, muy bien enmarcadas. El otro pintor, el antiguo propietario de ese local, había dejado en el lugar un ligero olor a aceite rancio que parecía impregnarlo todo.

–No busques pinturas de mi hombre –continuó Flora–, me las quité de encima al mismo tiempo que a él. Las llevé al Hotel Drouot, como si fueran ropa. No saqué gran cosa. Sólo lo suficiente para comprarme esto...

Mostraba el retrato de un pequeño pastelero, retorcido, de un blanco ahuesado. A Fred ese cuadro le pareció de una fealdad extraordinaria.

–Soutine –dijo Flora–. Recuerda ese nombre. Si no cometo la gilipollez de venderlo demasiado pronto, llegará a valer millones.

Fred se quedó paralizado ante un desnudo, hierático, de una joven con aspecto grave, ojos azules, y labios rosas como la lengua de un gato. Reconoció a Flora, incómodo ante la exhibición de esa desnudez.

–Sí, soy yo –exclamó Flora, divertida–. También he sido modelo de Foujita. Ahora vendo sus cuadros. Ya te habrá dicho Germinal que ya no soy modelo. He subido un peldaño. Ahora soy yo la que pago a los pintores. Trato con todo el mundo... coleccionistas, mercaderes... Se me da bien el comercio. Debe de ser por mis padres pescaderos.

Flora le miró con gesto irónico.

–Germinal me ha dicho que eres conocido en tu mundillo. Ya no trabajas en la fábrica. ¿Cuánto sacas con tus escritos?

–Un poco menos que cuando era ajustador, pero bueno, no me quejo.

–¡Pobre hombre! No has cambiado. Siempre igual con tus malditos libros. ¡Qué soñador!

Flora abrió un bonito mueble de marquetería y sacó unas botellas.

–¿Qué quieres tomar?

–No bebo alcohol.

–Me conozco tu cuento. Germinal, que antes no le hacía ascos al tinto, ya sólo bebe agua desde que frecuenta a tus amigos. No resultáis nada divertidos con tanta virtud...

Fred se encogió de hombros. Examinaba el gran taller, parándose ante ciertos cuadros, cuadros como extraños enigmas que le despertaban preguntas. A media altura del taller había una entreplanta.

–¿Qué hay ahí arriba?

Flora dudó, y sonrió algo socarrona.

–Sólo acuarelas, enmarcadas, muy bonitas. Sube, si quieres verlas.

Fred se quedó sorprendido de llegar a una especie de balcón. Una gran cama cubierta de pieles ocupaba casi todo el espacio. Las acuarelas, protegidas por cristales, yuxtapuestas, tapizaban completamente las paredes. Acuarelas de un azul oscuro, muy dulce, con una infinidad de personajes con poses grotescas pero encantadoras. Esas figuras recordaban algo a Fred. Sí, ¡Odessa! Los carteles de las tiendas populares de Odessa. Preguntó:

–¿El pintor es ruso?

–¿Chagall? Sí, un judío ruso.

Flora se tumbó sobre las pieles, apoyando los codos para enderezar el busto. Sus piernas se balanceaban al borde de la cama. Miró a Fred con los ojos entornados, a ese Fred que volvía a ver a la chiquilla que llegaba a Les Halles, en una

mañana gris, hacía ya muchos años. Veinticuatro años ya. La chiquilla con los pies descalzos.

Hoy las piernas de Flora estaban enmascaradas por esa seda brillante y las hebillas doradas de sus zapatos brillaban como joyas. De repente se tumbó y su falda descubrió sus muslos. Fred vislumbró una parte de su cuerpo abrazado por las ligas. Dudó; se dejó caer sobre la cama, sobre Flora, sobre todo su pasado maravilloso, nunca olvidado, inolvidable. Se estrecharon con un furor que quería anular todo lo que había sucedido después, después de los años de la infancia, a partir de la guerra, a partir de su separación. Intentaban anular el tiempo uniéndose. Reencontraban sus antiguas caricias. Pero los cuerpos ya no eran exactamente los mismos. El de Fred se había vuelto más huesudo, más rudo; el de Flora más redondo, magnífico, pero tampoco era la Flora de Belleville. Se perdieron mucho tiempo en el redescubrimiento de sus cuerpos, de sus caricias, de sus besos. Demasiado tiempo. Fred constataba con estupor que su sexo no respondía al deseo, que no podría penetrar a Flora. Cuanto más pensaba en ese eventual fiasco, más se inhibía el mecanismo habitual del erotismo. La vergüenza ante ese fracaso terminó paralizándole. De repente, Flora escapó de su abrazo y se echó de lado, con una mezcla de furia y tristeza:

–Mejor así Fredy. ¡En menudo jaleo íbamos a meternos! Contigo una puede esperarse todo. Pero bueno, siempre

nos quereremos. O al menos yo sé que siempre te querré, con todo el amor de cuando era niña. Y tú... no me quieres lo suficiente, ya ves.

–Al contrario, Flora; quizás te quiera demasiado.

Flora volvió a ponerse su lencería rosa, se ató las medias. Fred recordaba a la chiquilla que hacía volteretas en las Buttes–Chaumont, dejando entrever unas braguitas no muy limpias. Aunque por entonces Fred nunca hubiera fallado en semejante lance...

Bajaron de la entreplanta, muy tristes. Flora le acompañó al rellano, se estiró sobre la punta de sus pies y le besó en el cuello, durante un largo instante. Luego le soltó, con su aspecto desenvuelto:

–Venga, vete a vivir tu vida.

IV. LA AFRENTA POPULAR

(1936–1938)

... una vez más, el Poder vencería. El eterno Poder que nunca muere, que cae siempre para resurgir de sus cenizas, aunque se crea haberlo abatido con una revolución o una matanza que llaman revolución; en cambio, helo aquí de nuevo intacto, tan sólo con distinto color: aquí negro, allí rojo, amarillo, verde o violeta, mientras el pueblo acepta, sufre o se adapta.

Oriana Fallaci, *Un hombre*, 1979

Pocos eran los militantes revolucionarios de la generación de Alfred Barthélemy que habían escapado a la prisión. Sin su evasión a tiempo de la URSS Fred hubiera sufrido, cuando menos, la suerte de Victor Serge, deportado a las estepas

kirguizas. Había salido indemne de dos atentados, pero a finales de 1935 le cayeron seis años de prisión por un simple delito de opinión. Había participado en una campaña contra el colonialismo que tenía un deje de rutina y uno de sus artículos, ni más ni menos violento que el resto, tuvo la suerte de incomodar al ministro de las colonias, que reclamó sanciones. Detenido, enseguida juzgado y encarcelado en La Santé, Fred se vio de repente aislado, inactivo, separado del mundo. Justo en el momento en que Europa iba a bascular en una nueva demencia asesina, en una nueva guerra de religión.

Porque a la internacional marxista respondía ahora una internacional fascista. Estaba a punto de llegar el momento en que esos dos avatares del socialismo iban a afrontarse con una violencia mayor que con las palabras. Aunque las palabras restallaran a menudo como disparos. En un mitin de Solidaridad Francesa, Jean-Pierre Maxence había proclamado: «Si llegamos a tomar el poder, esto es lo que sucederá: a las seis, supresión de la prensa socialista; a las siete, la francmasonería queda prohibida. A las ocho, fusilamos a Blum». Algo que Maurras aprobaba: «Sólo será necesario abatir físicamente al señor Blum el día en que su política nos haya traído la guerra impía que sueña contra nuestros compañeros de armas italianos. Ese día, es cierto, no podremos fallar».

Bravatas seguidas además por un primer sobresalto, ya que Blum, agredido en el Boulevard Saint-Germain, fue hospitalizado en muy mal estado. Fred Barthélemy nunca había proferido semejantes amenazas de muerte. No había insultado ni al presidente de la República, ni al presidente del Consejo, ni al ministro de las colonias. Tan sólo relataba determinados comportamientos indignos para un país que se proclamaba demócrata y civilizado, y recordaba la divisa republicana inscrita en el frontispicio de los edificios públicos. Maxence y Maurras seguían injuriando a la República, predicando la guerra civil y él, que sólo hablaba de paz y de fraternidad, se pudría en la cárcel. Normal.

Hay que decir que Fred Barthélemy, al participar en una campaña anticolonialista, volvía a remar a contracorriente. Lo que sucedía en las colonias no interesaba a nadie. En un momento en el que el cincuenta por ciento de los trabajadores de la metrópolis sufrían un paro parcial, en el que el paro total cobraba unas dimensiones inquietantes, en el que los desfiles de obreros con la gorra calada por los Grands Boulevards anticipaban el «gran día», en el que podían verse por los Campos Elíseos camiones de mujeres blandiendo banderas rojas, en el que la lista de las «doscientas familias» se vendía en las calles por cuatro cuartos, Indochina, el Congo e incluso Argelia parecían situarse sobre otro planeta. La Unión Sagrada que se organizaba en favor o en contra del Frente Popular parecía una labor prioritaria. Fred había intentado romper esa

conspiración de silencio observada por toda la clase política en materia colonial contentándose, sin elevar el tono, sin insultos, sin emitir siquiera un juicio, con relatar hechos incuestionables a través de testimonios directos. Lo peor llegaba de Indochina: columnas de annamitas que reclamaban pan habían sido ametralladas porque los legionarios tenían órdenes de no cargarse con prisioneros; en varios campos de concentración la tortura con electricidad era una práctica corriente e incluso menos atroz que otras. Diez mil annamitas fallecidos a consecuencia de diferentes suplicios en 1933.

En su celda, esas víctimas lejanas le obsesionaban. Todos esos hombrecillos amarillos gesticulaban, se contorsionaban. Creía incluso oír sus gritos, aunque en realidad se trataba de las quejas de sus vecinos de celda. Por extraño que parezca, su vida en Rusia alimentaba menos pesadillas que sus meses de guerra en las trincheras de Flandes. Hubert, el primer Hubert, su compañero de taller en tiempos de Almereyda, el Hubert desaparecido y devorado por terrenos gredosos regresaba una y otra vez a su espíritu. El antimilitarismo y pacifismo de Fred quizás no tuvieran otro origen que la rebelión contra el sacrificio inútil de su amigo.

En la prisión apenas entraba información alguna, de no ser deformada, furtiva. Tampoco tenían periódicos. El correo era censurado. Las noticias sólo se divulgaban a la hora del

paseo higiénico en el patio, cuando se cruzaban con otros detenidos. Así supo Fred que el Frente Popular había ganado en España. Cuando fue liberado, en mayo, el Frente Popular francés, victorioso en las elecciones, formaba también en Francia un nuevo gobierno.

Esta toma del poder por la izquierda Fred ya la había conocido en Rusia. Recordaba la alianza contra natura de bolcheviques, socialistas revolucionarios y mencheviques, tan parecida a esa conjura francesa de comunistas, socialistas y radicales. La experiencia rusa no servía así para nada. Esos imbéciles social-demócratas no presentían que el pequeño partido comunista les devoraría sin prisa, pero sin falta. Fred escribió en *Le Libertaire* un artículo sin equívocos. No sólo recordaba una vez más lo que había vivido en Rusia, sino que denunciaba al Frente Popular francés como una invención estaliniana:

«No contestamos que el partido comunista sostenga al Frente Popular, pero lo que el Frente Popular no observa es la forma en que es sostenido: con la cuerda que sujeta al ahorcado. El Frente Popular es la Unión Sagrada y la Unión Sagrada es la guerra».

Fred recorría las fábricas en compañía de Germinal. Ante las rejas cerradas improvisaba discursos que terminaban atrayendo a los obreros. Les decía que no se dejaran engañar por los partidos políticos, que constituyeran soviets populares como al inicio de la Revolución de Octubre, pero

evitando que esos soviets fueran luego recuperados por los bolcheviques. No siempre eran bien recibidos. Los controladores soltaban a los perros o llamaban a la policía. Pero en la fábrica Hotchkiss los obreros se animaron, le aplaudieron y dejaron sus herramientas. A ellos se sumaron los de Renault. Y allí también pararon los metalúrgicos. La huelga pronto se extendió a toda la metalurgia, y luego a otras industrias. Tal y como deseaban Fred y sus amigos libertarios, los trabajadores tomaban su destino entre sus manos. No sólo interrumpían el trabajo, sino que ocupaban las fábricas. Esa ofensa al «derecho sagrado» de la propiedad provocó un estupor casi tan grande entre la burguesía como entre los líderes del Frente Popular. ¿Cómo canalizar esa revuelta proletaria espontánea, cómo encuadrarla? *L'Humanité* sólo se decidió a hablar de las huelgas nueve días después de que se desencadenara la primera y recomendaba a sus lectores «orden, calma y tranquilidad». El antiguo secretario general del partido comunista, Frossard, reconvertido en socialista y nombrado ministro de trabajo, preconizaba el uso de la fuerza. Los empresarios, sorprendidos por la autodisciplina que reinaba en las fábricas ocupadas, se negaron. Los empresarios prestaban más atención a los obreros que los socialistas y los comunistas; ¡el colmo!

Tanto entre la clase burguesa como entre los políticos, la gran sorpresa fue que la apropiación de los bienes patronales no daba paso a su saqueo. Muy al contrario, en

cada taller se formaron grupos que se encargaban de la limpieza y mantenimiento de las máquinas. No se tocó nada de los almacenes de comida. Intentaron no malgastar el alumbrado. Si se rompía algo, abrían cotizaciones para reembolsarlo. Algunas mujeres venían a ver a sus hombres, aportaban vituallas y se ponían a hacer remiendos y costuras. Instauraron rondas de guardia e inspección, turnos de limpieza. Crearon hasta una moneda en forma de fichas. Formaron orquestas. Los domingos cantaban y bailaban en las fábricas. Improvisaron melodramas sobre caballetes. Los obreros mayores, resignados desde que dejaron de morir de hambre, se mostraban estupefactos ante la revolución pacífica que se estaba realizando sin que intervinieran patronos ni policía. Tres semanas de fiesta popular. Tres semanas alrededor de máquinas silenciosas, encontrándose, conociéndose unos a otros, por fin liberados de las trabas de la mesa de trabajo. Tres semanas erguidos, con la cabeza alta, tomando la palabra, sintiéndose hombres a los que perteneciera esa fábrica, esas fábricas. Tres semanas de alegrías, risas y distensión.

Y el 12 de junio, *L'Humanité* recogía la orden de Maurice Thorez: «Hay que saber terminar una huelga».

El permiso se había acabado. Preocupado por esos soviets de obreros instaurados espontáneamente Thorez intentaba hundirlos por todos los medios. Resultaba difícil con efectivos políticos tan reducidos: en Renault, por ejemplo,

ciento veinte comunistas para treinta y ocho mil obreros. En consecuencia, como no podía llegar a los obreros, lo más sencillo era negociar con los patronos. Patronos muy bien dispuestos que aceptaron contratos colectivos, la semana de cuarenta horas, las vacaciones pagadas... El 13 de junio Fred y Germinal, boquiabiertos, vieron salir de las fábricas Renault un camión con músicos vestidos con gorro frigio y tocando sucesivamente *La marseleses* y *La internacional*. Un coche engalanado con flores les acompañaba llevando bustos de Cachin y de Blum. Tras ellos, la masa de obreros llegaba en una enorme marejada, risueña, alzando el puño como signo de victoria. Se creían en una noche de bodas cuando participaban en un entierro.

Durante las semanas siguientes, toda la prensa de izquierdas no dejó de hablar de la «mística del Frente Popular». Fred, por su parte, respondió que no se trataba sino de la «mistificación de una Afrenta Popular»,

Se resucitaba el mismo proceso que en Rusia. Sólo que en Francia los soviets de obreros habían sido confiscados mucho más rápido. Ciento veinte comunistas clandestinos en Renault antes del gobierno del Frente Popular, siete mil comunistas legales después. El encauzamiento funcionaba a la perfección.

Fred y sus amigos libertarios corrían de mítines a reuniones. En la sala Bullier, en el velódromo Buffalo, en Magic City, todos los esfuerzos del Frente Popular se

orientaban a mantener bajo control a esas masas que les habían abandonado un instante. Para atraerlas, organizaban fiestas, fiestas perpetuas que se parecían extrañamente a las ceremonias rituales de Moscú, de Berlín y de Roma.

Fred puso en la cabecera de *Le Libertaire*, «El régimen hitleriano es execrable. Y el régimen estalinista lo es al menos tanto».

Ese paralelismo impío le valió a un tiempo la hostilidad de los comunistas y de los fascistas. En cuanto a la izquierda liberal y la derecha tradicional, consideraban a Fred Barthélemy como un atontado. Sin embargo, cuanto más profundizaba en sus razones, cuanto más subrayaba las concomitancias y las coincidencias entre la extrema derecha y la extrema izquierda, más difícil les resulta refutarle. El primer partido francés realmente fascista, el Partido Popular Francés (PPF), que acababa de fundarse, estaba dirigido por un ex comunista, aquél Jacques Doriot que Fred recibiera en Moscú. De los siete miembros de la oficina política del PPF, cinco salían del partido comunista, como Paul Marion, que todavía ayer daba cursos destinados a formar a los militantes bolcheviques en la escuela de propaganda de Bobigny. ¿Cómo alguien como Léon Blum, a quien se consideraba tan inteligente, podía permanecer cegado hasta tal punto? Es cierto que hasta Delesalle pensaba que Fred exageraba.

–Pero ¿y qué? –protestaba–, ¡la izquierda está en el poder!

–Que la izquierda tome el poder es un sinsentido –replicaba Fred–. La izquierda tiene una misión: hostigar a los gobernantes para arrancarles progresos sociales, para recordarles una y otra vez cuál es la divisa de la República. Todo poder, por su naturaleza misma, es opresivo. Por tanto, la izquierda debe rechazar tomar el poder, si no, se niega a sí misma.

Delesalle, desanimado, alzaba los brazos al cielo.

–Y los trabajadores que creen que ha llegado el «gran día», ¿qué haces con ellos?

–Hay que apoyarles. Sí, un apoyo incondicional a los trabajadores, que corren el gran riesgo de dejarse embaucar por las promesas de los políticos que eligen.

Fred se preguntaba por qué la gente tenía que terminar siempre alistándose en algo, como si la libertad asustara. El viejo Delesalle, apenas liberado del partido comunista, consideraba oportuno afiliarse a la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera)... A veces pensaba que Delesalle se volvía más sordo que Léona, que ya no se quitaba nunca la mano de la oreja. Esa impresión se volvía tan fuerte que cada vez pasaba menos domingos en Palaiseau. Su actividad política le acaparaba cada vez más y sus estancias en

Billancourt se abreviaban. Entre eso y el trabajo con sus traducciones, única fuente de ingresos del hogar, apenas disponía de un poco de tiempo para su mujer y sus hijos. A veces incluso no regresaba junto a ellos y dormía en casa de camaradas, o hasta en las oficinas del *Libertaire*, o en el cuartucho de Germinal.

En medio de la efervescencia provocada por el Frente Popular, Fred se reencontraba con la actividad desbordante de sus tiempos de colaborador de Zinóviev. Germinal le acompañaba a todos sitios. Ahora estaban tan íntimamente ligados que uno y otro olvidaban su parentesco. Fred nunca había podido prescindir de la compañía de amigos y camaradas. Muchos desaparecían, pero les reemplazaban otros recién llegados. Germinal no había entrado en su vida como un hijo, sino como un compañero. No obstante, la admiración y la afectuosa atención que le dedicaba a veces se asemejaban bastante a un sentimiento filial. En los agitados debates en los que participaba, Germinal no se separaba de su padre un solo momento, protegiéndole de los golpes con su imponente físico. Era a la vez su guardaespaldas y su amigo. Fred se presentaba como contradictor tanto en los mítines del Frente Popular como en los del PPF. Sus dotes oratorias, bosquejadas en Rusia, tomaban ahora una amplitud tal que cada una de sus intervenciones tenía algo de inesperado e inolvidable.

En las asambleas, cuando ambos se levantaban al tiempo sacaban una cabeza a casi todos los militantes, provocando cada vez un cierto murmullo. A la irritación de ver aparecer a esos pelmazos que se plantaban a hacer su número se sumaba la curiosidad, la expectación por lo que Fred pudiera exponer. Sabían que nunca hablaba si no tenía algo que decir (cosa excepcional en las reuniones políticas) y que solía aportar puntos de vista originales, aunque pudiera exasperar con lo que algunos consideraban obsesiones; sabían también que conocía perfectamente Rusia y que seguía recibiendo información de primera mano porque era uno de los pocos, entre tantos rusófilos, que leía ruso sin problemas.

Fred ya no perdía tiempo con la morralla del comunismo y del fascismo. Atacaba a los peces gordos. Thorez y Cachin, Doriot y Marion. Les arrinconaba, uno tras otro, en sus contradicciones, en sus desmentidos. Experimentaba un placer un tanto perverso en desconcertar a Cachin recordando lo lamentables que habían resultado Frossard (por entonces ministro de la afrenta popular) y Cachin ante el poderío de Trotsky. Evocaba el pasado antibolchevique de Cachin, le alababa irónicamente por haber presentido la traición virtual de Trotsky. El auditorio reía. Cachin terminaba yéndose con la cabeza baja, bajo pitidos, con el aspecto de una vieja foca con sus bigotes caídos. Doriot o Thorez, ambos temibles oradores, le ponían en mayores

aprietos. Pero pese a todo, Fred conseguía alzarse por encima de la sonora voz del último.

Fred era un militante sin partido vinculado a una minúscula Unión Anarquista que había perdido el lustre de antes de la guerra, que se consideraba tan poco importante que cuando se prohibió que las banderas negras se mezclaran con las rojas y las tricolores en el último desfile del 14 de julio ningún miembro del Frente Popular manifestó su desacuerdo. Y aun así, Fred, marginal y marginalizado, desprovisto de todo poder real, conseguía debatir en público y de igual a igual con tribunos tan adulados como Thorez y Doriot.

Fred Barthélemy se había hecho un nombre. Aunque bien es cierto que no era el único en representar el espíritu libertario, ya que Louis Lecoin y Sébastien Faure ocupaban un lugar semejante en los mítines. Con todo, los discípulos de Proudhon y de Kropotkin seguían siendo bastante escasos.

Bastante escasos en Francia, pero innumerables en España. El Frente Popular español, que tan sólo sacaba un mes al Frente Popular francés, se diferenciaba de su homólogo galo en que los comunistas estalinistas quedaban contrarrestados en él por los comunistas independientes reunidos en torno a Andreu Nin en el POUM, y en que los anarquistas eran mayoritarios, sobre todo en Cataluña. Fred recibió noticias de Durruti, liberado poco antes de las

elecciones de febrero. Este le hablaba de su entusiasmo, de esa marea popular que nacía de la CNT y de la FAI (Federación Anarquista Ibérica), y de la timidez del poder burgués que intentaba llegar a acuerdos con ella.

El 18 de julio llegó una mala noticia: una insurrección militar se había alzado contra la república española. El 20, por la tarde, Radio Barcelona anunciaba que el pueblo había vencido al fascismo. En setenta y dos horas el Estado burgués y la autoridad militar se habían hundido. La CNT y la FAI controlaban la situación en Cataluña. Hasta tal punto que Companys, presidente de la Generalitat, ofreció a los anarquistas la dirección del gobierno de Cataluña que en derecho le correspondía a él mismo. Durruti la rechazó. Le parecía más urgente armar milicias y dirigirse a Aragón, en donde los militares continuaban el combate. ¿La victoria anarquista en Barcelona era una ilusión? Muchos generales se habían sumado a la rebelión... En realidad, la guerra civil no hacía sino comenzar. Durruti pidió a Fred que se sumara a ellos.

A finales de julio, Fred acompañó a Claudine y a sus hijos a la Gare de Lyon, donde iban a tomar uno de esos trenes que llevaban a los primeros veraneantes de las vacaciones pagadas hacia las playas del sur. Al igual que todas las mujeres de su condición, Claudine nunca había tenido vacaciones, nunca había visto ni el mar ni la montaña y del campo tan sólo había vislumbrado unas pocas praderas de

la región de Palaiseau y de Aulnay-sous-Bois. A la alegría de descubrir esos placeres de los que tanto se hablaba se sumaba la pena de dejar a Fred en los andenes. Claudine deseaba salir tanto como lo temía. Los niños necesitaban un poco de aire fresco. ¿Por qué Fred no iba con ellos? Comprendía bien las razones, pero le costaba admitir que diera prioridad a su actividad política sobre sus deberes familiares. ¿Por qué rechazaba el placer que simbolizaban esos vagones atestados de un alegre gentío? El tren silbó y ella se abrazó con todas sus fuerzas a su marido.

–No nos abandones. Tengo miedo.

–Tranquila, mi amor. Y tampoco exageres, eres tú quien se va y dices que te abandono...

–Tendría que haberme quedado... Aunque nunca me hubiera ido si no es porque sé que, de todas formas, te vas a ir.

–Pero ¿adonde?

–No te hagas el tonto. Sé muy bien que irás a sumarte a Durruti en España. Ya es como si estuvieras en otro sitio. ¿De qué me serviría andar perdida por París? Más vale dar alguna alegría a los niños.

Fred se quedó en silencio.

–En España hay una guerra. No hagas que te maten, Fred. ¿Qué sería de nosotros, de nosotros tres?

–Serías una viuda muy guapa. Con muchos pretendientes. Y te habrías librado de ese loco que sólo te trae problemas. No te preocupes. He salido entero de muchos aprietos.

El tren silbó de nuevo. Los empleados cerraron los vagones. Fred empujó a Claudine y a los pequeños dentro del compartimento. Mariette lloraba. Louis, con sus ocho años muy crecidos, le miraba, congestionado de rabia.

Varios días después, tras un viaje difícil, Fred, Cottin y Germinal se sumaron a Durruti en Bujaraloz, cerca de Zaragoza.

Aunque los avatares de su existencia hacían que ya no le sorprendiera casi nada, Fred no esperaba encontrarse a su amigo Durruti, el exiliado, el fugitivo, transformado como por arte de magia en el jefe militar de una columna de diez mil hombres. Recibió a los franceses en un chamizo que le servía de puesto de mando. El mono caqui que vestía, la gorra militar con borla y el revólver en la cintura le diferenciaban bastante del Durruti que había acompañado a Fred en la visita al desafortunado Mühsam. Su rostro se había endurecido, pero aun así, conservaba la misma sonrisa. Acogió a Fred y a sus compañeros con entusiasmo y afecto. Enseguida quiso mostrarles sus instalaciones militares. La precisión de los gestos, de los emplazamientos,

de las órdenes que lanzaba al pasar a milicianos ajetreados, despertaron en Fred el desagradable recuerdo de Trotsky, aunque Durruti no tuviera el toque altivo del «mariscal de campo», ni ese aire de superioridad que los intelectuales burgueses conservan en cualquier circunstancia. Seguía siendo un hombre del pueblo, muy sencillo y modesto. Su ascendiente sobre las tropas que entrenaba procedía tanto de su historial como de su energía.

–Encontrarte como general me provoca un cierto resquemor –dijo Fred–. Trotsky comenzó como tú y luego le tomó gusto al poder.

–Yo lo rechazo. No soy general. Los camaradas me han designado jefe de la columna. En cuanto hayamos vencido a los fascistas, volveremos a casa. No somos soldados, sino milicianos voluntarios. Allá donde lleguemos, nuestra primera tarea es distribuir la tierra entre los campesinos. Visita los alrededores, ve a los pueblos y verás que en todos sitios la columna Durruti se mezcla con las comunidades campesinas. No, Fred, no he renegado de nuestro antiguo antimilitarismo. Nosotros luchamos contra los generales rebeldes. Contra el militarismo que traiciona a la república.

Fred creía estar oyendo a Igor, cuando en Moscú, en 1919, le decía: «Tenemos que aprender a hacer la guerra contra nuestros enemigos. Cuando les hayamos vencido, destruiremos la guerra para siempre y disolveremos todos los ejércitos». Cuántas desgracias...

Fred recorrió junto a sus compañeros el territorio ocupado por el destacamento de Durruti. Sobre los edificios más altos ondeaban banderas rojas y negras, puntos de encuentro para esos obreros agrícolas, esos pastores, todos esos braceros que llegaban de los territorios ocupados por los nacionales, llenos de polvo, con la piel tan oscura como la de los moros, empujando mulas cargadas de sacos y odres. Habían recorrido largos caminos, franqueado puertos de montaña, atravesado de noche las líneas enemigas. Rendidos de cansancio, con los pies tumefactos en sus sandalias de esparto, en cuanto veían a los milicianos agitaban sus bastones o sus fusiles de caza gritando «¡Salud! ¡Salud!». Ya nadie decía «buenos días». Ese saludo fraternal se convertía en el santo y seña de la república. Parecía que hubieran retirado de repente una tapa de hierro de la Península Ibérica. Todos esos campesinos, todos esos obreros, alzados espontáneamente para defender su gobierno legal se sentían liberados de una acumulación de siglos de servidumbre. Se sentaban en círculo, alrededor de los fusiles amontonados, y cantaban viejas canciones populares aderezadas con estribillos revolucionarios que aprendían entre murmullos. Esa asamblea de campesinos y obreros, reunida para hacer frente a un ejército profesional perfectamente equipado, era a la vez emotiva e irrisoria. Una vez más, Fred veía delante de él a la utopía alzando sus manos desnudas para frenar el asalto de los monstruos.

Al igual que sus milicianos, Durruti calzaba alpargatas, bebía sólo agua y dormía sobre paja. Le gustaba impartir justicia a la manera de los sabios de antaño. Un grupo de campesinos integrados en su columna se había vanagloriado de haber matado al cacique de su pueblo, que era también el terrateniente; les interrogó con severidad para saber si él les había maltratado. «No», respondieron espontáneamente, «no, no nos pegaba, pero nunca nos dirigía la palabra». ¿La palabra? El derecho a la palabra, eso era lo que reivindicaban.

Germinal y Cottin se quedaron con Durruti. Fred regresó solo a una Barcelona animada por una agitación febril. Comparada con el ambiente bonachón, incluso inocente, de la columna Durruti, la capital de Cataluña parecía al borde del pánico. Todas las iglesias habían sido incendiadas, a excepción de la catedral, y sus ruinas calcinadas salpicaban la ciudad de lúgubres imágenes. Vehículos pintados de rojo y negro pasaban por las calles a una velocidad endiablada haciendo bramar sus cláxones. La mayoría se ornaban con enormes letras pintadas apresuradamente: UHP, es decir: Uníos Hermanos Proletarios. En el cuartel, bautizado Lenin, hombres muy jóvenes se alistaban en las milicias del POUM. Las banderas rojas de los partisanos de Andreu Nin, las rojinegras de los partisanos de Buenaventura Durruti... todas esas telas y emblemas ondeaban bajo la brisa que llegaba del mar. En los altavoces sonaban estrofas de *La Internacional* y de *Hijos del pueblo*. Grandes retratos de

Bakunin, Lenin y Jaurés reemplazaban la iconografía religiosa desaparecida. La ciudad, esa ciudad mediterránea próspera y burguesa se había proletarizado de repente. En las calles tan sólo se veían milicianos y civiles en mono de trabajo. Ni un sombrero. Sólo gorras y boinas vascas. En las ramblas, uno de cada tres hombres llevaba un fusil al hombro; ese «camarada fusil» del que nunca se separaban. Varias patrullas vigilaban la periferia. En la entrada de hoteles, tiendas y edificios administrativos había centinelas montando guardia, no se sabía muy bien por qué. Las mujeres jóvenes habían cambiado, por voluntad propia, sus tradicionales vestidos negros por monos de mecánico. Con la cabeza desnuda, flores en el pelo y un fusil por bandolera, se enrolaban en las milicias de Nin o de Durruti. Pero si los cuarteles se llenaban, las tiendas, en cambio, se vaciaban. Apenas había carne, leche, azúcar, carbón y gasolina. Delante de las panaderías se formaban colas. Fred se preguntaba con pena por qué la revolución tiene que aportar primero la penuria... La Barcelona de 1936 le recordaba ya el Moscú de 1919.

Regresó a Francia en un tren casi vacío. En el otro andén, el de los trenes que iban hacia el sur, varios vagones atestados de milicianos circulaban lentamente. Durruti había encomendado a Fred que intentara convencer al gobierno de Leon Blum de que les enviaran armas. De momento, sólo Méjico aseguraba el aprovisionamiento básico de las fuerzas populares. ¿Conseguirían contrarrestar

el empuje de la coalición de los generales? Todo volvía a comenzar como en la Rusia de después de Octubre. El ejército tradicional se rebelaba. Había que crear un ejército popular para defender una revolución que, sin ese empuje, sería aniquilada. Dicho ejército popular iba a tener que asumir muchos sacrificios, hacer prueba de abnegación, de disciplina, para plantar cara a los profesionales. Peor aún: iba a tener que adoptar los mismos métodos militares, recurrir a las mismas estratagemas. Fred mantenía su confianza en Durruti. Pero Durruti no estaba solo. La victoria inicial de la insurrección en Barcelona había reunido espontáneamente a militantes de la CNT, la FAI y el POUM. Ahora el gobierno republicano, salvado por esos libertarios, organizaba regimientos «legales». Fred había observado sin demasiado entusiasmo en las calles de Barcelona a oficiales del nuevo ejército republicano, jóvenes vestidos con elegantes uniformes caquis, pavoneándose ante las terrazas de los cafés.

Fred estaba sombrío. Le hubiera gustado quedarse con Durruti. Pero Durruti reclamaba su ayuda en París. Echaba de menos a Germinal, que le había acompañado por todos los sitios durante un mes. En Billancourt se encontró con su pequeño apartamento vacío. Claudine y los niños todavía no habían vuelto del sur. Abrió unos paquetes de periódicos rusos que habían llegado en su ausencia. Un sentimiento de estupor le aprisionó, asfixiándole. Dejó los periódicos; corrió a abrir la ventana. Aire... Le faltaba aire, la respiración

se le entrecortaba. Aun así, no pudo evitar volver a mirar el *Pravda*, intentar leerlo desde lejos. Las fotos de Kámenev y de Zinóviev en primera página le habían golpeado como una pedrada. Y ese título, enorme: «Los traidores Kámenev y Zinóviev fusilados».

Fred miraba con atención las fotos de esos dos hombres que tan bien había conocido. Kámenev seguía pareciendo un burócrata disciplinado. Bien peinado, con los cabellos hacia atrás, con bigote y perilla, observaba a sus jueces con espanto desde detrás de sus anteojos. El *Pravda* citaba sus últimas palabras: «Pido fervientemente a mis hijos que consagren sus vidas a la defensa del gran Stalin. No he sabido vivir para sostener la revolución: estoy dispuesto a servirla muriendo». ¿Qué significaba tanta pleitesía? Fred recordaba que, durante una de sus numerosas intervenciones en favor de los militantes anarquistas encarcelados, Kámenev le había respondido: «El gobierno bolchevique sólo puede mantenerse gracias al terror». Pues bien, el terror que había justificado le abatía a su vez y él lo admitía.

Habían juzgado a Kámenev y Zinóviev «moralmente responsables» del asesinato de Kirov y éstos confesaban unos crímenes inimaginables. Fred intentaba leer en el rostro de su antiguo jefe qué podía haberle llevado a atribuirse tales delitos. Envejecido, delgado, Zinóviev escuchaba la acusación de Vichinsky con las manos juntas y

la cabeza gacha. El fiscal osaba espetar a los más antiguos compañeros de Lenin: «¡Sois un grupo de bandidos contrarrevolucionarios, representáis la vanguardia de la contrarrevolución internacional contra la vanguardia de la revolución mundial! Exijo, camaradas jueces, que estos perros enrabetados sean fusilados, sin excepción». Zinóviev, acusándose también él de traición, solicitaba la ejecución como si fuera una gracia. ¡Era increíble! Zinóviev, que había bolchevizado los partidos comunistas extranjeros, que había introducido el totalitarismo en todos los ámbitos de la Internacional, que había aupado a Stalin a su puesto imponiéndoselo al partido en contra de Trotsky... ¡Increíble! Kámenev y Zinóviev, Cástor y Pólux hasta en los sótanos de la Lubianka, ambos ejecutados de un tiro en la nuca la última semana del mes de agosto. Junto a ellos liquidaron a los más conocidos anarquistas que se habían sumado al bolchevismo y adherido al partido. Una ley de excepción incluso extendía la pena de muerte a los niños de doce años y establecía la responsabilidad familiar de los padres.

Fred durmió poco aquella noche. Al despuntar el día siguiente, se precipitó a la sede de la FA. Le informaron de que Victor Serge acababa de ser expulsado de la URSS junto a toda su familia gracias a la intercesión de Romain Rolland ante Stalin. Víctor, el querido Victor Kibalchich de Belleville, que se había obstinado en disculpar a los bolcheviques

hasta el punto de llegar a distanciarse por ello de Fred en Moscú... Al menos, salía con vida del nido de víboras.

Fred intercedió ante la Liga de los Derechos Humanos para que organizara una investigación sobre ese falso proceso. Para mayor sorpresa suya, la Liga se negó porque los inculpados reconocían su infamia. *Le Populaire*, eclipsado por la guerra civil en España, no dedicó más que una sucinta reseña al asunto.

Zinóviev y Kámenev, hundidos en el basurero de la Historia, ya no interesaban a nadie.

Fred intervenía en los mítines del Frente Popular francés. Decía en ellos que Kámenev y Zinóviev eran sin duda culpables, pero no de los crímenes que les reprochaban. Su única culpabilidad había sido bolchevizar los soviets populares, haber burocratizado la revolución y haber entregado el poder absoluto a Stalin. Le acusaban con violencia: «¡Traidor! ¡Fascista! ¡No impedirás que la URSS siga siendo la patria de los trabajadores! A veces, le echaban sin más miramientos. Germinal ya no estaba allí para evitarle los golpes.

Gracias a Frossard, consiguió hablar con Blum. El líder del partido socialista recibió a Fred Barthélemy sin entusiasmo. Cierto es que todo separaba al proletario anarca del rico diletante. Blum, con su cara de perro tristón, sus manos algo temblorosas y su voz apática, una voz añorada que hacía

pensar a Fred en la de Zinóviev, era la imagen opuesta de un tribuno. Cuando alzaba su pequeño puño desde la tribuna, al lado de Thorez, su gesto tenía un toque ridículo y enternecedor. Blum, comparado con Thorez, parecía una liebrequilla al lado de un toro. Escuchó con un gesto cansado el alegato de Fred, no en defensa de Zinóviev y Kámenev, que ya no necesitaban su socorro, sino de otros compañeros de Lenin que serían inevitablemente sacrificados:

–Por ejemplo, Bujarin, hoy uña y carne con Stalin, también será liquidado. El proceso ya está desencadenado. Stalin no retrocederá ante nada. Reinará sobre un montón de cadáveres. Y su locura llegará a Europa. Todavía está a tiempo de reaccionar. Si no, Thorez y Cachin le liquidarán también a usted.

Blum se encogió de hombros. Luego se disculpó del gesto y dijo que para salvar el Frente Popular resultaba imperativo entenderse con los comunistas. Y tampoco había que olvidar que la URSS era un aliado frente al fascismo.

Fred habló entonces de Durruti, de su necesidad urgente de armas. Blum replicó que se estaba formando un gobierno legal, con Largo Caballero a su frente, que ese gobierno seguía siendo del Frente Popular español y que trataría directamente con él.

Fred Barthélemy y Leon Blum se separaron dándose un flojo apretón de manos.

Pues que Blum y Caballero se entendieran entre sí. Después de todo, se decía Fred, eso no es cosa mía. Resultaba más importante revelar al pueblo francés algo que le ocultaban: la extraordinaria impronta del anarquismo del otro lado de los Pirineos. El anarcosindicalismo, moribundo en Francia, contaba en España con un millón de adherentes agrupados en torno a la CNT. Y la FAI, la Federación Anarquista Ibérica, reunía más militantes que el partido socialista y el comunista juntos. Cantidad de militantes aún mayor si se les sumaban los del POUM de Nin, comunista antiestaliniano, el único partido comunista europeo que no dependía de Moscú. A Fred le había sorprendido no encontrar a Ángel Pestaña en Barcelona quien, mucho antes que Nin, ya se había opuesto a las exigencias del Komintern y había conducido a España hacia esa vía libertaria que desembocaba ahora en una nueva majnovchina. Desgraciadamente, Ángel Pestaña, enfermo, no podía participar en las luchas que concretaban todas las aspiraciones de su vida.

Liberación de prisioneros políticos, expulsión de guardias civiles de los cuarteles para substituirlos por milicianos, ocupación de la tierra por obreros agrícolas, transformación de los ayuntamientos en casas del pueblo... Al contrario de lo que había sucedido en Rusia, el anarquismo español, muy organizado, y el poderoso anarcosindicalismo constituían la punta de lanza de la revolución.

Fred dio cuenta a los militantes libertarios franceses de lo que había observado en Cataluña. El movimiento anarquista, exterminado en Rusia, diezmado en Alemania y en Italia, resucitaba en España con más fuerza y mayor difusión, con más vida que nunca. Fred apremiaba a sus camaradas a aportar a Durruti un sostén sin reservas.

Enseguida recibió el apoyo de Sébastien Faure y Louis Lecoin. Sébastien Faure estaba ya cerca de los ochenta y encarnaba la ortodoxia absoluta del anarquismo. Este teórico respetado por todos, difusor de las teorías de Kropotkin, nunca había cejado en sus esfuerzos a lo largo de su extensa vida. Su edad y su irreductible pacifismo le convertían en puente entre los precursores del siglo pasado y militantes agitadores como Lecoin. Fred se sentía muy cerca tanto del uno como del otro. Pero en las reuniones quedaban lejos de alcanzar acuerdos unánimes. El temor de volver a caer en las aberraciones de la Unión Sagrada, que había llevado al hundimiento de una figura tan íntegra como Jean Grave, empujaba a buena parte de los libertarios a desconfiar de todas las guerras, incluso de una guerra civil como la española. La única respuesta a la insurrección militar, decían, es la huelga general, la huelga absoluta, la no violencia total. Esperar transformar una guerra injusta en guerra justa es un espejismo. Condenamos todas las guerras, tanto las defensivas como las ofensivas. Tenemos que alzarnos contra las guerras antes de la movilización, después es demasiado tarde. Odiaba ver a los milicianos de

uniforme... Que Durruti llevara una gorra de militar les parecía ya una traición. Veréis, decían, cómo termina igual que Trotsky. Trotsky también era pacifista. El día en que se puso la gorra de oficial quedó condenado. El hábito hace al monje.

La guerra civil española habría terminado antes de que tomaran una decisión sobre la participación, o no, de los anarquistas franceses si Sébastien Faure, Lecoin y Fred Barthélemy no se hubieran decidido a formar un Comité por la España Libre. Estaban de acuerdo en que la guerra civil planteaba el problema más delicado y dramático a los antimilitaristas, algo que ninguno de los grandes teóricos del siglo xix había resuelto; pero resultaba imposible dejar a Franco y al resto de generales insurrectos asesinar la libertad en España. Sébastien Faure, Lecoin y Barthélemy rechazaban la intervención directa del gobierno francés reclamada por los comunistas y en su lugar preconizaban una ayuda de pueblo a pueblo. Enseguida pasaron de la teoría al acto y constituyeron una brigada de un centenar de voluntarios a la que dieron, pese a las protestas del interesado, que detestaba el culto a la personalidad, el nombre de Sébastien Faure. Pero entre todos los anarquistas franceses, Sébastien Faure era por entonces el único que gozaba de renombre internacional.

Louis Lecoin y Fred Barthélemy se encargaron del trabajo. Uno y otro preparaban colectas para comprar armas y

viveres, alquilaban vehículos de transporte, intentaban convencer a voluntarios para ir a batirse cuando nada les predisponía a tal sacrificio. Uno de sus mítines, en el Velódromo de Invierno, reunió a diez mil personas. Después del discurso, el gentío se dispersó por las calles de París gritando: «¡Fusiles y aviones para España!». En pocas semanas suscitaron un extraordinario entusiasmo. París no había conocido nada parecido, tan desinteresado, desde las manifestaciones en favor de Sacco y Vanzetti. Camiones cubiertos con lonas y repletos de municiones, ropa y alimentos circulaban hacia los Pirineos. Germinal y Cottin, enrolados en la centuria Sébastien Faure, escribían desde España diciendo que todo iba bien, que el apoyo de los voluntarios extranjeros reconfortaba a los milicianos, pero que las armas escaseaban. Lecoin y Fred consiguieron pese a todo el prodigio de enviar un camión por día hacia la frontera española. Pero ese camión de abastecimiento, resultado de tantos sacrificios y esfuerzos, una vez llegado a su destino apenas representaba nada ante la enormidad de las necesidades.

A finales de septiembre, una inesperada noticia dividió aún más a los anarquistas franceses. Cuatro militantes anarcosindicalistas aceptaron entrar en el gobierno de coalición de Largo Caballero. De inmediato, Fred Barthélemy escribió en *Le Libertaire* un artículo extremadamente violento que tituló: «Una pendiente fatal». Todavía hoy se percibe el nudo en la garganta que le

asfixiaba al escribirlo, el grado de emoción y desesperación que entrecortaba sus frases.

«Así, la organización libertaria más potente del mundo se inclina ante el poder burgués. La misma organización que siempre había proclamado la superioridad de la acción directa envía cuatro ministros a un gobierno que, a partir de ahora, tendrá atados a los anarquistas. Como en 1919 en Rusia, se justifican diciendo que la amenaza de las fuerzas reaccionarias motiva su colaboración. El ejemplo de lo sucedido en Moscú no les parece entonces bastante elocuente. Es la misma abdicación que siempre. Nuestros camaradas españoles renunciarán poco a poco a sus principios, o si no, acabarán liquidados. ¿Cómo van a prevenir al proletariado contra las artimañas del poder si se inclinan respetuosamente ante él cuando les ofrecen un espejismo de cambio? Nuestros cuatro camaradas del gobierno del Frente Popular español nos han gastado una broma muy mala. Por desgracia, el futuro nos probará que se trata de un siniestro error. Un ministro es siempre un convidado de piedra. Y éstos serán convidados a su propia cena».

A partir de entonces Fred sólo tuvo una preocupación: irse a Cataluña a sumarse a Germinal y Cottin en la columna Durruti. Claudine y los niños habían regresado de vacaciones irradiando alegría. Se habían bañado en el mar y

dorado al sol. La guerra no existía para ellos. Le *far niente* de las vacaciones todavía se dejaba sentir en Billancourt. Mariette, con diez años, parecía una mujercita coqueta, tan cariñosa con su padre que éste se derretía. «La quieres más a ella que a mí», decía Claudine riendo. Fred no se decidía a dejar el hogar. Además, debía terminar varios trabajos para dejar a la familia algo de dinero. Durante ese tiempo, los sucesos de España se precipitaron. Imitando la centuria Sébastien Faure, el partido comunista organizó las Brigadas Internacionales, que puso en manos de André Marty. Diez días después, Rusia entregaba tanques y aviones a las tropas republicanas. Fred no podía esperar más. Se despidió precipitadamente de Claudine y de los niños, tan tristes como estupefactos.

Desde Zaragoza, la columna Durruti se había desplazado hasta Madrid, donde el gobierno, presa de pánico ante la ofensiva franquista, les había reclamado con la mayor urgencia.

Para defender la ciudad, los combatientes amontonaban sacos de tierra formando irrisorios muretes. Al ver las trincheras, Fred recordó con desagrado aquellas en las que se había enfangado ante las líneas alemanas. Del otro lado había de nuevo alemanes, enviados por Hitler, e italianos, destacados por Mussolini. Los rusos servían de instructores a los republicanos; la guerra civil española se transformaba así en conflicto internacional. Fascistas y comunistas la

convertían en un banco de pruebas en el que confrontarían sus fuerzas y sus métodos.

De no ser por su estatura, Fred no hubiera localizado a su hijo, a un Germinal enflaquecido, con el rostro demacrado y mal afeitado. Llevaba un abrigo, una gorra con la insignia de la FAI y un pañuelo rojo y negro al cuello que ya apenas era un trapo hecho jirones. Sentado, apoyado contra el parapeto, daba la espalda a los cañonazos enviados por las líneas franquistas. En la mano tenía una escudilla con el guiso que estaba comiendo. Reconoció a su padre al levantar la vista hacia el extraño que caminaba entre todos esos hombres andrajosos con quienes se había acostumbrado a vivir; le tendió una cuchara:

–¿Quieres?

Fred rechazó su gesto. Germinal parecía extremadamente cansado. Un miliciano, inclinado para evitar las balas que silbaban por encima de los sacos de tierra, ofrecía una bota de vino a cada uno de los combatientes. Germinal alzó esa bota de piel de cabra estirando el brazo por encima de la cabeza. Un chorro de vino rojo se vertió en su gáznate.

Fred también había cedido al alcohol siendo soldado. Aun así dijo:

–¿Ahora bebes vino?

Luego, arrepintiéndose de esa reprimenda en la que percibía un tono absurdamente paternal, preguntó si podía ver a Durruti.

Germinal, evasivo, señaló hacia el horizonte.

Las explosiones sordas de los cañones se acercaban. De la izquierda llegaba el crepitar de las ametralladoras. Unos milicianos que acababan de llegar se lanzaron y desaparecieron en dirección de las líneas enemigas.

–Rusos –dijo Germinal–, pero no como los que hacen de oficiales para los comunistas. Supervivientes de la majnovchina. Gente dura. Las han visto de todos los colores. No quedará ni uno para escupir a la cara del general Kléber cuando todo este jaleo acabe.

–¿Qué general Kléber?

–Uno que era del Komintern; dirige las Brigadas Internacionales.

–Creía que era Marty.

–Marty es el comisario político. Kléber, el jefe militar.

–¿Qué tal os entendéis con las Brigadas? ¿Fraternizáis o mantenéis la distancia?

–Ellos están bien armados. Los rusos les suministran todo lo necesario. A nosotros, en la centuria Sébastien Faure, nos falta de todo. Ni cascos, ni bayonetas, apenas algún revolver y una sola bomba por cada diez hombres.

–¿Una bomba? ¿Una bomba para qué?

–Bueno, granadas, si prefieres. Como no teníamos granadas, nos hemos fabricado una buena, una gorda que llamamos la bomba de la FAI (lo pronunciaba como todos sus colegas, «la fai», que se volvía un nombre de mujer amada). Mira, toma.

Germinal le enseñó una especie de caja con una palanca que se mantenía hacia abajo sólo con una cuerda.

–Vaya –dijo Fred–, esto es una locura. Quien la lance las tiene todas para dejarse la mano.

–Sí, sí; así que la lanzamos lo más rápido y lejos posible. Pero bueno, hace su daño entre los enemigos.

Los milicianos, muy numerosos ahora en torno a los parapetos de tierra, se ponían de puntillas para observar los movimientos de los fascistas; rápido, porque las balas no dejaban de silbar. Fred vio varios niños soldado, vestidos con andrajos, descalzos, con a lo sumo dieciséis años.

–¿Cómo se atreven a enviarlos a luchar descalzos?

–Sabes, nuestros zapatos se llenan de agua, no son mucho mejores. A veces sueño con calcetines. Te das cuenta... ¡soñar con calcetines!

–Cuando vi a Flora por primera vez –dijo Fred–, también estaba descalza. Balanceando los pies detrás de una carreta de pescado. ¿Te lo ha contado?

–No. Pero imagino que habéis vivido unas cuantas cosas los dos juntos.

Tras hablar de Flora, Germinal se levantó, encorvándose para que su cabeza no sobrepasara el parapeto.

–¡El problema de ser alto! No sirve de nada en la guerra. Soy un buen objetivo.

Y refunfuñando:

–Nos hundimos en la mierda. Ni prismáticos para observar más allá de las trincheras, ni mapas, ni planos... Corremos contra los fascistas a ciegas. Lo peor es que llegamos a vencerles. ¡Menuda panda de inútiles tienen que ser! O a lo mejor es que tienen miedo de que les pasemos nuestras pulgas.

Fred se quedó toda la tarde y la noche junto a Germinal, le tocaba un poco de descanso después de la ofensiva de la víspera. Al día siguiente salió en busca de Durruti, a quien se encontró en un abrigo improvisado por los carpinteros,

en uno de los sitios más expuestos a los cañones. Alrededor de esa casamata había una intensa actividad. Todo su estado mayor vestía con mono azul; eran sólo militantes de la CNT que tenían que transmitir las directivas a los jefes de columna. En cuanto vio a Fred, Durruti se lanzó hacia él y le abrazó fraternalmente.

–Lecoin y tú nos habéis ayudado muchísimo. El gobierno de la República nos utiliza, pero no nos ayuda. Estoy aquí, con mis cinco mil hombres, para defender Madrid. El gobierno cree que Madrid va a rendirse y ha huido a Valencia. Qué importa, aguantaremos solos. Le hemos dado un fusil y un pico a cada madrileño. Un pico para cavar trincheras y un fusil para defenderlas. Y funciona. La euforia ha reemplazado al derrotismo.

Durruti parecía todavía más fuerte. Su rostro huesudo, bastante embellecido, parecía ése que los escultores del gótico catalán daban a sus cristos. Sonreía a Fred, contento de volver a verle. El teléfono sonada una y otra vez. En cada ocasión, un teniente lo cogía y pasaba el aparato a Durruti, que respondía brevemente, con voz ruda, quizás demasiado seca, pensaba Fred, que veía en esas órdenes un regusto en exceso militar. Durruti se dio cuenta:

–No podemos perder el tiempo con cortesías. Hay que ser eficaces amigo. Primero eficaces. También disciplinados. A los anarquistas nos cuesta lo de la disciplina. A veces se me revuelven las tripas al imponer castigos, pero ¿qué vamos a

hacer? En las Brigadas Internacionales no se lo toman a broma. Los fascistas tampoco. Lo que pido es autodisciplina, que no siempre es bien comprendida.

Un miliciano entró en el fortín levantando su puño, cerrado. Tenía aspecto de campesino y hablaba con dificultades; pidió regresar a su granja porque su mujer estaba enferma y las tierras abandonadas.

Durruti le respondió con mucho afecto. Contrastaba con el tono seco del teléfono:

–Pero camarada, ¿no ves que la cosecha se hace aquí? Si no vencemos a los fascistas, ¿qué harás con tus tierras? Se las volverán a quedar para dárselas al propietario.

El campesino soldado se balanceaba sobre una y otra pierna. Se había quitado la gorra, que sujetaba en la mano como si fuera un sombrero.

–Ponte la gorra. Ya sabes que aquí estamos entre camaradas.

–Si no vuelvo a casa, vendrá la miseria.

–Escucha, camarada, la guerra que tú y yo hacemos es para salvar la revolución y la revolución acabará con la miseria.

–Estoy cansado, camarada Durruti. Quiero volver a casa.

–Vale. Te irás a pie. Necesitamos las mulas. Cuando llegues a tu pueblo todos sabrán que te falta valor, que eres un cobarde.

El hombre se estiró, miró a Durruti con sus pequeños ojos, vivos, con cólera.

–¡No digas eso! Bien, me quedo. Sí tengo valor. Pero estoy cansado. ¡Salud!

Durruti se volvió hacia Fred.

–Todos los días lo mismo. Piden regresar a casa. La guerra es demasiado larga para estos campesinos. Echan de menos sus ovejas, la tierra, las montañas que ven a lo lejos... Eso es lo más difícil: convencerles para que se queden.

–Germinal me ha dicho que siguen escaseando mucho las armas. Hemos enviado todo lo que hemos conseguido.

–Los rusos sólo entregan armas a las tropas gubernamentales. Nosotros apenas tenemos siete tanques mejicanos y viejas ametralladoras Hotchkiss. Una por cada dos mil hombres. Nosotros y el POUM nos servimos del enemigo. Si no, tan sólo tendríamos un fusil para cada tres soldados. Los otros dos se los hemos arrancado a los fascistas. Pero aun así no perdemos Madrid.

Un comisario comunista entró, saludando con el puño alzado. Pidió a Durruti que le acompañara a Santa Clara con

su columna. Durruti miró por la ventana, que estaba rota. Llovía.

–No –respondió–. No voy a sacar a mis hombres con esta lluvia. Sorprendido, el comisario replicó:

–¿Es que van a derretirse?

–Sí, van a derretirse. Se derriten con el agua. De cada dos voluntarios de los que llegaron conmigo a Madrid, sólo uno sobrevive.

El comunista se fue encogiéndose de hombros.

–En la última semana –dijo Durruti a Fred–, más de la mitad de mi columna ha sido destruida. Casi todo mi estado mayor ha muerto. ¡Una catástrofe!

Y añadió, desanimado:

–Estamos solos.

Pocos minutos después, reunía a sus partisanos y, con el máuser al hombro, abría la marcha hacia una nueva ofensiva. Los milicianos de la columna le seguían, en filas cerradas. Todos en silencio. Sólo se oía el ruido de sus sandalias de esparto. A lo lejos, los cañones fascistas disparaban sin interrupción.

No fue hasta dos días después, en Barcelona, cuando Fred Barthélemy supo que Durruti había sido alcanzado por una bala en pleno pulmón, hacia las dos de la tarde del día en que se habían separado delante de la ciudad universitaria. Transportado al hotel Ritz, reconvertido en hospital, murió, pese a varias intervenciones quirúrgicas, al día siguiente, hacia las seis de la mañana. Su nombre representaba un símbolo tal que su muerte se había mantenido en secreto.

Ahora tocaba reconocer la desgracia. El 23 de noviembre Fred asistió a los funerales de Durruti. Un desfile caótico, desordenado, alocado, de medio millón de personas; un desfile muy diferente de los solemnes entierros que había presenciado antes: el de Kropotkin en Moscú, el traslado de las cenizas de Jaurés al Panteón y el cortejo de Barbusse hacia el cementerio de Père-Lachaise. Majnó, por su parte, había desaparecido en el anonimato, en su interminable derrota. Quién sabe lo que el futuro reservaba a España. Si la suerte de las armas debía ser contraria a los republicanos, Durruti al menos escaparía a esa catástrofe. Le recordaba caminando con paso firme a la cabeza de su columna, con un magnífico estado de salud. Acababa de cumplir los cuarenta años.

Su cuerpo fue trasladado clandestinamente a Barcelona, por la noche, y finalmente expuesto en los locales de la antigua cámara de comercio e industria, reconvertida en Casa del Comité Regional Anarquista. Cuando Fred llegó, el

gentío, ya muy denso, invadía el edificio. En cada una de las puertas laterales había letreros que intentaban canalizarla. «Durruti os invita a entrar», decía el primero. «Durruti os ruega que os retiréis», decía el segundo. Las paredes, cubiertas rápido y deprisa con telas rojas y negras, daban al edificio un toque teatral. Fred avanzó empujando y entre empujones hasta el catafalco, rodeado de milicianos. Durruti descansaba en un ataúd abierto, con cojines de seda blanca. Fred tan sólo llegó a vislumbrar su poderosa cabeza, a veces comparada con la de Danton. ¡Siempre con alusiones a la Revolución Francesa! ¡También en España! Pasó junto a Emilienne, la compañera de Durruti, que lloraba. Sólo dos personas lloraban: Emilienne y una vieja señora de la limpieza que ya trabajaba en la casa en tiempos de la cámara de industria y que seguramente no conocía a Durruti, pero que no podía contener el llanto ante ese siniestro desfile de hombres y mujeres serios, enmudecidos.

Durante la noche, pese a la lluvia, miles de personas se sucedieron delante del catafalco. Permanecieron aglutinados en torno a la Casa del Comité Regional Anarquista esperando quién sabe qué. De todas formas el gentío era tal que imposibilitaba cualquier movimiento. Fred se quedó en el ángulo de una ventana, con la garganta encogida. De entre todos sus amigos, Durruti era sin duda alguna al que más quería. Nunca olvidaría su aspecto de atleta, su sonrisa de predador, su mirada inteligente, su voz ruda. En la muchedumbre se decía que sus últimas palabras

habían sido «¡Demasiados comités!». Sí, demasiados comités, demasiados discursos. Y demasiadas pocas armas. Había quien señalaba con el dedo a un hombre joven, vestido con una blusa azul de mecánico, al que llamaban el cura rojo. Fred reconoció a ese cura rural bajito al que Durruti había salvado la vida.

Los milicianos manifestaban una desagradable tendencia a masacrar curas y monjas. Y Durruti no podía soportar esas ejecuciones sumarias. Había castigado a los incendiarios de la catedral de Lérida; ayudado a huir al obispo de Barcelona cubriéndole con un guardapolvos; enviado al gobierno la totalidad de los tesoros del palacio episcopal que se estaban saqueando... Y por si fuera poco, cuando ese pequeño cura, después de escapar de una batida, en vez de intentar unirse a las filas franquistas se precipitó hasta Durruti para pedirle explicaciones, éste apreció sus agallas y le propuso dejar la sotana para convertirse en su secretario. Ni el uno ni el otro se arrepintieron de la colaboración. Aunque se buscaran las cosquillas de vez en cuando, se tenían bastante aprecio. Fred había asistido a una de sus peleas. El puritanismo de Durruti reaccionaba contra que las prostitutas siguieran a la columna y había ordenado al cura rojo que las expulsara. «¿Cómo quieres que lo haga?», respondió. «¿Dándoles un sermón?»

En medio del gentío que se amontonaba alrededor del catafalco, el pequeño cura, anónimo, olvidado, se mantenía erguido, pálido. También él perdía un amigo.

La salida del cortejo hacia el cementerio había sido fijada para las diez de la mañana. Desde antes de que se levantara el sol, resultó evidente que sería imposible que los organizadores se acercaran al edificio. Como no se había montado ningún cordón a lo largo del recorrido, la escolta de motociclistas que debía preceder al cortejo se quedó bloqueada en una calle adyacente. Y seguía llegando gente. Quienes entraban en una calle se topaban con los que llegaban de otra. A las nueve, todas las calles de acceso a la Casa de Comité Regional Anarquista estaban atascadas. El escuadrón de caballería que debía rodear el coche fúnebre se perdió. Los coches cubiertos con coronas de flores se inmovilizaron. A las diez y media, milicianos de la columna Durruti se pusieron el ataúd a hombros. El gentío entonó *Hijos del pueblo*. En medio de la marea humana avanzaban el ataúd y sus portadores. Fred los seguía. En las ventanas de los edificios, en los tejados, en las copas de los árboles, en todos sitios había hombres y mujeres despidiendo a Durruti. Los silbidos de los organizadores desorganizados y los cláxones de los coches bloqueados ensordecían la música de la orquesta, que intentaba acercarse. Fueron necesarias varias horas para llegar a la plaza de Cataluña, de donde apenas les separaban unos pocos cientos de metros. Se pronunciaron oraciones fúnebres a los pies del

monumento a Colón. Pero todo el mundo gritaba y nadie oía el menor discurso. Se llegó al cementerio al caer el día. También ahí un enorme gentío había anticipado su llegada y obstruía el camino a la tumba, pisoteando los cientos de ramos y coronas depositadas en el recorrido. Desmoralizados, los portadores dejaron el ataúd en la casa del guarda y decidieron retrasar el entierro. Hasta tal punto que Durruti fue sepultado sin público, al día siguiente.

No obstante, Fred Barthélemy estuvo allí. Y el cura rojo. Fred lo observaba. Sus labios temblaban. Quizás mascullara una oración. Fred sintió una incomodidad tal que gritó:

–¡Viva la anarquía!

–¡Viva la libertad!. –respondió el pequeño cura.

Más tarde se separaron, sin otra forma de saludo.

Fred Barthélemy se quedó en Barcelona asegurando el enlace entre los comités franceses de ayuda mutua y la FAI.

A la brigada Sébastien Faure se había sumado una brigada alemana Erich Mühsam y una brigada internacional que había tomado el nombre de Sacco y Vanzetti. De esta forma, Mühsam, Sacco y Vanzetti se unían simbólicamente a Durruti. Pero cuántos muertos, por dios, y tan pronto... Demasiados símbolos e insuficiente lucidez.

Más allá de su misión oficial, era esa falta de lucidez lo que retenía a Fred en Cataluña. Veía cómo se disolvía el impulso libertario al prolongarse la guerra y quería poner su experiencia de la revolución rusa al servicio de la revolución española. Solía pensar en Víctor, que en 1917 había participado en Barcelona en la primera insurrección catalana. También pensaba en Igor y en su guardia negra. Le preocupaba el interés cada vez mayor que se dedicaba a los sucesos de España en la prensa soviética que tan atentamente leía. Sabía muy bien que entre esos oficiales instructores enviados por Moscú se escurrían agentes de la GPU. La terrible policía política de Stalin debía de estar por allí. No se la veía. Sólo Fred la presentía. El 17 de diciembre, el mismísimo *Pravda* lo confirmaba: «En cuanto a Cataluña, la depuración de los elementos trotskistas y anarco-sindicalistas ha comenzado; esta tarea será ejecutada con la misma energía que en la URSS». ¿Qué significaba «la depuración ha comenzado»? Todos los signos de la infiltración, del sabotaje de la revolución española por los comunistas moscovitas se adivinaban sin problemas. Pero, ¿«depuración»? Fred veía a menudo a los cuatro ministros anarquistas del Frente Popular. Sentía mayor afinidad por la ministra de sanidad, Federica Montseny. Como antaño en Rusia, dos mujeres destacaban en el bando republicano: una anarquista, Federica Montseny, y otra comunista, Dolores Ibárruri La Pasionaria. Dos mujeres enfrentadas, como las enemigas que habían sido Alexandra Kollontái y Maria Spiridónova, dos mujeres de cultura y

comportamiento muy diferente: Federica Montseny, como Kollontái, era una intelectual, una novelista feminista, y *La Pasionaria*, mujer de un minero, venía de las clases más bajas, de los estratos más duros del proletariado.

Federica Montseny no pareció sorprenderse ante el comentario del *Pravda*.

–La depuración no ha comenzado –le dijo a Fred–, pero a los comunistas les gustaría bastante ejercerla. La anticipan. Creen que sus deseos son realidades. No cederemos. Ya ves, es la ventaja de estar en el gobierno. Así estamos al corriente de todo. Por ejemplo, de que los rusos han pedido a Largo Caballero separar a Nin y al POUM del ministerio. Sin nosotros, Caballero quizás hubiera cedido.

–No sobrestiméis vuestra fuerza. A fin de cuentas, sólo sois cuatro en el gobierno. Recuerda, Federica, la forma de hacer habitual de los bolcheviques. Primero Nin, al que acusan de trotskismo aunque esté a matar con Trotsky. A Nin van a descalificarlo ahora con mentiras porque toca condenar el trotskismo... Y luego os tocará a vosotros. De momento, os dejan de lado porque controláis Cataluña. Pero se las apañarán para envileceros o para instrumentalizaros. A Durruti no le podían instrumentalizar. Desgraciadamente, el azar no ha querido que...

–El azar... o una bala perdida.

-¿Qué bala perdida?

-Más vale no comentar nada, pero Durruti no fue abatido por los franquistas.

-¿Cómo?

-La bala que le mató venía de la retaguardia. Una bala perdida, pero ¿quién la disparó?

-¿Durruti ha muerto de un balazo en la espalda?

-Sí, no lo divulgues.

-Un balazo en la espalda se parece mucho al balazo en la nuca que tan bien conocen esos señores.

-No podemos probar nada. También puede ser un accidente. Uno de los nuestros falto de experiencia...

-Ahora comprendo el artículo del *Pravda*. Durruti, asesinado; Nin, amenazado... Las hostilidades comienzan. Tenéis que tomar inmediatamente medidas enérgicas. El POUM es una de las pocas organizaciones obreras europea que todavía protesta contra los procesos de Moscú. Van a pagar cara la audacia. Toda la izquierda, incluso los anarquistas, ha saludado la llegada de los aviones y tanques rusos como una victoria cuando se trata de las primicias de nuestra eventual derrota. En Moscú siempre se han puesto como fieras ante el éxito del anarquismo en España. Pero no

tenían asidero, ninguna forma de frenar el impulso o pararlo. Ahora Stalin ha encontrado una ocasión. Está ahí. No soltará presa.

–Exageras. No podemos rechazar la ayuda soviética. Blum vacila. Tiene miedo de incomodar a Inglaterra...

–Blum siempre tiene miedo de incomodar a alguien. De todas formas, la solidaridad de pueblo a pueblo es la única válida. Empieza a funcionar bien. No sólo llegan voluntarios de Francia, sino de Inglaterra, de América, sin hablar de los alemanes y austríacos antinazis.

–Sí, hombres tenemos. Pero ¿y las armas, Barthélemy? ¡Las armas! ¿Dónde las conseguimos? No sólo fusiles, armas modernas... Sólo nos las proporcionan los rusos.

–Os las proporcionan, con los agentes de la GPU en el lote. Envían un tanque al frente de Madrid con el asesino de Durruti dentro.

–Eso es sólo una sospecha. No tendría que habértelo contado.

–En otro tanque se esconde el asesino de Nin. Y también el tuyo, Federica, llega en otro vehículo enviado desde Moscú.

–Sé lo que has vivido, Barthélemy, eso te hace dramatizar demasiado. Tenemos más fuerza que todos los agentes de

la GPU, suponiendo que existan. El pueblo español está con nosotros.

–Pero es justo eso, Federica, lo que los rusos no aceptarán nunca. No hay nada que más moleste a los comunistas que el éxito de una revolución proletaria que no sea marxista. En 1920 Lenin ya decía que el triunfo de una revolución proletaria en un país desarrollado convertiría enseguida a Rusia en un país, no ya revolucionariamente ejemplar, sino de nuevo atrasado. Moscú es La Meca. No puede haber dos lugares santos para una misma religión.

Federica Montseny, algo crispada, le replicó:

–Pero ¿de qué religión me hablas? Hemos acabado con eso que llaman lugares santos. En España ya no hay lugares santos. Si participamos en el gobierno es, y lo sabes muy bien, para impedir que la revolución no se desvíe y para continuarla más allá de la guerra; para oponernos a toda tentativa dictatorial, venga de donde venga.

Fred sentía que el desaliento le iba ganando. ¿Cómo convencer? Federica era sincera y los otros cuatro anarquistas ministros no lo eran menos. El ministro de Justicia, Juan García Oliver, viejo camarada de Durruti, organizador junto a él de las primeras columnas de milicianos, se esforzaba por parecer serio y responsable desde que participaba en el poder. Fred había leído, no sin estupor, su discurso a los alumnos de una escuela militar:

«Vosotros, oficiales del ejército popular, debéis observar una disciplina de hierro e imponerla a vuestros hombres, los cuales, una vez incorporados a las filas, deben dejar de ser vuestros camaradas para formar el engranaje de la máquina militar de nuestro ejército.»

El mismo tono que Trotsky... No cabía duda, el poder, cualquier poder, disfraza a los seres más idealistas de autómatas. Aun así, antes de despedirse de Federica Montseny, que le acompañaba ya hacia la puerta de su despacho, añadió:

–En Rusia conocí a una mujer que se te parecía un poco y a quien quise mucho. También era ministra. Conocerás su nombre, Alexandra Kollontái. Como líder de la oposición obrera, creía transformar el partido bolchevique. Es el partido quien la transformó a ella. Ahora es embajadora; se mantiene lejos de las maniobras abominables de sus antiguos amigos. Créeme, Federica, en Rusia, esa alianza entre comunistas, anarquistas y socialistas revolucionarios se parecía mucho a vuestro Frente Popular. Es una alianza de enemigos que no puede terminar sino con uno de los socios devorando al resto. Sabes muy bien que el comunismo de Moscú es una fuerza antirrevolucionaria. No lo devoraréis. Y si lo devoráis, será peor, moriréis envenenados.

En Moscú había frecuentado las guardias negras para consolarse y ahora, en Barcelona, a Fred le gustaba verse

con aquellos a quienes llamaban Els fils de puta, recuperando el insulto que solían dedicarles. Bien es cierto que estaban desorganizados, que eran indisciplinados y desordenados, pero actuaban con alegría. Esos «hijos de puta» no renunciaban a la espontaneidad, al humor, a la bohemia, y manifestaban cuando era necesario una eficacia y un valor absolutos. Le hacían recordar a Igor y a aquella chica con pelo corto, vestida de cuero, tan turbadora. Como los guardias negros de Moscú, esos «hijos de puta» de Barcelona seguían siendo puros, verdaderos, la encarnación de la utopía. Molestaban a todos. Y sobre todo a los cuatro ministros anarquistas del gobierno.

Fue en Barcelona donde Fred Barthélemy escribió su artículo sobre Gorki, que acababa de morir. Aleksei Maksimovich Peshkov, que se había bautizado a sí mismo Gorki, es decir, «el Amargo», y a quien desde que regresara a Rusia en 1928 sus compatriotas llamaban siempre Sladki, esto es, «el Dulce». Fred no había olvidado su encuentro con Gorki, tan amargo por entonces. Más que cualquier otro ruso, Gorki encarnaba la Rusia profunda, la de los bossiak, los descamisados, la de los bajos fondos. Pero también encarnaba la lucidez y el arrepentimiento. Del Amargo al Dulce, ese cambio de pseudónimo reflejaba toda la historia de la revolución rusa. La amargura de Gorki, su desánimo, su pesimismo con el pueblo eslavo, su desconfianza hacia el «santo mujik», ídolo de la literatura democrática, todo aquello había influenciado mucho a Fred. Este último quería

afirmar en su texto su admiración por el autor de *La madre*, nieto de un barquero del Volga y de una sierva, alguien que, como él, había sido vagabundo desde los diez años; y al mismo tiempo mostrar cómo el sistema había recuperado a esa persona pura, íntegra, idealista; cómo Stalin había hecho de él su juguete, su mascota. Stalin, a quien se veía en las fotos de la prensa en compañía de Molotov, sosteniendo el féretro de Gorki. Gorki deificado, en cuyo honor se desbautizaría su ciudad natal, Nijno–Novgorod, para darle el nombre del Amargo.

Fred describía cómo Gorki había sido casi la conciencia, o incluso el alma, de Lenin. Ese alma del pueblo ruso tan poco comprensible para los intelectuales del Kremlin. Gorki, muy hostil a Zinóviev y a Kámenev, había estigmatizado ese «veneno del poder» que demasiado a menudo cegaba a Lenin. Lenin le escuchaba. Le escuchaba porque le apreciaba. No obstante, sus perpetuas críticas y sus intervenciones en favor de detenidos terminaron exasperándolo hasta tal punto que le convenció de irse a descansar a un país extranjero. Corría el año 1921. Una vez alejado Gorki, Lenin ya no tuvo conciencia. Su alma, de la que Gorki decía tener que retenerla sin cesar por las alas, terminó volándose.

Cuando Gorki regresó a su país natal, en 1928, quedó sin lugar a dudas emocionado por la extraordinaria acogida que le esperaba. Delegaciones de fábricas, del partido y del

ejército le alzaban a hombros, le abrazaban, le rodeaban. Lloraba de emoción y alegría. Pero enseguida le indignó el odio que observaba entre los dirigentes. Su primer discurso, en la sesión plenaria del soviet de Moscú, expresaba esa inquietud ante los antagonismos que desgarraban el Politburó: «Camaradas, hay que aportar más benevolencia a sus informes, sean menos duros... Han encontrado la forma de ser amables conmigo, entonces ¿por qué lo son tan poco entre ustedes?».

En esa intervención se percibía la inconmensurable inocencia política de Gorki. Y su belleza como persona. Sin duda, pasado 1933, cuando ya no volvería a salir de Rusia, fue el único que conservó la viveza de espíritu en un país de espíritus muertos. Pero era un espíritu vivo recubierto de la miel de los halagos, un espíritu cargado de somníferos. En los últimos años de su vida, Gorki, embalsamado antes de llegar su hora, permaneció hundido en un sueño. Había vivido demasiado tiempo en el exilio. Ahora, agasajado por Stalin como si fuera el retoño de una especie antediluviana, una especie rara que hubiera que proteger religiosamente, no era sino un anciano cegado por el amor a su país natal. Cerraba los ojos para sufrir menos. Porque él, que había escrutado con mayor profundidad que cualquiera de sus compatriotas la miseria y la hondura del pueblo ruso, cuando abría esos ojos tan hundidos en sus órbitas se descubría prisionero de la organización, amordazado por su entorno y por ese secretario, nombrado por Stalin, más

carcelero que secretario. No hay nada más elocuente que los pseudónimos. Aleksei Maksimovich Peshkov se había bautizado Gorki (el Amargo) e Iósif Visariónovich Dzhugashvili se había bautizado Stalin (el Acero). El acero destrozaba su entorno salvo al Amargo, que transformaba en Slatki (el Dulce). Un poco de dulce suavizaba su puño de hierro. Slatki era una golosina que se distribuía al pueblo para calmar su acidez de estómago. «El viejo oso tiene una anilla en la nariz», había dicho Romain Rolland, que pasó varios días en la dacha de Gorki, en 1935. Y añadió: «Está muy solo, él, a quien nunca se ve solo».

El folleto de Fred Barthélemy *Gorki, o el Amargo y el Dulce*, sin duda el mejor de sus textos, el más emotivo, llegó una vez más en mala hora. El segundo proceso de Moscú, que se abrió el 30 de enero de 1937, acaparó toda la atención de la prensa; Gorki había muerto de una neumonía a los sesenta y ocho años, gozando de exequias nacionales, cuando en la URSS se moría con mayor frecuencia de un balazo en la nuca. ¡Que dejen de incordiarnos con Gorki! Fue entonces cuando Radek entró en escena. En el proceso de los diecisiete, centrado en el sabotaje económico al igual que el anterior lo había estado en el trotskismo, Karl Radek, que un año antes reclamaba la ejecución de sus amigos Zinóviev y Kámenev, era sacrificado a su vez bajo la acusación de haber intentado organizar ni más ni menos que una guerra contra la URSS para tomar el poder. Él, ese desgraciado diablillo poco afortunado, ese bufón que Fred

recordaba agitándose cerca de Trotsky; también judío, como Kámenev, como Zinóviev, como Trotsky... Decididamente, eran muchos los judíos liquidados. Fred hablaba de un complot racista. Su hipótesis parecía una fantasía. Radek, que había intentado sublevar Alemania con los espartaquistas y que había negociado la paz de Brest-Litovsk, era calificado por Vichinsky de payaso, de histrión, de pigmeo miserable, de perrito histérico, de chucho lanzándose contra un elefante... El elefante, por supuesto, era Stalin. Cuánta histeria en el vocabulario. Y el colmo es que nadie se apercibía del delirio. A Fred le contestaban: «Pero lo ha confesado, todos lo han confesado. Ni tú mismo confiabas en ellos. Siempre has comparado el Politburó con un nido de víboras. Stalin se ve obligado a limpiar las cuadras. Además, el pueblo lo aprueba».

La prensa se recreaba encantada con esa unanimidad popular en Rusia de la que tanto querrían disfrutar los gobernantes occidentales en sus países. Todas esas fábricas, esos koljós que votaban a mano alzada «¡Fusiladlos! ¡Fusiladlos a todos!».

Fred respondía que el terror es una epidemia. Para no resultar sospechoso, cada cual denuncia a su vecino. Así, todo un país se convierte en culpable y vota su exterminio. Pero se lo tomaban como una bufonada.

Evidentemente, en España, desde que la URSS proporcionaba armas el poder se deslizaba hacia la derecha.

No hacia la extrema derecha franquista, sino hacia la derecha clásica, burguesa. La consigna de Moscú ya no era un secreto para nadie: «Impedid la revolución anarco-sindicalista o no tendréis armas». Y como cualquiera sabe, quien posee las armas, posee el poder. El poder se deslizaba así insidiosamente hacia las manos de los comunistas españoles, tan minoritarios al comenzar la guerra civil, con la complicidad de la burguesía liberal. Fred ya no se hacía ilusiones. Cuando la guerra terminase, venciera quien venciese, en España se instalaría una dictadura. La hora de la libertad había pasado. Pero aun así había que combatir contra Franco. Y ya que los anarquistas españoles, decía Fred, se niegan a vencer como libertarios y prefieren los acuerdos con el gobierno, no tendrán otra alternativa que morir como defensores de la legitimidad del Estado.

Pese a todo Fred se obstinaba en quedarse en Barcelona... se sentía tan ligado a esa tierra española como antes lo había estado a la tierra eslava. Al dominio de la lengua rusa ahora sumaba el castellano, que hablaba sin problemas. Esa facilidad con las lenguas iba de par con una soltura para aclimatarse e integrarse en un país nuevo que se convertía así en el suyo. Se sentía tan ruso y español como francés. Poco a poco se había «naturalizado» en la revolución española como antes en la revolución rusa. Para él, además, no había hiato alguno. Una respondía a la otra. Durruti continuaba a Majnó.

Ya no veía a Germinal, que seguía en el frente. En cuanto a Cottin, la bala que tirara antaño sobre Clemenceau había terminado rebotando y matándole en una ofensiva rutinaria.

Una noche, Fred se encontró en la calle al viejo Marius Jacob, igual de desamparado que cuando llegara a *Le Libertaire* después de veinticinco años de cárcel. Había acudido en ayuda de la revolución anarquista, pero apenas comprendía lo que pasaba. Tras descubrir horrorizado que algunos anarquistas se habían convertido en ministros, regresó enseguida a Issoudun, donde con apenas un asno y un paraguas llevaba una tiendecilla ambulante.

Digamos también que lo que retenía con más fuerza a Fred en Barcelona eran las milicianas. Siempre había sido fiel tanto a Claudine como a la infiel Galina. Pero no resistía a la afluencia de todas esas mujeres que la revolución liberaba de una sumisión ancestral y que explotaban literalmente de pasión por la vida. Se comportaban ahora como hombres, vestían el mismo mono, se ponían el mismo gorro, y con el fusil o el pico en la mano partían al asalto de los hombres igual que saltaban sin miedo los parapetos para atacar a los franquistas. Al espectáculo diario de la muerte esas mujeres sumaban, como por supuesto muchos hombres, una furiosa voracidad erótica. Relaciones aún más breves por la obligación de milicianos y milicianas de cumplir continuas órdenes de desplazamiento. Los abrazos desafiaban la

separación, desafiaban a la muerte. Todos esos batallones de mujeres soldado que transitaban por Barcelona, lectoras voraces de la revista anarquista *Mujeres libres*, toda esa excitación provocada por la precariedad de la situación política arrastraban a Fred a una actividad sexual desenfrenada. Su militanismo político, una carrera de velocidad para alcanzar la crecida de la marea comunista, para denunciarla y contenerla, se parecía así también a una lúbrica persecución. Las fuertes y cautivadoras tentaciones de la sensualidad le rodeaban, y él se sentía rodeado por las trampas de la GPU. No tenía compañera, ni enamorada. Ni siquiera sabía quiénes eran o de dónde venían todas esas carnosas morenas de penetrante olor animal que le clavaban las uñas en la carne y le mordían como gatas. Se hundía en ellas como una bayoneta en el vientre. La guerra rondaba alrededor de esas parejas efímeras enseguida separadas.

Cada vez pensaba menos en París, menos en Claudine. Incluso Flora se difuminaba. Claudine volvía a su mente esporádicamente; seguía pareciéndole igual de dulce y tranquila, pero desde la distancia la veía mucho más aburrida que esas españolas apasionadas, apasionantes, que pasaban por su vida como luminosos cohetes.

Barcelona se iba volviendo una ciudad cosmopolita. Revolucionarios del mundo entero se agrupaban allí, luchaban allí. Ingleses, franceses y americanos se veían

ahora superados en número por los alemanes antifascistas y, sobre todo, por los rusos, que se implantaban sólidamente, como si no fueran a partir nunca. Así fue como una tarde Fred se topó en las ramblas con un judío polaco con el que había tenido un cierto contacto en Moscú y que llevaba en la solapa la Orden de la Bandera Roja. En general, los rusos que reconocían a Fred Barthélemy le evitaban. Ignace Reiss se acercó.

–No te preguntaré qué haces aquí; ya lo sé. Y de poco sirve que tú me hagas preguntas porque imaginas lo que me ha traído a Barcelona.

Hablaron del Moskova, de las iglesias con cúpulas doradas, de la nieve, evitando comentar sucesos políticos. Para qué... Fred se dejaba llevar por sus recuerdos. Su mente regresaba allí a menudo, cerca de las estepas y los bosques de abedules; cerca de Galina, Kollontái, Gorki, Spiridónova, la guardia negra... Ignace Reiss volvía de repente tangible todo aquello. Volvieron a verse varias veces. Reiss se las apañaba para que fuera en lugares desiertos. De un día para otro le enviaron a una misión, pero, antes de irse, confió a Fred:

–No me gustan los anarquistas. Creo, como Trotsky, que apuñalan la revolución. Es con Nin con quien me gustaría contactar, pero me resulta imposible. Así que cuento contigo. Dile a Nin que la próxima carreta es para él. Nin y el POUM están condenados. Que se preparen. Es su última oportunidad.

Nin recordaba perfectamente a Ignace Reiss, con quien había entablado una cierta amistad en Moscú. Por otra parte, le habían informado de que Reiss había asumido un alto cargo en los servicios secretos soviéticos. Así que se tomó muy en serio el aviso.

Fred Barthélemy, con la ventaja que le otorgaba su experiencia en Moscú, expuso a los responsables del POUM y de la FAI un escenario probable:

–Si eliminan al POUM, llegará luego el turno de los anarquistas, y luego el del ala izquierda de los socialistas. Nuestras milicias se batan en el frente, están todas alejadas de Barcelona, mientras que el ejército gubernamental del general Pozas toma cuerpo en la retaguardia, aquí mismo...

–Pozas es un militar de carrera, como Tujachevski –dijo Andreu Nin–. Y como Tujachevski, seguirá la corriente de los comunistas. En cuanto a la policía, está casi completamente infiltrada por los estalinistas.

¿Quién pronunció la frase fatídica?

–Tenemos que fomentar una insurrección antes de que sea demasiado tarde, para liberar al ejército y a la policía de la tutela comunista.

¿Quién fue? ¿Nin? ¿Barthélemy? ¿Federica Montseny? ¿Todos juntos quizás? En cualquier caso, el 3 de mayo

militantes anarquistas y del POUM se oponían con las armas a la entrega del edificio de Telefónica y emprendían un combate de barricadas por toda la ciudad. Fred, cómo no, estaba entre ellos; con un viejo revolver y una de esas «bombas de la FAI» cuyo manejo le había explicado Germinal. Los combates en las calles duraron una semana. El POUM y la FAI consiguieron reunir sus fuerzas con ese impulso, pero al mismo tiempo, perdieron su conexión con el gobierno. El ejecutivo de Negrín reemplazó al de Caballero y dejó de lado a los ministros del POUM y a los anarquistas bajo el pretexto propicio de la rebelión de sus tropas contra la autoridad legal.

La GPU, ahora NKVD, ¿supo cómo habían advertido a Nin de la amenaza que planeaba sobre él? Sin lugar a dudas, ya que los primeros castigos cayeron entre los anarquistas. Primero, el filósofo Camillo Berneri, lacerado a puñaladas delante del palacio de la Generalitat; luego su compatriota Barbieri, asesinado por la policía en las ramblas. Los dos eran anarquistas italianos. Para mostrar la solidaridad entre ejército y policía, doce jóvenes anarquistas fueron asesinados al mismo tiempo en el cuartel Karl Marx.

Expulsados a la oposición, de donde nunca deberían haber salido, el POUM y la FAI sufrieron las acusaciones del partido comunista. Acusaciones que encontraron un amplio eco entre la gente, cansada de desórdenes y restricciones, cansada de esa guerra civil que no terminaba. El partido

comunista sostenía que el POUM y la FAI habían desorganizado la producción, sembrado el derrotismo y provocado una insurrección para destruir al Frente Popular y establecer su dictadura. Todos los corresponsales extranjeros narraban esas calumnias como si fueran reales. En las paredes de Barcelona hicieron aparición unos carteles con «El POUM, vanguardia del fascismo en la España leal». Al mismo tiempo se propagaba el rumor de que Juan Negrín, ese socialista del ala derecha aliado con los comunistas, acababa de enviar en secreto a Rusia las reservas de oro del Banco de España. ¿Dónde estaba el derrotismo?

El 16 de junio, bajo pretexto de complot fascista, Negrín declaró la ilegalidad del POUM. Esa noche se realizaron arrestos masivos de militantes; labor posibilitada por el alejamiento de los cuarenta mil militantes del POUM anclados en las milicias del frente. Nin fue detenido en Barcelona como «agente de Franco» por miembros de la policía rusificada reclutados ex profeso en Madrid. El partido comunista de España aprovechó la liquidación del POUM para librarse al mismo tiempo de los trotskistas. Mientras que en el POUM todo trotskista infiltrado era inmediatamente expulsado al ser descubierto, el PCE prefería asimilar a trotskistas y poumistas. Y ya que estaban, a trotskistas y anarquistas. Slutsky, a quien Moscú había encargado que formase a la policía española a partir del modelo de la GPU, proclamaba ahora sin vergüenza: «En cuanto a anarquistas y trotskistas, aunque sean soldados

antifascistas, son nuestros enemigos. Son contrarrevolucionarios y debemos extirparlos de raíz».

Se constituyó un tribunal especial por espionaje para juzgar al POUM. Negrín osó comunicarle que el ejército exigía la pena de muerte y que era necesario dar satisfacción al ejército. Como los jueces mostraron su desagrado, les amenazó: «Necesito la condena de esos hombres. Si hiciera falta, tomaría partido por el ejército en contra del tribunal. Altas razones de política internacional me obligan a pedirles este sacrificio».

Fred y sus camaradas de la FAI y la CNT se desgañitaron clamando su indignación. En uno de los numerosos mítines con los que intentaban despertar las conciencias, Federica Montseny comparó la tiranía de Stalin con la tiranía de los zares. ¡Ya era hora! Defendía la inocencia de Nin, exigía explicaciones sobre su desaparición y no obstante, Dolores Ibárruri, La Pasionaria, llegaría a formular esta bajeza en una concentración comunista: «Más vale condenar a cien inocentes a que se absuelva a un solo culpable».

En Moscú, en paralelo al proceso del POUM en Barcelona, se abría una nueva inculpación, la del estado mayor del ejército rojo, acusado de espionaje en provecho de Alemania. Tujachevski, el todopoderoso mariscal, aquel que, junto a Trotsky, había creado el ejército popular y vencido a la contrarrevolución zarista, aquel que aniquilara

la insurrección de Kronstadt, culpable de traición... Imposible.

–O quizás sí –decía Fred a sus camaradas, boquiabiertos–: Tujachevski sí que ha traicionado, pero hace más de veinte años, en 1917, cuando él, un aristócrata, un oficial del zar, se puso al servicio de los comunistas. No ha traicionado a Stalin, traicionó a su casta de origen. El zar asesinado se venga hoy haciéndole fusilar por un crimen que no ha cometido.

–Pero lo ha confesado –contestaban los camaradas de Fred–, todos han confesado, los otros siete generales ejecutados junto a él. A nosotros nos traicionan nuestros generales, ¿por qué no iban a traicionar éstos a Stalin?

–Han inventado algún método –respondía Fred–. Ya veréis como los poumistas van a confesar que son agentes de Franco.

Esta vez Fred se equivocaba. Ningún poumista reconoció lo que sus verdugos exigían. La NKVD estaba atónita. Los líderes del POUM morían bajo la tortura, pero no hablaban. Lo que había funcionado tan bien en la Lubianka fracasaba en la Casa del Pueblo.

En ese contexto apocalíptico, una extrema excitación intoxicaba a Fred. Apenas dormía, corría de las reuniones políticas a una sucesión de relaciones orgiásticas. Antes de

irse al frente las milicianas se entregaban al exceso con un paroxismo cada vez mayor. A la tensión política respondía una tensión sexual nunca satisfecha. Una noche, un joven pálido, perturbado, le arrancó de los brazos y las nalgas que le rodeaban.

–¡Rápido! ¡Ven! Han atacado a los nuestros. Han detenido a Germinal.

Fred se vistió a toda prisa.

–¿Y dónde está ahora?

–Con más camaradas, los detuvieron a todos juntos en sus puestos de combate. Están donde las Magdalenas, el antiguo convento de Vallmajor.

Fred formó un comando que se lanzó de inmediato al asalto de la prisión. Las «bombas de la FAI» destrozaron las puertas. En el interior se topó con un gran retrato de Stalin mirándolos con mal gesto. Luego descubrieron los cadáveres de varios jóvenes, colgados por los pies. Sus rostros y torsos desnudos mostraban rastros de abominables torturas. No encontraron carcelero alguno, guarda alguno, rastro alguno de Germinal. Detuvieron allí la búsqueda.

¿Cómo encontrar a Germinal? Fred supo que la GPU se había instalado en la jerarquía del Estado español, en el

ministerio del Interior, bajo el nombre de Departamento Especial de Informaciones del Estado, en el 104 del Passeig de Sant Joan. Resultaba complicado presentarse allí para reclamar información sobre Germinal. Sus posibilidades de volver a salir de allí hubieran sido muy escasas. Si habían encarcelado a Germinal, ¿acaso no era justo para eso, para tenderle una trampa? Desde los combates de mayo nunca salía solo, iba siempre rodeado de jóvenes camaradas muy bien armados.

Las prisiones clandestinas eran bastante numerosas. La GPU manifestaba una preferencia especial por sótanos, garajes, áticos, todos los lugares en donde los gritos de los torturados se oyeran menos. Había una prisión clandestina en el 24 del Portal de l'Angel, pero estaba demasiado bien custodiada como para intentar asaltarla. Probaron suerte en Santa Bárbara. Pero también allí se encontraron con las celdas vacías. O no completamente; quedaban algunas religiosas cuyos féretros se habían abierto; religiosas en descomposición apestando el edificio. Resultaba imposible permanecer allí un momento. Uno de los milicianos que acompañaban a Fred se quedó espantado al ver un cuerpo fluorescente. Por uno de esos inesperados retornos de creencias olvidadas, creyó que se trataba de una aparición de la Santa Virgen.

Al contrario que los poumistas acusados de traición (algo que en cierta forma era cierto: esos marxistas leninistas

rechazaban la vía de Stalin para quien la única ortodoxia que era posible era la del jefe de la Iglesia), los anarquistas encarcelados no obtuvieron el estatuto político. Les inculpaban directamente de robo, pillaje o asesinato.

Como último recurso, Fred se dirigió al consulado francés. Dijo que buscaba a su hijo, un voluntario en las milicias a quien habían arrestado, sin duda por error. El cónsul hizo ver que ya se conocía la historia, pero prometió hacer todo lo posible para que sus dos compatriotas regresaran a Francia cuanto antes. En realidad, los poumistas y anarquistas extranjeros encarcelados por los comunistas sólo escapaban a su castigo si su reclusión llegaba a conocerse en el extranjero. Para evitar eventuales complicaciones, sus secuestradores preferían entonces expulsarlos. En consecuencia, resultaba vital anunciar al Departamento Especial de Informaciones del Estado que el consulado francés buscaba a Germinal Barthélemy, que el consulado francés sabía que estaba en prisión ilegalmente y que reclamaba su liberación. Tenían que llegar antes que una ejecución sumaria, que una «desaparición». Eran muchos los desaparecidos en las cárceles españolas. El mismo Nin había desaparecido. ¿Una evasión? Los comunistas llegaron a decir que se había refugiado en el bando franquista.

Una mañana, muy pronto, el timbre del teléfono separó a Fred de una de sus parejas. El consulado le informaba de

que su hijo estaba allí, con ellos. Se presentó allí de inmediato.

Germinal había adelgazado hasta tal punto que sus ropas, demasiado amplias, parecían colgar de su cuerpo como sacos de patatas. Ahora se parecía a su padre. Este último, estupefacto por la metamorfosis, le hizo un comentario tonto:

–No sabría decir cuántos años tienes...

–Cuando sales del infierno no hay años que valgan...

Fred hacía su cálculo mentalmente, recordaba la infancia de Germinal en Belleville, junto a Flora. Ese enorme muñeco de trapo, de repente macilento, andrajoso, barbudo, ya no parecía tan alto. Sus ojos azules (los ojos de Flora) estaban pálidos hasta el extremo. Titubeaba a causa del cansancio.

–¿Estás cansado? ¿Te han torturado? ¿Necesitas un médico?

–Torturan a los españoles como en esas historias de la Inquisición. Tenazas, hierro al rojo vivo, colgados de los pies o de las manos, todo el batiburrillo de suplicios que vimos en los cuadros del Prado antes de ponerlos a cubierto. Pero a los extranjeros no, no les tocan el cuerpo. Solo la mente. Eso no deja huellas. Quizás sea lo peor. Ni siquiera puedes gritar como con otras torturas. Te torturan la mente.

Germinal, tumbado sobre una cama de campaña, hablaba despacio, buscando sus palabras.

–Nos vamos, juntos –le dijo Fred–; descansa.

–¿Adonde?

–A Francia. A París. Nos volvemos.

–No lo hagas por mí. Hay que seguir luchando aquí. Ahora es cuando las cosas se ponen feas.

–Descansa, hombre. Duerme un buen rato. España se acabó para nosotros. Ayudaremos a los camaradas desde París. La lucha no ha terminado. Pero no sirve de nada quedarnos en Barcelona para que nos masacren.

Cubrió a Germinal con una manta que colocó con cuidado. Se sentía padre, padre de ese camarada roto en el que le costaba mucho reconocer al hijo de Flora. Ese sentimiento paternal que tan solo había experimentado con Mariette se concentraba ahora en ese hijo y se veía sumergido por una gran ternura, un amor violento.

Germinal se durmió. Le dejó al cuidado del cónsul pidiéndole preparar su viaje para el día siguiente. Quería saludar una última vez a Federica Montseny.

La historia ya había visto desfilar a aquellos «anarquistas de trincheras» de los que se burlara Lenin, esos militantes de

la generación de Jean Grave que sucumbieron a las sirenas de la Unión Sagrada. También a los anarquistas *ideiny*, colaboradores de los bolcheviques que, al igual que Fred, se dejaron embaucar. Y ahora se veía en España a esos «anarquistas de gobierno», también ellos engañados, ridiculizados. Fred casi les odiaba, les imputaba la responsabilidad del fracaso del movimiento libertario. Les acusaba, como a los *ideiny*, de haber alzado a los bolcheviques al poder. Fred había sido un hombre del aparato de Estado en Moscú durante demasiado tiempo; debería haber comenzado acusándose a sí mismo. Pero las contradicciones de la revolución española le hacían olvidar sus propias contradicciones. No obstante, entre los anarquistas ministros (ex ministros) conservaba una cierta indulgencia para con Federica Montseny. Antes de dejar España para siempre (porque sin duda alguna la victoria sería para Franco o para Stalin), quería volver a hablar con ella, intentar comprender por qué cada vez terminaba ultrajándose la libertad. Por qué los hombres que defendían esa noción eran vilipendiados. Por qué, al fin y al cabo, la revolución que se operaba en nombre de la libertad no encontraba nada más urgente que suprimirla en cuanto obtenía el poder.

Federica Montseny vestía ya, inconscientemente, de luto por la España libertaria. Parecía una viuda, semejante a esas mujeres cubiertas de negro de las obras de Lorca. Su gesto severo, sus ojos apasionados y su angustia le recordaban a

María Spiridónova, a esa Maria Spiridónova que debía de haber perdido hacía ya mucho tiempo la vida en los sótanos de la Lubyanka.

–Federica, antes de irme, me obsesiona una pregunta. ¿Por qué cedisteis a la llamada del poder? ¿Por qué no has recordado, tú, una mujer, la experiencia de Louise Michel, y sus gritos, tras el fracaso de la Comuna de París: «el poder está maldito, por eso soy anarquista»?

Federica Montseny, arrebujaada como una vieja, parecía, en medio de su derrota, realmente una abuela. Y sin embargo tan sólo tenía treinta y dos años. Respondió a Fred como quien recita una lección, o una cantinela mil veces repetida.

–El año pasado (hace sólo un año) no hacía falta destruir el Estado, él mismo se había hundido. Nos encontrábamos en una situación anarquista ejemplar. Las organizaciones obreras y campesinas aseguraban la continuidad de la vida comunitaria. La CNT era mayoritaria y controlaba todo el movimiento sindical. La columna de Durruti galvanizaba a los milicianos. Plantábamos cara a Franco. Plantábamos cara a los partidos republicanos. Y en ese momento a los militantes les entró el pánico. A todos nos entró el pánico. El Estado destruido se revelaba como un vacío, un abismo que necesitábamos colmar con otras estructuras que no existían, que no habíamos preparado. Las relaciones internacionales, la guerra moderna, todo aquello nos

sorprendió de repente con toda su urgencia. ¿Cómo abandonar las tareas que normalmente dependen del Estado? Por eso aceptamos provisionalmente un gobierno republicano que tan sólo haría de fachada, ya que el movimiento sindical, que controlábamos por completo, poseía la fuerza. Pero ese Estado provisional se convirtió muy rápido en un Estado definitivo. Los comunistas se colaron por la puerta de atrás y tras unos pocos meses ocupaban los salones. Ahora tienen bajo control la puerta de entrada, después de habernos echado.

–¿Recuerdas la conversación que tuvimos cuando todavía eras camarada ministro?

–No te respondí como hubiera deseado. Aun así había comprendido que no se puede estar al mismo tiempo en la calle y en el gobierno. Estábamos en el gobierno y la calle se nos escapaba. Perdimos la confianza de los trabajadores y la unidad del movimiento se fue desmenuzando. En mayo, después de los enfrentamientos, cuando dejé el poder para regresar a la calle, sentí un enorme alivio. Ya había visto cómo nuestros camaradas, sacados de sus ámbitos propios, se envenenaban de gubernamentalismo con una lamentable velocidad. Teníamos que aceptar puestos clave de dirección de cuerpos del ejército, de la policía, de las prisiones, puestos de comisarios políticos... Cada vez abandonábamos un poco más nuestra razón de ser. Pero

bueno, nunca ganaremos la guerra limitándonos a desfilar por las calles, con el puño alzado, gritando «no pasarán».

–Siempre nos estrellamos contra la guerra y la necesidad de vencer a los enemigos de la revolución. En Rusia, también fue la guerra civil lo que hizo que nuestros mejores camaradas abandonaran los principios libertarios y lo que me hizo a mí mismo colaborar durante tanto tiempo con los bolcheviques. No soy el mejor para reprocharte nada, Federica. Sólo intento comprender por qué todo vuelve a repetirse de la misma forma.

Se abrazaron. Federica parecía ahora, en parte por su estatura, un ave enorme... un ave con frío que se acurrucaba entre sus alas rotas, bajo ese inmenso chal que le cubría las espaldas.

El tren circulaba despacio hacia Perpignan, cargado con una muchedumbre de hombres y mujeres que se apiñaban en él con sus bártulos, sus innumerables maletas y sus críos. En un compartimento con olor a ajo y sudor Germinal narraba a Fred cómo la policía política había venido a atraparlo en las trincheras que defendían Madrid, sin más explicaciones; cómo le habían trasladado a Barcelona y encarcelado junto a otros voluntarios extranjeros: polacos, alemanes, austríacos. Los americanos e ingleses, la mayoría detenidos de entre los rangos de las Brigadas Internacionales, eran expulsados enseguida; eran ciudadanos de países demasiado poderosos como para

arriesgarse a complicaciones inútiles. En cuanto a los alemanes y a los austríacos antinazis, por qué iban a molestarse, la horca les esperaba en su país de origen.

A Germinal le habían encerrado en un garaje sin ventilación junto a otros hombres y mujeres. Con un solo lavabo. Un solo retrete. Estaban cubiertos de piojos y pulgas; les privaban de sueño con interrogatorios que continuaban por la noche y si se dormían en ellos les despertaban brutalmente de día para conducirles de nuevo «a la pregunta»; los prisioneros se veían confrontados a preguntas estúpidas, absurdas, a las que tenían que responder a pesar de todo. Sus torturadores estaban empeñados en hacerles confesar que eran espías, reclamaban la lista de sus camaradas implicados en vaya usted a saber qué complot. Germinal, desde que llegara a España, no había tenido otra actividad que la del combate, no había dejado el frente prácticamente nunca. ¡Cómo podría haberse inventado una lista! Si para los comunistas combatir a Franco equivalía a espionaje, entonces, bien, era espía.

–¿Qué pinta tenían tus polis? –preguntó Fred.

–No eran españoles. Identifiqué a un ruso, un húngaro, un alemán. El jefe de la policía hablaba alemán con los camaradas teutones, pero con fuerte acento ruso. He tenido mucho tiempo para acostumbrarme a todos esos acentos.

–Dime cómo era ese desgraciado.

–Alto, fuerte, con una pelambarrera negra y cara plana, como de boxeador. También había un polaco, bajito, peinado con raya en medio, siempre estaba pálido, muy nervioso. ¿Por qué? ¿Quieres que te los presente?

–En Rusia vi a muchos desgraciados como ellos. Intento reconocerlos. Un día tendríamos que decidirnos e impedir que sigan haciendo daño.

–Los interrogatorios siempre comenzaban de la misma forma –continuó Germinal–. Decían: «Lo tuyo pinta mal. Tus amigos han confesado todo. Sabes que no sois nadie contra nosotros. Sabes que nunca saldrás vivo de aquí». Ponían un revolver en la mesa. Como no respondíamos, cogían el revólver y te lo ponían en la sien. A veces disparaban al aire, para hacer como si te hubieran ejecutado. Una vez me llevaron fuera de Barcelona, con los ojos vendados, en un coche, rodeado de polis que me apretaban entre ellos lo más fuerte posible, como para reventarme. Estoy seguro de que me llevaron a un bosque porque olía a corteza y a hojas. Me dijeron que iban a matarme. Pero también entonces dispararon al aire y me devolvieron al sótano. Les oía hablar en francés con su maldito acento ruso: «Demain nolis azvrons le temps de tuer ce chien»¹⁵. Cuando me empezaron a gritar que era un «macarra anarquista», el hijo

15 «Ya habrá tiempo de matar a este perro mañana». [N. d. T.]

de un cabrón, de un traidor, comprendí que era a ti a quien buscaban. Me encerraron en un armario de hierro de un metro de alto. Y ahí me dejaron tres días, en cuclillas, sin comer...

–Para ya –farfulló Fred.

Sentía en su propia piel cada uno de esos martirios de Germinal, cada una de sus torturas se hundía hasta sus huesos. En el compartimento, ningún pasajero escuchaba su conversación; no sabían francés. Hablaban entre sí, muy alto, gesticulando, muy excitados por la emigración a Francia. En algunos vagones cantaban *Bandera roja* o *Salud, milicianos de España*. De vez en cuando les llegaba la música y la letra... A Fred le parecían dolorosamente ridículas.

De repente se sintió muy solo, excluido de esa comunidad de fugitivos. Germinal se había dormido, recostado contra la pared del vagón, mecido por el traqueteo del tren. Fred no le quitaba los ojos de encima. Se lamentaba de todos los años pasados sin él. Ahora le traía de vuelta en penoso estado; pero le traía de vuelta. Esta revolución fallida había estado a punto de quitárselo, como la de Moscú le había quitado a Alexis. *Saturno devorando a sus hijos*. Sí, otra vez, pero devorando también a los hijos del resto. ¿Por qué había vuelto a lanzarse al pecho del monstruo? Fred, que nunca lloraba, se enjugó las lágrimas que corrían por su rostro.

Fred había dejado una Barcelona presa de la locura. Llegó a un París en plena demencia. Esos intelectuales burgueses de los que tanto desconfiara Majnó adoptaban posiciones aberrantes sobre la guerra civil española, el nazismo o el estalinismo. Firmaban cualquier cosa para hacerse un poco de publicidad y darse aires. Surgían nuevas estrellas de la literatura y todas querían representar un papel político. André Malraux, Louis Aragon, Jean Giono. Hacían cola para efectuar el peregrinaje a Moscú. Bien guiados, bien recibidos, unos «idiotas» cada vez más «útiles» regresaban maravillados, calificando de patrañas y calumnias todo lo que se insinuaba en el extranjero en contra de la URSS. Allí aprendían una canción que entonaban con trémula voz al final de los banquetes:

Je ne connais aucun autre pays
Où Pon respire si librement.¹⁶

La alienación no sólo afectaba a los intelectuales que se calificaban de izquierdas. Los de derechas no estaban a salvo y el viaje a Berlín o Roma era para ellos igual de sagrado que el de Moscú para sus adversarios. La deificación de Hitler igualaba a la de Mussolini. Alphonse de Châteaubriant se extasiaba ante lo que llamaba «la bondad de Hitler», a lo que añadía: «Sí, Hitler es bueno. Miradle en

16 «No conozco ningún otro país / En donde se respire tan libremente.»
[N. d. T.]

medio de los niños. Hitler no es un conquistador, es un edificador de espíritus».

Fred Barthélemy localizó a Victor Serge, que se ganaba la vida como corrector en una imprenta de prensa de la Rue du Croissant. Victor había impulsado una campaña para denunciar las maniobras estalinistas contra el POUM. Fred llegaba muy oportunamente para aportarle información de primera mano. Consiguieron organizar una comisión formada por personas irrefutables. En España, Negrín se negó a recibirles. En Moscú, Ilya Ehrenbourg publicó un artículo en el *Izvestia* en donde decía que los miembros del Comité de Defensa de los Revolucionarios Antifascistas de España era gente «de corazón tierno» –qué amabilidad–, pero también «aliados de los marroquíes y de los camisas negras», acusación absolutamente repugnante.

El Ehrenbourg francés, Louis Aragon, para no quedarse a la zaga, exponía en *Ce Soir* los crímenes del POUM e insinuaba que Nin se refugiaba en la Alemania nazi.

Victor Serge creyó oportuno que Fred Barthélemy conociese a ese nuevo novelista del que tanto se hablaba, André Malraux, que había combatido en España, en la aviación republicana. Quedaron en un restaurante. En cuanto vio a Malraux, Fred se quedó impresionado por su parecido con Trotsky.

No tanto por el parecido físico como una especie de réplica en el comportamiento. Su gesto, como posando ante un escultor, y su curiosa forma de expresarse, como si estuviera declamando en la Comédie-Française, participaban en que todo su ser recordara a un autor trágico algo trasnochado. La elocuencia con la que monologaba sobre España, Rusia o China (abría los brazos para atrapar el mundo entero en una imaginaria bola que apretaba frenéticamente, como queriendo reventarla) resultaba fascinante. Pero pasados los primeros momentos de sorpresa, Fred constató que Malraux lo mezclaba todo, o incluso inventaba cosas al mismo tiempo. Interpretaba la revolución igual que Trotsky se había entregado a representarla sobre las tribunas. Pero, sin embargo, Trotsky sí había hecho la revolución. Ahí residía la diferencia. El teatro de Trotsky era la Revolución de Octubre y no la editorial Gallimard.

Para Malraux resultaba imposible admitir la persecución del POUM. Contra la espada y la pared, terminó exclamando:

–¡Admiro los crímenes de Stalin independientemente del lugar en que se cometan!

Victor Serge se levantó, pálido, con su café en la mano. Malraux también se levantó. Se desafiaron con la mirada durante varios segundos y luego Victor Serge le tiró el café a la cara.

Fred había retomado su apacible vida conyugal en Billancourt. Mariette y Louis estaban encantados. En cuanto a Claudine, seguía siendo imperturbablemente la misma. Todo lo que había sucedido desde su boda podría haberla transformado, agriado. No; todas esas aventuras que acarrearba su marido no la perturbaban. Seguía siendo la guardiana del hogar, de los niños, de un amor que aparentemente no se había enturbiado. Sin embargo, Fred se sentía incómodo cerca de Claudine. El recuerdo de todas esas mujeres lascivas, de esa lubricidad barcelonesa, le despertaba por la noche. Tantos emparejamientos, revolcones y copulaciones se metamorfoseaban en pesadilla. Le parecía oír el choque de las bombas destripando la tierra, el crepitar de una metralleta. ¿Unos golpes en la puerta? ¿La checa? No. En Billancourt reinaba el silencio más absoluto. Sólo oía la respiración de Claudine y los ruidos de los niños soñando. Tenía la camisa mojada de sudor. Como si tuviera fiebre. Esperaba con impaciencia las primeras luces del día.

España en fuego, Germinal arrancado a sus verdugos, Victor Serge «trotskista», Franco entrando en Bilbao y luego en Santander, el Frente Popular francés agonizante (la derecha vencía al gobierno de Blum, al que acosaba diciendo que Francia no podría negociar con Hitler a través de un judío), cientos de miles de fugitivos atravesando los Pirineos, maltratados, desvalijados, encerrados en campos de concentración por las fuerzas de intervención de la

Gendarmería, Pestaña sucumbiendo a la enfermedad cuando España tanto le necesitaba (tantos muertos: Majnó, Durruti, Cottin, Mühsam)... Una sucesión caótica de imágenes hería la mente de Fred.

El 4 de septiembre, en una carretera cerca de Lausanne, se descubrió el cuerpo de un hombre, bien vestido, acribillado a tiros. En una mano todavía tenía un matojo de pelos grises. No le habían desvalijado y su cartera contenía un billete de tren para Francia. Era Ignace Reiss, que pagaba así su arrebató de humanidad con Nin. Nin, de quien por fin se sabía que había muerto tras semanas de suplicios: descargas eléctricas, uñas arrancadas, bañera... Querían que confesara supuestos contactos con Trotsky y con Franco. Al contrario que Zinóviev, Kámenev y toda la vieja camarilla bolchevique, que no resistía a las torturas y confesaba cuanto Stalin deseaba, Nin no se vino abajo y rechazó cualquier compromiso, cualquier retractación.

Fred recordaba al Nin de 1921, en Moscú, un hombre joven por entonces, todavía por debajo de los treinta, como él. Fred nunca comprendió muy bien cómo se habían repartido las responsabilidades Maurín, que proclamaba en España su no sumisión al partido comunista ruso, y Nin, que permaneció en Rusia, casi como rehén; Nin, que trabajó en el Profintern con Fred y Victor; Nin seducido primero por Bujarin y luego por Trotsky; Nin repudiado por este último cuando fundó el POUM junto a Maurín, poco antes de la

guerra civil española; Nin, consejero de Justicia de la Generalitat...

Germinal se recuperaba lentamente. Estaba demasiado débil para retomar su oficio de excavador, así que trabajaba provisionalmente en el negocio de su madre, que iba en aumento y requería un mozo para hacer embalajes y entregas. Fue de nuevo por la mediación de Germinal como Fred volvió a encontrarse con Flora.

Ella no había cambiado: siempre igual de hermosa y resplandeciente. Al gran taller de la parte alta de Montmartre se sumaba ahora un piso del mismo edificio que le servía de oficina y de almacén para sus cuadros. La secretaria se quedó mirando a Fred sorprendida. Bien es cierto que su pinta de proletario desentonaba en ese ambiente burgués.

Flora le acogió con una sarta de reproches.

–Mira cómo me has dejado a Germinal con tu gilipollez española. No te parecía suficiente con haber destrozado a ese Alexis tuyo en Rusia, al que tuviste el valor de abandonar con los rojos. Abandonas a todo el mundo: a Claudine, a vuestros dos niños, a mí... Sólo te interesa tu jodida política. ¡Pobre loco! ¡Majadero!

Se acercó a Fred, oliéndole.

–Ahora hueles a mujeriego. Vaya, ¿acaso has perdido tu virtud?

Fred se quedó estupefacto. ¿Cómo adivinaba ella sus correrías barcelonesas? Flora continuó:

–No es tanto un olor, claro. Te habrás limpiado desde entonces. Para que tu mujer no sepa nada. Pero yo lo veo. Sí, en tus ojos, en la mueca de tu boca. A mí no me engañas.

–¿Y qué puede importarte eso? –dijo Fred, incómodo.

–Que qué me puede importar... Tú siempre serás mío, ¿no? Y yo siempre seré tuya. Aunque no nos acostemos juntos.

Y luego le soltó, bruscamente:

–Por cierto, tengo una amiga impresionante. Una rica, muy rica. Yo soy pobre a su lado. Es la mujer de tu antiguo patrón.

–¿Qué patrón?

–Louis Renault, el número no sé cuántos de las doscientas familias.

Flora siempre le reservaba sorpresas. Después de todo, no había nada sorprendente en que la mujer de un industrial frecuentara a una marchante de pintura.

–Christiane es una de las reinas de París –continuó Flora–. Es brillante. Me gusta. Seduce. Un día le hablé de ti. Le gustaría mucho conocerte. Bueno, es más bien su amante quien querría conocerte.

–¡Vaya historia! No se me ha perdido nada con esa gente.

–Su amante es escritor. Ha leído tus elucubraciones. Debo confesar que yo prefiero las tuyas. El año pasado publicó una bonita novela sobre su amor. Tú nunca me harías un regalo así. Christiane, en la novela, se llama Beloukia, y su amor se convierte en el poeta Hassib. El príncipe Manour, esposo de Beloukia, es Louis Renault. Todo sucede en Persia. Hay rosas y gatos. Magnífico.

–Parece muy poco interesante esa historia vuestra.

–Su amante tiene un defecto. Uno solo, pero importante. Como a ti, le interesa la política.

–¿Cómo se llama? –preguntó Fred, de repente interesado.

–Drieu.

–¿Qué Drieu? ¿El fascista?

–Yo no sé nada de vuestros jaleos. Dice que eres un buen tipo y que le gustaría conocerte.

–¿Drieu La Rochelle escribe novelas rosas? ¿Estás segura de que es el mismo?

–Ya lo verás tú mismo. Hazme el favor de comer con ellos, la semana que viene, en el taller. El también es un mujeriego; deberíais de entenderos bien. Pero, vístete un poco mejor. Tu pantalón hace tirabuzones. ¿No puedes pedirle a Claudine que lo planche un poco? Drieu es elegante. Los dos son muy guapos.

–Estás loca. No tengo nada que contarle a Drieu. Además, todos esos intelectuales burgueses me caen fatal, da igual que sean de derechas o de izquierdas.

Se separaron casi enfadados. La semana siguiente, en *Le Libertaire*, cuando Germinal le entregó una nota de Flora invitándole junto a Christiane Renault y Drieu, no se atrevió a volver a negarse.

Fred se llevó una desagradable sorpresa al encontrarse el taller transformado en salón, lleno de ramos de flores. Un maître con guantes blancos, contratado para la ocasión, servía champán a Christiane Renault y a Drieu La Rochelle, ya presentes. Formaban, bien es cierto, una seductora pareja. Drieu se levantó para estrechar la mano de Fred. Debían de tener aproximadamente la misma edad. También las dos mujeres. Los cuatro estaban muy cerca de los cuarenta. Una calvicie precoz despejaba la frente de Drieu. Parecía un bailarín, pensó Fred. Recordó el aspecto de Louis

Renault. Nunca había visto a Louis Renault mientras trabajaba en Billancourt, pero su foto aparecía a menudo en los periódicos. Comparado con Drieu y Christiane, el temido patrón se parecía más a un obrero. Todo un mundo separaba a Fred de Louis Renault y aun así se sentía más cerca de ese industrial, de ese metalúrgico, que de esos dos dandis que tomaban champán. Louis Renault tenía un rostro poco agraciado, una enorme y desproporcionada cabeza. Quasimodo, sí, el Quasimodo de Notre-Dame de París... Louis Renault sólo tenía una existencia gracias a su fábrica, como Quasimodo con su catedral. Y su mujer, alta, esbelta, que visiblemente vestía a los más grandes modistas, era Esmeralda. La coqueta Esmeralda que se mofaba de Quasimodo con ese dandi tan brillante como los dudosos personajes que merodean en torno a los locales de Montmartre.

Drieu le cayó antipático instintivamente. Le encontró un parecido con Aragon, con quien a veces se cruzaba en los mítines. El fascista y el comunista; misma cara de guaperas, de bailarines, de ligones.

–He leído su *Saturno devorando a sus hijos* –dijo Drieu–. Qué pena que un texto tan lúcido haya aparecido en una editorial de mentira. ¿Quiere que me ocupe de ello? No debería de ser difícil reeditararlo. Una obra útil. Sí, muy útil.

Fred se molestó:

–Vamos a dejar eso. A los muertos no se los resucita.

–Usted reveló mucho antes que el resto lo que nuestra gente de bien ha descubierto con Gide. Su «regreso de la URSS» es mucho más terrible. Usted ha vivido desde dentro lo que nuestros literatos apenas vislumbraron.

Fred apenas escuchaba a Drieu. Miraba a Flora y a Christiane, que charlaban. ¿Cómo podía moverse Flora con tanta facilidad junto a esa mujer acostumbrada a vivir en un mundo tan alejado del suyo? Pero el mundo de Fred, el mundo de su infancia en Les Halles y Belleville, el mundo que compartía con Claudine en Billancourt, ¿seguía siendo el de Flora? ¿El haber tomado dos direcciones opuestas imposibilitaba que su amor les fuera devuelto intacto? Christiane Renault y Flora eran bellas, pero con esa belleza de las flores de lujo. Orquídeas en un florero de cristal. Fred apenas reconocía a Flora en esa muñeca acicalada que se alzaba sobre sus talones. No obstante, fijándose bien, Fred veía diferencias entre las dos mujeres. Christiane Renault expresaba a través de todo su cuerpo, de todo su rostro, una ligereza y una propensión a la alegría y al placer. Flora daba superficialmente la misma impresión. Fred se la imaginaba tendida. Descubría en ella una ligereza fingida que ocultaba su espíritu decidido y su ambición.

Drieu seguía reflexionando. Fred atrapó al vuelo algunas palabras. Oyó: «elegir entre pan o cañones... vacaciones pagadas... Doriot...».

Drieu, lo sabía muy bien, era una de las estrellas del PPF. Fred volvió a prestarle atención al oír el nombre de Doriot.

–Doriot se acuerda de usted. Él piensa, los dos pensamos, que desperdicia usted sus habilidades, que lleva sus actividades por un camino equivocado. Muchos antiguos comunistas se han sumado a Doriot. ¿Por qué no libertarios? Usted es demasiado inteligente como para no vislumbrar que el tiempo de la anarquía está moribundo. La anarquía no sobrevivió en Francia al asesinato de Jaurés. En Rusia y en España, los comunistas la han liquidado. A ustedes les hicieron con el molde de las víctimas. En Francia, Doriot es su único recurso. No hay duda alguna sobre eso. Doriot o Thorez, ése es el futuro.

–¿Doriot o Thorez? Me recuerdan demasiado a los candidatos al Kremlin. Zinóviev contra Trotsky. Gracias, ya he jugado a eso.

–Piénselo. Podríamos ofrecerle un buen puesto. Un hombre como usted se merece algo mucho mejor que vegetar como está haciendo. Flora nos ha hablado de su situación. ¡Qué desperdicio!

–Tengo la impresión de estar en mi verdadero sitio. Ya verá como Doriot termina por elegir a Hitler contra Stalin. Los dos son iguales. Sé que decir algo así hoy en día es criminal, pero aun así...

Un atisbo de enfado pasó por el rostro de Drieu.

–Nosotros somos una fuerza. Si se obstina usted en la negativa le va a esperar mucha soledad...

Fred recordaba al joven Doriot en Moscú, pidiéndole consejo, y luego al Doriot todopoderoso en París al que había enseñado el testamento de Lenin y que había sacado provecho de él. El destino de los hombres depende de muy poca cosa, de azares, de encuentros. Drieu hoy abría la puerta a Barthélemy. En caso de franquearla todo su destino, el destino de ambos, hubiera cambiado...

En febrero de 1938 se abrió un cuarto proceso de Moscú, el de los «veintiuno». Entre esos veintiuno se hallaba el último de los herederos testamentarios de Lenin, excepción hecha de Stalin, que maniobraba las trampillas; el último de aquellos que Fred había frecuentado en el Kremlin, el más simpático, el más jovial, el más humano: Bujarin. Bujarin se reconoció primero culpable, pero de una forma extraña. A diferencia de sus predecesores, no se acusaba de delitos tan absurdos que resultaban inverosímiles por su propia inconsistencia. Simplemente dijo: «Se formó en mí lo que, en la filosofía de Hegel, se llama una conciencia desgraciada. Esta conciencia desgraciada difería de la conciencia ordinaria porque era al mismo tiempo una conciencia criminal». Asociar así desgracia y crimen no carecía de audacia. Fred identificaba ahí el intelectualismo y el humor de Bujarin, tan presente todavía para él, con su

gorra y su cazadora de cuero, con su mirada risueña. El fiscal, desorientado durante un momento por ese inusual razonamiento, se recompuso y echó en cara al detenido las denuncias clásicas: traición, espionaje, atentado contra Stalin. Y ahí Bujarin no se dejó llevar. Lo negó todo, en bloque, decidido, sin flaquezas.

Vichinsky le colmó de injurias: «Inmundo desgraciado, carroña, excremento humano, sucio perro, basura, porquería híbrida de zorro y cerdo». Vaya forma de tratar a quien los viejos bolcheviques habían denominado «nuestro cristal»... Al igual que el cristal, en efecto, Bujarin permanecía transparente, impoluto y límpido, por encima de todo, más allá del tropel de obscenidades vertido por el procurador.

Al final le condenaron a muerte, sólo por haber tenido malos pensamientos. Pero para Stalin, al igual que para Hitler, ¿no era ése el mal supremo?

En el mismo carro que Bujarin iban los mariscales Blucher y Yegorov, delatores de Tujachevski en el proceso anterior, y Yagoda, que había montado el proceso trucado contra Zinóviev. Yagoda había dirigido todos los servicios de policía durante los últimos diez años y había sido un dócil ejecutor de Stalin, pero ahora la razón de Estado ordenaba su supresión porque conocía todos los entresijos de los primeros procesos de los compañeros de Lenin. Se le acusaba principalmente de haber ordenado al doctor Levin

el asesinato de Gorki. Y el doctor Levin, encargado de velar por la frágil salud del viejo escritor confirmaba su responsabilidad en la neumonía fatal de Gorki: «Le expuse al frío voluntariamente». El *Pravda* escribió sobre Yagoda: «Se mantiene de pie en el banquillo de los acusados, como un miserable chacal al que hubieran arrancado los dientes».

Cuatro procesos trucados, monstruosos, inverosímiles que, en Occidente, no sólo aprobaban los partidos comunistas sino que los liberales calificaban de naturales. Romain Rolland (aunque Romain Rolland ya estaba perdido) declaraba que la constitución rusa era «la más humana del mundo». Un reportero americano que asistió al proceso enviaba artículos entusiastas, persuadido de revivir la Revolución Francesa con Stalin en el papel de Robespierre. El mismo embajador de los Estados Unidos confesaba su admiración por Vichinsky, de quien decía que había «conducido el proceso por alta traición de una forma que inspira mi respeto y admiración como jurista».

El mundo estaba enloqueciendo, pensaba Fred Barthélemy con angustia. *L'Humanité* publicó fríamente: «Hay que imitar la vigilancia de los magistrados soviéticos. Nuestros camaradas españoles comprenderán lo que queremos decir».

Terrible aviso. El asesinato de Nin y de sus compañeros no bastaba. Ni el de Berneri y el de Barbieri. Ni el de Durruti. Ni el de Reiss. Ahora que los adversarios del estalinismo

estaban liquidados en España, iba a llegar el turno de los verdugos estalinistas. Resultaba inútil querer vengar a Durruti; Stalin se encargaría de liquidar él mismo a los asesinos que dirigía. Así sus monstruosidades no dejarían rastro. Los rusos que habían infiltrado el partido comunista español eran, uno tras otro, convocados a Moscú y asesinados en las bodegas de la Lubianka: el embajador Rosenberg, el cónsul Antonov, el agregado comercial Stachevsky (que había negociado con Negrín el envío del oro español a Odessa), el general Bazin (jefe de la misión militar), el general Kléber (alias Gregory Stern)... todos aquellos que Fred había visto y temido en Barcelona caían en la red.

Cuando Antonov–Ovseenko, que en 1917 había lanzado el asalto al palacio de Invierno y a quien los anarquistas acusaban del asesinato de Berneri y de Nin, fue llamado a Moscú y nombrado comisario del pueblo para la Justicia, Fred escribió en *Le Libertaire* que sus días estaban contados. Y lo estaban. Cuando Slutzky, que había tenido a su cargo la formación de la policía secreta española bajo el modelo de la GPU, fue llamado a Moscú, Fred escribió que sus días estaban contados. Y lo estaban. Fred tuvo así el gusto de anunciar el fin trágico de la mayoría de los asesinos de la revolución española y, en cada ocasión, se adelantaba sólo unos meses a las noticias de Moscú. Pero ¿quién lo leía? El egocentrismo francés y la indiferencia ante lo que sucedía fuera de sus fronteras se estaban convirtiendo en un

comportamiento suicida. A los franceses les interesaba mucho más el nuevo gobierno de Blum que esos procesos a repetición en donde todos los acusados se declaraban culpables, mucho más que esa guerra civil visiblemente perdida en España. Les bastaba con preocuparse por el coste de la vida, por la difícil supervivencia del Frente Popular francés y por esas amenazas de guerra que llegaban desde el este.

El desánimo ganó poco a poco a Fred Barthélemy. Su oficio de traductor de lengua rusa le obligaba a meter una y otra vez la nariz en la basura. Una vez más, el mundo de los anarquistas franceses se estrechaba, soportando mal ese nuevo fracaso en España. El pesimismo impregnaba a todos los que cruzaba. Ya no veía a Volin (entre ellos se alzaba la sombra de Majnó); veía poco a Victor Serge, que le irritaba con su trotskismo. Germinal, su joven camarada, permanecía adormecido tras su vuelta de España. En cuanto a la vida conyugal, en Billancourt, estaba perdiendo buena parte de sus atractivos. Claudine y Fred se instalaban en sus costumbres, en una especie de dulce letargo en el que el mismo amor se dormía.

Cada vez pensaba más en una mujer; no era Flora, aunque también ésta estaba muy lejos. Cada vez pensaba más en Alexandra Kollontái. Alexandra, embajadora en Suecia y al abrigo de la rabia animal de Stalin gracias a ese refugio en un país neutral. ¿Escaparía durante mucho tiempo más a la

exterminación de todos los amigos de Lenin? Debía de ser uno de los pocos miembros del primer Comité Central del PC que conservaba un cargo. Fred sentía un gran deseo de volver a ver a Kollontái antes de que también ella desapareciese en la nada; quería hablar de todos esos sucesos que habían acaecido desde su separación. Quizás le diera noticias de Galina. O de Alexis... Mientras que la Rusia de Stalin le horrorizaba, le desgarraba la nostalgia por la Rusia de su juventud. Con Alexandra volvería a encontrarla. Pero visitar a Alexandra en la embajada de la URSS en Estocolmo significaba correr un riesgo evidente de comprometerla. Bastaba con mucho menos para ser criminal en la Rusia de Stalin.

No se planteaba la cuestión de saber si Alexandra Kollontái aceptaría recibirle. Le parecía que entre ellos subsistía un fuerte vínculo. Sin duda, era uno de los pocos franceses que conocía perfectamente a aquella que los periódicos siempre describían de una forma superficial y divertida complaciéndose en subrayar la anomalía de que esa gran dama elegante representara al país de la dictadura del proletariado. Alexandra Kollontái era sin embargo una verdadera revolucionaria, mucho más profundamente revolucionaria que la mayoría de los políticos que interpretaban el obrerismo.

Por encima de todo, Fred deseaba difundir sus teorías feministas en Francia. Los hombres se liberaban tan mal que

por qué no intentar sensibilizar a las mujeres, aliviarlas de los corsés del matrimonio, de la maternidad, del hogar... La liberación de las mujeres y la liberación de la humanidad gracias a las mujeres, ¿por qué no?

Fred consiguió contactar en secreto con Alexandra Kollontái gracias a unos socialistas suecos. Fijaron un encuentro en Gotemburgo, donde Alexandra, enferma, acudía regularmente en busca de reposo. Lo recibió en casa de unos amigos escandinavos, recostada sobre un sofá. Estaba rodeada de cojines rosas y malvas. Alexandra Kollontái había perdido el aspecto carnal de la juventud en provecho de una belleza grave, soberbia, altiva. Tendió la mano a Fred sin levantarse. El besó su puño, muy blanco, tocando con los labios un delicado encaje que afloraba de las mangas de su vestido. Luego se dejó caer de rodillas, hundiendo su cabeza contra el opulento pecho de Alexandra, que le acarició suavemente la cabeza.

–Mi pequeño Fred... Mi pobre y pequeño Fred... ¿En qué te has convertido? Y yo... mira qué vieja estoy. Sesenta y cuatro años, ¿te das cuenta? Y con el corazón flaqueando. ¡Era lo último que me faltaba!

Fred seguía arrodillado. Miraba a Alexandra maravillado, como en tiempos de su encuentro en Moscú. A sus ojos, ella no tenía edad. Pese a la emoción, bromeó:

–Ves como el corazón es frágil, Alexandra... Tú, una mujer de cerebro. Ya me imaginaba que tu mente nunca flaquearía; pero el corazón... ay, ¡el corazón! Lo tenías descuidado.

–Tú riéte, mi pequeño Fred. Riéte. El corazón no es más que un órgano como los demás, no es más que una bomba. Quieres hablar de sentimientos. ¿Acaso crees que nunca he estado enamorada? ¿Porque siempre he intentado ser un individuo antes que una mujer?... ¿Porque, por muy grande que fuera mi amor por un hombre, en cuanto éste sobrepasaba ciertos límites y avivaba mi inclinación femenina por el sacrificio, la rebelión estallaba de nuevo en mí?... Tenía que irme. Tenía que romper con el hombre que había elegido. ¿Crees que dejé a Dybenko sin pena? Tantos años para consolarme de nuestra ruptura. Tantos años... Y ¿de verdad me he consolado?

¿Pavel Dybenko? Ese campesino, jefe de los marineros del Báltico, con el que la burguesa Kollontái se había casado en 1918 para darse, decían sus enemigos, un certificado de aptitud proletaria. ¿Tanto había amado a Dybenko, diecisiete años más joven que ella? Fred se había cruzado varias veces con ese bello hombre al que el partido consideraba un héroe. En el pasado, Alexandra y Pavel habían vivido algún tiempo juntos; pero uno y otro estaban acaparados por su actividad política.

–¡Han fusilado a Dybenko! –continuó Alexandra–. ¡Fusilado! ¡A él! ¡Al irreprochable! Sé que piensas mal de nosotros, mi pequeño Fred. Sé que eres nuestro enemigo. Pero he aceptado volver a verte porque se han vuelto locos, allí, en el Kremlin. Nunca les perdonaré que hayan matado a Dybenko.

–¿Y Galina?

–Siguió a Kámenev en su caída, evidentemente. Pero sólo la deportaron. Como a tantos otros. Siberia se va poblando.

–¿Y Alexis?

–¿Tu hijo? ¿Qué edad tendrá?

–Diecisiete años.

–Sin duda debe de estar en una escuela en donde el aleccionamiento es perfecto. Afortunadamente, le ahorré el atavismo de una madre presidiaría y un padre trotskista.

–Yo no soy trotskista.

–¡Bah! ¡Sois todos trotskistas! Y esa enfermedad no es mejor que la del georgiano. En cualquier caso, mientras dure mi embajada en Suecia, Trotsky no meterá los pies por aquí. He conseguido que nieguen el visado de entrada a ese maldito intrigante. Si hubiera ganado a Stalin ahora sería él

el gran dictador. Stalin se contenta con cosechar lo que Trotsky había sembrado.

Fred no había ido a ver a Alexandra Kollontái para hablar de Stalin o de Trotsky. Y aunque quería lanzar en Francia una campaña en sintonía con las teorías de Kollontái, no le era imprescindible encontrarse con ella, ya que él mismo había traducido todos sus escritos. Pero esa labor en realidad no era sino un pretexto para regresar junto a la gran dama de la revolución, para escrutar su mirada, oír su voz. Sentía la necesidad de reforzar su ánimo. Desde los sucesos de España se hallaba sumido en un cierto estado depresivo. Y nada más ver a Alexandra, se veía embargado en un sentimiento de exaltación.

Alexandra tampoco tenía ganas de hablar de política con Fred. Le preguntó por sus amores, por su forma de vivir. El habló de su matrimonio con Claudine, de sus dos hijos, de su trabajo de ajustador en las fábricas Renault.

–No tendrías que haber dejado tu oficio. Ahí es donde se halla tu verdad. Todo el resto es impostura. Tras la muerte de Lenin, mientras estaba de embajadora en el extranjero, Zinóviev y Trotsky montaron una campaña de prensa contra mí; me acusaban de incitar a los jóvenes al exceso y de no comprender el papel de la familia proletaria. Calificaban mis ideas de «vilmente animales». A mí, que me he alzado siempre contra las experiencias emocionales estériles, que he situado siempre el deseo amoroso después del trabajo,

que he resaltado siempre que el trabajo es el objetivo principal de la existencia. En mis libros he hablado de un tipo de mujer moderna, liberada de todas las imposiciones de la maternidad y de la sexualidad, pero estoy lejos de alcanzar dicha perfección. El amor, con todas sus decepciones, con sus tragedias y sus búsquedas eternas de una felicidad perfecta ha ocupado un papel demasiado importante en mi vida. Un desperdicio inútil de una energía y un tiempo preciosos; es completamente lamentable.

–No maldigas el amor, Alexandra. La liberación de la mujer no debe conducir a encadenarla al trabajo sino a desarrollar todas sus facultades creativas.

–La liberación de la mujer pasa en primer lugar por su entrada en el mundo del trabajo asalariado, por su proletarización, por su integración en todos los sectores reservados tradicionalmente a los hombres, como el ejército, la policía; pasa por que el Estado se haga cargo de sus hijos para aliviarla de la carga de la maternidad...

–Mientras fuiste ministra, la liberación de la mujer avanzó, gracias a ti, varios siglos de un solo salto. Tus sucesores vuelven hacia atrás. Legalizaste el aborto. Hoy está prohibido, como en los países capitalistas. Las mujeres se han proletarizado, como querías, pero se casan, tienen hijos, los educan, contribuyen al stajanovismo. Ambicionan los honores y el poder tanto como los hombres.

Alexandra Kollontái se quedó ensimismada un momento. Luego se echó a reír.

–¡Los honores! Sabes que Stalin, aunque se ha librado de todos sus amigos, de todos sus rivales, de todos sus enemigos, en cambio nunca ha sabido escapar de las recriminaciones de las viudas de Kropotkin y de Lenin. La viuda de Kropotkin abrió un museo en su casa. Todas esas visitas en peregrinación a casa del viejo anarquista sacaban a Stalin de quicio. Pero tiene una superstición con las viudas. La Kropotkina no dejaba de pedirle que diera el nombre de Kropotkin a una escuela, a una cadena de montañas, a una ciudad, a una estación de metro. Y se los daba. No queda un solo anarquista viviendo en Rusia, pero el gran anarquista muerto es santificado gracias a su viuda. Ella murió este año, para mayor fortuna de Stalin, y cerraron el museo Kropotkin de inmediato. Todavía le queda Krupaskaia. Está tan obsesionado por las recriminaciones de Krupaskaia que recientemente la ha amenazado con nombrar otra viuda oficial para Lenin.

Alexandra Kollontái se levantó, ajustando meticulosamente su falda. Con la misma elegancia de siempre, con la misma seducción, tendió las manos hacia su invitado.

–Ven, vamos a caminar un poco por el parque.

Se apoyó sobre el brazo de Fred.

–Siempre creí –continuó– que llegaría inevitablemente el momento en que la mujer sería juzgada por los mismos criterios morales que el hombre. Todavía estamos lejos. Si hay una revolución que ha fracasado en Rusia, ésa es la revolución sexual. Hice que se prohibiera la prostitución. Y sigue estando proscrita. Hasta se puede decir que la prostitución, tal y como se conocía antaño en Rusia, tal y como se ve en los países occidentales, se ha eliminado. Pero se propaga una prostitución disfrazada, mucho peor; la de la secretaria del soviet local que se entrega a su superior para ganar un ascenso o una ración alimenticia especial; la de la obrera que se acuesta con el funcionario del partido para conseguir un par de botas o a veces incluso por tan solo un poco de azúcar; la de esa mujer que se casa con un hombre porque tiene una habitación en una casa común; la de la viajera que se ofrece al controlador del tren para conseguir un asiento gratis, o al jefe de estación de control para poder pasar su saco de harina... Ya no quedan prostitutas en Rusia porque la prostitución es una práctica corriente, casi una costumbre. He perdido el ánimo, mi pequeño Fred. Estoy tan cansada...

Le llamaba «mi pequeño Fred», como cuando tenía veinte años.

–Me gustan los países del Norte –continuó–. Sobre todo, Noruega, con sus fiordos, sus montañas, ese pueblo valiente... Me gustaría morir aquí, en Gotemburgo. No en

Estocolmo. En Gotemburgo se da la espalda a Rusia. Sí, estoy hasta el gorro de todas esas historias estilo Boris Godunov.

Bruscamente, agarró a Fred por los hombros, le miró intensamente a los ojos.

–Tengo que decirte algo. Todavía me meten en los secretos de Estado... Stalin tiene miedo de la guerra que viene. Está persuadido de que Hitler desencadenará un conflicto mundial. Como no confía en la alianza franco-inglesa va a firmar un pacto con Alemania. Cree que así se salvará. Quiere ganar tiempo. Vuestros jefes de Estado son imbéciles. Hitler y Stalin les entretienen con España. No se dan cuenta de que el peligro crece más allá del Rin y del Vístula. Vamos, ve y cuéntalo todo. Me ha alegrado verte. Ya te has convertido en todo un hombre. Una pena que llegues tan tarde.

Alexandra le dio un largo beso en los labios.

Nada más regresar a París, Fred Barthélemy se encontró con Frossard, eterno ministro del Trabajo, como si sus antecedentes como primer secretario del partido (que decían de los trabajadores) le dotase de un derecho de primogenitura sobre ese puesto. Con su cráneo calvo, sus gafas, su corto bigote y su colilla en los labios, Frossard había adquirido el aspecto de un pequeño patrón ceñudo. Sabía que Fred Barthélemy era un cualificado especialista de los

asuntos rusos. Al contrario que la mayor parte de los políticos occidentales, sus antiguas relaciones bolcheviques le permitían no considerar a Kollontái como una distraída mujer de mundo. En consecuencia, se tomó muy en serio la información e invitó a Fred a seguirle al despacho de León Blum.

La entrevista anterior entre Fred Barthélemy y León Blum se había saldado con una aversión recíproca. No obstante, Blum tendría que haber recibido con simpatía a ese impertinente libertario. Su primera adhesión había sido a la anarquía... Y ¿acaso no había frecuentado antaño a Jean Grave y calificado *El único y su propiedad*, de Stirner, como el «libro más audaz, el más libre del pensamiento humano»? Pero aun así conservaba una mayor afinidad con el mundo dandi y esteta de *La Revue blanche* que con la anarquía.

Frossard pidió a Fred que repitiera ante Léon Blum lo que Alexandra Kollontái le había revelado. Blum escuchó de pie, con los ojos entrecerrados y las manos juntas. Agradeció luego a Fred sus informaciones con esa voz de falsete que le recordaba desagradablemente a la de Zinóviev. Al conducirlo a la puerta le tendió dos dedos. Fred recordaba que la última vez le había ofrecido la mano, blanda, bien es cierto, pero la mano entera. Esta reticencia decía mucho sobre su antipatía.

En cuanto Blum se quedó a solas con Frossard, le reprochó que le molestara con tonterías. Stalin aliado con Hitler, había que ser un anarquista histérico para imaginarse una historia semejante. Frossard le sugirió entrar en contacto directo con Kollontái a través de los socialistas suecos. Blum se negó; no quería prestarle atención a unas habladurías semejantes.

Lo que ignoraban Blum y Frossard, lo que ignoraban Fred Barthélemy y Alexandra Kollontái es que por aquella misma época también Stalin estaba eligiendo un mensajero francés, que ese mensajero era el ex capitán Sandoz, abogado en Francia de los intereses soviéticos, y que encargaría a Sandoz encontrarse con Laval para proponerle la neutralización del partido comunista francés a cambio de una alianza franco-rusa. Pero Laval ya no tenía quien le escuchara, ya no tenía poder alguno.

En medio de su angustia, Fred sentía nostalgia por el trabajo manual. Salía de casa para pasear cada vez más junto a los talleres de Renault, espiando los ruidos de los motores, los mazazos, el chirrido de las cadenas y las poleas de los aparejos, el rechinar de cables de los tornos elevadores... Cerrada como una caja, la fábrica no dejaba percibir nada de su actividad. Fred merodeaba en torno a esos edificios como un ladrón, excluido de esa vida obrera en la que vivió quizás sus únicos años felices (si exceptuamos, claro, su vida salvaje con Flora). Los dos

Hubert, Claudine la embobinadora, los domingos en casa de sus suegros en Pantin, toda esa vida ordinaria, despreocupada y apacible le empujaba a la melancolía. Alexandra Kollontái le había dicho: «No tendrías que haber dejado tu oficio. Ahí es donde se halla tu verdad». Era muy consciente de ello. Su verdad se hallaba en la destreza de sus manos, en la inteligencia con la que manejaba la lima y las sierras, el compás, el buril, las pinzas, en su placer ante la perfección de la pieza acabada. Entonces, ¿por qué esa fuga perpetua, esa búsqueda de otra verdad, de una Verdad que se alejaba continuamente, siempre inaccesible? Desde que Flora le tomara la mano para saltar de la carreta del pescado y arrastrarle a una desenfrenada carrera no había permanecido en ningún sitio. Había corrido tanto que incluso había perdido a Flora.

A veces dedicaba los domingos a Claudine y a los niños. Atravesaban el puente de Sévres y se iban paseando hacia los bosques de Meudon. A la izquierda, sobre el Sena, la isla Seguin, completamente ocupada por Renault, parecía un enorme acorazado. Fred pensaba en Christiane Renault, en su amante Drieu, en esa futilidad de los ociosos que tampoco podía ser la verdadera vida. ¿Existía una vida verdadera? «Ven, vamos a vivir la vida», decía Flora. A cada cual su vida...

Ya no conseguiría de Mariette esos momentos privilegiados que tanto le habían enternecido en el pasado.

La chiquilla se convertía en una jovencita. Con doce años, ella le evitaba, se escondía en el mutismo. En cuanto a Louis, siempre en las faldas de su madre, estaba obstinadamente enfurruñado con ese señor poco disponible al que llamaban su padre.

Afortunadamente, Germinal salía de su depresión. Fred solía verse con él en los locales del movimiento libertario. Estaba recuperado; había ganado peso y buen aspecto. Seguía viviendo con Flora; hacía de mozo para ella, pero aspiraba a retomar el pico y la pala.

Germinal había conocido en Montmartre, en un grupo de artistas bohemios y de marginales de todo tipo, a ese Louis-Ferdinand Céline del que tanto se hablaba. Hacía mucho que Fred quería dialogar con Céline. El autor del *Viaje al fin de la noche* no carecía de afinidades con el anarquismo. En cualquier caso, era pacifista, anticolonialista y anticonformista. Al igual que todos los escritores de moda, también él había realizado su peregrinaje a Rusia y, para mayor desagrado de los comunistas, que intentaban ganárselo, volvió con un panfleto, *Mea culpa*, que no dejaba subsistir ambigüedad alguna sobre sus sentimientos acerca de la bondad natural del hombre y de la virtud de las masas. Germinal consiguió organizar una cita en un restaurante, cerca de la Place du Teatre.

Céline y Fred simpatizaron de entrada. Alto, fuerte, vestido todo de marrón, Céline tenía una frente voluminosa,

con el pelo despeinado y ojos tan azules como los de Germinal. Nada solemne; nada de lo que podría esperarse de un hombre que está de moda. Malicia en la mirada y mucha simplicidad. Evidentemente, evocaron Rusia. Fred enseguida vio que Céline conocía mal el país, que apenas debía de haberse alejado de Leningrado. Al contrario que el resto de escritores, invitados suntuosamente, Céline se había empeñado en pagar su viaje. Le hubiera gustado que Lucette Almanzor le acompañase, pero como por entonces no estaban casados, se acumularon las dificultades a la hora de compartir habitación en el mismo hotel. Fred creyó que era una broma. Pero no, no bromeaba. ¡Sí que se habían olvidado bien de Alexandra Kollontái!

Germinal ya había hablado a Céline de lo que representaba su padre, de sus actividades en Rusia y luego en España. Por ello, Céline dijo bruscamente:

–Sabe, Barthélemy, yo soy anarquista hasta el tuétano. Siempre lo he sido y nunca seré nada más. Los nazis me detestan tanto como los socialistas. Nunca he votado y si algún día lo hiciera, votaría por mí. Pero lo que nos diferencia es que usted cree en el progreso, en el proletariado. Para mí lo del proletariado no son más que pamplinas, estúpida imaginería. Sólo hay una verdad en el mundo; es la muerte. ¿Tiene niños Barthélemy?

Fred señaló a Germinal.

–No, éste ya no es un niño. La humanidad no se merece más niños –dijo Céline, lúgubre.

Luego lanzó una larga perorata en la que habló del anarquismo del pueblo alemán (noción que le era realmente personal), de su antipatía por el nazismo, de su exasperación por los lamentos de los intelectuales de izquierdas, de la amistad que le ligó durante un tiempo a Barbusse, de la guerra que rugía, de Alemania, que invadiría Ucrania, de su fobia por los judíos y los francmasones, de la medicina popular, de su aprensión por el alcohol y de eso que llamaba «la manduca»...

Fred no podía abrir la boca. En el torrente ininterrumpido de Céline revoloteaban las interjecciones. Pasaba sin transición de la ocurrencia a la payasada. O incluso al entusiasmo cuando hablaba de las mujeres: «¡Culos! ¡Y más culos!», gritaba. «¡La humanidad sólo será salvada por el amor a los culos!»

Cuanto más le observaba Fred, más le descubría un toque de bufón, de parisino empedernido, un aire de viajante de comercio con labia y embaucador de chicas de virtud fácil; un ligero aire de mafioso, como Baskine. La simpatía inicial se apagaba.

Una vez terminado su soliloquio, Céline se levantó, tendió la mano a Fred y se fue precipitadamente, regresando sobre sus pasos para mascullar gravemente:

–Hay que elegir: morir o mentir. Usted ha elegido morir, Barthélemy, porque se niega a mentir.

Fred y Germinal se quedaron solos en el restaurante, algo aturridos por ese vehemente discurso.

–Aun así –dijo Germinal– es un escritor impresionante. Lo de Barbusse, Rolland o Margueritte son mamonadas a su lado.

En septiembre, Fred Barthélemy acogió los acuerdos de Múnich con alivio, pero sin alegría. Prefería Múnich a la guerra, pero Céline tenía razón, la guerra se abatiría pronto de nuevo sobre Europa. ¿Qué hacer? Aparte de protestar, de proclamar su pacifismo y su rechazo al ejército, a todos los ejércitos, su rechazo al poder, a todos los poderes... Fred tituló en *Le Libertaire*: «Su guerra no es nuestra guerra. Su paz no es nuestra paz». Luego, en parte por alejarse de la pesadilla, y en gran medida por amor hacia Alexandra Kollontái, emprendió una campaña feminista. ¡La humanidad salvada por las mujeres! No sólo por los culos, tan apreciados por Céline. Más bien por los vientres. La humanidad salvada por la huelga de vientres, en primer lugar. El rechazo a la concepción frente a la masacre de inocentes que todos los Estados preparaban. Luego el derecho al aborto. Como Fred daba en sus artículos todos los detalles necesarios para adoptar métodos anticonceptivos, fue arrestado por dos agentes de civil delante de la imprenta del *Le Libertaire*. Su primer

encarcelamiento le había evitado los primeros descarríos del Frente Popular francés; el segundo, que le mantendría fuera de circulación entre otoño de 1938 y la primavera del 1939, iba a dispensarle de sufrir el clima de enajenamiento que preludió, en el mundillo político, el estallido de la II Guerra Mundial.

Cuando Fred salió de La Santé, la partida estaba jugada. En España Negrín nombraba a comunistas para la comandancia de toda la zona sur republicana. Esta provocación conllevó un último arrebató de los anarquistas, que lucharon contra los comunistas en Madrid y Barcelona. Franco, aprovechando esa guerra civil en anexo, se llevó la mano. París se precipitó a reconocer la legalidad del vencedor y delegó como embajador ante el Caudillo al viejo mariscal Petain, el fusilador de las protestas de las trincheras de 1917, el presunto asesino de Hubert. La derrota de la república española era una nueva derrota de la anarquía.

Después de la anexión de Austria, Hitler se ocupaba de Checoslovaquia. Doriot, que acusaba con razón al partido comunista francés de ser un «partido ruso», estaba transformando el PPF en un partido alemán. Daladier firmaba un pacto de no agresión con Alemania. Esa Alemania monstruosa que había alzado a Franco al poder multiplicaba los pogromos, quemaba sinagogas y casas judías, encerraba en campos de concentración a miles de

inocentes sólo culpables de lo que llamaban su raza. El antisemitismo, ese antisemitismo que tanto había sorprendido a Fred en Rusia, también se extendía por Francia, como una enorme mancha de sangre. Céline había publicado un libro inmundo: *Bagatelas para una masacre*. Se ha vuelto loco, se decía Fred. Pero no más loco que Maurras, que Daudet, que todos esos intelectuales, periodistas y políticos que no dejaban de ladrar desde que se afilaran los dientes con el primer gobierno Blum, el llamado «gabinete del Talmud»; demente jauría que exigía devorar judíos.

Todo el vocabulario de Céline, todo su vocabulario antisemita, se halla en la prensa de derechas de la época del Frente Popular francés. Sus injurias eran comúnmente empleadas en la Cámara de los Diputados, en la calle, en el bar de la esquina. Louis-Ferdinand el loco reunía todo ese fango, toda esa basura, y se la tiraba a la cara a Daladier, a Stalin, a Blum, a Hitler. Se vanagloriaba de amasar ese estiércol, ya que en su opinión, el Apocalipsis llamaba a nuestras puertas. Modelaba esas inmundicias como una estatua perfecta, riendo sarcásticamente, eructando sus blasfemias. Céline, el bufón de la corte, molestaba a todos con su clarividencia, incluso a los fascistas, incluso a antisemitas distinguidos del estilo de Brasillach. Él, Céline, asustaba con toda esa muerte, con toda esa mortalidad que decía llegaba desde el este, esa danza de la muerte que entrechocaba sus huesos, del Ural hasta Madrid. ¡El «viaje

al fin de la noche»! Sí, Céline era el gran vidente, el profeta que señalaba con el dedo, horripilado, a esos caballeros del infierno cuyo galope todavía nadie, aparte de él, escuchaba.

A Fred seguían gustándole las librerías. Era herencia del impresionante descubrimiento de *Los miserables* en la tienda de Delesalle. Un Delesalle que, dicho sea de paso, Fred volvía a descuidar desde que las salidas en familia empezaran a pesarle. Las vitrinas de las librerías seguían siendo para él un placer inagotable. Disfrutaba ojeando estanterías de libros. Le hubiera gustado leerlo todo, conocerlo todo. A menudo entraba en las tiendas, ojeaba varios volúmenes y terminaba lamentando que sus pobres finanzas no le permitieran comprar todo lo que deseaba. Un día, un voluminoso libro con la portada ilustrada atrajo su atención. El título incluía dos palabras mágicas, «ruso» y «cisma»: Historia del cisma de la Iglesia rusa. La historia de la Iglesia no le interesaba especialmente. Pero todo lo concerniente a Rusia seguía muy vivo en su espíritu. Y de cismas sabía bastante; de todos los cismas, de todas las herejías. Los cismas y las herejías de la Iglesia socialista, claro. El nombre del autor le sorprendió: Prunier. Prunier, como el ex teniente de la misión francesa que había virado desde la Iglesia marxista hacia la de los popes.

Fred miró en la contraportada y leyó la nota sobre el autor. Se trataba de un profesor de estudios eslavos de la Sorbona. Por probar suerte, Fred le escribió a través de su editor.

Varias semanas después, le llegó una respuesta. Sí que se trataba del Prunier de Moscú. Quedaron en el Jardin du Luxembourg, delante de la estatua de Mario sobre las ruinas de Cartago, cerca del gran estanque.

Aun así, a Fred le costó reconocerlo. Ya no llevaba barba, su cráneo no estaba afeitado y no caminaba descalzo. Ahora parecía sencillamente un profesor que no pretendiera diferenciarse del resto.

–Vaya, soldado Barthélemy –dijo Prunier sonriendo–, las ha hecho usted buenas. Se merecería un arresto.

–Ya me han arrestado, mi teniente. Acabo de salir. Seis meses de cárcel. Y es la segunda vez.

Prunier, pese a su estatura, muy inferior a la de Fred, posó la mano sobre su hombro con un gesto protector, llevándole hacia una alameda.

–Me gusta hablar caminando. ¿Recuerdas mis peregrinaciones por las calles de Moscú? Te preguntabas a dónde iba...

–Te reencuentro allí donde te había dejado, en otra Iglesia, pero sin duda igual de obtusa que la de los bolcheviques.

Fred conservaba la costumbre de llamar bolcheviques a los comunistas.

–¿Recuerdas a Berdiaev?

–No.

–Aquella tarde que me seguiste, como un asqueroso poli, y que me encontraste entre magos barbudos...

–¡Creía haber dado un salto en el tiempo!

–Berdiaev atrajo tu atención. Ahora está refugiado en Francia. Es un filósofo extraordinario, en las antípodas de Marx, y mucho más profundo. Intemporal. Lo que vosotros, los anarquistas, buscáis a tientas, él lo ha encontrado y situado a plena luz del día. Pero la luz de Berdiaev llega mucho menos lejos que los proyectores de Stalin o el faro de Trotsky. Es una lámpara de aceite. Hay que acercarse mucho para distinguirla. Pero al hacerlo... ¡Cuánta claridad!

Prunier y Barthélemy caminaban despacio por las alamedas, a la sombra de inmensos árboles. Resultaba extraño pasear por ese tranquilo parque con su primer amigo de Rusia... Se cruzaban con estudiantes ociosos, con madres de familia empujando cochecitos. Toda esa vegetación circundante, el césped, las flores, los arbustos, las hileras de árboles, hacían del jardín un remanso de paz. La paz, esa paz desgarrada que obsesionaba a Fred como a tantos otros contemporáneos suyos; Berdiaev hablaba de ella, pero ¿qué recomendaba para salvarla si era tan lúcido?

–A Berdiaev –dijo Prunier– le parece que el conflicto en el que entramos no tiene escapatoria porque se desarrolla entre la persona y la historia.

–¿Entre el individuo y el Estado?

–Si lo prefieres... El Estado fue creado por un acto de violencia en el mundo del pecado y Dios sólo lo tolera. De Dios viene sólo la libertad, no el poder. La conciencia cristiana de la Edad Media no aceptaba una sumisión incondicional de los súbditos a un poder tiránico y malo y admitía incluso la posibilidad del tiranicidio. Estoy citando a Berdiaev, que ha demostrado la distancia que separa al pensamiento medieval de la divinización del Estado.

–¿Quieres hacerme creer que tu Berdiaev es anarquista?

–Siente mucha estima por Proudhon. Pero se aleja de vosotros al otorgar a lo espiritual una mayor importancia que a lo terrenal. Al igual que los marxistas, vosotros os preocupáis demasiado por el economismo. Y el poder de la técnica representa la última metamorfosis del reino de César. No hemos salido de ahí: el fundamento indispensable de la libertad del hombre deriva del dualismo entre reino del espíritu y el reino del César. Si no, regresamos a la conciencia que reconocía el poder absoluto del Estado.

Lo que molestaba a Fred del discurso de Berdiaev, vehiculado por Prunier, era ese vocabulario santurrón que

se asemejaba particularmente al de las Iglesias políticas. Exclamó:

–Entonces no hay elección: ¡o el Papa o Stalin!

–O Hitler, que también es un pagano. No; no me comprendes. El cristianismo que me interesa es el cristianismo anterior a san Pablo, anterior al romanismo, anterior a la recuperación del mensaje crístico por la historicidad; anterior al Papa. Gandhi es más revolucionario que Lenin, «si se entiende por revolución la aparición de un hombre nuevo».

Estaban llegando cerca del estanque central. Algunos niños lanzaban en él pequeños veleros que recuperaban luego difícilmente, enloqueciendo ante la propensión de sus juguetes a largar amarras. Fred los miraba. Pensaba en lo que decía Prunier, en las extrañas palabras del filósofo ruso, cuyo rostro alargado e iluminado por el débil resplandor de los cirios podía recordar ahora. Prunier continuó:

–Stalin e Hitler, esos paganos, esos nuevos César, son astutos. Saben que en la actualidad el sentimiento religioso impregna a las masas. Así que lo recuperan en su favor. Quieren edificar una nueva cultura y presienten que toda cultura sólo sobrevive a través del culto. Por ello Stalin codifica el culto a Lenin. Regresé a Rusia para terminar de documentarme antes de escribir mi historia de la Iglesia ortodoxa. Hice cola durante tres horas para entrar en el

mausoleo en donde se expone a Lenin en su féretro de cristal a la devoción de las masas. En nuestros países sedicentes religiosos, ¿qué reliquia podría atraer una afluencia semejante y durante tanto tiempo? Lenin se identifica con el mesías. En cuanto a Stalin, es la adoración perpetua, el Dios viviente. No hay en ello una pizca de espiritualidad. No confundamos espiritualidad y religiosidad. Todo fanatismo es religioso, decía Gorki. Cuando Gorki chocó con el fanatismo político, lo explicó por la mentalidad devota y retrógrada del pueblo ruso. Tenía razón. Romain Rolland, por ejemplo, no ha comprendido nada. Cuando estaba de morros con el bolchevismo, le reprochaba que pisoteara el ideal religioso. Y se convirtió a Stalin porque le parece que el estalinismo vive de la fe religiosa, de una fe social que, según dice, vale tanto como la de todas las iglesias. ¡Claro! Porque se trata de una nueva Iglesia, terrible, igual de intolerante que la de Torquemada... Te presentaré a Berdiaev. Al contrario de lo que piensas, seguimos teniendo muchas cosas en común.

–No. Si ha publicado libros, los leeré. No sirve de nada frecuentar a los autores. Ya he conocido demasiados. Y además, esa gente son siempre burgueses. Como tú.

–Bueno... Bien... ¡Tú verás! Pero todavía voy a transmitirte tres máximas de Berdiaev: «Aquél que ama el mundo es burgués... Una sociedad burguesa es una sociedad no espiritualizada... Al espíritu burgués se opone el espíritu del

peregrino...». Tú llegaste a Moscú como peregrino, Fred Barthélemy. Y veo que sigues peregrinando. Berdiaev, tú y yo mismo, por mucho que digas, somos todos judíos errantes.

Se separaron ante la verja del parque, delante del Boulevard Saint– Michel. Prunier tomó la Rue Soufflot. Fred le miró alejarse hasta que giró a la izquierda para regresar a la Sorbona. Tuvo entonces la penosa impresión de perder de nuevo algo, a alguien. Curvando los hombros, descendió al metro. El trayecto hasta Billancourt sería largo.

La derrota de la república española y el elevado riesgo de una II Guerra Mundial dejaban a los anarquistas franceses desamparados. En sus reuniones ya sólo hablaban de pacifismo, pero ¿cuál podía ser la naturaleza de ese pacifismo en el inevitable conflicto que se acercaba? Rechazaban la guerra antifascista preconizada por los comunistas y que les parecía ocultar una guerra imperialista; pero rechazaban también el pacifismo absoluto, la indiferente resignación. Cuando el 22 de agosto la prensa anunció la firma del pacto germano–soviético fueron los únicos que no se declararon atónitos. Mientras que *L'Humanité* señalaba la noticia en unas pocas líneas y con caracteres minúsculos, Fred Barthélemy la comentaba en primera página de *Le Libertaire*.

«No se ve muy bien», escribía, «qué podría reprocharle Francia al pacto germano–soviético, ya que ella misma ha

firmado un pacto de no agresión con Alemania sin preguntarle a Rusia qué pensaba sobre ello. Francia ve un poco tarde la utilidad de una alianza militar con la URSS, algo con lo que Laval, Blum y Daladier siempre han jugado y con lo que nunca se han decidido. Comprendo que los dirigentes franceses teman ser engullidos por Stalin, pero acabarán en las fauces de Hitler. En el fondo, todo se resume a la siguiente elección: ¿por quién preferimos ser devorados?»

¿Recordaría Blum la visita de Barthélemy, el aviso de Kollontái? No, sin duda; los políticos se vuelven amnésicos en cuanto la historia no funcionaba según sus deseos.

En la calle, en las terrazas de los cafés, en el metro, gente consternada y con caras largas recorría a toda prisa los periódicos. Menos *L'Humanité*, que ya nadie leía. Los comunistas se habían volatilizado de repente.

Cuando el gobierno francés entró en guerra, a principios de septiembre, su primer objetivo fue, evidentemente, golpear a los anarquistas, más fáciles de capturar que los tanques de Guderian. Mientras estaban componiendo un número de *Le Libertaire*, la policía ocupó sus locales y embargó el papel y el material. Sus puertas quedaron precintadas y Fred Barthélemy se quedó, junto a Louis Lecoin y varios camaradas, en la calle. La calle; no era algo que les molestara. Ella seguía siendo su dominio de predilección. Les gustaba su anonimato, dinamismo e imprevisibilidad. La calle, escenario de manifestaciones,

venta de periódicos, distribución de folletos, encuentros, propaganda directa... Que les echaran a la calle les rejuvenecía. Se sentían más disponibles y también más atrevidos. Pero, ¿qué hacer? ¿Qué podemos hacer ahora?, se preguntaban. ¿Qué sería lo más útil? La solución individual de desertar y sustraerse así al crimen colectivo convencía a algunos. Fred y Lecoin la rechazaban. Buscaban casi más un gesto, un último gesto antes de la catástrofe que les permitiera al menos liberar sus consciencias. Lecoin propuso divulgar una octavilla que titularían... «¡Paz inmediata!». Primero tendrían que redactar un texto y hacérselo firmar a las personalidades pacifistas más notables, es decir, a Alain, Victor Margueritte y Jean Giono. Como suele suceder con las proclamas colectivas, cuya vitalidad se va apagando a fuerza de correcciones, el texto de «Paz inmediata» terminó resultando más bien anodino. Aun así, Fred acompañó a Lecoin a una caza de firmas. Marceau Pivert, jefe de filas de la corriente de la izquierda revolucionaria de la SFIO, Henry Poulaille, líder de la literatura proletaria, y Marcel Déat, socialista tráfuga de la SFIO y autor del artículo «¿Morir por Danzig?», firmaron sin problemas. Contactar con Alain, Margueritte y Giono se reveló más complicado. Difícil, pero indispensable porque eran los tres autores de aquel telegrama imperativo enviado a Daladier y a Chamberlain: «Queremos que Francia tome inmediatamente la iniciativa de un desarme universal».

Un camarada consiguió que le prestaran un viejo coche. Lecoin y Barthélemy se subieron a él. El periplo iba a ser largo. De hecho, Alain y Margueritte vivían en Bretaña y Giono en la Provenza. Contaban con localizar a Giono en los Bajos Alpes, en el campamento de Contadour, ese punto de encuentro de pacifistas en torno al autor de la *Negación de obediencia* y de la *Carta a los campesinos sobre la pobreza y la paz*. Con Giono ausente, sus fieles, abandonados en la montaña, no tenían muy claro cómo afrontar la situación. Algunos hablaban de devolver su cartilla de alistamiento y transformar el Contadour en campamento atrincherado. Pero entonces vendrían los gendarmes y tendrían que luchar contra ellos. No había forma de salir de esas. Siempre lo mismo: someterse o luchar. Ante la ausencia de Giono, su amigo Lucien Jacques firmó la octavilla «Paz inmediata», en su nombre y en el de Giono. Lecoin, Barthélemy y el conductor se fueron de inmediato en dirección de Bretaña.

Victor Margueritte, de vacaciones en La Baule, acogió la visita con los brazos abiertos. Fred, muy emocionado por acercarse por fin a quien tanto había admirado, hubiera querido hablarle de Alexandra Kollontái, de Gorki (Victor Margueritte había escrito el prefacio de *La madre* del feminismo, de *La garçonne*, pero no era buen momento para tales preocupaciones. Victor Margueritte estaba ciego y muy mayor. Escuchó a Lecoin leerle lentamente el texto de «Paz inmediata». Lecoin terminó la lectura inflando la voz, por una vieja costumbre oratoria, con las últimas palabras

del manifiesto («¡Reclamemos la paz! ¡Exijamos la paz!»), y Victor Margueritte exclamó:

–Lecoin, si no hubiera emprendido este viaje para proponerme firmar este manifiesto, le hubiera guardado rencor durante toda mi vida.

Se marcharon con una cierta sensación de alegría hacia Lorient. Alain, enfermo de gota, descansaba en Pouldu. Con los setenta cumplidos, como Victor Margueritte, Alain les recibió sentado en una silla para inválidos empujada por una asistente. Lecoin creyó oportuno lanzarle un «querido camarada». Fred, que siempre había mostrado mucha reserva ante ese filósofo de pocos vuelos, guardaba un prudente silencio. Alain, muy amable, voluble, se calentó según hablaba.

–Nadie está al abrigo de ese entusiasmo prodigioso que nos hace caminar sin saber hacia dónde, siguiendo una manada bien disciplinada y decidida. Así que hay que saber decir no. Decir no, no es nada fácil. Ante toda declaración guerrera, lo mejor es guardar silencio. Si es un viejo quien se excita imaginando la masacre de jóvenes, oponerle un frío desprecio. Ante una ceremonia guerrera, la única actitud es irse. Si estamos obligados a quedarnos, pensar en los muertos, contar los muertos; pensar en los veteranos ciegos, eso enfría las pasiones. Ni siquiera es necesario silbar; basta con no aplaudir. Denme su manifiesto que lo firmo de inmediato.

Diez días después de la declaración de guerra, «Paz inmediata» estalló como una bomba. La primera bomba que estalló durante esa *drôle de guerre* (guerra falsa) en la que los beligerantes se observaban de ambos lados del Rin sin lanzar un solo disparo. Louis Lecoin y Fred Barthélemy se escondían prudentemente fuera de sus domicilios. Aun así, uno y otro fueron detenidos a finales del mes de septiembre. Se lo esperaban. Pero no se esperaban en absoluto los sucesos que vinieron a continuación, en el despacho del juez de instrucción.

Desde su primer interrogatorio Fred intuyó que tramaban algo. El juez no tardó en advertirle que la mayoría de los firmantes se retractaban, acusando a Lecoin de usurpación de firma. Afirmaban que sólo había aprobado un texto para los parlamentarios y acusaban a Lecoin y Barthélemy de abuso de confianza ya que habían redactado un llamamiento al pueblo.

Fred creyó observar una ligera sonrisa en los ojos del juez. Tampoco él se dejaba engañar.

¿Quién se había echado atrás? Giono no; ni siquiera debía de estar al corriente de su firma prestada, ya que había sido encarcelado antes de que se lanzara el manifiesto, en el fuerte Saint-Nicolas, en Marsella. Ni Henry Poulaille, ni Marceau Pivert, ni Henri Jeanson. Los casos a lamentar fueron los de los más famosos, los de aquellos que podría haberse calificado de pacifistas profesionales porque su

reputación y su obra se inscribían en esa especialidad: Victor Margueritte y Alain. Una vez más, dos intelectuales que iban dando lecciones terminaban revelándose como individuos bastante mediocres.

El juez se había desplazado a Le Vésinet, donde Alain, el autor de *Marte o la guerra juzgada*, había sido hospitalizado. Sostuvo que las palabras pescadas por la justicia en el manifiesto («Que los ejércitos, dando palabra a la razón, abandonen las armas») habían sido añadidas con posterioridad. Como el juez objetó que la mayoría de los firmantes reconocían ese pasaje, Alain contestó que él no lo recordaba, que él no había firmado nada y se quejaba de que Lecoin le hubiera llamado impertinentemente camarada.

Lecoin y Barthélemy fueron confrontados a Victor Margueritte; se encontraron así con este ciego anciano en el despacho del capitán que instruía el caso. Victor Margueritte se atrevió a alegar que habían abusado de su ceguera, que no le habían leído el verdadero texto impreso y, como si esa escapatoria no fuera suficiente, añadió esta coz: publicando esa octavilla, Lecoin y Barthélemy cometen un acto de alta traición contra Francia.

¡No hay nada tan triste como la senilidad! Sin duda, antes de morir Victor Margueritte ambicionaba volver a colgarse en la chaqueta esa medalla de la Legión de Honor que *La garçonne* le había hecho perder.

El proceso a los firmantes de «Paz inmediata» se dilató en el tiempo. Sólo Henri Jeanson y Jean Giono sufrieron el mismo tratamiento que Lecoin y Barthélemy: el encarcelamiento. Cuando los alemanes llegaron a París, los acusados todavía esperaban en sus celdas la comparecencia ante el tribunal. Pétain pronto reclamaría a su vez una «paz inmediata» a los vencedores. Pero una paz que no consideraría a Lecoin y Barthélemy como precursores. Permanecían en la cárcel sin juicio ni condena. Como les había gustado tanto España, les transfirieron muy cerca de los Pirineos, al campo de Gurs, en donde estaban internados los milicianos españoles refugiados en Francia. Una oleada de condenados echa a otra y así, cuando Fred y Lecoin llegaron a Gurs, los españoles se estaban yendo; en su lugar desembarcaban doce mil judíos alemanes, los únicos prisioneros alemanes que el valiente ejército francés había conseguido atrapar. Para compensarlo, las fuerzas de intervención de la gendarmería les recibían con golpes de culata y les gritaban injurias. Afortunadamente, la estancia de la mayoría de ellos en Francia había sido demasiado corta para asimilar la lengua de su país «de acogida». Sólo Barthélemy y Lecoin la comprendían. La vergüenza, la náusea... ¿Qué hacer con eso? Eran encerrados entre alambres de espino por una soldadesca que no comprendía nada, que no comprendía que esos judíos germanoparlantes no eran enemigos sino víctimas a las que hubieran debido proteger en lugar de aporrear.

Fred intentó alejarse de esa masa que pululaba y que se amontonaba en el centro del campo. Buscó un rincón para vomitar, para vomitar la escasa ración de la prisión, para vomitar toda su bilis, toda su repugnancia. Hubiera querido vaciarse entero de esa podredumbre que le retorció las tripas, vaciarse de todo, vaciarse de sí mismo; verter toda esa vida estúpida, atroz, repugnante; licuarse; desaparecer en un charco.

V. EL LIBRERO

(1939–1957)

*Se suprimirá el Alma
en nombre de la Razón
y luego se suprimirá la razón.*

*Se suprimirá la Caridad
en nombre de la Justicia
y luego se suprimirá la justicia.*

*Se suprimirá el Espíritu
en nombre de la Materia
y luego se suprimirá la materia.*

*En nombre de nada se suprimirá al
Hombre;
se suprimirá el nombre del Hombre;
no habrá más nombres.*

Ahí estamos.

Armand Robin,
Les poèmes indésirables, 1945

Cuando conocí a Fred Barthélemy, en 1947, en aquel Quai de la Tournelle en donde vigilaba sus cajas de librero, su cautiverio había terminado hacía dos años. ¿Cautiverio? ¿Cabe emplearse esa expresión por entonces reservada exclusivamente a los prisioneros de guerra y deportados políticos? Fred no había hecho la guerra (en todo caso, no ésa) ni tampoco había sido deportado a los campos de concentración nazis. A un ex prisionero tan poco ordinario, ni resistente, ni colaborador, no se le podía emparentar con nadie, ni siquiera con los delincuentes de derecho común. Tanto es así que no aparecía en ninguna lista. No era alguien condenable, ni que hubiera hecho méritos; ni verdugo, ni mártir; ni esto, ni aquello. No era nada. Sus años de enclaustramiento le borraban. El mundo que le acogió al regresar a París le pareció todavía más demente que el de los años 30. Más demente, terrible y opresor. Si le hubieran invitado a regresar una vez más a prisión, se habría presentado con fatalismo. Mientras todos hablaban de la Liberación, él volvía a tener la impresión de que la sociedad, el poder, jugaban hábilmente con las palabras y que la prisión de donde salía no representaba sino una antecámara de un universo carcelario cuyos límites no se discernían.

Yo no tenía forma de sospechar la tragedia que acarrearía ese librero desengañado. Durante muchos meses, nuestras relaciones se limitaron a las que van tejiendo clientes y

libreros. Luego él guió mis lecturas, prestándome libros que no deseaba vender, pero cuyo estudio le parecía indispensable. Pronto me presentó a algunos de esos extraños amigos que se quedaban durante horas, independientemente del tiempo que hiciera, delante de su escaparate. Así conocí a Armand, Lecoin o Monatte, personajes cuya importancia subestimé porque tanto ellos como Fred, y todos por las mismas razones, se encontraban fuera de juego.

No me di cuenta hasta mucho más tarde, hasta un momento en el que la vida, mis ocupaciones, mis ambiciones, me llevaron muy lejos de Fred Barthélemy, de hasta qué punto había descuidado entonces las ocasiones que se me ofrecían. Ocasiones de conocer mejor a personajes excepcionales, cargados de una historia que hoy intento restituir con tantas dificultades.

Pero a esos hombres y mujeres que rodeaban a Fred Barthélemy, ¿quién les conocía? ¿Quién se interesaba por ellos? ¿A quién influenciaban? ¿Dónde se les podía oír? Las cajas del librero en el Quai de la Tournelle parecían una balsa a la que se aferraran unos naufragos desconocidos por todos.

Comprendo ahora la sorpresa de Fred Barthélemy al ver a alguien tan joven como yo era introduciéndose en su pasado, revolviendo entre sus publicaciones, amarrándose en resumidas cuentas a esa embarcación a la deriva.

Comprendo su mal humor, sus reticencias, incluso su brutalidad para hacerme abandonar, para alejarme de su previsible naufragio.

No me habló del campo de concentración de Gurs, de sus prisiones, hasta que establecimos una gran amistad. Y como me sorprendió que nunca antes lo hubiera aludido, respondió que tanto para Lecoïn como para él resultaba imposible evocar esos campos de concentración franceses en un tiempo en el que el horror de los campos de exterminio nazis, el terror de los años de Ocupación y el rigor revanchista de los «depuradores» acaparaban toda la atención. Comparados con la monstruosidad del holocausto judío, con las abominaciones de las deportaciones a Alemania, ¿qué importaban los campos instaurados por Daladier? Millones de suplicios en aquéllos, algunos miles en éstos. La historia registra el sufrimiento sólo al peso. La matanza de San Bartolomé pesa mucho más que el suplicio de Damián.

–Aun así, un buen burgués radical socialista y unos gendarmes republicanos son igual de eficaces en la represión que un dictador nazi y las SS –me contó Fred Barthélemy–. En Gurs estábamos unos mil doscientos acusados, mil doscientos acusados a espera de juicio, presuntos inocentes por tanto (aunque cuando te encierran a cal y canto eres un presunto culpable), en barracones plantados sobre un terreno pantanoso que cada lluvia

transformaba en cloaca. Para ir a las letrinas teníamos que pasar por unos puentes de tablones de madera. En noviembre de 1940, una vez trasladados a otro lugar los últimos «refugiados» españoles, llegó una marea de hombres y mujeres de todas las edades, con niños y bebés, dando traspiés bajo la carga de sus petates. Algunos, al desplomarse sobre el barro, recibían varazos de los guardias. Y la lluvia caía sin parar, chorreaba sobre esas familias en extraña marcha. Les mirábamos sin comprender nada, preguntándonos de dónde podían venir y por qué les internaban. Los guardias separaban las parejas, enviaban a las mujeres a una punta del campo con sus hijos y a los hombres a la otra punta. Cuando nos dijeron que se trataba de judíos alemanes, no les creímos. Aunque hablaran alemán, también había algunos que sabían francés. Nos explicaron que eran alsacianos. Judíos y franceses. Franceses y orgullosos de serlo. No comprendían por qué, después de haber huido de Alsacia al ser invadida por los alemanes, sus compatriotas les encerraban entre alambres de espinos. Su asombro igualaba el nuestro. La mañana del día siguiente encontramos una veintena de esos alsacianos suspendidos a las alambradas, electrocutados mientras intentaban evadirse.

»Los días siguientes, esos supuestos alemanes murieron con una rapidez tal que los sepultureros, sobrepasados, apiñaron los cadáveres en un barracón, amontonándolos unos sobre otros. Llegaban ratas de todos sitios; ratas que

pronto acabaron con su carroña y que emprendieron el asalto a nuestras cabañas. Nos batíamos toda la noche contra esa jauría a zapatazo limpio. Pero aquello no era nada. Lo más abominable llegó cuando los nazis ocuparon la zona libre y el gobierno de Pétain les entregó a los judíos del campo con un regalo extra: los alemanes antifascistas que se hallaban entre nosotros. Nuestro campo era horrible; pero menos, mucho menos horrible que Auschwitz o Dachau. Cuando nos liberaron en 1945 volvimos a cruzarnos con unos nuevos inquilinos: colaboradores, o presuntos colaboradores. Les dejamos nuestras pulgas y nuestras ratas. Y nuestros guardianes, infatigables.

»Y ya ves tú, no consigo olvidar ese campo. Me he quedado con su olor. Un olor a mierda, a paja podrida, a fango. ¿No lo hueles?

Me tendió el brazo, metiéndome la manga de su chaqueta bajo la nariz.

–¿Hueles ese olor a muerte, a descomposición, eh?

Dije que sí, por no llevarle la contraria.

En otra ocasión me habló de la estupefacción que había sentido al regresar de Gurs ante esa especie de eliminación operada durante su ausencia. Eliminación de su pasado, de los hombres que habían contado en su vida. Trotsky asesinado en Méjico mientras Stalin volvía a vestir el

uniforme del mariscal de campo en Moscú. Volin muerto de tuberculosis, como Majnó, y también incinerado en el Père-Lachaise. Muerto también Guilbeaux, antisemita y profascista. ¿Cómo Lenin y Romain Rolland pudieron equivocarse tanto acerca de ese intrigante cuando incluso en Moscú toda su persona apestaba a podredumbre? Pero ¿quién no se había equivocado? Fred Barthélemy siempre había desconfiado de Frossard, pero ¿quién hubiera podido imaginar que él, uno de los fundadores del partido comunista francés, llegaría a votar los plenos poderes de Pétain en 1940? O que Paul Marion, el antiguo fundador de la escuela de bolchevismo de Bobigny, sería ministro de Laval-Pétain... ¿Quién hubiera osado especular con que el «gran Jacques» terminaría su carrera política, tan brillante en sus inicios, con el uniforme de las SS? Muertos de muerte natural, como suele decirse, Victor Margueritte, Sébastien Faure y Romain Rolland. Fusilados al estilo GPU, Laval, Drieu, Louis Renault. Laval fusilado, Drieu suicidado, Renault asesinado en la cárcel. Y Thorez, el rival de Doriot, había desertado de su regimiento el 3 de septiembre de 1939 para refugiarse en la Rusia de Stalin, por entonces aliada de Hitler; y más tarde había recibido su recompensa convirtiéndose en ministro de la IV República... Fred Barthélemy monologaba delante de mí enumerando ese baile de posiciones. Terminaba echando de menos el campo de concentración de Gurs, en donde afirmaba no haber encontrado más que justos, inocentes, puros, refractarios. ¿Acaso no era normal que en esos tiempos de locura

guerrera los verdaderos pacifistas fueran encerrados como anormales, como inadaptados? ¿No era normal que Eugéne Humbert, encerrado en la cárcel de Amiens por su negativa a tomar las armas, pereciera en su celda bajo las bombas inglesas?

Liberado en 1945 después de seis años de internamiento, sin juicio y por tanto sin condena, liberado sin explicaciones, sin excusas y por supuesto sin indemnizaciones, Fred Barthélemy regresó junto a Claudine, que le esperaba en Billancourt. No le costó demasiado conseguir un puesto de ajustador, pero la dictadura ejercida por la CGT comunista, ahora sindicato único y omnipresente, le iba echando de una fábrica a otra. Atrapado entre los patronos, que expulsaban a los agitadores, y la CGT, que se esforzaba por evitar cualquier desborde por su izquierda, Fred pasaba de un empleo a otro. No era una época fácil ni para los libertarios (pocos), ni para los trotskistas (discretos) ni los socialistas de izquierdas (desamparados). El «partido de los fusilados» designaba coloquialmente a los miembros de esas tres corrientes como «sociopolis», lo que evitaba todo debate.

Fred volvía a encontrar en París el ambiente de Moscú y de Barcelona. Un ambiente de sospecha, de delaciones, de arreglos de cuentas. Stalin, tocado con su gorra militar, fascinaba a toda la izquierda. Un verdadero terror estaliniano esterilizaba a toda la intelligentsia europea. Y

cuando alguno se atrevía a reaccionar, como ese Arthur Koestler, tráfuga del Komintern como Barthélemy, la intimidación entraba en escena. El mismo Jacques Duolos se había puesto a la cabeza de una delegación en las oficinas de la editorial Calmann–Levy para exigir que no publicaran *El cero y el infinito...*

Me llamaba la atención que Fred Barthélemy y sus amigos siempre hablaran del partido comunista (que se enorgullecía de ser «el partido de los fusilados») como «el partido de los fusiladores». Un día mostré una cierta molestia ante ese juego de palabras demasiado fácil; Lecoin me dijo:

–Mira chaval, como nos hablas tan a menudo de la Comuna de París, piensa en los versalleses. Siempre me han parecido extremadamente viles y sanguinarios. Pero no eran sólo burgueses... Yo creía que los de mi clase, la clase de los pobres, no cometerían nunca acciones así de infames. Y las cometieron. Cien mil seres humanos ejecutados sumariamente... No les juzgaron; se vengaron.

Mi apreciado Louis Lecoin (por entonces fuera de circulación)... Llegaría a frecuentarlo bastante más tarde, en tiempos de su cruzada en favor de los objetores de conciencia. Al contrario que Fred, él no había permanecido en Gurs. Le deportaron al Sahara junto a otras quinientas «cabezas pensantes» asignadas a romper piedras en

Sidi-Bel-Abbés. Y esos años de internamiento le habían aturdido tanto como a Fred.

Los dos rumiaban sus desencuentros. Armand, por su parte, recurría al sarcasmo. Ya por entonces él me parecía muy viejo, con su gorro de lana hundido hasta las orejas, embutido en un sin fin de prendas superpuestas. Armand representaba la tendencia del anarquismo individualista. Para él, Barthélemy y Lecoin eran unos peligrosos desviacionistas a los que a veces trataba de politicastos. Les prevenía contra lo que llamaba el romanticismo de Lecoin y me exhortaba a no seguir a Barthélemy en sus «imbecilidades».

–No olvides nunca que ha sido un adherido.

–¿Un «adherido»?

–Sí, adherido a los bolcheviques. Siempre se ha mordido las uñas por ello. Pero si el anarquismo ha muerto en Rusia y muere en Francia es a causa de los adheridos. Toma, léete esto en casa.

Me dio un impreso, una reproducción de su revista L'En Dehors, de noviembre de 1923. Se trataba de una respuesta al *Manifiesto de los adheridos*, esos anarquistas rusos que creyeron oportuno sumar sus fuerzas a las de los bolcheviques. Todo aquello me parecía muy lejano. Pero la calidad del tono de ese contra-manifiesto me retuvo. Es un

texto poco conocido; sería una pena dejarlo pasar. Aquí está:

«Los ciudadanos adheridos me permitirán señalarles que podrían haber esperado a que se enfriaran los cadáveres o a que se cerraran las heridas de aquellos antiguos compañeros de ideas suyos fusilados o torturados por la policía de seguridad comunista. ¿El heno del pesebre bolchevista es tan apetecible que aniquila toda reserva? Este manifiesto es un gesto carente de nobleza en la misma hora en que aparece un nuevo código criminal ruso que encierra artículos destinados a castigar el delito de propaganda anarquista, artículos que no tienen nada que envidiar a las viles leyes de nuestros países capitalistas. Por mucha prisa que tuvieran de participar en la arrebatilla, los adheridos podrían haber elegido otro momento.»

¡Cuánta lucidez! Pero ello no impedía que el septuagenario Armand me pareciera casi un plasta. La lucidez brilla a menudo con una luz demasiado viva. Resultan mucho más turbadoras las penumbras de la ambigüedad, los meandros de las contradicciones... Fred Barthélemy me intrigaba. Su pasado, que poco a poco descubría, me deslumbraba. ¡La Revolución de Octubre, la guerra civil española! ¡Qué prodigioso testigo!

El día en que me llevó al Quai de Valmy, a la sede de la Federación Anarquista, quedé definitivamente conquistado.

Tanto más cuanto encontré allí a Germinal y éste me invitó poco después a ir a verle a un pequeño apartamento que compartía con una refugiada española. Me presentó con mucho orgullo a su hijo, al que habían bautizado, con toda la lógica del mundo, Floreal.

Como Germinal tan sólo tenía treinta y tres años y era de carácter afable, enseguida entablamos amistad. Si Fred Barthélemy me había introducido en el movimiento libertario, Germinal se convirtió en mi guía dentro de él. Era un habitual tanto del 145 del Quai de Valmy como de la Rue de la Douanne, donde se encontraba la sede de la CNT en el exilio. En realidad, en esa postguerra en la que el partido comunista se sumaba todos los éxitos de la Resistencia y de la Liberación, la Federación Anarquista (que sucedía a la Unión Anarquista de antes de la guerra) se contentaba con ir tirando. Sólo los anarquistas españoles formaban un grupo sólido y entusiasta. La guerra civil española y su empeño en continuarla (el internamiento en los campos de concentración franceses les parecían un episodio más de la contienda), la participación de muchos de ellos en el maquis francés o la presencia de los líderes que les acompañaban en el exilio (principalmente Federica Montseny) contribuían a propulsar a la CNT y a la FAI como los motores del movimiento libertario internacional. Germinal, que había participado en la Resistencia junto a un grupo de exiliados de Barcelona, aseguraba el contacto entre la FA y la FAI. Pero

me parecía claro que se sentía más cómodo entre los españoles que con los franceses.

Su presencia y su fuerza eran legendarias. Corrían todo tipo de anécdotas sobre sus hazañas en el maquis. Su última proeza databa del 1 de mayo de 1946, cuando los anarquistas, que iban cerrando la manifestación, fueron aporreados por los comunistas bajo la indiferente mirada de la policía. Germinal molió a palos a una veintena de agresores con el asta de su bandera rojinegra. El resto se marchó sin nada que objetar.

Enseguida nos volvimos inseparables. Todo el mundo bromeaba con nuestra diferencia de talla. Él mismo jugaba con ello agarrándome de vez en cuando por la cintura y alzándome por encima de su cabeza mientras gritaba «¡Un pequeño mujik! ¡Un mujikito!». La broma le gustaba mucho. A mí muchísimo menos. Pero a Germinal le hubiéramos perdonado todo por su contagioso buen humor, por su ánimo y por la inocencia de su risa.

Manifestaba un afecto y unas atenciones extremas con su padre. A través de una actividad algo desordenada, Germinal intentaba atenuar la marginación de Fred Barthélemy, la propensión que éste manifestaba por vivir retirado, excluyéndose a sí mismo de toda actividad militante por masoquismo, como si quisiera acentuar el rechazo del que era objeto. Corría del puesto de libros, en el Quai de la Tournelle, a las oficinas de *Le Libertaire*, en el

Quai de Valmy, como si fuera depositario de una importante misión. Liberaba a Fred de todas las tareas grises pero indispensables: distribución de octavillas, pegada de carteles, presencia activa en las reuniones, venta callejera de periódicos, mantener abierta la sede... Disculpaba así su ausencia diciendo que él le representaba. La amistad que me dedicaba parecía también la prolongación de la atención que me manifestaba Fred. Este me había presentado a sus amigos y recomendado en el Quai de Valmy. Germinal tomaba el testigo. Incluso fue más allá al introducirme en la intimidad de su padre. Nada le permitía imaginar que el joven que acogía con tanta generosidad se convertiría un día en el biógrafo de Fred Barthélemy y sin embargo actuaba como si fuera consciente de ello. Por otra parte, tenía a su padre en tan alta estima que consideraba que todo lo que le concernía merecía ser sabido.

–¿Te ha hablado de Flora?

–¿Flora?

–Sí, mi madre. ¿No?... ¿No te ha hablado de Flora?

Germinal se ofendió. Yo no comprendía por qué tendría que haber sabido de la existencia de esa mujer. E insistió:

–Es curioso, ¿no?, que no te haya dicho nada. A ti, que te gusta la pintura moderna...

Me llevó a ver a Flora. Pero a Flora, claro, la conocía de oídas. ¿Quién no había oído hablar de ella en el mundillo de quienes se interesaban por la historia del arte contemporáneo? Flora regentaba una galería de pintura en la Rue de Seine donde podían contemplarse los mejores soutine, los chagall de la mejor época y unos admirables baskine (se sabía que había sido su musa).

Flora pertenecía ya a la legendaria Ecole de Paris y todas las obras sobre la pintura de los años 30 la evocaban. Que una persona tan ilustre estuviera vinculada al pasado de Fred Barthélemy y que fuera además la madre de Germinal, me dejó estupefacto. Imaginaba que sería muy mayor, ya que pertenecía a una generación de artistas si no clásicos, al menos reconocidos. Me llevé una gran sorpresa al encontrar una mujercita que tan sólo se iba acercando a los cincuenta y que conservaba de los *années folles* la moda del pelo cortado a la *garçonne*, un maquillaje de opereta y un traje de chaqueta estilo Chanel. El lujo de la galería y la fortuna que presentaban los cuadros colgados en las paredes cubiertas de terciopelo granate chocaban tan brutalmente con la imagen del librero casi vagabundo del Quai de la Tournelle que parecía inverosímil imaginar una relación amorosa entre dos seres tan dispares. Y aun así todo aquello era cierto, como descubriría poco a poco a través de los recuerdos de Germinal, de las reticentes confidencias de Fred y, sobre todo, de los coloridos y exuberantes relatos de Flora a partir del momento en que me admitiera en su

círculo. Sin la contribución de Flora este libro no hubiera existido.

Sin embargo, mi primer encuentro con ella fue breve. Me recibió con mucha desenvoltura. Más tarde supe que la resuelta forma en que trataba a sus visitas ocultaba sutiles heridas; al igual que la vulgaridad de su lenguaje ocultaba una sensibilidad protegida tras un caparazón. Me tuteó de entrada a causa de mi edad y la emprendió con Fred Barthélemy con brío:

–Vaya chaval, ¡tú sí que puedes decir que tienes suerte! Quedar bajo la protección de Fred, así, desde el principio... Te llevará muy lejos en la vida. ¡Ya ves a dónde le han llevado a él sus gilipolleces! Ahí mirando cómo pasan, pasan y no se paran. No, no los barcos; los clientes... A mí me basta con un cliente por mes y yo como caviar. Él, el pobre idiota, tiene que pasarlas canutas para pagarse un tentempié en un bar de viejos. ¿Has visto su pinta? No quiero que vuelva por aquí. Ahuyenta a mis puteros. Eso no es un hombre, ¡es un espantajo!

–Deja que se desahogue –dijo Germinal–. Se pasarán la vida con escenas como ésta. Pero no pueden pasar el uno del otro.

Flora se indignó:

–¡Vaya con el niño éste que tuvimos de críos! ¡Qué idiotas! Y no ha dejado de crecer, como para que no se nos olvidara... Y ahora no para de incordiar yendo de uno al otro, así, para que no nos olvidemos. Sin Germinal hace mucho que habría despachado a tu Fred de tres al cuarto.

Y luego, dirigiéndose a su hijo, enojada:

–Y ahora me traes otro tipejo. Anda, llévate tus trastos, que yo ya estoy cansada de tus tejemanajes. ¿Qué quieres que haga con tu amiguito? Vienes a enseñarle Flora, la Flora de Fred... Pues esto no es un zoo. ¿Quieres que le enseñe el culo ya que estamos?

–Vente –me dijo Germinal–. A veces se le va la cabeza.

De aquel primer encuentro con Flora conservé durante mucho tiempo una impresión incómoda, la desagradable sensación de haberme introducido en una zona privada de la vida de Fred Barthélemy. Lo más extraño es que la semana siguiente Fred me invitó a comer en Billancourt y allí conocí a Claudine, cuya existencia yo ignoraba. Creía que Fred vivía solo, en alguna buhardilla del barrio de Maubert. Era cierto; pero ello no le impedía mantener buenas relaciones con Claudine y con sus dos hijos.

Claudine había entrado a trabajar en Renault mientras Fred estaba internado en Gurs. Todavía conservaba ese empleo. Descubrí encantado a Mariette y a Louis. Veintiuno

y diecinueve años; dos edades cercanas a la mía. Me hablaron largo y tendido de esos albergues juveniles que tanto les entusiasmaban. Ni el uno ni el otro se parecían a Fred o a Germinal. Con sus ojos castaños, Mariette se asemejaba más a su madre, y Louis a quien sabe qué lejano pariente.

También entonces me quedé sorprendido de entrar en la intimidad de Fred Barthélemy, de repente, así, sin previo aviso. Intentaba imaginarle como esposo de la dulce Claudine, cuya acogida tanto contrastaba con la de Flora. Había preparado una comida muy sencilla y me recibía como al amigo de sus hijos que todavía no era. También ellos mostraron un carácter semejante, la misma amabilidad que su madre. Como yo conocía muy poco los albergues juveniles, no pararon hasta que me convencieron de acompañarles un fin de semana. Ellos mismos me inscribieron enseguida y efectuaron las gestiones necesarias para hacerme alberguista cuanto antes.

Aquella tarde regresé a París en compañía de Fred, encantado con ese domingo. Me sorprendió que Fred me animara a seguir a sus hijos a los albergues juveniles:

–Ahí es donde se encarna hoy el verdadero espíritu libertario –me dijo–. Las cosas cambian, los lugares en donde sopla el espíritu se desplazan. Te he llevado al Quai de Valmy porque quería que descubrieras las estructuras de la organización. También hacen falta estructuras. Pero el

espíritu vuela y a veces va a otros sitios. Es importante no perder su rastro. Tú piensas que Germinal continúa mi combate. Es cierto y no es tan cierto. En realidad, Mariette y Louis se acercan mucho más a la verdad. Germinal sigue demasiado ligado a los españoles. En su casa, en su compañera, entre sus camaradas, veo la misma mentalidad que paralizaba a Majnó y a Volin: el romanticismo del exilio. No aceptan que su guerra se ha acabado, que no recuperarán la España de antes de Franco. El tiempo es el mayor enemigo del exiliado. El tiempo y el olvido. Afortunado Durruti, afortunado Nin y afortunado Pestaña, que murieron antes de conocer la victoria de Franco... Afortunados los muertos que no conocen la podredumbre del exilio... Sé que eres amigo de Germinal, un tipo formidable, pero que es ya, como tú, un hombre del pasado; como Lecoin, o como Armand. El local del Quai de Valmy también es pasado. La libertad se expresa ahora a través de la naturaleza, en la vida natural. Escucho a Mariette y a Louis con mucha atención. No se imaginan que ellos y sus amigos son los verdaderos libertarios, los nuevos libertarios. Me hablan de la gestión directa de sus albergues, del «padre» y la «madre» del albergue, que tanto se parecen a las madres que antes acogían a los artesanos aprendices de los Compagnons du Tour de France. Me hablan de sus noches en torno a una hoguera, de sus charlas, sus canciones y sus nuevas referencias: Giono, Prévert... Sí, ahí es donde sopla nuestro espíritu. Acompáñales ya que te invitan.

Seguí a Mariette y a Louis algunos fines de semana y pronto me cansé de esa euforia por la clorofila. Es cierto que durante aquellos años ideológicamente opresivos que sucedieron a la Liberación, los albergues juveniles representaban una bocanada de aire fresco, un lugar de libre discusión; es cierto que las nociones de paz, libertad, igualdad, fraternidad e inconformismo se refugiaron allí. Y es muy cierto que el futuro se edificaba más allí que en el Quai de Valmy. Pero las orillas del canal Saint-Martin me resultaban mucho más atractivas que los montes del bosque de Fontainebleau. Y el pasado que expresaban Fred y Germinal me fascinaba. Tanto que, entre el Quai de la Tournelle y el de Valmy, mis itinerarios no variaban mucho. El local de la sede de la FA era miserable. Pero en sus estanterías de madera blanca se amontonaba una enorme cantidad de libros. Los periódicos se amontonaban sobre una mesa, cerca de la caja, en donde un guarda somnoliento en teoría vigilaba el local. Muchos jóvenes de mi edad pasaban por allí. La mayoría obreros, que contrastaban con los antiguos militantes, artesanos o correctores de imprenta. Por aquel cuchitril casi no aparecía ningún intelectual: todos pasaban revista ante los caciques del partido comunista en posición de firmes. Algunos, al ser excluidos y quedarse sin un lugar en donde pavonearse, vinieron a vernos brevemente antes de sumarse a los trotskistas, con quienes se sentían menos fuera de lugar. Me gustaba el ambiente siniestro del canal Saint-Martin, los viejos puentes metálicos, las barcazas con carbón, las

tiendas de los carboneros. Me gustaban las reuniones de la Rue de Lancry, camino de la Place de la République. Por allí se veían pantalones de pana –de los excavadores–, monos de trabajo recién salidos de la lavandería y gorras populares con visera. Uno podía creerse en una novela de Eugéne Dabit, que no era de los que menos me gustaban. Me veía a menudo con *Germinal* en la sede de la CNT, en la Rue de la Duanne, bajando el canal. Como Fred enviaba de vez en cuando algún artículo a *Le Libertaire* a veces iba a esperarle a la Imprimerie du Croissant. Terminábamos la noche junto a los compañeros, justo en frente, en el bar en donde Jaurés había sido asesinado.

De mis primeros años en ese movimiento libertario conservo un tierno recuerdo.

Y... Lo olvidaba... El canal Saint–Martin no era el único lugar que me atraía. También solía acercarme a la Rue de Seine, a la galería de Flora que, ante mi insistencia, había terminado adoptándome entre refunfuños.

Olvidar a Flora, ¡qué hipócrita! Flora era inolvidable. La forma en que me había mandado a paseo, la forma en que hablaba de Fred Barthélemy deberían haberme ahuyentado. Hubiera sido más normal que me apresurase en pos de esa Mariette cuyos hermosos ojos castaños me miraban a veces con insistencia. Seguir a Mariette y a Louis en sus excursiones campestres, con buen humor, pantalones cortos de tela y mochila en la espalda, sí, eso

hubiera sido lo normal para mi edad y no el obstinarme en pasar tanto tiempo en esa galería de la Rue de Seine, delante de los retratos de mujeres con ojeras y labios gruesos y demasiado rojos, como sangrantes heridas.

Al principio Flora hizo como si no me reconociera. Quizás no lo hacía. ¿Qué importancia podía prestar a un jovencito mal vestido cuando la flor y nata de los nuevos ricos frecuentaba su galería? El dinero mal conseguido, el dinero de inconfesables beneficios de guerra se intercambiaba en esa tienda de lujo contra obras que, en su totalidad, habían sido concebidas veinte años antes por artistas famélicos y desesperados con colores casi insostenibles que reflejaban sus obsesiones. Esas obras, que hoy veo repartidas entre los grandes museos de Europa y de América, estaban entonces confinadas en un pequeño espacio e iluminadas por lámparas eléctricas demasiado débiles, dando al sombrío local un ambiente sofocante. Flora siempre se quedaba en el fondo, sentada en un sillón blanco, vestida de negro, resaltando así el color rubio de su cabello y sus ojos azules. Cogía entre sus dedos una larga boquilla de fumar y se entretenía haciendo volutas con el humo mientras observaba, detrás de esa pequeña nube, a los visitantes que contemplaban los cuadros. Muy a menudo había hermosos jóvenes rodeándola, a sus pies. Quizás estuvieran de pie, pero el recuerdo que tengo les presenta a sus pies, de rodillas o algo por el estilo. Por supuesto, yo les envidiaba, sentía celos. Sabía que Flora tenía edad suficiente para ser

mi madre. Lo sabía, pero qué importaba... Flora se parecía tan poco a mi madre, a una madre. Me parecía que era igual que Louise Brooks y había colgado en la habitación de mi pensión, enfrente de mi cama, una foto de la actriz recortada de una revista, sentada en un sillón, avanzando sus provocadoras piernas, vestida con un vestido de Patou.

Un día Flora se dignó a verme. Estábamos solos. Ella vino hacia mí, siempre igual de altiva pese a su corta estatura y me dijo señalándome el suelo:

–Me voy durante una hora. Tú te quedas aquí, como un perrito.

Por fin me concedía un hueco. Me veía. Si me hubiera pedido ladrar, lo habría hecho. Pero no, Flora soltaba increíbles groserías unas veces y luego cambiaba de humor, se mostraba jovial, divertida, afectuosa. Ese día, precisamente, reapareció pasándome su satinada mano por la nuca, como una caricia.

–Bueno, está bien –me dijo–. Te quito la correa. Ya puedes corretear. Nuestras relaciones siempre permanecieron entrecortadas por duchas frías. Yo no sabía cómo me acogería cuando giraba el pomo de la puerta. A veces era:

–¿Y esto? ¿Otra vez tú? ¡Pero qué pegajoso!

Otras la acogida era más agradable:

–Hombre, mi chico, ¿vienes a echarme una mano? Mira, precisamente tenía que llevar este paquete urgente a...

Lo peor era cuando simulaba no verme y coqueteaba en medio de sus beldades.

Luego se acostumbró a mi presencia. O yo me acostumbré a su carácter. En cualquier caso, terminó por dejar de tratarme como a un perro y me habló. A veces, al caer la tarde, hacia las siete, encargaba un par de tazas de té en el bar de al lado, un hurraño camarero nos las traía y ella cerraba la tienda. Ay... Esos momentos de intimidad casi en la penumbra, con todas las luces de los cuadros apagadas. Es Flora quien me transmitió ese gusto por el té, esas ganas de té al caer la tarde, que nunca he perdido. Flora para mí solo, y ella sólo me hablaba de Fred Barthélemy. Todo lo que sé de sus años vagabundos, de su amor apasionado, viene de esos atardeceres en la galería de la Rue de Seine. En realidad, no es a mí a quien invitaba, sino a Fred. Es a Fred a quien ella hablaba. Yo no era más que el sustituto, el doble. Y yo escuchaba. Encantado.

Fred nunca pronunciaba el nombre de Flora. Yo le hablaba de nuestros encuentros e hice varias alusiones a sus confidencias sobre su infancia en Belleville.

–¿Te ha hablado de Delesalle?

–No.

–Siempre se salta lo más importante. Pobre, mi viejo amigo, mi verdadero padre, se está muriendo.

Delesalle no era a mis ojos más que un momento de la historia del movimiento obrero. Le creía muerto desde hacía mucho.

Pocas semanas después, Fred me pidió que le acompañase al Père-Lachaise a la incineración del cuerpo de Paul Delesalle. Había muy poca gente en compañía de Léona. Maitron, Dommanger, el presidente del Sindicato de Librerías... Fred insistió en que esperásemos a las delegaciones obreras. Como no llegaban, se condujo el féretro al crematorio.

A la vuelta, acompañé a Fred Barthélemy al Quai de la Tournelle. Estaba muy pálido, aún más prematuramente envejecido que de costumbre.

–No han venido –me repetía–. ¡No han venido! Jouhaux es demasiado rencoroso. No sabe perdonar...

–¿Perdonar el qué?

–Delesalle dijo de él que era «un tipo que ha acabado mal». Lo que le corresponde perfectamente. Pero aun así no todos han acabado mal. Tendrían que haber venido, pese a Jouhaux. Date cuenta... ¡Delesalle olvidado por los sindicatos!

Yo le estaba ayudando a abrir sus cajas de librero. Me puso una mano en el hombro y me pidió que le prometiera que al morir también él iría al crematorio del Père-Lachaise.

–Germinal hará todo lo que usted desee. Y Mariette...

–Sí, sí... Pero nunca se sabe. Tú se lo recuerdas. Te parece tonto, ¿eh? ¡Qué importa mi carroña! Pero en el columbario del Père-Lachaise; me gustaría mucho reunirme allí con Delesalle, y Majnó, y Volin. Toda mi familia está allí, reducida a cenizas. Me reservas un nicho en el columbario, cerca del de Delesalle. Delesalle es el número 14942.

A partir de las exequias de Paul Delesalle, Fred Barthélemy se encerró en una altiva soledad. Dejó de escribir por completo, incluso para *Le Libertaire*. Otra muerte le alteró. No le afectó como la de Delesalle, pero le alteró. La de Nikolái Berdiaev, en Clamart. Berdiaev y Prunier fueron siempre para él un enigma. En los escritos de Berdiaev había hallado un análisis del poder y del Estado de un rigor y de una lucidez impresionantes. Pero el misticismo del filósofo ruso le desconcertaba. Como todos los anarquistas, desconfiaba de todo lo que manifestara un tinte religioso o incluso espiritualista. Aun así, me hizo descubrir a Berdiaev y esa lectura sigue siendo una de las que más me han marcado.

El caso Kravchenko sacó un poco a Fred Barthélemy de su aletargamiento. Ese alto funcionario ruso, delegado en

Washington, se había dado a conocer al «elegir la libertad» y publicar bajo ese título, en 1947, un libro que desencadenó una avalancha de insultos, sarcasmos, mentiras y calumnias. Seguía de moda la admiración de todo lo que fuera moscovita. Poner en cuestión los planes quinquenales, la colectivización agraria, el socialismo patriótico, ¡qué falta de pudor! Toda la intelligentsia occidental consideró la obra como una monstruosidad, evidentemente obra de la CIA. A instancia de Kravchenko, que insistía en probar su existencia real, muy cuestionada, se inició un proceso por difamación en París.

La llegada de Kravchenko suscitó una reunión en una sala de La Mutualité bajo el título «Kravchenko contra Francia». Nada más ni nada menos. Un ruso denunciaba los campos de concentración soviéticos (entre otras gracias bolcheviques), esos campos sobre los que se guardaba un púdico silencio, y le acusaban de estar «contra Francia»... Tranquilos, caballeros, tranquilos. Aunque el partido comunista había conseguido el 28,6% de los votos, aunque contaba con varios ministros en el gobierno, todavía no había engullido toda Francia. Hay que decir que escuchando a los intelectuales que llegaban para atacar a Kravchenko, uno tenía la impresión de que así fuera, de que la Francia soviética también se había ganado el derecho de acceder al papel de satélite, como Polonia. El inefable Garaudy se hallaba flanqueado por el deán de Canterbury y por Joliot-Curie, entre otros defensores «incondicionales» de la

URSS. En cuanto a Vercors, más le hubiera valido guardar ese «silencio del mar» que le había proporcionado gloria y fortuna, en vez de declarar: «Kravchenko debería conocer la misma suerte que los criminales de guerra».

Ni una sola personalidad de izquierdas, ni un solo liberal, ni un solo demócrata sedicente cristiano aceptó oponerse a los acusadores de Kravchenko. Sus únicos testigos eran ucranianos, como él, y como él exiliados, supervivientes de esa hambruna planificada que mató entre cuatro y cinco millones de personas en 1933. ¡Ucranianos! Fred Barthélemy vio allí un último repunte, una última tentativa de revancha de la majnovchina. Pero ¿quién recordaba todavía a Majnó?

Todos esos ilustres intelectuales llamados a declarar proclamaron con una misma voz la inexistencia de campos de concentración en la URSS. Fue entonces cuando avanzó una mujer que presentaba la singularidad de haber estado deportada tanto en los campos bolcheviques como en los campos nazis. Era además la viuda de Heinz Neumann, uno de los antiguos líderes del partido comunista alemán, diputado en el Reichstag y desaparecido en Moscú, en los sótanos de la GPU, en 1937.

La historia que narró Margarete Buber-Neumann resultaba inverosímil. Se clamó entonces contra el fraude. Su declaración, horrible, fue cortada una y otra vez por los sarcasmos y las bromas de los amigos de sus verdugos, con

quienes el presidente del tribunal mostraba mucha consideración. Como Margarete Buber–Neumann había aludido a Erich Mühsam, algo en lo que nadie reparó porque para todas esas gloriosas mentes el autor de *Staatsrason* resultaba perfectamente desconocido, Fred Barthélemy intentó localizarla en Alemania.

Fred no había coincidido con ella durante su periodo ruso; Margarete Buber–Neumann había llegado a Moscú en 1932 huyendo del nazismo, buscando exilio en compañía de su marido. Uno de los amigos de Germinal, un austríaco que había sido compañero de armas suyo tanto en la brigada Durruti como en la Resistencia, hizo de intermediario e intérprete.

Al igual que Fred Barthélemy, Margarete Buber–Neumann era depositaria de una fabulosa memoria política. Pese a todas sus aventuras, conservaba una sorprendente juventud. Tan sólo tenía un par de años más que Fred, pero mientras él parecía roto y cansado, Margarete irradiaba una enorme vivacidad e incluso, por muy curioso que pueda parecer, optimismo. Ella imaginaba que la verdad terminaría estallando en el proceso Kravchenko. Se equivocaba. O no... No se equivocaba del todo porque aunque por aquel entonces el proceso parecía producto de fantasías, terminó sembrando la duda. A partir de entonces empezó a resquebrajarse el edificio que el terrorismo bolchevique había instituido en Francia tras 1945. Habría que esperar

todavía mucho para que naciera una *nouvelle gauche*, una nueva izquierda en los años 60, pero ahí estaba la brecha.

Ir al encuentro de Margarete Buber–Neumann significaba para Fred regresar a un pasado que le angustiaba. Una vez más, interrogaba su destino. En sus confidencias, volvía una y otra vez a ese «error», al error de Mühsam, de Victor Serge, de Monatte, de tantos otros libertarios que creyeron que la Revolución de Octubre abría una nueva era y que se dejaron embaucar por los bolcheviques. Margarete y su marido, militantes comunistas, no presentaban un caso exactamente similar. Sin embargo, Stalin ajustaba todos los relojes para que diesen la misma hora. Y el de Heinz y Margarete Neumann se retrasaba. Aunque lo ignoraran al llegar a Rusia, por entonces ya habían perdido su cita con la historia.

Los periódicos, que apenas tomaron en serio la declaración de Margarete Buber–Neumann, reprodujeron superficialmente el relato de su odisea desde los campos soviéticos hasta los campos nazis. Fred no quería que se dejase nada. Margarete le narró, con tono monocorde, todo lo que llevaba en las tripas. Hablar le aliviaba un poco. Le contó cómo Heinz y ella habían sido huéspedes privilegiados de Stalin en Moscú; cómo Heinz fue enviado en misión a Barcelona, ante el PCE; cómo, a partir de entonces, tanto para él como para tantos otros implicados en la guerra civil española, todo cambió. Heinz Neumann

fue arrestado bajo acusación de trotskismo, de zinovievismo, de kamenevismo y de bujarinismo. Resultaba complicado reunir tantos pecados contradictorios. Tan complicado como salir absuelto de ellos. Y resultaba complicado que la compañera de un criminal semejante permaneciese en libertad. Margarete fue encarcelada sin que el motivo de su arresto le fuera nunca notificado.

–La infección ha llegado hasta los países capitalistas –dijo Fred–. En 1939 me pusieron a la sombra sin ser juzgado y no salí hasta 1945. Los campos de concentración franceses son un tabú semejante al de los campos de concentración rusos. Si he comprendido bien, Stalin entregó a Hitler, como regalo entre amigos, a los alemanes antinazis que se pudrían en sus campos, al igual que Pétain y Laval dieron a la Gestapo a los alemanes antinazis y a los judíos encerrados en los campos franceses.

Margarete Buber–Neumann seguía contando. Su encarcelamiento en Butyrki, su deportación a Karaganda:

–Cuando me sacaron de Karaganda, junto a otros alemanes, en 1940, Zensl Mühsam también acababa de regresar de Siberia...

Fred recordaba muy bien a la compañera de Mühsam durante su encuentro con el escritor alemán en compañía de Durruti. Alta, delgada, con el pelo trenzado en torno a la cabeza. Una mujer distinguida, elegante.

–Nos encontramos en Butyrki sin comprender nada –continuó Margarete–. Lo más extraño es que los guardianes nos trataban con cuidado, que nos daban bien de comer, teníamos derecho a baños... Un contraste tan enorme con la pocilga, los insultos y los golpes de los campos que esa repentina mansedumbre nos preocupaba. Zensl debía de tener unos sesenta años. Nunca se quejaba de su suerte y conservaba una dignidad admirable. Siempre hablaba de su marido, a quien había intentado cuidar en el campo de Oranienburg hasta que las SS le tiraron delante su cadáver desfigurado. Zensl había dejado Alemania en 1934 para refugiarse en Rusia. ¿Por qué la habían deportado como «agente trotskista», a ella, que no sentía simpatía alguna por Trotsky?

»En Butyrki nos cebaron. Nos limpiaron, nos acicalaron y nos vistieron con esmero. Comprendimos que iban a expulsarnos y que querían dejarnos presentables. Expulsarnos, ¿a qué país? Ninguna de nosotras imaginaba que pudiera ser a la Alemania de Hitler. Y sin embargo, el tren circulaba hacia Brest–Litovsk. Así llegué a una cárcel de Lublin. La Gestapo me acusó de ser agente de la GPU enviada para espiar. Después de Karaganda me tocó Ravensbrück. Nunca he sabido qué fue de Zensl Mühsam. Quizás muriera, como Erich, en Oranienburg.

Después de su entrevista con Margarete Buber–Neumann Fred Barthélemy cayó en una depresión que me preocupó

bastante. Germinal, Mariette y Louis compartían mi inquietud. Aunque Fred nunca se había ocupado demasiado de sus hijos, éstos le dedicaban una verdadera devoción. En el caso de Germinal, a ese vínculo se superponía su aventura común en España. Mariette y Louis tenían sentimientos más complejos. Seguían viviendo en casa de su madre y Claudine apenas recibía algunas visitas de Fred. Yo no comprendía cómo Fred se desentendía al tiempo de Claudine y de Flora en provecho de mujeres que apercibía fugazmente y que me parecían de una absoluta falta de interés. Bueno, falta de interés para mí, claro. El debía de encontrarles algún atractivo. Germinal me dio la clave de esa deriva al relatarme los detalles de la febril vida de su padre en Barcelona y cómo, según se deslizaban aquellos últimos días ineluctablemente hacia la derrota, había ahuyentado la angustia con un frenesí sexual suicida. Ahora se reproducía el mismo fenómeno. Retomaba su búsqueda erótica y, una vez más, con españolas. Germinal lo lamentaba. Por una parte, esa sexualidad exacerbada se asimilaba a una droga y Fred, embrujado, perdía sus virtudes como militante; y por otra parte, la CNT miraba con mala cara el desorden que provocaba entre sus filas la furia licenciosa de Barthélemy. Por mucho que la anarquía preconice la libertad sexual, el amor libre y la camaradería amorosa, la sexualidad desenfrenada sigue siendo sospechosa. Los libertarios, como todo el resto de revolucionarios, son bastante puritanos, y algunos llegan hasta la mojigatería. Las breves y múltiples relaciones de Fred trastocaban ciertas familias

provocando rupturas entre parejas de militantes y esa agitación molestaba, perturbaba la actividad política. Fred debía de conservar un gran prestigio para que no le censuraran abiertamente. Sólo sus viejos amigos le desaprobaban de forma categórica. Muchos dejaron de pasar por el Quai de la Tournelle para marcar así su desacuerdo. Incluso el viejo Armand, que podríamos haber imaginado como el más indulgente con Fred, se había molestado habida cuenta de sus teorías sobre la sexualidad libertaria, reprochando a Barthélemy confundir libertad sexual con libertinaje. Parecía indignado, herido como si alguien intentase corromper sus principios voluntariamente, hasta el punto de que, aunque había perdonado a Fred su «adhesión» a los bolcheviques, no le perdonaría nunca esta nueva falta y nunca volvería a verle.

Yo ignoraba que el encuentro con Margarete Buber–Neumann había desencadenado todo un proceso de culpabilidad y remordimientos en Fred. La imagen de Galina le perseguía. Galina desaparecida en aquellos campos de concentración rusos que Occidente se empeñaba en negar. Galina, la «perseguidora de hombres», como esa otra Galina, la de Majnó. Ahora era Fred quien «perseguía», perseguía imágenes borrosas, cuerpos fáciles, abrazos breves, que se dirigían hacia Flora sin duda, pero a través de tantos desvíos... La certidumbre de un desastre se abatía sobre sus delgadas espaldas. Tantos vencidos desgarrados por las garras de las rapaces; españoles que habían

escapado al franquismo; rusos, polacos, ucranianos y bálticos; todos aquellos que conseguían escapar de las redes de acero del terror, todos aquellos fugitivos aparecían en Francia representando una molestia, testigos inoportunos... Fred Barthélemy se apropiaba de esa «espuma de la tierra», de todos esos desechos barridos por las ideologías triunfantes... No pensaba en otra cosa que en esa marejada, no se oía más que a sí mismo. Un día me soltó a quemarropa:

–Los judíos tienen derecho a su martirio; pero para los refugiados de esas democracias que se dicen populares y que de democracias sólo tienen el nombre sólo hay sospechas y desprecio. Acabamos de salir de la monstruosidad del nazismo hace nada... Ya basta. Es imposible digerirlo. Sólo nosotros podemos beber esta cabronada pese a su regusto a vinagre y a hiel. Tú sabes por qué tengo tantas ganas de vomitar, por qué intento huir...

Sí, huía, de una mujer a otra. Ahora sé que huía sobre todo de Flora.

Quizás huía también de la imagen omnipresente de Stalin, que no dejaba de crecer, de engordar. El mundo entero celebraba sus setenta años. Como era de recibo con las ceremonias en honor a los sátrapas del pasado, el homenaje a Stalin imponía sacrificios humanos. Budapest colgaba a Laszlo Rajk y Sofía a Traicho Kostov. Por contra, la atribución del ministerio de Asuntos Extranjeros recompensaba por

sus crímenes a Vichinsky, el abogado del diablo. La hiena quedaba a cargo de las negociaciones internacionales. Nueva York, París, Londres, encontraban perfectamente natural tratar con ese asesino.

Stalin asustaba. En Francia, los ciento ochenta diputados comunistas elegidos para el Palais-Bourbon se consideraban ya en territorio ganado. El aniversario de Stalin debía marcar el juramento de fidelidad de Francia a la Unión Soviética. «El hombre que más amamos...» ése era el título del folleto publicado en honor de quien llamaban el «Pequeño Padre de los Pueblos». De todos los pueblos... Luego del pueblo francés, fascinado como el conejo ante la boa. «Que reine todavía durante mucho tiempo tu luz benefactora», titulaba *L'Humanité* del 26 de noviembre de 1949. Decenas de camiones decorados recorrían Francia para que se depositaran en ellos las ofrendas. El 6 de diciembre se abrió en París, en la sala mayor del Sindicato del Metal, una exposición de cuatro mil regalos, seleccionados y presentados sobre un altar. Estuve allí. Cualquiera se hubiera creído en Lourdes. Exvotos por doquier. Podía verse el rosario de una católica «muerta a los ochenta y dos años rezando por la victoria de Stalin», las pantuflas de una deportada de Ravensbrück, un trozo de granito de la cantera de Mauthausen, un gorrito de muñeca «tejido en prisión por una niña gaseada en Auschwitz», la trompeta con la que en 1907 André Marty hizo sonar la insurrección de los viñadores del Midi francés, una bicicleta

regalada por un industrial de Saint-Etienne «de mutuo acuerdo con sus obreros», una falda confeccionada por las chicas de Schiaparelli, dibujos de artistas, poemas e incluso títulos de banca...

El 20 de diciembre, en la sala de La Mutualité, Maurice Thorez culminaba la apoteosis con un interminable discurso en el que llegó a afirmar: «El país soviético va hacia la abundancia. Pronto el pan será distribuido gratuitamente y a voluntad. La vida es cada vez mejor en las ciudades obreras y en los koljós, en donde las flores tapizan el césped y embellecen todas las viviendas. Gracias a Stalin, el ciudadano soviético conoce ya ese mundo feliz en el que, según la palabra de Marx, hay pan y rosas para todos».

En esos días en los que la impostura y la mentira recubrían París de bruma no me atreví a visitar a Fred Barthélemy. Muy a mi pesar, mis pasos me conducían siempre a esa tienda de la Rue de Seine en donde Flora, con sus hermosos vestidos de seda negra, sentada en su sillón blanco, se envolvía con cuidado en un caparazón. Los rumores del mundo apenas penetraban en ese cuarto. Cuando llegué aquella tarde, abrumado por toda esa necedad que animaba París, Flora me recibió riendo, con una enorme risa que no iba demasiado bien con ella. Intentaba hablarme de Stalin y de Fred entre sus sobresaltos. Terminé distinguiendo lo que soltaba entre dos risas descontroladas:

-¡Ja! ¡Sí que tiene que estar contento tu gran Fred Barthélemy! ¡Hoy es el éxito de su vida! Ese Stalin, es él quien le ha colocado ahí, ¿no?

Como mostré mi sorpresa, ella continuó:

-Vamos, nene; me dejó para ir a hacer la revolución en Rusia, lo sabes muy bien. Y ahí está el resultado. Debe de estar contento. Toda Francia está de fiesta.

-No se ría así de él, Fred está desesperado.

-¡Oh, qué tierno! ¿Y él se ha preocupado alguna vez de saber si yo estaba desesperada a causa de su maldita política, de sus malditos libros? ¿Qué locura le ha dado a la gente? Es mala hasta para los negocios. Ya no tengo ningún cliente. Ni te imaginas lo que compran ahora los que tienen pasta que esconder. Sellos de correos... Sí, sellos de correos, muy raros, muy caros. Cuando el Pequeño Padre de los Pueblos envíe sus tanques hacia Brest se transportarán más fácilmente que un cuadro. Las joyas, las monedas de oro, los sellos de correos... Los ricachones están cerrando ya las maletas. Están a punto de largarse a América.

Yo miraba los cuadros de los muros de terciopelo granate, esos cuadros que conocía tan bien. Algunos desaparecían llevados por un coleccionista o, más a menudo, por un museo. Los Baskine empezaban a escasear. Como Soutine resultaba inabordable, Chagall lo reemplazaba con su

fantasmagoría de gallos, novias, violinistas acróbatas, burritos tristes. La galería se volvía más alegre. Lo trágico se alejaba de sus paredes. Los colores de Chagall cantaban. Incluso Flora canturreaba mientras los examinaba. Pero aquel día se empeñaba en reír con sarcasmo. Me dio la espalda diciendo que estaba hasta el gorro de todos esos mamarrachos.

Estaba acostumbrado a esos cambios de humor de Flora, al gusto que tenía por desconcertarme, pero esta vez ella me pareció tan desamparada como Fred. Por ello, le confié:

–Sabe, he encontrado a Rirette.

–¿Rirette? ¿Qué Rirette?

–Rirette Maîtrejean.

–¡Ah! ¡Te lo ha contado! Belleville... Pero ¿dónde diablos te has encontrado a Rirette?

–Fred quería conseguirme un oficio. Pidió al Sindicato de Correctores de Imprenta que me cogieran en pruebas. Y ahí descubrí a Rirette, que es una figura de la profesión. Hablamos de Fred y de usted.

–Entonces, tú corriges...

–No, no ha funcionado bien. Mi ortografía es demasiado mala.

–¿Y Rirette ha recuperado a Fred?

–No. Ni ella ni él querían. No sé por qué.

–Ella tienen razón. Si vuelves al pasado, mueres. Hay que ir hacia delante. Querida Rirette, no, no quiero volver a verla. Todo eso queda muy lejos. ¿Es feliz?

–No lo sé. Me ha hablado con pena de Victor Serge, muerto hace dos años en Méjico.

–Vaya, te ha hablado de Victor. Somos todas iguales, igual de locas... También Victor la abandonó por sus quimeras. Y lo primero que hace ella treinta años después es entristecerse por ese traidor. ¡Todas iguales!

Flora se hundió en su sillón. Yo respeté su silencio. Ella pensaba ensimismada. ¿En qué? ¿En quién? Pensé que estaría dando rienda suelta a sus recuerdos; que Fred estaría entre ellos.

Sus brazos desnudos, muy blancos, salían de su vestido negro y mis ojos iban de la pequeña acuarela de Baskine en donde reconocía a Flora, desvestida, a esta imagen de carne y hueso arrollada en su asiento. Me acerqué y, por primera vez, me atreví a posar mis labios justo en el nacimiento del hombro, ahí donde se dibuja el comienzo de la redondez del busto.

Al contrario de lo que temía, ella no reaccionó con su brusquedad habitual. Me miró, sorprendida, me tomó la mano y la llevó a sus labios. Y luego me rechazó, no sin dulzura:

–¡Pobre chico! ¡Venga! Vete a ver a Fred. Te necesita.

Fred huía de Flora y evitaba a Claudine. Ya sólo me hablaba de Galina, de Alexis, de Victor Serge. La Rusia de los años 20 se reintroducía en su vida desde el proceso Kravchenko y el encuentro con Margarete Buber–Neumann. Y ya que David Rousset había lanzado una investigación sobre los campos de concentración soviéticos, se puso a leer los periódicos de nuevo.

–Mira hasta dónde llega su perfidia –me decía–. Las cabeceras de izquierdas eluden la investigación y las de derecha dedican sus columnas a Rousset. Así se sugiere que Rousset no es más que un maldito reaccionario y que su deseo de esclarecer las acusaciones de Kravchenko revela un anticomunismo primario.

Pero David Rousset no soltaba presa. Antiguo resistente, él mismo deportado en los campos nazis, autor de esa obra clave titulada *El universo concentracionario*, consiguió que se constituyera en Bruselas un tribunal en el que, por primera vez, la Rusia de Stalin sería enjuiciada. Aunque ese tribunal resultaba irrisorio frente al poderío del ejército ruso y de la GPU–NKVD, el Libro blanco sobre los campos de

concentración soviéticos que publicó Rousset hizo hervir de rabia a los nuevos colaboradores. La muralla edificada por Stalin alrededor de su imperio para que no se filtrara ninguno de sus secretos al exterior empezaba a resquebrajarse ligeramente. Por esa estrecha grieta se vislumbraba a un tiempo la ignominia y la esperanza.

¿La esperanza? Eso que ningún periodista relataba y que llegaba por diferentes rodeos al local del Quai de Valmy. Al contrario de lo que pudiera suponerse, el recuerdo de Majnó no había desaparecido en la URSS. Se supo que en 1945 se había formado en Rusia una organización secreta de antiguos majnovistas; que una asociación clandestina de estudiantes repetía los eslóganes de Kronstadt: «Soviets, no partido»; que en los campos siberianos los anarquistas tolstoianos preconizaban la desobediencia civil a la manera de Thoreau; que en el gran asta del campo de Norilsk incluso se había izado una bandera negra.

En marzo de 1950 Fred supo, por las mismas vías indirectas, que Alexandra Kollontái acababa de morir. De muerte natural, como decían. Sin duda, la oscuridad de su jubilación le había ayudado a evitar los sótanos de la Lubianka. Porque por mucho que Fred buscara en los periódicos rusos o en los franceses, nadie señaló la muerte de esa mujer extraordinaria.

Fred quedó conmocionado por la eliminación de Alexandra de la historia de un siglo en el que ella había

jugado un papel tan eminente. Se olvidaba a Alexandra, igual que a Delesalle, igual que él mismo desaparecía de los diccionarios, de las memorias, de la actualidad. No se trataba de vanagloria, ni de megalomanía, sino tan sólo de la desagradable impresión de ser enterrado vivo. Agradecía a Kravchenko y a David Rousset haber sacudido las columnas del templo. Pero al mismo tiempo, Kravchenko y Rousset le eclipsaban definitivamente. Fred había sido el primero en denunciar la monstruosidad del bolchevismo en *Saturno devorando a sus hijos*, pero nadie lo recordaba.

Por mucho que uno no pretenda hacer carrera, o que le traigan sin cuidado los honores, siempre será tributario de ese amor propio que provoca tantas susceptibilidades y rencores. Fred Barthélemy era un hombre desinteresado, generoso, idealista, utopista; no un santo. En realidad, no ambicionaba el estado de santidad por la simple y llana razón de que no manifestaba ambición alguna.

1949 había sido el año de la apoteosis de Stalin, 1952 fue el de la muerte del tirano. Diecisiete kilómetros de cola para contemplar el cuerpo inerte del nuevo Sardanápalo. Y al igual que Sardanápalo, había arrastrado en su muerte a su harem y a sus cortesanas: ante los restos de Stalin se produjo, como no podía ser menos, un holocausto, ochocientas víctimas pisoteadas y asfixiadas, ochocientos papanatas muertos con la boca abierta.

Fred me conjuró a no interesarme por esa muerte del ilustrísimo que llenaba las páginas de todos los periódicos. La de Marius Jacob le parecía mucho más digna de atención. Me habló así largo y tendido de Marius Jacob, de su sorpresa cuando conoció, hacía ya más de veinte años, a ese presidiario liberado, encallado en las oficinas de *Le Libertaire*, Marius Jacob, fantasma de aquél tiempo pasado del ilegalismo y del terrorismo; Marius Jacob convertido en apacible feriante. Pasados los setenta, Marius Jacob consideró que a la vida no le quedaba nada por aportarle sino las miserias de la vejez; reunió a nueve chavales de su pueblo, les invitó a una buena merienda, luego ordenó su ropa, hizo limpieza, dejó dos botellas de rosado en la mesa para los amigos, encendió un fuego verificando bien que emanara gas carbónico y se inyectó morfina.

Fred vinculaba las dos muertes, la del presidiario y la del dictador. Una muerte voluntaria digna de Sócrates, en el primer caso, y otra que ni siquiera era un final, ya que iban a embalsamar al segundo en un féretro de cristal y a instalarlo en el mausoleo de la Plaza Roja, cerca de Lenin, que reculaba asustado en el infierno.

Yo había entrado a trabajar como peón en una fundición de Vincennes.

¡Vincennes! Ese nombre engatusaba el oído de Fred Barthélemy. Vincennes, donde había trabajado con el

segundo Hubert, el hermano de Claudine. El Vincennes de su vida obrera feliz. El Vincennes de Majnó.

Una vez más, se empeñó en que aprendiera un oficio. El, que nunca se había preocupado por el futuro de sus hijos, se preocupaba de repente por mi porvenir. Me decía que un buen obrero tiene la vida entera solucionada. Yo ignoraba entonces que me repetía al pie de la letra los consejos que Delesalle le había prodigado. La paternidad que Delesalle le había ofrecido, él la transfería sobre mi persona. Pero yo había corrido ya mucho mundo sin echar raíces en ningún sitio y era muy tarde para intentar echarme el lazo. Además, me sublevaba contra la mera eventualidad de que así fuera y me escandalizaba que Fred pudiera proponérmelo. Pretendía vivir libre y sin trabas. La condición de peón me gustaba en la medida en que, precisamente, parecía sólo provisional. Aprender un oficio significaba elegir, seguir un destino. El empeño que puso en intentar estabilizarme me encabritó. Justo cuando llegábamos a una amistad afectuosa, ésta se resquebrajó. Incluso nos enfrentamos con bastante violencia. Y si nuestra relación se fragilizaba fue, evidentemente, porque se volvía más íntima, más sentimental.

Por aquel entonces yo no comprendía los motivos de Fred como puedo conocerlos ahora. Su forma de encaminarme me ofendía. Hablé de ello con Germinal, que se mostró sorprendido. No conocía esa tendencia educativa de su

padre. De todas formas, *Germinal* estaba absorto con una segunda paternidad: una niña llamada Dolores.

Nuestro desacuerdo duró poco. Cuando Fred se dio cuenta de que yo era realmente reacio, abandonó sus ambiciones obreras para conmigo. Un día me harté de levantarme cada mañana a las seis para coger el metro de Vincennes y regresé a esa vida de bohemio que tan bien me iba. Fred no soltó prenda. Me veía plantarme casi todos los días delante del murete del Quai de la Tournelle. Pasaba horas hurgando en sus cajas, echándome a un lado para leer sin molestar a su clientela. No compraba nada. Las cajas de Fred constituían mi biblioteca y yo las expurgaba con calma.

Por mucho que Fred me dijera, por mucho que me reprochara lo que él llamaba mi cabezonería, él era igual de incorregible. Ahora se entregaba a una nueva labor que no le traía más que problemas: la rehabilitación de Louis-Ferdinand Céline. A causa de Céline, volvió a escribir unos artículos incendiarios en *Le Libertaire* en los que denunciaba una conjura de biempensantes, de hipócritas, de fariseos. Céline exiliado en Dinamarca, ésa era la víctima que defendía. El antisemitismo de Céline, ese antisemitismo del que no tenía la más remota idea antes de descubrirlo entre el pueblo ruso, le había horripilado y llevado a considerar al autor de *Bagatelas para una masacre* como un loco peligroso. El Céline humillado, el Céline desgraciado, volvía a caerle simpático.

Se esforzó en señalar las frases antisemitas de los contemporáneos de Céline y erigió así una antología concluyente. ¿Quién reprochaba a Claudel por haber tratado a Proust de «judío sodomita»? ¿Quién reprochaba a Bernanos la perla «el judío drena el oro como un absceso de fijación drena el pus»? Todos aquellos que habían lanzado las peores injurias contra Blum y Mandel en pleno debate de la Cámara de los Diputados estaban tranquilos. Céline era el único que pagaba el pato. Toda Francia (o casi) había sido antisemita cuando Céline escribió sus panfletos. Estos en realidad no expresaban más que un sentimiento colectivo. Céline no era ni peor ni mejor (más bien mejor) que el resto de antisemitas profesionales, pero servía de cabeza de turco. Toda Francia vomitaba sobre él el antisemitismo

que la había alimentado. Hacían de Céline un ser abyecto para enmascarar su propia ignominia.

Así eran las opiniones publicadas por Fred Barthélemy. No molestaban a nadie porque, aparte de unos pocos miles de militantes, ya nadie leía *Le Libertaire*. Fred estaba tan animado en favor de Céline que emprendió el proyecto de ir a verle a Dinamarca. Céline le respondió con una carta algo demente, pero muy hermosa, que merece la pena reproducirse:

«Tiene usted mucho coraje al defender una causa más que perdida, creo... El duque Mayer de Montrouge–Vendôme

posee ratas de Alta y Baja Justicia y va a hacérmelo ver a las claras. Me dedica, sabe Dios por qué, un odio especial. Venganza racista. Histeria de orgullo sobre todo. ¡El diablo! Cierto es que estaría bien que los libertarios me respaldaran... Pero ¿qué pueden ellos? La Comedia está escrita... programada... ¡Altas esferas de Aúlla-la-Muerte! Lo que sucede en la corte no es más que la recitación de un texto.... coma más, coma menos. ¿Voy a hacer de payaso en la palestra? Es posible... ¿De bufón de este proceso Dreyfus a la inversa? Es posible... Pero estoy bastante enfermo. Oh, no, ¡no venga a verme! Acepto sus buenos sentimientos... pero mi miseria me resulta vergonzosa. Nada espectacular. A Job le gustaba el muladar, a mí no. Muy cordialmente.»

La picardía habitual de tantos escritores acostumbrados a jugar con las palabras. No le faltaba atrevimiento al fingir sorpresa por que Daniel Mayer le dedicase un odio especial («sabe Dios por qué...»). Cualquier judío, incluso socialista, podía sentir algún resentimiento hacia él. Habilidosa forma de dar la vuelta a la situación en su favor. Es Daniel Mayer quien se volvía racista. Y Céline terminaba identificándose con Dreyfus...

Fred Barthélemy regresaba con tal ímpetu a un nuevo asalto de los molinos que no veía la maldad de Céline. A falta de un encuentro, mantuvo una larga correspondencia con él. El ardor en su defensa, la campaña que intentó montar para que le amnistiasen y autorizasen su regreso a Francia

terminaron de desacreditar a Fred a ojos de los pocos políticos e intelectuales que todavía le recordaban.

Su única influencia se ejercía en el seno de la Federación Anarquista. Pero desde el final de la guerra la familia libertaria estaba bastante enferma y todos los curanderos que acudían terminaban empeorando su salud. La anarquía se asfixiaba bajo el peso de su leyenda; bajo el peso de los españoles, «antiguos combatientes» de la FAI y de la CNT; bajo el empuje de los infiltrados marxistas que la disgregaban. La Federación Anarquista se encontraba incesantemente en su seno con trotskistas que también se reclamaban como parte del sindicalismo revolucionario y, para la opinión pública, trotskistas y anarquistas no hacían más que uno. Evidentemente, esa confusión desquiciaba a Fred Barthélemy. Parecía claro que nunca conseguiría librarse de Trotsky. Ni del marxismo. Entre los nuevos militantes que aparecían por el Quai de Valmy había muchos jóvenes que teorizaban por un «materialismo histórico libertario»... En diciembre de 1953 esos disidentes de la Iglesia marxista refugiados en un movimiento que siempre había rechazado constituirse como partido político, operaron un golpe de fuerza y transformaron la Federación Anarquista en partido, bajo el nombre de Federación Comunista Libertaria, apropiándose del local y del periódico y, tras reunirse luego en congreso, expulsaron a los «viejos», entre los que se contaba Fred Barthélemy.

La operación se produjo tan rápido, y con técnicas de complot al estilo soviético, que Fred Barthélemy y sus amigos, de repente sin local, periódico, archivo ni dinero, ni siquiera tuvieron tiempo de enterarse de lo que estaba pasando.

Fred se moría de risa en el Quai de la Tournelle. Se desternillaba, se daba palmadas sobre los muslos. Tanta exuberancia me sorprendía.

–¡Magnífico! –me gritaba–. Lo que no había conseguido Thorez, lo consiguen sus disidentes. Hundir el pequeño barco de Proudhon y Sébastien Faure, ¡que no se había ido a pique en tantas tormentas! ¡Ha bastado con que una banda de mocosos se las apañara para agujerear el casco con sus navajas y ya está! ¡Ya estamos hundidos! Zozobramos, amigos, nos vamos al agua... Saludemos, saludemos juntos antes de desaparecer en las aguas.

El desastre lo volvía lírico.

Entonces, un magnífico coche se paró junto a la acera; un chófer con su gorra bajó de él y avanzó hacia Fred.

–El señor Barthélemy, imagino. Tengo varios paquetes que entregarle.

–¿De quién? ¿Por qué? Yo no he encargado nada.

Fred siguió al chófer, que abrió el maletero del Rolls. Allí se amontonaban libros de arte, nuevos. Incluso a precio de saldo representaban una suma considerable. Sorprendido, Fred preguntó:

–¿Quién le envía?

–Mi patrona, Madame Flora.

Fred cerró precipitadamente el matero.

–Devuélvaselos. Son libros demasiado buenos para mi clientela.

–Son un regalo.

–Con mayor razón entonces.

El chófer y el Rolls se volvieron. Fred pasó de la risa al furor. Estaba pálido, mascullando entre dientes:

–La muy perra, quiere humillarme, ser caritativa conmigo.

Intenté defender a Flora:

–Se equivoca. Ella recibe muchos libros. Habrá pensado que a usted le gustaría sacarles partido.

Me daba también cuenta de que Flora intentaba así manifestarse, acercarse a Fred sin que lo pareciese, con esa

desenvoltura tan provocadora que la caracterizaba. Fred recibía ese gesto como una ofensa.

–¡Enviarme libros! ¡Si ella los odia! Siempre ha odiado los libros, ¿sabías? No quería aprender a leer. Lo que le gusta es contar, contar su dinero. Se ha enriquecido a propósito, para avergonzarme.

Nunca había oído a Fred dejarse llevar por una rabia tal contra Flora. Sería mucho después, durante nuestros últimos encuentros, en su extrema vejez, cuando conseguiría traducir mejor las razones de su furia. En efecto, nunca se perdonaron por haberse dejado. Hoy pienso que Fred había exagerado tanto como pudo su pauperización, que se acentuó al cabo de los años, para molestar a Flora, y que ella se vengaba de la política miserabilista de Fred desplegando su riqueza para que llegara a considerarla una enemiga de clase. Al tirar cada uno de su extremo del hilo, tenían la impresión de alejarse definitivamente uno del otro. Pero el hilo no se rompía.

Fred y Germinal participaron en la reconstrucción de la Federación Anarquista, la misma que se ha perpetuado hasta nuestros días. La vieja guardia, aturdida, hundida, quizás se hubiera disuelto, y Fred con ella, si no se hubiera manifestado un recién llegado que, como Fred, había pasado en prisión toda la guerra. Se llamaba Maurice Joyeux, otro antiguo obrero ajustador, un desvergonzado parisino con un brío infatigable. Maurice, bajo y endeble,

poseía por contra una voz poderosa, algo chillona, lo bastante fuerte como para amotinar todo un barrio, perturbar una asamblea o reunir a las ovejas descarriadas. El verdadero espíritu libertario ahogado durante un momento por la intromisión marxista pudo reencarnarse en la librería que él abrió en Montmartre bajo el nombre de «Le Château des Brouillards», que pronto se convertiría en la sede provisional de la FA y su nuevo periódico: *Le Monde libertaire*.

Fred participaba en ella, aunque sin demasiada convicción. Hubiera podido decirse que por deber. Los dos hijos de Claudine ocupaban ahora un lugar principal en su vida. Hasta tal punto que olvidaba a sus españolas. No cabe duda de que Mariette y Louis, que habían abandonado el domicilio materno, contribuían en la transformación. Mariette era profesora de educación primaria y seguía participando activamente con los albergues juveniles. Louis se había casado, trabajaba en correos y colaboraba junto a su mujer en los «Amigos de la Naturaleza». Hermano y hermana se veían a menudo con su padre y, sin duda alguna, sus convicciones influenciaron mucho a Fred en una época en la que se acercaba a los sesenta.

El campo y los campesinos seguían intrigándole. Había intentado comprenderlos acercándose a ellos a través de Gorki y de Maria Spiridónova, pero sin éxito. Mariette y Louis le revelaban una nueva idea de ese espacio dilatado,

de ese espacio que le parecía informe, exterior a las estructuras urbanas. El sol, la lluvia, el viento, los caminos en el bosque, las praderas, las orillas de un río, el mar, la montaña, Mariette y Louis hablaban de todos esos elementos con un placer sensual. A él se mezclaba la alegría de los encuentros, las noches con música en torno a una hoguera, la convivialidad de las tiendas de campaña plantadas unas junto a otras, cerca de un arrollo.

–No he sabido ver la naturaleza –me confesó–. ¡Qué curioso! He vivido siempre en la abstracción de las ideas.

Y yo le hablé de mi familia rural, de ese oficio regido por los caprichos del tiempo; ligado al suelo, al pueblo. El campesino, le decía, es el hombre del país, el hombre de ahí, no de más allá. El hombre del lugar. El hombre que no se mueve. El hombre para quien la tierra es plana. Usted y yo no aguantamos quietos en un sitio. Somos gente de los «más allá». Por eso nos sentimos tan cerca de los exiliados, de los proscritos, de los fugitivos. El exilio está en nosotros.

Me observó con mucha atención, como si nunca me hubiera distinguido antes.

–Estás envejeciendo. Ya razones como un ancestro.

Después de perderse un buen rato mirando el Sena, más allá del murete, retomó:

–Qué raro, esa curiosidad que tenía de pequeño por el mar. Y toda mi vida ha transcurrido lejos de él. Sólo me he acercado a él al embarcar hacia Rusia. Pero navegando apenas lo vimos. Estaba todo alrededor. Pero además la guerra seguía. Pasábamos más tiempo en el vientre del barco que en el puente. Desde Odessa, apenas he vuelto a ver el mar. A veces sueño con él. Una vez el mar me hizo un curioso regalo. Me envió a Flora, con su olor a pescado. ¿Te has dado cuenta de cómo huele a pescado?

Creí que Fred bromeaba. Para mí, Flora exhalaba un olor muy diferente al de una pescadería. Esa mera alusión me escandalizaba. Flora olía a mujer rica, a ropa buena, a colonia, a perfumes exóticos.

Nosotros dos no conocíamos a la misma Flora. La que tanto me seducía no era la misma que le perseguía a él en sus insomnios y le empujaba a tirar de la cama a sus efímeras compañeras, furioso por encontrar a esas morenas en lugar de la pequeña rubia con ojos azules que salía cada noche del mar y avanzaba hacia él, sin ruido, balanceando sus piernas blancas, blancas como el color del alba.

La insurrección argelina aguijoneó a Fred Barthélemy. Las ratonnades de París le sacaron de sus casillas. Los dos compartíamos la misma indignación. Pero mientras que yo me exaltaba por esta guerra de independencia creyendo que era nuestro deber ayudar al FLN a librarse del yugo

colonial, Fred intentaba alejarme de lo que él llamaba romanticismo.

–Pero bueno –le decía–, usted se movilizó en ayuda de la república española y antes estuvo encarcelado por anticolonialismo...

Fred replicaba que tomaría partido encantado contra la guerra que desarrollaba Francia en Argelia, pero que se negaba a aprobar el nacionalismo argelino que se entreveía a través del FLN.

–Hay que estar contra todas las guerras, incluso las guerras de independencia.

Esta neutralidad me sublevaba. Yo aspiraba a ayudar al FLN llevando maletas de un sitio a otro y se lo dije. Muy enfadado, respondió:

–Entonces el ejemplo de mis propias gilipolleces no sirve para nada. Yo esperaba enseñarte algo. No has comprendido nada. O me he explicado mal. ¡Es desolador!

La FA tenía la misma posición que Fred Barthélemy. El propio Maurice Joyeux escribió: «La lucha contra la guerra que el colonialismo desarrolla en Argelia no debe de ser en ningún caso un triunfo para el FLN, una organización nacionalista y burguesa que retomará a cuenta propia la

explotación de la población argelina, cuyos hijos habrán muerto por nada, por el placer de cambiar de amo».

Yo pensaba que no era posible. Que Barthélemy y Joyeux se equivocaban. Hoy todo nos demuestra que fueron los únicos en vislumbrar los riesgos de una aventura que iba a desgarrar muchas conciencias, romper muchas vidas y cuyo amargor todavía perdura.

Me sentía tan perturbado por ese conflicto que se abría con Fred que, en lugar de buscar la comprensión de Germinal, me precipité hacia Flora. Pero Flora pasaba bastante del FLN. Ni siquiera quería saber de qué se trataba; ella estaba conmocionada por la denuncia que su amiga Christiane Renault acababa de poner por el homicidio voluntario de su marido. ¡Doce años después de su muerte! Le había hecho falta doce años para atreverse a atacar a los Vichinsky de la depuración.

–Christiane, viuda por partida doble –se indignaba Flora–. Viuda de Drieu y viuda de Renault. Los dos asesinados por vuestra maldita política. ¡Qué hermoso era Drieu! Renault era feo, claro. Pero aun así, él es quien montó lo de Billancourt, ¿no? ¿Colaborador? Y entonces, ¿el resto de empresarios? ¿Y sus ejecutivos? ¿Y sus empleados? ¿Y sus obreros? Todos han trabajado para los alemanes. Sin protestar. Todos encantados de seguir en su puesto, de recibir la paga. ¡El Estado gángster asesina a Renault para robarle su fábrica!

–¡El Estado gánster! Habla como Fred. ¿Ve cómo tiene algo de razón con lo de la política?

–Deja a Fred aparte, ¿quieres? Renault tenía sesenta y siete años cuando le encerraron en Fresnes. Christiane tenía suficientes contactos como para recuperar a su marido. La última vez que lo vio, le prometió que en ocho días estaría fuera. Louis respondió: «Demasiado tarde, me habrán matado antes, es por la noche cuando vienen». El día siguiente se lo encontró en la enfermería de la cárcel, inconsciente, con la cabeza llena de vendajes. El cabo que la acompañaba le dijo muy bajo: «Esta noche lo han apaleado, no se han cortado». Murió unos días después en medio de dolores horribles; se revolcaba tanto que tuvieron que atarle los brazos, las piernas, todo el cuerpo. Le diagnosticaron una crisis de uremia. ¡Pues menudas fracturas provoca la uremia! ¡Durante doce años le han impedido denunciarlo! Y luego se sorprenden por los acusados con la boca bien cerrada en los procesos de Moscú. Los jueces han vuelto a meter las narices en el asunto. No tenían otra. ¿Y sabes lo que han concluido? Sí, sí, nos habíamos equivocado, Louis Renault no murió de uremia sino de una neumonía. Han desestimado la denuncia de Christiane. Causa sobreseída. Abandona. No resucitará ni a Drieu ni a Renault. Se volverá a casar con un marqués. ¿Te duermes o qué? ¿No te interesan mis historias?

Yo pensaba en la guerra de Argelia. Para mí, Renault era historia. A Christiane la veía a veces en la galería. Me daba la impresión de ser una mujer de mundo, algo frívola. No me gustaba verla hablar con Flora. Me parecía que nos raptaba a Flora, tanto a Fred como a mí. Tanto a Fred como a mí....

Regrese junto a él. Yo pensaba que él lo veía todo negro por su edad, porque era demasiado viejo y porque estaba demasiado marginado. El me acusaba de ceder a la seducción de pintarlo todo de rosa.

–Vas a convertirte en un político si sigues por ese camino. Los políticos y los criminales comparten eso, el verlo todo de color rosa. Podría decirse que incluso son los únicos que sueñan con colores bonitos.

Cuando, después de una desagradable conversación que degeneró en disputa, dejé el Quai de la Tournelle, no podía imaginar que durante veinticinco años no volvería a frecuentar a quien se situaba entonces en el centro de mi existencia. Sin duda, de haberme quedado cerca de Fred Barthélemy, muchos de mis errores no se hubieran producido. Pero yo no habría vivido.

EPÍLOGO

(1982–1985)

Alfred Barthélemy murió en 1985, en París, en el hospital de la Salpêtrière. Su agonía duró mucho tiempo, demasiado. Conoció todas las miserias de los ancianos, todas las cirugías, remiendos, transfusiones, prótesis con las que la medicina prolonga una existencia que ya no es más que aliento, más que un gemido. Próstata, cataratas, artrosis, fractura del cuello del fémur y, por último, cáncer; no se libró de nada. El hospital avisó varias veces a la familia de que su fin estaba cerca y nosotros nos encontrábamos así en torno a un moribundo guasón que parecía divertirse haciéndonos repetir, a todos juntos, el último acto de su ceremonia de despedida.

¿Todos juntos? En esta vida llena de paradojas y esta no iba a ser la menor: Fred Barthélemy, que nunca se había preocupado por eso que llaman vida de familia, se veía en vísperas de su muerte rodeado de la mayor afección (digamos incluso la más piadosa veneración) de sus hijos y nietos. De sus amigos de antaño no había ninguno con nosotros por la simple razón de que todos le habían precedido en la tumba. Yo era el único por ser el más joven, más aún que Germinal, el hijo mayor; Germinal, que todavía me recordaba con un resto de afecto. Mariette y Louis, los hijos de Claudine, me dedicaron una frialdad que sólo conseguía explicarme como un castigo por mi distanciamiento de su padre durante demasiado tiempo. Y luego toda esa ristra de hijos y nietos. Floreal y Dolores se acercaban ya a los cuarenta y acudían con su progenitura. Esos retoños manifestaban una ruidosa admiración por su abuelo. Acaparaban a su gran hombre. Visiblemente, para ellos yo estaba de más. Un extraño. Un intruso. La forma en que Germinal me recibía cada vez, ante la puerta de la habitación de Fred, agarrándome por la cintura y levantándome por encima de su cabeza mientras gritaba «¡mujikito! ¡mujikito!», les molestaba bastante. Como Germinal era ya septuagenario achacaban la broma a los trastornos de la edad. No sabían lo que significaba ese ritual para nosotros y cuánto nos unía a quien veníamos a ver.

Pregunté a Germinal por la ausencia de Claudine. Claudine había muerto a principios de los años 70; si no, por mucho

que estuviera separada de Fred desde hacía tanto, habría venido. ¿Y Flora? Germinal me dijo que Flora se negaba a entrar en el hospital: se consideraba demasiado vieja a sí misma como para osar desafiar la muerte que rondaba todos los pasillos de la Salpêtriére.

Resultaba inimaginable que Flora tuviera 85 años... Yo me sentía dividido entre la curiosidad de volver a verla y el miedo de borrar una imagen tan hermosa, dulcemente conservada. Pero aun así, como había emprendido la biografía de Fred Barthélemy, me era necesario interrogar a Flora para reconstruir sus amores infantiles y ese entorno excepcional que fue el suyo en tiempos de la banda de Bonnot.

Flora ya no regentaba su galería de la Rue de Seine. Se había retirado a un suntuoso apartamento cerca de la Place des Vosges, en medio de obras de Baskine, Soutine y Chagall. Le quedaban pocas, pero como cada año se revalorizaban, se enriquecía con sólo mirarlas. Había tenido el tino de sumar a su capital de origen obras de artistas más jóvenes: Faufrer, Dubuffet, Bacon, Balthus, Magritte, que también constituían acciones al alza. De vez en cuando vendía, compraba, jugaba con la pintura como con la Bolsa. Llamé por teléfono para quedar con ella e insistió en enviarme su coche y su chófer. Era ridículo; el metro me conducía directamente a su casa. Aun así, no la contrarié. Recordaba cómo le gustaba desplegar su lujo, como una

muestra de revancha, perfectamente vana, por supuesto. Pero esa ostentación le gustaba tanto...

El chófer me dejó con un mayordomo que me introdujo en el salón. Frente a la puerta de entrada, por encima de una chimenea monumental, quedaba ante mis ojos un desnudo, o más bien un déshabillé, de Baskine, magnífico, con tonos rosas y violetas. Un retrato de Flora, claro está, de una sensualidad impresionante. Conocía esa pintura, muy a menudo reproducida en los libros de arte, e incluso en postales, pero descubrirla ahí, en ese cuarto silencioso, uno frente a otro, me hizo perder la cabeza. Me acerqué mucho, fascinado. El tiempo se detuvo. Absorto en mi contemplación, olvidé el lugar en donde me encontraba y el objetivo de mi visita. De repente, tuve la impresión de que alguien, a mi espalda, me miraba. Me di la vuelta bruscamente y lo que vi me dejó atónito. ¡Un Klimt! ¡Un cuadro de Klimt! No, no un cuadro. Más bien, una de esas mujeres de Klimt sacada de un cuadro, un ídolo de la decadencia vienesa recubierto de piedras preciosas. Y observando mejor el rostro de esa mujer, tan disfrazada, me di cuenta de que en realidad debía de alcanzar, poco más o menos, la edad de las pinturas de Klimt. Las pinturas y sus modelos son inmortales. Sus rasgos nunca se alteran. Ese Klimt se había estropeado con el tiempo. Bajo la capa de maquillaje se adivinaban las arrugas, todos los pliegues de la piel. El modelo había cometido el error de escaparse de la tela perdiendo por las mismas su eterna juventud.

–Mi querido Fred –me dijo ese fantasma–, qué viejo estás...

–No... no soy Fred.

Dije mi nombre, le recordé al joven tan tímido que venía a su galería en la época en que Fred era librero.

–Ah... Ya –respondió ella–. Es verdad. Mi Fred es un anciano. No quiero verlo. Demasiado tarde. La vejez es horrenda. ¿Qué te parezco?

Titubeé, le hablé de Klimt.

–¿Klimt? Esos expresionistas teutones no llegan a la altura de nuestros fauvistas. ¿Has visto mi Baskine?

–No he podido quitarle los ojos de encima.

Estuve a punto de añadir «¡qué hermosa era!» y me tragué mis palabras. Además, ella ya continuaba:

–Me has reconocido enseguida. Y ahora, ¿tan lejos estoy de esa chica en camisa?

Bromeé:

–Por entonces sólo tenía una camisa que ponerse. Hoy lleva ropas de princesa.

–Canalla... Quieres decir que más vale que esconda este cuerpo bajo una armadura de perlas. Bueno, ¿qué pides ahora? ¿No te confesé ya todo por entonces?

–Me gustaría que me contase cómo vivió los tiempos de la banda de Bonnot.

–¡Sí! La historia del chófer y del príncipe...

–¿Cómo?

–Bonnot era chófer, ya sabe, chófer de coches; y el príncipe es Kropotkin, el que les hizo perder la cabeza con sus ideas alocadas.

–No, Flora, no era Kropotkin quien les influenciaba; más bien Bakunin.

–¡Bah! Todas esas historias de rusos. ¡Todos locos de remate! Kibalchich, Eichenbaum... A los rusos, a los eslavos, sólo se les perdona su locura si pintan, si interpretan música. Baskine, Soutine, Chagall, Stravinski, ¡háblame de esos! Los otros no son nada, aire. Aire de muerte y de miseria. ¿Te gusta la música? Yo no me canso de escuchar Boris Godunov. Mussorgski, ese acaba con Trotsky o Stalin. Es la vida que grita, que ríe, que canta. De los otros no sale nada. Son ellos quienes me han robado a mi pobre Fred...

Rompió a llorar, de pie. Las lágrimas, al correr por su rostro, deshacían el cuidado maquillaje. Regueros negros

salían de las pestañas, rajando sus mejillas como tatuajes. Tan pequeña, con su vestido de *lamé* dorado, parecía una momia. Tenía la horrible impresión de que su rostro iba a disolverse entero, a fundirse, y de que entre esos preciosos atavíos no quedaría más que una calavera. La tomé cuidadosamente por los brazos y la conduje a un sillón ayudándole a sentarse. Se quedó postrada largo rato y luego soltó, con una repentina excitación:

–Siempre será mío. Y yo siempre seré suya.

Era inútil preguntar qué sucedía. Asentí:

–Sí, Flora, siempre. Y el libro que escribo os unirá para siempre.

Algo solemne la promesa. ¿Qué no llegamos a afirmar por unos pocos gramos de secretos hurtados?

–¡Cuéntamelo todo, Flora! ¡Todo!

Me miró con atención:

–Ahora te reconozco a ti. Siempre fuiste curioso. No te contaré todo. Es cosa tuya adivinarlo. Pero te ayudaré. Y luego, maldita sea, cuenta lo que quieras. Todo eso ya no tiene importancia.

Pasé mucho tiempo a solas con Fred Barthélemy en el hospital. Yo intentaba evitar las horas en las que afluía la

familia. Él esperaba retorcido en su cama. Su largo cuerpo había encogido sobremanera. Sin embargo, en medio de un rostro descarnado, sus ojos negros aún seguían dando fe de la vitalidad y la pasión que habían dirigido su vida. En cuanto abrió la puerta de la habitación me encontraba con sus ojos. ¿Acechaban incesantemente a sus visitas? Sorprendía una angustia en su mirada que desaparecía en cuanto adelantaba la silla y me sentaba en ella para entablar conversación. Una vez acercó su cabeza de la mía y me dijo en voz baja:

–Esto es un gulag. Me espían. Vienen a mi celda, camuflados con sus batas blancas y me ponen inyecciones para que no me evada. Apáñatelas para hacerme salir.

Es cierto que esa habitación parecía la celda de una prisión modelo. Pero no tenía barrotes, salvo los de la camilla metálica. Y Fred Barthélemy no veía más que éstos. Se regodeaba señalándome los:

–¡Me han metido en una cama–jaula!

–Estás enfermo, Fred. Te cuidan bien. Luego vendrá Germinal. Ten paciencia.

–Entonces ¿tú también estás con ellos?

Una celadora entró empujando un carrito lleno de alimentos. Era la hora de la comida. Puso una bandeja sobre la cama, casi bajo el mentón de Fred.

–¿Qué tal está hoy el abuelito? ¿Igual de gruñón que siempre?

Fred, pasmado, no respondía. En cuanto se fue, apartó la bandeja.

–Tienes que comer –le dije–. Si no, vas a debilitarte y no podremos conseguir que te evadas.

–Esto es asqueroso.

Fred había perdido sus dientes y rechazaba emplear una prótesis, por lo que sólo le servían una especie de picadillo de carne mezclado con un puré verduras.

–Venga, come –proseguí–, está bueno.

Me tendió la bandeja con socarronería.

–Si está bueno, cómetelo. Te lo doy.

Probé el puré con una arcada y dejé la bandeja en la mesilla de noche.

–Ves, tú también estás lleno.

¿Qué responder? Le traía pasteles secos que él reblandecía en un vaso de agua y engullía casi con glotonería. Luego, más tranquilo, se ponía a hablar. Podía soltar monólogos de varias horas si nadie entraba en la habitación. En cuanto aparecía una bata blanca se paraba, me miraba con gesto cómplice y guardaba un mutismo absoluto. «¡El gulag!», me susurraba. A veces las enfermeras o los médicos oían algo vagamente y me preguntaban: «¿Qué chapurrea? ¿Por qué no se fía de nosotros? Vamos, vamos, sea bueno, abuelo cascarrabias».

Tenía ganas de explicarles a quién estaban cuidando. Visiblemente, le tomaban por un viejecito desabrido con la cabeza más o menos ida. Pero ¿resucitar un pasado armado de tanta fuerza política hubiera representado una ayuda para Fred Barthélemy, que había vuelto al anonimato desde hacía tanto?

Ese pasado remontaba hasta la conciencia enturbiada de Fred en cuanto nos quedábamos solos. Incluso daba la impresión de no querer que nada se olvidara, parecía haberse obsesionado con esa biografía que decía no le importaba. En cuanto me veía se apresuraba por darme elementos nuevos o reflexiones que creía me ayudarían a comprender mejor su acción.

A menudo me lanzaba esos comentarios a quemarropa. Por ejemplo:

–Creía que estaba tocando las puertas del paraíso cuando no he dejado de abrir patéticas oficinas con comités reunidos. La *reunionitis* es una de las enfermedades de la revolución. Se habla tanto que se olvida la revolución.

A los diputados siempre les llamaba los diputadas.

–Están las putas –señalaba con malicia–, que son unas pobres desgraciadas, y los dos veces putas, más comúnmente llamadas diputadas, diputados. Esos sí que son unas ramera, un pozo sin fondo para la pasta, y siempre montando jaleo. ¡Vivan las putas y abajo los diputados!

Reía, contento con su broma.

Luego me pedía que me acercara a su cama, me tiraba de la chaqueta para hablarme al oído y me decía a media voz, como si fuera a contarme un secreto:

–Ayer me miré en el espejo antes de afeitarme. Los espejos ya no son lo que eran. Antes me devolvían una imagen mejor.

La inteligencia de Fred Barthélemy, que tanto me impresionara antaño, se volvía guasona.

Yo intentaba saber, sobre todo, cómo había vivido esos veinticinco años durante los que no nos habíamos visto y lo que había hecho durante esa larga travesía del desierto. En

todas las vidas de hombres públicos existen curiosas oscilaciones, apariciones y desapariciones, éxitos y fracasos.

A menudo, cuando uno sube, otro baja. Recordaba a Lecoin, caído en el anonimato después de la II Guerra Mundial en una época en la que Fred todavía conservaba un papel secundario. Luego la relación se invirtió. En los años 60, Louis Lecoin se convirtió en el gran hombre del movimiento libertario al retomar por su cuenta la defensa de los objetores de conciencia y la creación de un estatuto que los amparase. En teoría, un objetor que persistiese en la negativa a cumplir con su servicio militar podía permanecer en prisión hasta los cuarenta y nueve años, edad en la que quedaba exento de toda obligación guerrera. Reclamar el derecho a la objeción de conciencia cuando todavía había contingentes que partían a luchar en Argelia no carecía de arrojo. Por aquella época, frecuenté a Lecoin y participé en su acción lo suficiente como para saber toda la intrepidez que animaba a este hombre. Todas aquellas acciones, desde los compañeros que se encadenaron al monumento a Louis XIV en la plaza Bellecour de Lyon para presentarse simbólicamente como prisioneros, hasta la huelga de hambre que mantuvo en 1962, o los éxitos del estatuto conseguido un año después y la liberación posterior de los objetores encarcelados, devolvían a Lecoin esa fuerza mediática que había conocido durante las manifestaciones en favor de Sacco y Vanzetti. De Gaulle refunfuñaba «Lecoin no tiene que morir». Y el abate Pierre

le escribió: «Ese Dios en quien usted no cree, le ama infinitamente».

En la época en que yo ya había perdido su rastro, pregunté a Lecoin si sabía algo de Fred Barthélemy. No sabía nada de él. De hecho, apenas me hizo caso. ¿Qué podía importarle Barthélemy cuando noventa objetores de conciencia se pudrían en la cárcel?

Curiosamente, en cuanto se consiguió el estatuto de los objetores de conciencia, llegó el turno del olvido de Lecoin. En 1968 la nueva ola anarquista que arrasó la universidad de Nanterre y tomó al asalto la Sorbona recuperó a Fred Barthélemy. *L'Humanité* se mofó de ello diciendo que Cohn-Bendit recogía a Barthélemy del basurero de la historia. Basureros y basuras cuyas tapas iban a servir de escudo en los choques con la policía.

Al final, Cohn-Bendit se dio cuenta de que hacerse preceder por un fósil carecía de estilo y se atribuyó el primer puesto, devolviendo a Barthélemy al vertedero en donde le había encontrado.

Cuando Lecoin murió, en 1971, y fue, también él, incinerado en el Père Lachaise, Fred Barthélemy no asistió a la ceremonia. Tras escapar de la tutela de Cohn-Bendit, cayó bajo la de Mariette y Louis. De hecho, los dos hijos de Claudine le sumaron a su lucha ecológica contra las centrales nucleares. Cuando les pregunté por la actividad

desempeñada ahí por su padre, enseguida observé que exageraban su importancia. Me mostraban fotos en donde se veía a Barthélemy arrastrado por los CRS, representando el papel del anciano perseguido en esas manifestaciones pacifistas que a menudo acababan mal. Me enseñaron con demasiada complacencia sentadas en las que se distinguía a Fred en primera fila, frente a la policía, muy bien situado para los fotógrafos y expuesto con demasiado riesgo a las porras. Mariette y Louis me decepcionaban. Hasta ellos mismos parecían empujados por los dos hijos de Louis, muy seguros de las verdades que les ofrecían sus veinte años. Para no parecer anticuados delante de esos jóvenes, exageraban y propulsaban al abuelo a la batalla.

Los únicos encuentros que no me decepcionaban fueron con Germinal. Me comentó cómo había luchado, antes y después del 68, contra las perpetuas tentativas de transformar la Federación Anarquista en un partido marxista libertario. Hasta entonces el movimiento se había compuesto sobre todo de obreros o antiguos obreros. De repente, una marea de estudiantes, alimentados en la filosofía marxistizante, alcanzó a la FA y a punto estuvo de ahogarla. Ya no se trataba de enemigos que quisieran destruirla, sino de nuevos militantes bienintencionados que corrían el riesgo de aniquilarla mediante la disgregación. Fred resistió contra esa deriva. No dejó de ser la conciencia de la anarquía hasta el momento en que salió hacia el hospital en una ambulancia.

En 1968, en el Congreso Internacional de Federaciones Anarquistas celebrado en Italia, en Carrara, Cohn-Bendit rebatió violentamente aquello que llamó «la anarquía de papá».

–Cohn-Bendit no podía tener más razón –ironizaba Germinal–: la anarquía de mi papá es la mejor.

Germinal había reunido gran número de documentos que le encantaba dejarme consultar. Algunos duplicaban los que ya había estudiado en los archivos de Fred, en Kremlin-Bicêtre; otros eran nuevos. Había reunido fotografías y recortes de prensa sobre su padre que éste no había querido conservar o que me disimulaba. Entre esas fotos, una de ellas me detuvo. Fred Barthélemy, anciano, con la espalda quebrada, en brazos de una joven, elegante, hermosa, algo pensativa.

–¿Quién es?

Germinal mantuvo un momento la foto entre sus dedos, como si dudara en contestarme.

–Es Isabel.

–¿Isabel?

–Sí, el último amor de Fred.

–¿El último amor de Fred no es el primero?

–Sin duda. Pero Flora sigue lejos. Isabelle llegó sin hacer ruido y se fue igual. Toma, mira...

Me enseñó otras fotos. Fotos hermosas, conmovedoras, de una extraña pareja: una joven con aspecto de chiquilla guiando a un anciano con una atención amorosa. Antígona abriendo el camino a Edipo. En una de ellas, había un chavalín delante del vestido largo de Isabelle. Se lo señalé con el dedo.

–Fred e Isabelle tuvieron un niño. Se llama Paul, en homenaje a Delesalle. Va a cumplir nueve años.

–No les he visto en el hospital.

–No, Isabelle no viene. A lo mejor un día de estos traerá al pequeño Paul. Aunque, ya sabes, para Fred sus hijos siempre han sido la menor de sus preocupaciones. Y quizás también sus mujeres...

–Menos Flora.

–Sí, es verdad. Menos Flora.

Estoy narrando la época en que Fred Barthélemy se moría lentamente en el hospital. Pero afortunadamente, antes de eso pudimos volver a vernos con mayor intimidad, con mayor calma, en su pequeño apartamento de Kremlin–Bicêtre. Yo nunca hubiera imaginado que los escasos años en que nos frecuentamos, a principios de mi

vida parisina, contarán tanto para él, que conservara un recuerdo vivo de ellos. Digamos que descubrí con sorpresa cuánto me quería. Y por mi parte, vi asombrado cómo el reencuentro me despertaba una inmensa ola de cariño. Este hombre era mi padre espiritual. Yo lo sabía, pero nunca hubiera osado imaginar que él me considerara como un hijo. Más aún, al analizar las circunstancias de su vida para la biografía que emprendía, me saltaron a la vista varios paralelismos. Mi ambigua relación con Fred se parecía mucho a la de Fred y Kollontái. En cuanto a mi ingratitud hacia quien me había enseñado el camino, se asemejaba a la ligereza que Fred dedicara demasiadas veces al bueno de Delesalle. Es probable que Fred Barthélemy también pensara en esos paralelismos. En cualquier caso, me manifestaba un afecto sin reservas. En cuanto yo llamaba a la puerta de su apartamento, a la hora acordada para nuestra cita, él llegaba corriendo. Me esperaba. Quizás desde la mañana, porque sobre la mesa del comedor había recortes de prensa, cartas, folletos, colocados en orden y listos para ser consultados. Procedíamos con ellos por partes. Partes de la Historia y partes de la vida. Ambas se solapaban.

Fred Barthélemy volvía siempre a su gran error, el error que llevó a una impresionante cantidad de anarquistas en 1917 a sostener la revolución bolchevique, o peor: a renunciar a su filosofía fundamental y contribuir a instaurar, provisionalmente creían, una sedicente dictadura del

proletariado que no era en realidad sino la dictadura de un partido.

Una vez me recibió en una gran agitación. Había dado con la copia de una carta de Errico Malatesta a Luigi Fabbri, datada del 30 de julio de 1919. El líder anarquista italiano analizaba con una gran lucidez la situación:

«En realidad», escribía, «se trata de la dictadura de un partido, o mejor, de los jefes de un partido; es una verdadera dictadura con sus decretos, sus sanciones penales, sus agentes ejecutivos y especialmente con sus fuerzas armadas, que hoy sirven para defender a la revolución contra sus enemigos externos, pero que mañana servirán para imponer a los trabajadores la voluntad de los dictadores... para defender de las masas a una nueva clase privilegiada... También el general Bonaparte sirvió para defender la Revolución Francesa contra la reacción europea, pero al defenderla, la ahogó... Es la dictadura de Robespierre quien prepara la vía a Napoleón.»

–Eh, ¿has visto? –exclamaba Fred–. Pero ponte a hablar hoy de Malatesta; te responderán que se trata de un condottieri del Renacimiento italiano cuyo retrato puede verse en el museo del Louvre. Nuestra cultura, la nuestra, nuestros personajes históricos, ya no existen.

–Exageras.

Fred Barthélemy se sentó en una silla de cocina que transportaba por todos sitios dentro del apartamento. No sé por qué, no podía separarse de esa silla de rejilla, banal, poco confortable. Le gustaba instalarse en ella del revés, con los brazos sobre el respaldo, y el mentón sobre sus manos.

–Exagero. Exagero. Bueno, vale. La verdad es que uno llega a convencerse de que el mundo se desmenuza, de que todo se deshace. Pero en realidad somos nosotros quienes nos estropeamos con la edad. No es el mundo quien muere, como me gustaría creer, sino yo, yo solito, y mi mundo.

¿Qué responder? No osaba volver a tocar los papeles.

–Venga, sigue –me dijo Fred–, ya que has decidido hacer de san bernardo.

Un día me sacó un paquete, envuelto en papel de periódico y bastante mal atado. En la etiqueta, medio despegada, leí: «Los crímenes de Trotsky».

–Cuando Victor Serge publicó *Los crímenes de Stalin*, me puse a reunir documentación para una especie de réplica a propósito de ese maldito Trotsky santificado por el exilio. Luego lo abandoné. ¿Para qué?

Con los codos sobre el respaldo de la silla, Fred deslizó un largo silencio. Yo sabía que se iba entonces en busca de su pasado, que su pasado volvía hacia él, que pronto le

desbordaría un mar de palabras. Bastaba con esperar, no decir nada, no romper ese estado de gracia que se instalaría entre nosotros. Esperaba dispuesto a anotar sus palabras. Primero llegaban en desorden, luego se transformaban en discurso susurrado:

–Spiridónova... El ojo que mirará a Trotsky en su tumba hasta el final de los tiempos... Lenin destruyó el Estado, pero Trotsky lo reconstruyó con su tren blindado. Zinóviev tenía razón, Trotsky sí que era Bonaparte. Pero se equivocó al tomar a Stalin por Barras. Stalin recogió el poder de manos de Trotsky–Bonaparte y fue él quien se convirtió en Napoleón... Era extraordinario, sabes; en Moscú los bolcheviques no dejaban de hablar de la Revolución Francesa. Trotsky justificaba el bolchevismo como una réplica de los jacobinos. Lo más gracioso es que los jacobinos, por su parte, no dejaban de referirse a los héroes de la Antigüedad romana. César, Catón, Bruto... Interpretaban una tragedia clásica en París, al igual que luego los bolcheviques se pusieron a interpretar una tragedia robespierrista en Moscú. Siempre acusamos a ese pobre Stalin. Mira, pásame ese papel... ése.

Leyó:

–«Ninguno de nosotros quiere ni puede desafiar la voluntad del partido, porque el partido siempre tiene razón.» Me dirás que es de Stalin. Pues no, hombre. Lo escribió Trotsky, en 1924, el año de la muerte de Lenin. Si el

partido siempre tiene razón, entonces Trotsky se equivocaba cuando se quedó en minoría. Se equivocaba en el exilio. Se equivocaba al volverse trotskista. Y luego... Mierda... Chocheo. Esa es la jodienda de la vejez. El pasado se te agarra a la garganta, te ahoga. Un poco de aire, por Dios... ¡Aire!

Me precipité hacia él. Se ahogaba de verdad. De su pecho salía un estertor. Jadeaba. Intentaba sacar algo de su bolsillo con su mano derecha, abotargada. Le ayudé a sacar de él un bote de pastillas. Se tomó una con el vaso de agua que le traje. Su respiración retomó su curso habitual enseguida. Me miró, algo aturdido, y luego sonrió. Unos minutos después volvió a hablar:

–Has visto, el mariscal de campo ha estado a punto de acabar conmigo. ¡Con el tiempo que lleva intentando suprimirme!

¡Ah! Cuánto me hubiese gustado prolongar esos dos últimos años que pasé escuchando a Fred Barthélemy. La barrera de la edad, de la experiencia y de la inexperiencia, los pudores y la timidez, todo aquello desaparecía. Con la madurez, casi había alcanzado a Fred. Se establecía entre nosotros una gran intimidad y mucho apego. Después de dejarlo y bajar las escaleras, ya en la calle de su barrio de la periferia, siempre lo veía en la ventana, abierta de par en par. Se inclinaba hacia fuera agitando la mano. Yo me iba a pie hacia el metro y, volviendo la cabeza, lo veía, cada vez

desde más lejos, sacudiendo su delgado brazo. Esa despedida algo pueril tenía un toque doloroso y enternecedor.

Siempre me sentía culpable por dejarlo solo. Pero sus hijos y sus nietos se ocupaban de él. Pocos eran los días en que no recibía visitas. Germinal me dijo que algunas mujeres abnegadas le hacían las compras, la comida, la limpieza. En realidad, le mimábamos. ¿Quiénes eran esas mujeres? «Vecinas», me dijo Germinal, «también algunas jóvenes militantes. Ya le conoces, no acepta a cualquiera. Quiere que sean siempre chicas de póster».

Pregunté a Fred por esas misteriosas visitas con las que nunca me cruzaba. Se lo tomó a broma y se fue por las ramas.

–¿E Isabelle?

–¿Isabelle? ¿Qué Isabelle?

–Una biografía no debe dejar nada en la oscuridad. He visto su foto. Una chica muy guapa... ¿Y ese chiquillo?

Me miró de reojo, con un toque socarrón.

Mientras yo trabajaba con sus archivos y tomaba notas, él me observaba como un profesor que vigila los ejercicios de su alumno. A veces se levantaba y me traía un paquete de

folios en blanco. En ocasiones mi meticulosidad y la lentitud de mi trabajo le exasperaban. Gruñía:

–¡No vas a ocuparme la mesa durante ciento siete años! ¿Dónde quieres que coma yo? Esto ya no es una casa; ahora parece una oficina, el despacho de un notario, los archivos del Estado...

Le dejaba quejarse. Para lo que comía apenas necesitaba espacio. Y desde hacía mucho, él mismo había convertido su apartamento en un batiburrillo de libros y documentos en el que yo le forzaba a poner un poco de orden. A veces, regresaba a una pregunta que se había quedado sin respuesta la víspera. De hecho, y es muy normal, no le gustaba que le hiciera preguntas. Sólo respondía en función de sus ganas.

Por ejemplo, había dejado de lado mis preguntas sobre sus misteriosas visitas y sobre Isabelle. Cuando ese mismo día me dispuse a irme, me habló de las mujeres, pero de otras mujeres. Solía dar rodeos semejantes. Una pregunta molesta le conducía a reflexionar sobre ese mismo tema y a charlar sobre otra cosa.

–El papel de las mujeres en la propagación del marxismo... solemos silenciarlo. También eso es parte de la censura de los historiadores. Que Sandoz y yo viviésemos con militantes bolcheviques en la URSS es algo que me parecía natural. Hasta que, en tiempos del Frente Popular, me

pregunté si nuestras compañeras no nos habían manipulado, si no nos las habían metido en la cama para vigilarnos, para ayudarnos a pensar bien. Y eso no le interesa a nadie. Pero bueno... la proporción de mujeres comunistas enviadas desde Rusia para seducir a eminentes intelectuales franceses parece demasiado alta como para ser casual. Maria Pavlovna con Romain Rolland, Nadie con Léger, Lydia con Matisse, Elsa con Aragon, todo eso hace muchos submarinos femeninos rusos en aguas francesas...

Nunca había pensado en ello. Después de todo, quizás se tratara de coincidencias, o de modas. Al fin y al cabo, los románticos se habían casado con inglesas, los surrealistas con americanas, ¿por qué no iba a haber una moda de lencería eslava? No obstante, las intuiciones de Fred Barthélemy siempre merecían ser meditadas.

–¿Elsa con Aragon? ¿Ella es esa amazona Elsa que a veces evocas? ¿Por qué amazona?

–Una coincidencia. Inquietante, como todas las coincidencias. ¿Has leído *La amazona Elsa*, la novela de MacOrlan?

–No.

–Es de cuando yo andaba por Moscú, durante los primeros años del Komintern. Una novela tan delirante como premonitoria. Menuda moza esa Elsa Grünberg, «judía

alemana, esclava de humor y amazona por necesidad»... La conquistadora del Oeste a la cabeza de un ejército rojo. Nuestras amazonas Elsa no son tan llamativas, pero sí más sutiles, más hábiles y determinantes...

La amazona Elsa me alejaba de mi propia investigación. Así, de todas aquellas españolas de Barcelona, de todas aquellas que le frecuentaron cuando era librero, de esas supuestas vecinas actuales, no sabría nada. No sabríamos nada. Quizás sea mejor así. Hubieran podido empañar la imagen de la única que, al fin y al cabo, me importa... de la única que realmente contó para él y a quien ya nunca evocaba.

Yo intentaba colmar esa laguna que persistía en la vida de Flora, entre el momento en que Fred se fue a la guerra y cuando la reencontró en compañía de Baskine. Por supuesto, acudí de nuevo a Flora; nos vimos en su magnífico apartamento, pero ella se contentó con repetirme: «Te toca adivinarlo». En cuanto a Germinal, como había entrado en los internados muy pronto, apenas recordaba nada aparte de esos domingos en los que disfrutaba escondiendo la cabeza en la ropa de encaje y las pieles de esta joven tan hermosa con embriagador olor a alcoba.

En otra ocasión, mientras Fred me observaba clasificar las notas, reflexionar, dibujar esquemas, me dijo (o mejor, se dijo, porque casi siempre hablaba para sí mismo, o para el foro):

–Es curioso que te hayas convertido en un intelectual. Uno de los pocos que reivindicaban nuestra filosofía. Antes la anarquía era sostenida por hombres de letras, pintores, sabios. Hoy, los artistas y escritores se alejan de nosotros. Los intelectuales conocidos huyen de nuestra compañía. Están demasiado solicitados por los Estados que se proclaman líderes de una ideología. La anarquía no sale rentable. Piensa en esos dos teóricos italianos, el anarquista Berneri y el marxista Gramsci. Berneri, perseguido y finalmente asesinado en Barcelona; ¿quién conoce sus escritos? Y mientras tanto los de Gramsci se citan constantemente. Deberías abandonar. Pierdes el tiempo conmigo. Vas a labrarte una mala imagen. Mejor inspírate en Barbusse. ¡Qué ejemplo de éxito social e incluso histórico! Tiene una cantidad impresionante de calles con su nombre. Me topo con ellas en mi agenda todo el rato. ¿Crees que el autor de un solo libro legible, *El fuego*, y que ya nadie abre, merece una gloria semejante?

–Resulta curioso oírte pronunciar esa palabra: ¡la gloria! En tu boca parece que fuera una marranada.

–Es verdad. Al final digo tonterías. También es culpa tuya. Tú esculpes mi busto. No te sorprendas si cojo una pose.

A veces, mientras yo trabajaba en su casa, él se cansaba de la espera, tomaba un trozo de cartón o un sobre usado, y escribía rápidamente una sentencia, un pensamiento, una reflexión, algo que me aportaba fingiendo solemnidad.

Nunca eran banales. A menudo incluso resultaban sorprendentes. Así leía:

«El pueblo pasa de la libertad. Lo que quiere es la igualdad. Es la norma. Es el modelo. Todos pobres, todos feos, todos horteras.»

O bien:

«Eran los buenos tiempos. Les dábamos una alondra y nos prestaban su caballo. A menudo incluso te devolvían la alondra transformada en paté.»

O incluso:

«Soy un lobo vegetariano que vive entre ovejas con los dientes bien afilados.»

Fred me observaba mientras leía sus papeles. Si no reaccionaba inmediatamente, se nublaba:

–No es bueno, ¿eh? He perdido la mano. A lo mejor hasta el espíritu.

Gritaba, con una voz aguda, burlesca:

–Espíritu, ¿estás ahí? Espíritu, ¿estás ahí?

Luego me miraba, consternado:

–El espíritu no responde.

A veces se preocupaba:

–El resto de viejos chochean. Y yo, ¿chocheo? A menudo me pregunto si me parezco a Delesalle de viejo o, peor, a Sorel de viejo.

–¿Georges Sorel? ¿Te dabas cuenta de la suerte que tenías al conocerle? Cuando Lenin te habló de él, ¿conocías sus obras?

–No. Sólo me fijé en él en Rusia, e incluso entonces no comprendía muy bien la atención que Lenin le dedicaba. Aunque tampoco hay que exagerar la admiración de Lenin por Sorel. Utilizaba a Sorel como «idiota útil», pero sus ideas le molestaban tanto como las de Proudhon molestaban a Marx. ¡Las ilusiones del progreso! ¿Cómo iba a aceptar Lenin que el progreso fuera una ilusión? No, yo no había leído a Sorel, ni a Péguy. Sin duda porque los dos habían venido a tomarnos por la mano, a Flora y a mí, como dos abuelos bienintencionados. A los niños les molesta el exceso de bondad. No, no había leído a Sorel, ni a Péguy. Y ahora, si no me controlara, sólo los leería a ellos. Sorel comprendió antes que cualquier otro que el socialismo sólo se justificaba si aportaba más moral a la humanidad, si empujaba lo social hacia lo sublime. Para él, si el socialismo no se superaba hasta llegar a una metafísica del comportamiento, no valía la pena vivirlo. Péguy también lo pensaba. A esos dos me los perdí. Si hubiera escuchado sus lecciones, no me habría descarriado como agente del Komintern. Aunque... hubo

algo sublime en la acción de Lenin y de Trotsky. Sólo pensé una vez en Péguy durante mi estancia en Rusia. Estaba en las ceremonias celebradas en honor del décimo aniversario de la muerte de Tolstói y, de repente, recordé aquella foto, colgada en las oficinas de los Cahiers de la Quinzaine, que tanto me había llamado la atención. Dos hombres vestidos muy raro. Ante mi aspecto interrogativo, Péguy respondió: «Ya leerás más tarde sus obras. El mayor, el barbudo, se llama Tolstói. El otro, el bigotudo, es Gorki. Dos luces que vienen de las tierras de la nieve y que iluminan todo mi pensamiento. Recuerda, pequeño, esos dos nombres». Es el único consejo de Péguy que he seguido. No he dejado de intentar conocer y comprender a Gorki.

Para no repetirse o encerrarse en sus obsesiones, me pedía que le advirtiese si volvía siempre a las mismas anécdotas. No obstante, cuando le avisaba, no lo tenía en absoluto en cuenta y se dejaba llevar, dejaba de escucharme, quizás incluso dejara de verme. No podía parar esa marea que remontaba hasta su juventud; continuaba imperturbablemente su historia.

En esa miserable vivienda social de las afueras de París, Stalin y Trotsky, ya muertos ambos, no dejaban de estar presentes. Sin embargo, el trotskismo, reemplazado por otras quimeras (el titismo, el castrismo, el maoísmo), ya no ejercía su seducción, y se suponía que la desestalinización

estaba ya culminada. Aun así, esos dos diablos rojos seguían acosando a mi pobre Fred.

–Stalin –monologaba– prometió durante veinticinco años pan gratis al pueblo ruso sin dárselo. Ahora bien, al mismo tiempo, el consumo de pan bajaba de tal forma en los países capitalistas saciados que si éstos lo hubieran distribuido diariamente gratis, su economía no se habría resentido por ello. Se hacen mitos con lo que ya no tiene importancia. En lugar de acercarse al comunismo, Rusia no ha dejado de alejarse de él. En 1917 no estaba lejos; en 1984 está muy lejos. La revolución rusa sucumbió bajo la burocracia que se había engendrado. Pero ¿quién la engendró? Trotsky, a quien Stalin llamaba no sin humor, es cierto, el «patriarca de los burócratas». También podrían haberle otorgado el título de príncipe del militarismo. El burócrata y el militar, esas dos plagas del mundo moderno han sido comunizadas por Trotsky. La URSS y sus satélites se han apropiado del mito del Estado socialista. Ahora todos los dictadores justifican sus exacciones con el mito del socialismo. Operan la malversación de un Bien que convierten en un Mal. En África no hay un dictador militar que no se proclame socialista. Los descolonizados quedan enseguida colonizados por su propio ejército, bautizado como «popular». ¡Qué comedia! ¡No me importará dejar todo esto! Que llegue pronto la muerte. ¿Qué pinto todavía yo aquí? ¿Quieres decírmelo?

Caía en largos momentos de abatimiento, permanecía postrado sobre su silla y, de repente, el caudal de palabras, muy lento, regresaba:

–Antes, cuando uno se sentía morir, parece que quería ponerse en regla con Dios. Hoy eso ya no importa. Nuestro deber consiste en ponernos primero en regla con la Seguridad Social, una especie de providencia laica. Es verdad: el Estado, cada vez más todopoderoso, tiende a reemplazar a Dios. Nos damos cuenta de que podemos pasar perfectamente del capitalismo, del campesinado, de la clase obrera, pero nadie imagina privarse de ese instrumento ciego: el Estado. El Todo–Poderoso, ¿quién es? Es el poli del barrio, el tipo del despacho, el controlador de impuestos, el juez, el jefe de oficina. Y Dios es el ordenador. Ya no hay más religión que la del confort, el orden; ni otra moral que la del conejito doméstico. El sueño de la jaula y del alimento seguro. Terminamos despellejados, en la cacerola, pero ¡qué importa! Más vale eso que los avatares de la aventura. Nos entregamos al Estado, el Estado victorioso, el Estado triunfante, el Estado providencia. El Estado padre y madre. Queremos que todo sea organizado desde el nacimiento hasta la muerte con gastos de parto y entierro asumidos por la Seguridad Social. ¡La seguridad! Después de milenios de cruel inseguridad, he aquí la edad de la seguridad anestésica.

–Se te ve muy bien hablando de Dios, de la moral, de la religión.

–Hemos matado su Dios y su religión. Lo que no nos esperábamos es que otros dioses y otras religiones nacieran de esos cadáveres. Las ideologías políticas, convertidas en religiones cegadoras una vez llegado su turno, son el opio del pueblo. Stalin o Mao han sido dioses. Los curas abandonan las iglesias de piedra, pero sigue habiendo tantos curas, o a lo mejor más... Se meten en otras Iglesias (ideológicas, políticas) y predicán con todas sus fuerzas. Los curas de la Iglesia marxista, los curas izquierdistas, ¡qué aburrimiento! Son una plaga. La sífilis que mermaba antes los rangos del bajo clero ya no les alcanza. Están vacunados, inmunizados, sin olor, sin sabor. Pero ahí están.

Cada vez me costaba más entrevistarle. Se zafaba una y otra vez, como si todas esas anécdotas que yo recuperaba a través de su biografía le aburrieran. A menudo, no recordaba algún suceso o encuentro y me acusaba de inventarlos. Tenía que enseñarle el documento que lo relataba. Y entonces se sorprendía, o me decía que no había que creer todo lo que cuentan los archivos.

En su biografía hay lagunas. Algunos personajes esenciales se evaporan de repente sin que pueda encontrar explicación a tales rupturas. Por ejemplo, Rirette, tan importante en la infancia de Fred y Flora, ¿por qué desaparecía completamente después de su separación con Víctor? Me

arrepentía de no habérselo preguntado yo mismo cuando me crucé con ella entre los correctores de imprenta, pero por entonces no pensaba convertirme en el biógrafo de Fred Barthélemy. Y ya que estamos, ¿por qué Victor y Rirette se trataban de usted en un medio en donde todo el mundo se tuteaba?

Fred me contestó que mil veces pensó preguntar eso mismo a Victor cuando se veían a diario en Moscú. La futilidad de la pregunta le hacía aplazarla siempre. La desaparición de Rirette también había sido un enigma para él durante mucho tiempo. Hasta que descubrió, en un lote de libros comprados en el Hotel Drouot, cuando era librero, una carta metida en un folleto y allí olvidada.

La sacó de una caja y me la trajo. Un texto corto que Victor había escrito en prisión, en tiempos de la banda de Bonnot; una petición destinada a Rirette:

«Amiga mía, me alegro de su libertad y de que sea yo el único que permanezca en el sufrimiento. Todo acabará. Volveré. Sea feliz, intente serlo mientras me espera. Disfrute del sol, de las flores, de los libros hermosos, de todo lo que amamos juntos. Pero, se lo pido como un favor, amiga mía, no regrese nunca, nunca, a esos círculos.»

Entrado ya el invierno, Germinal me hizo saber que su padre había sido transportado al hospital de urgencia. Una

vez más, una operación retrasó el final ineluctable. Le encontré en una sala de reanimación, con mil tubos en la nariz, en las muñecas. Demasiado cansado para hablar. Me miraba fijamente, con sus ojos igual de vivos que siempre. De repente, me hizo un gesto para que me acercara, me tomó las manos y las besó con fogosidad.

Muy incómodo, sin saber qué decir, qué hacer, los ojos se me llenaron de lágrimas. Una enfermera entró empujando un carrito lleno de frascos y jeringuillas. Me pidió que acortara la visita para no cansar al enfermo. Salí casi huyendo, asfixiado.

Fred ya no saldría nunca de La Salpêtrière, salvo en dirección al columbario del Père-Lachaise, donde iba a reunirse con Delesalle, Majnó, Volin, Lecoin. Antes libró un último combate contra la muerte, aunque ya no esperara nada más de la vida. Mientras que en Kremlin-Bicêtre había fingido repugnancia por su extrema vejez, en el hospital le gustaba el desafío de prolongar su existencia, aunque sólo fuera por molestar a esos doctores que, cada semana, nos anunciaban su agonía.

Cuando todo parecía perdido, recobraba fuerzas. Apagaban los aparatos. Y librado ya de sus arneses, nos miraba, burlón. Nos precipitábamos entonces por llevarle periódicos, libros y esos pasteles secos que constituían el único alimento que aceptaba.

Si me quedaba a solas con él y llegaba un doctor o una enfermera, me presentaba con un énfasis que no le era propio: «Es mi continuador».

Los matasanos oían de todo y no prestaban ninguna importancia a esa designación testamentaria. Algunos decían «Ah, ah...», «Muy bien...» y pasaban, indiferentes, a otro paciente. Fred Barthélemy, tan tranquilo como Lenin con su famoso testamento, me contemplaba con satisfacción y, si mi modestia no sufriera por ello, diría incluso que con orgullo.

Pobre Fred, pobre viejo amigo. Siempre lamentaré no haber vuelto antes a él, no haber comprendido cuánto me quería. Intentaba recuperar esa carencia con aquellos últimos días, darle la satisfacción de pensar que su obra no iba a perderse, que yo me ocuparía de ella. Conseguí convencer a un editor de volver a publicar *Saturno devorando a sus hijos* y le enseñé la maqueta de la portada. Desgraciadamente, ese día le habían vuelto a cubrir de tubos. Inmóvil en su cama, mudo, amarrado, acerqué la maqueta muy cerca de sus ojos. ¿Llegó a leerla? Su insostenible mirada (terrible; un ser humano del que no queda, en vida, más que la mirada, los ojos) no se despegaba de mi rostro. Agarró una pizarra posada en la mesilla de noche, que le servía para expresarse. Con una tiza escribió con torpeza: «¡El gulag! Aquí asesinan».

Como llegó una enfermera, con sus jeringas, borró precipitadamente la inscripción.

–¿Qué ha vuelto a escribir? –me preguntó ella.

–Un mensaje para mí, para su familia.

La enfermera se encogió de hombros.

Qué forma tan poco apropiada, por parte del personal hospitalario, de comportarse ante los enfermos, de hablar delante de ellos como si estuvieran sordos, como si no existieran, como si ya no existieran...

Algunos días después Germinal me llamó por teléfono diciéndome que, esta vez, llegaba el final de verdad.

Le encontré en el pasillo del hospital, en compañía de Mariette, de Louis y de Flora. Flora, que finalmente se había atrevido a desafiar su miedo. Llevaba de la mano a un niño que no reconocí.

–Es Paul –me dijo Germinal–, el hijo de Isabelle.

–¿Ella no ha venido?

–No, ha enviado al pequeño.

Paul, extraño entre toda esa gente, no sabía hacia quién dirigirse.

La ecología no embellecía a Mariette, reseca como una fruta deshidratada. En cambio, Flora, por muy ancestral que fuera, afirmaba su presencia con fuerza. La de estatura más corta parecía la más alta, la más grande, la más fuerte. Se había reconstituido el rostro de sus veinticinco años: pelo de color de paja, cortado a lo *garçonne*, maquillaje rosa en las mejillas, labios muy rojos. Vestida con un traje Chanel negro parecía un Baskine resucitado, pero, al examinarlo de cerca, uno esbozaba un movimiento hacia atrás, como ante un espectro.

Sensación reforzada porque tenía el ánimo de los malos días, hiriente, lista a morder. La oí mascullar, apenas audible:

–¡Y ahora vuelve a irse! ¡Siempre me abandona, ese desgraciado!

De repente llegó una mujer extraña que la familia, con un mismo impulso, miró con reprobación. Curiosa aparición la de esa joven, encaramada sobre sus zapatos de tacón, rodeada en un abrigo de leopardo, ultrajantemente maquillada, a la vez vulgar e insolente.

Plantándole cara, el clan la escudriñaba sin amabilidad alguna.

–¿Quién es ésa? –gritó Flora.

Nadie respondió.

–¿Dónde está? –dijo la mujer.

Nadie abrió la boca.

Yo me presenté.

–¡Ah! Es usted –me dijo, con (¿sería ilusión mía?) una cierta simpatía.

–Venga, iremos a despedirnos los dos juntos.

Ella entró conmigo en la habitación de Fred, se acercó a la cama y se inclinó sobre el rostro del moribundo que, despavorido, no pareció identificarla; me interrogó con la mirada.

Susurré al oído de aquella mujer que no había ninguna esperanza.

Ella se dirigió de nuevo hacia la cama, miró a Fred, le acarició la frente, sacudió la cabeza y se dio media vuelta:

–Una pena...

Sólo eso; luego se fue, con el mismo desdén, delante de la familia, que se separó para dejarle paso.

Preferí no preguntarle quién era. Fred murió ese mismo día. Conservo la imagen de esa desconocida de la que nunca sabremos nada. Pertenece a esa zona de misterio inherente a toda vida y sin la cual el destino se volvería demasiado

lógico. Creo que Fred Barthélemy todavía hubiera tenido muchas cosas que enseñarme. También ahí, quizás sea mejor que haya dejado palabras por decir.



ACERCA DEL AUTOR

MICHEL RAGON nació en 1924, en Marsella por caprichos del azar. Su infancia transcurrió en La Vendée, en el seno de una familia de agricultores pobres que, tras la muerte del padre, emigró a la ciudad, a Nantes. Allí desarrolla Ragon su particular educación, primero gracias a las bibliotecas burguesas de las casas donde limpiaba su madre y luego en la escuela de bellas artes y en círculos poéticos. En 1943, unos panfletos contra la ocupación pondrán a la Gestapo detrás de sus pasos, afortunadamente sin éxito. En 1945 decide irse a París, donde va a ganarse la vida como peón de una herrería, pintor de brocha gorda, ayudante en una

librería y librero de ocasión a orillas del Sena. Una nueva vida llena de pasiones: la literatura proletaria, la anarquía, el arte abstracto, la arquitectura, el dibujo satírico...

Michel Ragon se convirtió poco a poco en poeta, novelista y reconocido crítico e historiador del arte especializado en la arquitectura moderna. Así llegaría, por ejemplo, a ser comisario de la Bienal de Venecia, en el significativo año de 1968.

Su obra literaria es increíblemente extensa. Abarca la poesía, la novela, los libros de viaje, entrevistas, ensayos, obras de historia del arte...

Al castellano se han traducido *El honorable Japón* precedido de *Las Patrañas de Ulises* (Zeus, 1960; viajes), *Zao Wou-Ki* (ed. Nacional, 1962; arte), *¿Dónde viviremos mañana?* (ed. Luis de Caral, 1966; urbanismo), *Las ciudades del futuro* (Plaza & Janés, 1970; urbanismo), *54 palabras clave para una lectura polifónica de Agam* (selección y textos de M. Ragon, Barcelona, 1976; arte), *Historia mundial de la arquitectura y el urbanismo modernos* (Debate, 1979; urbanismo) y *Diario del Arte Abstracto* (Destino, 1992; arte).